

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Historia Contemporánea



**GRANDES DE ESPAÑA: DISTINCIÓN Y CAMBIO SOCIAL,
1914-1931**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

José Miguel Hernández Barral

Bajo la dirección del doctor

Juan Pablo Fusi Aizpurúa

Madrid, 2012

©José Miguel Hernández Barral, 2012

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Facultad de Geografía e Historia

Departamento de Historia Contemporánea



TESIS DOCTORAL

Grandes de España:
distinción y cambio social, 1914-1931.

Memoria para optar al grado de doctor presentada por
José Miguel Hernández Barral

Director: Juan Pablo Fusi Aizpurúa

Madrid, 2012.

”Sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender, es el deporte y el lujo del intelectual . José Ortega y Gasset.

Índice	p. 3.	
Introducción	p. 5	
Por qué los Grandes, p. 6		
Grandes en 1914, p. 11		
Agradecimientos, p.17		
 Primera parte	 p. 21	
Capítulo 1. Estrategias de exclusividad	p. 22	
Grandeza de España y ennoblecimientos 1914-1920, p. 23		
Problemas, p. 26		
Apetitos de nobleza, p. 30		
Límites a la prerrogativa, p. 33		
Paradojas, p. 40		
Manteniendo la posición, p. 44		
Contemporizando, p. 53		
Marea, p. 60		
Reacción, p. 69		
Apuesta a lo histórico, opuesta a lo histérico, p. 77		
Capítulo 2. Grandes de España como referente social		p. 82
Entrando en sociedad, p. 84		
Sociedad y quejas, p. 88		
Crónicas de sociedad, p. 97		
Sociedad: ingredientes y referencias, p. 109		
Tres años en sociedad: 1919, 1920 y 1921, p. 126		
La familia, p. 139		
Palacios, p. 146		
Capítulo 3. Ceremonias	p. 153	
Corte, tradición y “amigos del Rey”, p. 156		
Ceremonias en Palacio, p. 161		
Coberturas y tomas, p. 164		
Echando la vista atrás, p. 171		
Historia y modestia, p. 179		
Es lo mismo pero no es igual, p. 185		
Mucho que añadir, 190		

Segunda Parte

p. 197

Capítulo 4. Poder económico de la Grandeza: riqueza como elemento de distinción p.198

Reordenación, p. 201

Tierras, p. 207

Absentismo y “si la oliva va engordando”, p. 215

Los Grandes y el capitalismo en España, p. 221

Capítulo 5. Poder político de la Grandeza: política como elemento de distinción, p. 233

Grandes y política liberal, p. 235

Una apuesta por la participación política: el conde de Torres Cabrera, p. 246

Una apuesta por la participación política II: el duque del Infantado, p. 257

Grandeza, política y años 20, p. 267

Tercera Parte

p. 277

Capítulo 6. La estrategia fracasada: Grandes y ennoblecimientos 1921-1931 p. 278

De lado, p. 279

Leyes, p. 289

Intentos aislados, p. 307

Últimos coletazos y un Estatuto Nobiliario, p. 325

Capítulo 7. La pérdida de un referente p. 339

Casas en la ciudad, casas en el campo, p. 341

Contradicciones, p. 349

Las cosas cambian, p. 360

Vuelven las guías, p. 368

Confusión, p. 375

Ocaso, p. 381

Epílogo revelador, p. 389

Simbiosis, bloque, integración, p. 392

Capítulo 8. Aferrándose a la Historia p. 400

Nuevos invitados, p. 401

Algo extraño, p. 411

Hasta el final, p. 419

Símbolos que perduran, p. 426

Conclusión p. 431 (& Conclusion in English, same pages')

Bibliografía p. 443

INTRODUCCIÓN

Por qué los Grandes.

Desde muchos puntos de vista, lanzarse a una investigación sobre la Grandeza de España entre 1914 y 1931 suena un tanto arriesgado. Sin embargo, para lo bueno y para lo malo, no toda la culpa es mía. Hace más de cuarenta años, uno de los historiadores con más escuela de toda la historiografía española publicó un interesante estudio sobre el poder en la España de comienzos del siglo XX. Aunque su objeto de investigación principal no eran ni los nobles ni los Grandes, Manuel Tuñón de Lara hizo una sugerencia bastante directa al respecto:

“nos hallamos ante un rasgo peculiar de este periodo de la Historia de España, esa vertiente del Poder y de sus elites sería incomprensible, y su significación histórica falseada, si nouviésemos en cuenta la otra vertiente, con la que cada vez le unían más vínculos: la historia de los grupos de poder y en el Poder de esos tiempos no puede hacerse sin contar con la Grandeza de España, la de antes, la de siempre: los de Medinaceli, los de Alba, los del Infantado, de Vistahermosa, de Fernán Núñez, de Peñaranda, etc., etc. Todos tienen entrada y contactos en el Palacio Real; todos tienen poderosas palancas del poder económico, todos dominaban circunscripciones electorales carcomidas por el caciquismo. (...) todo un microcosmos enraizado en los mismos aledaños del poder, que contribuye voluntaria o involuntariamente a múltiples decisiones y que está ya pidiendo un estudio socio histórico detenido”¹.

Tuñón buscaba dar una explicación social al primer tercio del siglo y, en su apuesta por el concepto gramsciano de bloque de Poder, ciertos Grandes de España le parecía que debían ocupar un puesto importante. La pista dada por Tuñón era muy sugerente pero, sorprendentemente, nadie la siguió de una forma clara. No era una buena señal.

Antes que Tuñón –aunque no de una forma tan directa- hubo otra llamada de atención sobre la oportunidad de abordar el estudio de la nobleza en general, más que los Grandes en concreto. La advertencia también provenía de una voz autorizada, lo cual supone una vez más un aliciente para plantearse la oportunidad del tema. El autor no era otro que Jaume Vicens Vives. A principios de los sesenta, en una obra de carácter general sobre Historia de España contemporánea, aseguraba lo siguiente:

¹ TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Historia y realidad del poder*, Madrid, 1967, p. 83. Cuando Tuñón hablaba de “Vistahermosa” siempre he pensado que se quería referir a “Villahermosa”. Ambos duques, el segundo tenía un origen muy anterior y sus posesiones le convertían en uno de los Grandes con más tierras de toda España.

"Suele afirmarse, de manera harto ligera, que la nobleza perdió su influencia a lo largo de los siglos XIX y XX (...). En España la nobleza desapareció como categoría en los censos oficiales, pero no de su lugar predominante en la estructura social del país. Se ha de considerar pues, como una realidad viva, no sólo por el complejo de sus riquezas agrarias, sino también por el atractivo que ejerció sobre las restantes clases sociales, a las que impuso buena parte de sus mitos y creencias"².

El gran tema de Vicens en aquella obra era la configuración de la burguesía en la España liberal y, aunque la nobleza apareciera como actor secundario, resultaba muy revelador que al tratar sobre la burguesía asomaran los nobles en un contexto de profundos cambios sociales. Además Vicens era de la opinión de Tuñón –o al revés- al recordar que la permanencia de los nobles en posiciones de poder se dio en fechas muy posteriores al fin de la sociedad estamental. El historiador catalán introdujo un término muy interesante cuando habló del ‘atractivo’ nobiliario. Interés que suponía también importantes dificultades metodológicas, ¿cómo se mide el atractivo?

No se trata de completar el trío porque sí, pero Jover también habló algo de la nobleza en la España contemporánea. En un trabajo de 1970, dedicó su atención a lo que por entonces llamó “estratos superiores” en un periodo algo anterior al de este estudio, la España de Isabel II. No obstante Jover aportaba dos apreciaciones interesantes para nuestro trabajo. En primer lugar, como Vicens y Tuñón, hacía una advertencia sobre lo necesario que era no perder de vista a la nobleza incluso entrado el siglo XX. En segundo término, utilizaba un concepto sutil y bello para referirse a la nueva condición que para él estaba adquiriendo la nobleza debido a los nuevos títulos que la Reina había concedido. Ser noble se convertía en “una especie de dorado amalgamador capaz de dotar de cierta homogeneidad a todo un estrato social: el estrato social superior”³. La nobleza era un instrumento social, un “dorado amalgamador”. Lo había sido siempre pero ahora con una connotación especial ya que estábamos plenamente en una sociedad que no se regía por divisiones estamentales, categorías de distinción social de otra época.

² VICENS VIVES, Jaume, *Historia social de España y América*, Barcelona, 1961, p. 131.

³ JOVER ZAMORA, José María, "Situación social y poder político en la España de Isabel II" en *Política, diplomacia y humanismo popular*, Madrid, 1976, p. 311. Justo antes, Jover hacía su llamada de atención sobre los nobles utilizando un término interesante, ‘pervivencia’: "Estamos ante uno de los símbolos más resistentes de esa pervivencia del Antiguo Régimen en el siglo XIX y aún en buena parte de nuestro siglo XX, pervivencia que es una de las claves para entender el conjunto de nuestra historia contemporánea", p. 304. Este artículo se basó en una conferencia pronunciada en 1970 y publicada previamente en 1972.

Tuñón, Vicens y Jover coincidían a la hora de apuntar la necesidad de abordar la nobleza como objeto de estudio nada menos que a comienzos del siglo XX. Tuñón se fijaba en su poder, Vicens subrayaba el atractivo que ejercieron sobre el resto y Jover dejaba caer aquella idea de que no fue un concepto estático, monolítico sino que sirvió como factor de cohesión para gentes de origen muy diverso. Con estas sugerencias parecía suficiente. Sin embargo, por el momento nadie recogió el guante.

En los años ochenta, desde fuera, llegó un nuevo impulso. Vino de la mano de un historiador norteamericano, Arno Mayer, y su aportación quedó fijada con el título de su obra, *La persistencia del Antiguo Régimen*⁴. A partir del estudio de muy distintos ámbitos –economía, política, burocracias-, Mayer mantenía que la aristocracia había jugado un papel clave en las sociedades europeas hasta la I Guerra Mundial. Al fin y al cabo era la misma idea que habían tenido aquellos grandes historiadores españoles unos años antes. La novedad podía no ser tan deslumbrante pero la gran fortuna de Mayer estuvo en otros dos factores. Encontró las conexiones entre esos grupos en un marco amplio como el europeo y puso su empeño en interpretar esa persistencia en clave cultural. Con esto era más que suficiente y, además, su obra se trataba del primer trabajo que no se quedaba en una intuición. Por otra parte, a Mayer se le podían objetar algunas cosas. Usaba de un concepto de aristocracia bastante amplio que era difícil de comparar directamente con los títulos españoles⁵. Desde su punto de vista, esa aristocracia tenía una mentalidad “feudal” que suponía una oposición cerril a cualquier progreso que les desbancara de su posición de privilegio. Así, el grupo que analizaba parecía demasiado amplio y su interpretación muy limitada. Sin embargo su obra tuvo bastante eco tanto en el panorama español como en el internacional. Esa resonancia fue importante, pues volvía a poner de relieve lo conveniente que podía ser el estudio de ese extraño grupo que para la historiografía eran los nobles.

En España, aquellas interpretaciones de Mayer tuvieron un impacto notable. Los primeros estudios en los que se notó su aportación no se hicieron esperar y, en dos casos muy concretos, centraron su atención en la posición económica de los nobles. En un estudio sobre los patrimonios de la nobleza en la segunda mitad del XIX –casi todos los

⁴ MAYER, Arno, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1984. La edición americana fue de 1981. En 1975 se publicó una interesante obra que no se centró en estos grupos pero que también abordaba aquel perpetuarse de ingredientes de una sociedad supuestamente de otra época. Se trataba de la obra: MAIER, Charles, *La refundación de la Europa burguesa*, Madrid, 1989.

⁵ Aunque generalmente se suelen equiparar, el uso de los términos nobleza y aristocracia ya plantea esta diferencia. En esta línea lo más apropiado para España sería referirse a ‘nobleza titulada’, si bien se hablará habitualmente de nobleza a secas.

analizados eran Grandes de España-, Ángel Bahamonde definió la reordenación de sus fortunas durante ese periodo. Sus conclusiones apuntaban la idea de que no se podía hablar de un simple proceso de cooptación nobiliaria durante la Restauración, “que reproduciría, sin solución de continuidad, a las elites de poder del Antiguo Régimen”⁶. Para él, estudiar a los nobles suponía situarles en una posición bastante menos destacada de la que intuía Mayer. Guillermo Gortázar fue el autor de otro texto en el cual investigaba la actividad económica de Alfonso XIII. Según él, el Rey jugó un papel dinamizador de la economía en cuanto ejemplo que siguieron las elites y, muy en concreto, la nobleza⁷. Aunque coincidían bastante en su enfoque, la interpretación daba la impresión de ser completamente opuesta, si bien había un intervalo de tiempo entre ambos estudios. Lo interesante estaba en que, en ambos casos, la nobleza se convertía en objeto de estudio y permitía proponer interpretaciones sugerentes para el conjunto de la historiografía del periodo. Se hablaba de la configuración de las elites durante la Restauración, se planteaba el papel de la monarquía en su relación con la sociedad.

Hace veinticinco años, por tanto, se perfilaban toda una serie de posibles estudios sobre la nobleza, mientras algunas investigaciones ya habían ofrecido interpretaciones muy interesantes al acercarse a los nobles. Sin embargo, aunque estuviera presente, se dejaba de lado un factor determinante: se trataba de un grupo social en decadencia. En realidad era algo que se olvidaba a fuerza de darse por supuesto. Esa decadencia no era algo instantáneo como ya había intuido Tuñón de Lara. Por otra parte, afirmar la pervivencia, como diría Jover, o persistencia, en palabras de Mayer, no quería decir que se defendiera una vigencia incontestada y omnipotente. La decadencia existió pero había que analizarla. David Cannadine se presenta como la gran referencia en este sentido. A finales de los ochenta publicó un trabajo sobre el proceso de decadencia de la nobleza británica entre 1880 y la Segunda Guerra Mundial⁸. Las diferencias entre nuestra nobleza y la suya eran más que notables en esos momentos. Sin embargo, había un factor perfectamente trasladable y que él supo percibir y trabajar con una agudeza especial: el cambio. Durante esos años la nobleza británica no sólo fue perdiendo peso en la política, la economía o los focos de poder social. En ese proceso la nobleza estaba cambiando como lo hacía la sociedad a su alrededor. Parecen obviedades

⁶ BAHAMONDE, Ángel, "Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)" en BAHAMONDE, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid, 1986, pp. 326-375.

⁷ GORTÁZAR, Guillermo, *Alfonso XIII. Hombre de negocios*, Madrid, 1986.

⁸ CANNADINE, David, *The Decline and Fall of the British Aristocracy*, London, 1990.

y, no obstante, se podía convertir en uno de los grandes peligros: ignorar el cambio en un grupo social en decadencia que, en gran medida, representaba aquello que no cambiaba.

Durante los años 90 y la década recién terminada, en España y en el extranjero aparecieron algunas obras más que subrayaban de nuevo el papel que jugó la nobleza en determinados campos. En nuestro país resaltaban las interpretaciones que, desde una perspectiva política, hacía Pedro Carlos González Cuevas⁹. En el campo de la economía, un grupo de historiadores especializados en el latifundio y el cambio agrario enseguida puso sus ojos en el estudio de las propiedades de la nobleza. Quizá la obra de Juan Carmona sobre el marquesado de Alcañices a lo largo del siglo XIX y principios del XX ejemplifique mejor que ninguna esta fructífera línea de trabajo¹⁰. Estos esfuerzos eran muy valiosos y no sólo aportaban, también ‘normalizaban’ el estudio sobre la nobleza en el marco de la historiografía contemporánea. La mirada más allá de nuestras fronteras, sin embargo, traía algo distinto. Por esas mismas fechas, Anthony Cardoza publicó una obra sobre la nobleza a finales del siglo XIX y principios del XX en Italia, con especial atención al Piamonte¹¹. En ésta, proponía una serie de conclusiones que destacaban lo relevante que era estudiar el grupo. La escasa aparición de nuevos nobles, el desarrollo de espacios de sociabilidad exclusivos, una opción política cambiante pero consciente... eran una serie de análisis que se extendían hasta la Gran Guerra y ponían en entredicho el modelo ofrecido por Arno Mayer, pero sin restar peso a los nobles –más bien, aumentándolo¹²–.

Desde fuera pero también, y cada vez más, en España se percibía la nobleza como un interesante campo de estudio para la Historia. No sólo se trataba de una intuición, algunas obras habían demostrado lo pertinente que resultaba acercarse a ella. Una serie de temas capitales para el debate historiográfico adquirirían connotaciones

⁹ GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, "Nobleza y contrarrevolución: el Centro de Acción Nobiliaria (aproximación nobiliaria a un grupo de élite)" en TUSELL, Javier, GIL PECHARROMÁN, Julio y MONTERO, Feliciano, *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, 1993, pp. 225-267 y *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, 1998.

¹⁰ CARMONA PIDAL, Juan, *Aristocracia terrateniente y cambio agrario en la España del siglo XIX. La casa de Alcañices (1790-1910)*, Ávila, 2001.

¹¹ CARDOZA, Anthony L., *Aristocrats in bourgeois Italy*, Cambridge, 1997.

¹² Dos obras sobre la nobleza se publicaron en los noventa y en la década siguiente con aspiraciones comparativas. Ambas, igual que la obra de Cardoza, se construyeron en buena medida en diálogo con el libro de Mayer. Ambas también volvían a evidenciar que la nobleza era una forma muy válida de acercarse a las distintas problemáticas que existían en los contextos estudiados. Las obras eran: LIEVEN, Dominic, *The Aristocracy in Europe, 1815-1914*, London, 1992 y WASSON, Ellis, *Aristocracy and the Modern World*, New York, 2006.

interesantes cuando se abordaban contando con la nobleza. Sin duda el tema estrella era la configuración de las elites en una nueva sociedad. Pero, enseguida, asomaban otros como el desarrollo de las ciudades, el cambio agrario, la democratización del sistema representativo o los nuevos espacios de sociabilidad. Temas y posibilidades se encontraban planteados. El problema no estaba en éstos. Llegaba el momento de preguntarse si se podía hablar en España de una nobleza como grupo social, qué contexto y qué perspectiva serían adecuados para su estudio.

Grandes en 1914.

A diferencia de otros países europeos la nobleza en España se encontraba claramente determinada por la existencia de los títulos nobiliarios. En otras naciones ser noble no dependía exclusivamente de la gracia real y se extendía con motivo de relaciones familiares o de las posesiones territoriales¹³. En la España del XIX y más en la del siglo XX, el peso de otro tipo de categorías nobiliarias aunque siguiera vigente no tenía la misma trascendencia y, en algunos casos, había ido quedando en el olvido¹⁴. Ser noble en España se asociaba a un título otorgado por el Rey. Sin embargo, no todos tenían tan claro que la posesión de un título en un periodo como éste supusiera una diferencia real con alguien que no lo ostentara. Ya lo había avisado Jover y no era difícil darse cuenta: llevar un título no quiere decir forzosamente que estemos hablando de un pasado remoto. De hecho un repaso por los reinados del XIX y el mismo de Alfonso XIII transmiten que la nobleza fue una categoría social con un marcado carácter contemporáneo. En el reinado de Isabel II se otorgaron 411 títulos, entre Amadeo de Saboya y la Restauración la cifra alcanzó los 298. Para el reinado de Alfonso XIII el dato es de 228 concesiones, al que se deben añadir 322 rehabilitaciones de títulos. Si en 1931 se hablaba de la existencia de 2176 títulos, parece obvio concluir que la nobleza era un producto del último siglo tanto como de otras etapas de la Historia de España¹⁵. Para Ruiz Torres, este hecho y la renovación de los títulos anteriores a través de

¹³ Quizá el caso extremo para un mismo periodo sea el ruso, donde la nobleza se extendía a toda la familia del titular. Los números que se barajan allí son incomparables con el caso español. Vid. BECKER, Seymour, *Nobility and privilege in late Imperial Russia*, Dekalb, 1985.

¹⁴ Para el caso de los hidalgos parece que su olvido fue algo consolidado ya a principios del XIX. MENÉNDEZ PIDAL, Faustino, *La nobleza en España: ideas, estructuras, historia*, Madrid, 2008, pp. 319-328. Maestranzas y órdenes militares seguían existiendo a comienzos del XX.

¹⁵ Los datos proceden del contraste entre: MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel, *La burguesía conservadora (1874-1931)*, Madrid, 1973, MORENO MORRISON, Roberto, *Guía nobiliaria de España*, Madrid, 1932 y ATIENZA Y NAVA JAS, Julio, *Grandezas y títulos del reino concedidos por S.M. el Rey D. Alfonso XIII*, Madrid, 1963.

matrimonios y otras estrategias suponía que la nobleza propia del Antiguo Régimen no pervivió más allá del XIX. Para Juan Pro, estos datos hacían de la nobleza un elemento de distinción propio de la contemporaneidad¹⁶.

Estos números e interpretaciones más que una objeción son un acicate. La ostentación de un título nobiliario se convertía en una paradoja social, compuesta por el carácter histórico del concepto de nobleza, su capacidad asimiladora de nuevas figuras y la misma vida de aquellos que llevaban un título, de origen remoto o cercano. Es el momento de abordar esa paradoja y la Grandeza de España es un grupo adecuado para hacerlo. En España, dentro del colectivo de la nobleza se distinguió desde el siglo XVI la Grandeza de España. Sus orígenes se encuentran en discusión pero se suele coincidir en su diferenciación como grupo durante el reinado de Carlos V. En ese momento se concibió su distinción ceremonial, muy vinculada al Monarca. Su condición venía definida por él, que decidía otorgar esa categoría como un grado jerárquico superior dentro de los títulos nobiliarios¹⁷. Ser duque suponía la Grandeza de España, mientras que marqueses, condes y otras denominaciones podían serlo si el Rey decidía añadirles esa dignidad. La decisión del Monarca era la clave, sin ninguna duda a comienzos del siglo XX. Sus prerrogativas se limitaban a puestos de honor en distintas ceremonias y, en general, en todas las que participaba el Rey. Acudir en audiencia sin pedir cita o la participación en la cobertura y toma de almohada, ceremonias palatinas, eran otras de sus prerrogativas¹⁸. Durante el siglo XIX las distintas constituciones les reservaron un puesto en la cámara alta si cumplían determinados criterios¹⁹. A parte de esta función política, desde el fin de los privilegios ser Grande no llevaba aparejado ninguna diferencia de carácter jurídico o económico.

Sin embargo, formar parte de la Grandeza suponía una distinción social clara. En ellos pesaba ante todo la Historia que eran hechos y batallas en la Edad Media, victorias

¹⁶ RUIZ TORRES, Pedro, "La aristocracia en el País Valenciano: la evolución dispar de un grupo privilegiado en la España del siglo XIX" en *Les Noblesses Européennes au XIXe siècle*, Roma, 1988, p. 163. y PRO RUIZ, Juan, "Aristócratas en tiempos de Constitución" en DONEZAR, Javier y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.), *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola. 2. Economía y sociedad*, Madrid, 1986, p. 620.

¹⁷ La discusión académica se daba a comienzos del XX igual que en estos momentos. PUJOL DE PLANES, Barón, *Monitorio Áulico (de etiquetas, tratamientos y dignidades)*, Madrid, 1908, para una definición de sus prerrogativas, no tanto de sus orígenes. Lo que queda fuera de toda duda es el origen anterior de algunos títulos con Grandeza.

¹⁸ Estas ceremonias se explicaran posteriormente.

¹⁹ La Constitución de 1876 establecía una renta mínima de 60.000 ptas. para acceder a uno de los puestos que los Grandes tenían reservados en el Senado por derecho propio. ACOSTA RAMÍREZ, Francisco, "La cámara alta en el reinado de Alfonso XIII" en PÉREZ LEDESMA, Manuel (coord.), *El Senado en la Historia*, Madrid, 1998, pp. 351-418.

en los siglos XVI y XVII, servicios a la Corona en el XVIII. Pero el proceso no se detenía entonces, también estaba muy presente el XIX y, como no, el siglo XX. La contradicción volvía a aparecer de nuevo. Aunque no era algo que todos pudieran demostrar, la continuidad –un concepto distinto que la Historia- era un ingrediente que pesaba mucho, que se ponía de relieve constantemente. Ninguno de los factores que los distinguía del resto de la elite social del momento, también de la nobleza, era suficiente por sí mismo. El Rey, la Historia, la continuidad en el tiempo y sus mismos méritos eran la mezcla que les hacía diferentes. Quizá estos factores no estaban presentes en algunos Grandes en concreto, quizá incluso eran ingredientes simulados o inventados en algunos casos. Sin embargo, la diferencia era reconocida. El peso de algunos nombres jugaba un papel muy destacado en ese reconocimiento, la acción de la prensa no resultaba menor²⁰.

Entre 1914 y 1931 se puede hablar de unas 360 Grandezas de España. Había quien ostentaba más de una Grandeza lo que reducía el número a 280 personas distintas con Grandeza, sin ser ésta una cifra fija durante estos años²¹. Entre éstos se encontraban nobles con gran tradición en la Historia de España: el duque de Medina Sidonia, el marqués de Santa Cruz, el duque del Infantado, el duque de Medinaceli, el duque de Alba y muchos otros que se podrían citar. Sin embargo no era ésta la principal característica que les definía. De hecho, no era fácil encontrar algo que les hiciera coincidir a todos. Madrid era un denominador común para muchos de ellos pero aproximadamente un cuarto no vivían en la capital y, los que vivían allí, pasaban grandes temporadas fuera, visitando sus fincas o de vacaciones. La posesión de grandes cantidades de tierra tampoco era un elemento definitivo. De todos los Grandes, sesenta tenían más de mil hectáreas en esos momentos, algo menos de un 25%. También la

²⁰ En este sentido se coincide en buena medida con los planteamientos de McDonogh a la hora de estudiar lo que él llamó ‘las buenas familias de Barcelona’. Sin embargo aquí más que el apellido –una continuidad familiar directa-, se ha estudiado el título –esa continuidad histórica más flexible-. “Mi perspectiva sobre este grupo de elite se ha configurado por contraposición a aquellos grupos de poder definidos sobre la base de una posición mantenida, una reputación o cierta participación en las instituciones de un sistema político o económico. He centrado mi atención, sobre todo, en los procesos de unificación y continuidad del grupo más que en los conflictos de clase. Esta reflexión es de suma importancia pero debe ser sólo un complemento del gran proyecto que supone el llegar a entender las actitudes y creencias de las clases dirigentes dentro de contextos históricos específicos”, MCDONOGH, Gary Wray, *Las buenas familias de Barcelona. Historia social de poder en la era industrial*, Barcelona, 1989, p. 10.

²¹ Según Moreno de Guerra en su *Guía de la Grandeza*, en 1925 existían 361 Grandezas para 266 personas distintas. La *Guía Oficial de España* de ese mismo año hablaba de 280 personas distintas. En 1931 Moreno Morrison en su *Guía nobiliaria de España* recogía 360 Grandezas para 273 personas. Las variaciones en los datos –a parte de defunciones o concesiones- se deben a algunas Grandezas que ostentaban súbditos extranjeros y que no siempre se incluían en este tipo de guías.

antigüedad de sus títulos podía ser vista como un elemento de distinción. En general, sus títulos eran anteriores que la media de la nobleza, pero ciento cuarenta de las Grandezas eran posteriores a 1800, lo cual recordaba esa “contemporaneidad” que habían señalado algunos historiadores. Su definición era bastante compleja debido a la flexibilidad del concepto, había elementos comunes pero no se podía hablar de un grupo homogéneo.

A pesar de que el contenido era diverso, otros límites estaban mucho mejor establecidos, eran mucho más claros. Se trataba de aquellos que explicaban el acceso al título. El nacimiento, sin duda, era el más determinante. Al título se llegaba por herencia. El primogénito era quien más posibilidades tenía en ese caso. Las mujeres sólo podían acceder a él si no había varones en la familia o si había suficientes grandezas para repartir entre los hijos, algo que también le ocurría a los segundones. El matrimonio era otra forma de llegar a la Grandeza. Todos los consortes eran considerados Grandes de España, consideración que desaparecía al morir el titular. El Rey era la otra forma de acceder a una Grandeza, si tenía a bien concederla o rehabilitarla²². Al margen de la herencia o la concesión se debía pagar un impuesto para suceder en la Grandeza²³, haber obtenido real licencia a la hora de casarse y haberse cubierto ante el Rey. No se trataba de muchas obligaciones pero se debían cumplir y no siempre se hacía²⁴.

Ante estas circunstancias, acercarse a este grupo en 1914 resulta un tanto atrevido. Las advertencias de los historiadores fuera y dentro resultaban animantes pero el objeto daba la impresión de escaparse entre las manos. Sin embargo la posibilidad de abordar desde otro punto de vista los importantes cambios sociales que se produjeron en España en el contexto de la Guerra Mundial es un motivo de peso. En una biografía sobre uno de los cronistas de la época que más atención prestó a los Grandes, se

²² Durante el reinado de Alfonso XIII se concedieron 43 grandezas de España y se rehabilitaron otras 20.

²³

Tarifas del impuesto de Grandezas 1922 (en pesetas).

	duque, marqués o conde	vizconde	barón o señor	sin título
sucesión directa	18.000	16.000	13.000	11.500
sucesión transversal	40.000	35.000		25.000
concesión	96.000	84.000	72.000	70.000
rehabilitación	108.000	94.500	81.000	77.000

Fuente. MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía de la Grandeza*, Madrid, 1925.

²⁴ Los llamamientos a aquellos que no habían pedido licencia matrimonial fueron frecuentes. No era un trámite caro, parecía existir más bien cierta desidia al respecto. En cambio, la participación en la cobertura, como se verá, fue algo muy extendido.

comentaba que hablar de estos personajes era algo así como ofrecer la otra cara de la sociedad que relataron Barea o Baroja²⁵. Hacer la Historia de los Grandes no supone una negación de los cambios y giros que estaba viviendo la sociedad española. Se trata de completar un cuadro que quizá no tuvo en estos personajes sus protagonistas más relevantes pero, sin duda, también configuraron esa época con su experiencia singular.

Su estudio debe partir de la idea de que se encontraban por entonces en una situación de decadencia con respecto a otras épocas. Esa decadencia no debe ser motivo de rechazo. Debe hacer que nos preguntamos por su presencia tan constante y por los motivos que explicaron ese declive y su postergación como elite social. En un trabajo de 1912, Arthur Ponsonby ya se preguntó por esa decadencia de la nobleza, en este caso, de la inglesa. Él sostenía que su libro no era más que una aportación, ya que para hacer algo de mayor calado haría falta “un historiador con algo de sociólogo”²⁶. La parte de historiador la han aportado en gran medida las apreciaciones de la historiografía precedente sobre la nobleza, tanto en España como fuera, que ya se han mencionado. En cuando a la parte de sociólogo se ha intentado encontrar en gentes como Bourdieu, Elias o Powis²⁷.

El trabajo que se presenta se configura en tres bloques bien diferenciados. En primer lugar se trata de dos elementos clave que permiten entender el atractivo que la Grandeza ejerció en la sociedad del momento y cómo los Grandes afrontaron su condición de referente. Se trata de los ennoblecimientos que se produjeron en esos momentos y de la vida de sociedad que se transmitía en la prensa con ellos como principal protagonista. En este bloque se estudia también uno de los lugares donde mejor se puede captar la idea que la Grandeza tuvo de sí misma y las distintas visiones que tenían espacio en esa idea –o que procuraban tenerlo-. Era la ceremonia de

²⁵ RODRÍGUEZ ALCALDE, Leopoldo, *E. Rodríguez R. de la Escalera*, Santander, 1958, p. XVI.

²⁶ PONSONBY, Arthur, *The decline of aristocracy*, London, 1912, p.8.

²⁷ En cuanto a Norbert Elias y Jonathan Powis, sus interpretaciones y conexiones con lo aquí trabajado se encontrarán en el texto. La influencia de Bourdieu ha sido mucho más capilar. Una de sus apreciaciones más acertadas sobre la nobleza en general fue su definición del ‘capital nobiliario’ como un tipo de ‘capital simbólico’ singular. Si este era algo distinto que el simple prestigio o la visibilidad y se basaba ante todo en el conocimiento de quienes lo ostentaban y el reconocimiento del resto, el capital nobiliario se diferenciaba en que “reposa sobre la memoria (colectiva) de las genealogías (por oposición a un capital burocrático basado en el conocimiento de la función en el presente), sobre la antigüedad del título de nobleza y sobre la creencia de la ficción de la continuidad (fundada biológicamente, ‘la sangre’, y socialmente, ‘nobleza obliga’) de los títulos y de las cualidades con las que son designados”, BOURDIEU, Pierre, “Postface” en LANCIEN, Didier et SAINT MARTIN, Monique de, *Anciennes et nouvelles aristocraties de 1880 a nous jours*, Paris, 2007, pp. 392.

cobertura de Grandes y su paralelo femenino, la toma de almohada. El análisis se cierra en torno a 1920-22 por los cambios que se produjeron en los tres campos.

En segundo lugar se presenta un bloque en el que se aborda la posición política y económica de los Grandes durante el periodo 1914 a 1931. Ante todo se intenta estudiar cómo procuraron seguir estando presentes en esos ámbitos, lejos de desentenderse sin más de ese poder más visible. Por otra parte se pretende mostrar como los equilibrios que hicieron para seguir pesando política y económicamente sin involucrarse en exceso fueron muy difíciles de mantener en la España de los años veinte.

Por último, un tercer bloque estudia los mismos temas tratados en el primero hasta la llegada de la República. Esos años no fueron un simple dejarse llevar por parte de los Grandes. En ocasiones hubo pasividad para intentar cambiar la situación a su favor. Sin embargo, otras actitudes permiten abordar su decadencia como grupo social de prestigio ofreciendo interesantes interpretaciones sobre los cambios sociales en la España del momento y de otras elites similares en la Europa de entreguerras.

Agradecimientos.

En primer lugar quisiera reconocer en estas líneas el apoyo que durante estos años siempre me ha dedicado D. Juan Pablo Fusi, director de la presente tesis doctoral. Una serie de instituciones han permitido la investigación. En especial quisiera agradecer a la Fundación Ramón Areces y la Fundación Oriol Urquijo su ayuda incondicional. También me he beneficiado de la ayuda del Ministerio de Educación para realizar una estancia de investigación en Londres. El CSIC colaboró en el inicio de esta investigación. La Fundación Cañada Blanch de la London School of Economics fue un lugar especialmente grato para el trabajo.

En cuanto a los académicos que me han prestado consejo e indicaciones, la lista es larga. Ángel Bahamonde, Pedro Carlos González Cuevas, Juan Pro, David Cannadine, William Godsey, Anthony Cardoza, Francisco Villacorta, Jaime Salazar, Edward Malefakis, Antonio Morales Moya, Dominic Lieven: todos fueron de gran ayuda por sus consejos, sugerencias bibliográficas y apuntes sobre fuentes diversas.

En los distintos archivos he encontrado amabilidad y ayuda para la investigación. Agradezco especialmente la atención en la Biblioteca Nacional, Archivo de Palacio –especialmente a Antonio Alonso-, Sección Nobleza del Archivo Histórico,

Archivo de la Fundación Casa de Alba, Archivo de la Fundación Viana, Archivo del Marqués de Santa Cruz, Arxiu Nacional de Catalunya.

El departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense ha sido durante estos años mi lugar de trabajo, en el cual he recibido muchas sugerencias que sólo han beneficiado esta obra. Agradezco también a su secretaria, María José Sanz, su ayuda en todo tipo de gestiones.

Muchas gracias, por último, a mi familia y amigos. Sería largo dedicarme uno a uno, pero todos han ayudado de veras en la culminación de este proyecto.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1. ESTRATEGIAS DE EXCLUSIVIDAD.

Grandeza de España y ennoblecimientos 1914-1920.

Ostentar un título nobiliario en la España de principios del siglo XX suponía cumplir, desde un punto de vista legal, una serie de requisitos. La norma fundamental que ordenaba los títulos era el artículo 54 de la Constitución de 1876. En éste se precisaba cómo la concesión de gracias y dignidades nobiliarias dependía de la voluntad regia¹. Esta premisa se concretaba en una serie de disposiciones –la mayoría de un origen muy remoto– que señalaban una serie de pautas a tener en cuenta a la hora de otorgar títulos nobiliarios. Las Partidas o la Novísima Recopilación eran leyes de carácter histórico que contenían referencias a los ennoblecimientos.

Durante el siglo XIX se emitieron una serie de decretos reales que, sin enmendar el papel del Monarca, establecieron ciertas disposiciones previas al trámite de la concesión. En concreto, en 1879 se introdujo como paso previo a la concesión de un título la creación de un expediente previo. También se habló de la audiencia del Consejo de Estado como requisito para acceder a la categoría nobiliaria. Estas limitaciones se suavizaron en 1883 al convertir en excepción la audiencia del Consejo si el acuerdo sobre la concesión del título partía en su inicio del Ministro.

El devenir de las concesiones de títulos nobiliarios durante el siglo XIX reflejó el interés del Monarca por premiar a determinadas personas. Se suele asumir que durante el reinado de Isabel II y su hijo (también en el de Amadeo de Saboya), los títulos se prodigaron dependiendo de las circunstancias políticas. Realmente lo arbitrario de las concesiones es algo discutible, en cuanto que la prerrogativa regia se consideró en todo momento la fuente del ennoblecimiento. Sin embargo, fue algo notorio como, durante este siglo, las titulaciones comenzaron a premiar a figuras con un carácter político o económico bastante definido, cuando la tónica dominante había sido valorar el mérito de origen “histórico”, de tipo militar o con un aura de heroísmo que solía acompañar a las hazañas guerreras. Por lo tanto, lo interesante no es insistir en que la decisión del Monarca era parcial. La clave estará en entender los factores que le llevaron a premiar algunas actitudes concretas y si su decisión estuvo condicionada. La Grandeza de España jugó un papel destacado en este sentido a comienzos del XX. En primer lugar, porque no estuvo de acuerdo con algunos de los ennoblecimientos

¹ “Corresponde al Rey conceder Grandezas y Títulos del Reino así como cualquiera otros honores y distinciones”, *Constitución de 1876*, art. 54, tit. 8º.

concedidos pues, para ellos, la nobleza era algo distinto. Después, porque quiso condicionar al Rey en este punto para hacer valer su punto de vista.

El 27 de mayo de 1912 se firmó un Real Decreto que pasó a regir todos los aspectos relacionados con las concesiones de títulos. Diego Arias de Miranda era el ministro de Justicia por aquel entonces y su rúbrica quedó al pie del que sería durante muchos años el texto clave en estos aspectos². Antes de analizar este decreto es importante entender la situación inmediatamente anterior. Desde que Alfonso XIII alcanzó la mayoría de edad hasta la publicación del decreto se concedieron en España 85 títulos nobiliarios³. Éste era un número bastante elevado pero tampoco se puede considerar como una exageración si nos fijamos en sus predecesores en el trono. Lo interesante de estos nuevos nobles fue que, en ocasiones, formaban parte de la burguesía empresarial y financiera española.

Uno de los primeros títulos que firmó Alfonso fue el marquesado de Movellán. Se creó en honor de Lorenzo Sánchez de Movellán, importante banquero español afincado en París, muy relacionado con financieros franceses, de la talla de Michaud, y españoles, como Rafael Angulo⁴. También en 1902 se nombró a Eduardo Coste marqués de Lamiaco. En el Real Decreto que siempre firmaba el Rey notificando la concesión se señaló el motivo del honor que se otorgaba: “por los importantes servicios prestados como Presidente de la Junta de Obras del Puerto de Bilbao”⁵. No todos los títulos respondían a méritos de carácter económico. El marquesado de Borja y el condado de Aybar se dieron ese mismo 1902 a colaboradores cercanos del Monarca en su Real Casa. Otros títulos tuvieron una clara explicación política, premiando largas carreras —el condado de Torrecilla de Cameros se otorgó a una hija de Sagasta en 1904— pero también a personajes aún en activo (la Grandeza de España en 1909 al conde de Romanones puede servir de ejemplo paradigmático). Por supuesto, seguían presentes las concesiones a miembros de antiguas casas nobiliarias que veían reconocidos así sus orígenes⁶.

² De hecho, aunque en 1948 se variaron algunas disposiciones debido a las circunstancias del momento, sigue siendo en la actualidad el texto que orienta lo referido a los títulos nobiliarios y su concesión.

³ Datos de elaboración personal a partir de los contenidos en *Elenco de Grandezas y Títulos nobiliarios*, Madrid, 2006.

⁴ Marquesado de Movellán, Archivo General del Ministerio de Justicia (AGMJ), leg. 10-1, nº 66.

⁵ *Real Decreto de concesión del marquesado de Lamiaco*, 3-XI-1902, marquesado de Lamiaco, AGMJ, leg. 234-3.

⁶ Esta fue la argumentación de Lorenzo López de Carrizosa que aspiraba al título de marqués de Salobral fundando su petición en un antiguo señorío de su familia: “Abolidos los señoríos y mayorazgos no hay

De todas formas, 85 títulos eran muchos títulos. No está claro que el Real Decreto del 12 respondiera a un intento de limitar las concesiones de esa primera década del siglo, aunque hubo quienes lo interpretaron así. Unos años antes, algunas personas ya habían elevado la voz contra lo que entendían como un exceso. Una de las más autorizadas fue la de Francisco Fernández de Bethencourt. Académico de la Historia. Sus publicaciones sobre genealogía y nobiliaria le convertían en el mayor experto español en materia de nobleza⁷. También abordó esta problemática Juan Barriobero, letrado del Consejo de Estado y, más tarde, abogado asesor de la Grandeza de España. En 1902, en una obra con un significativo título –*La Nobleza Española. Su estado legal*–, señaló que las concesiones eran algo excesivo e introdujo dos ideas interesantes. En primer lugar, propuso que “aun admitiendo que es verdaderamente peligroso restringir las prerrogativas del Poder moderador en este orden (...), conveniente sería al esplendor de la clase que una ley fijase cuáles han de ser los méritos que deben premiarse con estas distinciones”⁸. Por otra parte, sugería que sería conveniente introducir en el trámite de las concesiones un juicio a parte del propio del Consejo de Estado, cuya intervención había sido muy fructífera⁹. En concreto él hablaba de “una que pudiera llamarse Diputación permanente de la Nobleza” y que, sin mencionarla, parecía referirse directamente a la Diputación de la Grandeza¹⁰. Al mismo tiempo, su trabajo relacionaba claramente el problema legal de las concesiones con el papel de la nobleza en la sociedad del siglo XX. Esto será fundamental para entender el discurso de alguno de los actores principales de la problemática de los nuevos títulos.

medio hábil de que se conserven y perpetúen los recuerdos históricos que como timbres de noble y legítima satisfacción se guardan por los descendientes de aquellos ilustres varones que los realizaron, a no servir de renominación a una dignidad nobiliaria, en que como viene ocurriendo por la benevolencia de V.M., se vinculen tales recuerdos, teniendo en cuenta el esclarecido linaje de las personas a cuyo favor se otorgan estas mercedes”, *instancia de Lorenzo López de Carrizosa al ministro de Gracia y Justicia*, 15-XII-1903, marquesado de Salobral, AGMJ, leg. 219-3, nº 1955.

⁷ Entre otras puede verse FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, *Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española Casa Real y Grandes de España*, Madrid, 1900 (varios volúmenes). El objetivo de estas obras no fue criticar o poner en duda las recientes concesiones de títulos. Se escribieron “para los que estimen sabiamente que esos famosos nombres, honrados por tantas generaciones al servicio de sus Reyes y de su Patria, deben figurar en alguna otra parte que en las columnas de las revistas mundanas, donde se leen frecuentemente apellidos y Títulos que en vano se buscarán en las páginas de la Historia”, p.12. Sin embargo, su defensa de la nobleza antigua tuvo también cierto carácter reivindicativo frente a las nuevas titulaciones.

⁸ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *La Nobleza Española. Su estado legal*, Madrid, 1902, p. 62. La clase era una forma habitual de referirse a la nobleza, especialmente a los Grandes.

⁹ Hablando del Real Decreto que introdujo dicho dictamen decía: “había puesto esas y otras cortapisas a la facultad de los Reyes, que no cabe negar dieron excelentes frutos, contribuyendo a que la facilidad excesiva en las concesiones no viniera en desprestigio de la merced”, BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *La Nobleza...*, p. 59.

¹⁰ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *La Nobleza...*, p. 64.

La Diputación, a la que parecía aludir Barriobero (realmente llamada Diputación Permanente y Consejo de la Grandeza de España), era el órgano representativo de los Grandes. Creado como Junta en 1815 a causa de las necesidades económicas de Fernando VII, fue un órgano consultivo del Monarca, que no tenía ninguna atribución en el origen de las titulaciones. El Rey era su presidente mientras que los Grandes elegían un decano, el secretario y un número de vocales que eran renovados por tercios cada año. Su actividad a lo largo del tiempo fue muy irregular. En 1910 se nombró al duque de Tamames como decano de la Grandeza, lo cual fue un hecho determinante. Algunos entendieron que la propuesta al Rey de una de las novedades principales del Real Decreto del 12 partió del duque: introducir un dictamen de la Diputación en los expedientes de concesiones de títulos nobiliarios¹¹.

Como recogía el artículo 2º de dicho decreto y tras recordar que la concesión de títulos correspondía al Rey, “para premiar servicios extraordinarios hechos a la Nación o a la Monarquía (...) bastará el acuerdo del Consejo de Ministros”. Poco después, se decía que “fuera de ese caso”, los méritos y servicios deberán ir acompañados de un informe de la Diputación de la Grandeza y del Consejo de Estado¹². Para los expertos, esto era un avance en la línea de limitar de alguna forma las concesiones¹³, aunque se seguía manteniendo que en el caso de méritos fuera de lo común, la decisión quedaba en manos del Consejo de Ministros, si el Rey lo aprobaba. Según dejaba determinado el Real Decreto, a partir de entonces y en los casos más frecuentes, para acceder a la condición de noble el trámite sería más complejo.

En esta línea, algunas personas entendieron que la ley tenía como objeto claro una mayor exigencia en la concesión de los títulos. Así lo revelaba la petición de José María Jordán de Urries para rehabilitar el marquesado de San Vicente. De familia noble, había entregado una gran cantidad de documentos basando su pretensión. En una instancia a la sección del Ministerio de Gracia Justicia, el solicitante procuró acelerar los trámites que ya estaban en marcha desde el año anterior.

¹¹ ATARÉS, Conde de, *Apuntes del Archivo 1815-1864*, Madrid, 1944, p. 194. El autor comentó también que el marqués de la Mina, al sustituir a Tamames como decano de la Diputación, subrayó este hecho, p. 207.

¹² *Real decreto sobre concesión y rehabilitación de títulos y grandezas, 27-V-1912, art. 2º*.

¹³ Al menos, "pudiera constituir el menor obstáculo y establecer la más pequeña rémora al desbordamiento de ilegalidad que viene padeciendo hace diez o doce años el cuerpo nobiliario de la nación española", "Sobre un real decreto", *Revista de Historia y Genealogía Española*, 15-VII-1912.

“Sabiendo por pública voz y fama, que se proyecta una reforma de las leyes sucesorias, que pudiera vulnerar los derechos seculares reconocidos sin contradicción alguna, a los descendientes de líneas no primogénitas, por la Ley segunda, Título quince, Partida segunda, desde los tiempos del Rey Don Alfonso el Sabio, vuestro glorioso progenitor, anticipo mis propósitos, para los efectos de prevenir cualquier novedad perjudicial a mi derecho, hoy indiscutible aún”¹⁴.

La aparición de una nueva ley sobre títulos generaba dudas y expectativas. Aunque se trataba de una rehabilitación, la visión de Jordán de Urríes también fue aplicable a las concesiones: la novedad era un riesgo. En el caso de las rehabilitaciones, el Real Decreto del 12 también se pronunciaba. Un importante número de artículos se dedicaban al tema de las sucesiones y rehabilitaciones. Se señaló una serie de aspectos que debían tenerse siempre en cuenta, como la ascendencia del último y el primer poseedor del título. También aquí se otorgó un papel consultivo a la Diputación de la Grandeza.

Los descontentos –o precavidos- no se encontraron sólo en el bando de los aspirantes. La *Revista de Historia y Genealogía Española* se fundó en febrero de 1912 y llevaba apenas tres números al firmarse el Real Decreto. En su publicación de mayo comentaban: "es tal la importancia de este decreto para la legislación nobiliaria, que en el número próximo lo publicaremos íntegro"¹⁵. Así hicieron en el siguiente ejemplar, donde el director de la revista criticó con dureza al ministro. Su mayor queja iba hacia la limitación que se estableció a la rehabilitación de señoríos y contra lo que definía como “posibles abusos de interpretación en las rehabilitaciones”. Acabó su artículo con un contundente “por lo tanto, el ministro Sr. Arias de Miranda se ha excedido en sus atribuciones al proponer al Rey la firma de este decreto en que tales modificaciones se introducen”¹⁶.

Sin más, el Real Decreto no resolvía la duda principal, es decir, si limitaría las pretensiones de nobleza o, en cambio, abriría la puerta a todo tipo de aspirantes. El preámbulo tampoco aclaraba estas dudas. En primer lugar, es cierto, se hablaba de que uno de los objetivos principales del decreto era que “las dignidades nobiliarias concedidas por la merced real sean consecuencia de unos méritos auténticos”, algo muy

¹⁴ *Instancia de José María Jordán de Urríes a la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, 16-V-1911, marquesado de San Vicente, AGMJ, leg. 94-3, exp. 832. La rehabilitación de un título no suponía una nueva concesión, se trataba de volver a llevar un título ya ostentado por un pariente en el pasado.

¹⁵ *Revista de Historia y Genealogía Española*, 15-VI-1912.

¹⁶ *Revista de Historia...*, 15-VII-1912.

en la línea de los planteamientos de Fernández de Bethencourt y de los que se presumían al duque de Tamames y su Diputación. Sin embargo, después se aludía a “la necesidad de acomodar estas concesiones de esta naturaleza a las exigencias fiscales desde que en 1845 se varió totalmente el régimen tributario”, justificación bastante lejana a las preocupaciones manifestadas por los nobles. La referencia al impuesto demostraba un pragmatismo sincero, centrado en aprovechar en bien de la Hacienda el apetito por acceder al rango de noble. Poco después se volvía a poner el acento en el interés de las clases nobiliarias, pero subrayando también ese interés en el Estado “desde el momento en que los Títulos y Grandezas facilitan, con arreglo a nuestra Constitución, a los que poseen el acceso a representaciones políticas, mediante las cuales intervienen en la gestión de los asuntos públicos”¹⁷. En fin, y como también reconocía dicho preámbulo, el decreto servía para recopilar leyes anteriores y aclarar dudas. Las consecuencias reales sólo podrían ser valoradas en la aplicación del decreto. La aparición del dictamen de la Grandeza fue la novedad más clara. Seguir la trayectoria de este juicio parece muy interesante para apreciar la idea que los Grandes tuvieron de la nueva nobleza. Indirectamente iban a ofrecer su visión de la nobleza en su conjunto a comienzos del siglo XX. También iban a afrontar una serie de dificultades y desengaños que condicionarían su papel y definirían al mismo tiempo el papel de la nobleza en el periodo.

Problemas.

Las dificultades de aplicación del Real Decreto no tardaron en salir a la superficie. No se puede olvidar que las instituciones involucradas por el texto legislativo tenían una función meramente consultiva, si bien, se dedicaron a su misión con evidente interés. Es difícil otorgar un peso mayor a unos u otros. La Diputación de la Grandeza, no obstante, adquirió enseguida cierta preeminencia pues su dictamen era el primero en emitirse y los del Consejo de Estado y la sección del Ministerio solían seguir su razonamiento para criticarlo o respaldarlo. En alguna ocasión, estas instancias señalaron a la Diputación como elemento clave¹⁸. En realidad no existió una jerarquía oficial.

¹⁷ “Preámbulo” al *Real Decreto sobre concesiones...*, 27-V-1912.

¹⁸ “Es necesaria la incoación del oportuno expediente en el cual se oiga, como trámite de excepcional importancia, a la Diputación permanente de la Grandeza”, *dictamen de la comisión del Consejo de Estado*, 22-XI-1912, marquesado de Cábrega, AGMJ, leg. 21-1, exp. 145.

Entre 1912 y 1914 algunos de los títulos concedidos respondieron al caso de los “méritos extraordinarios”, por lo cual sólo hacía falta el acuerdo del Consejo de Ministros (éste fue el caso del ducado de Canalejas concedido en enero de 1913). Para la concesión de otros títulos se incoaron expedientes según los criterios del nuevo Real Decreto. Éste fue el caso del marquesado de Franquesas.

En esas fechas, el Ayuntamiento de Las Franquesas había elevado una instancia al ministerio. En ella se solicitaba la concesión de un título con esta denominación a Juan Sanpera y Torras, quien “se ha hecho digno de que su nombre quede esculpido en letras de oro y resuene por todos los ámbitos de la Nación, aunque no sea nada más que para ejemplo y estímulo de las personas altruistas y pudientes”¹⁹. Después mencionaban las construcciones del pueblo que había salido de su bolsillo: matadero, escuela, capilla, cementerio... todo un elenco de donaciones en beneficio del municipio. Unos días después, la Diputación de la Grandeza emitió un dictamen sobre esta petición. Señalaba la necesidad de oír a más instituciones relacionadas con el aspirante²⁰. Con fecha de mayo del año siguiente se enviaron al ministerio de Justicia una serie de testimonios que avalaban la petición del ayuntamiento catalán. El obispado de Barcelona, parroquias de las Franquesas, el juez municipal, el alcalde, el inspector de sanidad, la junta provincial de Instrucción Pública o la junta de primera enseñanza fueron algunos de estos testimonios. En ellos se repetía un argumento interesante, la “verdadera justicia” que supondría esta concesión²¹.

Unos días más tarde, la Diputación de la Grandeza emitió su dictamen sobre la petición:

“la Diputación de la Grandeza no ha de escatimar el elogio que merece el desprendimiento de D. Juan Sampera y Torres con indudable beneficio para sus paisanos y convecinos, no pudiendo juzgar de la importancia del sacrificio que implica por desconocer los medios de fortuna de que puede disponer pero sin que esto sea obstáculo para que entienda es digno de recompensa. Ahora bien, existen premios y galardones de varias clases en nuestras leyes y no parece que sin haberse acudido y

¹⁹ *Instancia del Ayuntamiento de Las Franquesas*, 7-IV-1912, marquesado de las Franquesas, AGMJ, leg. 258-4, exp 2419.

²⁰ En concreto, se refería a “autoridades y corporaciones locales y provinciales y el Ministerio de la Gobernación”, *dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 22-VI-1912, marquesado de las Franquesas, AGMJ....

²¹ *Instancia de la Junta de Primera Enseñanza*, 21-V-1913, marquesado de las Franquesas, AGMJ.... No se nos escapa lo interesante del repertorio de recomendaciones que se recogen: Iglesia, municipio y escuela coinciden a la hora de pedir la titulación.

menos agotado, los de carácter vitalicio, que no por serlo son menos estimados, que pudieran otorgársele, se ha de conceder desde luego una merced que por su naturaleza hereditaria y en este aspecto debe reservarse, salvo casos muy excepcionales, de servicios con relieve nacional extraordinario, para aquellos que habiendo sido ya objeto de otras distinciones prosiguen su meritoria labor, realizando nuevos y más importantes actos, que acumulados a los que ya recibieron premio, no deben ni pueden volver a ser motivo de reiteración en el mismo que antes se les diera”²².

El Consejo de Estado y la sección del Ministerio de Gracia y Justicia contradijeron el dictamen de los Grandes. Ambos se mostraron a favor de que se concediera el título. La comisión del Consejo de Estado entendió que “pretender que tan importantes méritos sean recompensados con alguna ligera distinción vitalicia, (...) equivaldría a terminar con tan felices iniciativas y sería empequeñecer obra tan meritoria dejándola sin el correspondiente premio”²³. También hablaban de la dimensión estimulante que podía tener poner como ejemplo al país la labor del señor Sanpera. Por su parte, la sección de Justicia insistió en un factor de gran relevancia en esta polémica. Sostenía que, con la concesión del título, se aseguraba que aunque los descendientes de Sanpera no mantuvieran su posición económica, al menos heredarían dignidades que perpetuarían su generosidad, “con lo que también se realzan los prestigios de la nobleza”²⁴. Al final de este informe, se decía que eran catorce dictámenes contra uno, colocando las recomendaciones a favor de Sanpera a la altura del dictamen de la Diputación. Esto contrastaba con la idea de que el dictamen de los Grandes tenía una importancia superior, como poco antes habían mantenido desde el Consejo de Estado.

Sólo dos días después de lo expuesto desde Gracia y Justicia, Alfonso XIII firmó el Real Decreto de concesión del título. En éste se mencionaban los institutos consultados y que había sido “oída” la Diputación de la Grandeza²⁵. Este fue el primer choque evidente entre el juicio de los Grandes y el de las otras instituciones. Más aún, pudieron comprobar como su criterio no era tenido en cuenta por el Monarca.

²² *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 13-VII-1913, marquesado de las Franquesas, AGMJ.... El dictamen lo firmaban el decano, Tamames, y el secretario, marqués de Rafal.

²³ *Dictamen de la Comisión del Consejo de Estado*, 7-XI-1913, marquesado de las Franquesas, AGMJ....

²⁴ *Informe de la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, 13-XI-1913, marquesado de las Franquesas, AGMJ....

²⁵ Para ostentar un título nobiliario había que recibir primero el Real Decreto de concesión, rehabilitación o sucesión, pagar las tasas en Hacienda y, después, esperar que llegara el Real Traslado. *Real Decreto de concesión del marquesado de Franquesas*, 15-XI-1913, marquesado de las Franquesas, AGMJ.... En el caso de Sanpera, las tasas relativas a concesiones eran de 24.000 pesetas.

En el caso de las rehabilitaciones la Diputación defendió una visión que se basaba en la necesidad de preservar los acontecimientos que dichos títulos rememoraban. Esta idea se enunció claramente en su juicio sobre la rehabilitación del condado de Brías, un título que no se ostentaba desde hacía tiempo y que solicitaba una de sus descendientes:

“Es de interés patriótico procurar no desaparezcan títulos de nobleza que han de recordar perpetuamente hechos gloriosos de nuestra historia y perjudicaría a ello el no admitir la competencia del Estado Español para rehabilitar y autorizar la sucesión de Títulos obtenidos como premio a servicios prestados en otros tiempos a nuestros Monarcas”²⁶.

Esta misma actitud se pudo entrever en la postura de la Grandeza ante la reclamación del duque de Luna por su mejor derecho en la rehabilitación del marquesado de Cábrega. Este título fue solicitado en 1912 por Pilar Landecho, mujer de Estanislao Urquijo. Ante esta petición, la Diputación de la Grandeza respondió con un dictamen positivo pero en el que subrayaba “sin que ello prejuzgue respecto a la existencia de quienes pudieran ostentar mejor derecho”²⁷. En marzo de 1913 José Antonio Azlor de Aragón, duque de Luna, hijo del duque de Villahermosa, comenzó las pesquisas para solicitar su mejor derecho sobre el título, que consiguió finalmente tras sentencia judicial en julio de 1914²⁸. Una casa como la de Villahermosa no podía dejar que los títulos pertenecientes a su familia se dispersaran. No importaba quien fuera el solicitante y, en este caso, se trataba de la familia de –quizá- el hombre más rico del país. Un pleito de un año de duración puede ser buena muestra del interés que suscitaba un título en el momento (más si llevaba unida la Grandeza de España). El fracaso de Urquijo, el éxito del duque de Luna, resumieron los riesgos que algunos eran capaces de correr y las molestias que otros se tomaban por alcanzar y preservar, en cada caso, la nobleza.

La Diputación se encontró muy pronto nadando contracorriente. Le sabían a poco los méritos de Juan Sanpera porque no tenían un carácter histórico, como sí que representaban los del condado de Brías o los derechos del duque de Luna sobre el

²⁶ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 27-I-1913, condado de Brías, AGMJ, leg. 193-3, exp. 1718.

²⁷ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 15-X-1912, marquesado de Cábrega, AGMJ, leg. 21-1, exp. 145.

²⁸ El Real Traslado tiene fecha de 28 de julio de 1914. Es muy interesante el elegante pergamino que se conserva en el expediente sobre el marquesado de Cábrega y que aparece como anulado al ser la titular Pilar Landecho. Marquesado de Cábrega, AGMJ, leg. 21-1, exp. 145.

marquesado de Cábrega. En el caso de Franquesas, para los Grandes el factor clave –y negativo– fue que la petición se centraba en beneficios concedidos fruto de una aportación económica. Tenía gran importancia la opinión de la Grandeza sobre el carácter relativo de las donaciones realizadas: el valor no estaba en la cantidad total que había aportado. Su visión valoraba otros términos muy diferentes. Juan Sanpera hizo donativos en Franquesas del Vallés desde 1880. Esas donaciones se intensificaron a principios de siglo, concluyendo con la construcción del matadero en 1911, pagado a su costa. Para la Diputación aún faltaba algo: la continuidad, la dimensión histórica que el señor Sanpera no tenía y que, en una generación, era imposible que alcanzara.

Apetitos de nobleza.

Después de algo menos de dos años desde la firma del Real Decreto sobre títulos, la Diputación de la Grandeza lanzó una queja al Monarca. El 11 de abril de 1914 el decano y sus vocales firmaron una instancia en la que resumían su labor durante ese tiempo pero, ante todo, daban su parecer sobre las concesiones de títulos y los aspirantes a ellos. Nada más empezar, dejaban clara su función en estos asuntos “obligada por los deberes que le impone la representación social que le está atribuida de una clase y fuerza de orden”²⁹. Justo después planteaban uno de los motivos de su exposición: evidenciar la errónea interpretación del título nobiliario por quiénes lo quieren “convertir en medio de fáciles éxitos o elemento decorativo que complete las que proporciona la fortuna”.

Tras esta clara introducción, la Diputación fundaba su protesta, basándose en las leyes emitidas al respecto a lo largo del tiempo. Se refería a las más cercanas, establecidas durante la Restauración y que ya habían introducido la idea de los dictámenes previos. También comentaban la legislación del periodo republicano, subrayando con Alonso Martínez que, si no se atuvieran a las leyes, esas titulaciones “serán menospreciadas por los dignos y ridiculizadas por el pueblo”. En su discurso también había referencias a las Partidas y a la Novísima Recopilación de Carlos III. De ésta cogían una expresión muy apropiada para su propósito de rechazar ciertos méritos procedentes de “la industria y manejo”. Para la Diputación, acudiendo de nuevo a Carlos III, había que probar “servicios al Monarca y al público”. El título debía

²⁹ *Exposición que elevan a S.M. desde la Diputación de la Grandeza sobre prerrogativas de esta Diputación, 11-IV-1914.* Archivo General de Palacio (AGP), Reinados-Alfonso XIII, 12439/24.

concederse, repetían de nuevo, “para recompensar méritos relevantes y servicios no premiados”³⁰.

Por otra parte, la Diputación manifestaba que el Real Decreto de 1912 estaba en perfecta consonancia con lo dispuesto anteriormente. Reconocía que, con ese decreto, el Rey había salido al paso de los que confundían esos medios de ostentación con la obtención de una gracia nobiliaria. Estos aspirantes estaban muy confundidos al pensar “que tienen realizados actos bastantes para que les sea otorgada sin distinguir entre el precio del marco dorado y el valor de la pintura”³¹. Por tanto, los Grandes pedían “la exacta observancia de lo legislado, justicia y verdad”, ya que observaban como de otra forma era casi imposible restringir esos “apetitos de nobleza”. Su esperanza estaba puesta en la persona del Rey, a quien consideraban garante de la “gran delicadeza” necesaria en este tema y que no se podía confundir con una “apreciación personal”. Aunque en sus últimas palabras reconocían no pedir reformas en lo legislado, también mencionaban que en otro tipo de honores se habían limitado las concesiones y que la falta de gradaciones era un grave problema que se debía tener en cuenta en los ennoblecimientos.

Esta exposición llevaba al pie la firma de los Grandes vocales de la Diputación. El primero de ellos era el duque de Tamames, su decano. Le seguían el marqués de Rafal, marqués del Castelar, duque de Parcent, conde de Revillagigedo, marqués de la Cenia, duque del Infantado, marqués de Santa Cruz, conde de Heredia Spínola, duque de la Vega (era el secretario), conde de Almodóvar, marqués de Hoyos y duque de la Conquista. En la argumentación se podía observar una contestación directa a las pretensiones de gente como Juan Sanpera, pero también a las de quienes apoyaban sus solicitudes. No era una crítica exclusivamente contra el Consejo de Estado y la sección del Ministerio. Desde 1912 se habían otorgado varios títulos acogiendo a la primera parte del artículo 2º del Real Decreto, aquella que hablaba de los méritos extraordinarios. El condado de Vinatesa para Miguel Agelet, el marquesado de Bolarque para Estanislao de Urquijo o el marquesado de Chávarri concedido a Benigno Chávarri fueron titulaciones que iban en la línea de las quejas de los Grandes. Ninguno

³⁰ *Exposición... 11-IV-1914*, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/24.

³¹ *Exposición... 11-IV-1914*, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/24.

de estos títulos se creó habiendo oído el dictamen de la Diputación, ya que respondieron a un acuerdo del Consejo de Ministros³².

En mayo de ese mismo año, se planteó la concesión de un título nobiliario a Francisco Javier Sánchez Dalp. La propuesta procedía del ayuntamiento de Aracena. Entre los méritos que se hacían constar en la solicitud se encontraba la donación de una capilla, la casa consistorial (valorada su construcción en 250.000 pesetas), las escuelas, el sueldo de los profesores y el asilo de los ancianos desamparados³³. La Diputación de la Grandeza emitió el dictamen correspondiente:

“los antecedentes expuestos que atribuyen sin duda con justicia a D. Francisco Javier Sánchez-Dalp, merecimientos muy loables, no revisten a juicio de esta Diputación el carácter extraordinario que requiere la concesión de un Título nobiliario. Existen en nuestras leyes y costumbres otras varias maneras de premiar actos como los de que se trata y son ellas tan apreciadas que no resultaría lógico ni equitativo prescindir de utilizarlas en pro de D. Francisco Javier Sánchez-Dalp”³⁴.

Es fácil reconocer en esta contestación los argumentos que apenas hacía un mes habían expuesto a Alfonso XIII. Otra vez los dictámenes del Consejo de Estado y de la sección del Ministerio fueron favorables a la concesión del título que se pedía. En sus reflexiones hablaban de que el solicitante hacía donaciones “con el fin de subvenir necesidades de orden social” a escala local. Al mismo tiempo, entendían que la concesión de este título podía servir de estímulo “a todos aquellos que encontrándose en circunstancias análogas, pretendan realizar obras semejantes”³⁵. Finalmente, el título no se concedió, al menos por el momento. No se supo el motivo. Quizá entró en juego aquella delicadeza del Rey a la que acudieron los Grandes en su exposición de abril. Un factor interesante en esta petición fue la intervención del marqués de Santa Cruz, uno de los firmantes de la mencionada queja. Fue él quien envió desde la subsecretaría de presidencia del Consejo de Ministros la petición, posicionándose a favor de Sánchez Dalp: no resultaba tan sencillo establecer el criterio a seguir³⁶. Sánchez-Dalp, así como Urquijo y Chávarri, también Agelet en menor medida, eran destacados elementos

³² Condado de Vinatesa, AGMJ, leg. 56-3, exp. 371, marquesado de Bolarque, AGMJ, leg. 292-2, nº 2921, marquesado de Chávarri, AGMJ, leg. 272-3, exp. 2611.

³³ *Instancia de Juan del Cid, alcalde de Aracena*, III-1914, marquesado de Aracena, AGMJ, leg. 63-2, exp. 466. En ésta hacía mención frecuente al “altruismo” de Sánchez Dalp.

³⁴ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 22-V-1914, marquesado de Aracena, AGMJ, leg. 63-2, exp. 466.

³⁵ *Dictamen del Consejo de Estado*, 12-VI-1914, marquesado de Aracena, AGMJ, leg. 63-2, exp. 466.

³⁶ *Instancia del Marqués de Santa Cruz al Excmo. Ministro de Gracia y Justicia*, 7-V-1914, marquesado de Aracena, AGMJ, leg. 63-2, exp. 466.

económicos –unos financieros, otros industriales-, también con un importante peso político. El descontento ante las tres primeras concesiones parece implícito en la exposición del 14. Fue muy notorio ante la solicitud para Juan Sanpera y después en el caso de Javier Sánchez Dalp. Esa postura no fue compartida por todos los estamentos. Pronto las críticas llegaron desde otros lugares.

Límites a la prerrogativa.

Ese 1914, Fernando Suárez de Tangil publicó una interesante obra con un largo título: *Breve estudio histórico-político y sociológico legal sobre las grandezas de España y títulos del Reino*³⁷. El libro recogía uno de sus ejercicios a letrado del Consejo de Estado, cargo que ejercía por entonces. Su postura en éste era algo ambigua, si se entiende desde la perspectiva de la nobleza. Sin embargo, esa ambigüedad no escondía una oposición clara a las pretensiones de los Grandes, expuestas especialmente en su Exposición de sólo unos meses atrás.

El autor comenzaba haciendo una interpretación muy interesante de la nobleza. Para él, el objetivo de esos honores sería “perpetuar el recuerdo de la distinción”³⁸. Tras hacer evidente su postura claramente a favor de este grupo, introducía una crítica furibunda contra su situación actual. Aunque esa situación no influía directamente en la problemática de las concesiones, su punto de vista sobre la nobleza en general determinó sin duda su interpretación del Real Decreto del 12. Después de alabar “las tendencias de actividad que está imprimiendo en la actualidad la Diputación de la Grandeza de España a todo lo que sea y signifique defensa y protección de los altos y respetables intereses de la clase que le están encomendados y de todos sus similares y derivados”³⁹, reconocía la misión de la Grandeza como juez –que debería ser único- en las concesiones de otras Grandezas. No obstante, al hablar de las concesiones de títulos sin Grandeza se oponía a que la misma Grandeza tuviera papel alguno:

"Por indiscutibles que sean los prestigios nobiliarios de esa clase, hay algunas, por no decir muchas grandes casas de nuestra aristocracia, que, sin disfrutar de la prerrogativa de Grandes, gozan de tan bien ganados méritos y distinciones, y les es molesto, causales enojo, aparte de no disponer de representación para sus asuntos, el

³⁷ SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio histórico-político y sociológico legal sobre las grandezas de España y títulos del Reino*, Madrid, 1914.

³⁸ SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio...*, p. 7.

³⁹ SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio...*, pp. 64-5.

tenerse que someter, que domeñar a los mismos a quién a veces por su menor antigüedad, por su menor hidalgo nacimiento, por reciente voluntad Real en concesión de Grandeza, o por disposiciones legislativas se encuentra convertido en árbitro de negocios que afectan a grandes familias y casas"⁴⁰.

Suárez de Tangil aportaba un matiz no percibido hasta el momento: había quién consideraba que la Diputación monopolizaba la opinión que los nobles debían emitir sobre otros títulos. Su argumentación no se detenía ahí. El ejemplo para su reflexión no podía ser otro que el de la concesión del marquesado de las Franquesas. ¿Qué debía decidirse cuando se oponían dos institutos con el mismo rango? Mejor que una contestación directa, él ofrecía su juicio sobre el caso concreto. La Diputación se equivocaba ya que las medallas que ella proponía no estaban a la altura de los méritos. Su dictamen era erróneo –sin decirlo, lo estaba calificando de superfluo- y podía condicionar la opinión de la sección del Ministerio, al cual concedía un papel singular que realmente no tenía⁴¹.

En la interpretación de Suárez de Tangil pesaban las palabras que le había oído a un Grande de España “de relevantes méritos y condiciones intelectuales distinguidísimas”. Parece ser que, hablando con esta persona, le había manifestado que la Diputación pretendía tener un papel en la concesión de todo tipo de honores y que, más adelante, su juicio tuviera carácter legal⁴². Aquel Grande, no se sabe quién fue, ya estaba contestado en el juicio ofrecido sobre el expediente del marquesado de Franquesas. El autor, sin embargo, iba un poco más allá.

Para él, desde que se había aprobado el decreto del 12, la situación previa no se había modificado en ningún punto: “en la práctica las dificultades de aplicación, los distintos criterios sobre la misma, y los errores que tenemos que suponer sean inconscientes, siguen siendo los mismos exactamente que antes de su directa intervención en estos asuntos”⁴³. Esta afirmación contradecía su primera alabanza de la

⁴⁰ SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio...*, p. 70.

⁴¹ SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio...*, p. 73.

⁴² SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio...*, p. 74.

⁴³ SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio...*, p. 75. Este juicio respondía a una pregunta que el autor lanzaba en su texto un poco antes: “Pero si en el aspecto ideológico no responde la intervención de la Diputación de la Grandeza a las mismas normas a que debía ajustarse y hemos señalado al comienzo, ¿en el de la realidad ha resuelto algo en el problema de cortar los que ella misma y autores importantes llaman abusos y que, casi exclusivamente aprovechan, caso de existir, a los mismos que claman contra ellos, ya ha encauzado los asuntos por la inflexible línea recta, sin doblarse a lo que pudiéramos decir contingencias de la vida, que a las veces se presentan tanto más impetuosas e irresistibles cuanto mayores son los propósitos de no doblegarse a ellas?”. Aunque la respuesta era crítica hacia la Diputación, mucho

labor de la Diputación. También era paradójica su última propuesta. Para acabar, Suárez de Tangil planteaba que las Grandezas se concedieran en las Cortes, de forma que todo el proceso tuviera un carácter público, especialmente en lo que se refería a los méritos. Muy atrás quedaba su primera iniciativa de que sólo la Diputación pudiera intervenir en las concesiones de otros títulos de Grandeza. Poco a poco, había ido demostrando que su interpretación de las leyes nobiliarias distaba bastante de la que hacían los Grandes. De fondo, se podía encontrar una intención de velar por el concepto de nobleza, como también defendían ellos. Sin embargo, los medios que él propugnaba conducían a algo distinto. En su texto, se hablaba de que la nobleza era una perpetuación de la distinción, de que había que sentirla y no sólo ostentarla. Su énfasis estaba en el ejercicio de la nobleza en el momento presente. La Historia contaba pero no de la forma que lo hacía para la Grandeza.

En febrero del año siguiente, la Diputación de la Grandeza volvió a acudir al Rey. El formato era parecido al de su Exposición del año 14. Sin embargo, el desarrollo reflejaba una intención diferente. A lo largo del texto se podía ver algo más que una respuesta a aquellos que aspiraban inmerecidamente a un título. También se defendían de los que, como Suárez de Tangil, consideraban a la Diputación como un elemento distorsionador de la decisión del Monarca.

Comenzaron atacando. Tras hacer profesión de su devoción al Rey, dejaban claro el primer propósito de aquellas líneas, “deshacer equívocos que encuentran con facilidad fomentadores en los que aparentan desconocer o desconocen lo que la tradición nobiliaria debe significar en la vida de los pueblos”. Tampoco tenían problema en señalar que no “faltan individuos dispuestos a sacrificarlo todo a su particular interés y, abundan con exceso, por desgracia, los que prefieren a la lucha por ideales de dignificación un régimen de comodidad”. Su última andanada iba contra los que habían malinterpretado su papel: “no faltarán quienes no han comprendido todavía lo que significan la clase a que pertenecemos, el que en los asuntos que directamente les afectan intervenga su representación, y menos se explicaran muchos el entusiasmo con que acogimos el R.D.”⁴⁴.

más lo era la pregunta. Esta actitud que mezcla la censura más directa hacia la nobleza –en especial la Grandeza– con juicios más matizados, era una constante en el libro de Suárez.

⁴⁴ (*Exposición de la Diputación de la Grandeza*), 15-II-1915, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/24. Propiamente, esta segunda exposición no tiene título.

Este agresivo inicio daba paso a una argumentación mucha más moderada. Justificaban su anterior exposición –la del 14- en las famosas “acometidas de la vanidad” y señalaban quejosamente que su labor les estaba suponiendo toda una serie de críticas. Ante éstas, su única satisfacción era el apoyo manifestado por el Rey, quien “con motivo de la concesión de un nuevo título (dijo) que eran comprendidos perfectamente los elevados móviles que nos inspiraban”⁴⁵. Justo después, la Grandeza proponía una definición de su papel como órgano consultivo: “no supone otra innovación en las leyes antiguas y modernas que el de un llamamiento al propio decoro de los interesados, nota de delicadeza característica de este género de distinciones”. La llamada al decoro era algo muy distinto que limitar la prerrogativa regia, de lo que les había acusado Suárez de Tangil. Al mismo tiempo, entendían que los problemas habían surgido “conforme hicimos notar los servicios positivos se han exigido siempre para las concesiones de Títulos y Grandezas”. Desde su punto de vista, valorar los méritos de los solicitantes nada tenía que ver con limitar los poderes del Monarca: “esto que es la esencia no ha de borrarse de las leyes para declarar enteramente discrecional su otorgamiento”. Quizá ésta era la acusación que más podía doler a los Grandes y, de fondo, la exposición tenía como objetivo claro desmentir esta idea:

“Sin embargo no falta quien diga que el intervenir la Diputación es contrario a este precepto de la ley fundamental y parece que el argumento se quiere utilizar para que desaparezca ese dictamen nuestro, llegándose hasta suponer que son los representantes de la Grandeza de España quienes amparan la limitación de la libre prerrogativa en este orden establecida por la Constitución. Claro es que tal modo de hablar es de quienes o no han leído el texto o lo han interpretado a la medida de su gusto pero semejante supuesto no puede pasar sin la protesta terminante, calurosa, unánime de todos nosotros, que de sobra sabemos y gustosos proclamamos que es nuestro Soberano el primer noble del Reino fuente de todo honor según las antiguas leyes”⁴⁶.

La Diputación señalaba una serie de títulos –todos Grandezas- que se habían otorgado sin ninguna queja por su parte para confirmar que comprendían “que a la vieja nobleza conviene la savia de aquellas ilustres personalidades que son ensalzadas por el

⁴⁵ *Exposición...*, 15-II-1915, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/24. El título al que se refieren no se conoce. Quizá están hablando del marquesado de Yanduri, otorgado a Pedro Zubiría en noviembre de 1914, por acuerdo del Consejo de Ministros. Vid. marquesado de Yanduri, AGMJ, leg. 265-1, exp. 2523.

⁴⁶ *Exposición...*, 15-II-1915, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/24.

juicio público”⁴⁷. Uno de los párrafos finales lanzaba al Monarca su propuesta para acabar con las dudas que experimentaban ante las críticas recibidas. Por un lado, la Grandeza encontraba su posición como órgano consultivo muy apropiada y la defendía a conciencia. Sin embargo, veía en esas críticas un riesgo que podía afectar a su prestigio, en especial desde que se ponía en duda su fidelidad al Rey. Los Grandes concluían:

“Podemos sin embargo no haber acertado en el desempeño del cometido a pesar de que nuestro deseo fue colaborar en la obra redentora social que V.M. se había impuesto y apartar de su lado las acometidas de la vanidad, veraz pocas veces, nunca satisfecha y rara vez agradecida. Quizá anduvimos descaminados como algunos propagan en el modo de entender nuestra misión, nosotros que aspiramos a formar al lado del trono una clase aristocrática con elevado concepto de su dignidad para que sea ejemplo merecedor del respeto de todos, que es nuestro único propósito y para conseguirlo estamos dispuestos a cuanto se exija de nosotros, pero esta labor no permite vacilaciones si se ha de obtener un fin práctico útil a una España grandiosa y necesitamos indispensablemente para continuarla unir a la interior satisfacción si ha de ser completa, alientos que sólo V.M. puede darnos”⁴⁸

Esta exposición solicitaba del Monarca una señal de apoyo a su labor. La defensa de las críticas recibidas, su firme queja contra la idea de que limitaban la prerrogativa del Rey concluían con esta petición hacia Alfonso XIII: necesitaban su aliento. No existió una respuesta del Rey de la que quede constancia. Los firmantes eran prácticamente los mismos que en la exposición de 1914. Sólo el conde de Almodóvar y el marqués de Hoyos no aparecían en esta ocasión. Sí estaba el marqués de Santa Cruz que había apoyado la propuesta del marquesado de Aracena en desacuerdo con el juicio de la Diputación o, al menos, de Tamames y de la Vega, firmantes de aquel dictamen. Esto no fue problema para firmar esa nueva exposición, por lo que se entiende que su apoyo se refería más al caso concreto que a una visión contraria a la de la Diputación.

Ese mismo año, Juan Barriobero publicó una obra bastante similar por su temática a la de Suárez de Tangil. En ella se hacía una defensa clara de la idea de nobleza mantenida por la Grandeza. Conscientemente, casi no se refería a los problemas

⁴⁷ *Exposición...*, 15-II-1915, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/24. Significativamente hablaba de una serie de títulos concedidos a familiares de la Casa Real, a insignes políticos y a un “filántropo”. Era los ducados de Talavera de la Reina y Hernani, el ducado de Canalejas, los marquesados de Alhucemas y Silvela y, por último, el también marquesado de Casa Riera.

⁴⁸ *Exposición...*, 15-II-1915, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/24.

relacionados con la legislación, su intención era otra. Barriobero había escrito un libro años atrás en el que defendió la idea de establecer algún dictamen además del que emitía el Consejo de Estado desde los años ochenta del siglo anterior. A la altura del año 15 era abogado asesor de la Diputación de la Grandeza y parece que su pensamiento estuvo presente en la primera exposición de 1914⁴⁹. No era extraño, por tanto, que publicara ahora un trabajo que sirviera como apoyo de las ideas de la Grandeza. Sin embargo, fue muy revelador que su obra se centrara en una defensa del concepto de nobleza mantenido por los Grandes más que en una reflexión jurídica sobre el carácter consultivo del juicio sobre las concesiones. A parte de una referencia a las sucesiones, poco de la obra de Barriobero mencionaba estos temas⁵⁰. Su intención fue la de reflejar todo lo positivo que podía aportar la nobleza a la sociedad del momento. En especial, se detuvo en describir los cargos que algunos Grandes ocupaban en diferentes puestos clave de la sociedad española.

En este sentido, Barriobero estaba contestando la visión ofrecida por Suárez de Tangil. Éste, antes de hablar de su interpretación sobre las concesiones de títulos, criticó sin miramientos la nobleza del momento. En concreto señaló cuatro males que corrompían a este grupo. Absentismo, la profesión de ideas liberales y avanzadas, los enlaces desiguales y "la apatía en la defensa de sus intereses, tanto individual como colectivamente practicada"⁵¹. Suárez dedicaba unas cuantas páginas a justificar su punto de vista pero acababa diciendo que no podía seguir por esa línea, pues no era el objeto de su trabajo (como se ha visto, fue el análisis de la legislación sobre los títulos). Anunciaba que esas reflexiones serían reunidas en un estudio sobre la decadencia social de España partiendo de la aristocracia.⁵² Más que nada, el libro de Barriobero era una respuesta a esa crítica al concepto de nobleza que había hecho Suárez: las reflexiones jurídicas habían pasado a un segundo plano. Por otra parte, la exposición de la Grandeza de febrero del 15 sí se detuvo en aspectos de ese tipo, pero su recurso al apoyo del Rey también contenía una llamada implícita a tomar posición sobre el concepto de nobleza

⁴⁹ Algunos párrafos de esta obra se encuentran prácticamente al pie de la letra en la exposición de abril del 14. Puede ser que la influencia viniera en sentido opuesto pero, en su condición de asesor, no resulta extraño que la exposición fuera parte de un estudio interpretativo suyo. Cfr. BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia. Notas y observaciones relativas a su significación*, Madrid, 1915, pp. 127 y ss.

⁵⁰ Cuando lo hacía, sus apreciaciones eran muy significativas. Refiriéndose a los títulos: "ni importa a su valía que sean pocos o muchos los llamados a obtenerlas o a suceder en ellas, sino de que sean bien y debidamente concedidas y dignos y merecedores de ellas los que las disfrutan", BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, p. 106.

⁵¹ SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio...*, p. 59.

⁵² SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio...*, p. 61. Dicho trabajo no se publicó nunca.

que se estaba defendiendo. El libro seguía la línea de la Diputación, pero hacía evidente un tema fundamental: el problema sobre las concesiones y rehabilitaciones se convertía en un debate sobre la nobleza en sí misma.

Barriobero argumentaba: "sólo se dejan oír hablando de la aristocracia, voces de algunos que confunden lamentablemente las galas de armería, con el alma que cubrieron, dispuesta, porque nobleza obliga, al sacrificio, patrocinado el honor y la virtud"⁵³. Esto era similar a lo que defendía Suárez. Sin embargo, Barriobero acudía a la esencia del concepto de nobleza para subrayar lo pertinente que era ponerlo en juego en la sociedad de aquel entonces. En otro lugar mantenía que "la tradición aristocrática será elemento vital con sólo que se mantenga fiel a la idea de honor y abierta al verdadero valer", para luego concluir que:

"su defensa como clase será sencilla cosa si procuran sus individuos que los signos exteriores no se conviertan en las únicas virtudes; en otro caso la distinción nobiliaria, obtenida a veces por habilidades ambiciosas, será pabellón que cubra mercancía averiada que pudra e inutilice todo el contenido"⁵⁴.

Pero, ¿dónde estaban esa tradición y esa distinción a la que aludía? Para él, se encontraban, sin duda, en la nobleza de sangre, especialmente en la Grandeza de España. Esto no lo compartía Suárez de Tangil, al menos, de una forma tan tajante. Tampoco lo entendía Fernández de Bethencourt, conocido genealogista que en 1914 había leído un discurso muy crítico hacia los Grandes en la Academia Española⁵⁵. Barriobero tomaba posición frente a ambos: "la aristocracia de sangre, colocada en la cima de la sociedad por tradición, con independencia que le corresponde de origen, puede y debe más que ninguna otra fuerza social orientar a sus contemporáneos hacia el verdadero concepto del bien público"⁵⁶. El problema pensaba que era juzgar tal o cual época por los genios que en ellas habían aparecido, sin valorar al resto de miembros del grupo. Según esto, "el espectáculo que viene ofreciendo nuestra aristocracia en la edad contemporánea en nada desmerece y acaso y sin acaso mejora el de otros días"⁵⁷.

⁵³ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, p. 15.

⁵⁴ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, p. 28.

⁵⁵ FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, "Las letras y los Grandes", *discurso leído en el acto de recepción de la Real Academia Española*, 10 de mayo de 1914, Madrid. Entre otras cosas decía: "corren hoy rápidamente, acaso con el brillo de la luz que se extingue, jinetes en jacas de polo a su lamentable extinción".

⁵⁶ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, p. 74.

⁵⁷ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, p. 143.

Quizá inconscientemente, Barriobero difería en un aspecto de la interpretación de la nobleza que la Diputación había defendido. Al hablar de los Grandes, subrayaba como algo meritorio que su origen no estaba tan lejano en el tiempo. De hecho, afirmaba que de 325 Grandes sólo unos 75 tenían un origen anterior a 1800 y que sólo a esos se podía criticar en caso de que no estuvieran a la altura (daba por supuesto que el resto de Grandezas se habían concedido por méritos elevados y excusaba a las mujeres de su interpretación basada en los méritos que ellas –ni se lo planteaba- pudieran tener)⁵⁸.

La crítica de Suárez de Tangil provocó la reacción de la Diputación con un carácter diferente que en su primera queja de 1914. La obra de Barriobero manifestó cómo el debate en torno a las concesiones condujo a un replanteamiento del papel de la nobleza. Todos defendían la vigencia de la institución pero no coincidían, al menos con el primero, en la línea a seguir. El dictamen de los Grandes sirvió como detonante pero era el juicio sobre los méritos el principal foco de disensión. En ese contexto, la Diputación hizo un llamamiento al Monarca para saber si su postura era la correcta. A falta de una contestación, el devenir del proceso de concesión y rehabilitación de títulos tras esa exposición sirvió como respuesta del Rey a los Grandes.

Paradojas.

Durante el año 1915 no hubo diferencias entre el juicio de la Diputación y el de los otros órganos consultivos en cuanto a las concesiones de títulos. La calma parecía haber regresado. Algunas de éstas titulaciones respondían al perfil criticado por los Grandes, pero se concedieron con el acuerdo del Consejo de Ministros y poco se podía añadir (al menos no lo hicieron)⁵⁹. Un hecho influyó de forma importante en esta problemática. A mediados de año, se publicó un Real Decreto por el cual se permitía solicitar títulos caducados con una rebaja en las tasas sobre la rehabilitación⁶⁰. Además,

⁵⁸ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, p. 145.

⁵⁹ Este fue el caso del marquesado de Caviedes concedido a Rafael Angulo, banquero español afincado en París. Marquesado de Caviedes, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12433/43.

⁶⁰ El concepto de “caducidad” varía porque no hubo siempre un periodo de tiempo prefijado para considerarlo tal. En principio se entiende como títulos caducados aquellos que no se ostentan desde un determinado periodo de tiempo (en ocasiones se habla de quince años). En otras ocasiones era condición que se publicara en la Gaceta que un título iba caducar (para que caducara efectivamente). De hecho este Real Decreto de 1915 lo que estipulaba era que los títulos dejaban de estar caducados, pudiéndose solicitar sucesión en vez de rehabilitación (la diferencia en el impuesto era notable: 12.000 y 24.000 pesetas respectivamente). Vid. *Revista de Historia y Genealogía Española*, 15-I-1915.

se daba un plazo de un año para entregar la documentación que justificaba la solicitud. Esta ampliación estaba relacionada con el plazo de tres años que se había dado en el Real Decreto de 1912 para reclamar títulos que estuvieran caducados y que se demostrara poder rehabilitar. La Diputación, como se ha visto, solía ser más favorable a las rehabilitaciones. Aunque la importancia de ese Real Decreto de 1915 se iba a notar especialmente a partir del año siguiente, el aumento de las rehabilitaciones y sucesiones de títulos condicionó ya desde entonces la postura de los Grandes.

La petición de Amalia Orozco y la respuesta de la Diputación representaba el modo de actuar habitual en estos casos por parte de los Grandes. A finales de 1914, la señorita Amalia Orozco solicitó la rehabilitación del marquesado de San Juan de Buenavista a través de su madre. Tras presentar la documentación, la Diputación emitió su dictamen. En primer lugar, comentaban que había probado su parentesco y que el título estaba caducado. Después repetían los méritos benéficos que la solicitante aportaba: “certificaciones de señores curas párrocos y corporaciones religiosas de Úbeda y Málaga de las cuales, así como de la expedida por el Ayuntamiento de Úbeda resulta que la solicitante se ha distinguido y distingue de modo extraordinario realizando obras sociales de caridad por lo que merece los calificativos más honrosos y encomiásticos”. Por último, valoraban las rentas de la solicitante, en concreto, una escritura de partición de bienes a la muerte de su padre que le había permitido hacer algunas compras de inmuebles, asegurándose una renta de doce mil pesetas anuales. Todos estos puntos llevaban a la Diputación a dar su visto bueno, reconociendo que era “pariente consanguínea si bien en remoto grado del primero y del último Marqués de San Juan de Buenavista”⁶¹. En febrero de 1915 se hizo el Real Traslado del título tras haber pagado las 24.000 pesetas en concepto de rehabilitación. Amalia Orozco era hija del marqués de la Rambla, Grande de España, y en ese momento, apenas tenía diecinueve años. Ese julio se casó con su pretendiente, Fernando Meneses y Puerta. La solicitud de rehabilitación respondía al interés por ostentar un título antes de casarse. Las formas se mantenían en el trámite pero era llamativo el carácter un tanto “burocrático” que tuvo una rehabilitación como ésta.

Curiosamente, en muchos de los documentos aportados por Amalia Orozco aparecía el nombre de Gonzalo Álvarez Mallo. Daba la impresión de que se trataba de

⁶¹ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 14-XII-1914, marquesado de San Juan de Buenavista, AGMJ, leg. 26-2, exp. 184.

una especie de gestor en los trámites necesarios para probar el parentesco. Los documentos procedían en su mayoría del Archivo Histórico Nacional y había que saber desenvolverse ante esas instancias. La aparición de expertos en rehabilitaciones o sucesiones de títulos reveló el interés que estaba suscitando la adquisición de un nuevo título. También suponían un riesgo para la Diputación.

Apenas dos años antes, en diciembre de 1913, la *Revista de Historia y Genealogía Española* había anunciado la apertura de una nueva sección. Ésta prestaba los siguientes servicios: “investigaciones históricas, formación de genealogías, expedientes para obtener rehabilitaciones, sucesiones y confirmaciones de títulos del Reino y extranjeros. Preparación de pruebas para ingresar en las Órdenes Militares y Maestranzas. Escudos de armas. Trabajos heráldicos, sellos, pinturas, etc. Copia de documentos. Crítica paleográfica y de documentos históricos”⁶². Como director de esa sección se nombró a Juan Moreno de Guerra. Poco se sabe sobre la actividad de esta sección durante 1914. En cambio, sí se recogió en la revista una larga polémica entre Moreno y Félix de Rújula, conocido experto en genealogía. Esta persona tenía el cargo de Rey de Armas, nombrado por el Rey. Su misión, o así lo defendía él, era la de asesorar sobre asuntos genealógicos y nobiliarios y, también, expedir certificaciones de nobleza (demostraciones de tener antepasados nobles y limpieza de sangre). Moreno entendía que no era ésta su misión y que su cargo sólo tenía una función palatina. La polémica ocupó tres números de la revista y quedó resuelta a favor de Rújula al reconocerse oficialmente a los Reyes de Armas la capacidad de expedir certificaciones de nobleza⁶³. Este debate sirve para presentar a los dos principales gestores de rehabilitaciones y sucesiones de títulos de la época. Desde su sección en la revista, Moreno empezó a realizar algunos trámites a principios de 1915. Su trabajo hizo más patente la contradicción en que podía incurrir la Diputación de la Grandeza al ser más partidaria de las rehabilitaciones.

Por esa época, Moreno escribió al marqués de Casteldosrius, Grande de España. El marqués estaba interesado en rehabilitar ciertos títulos a los que creía tener derecho. Moreno comentaba: “en mis honorarios está comprendido todo el trabajo de busca, escritos que haya que presentar, gestiones de toda clase y V. no deberá hacer sino firmar

⁶² *Revista de Historia y Genealogía Española*, 15-XII-1913.

⁶³ *Revista de Historia...*, 15-II-1914, 15-III-1914, 15-IV-1914, 15-I-1915.

la instancia, u otros documentos que le presentemos para ello”⁶⁴. El marqués pensaba rehabilitar el marquesado de Oris y la baronía de Santa Pau, pero también mencionaba sus derechos al marquesado de Moyá de la Torre, de Benavent, de Antellá y la Casta, así como la baronía de la Llarria. Apenas una semana más tarde, Félix de Rújula escribió al marqués –debía ser consciente de su interés- proponiéndole un trato. Él había hecho gestiones para una persona que quería rehabilitar un título. Como aquel ya no estaba interesado, le ofrecía realizar todas las gestiones por 10.000 pesetas. Le pedía mil pesetas por adelantado y, en caso de que no se fiara, un contrato⁶⁵.

Al final, el marqués se decidió por Moreno quien, efectivamente, le gestionó el marquesado de Oris en 1915 y la baronía de Santa Pau en 1916. Moreno le cobró 2.250 pesetas por las gestiones relativas al primero de los títulos. Debió quedar bastante satisfecho Castellldosrius, pues recomendó a su hermana los servicios del experto⁶⁶. Su labor consistía en justificar documentalmente la solicitud, aunque jugaban un papel importante sus gestiones en las instancias competentes. En concreto, Moreno centraba su atención en la sección del ministerio de Gracia y Justicia. En una carta al marqués explicaba su modo de proceder:

“Nosotros hacemos todo lo que podemos: Otero ha conseguido que el Pleno del Consejo de Estado, informe bien la baronía de Antella. Dentro de pocos días veremos lo que resulta. Se ha apretado al Ministro y se le ha convencido, al parecer. Le ruego que no insistan en discutir con Villar, eso le molesta, lo mejor es pedir y apretar con influencia. La demostración de la existencia de la baronía y su indiscutible derecho está razonado en la instancia y expediente”⁶⁷.

Daba la impresión de tener todo muy medido. Sus peticiones partían de un estudio sobre los títulos a los que se aspiraba. En el caso de un Grande de España como Castellldosrius era fácil suponer que se pudieran encontrar relaciones familiares con antiguos títulos. El Real Decreto del 12 insistía en la importancia de probar el parentesco como punto fundamental para basar la solicitud. Sin embargo, expedientes como el puesto en marcha por el marqués y el procedimiento que seguía Moreno

⁶⁴ *Carta de Juan Moreno de Guerra al marqués de Castellldosrius*, 5-I-1915, Arxiu Nacional de Catalunya, fondo marqués de Castellldosrius, 1241.30.10

⁶⁵ *Carta de Félix de Rújula al marqués de Castellldosrius*, 13-I-1915, ANC, 1241.30.14.

⁶⁶ “El que me lleva el asunto me dice que por algunos entronques que ha encontrado cree que podrían sacarse otros y como sé que tú deseabas uno lo aviso por si continuas pensando lo mismo”, *carta del marqués de Castellldosrius a María Luisa Sentmenat*, sin fecha (año 1915), ANC, 1241.30.11.

⁶⁷ *Carta de Juan Moreno de Guerra al marqués de Castellldosrius*, 7-VII-1915, ANC, 1241.30.10. Moreno mencionaba a Santiago Otero Enríquez, otro redactor de la revista, que trabajaba con él en la sección de investigaciones.

ofrecían una visión alejada de la interpretación de la Diputación. Hubo un momento que la segunda petición se complicó por la solicitud al mismo título de otra persona. En esa ocasión, los consejos de Moreno tuvieron un carácter eminentemente práctico:

“conviene que V. empiece a hacer valer sus influencias en el Consejo de Estado y cerca del Ministro para el favorable despacho de la baronía, pues aun cuando la Diputación de la Grandeza lo informe bien, el Jefe del Negociado en el Ministerio, tiene horror a estos títulos y sin atender a la documentación los informa mal. Por eso le encarezco la necesidad de que V. apoyado en la magnífica y completa documentación presentada, insista en el Consejo, con el Ministro y aun con el Rey, si V. lo considera oportuno”⁶⁸.

No había contradicción en utilizar los recursos e influencias aunque se tuviera reconocido el derecho. Al menos así lo pensaba Moreno. En la sucesión al marquesado de Benavent, concedida por esas mismas fechas al hermano del marqués de Castellldosrius –Luis-, la Diputación juzgaba con un escueto “vista la instancia y acreditados los extremos”⁶⁹. Claramente la Grandeza juzgó de una forma más benévola las rehabilitaciones que las concesiones. El problema estuvo en que pronto se convirtió en la forma más frecuente de intentar acceder a un título y la solicitud no siempre procedía de gentes con el perfil de la familia Sentmenat. Esta paradoja se hizo más patente el año 1916, al mismo tiempo que –algo atenuado- reaparecía el problema de los juicios disconformes entre los distintos órganos consultivos.

Manteniendo la posición.

El 25 de febrero de 1916 la Presidencia del Consejo de Ministros dirigió una instancia a la sección de Gracia y Justicia encargada de los títulos. En ésta pretendía justificar el acuerdo del Consejo de Ministros para conceder a Antonio Arteché el marquesado de Burriel. A parte del error en el título –se pretendía concederle el marquesado de Buniel-, la instancia en sí debió ser un malentendido. En realidad, como se sabe, ante el acuerdo del Consejo no era necesario incoar expediente de concesión. En su texto señalaron tres aspectos de la figura de Arteché. En primer lugar, era licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho. Además, se decía que era el primer

⁶⁸ *Carta de Juan Moreno de Guerra al marqués de Castellldosrius*, sin fecha (entre 24-V-1915 y 11-VI-1915), ANC, 1241.30.10.

⁶⁹ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 8-V-1915, marquesado de Benavent, AGMJ, leg. 253-3, exp. 2361

contribuyente de la provincia de Burgos. Por último, se mencionaban sus méritos políticos. Como parlamentario intervenía en las discusiones, participaba en las comisiones y recababa para el distrito “cuantas mejoras era posible obtener”⁷⁰.

La sección del Ministerio remitió la instancia a la Diputación de la Grandeza. Contestaron pocos días después. En primer lugar, recordaban el preámbulo del Real Decreto del 12 para fundar su argumento. En la línea del dictamen negativo sobre el marquesado de Franquesas, la Diputación se negaba a aprobar la concesión de un título nobiliario basado en méritos que no tuvieran un carácter histórico. Eso sí, se cuidaban en señalar que “nada quiere decir con esto la Diputación de la Grandeza que aminore la estima que corresponde a los que como D. Antonio de Arteche han cuidado como monárquicos de obtener y sostener dignamente una representación parlamentaria, por lo que se ha impuesto trabajos, molestias y sacrificios” Sin embargo, mantenían que la concesión de un título no era la recompensa que merecían esos servicios. Se corría un riesgo “despertando ambiciones desmedidas” y “se fuerza un tanto lo establecido por las disposiciones que rigen, restableciéndose un precedente perjudicial abolido por la fortuna”⁷¹. Así pues, juzgaron que no procedía.

El día 18 de marzo, el Rey firmó el Real Decreto de concesión, ignorando el dictamen negativo de la Grandeza. No se conservó el juicio del Consejo de Estado ni tampoco la opinión de Justicia. Probablemente no existieron, lo que confirmaría la idea de que el paso de este expediente por la Diputación no fue más que un error. Sin embargo, la Grandeza dictaminó al respecto. Su actitud no parecía haber cambiado nada desde aquella queja del 14. Por otra parte, este expediente sugería que los alientos solicitados hacía un año no sólo brillaban por su ausencia. Se estaba juzgando, además, en contra de su opinión. Antonio Arteche era un personaje importante pero, a su modo de ver, no respondía al ideal de nobleza.

Esta no fue la tónica dominante durante ese año. En otros casos, parece que la Diputación de la Grandeza fue escuchada o, como poco, no se le llevó la contraria. En enero de 1916, la Diputación Provincial de Jaén envió al presidente del Consejo una

⁷⁰ *Informe de la Presidencia del Consejo de Ministros*, 25-II-1916, marquesado de Buniel, AGMJ, leg. 61-3, exp. 448. También recordaban que: “como monárquico continuando la labor de su padre que representó en el Senado la misma provincia ha sostenido y sostiene publicaciones periódicas y evitado con sacrificios pecuniarios y personales de gran importancia con gestión digna de los mayores encomios que prevaleciesen los elementos republicanos hasta el punto de que en las últimas elecciones generales se debió a su esfuerzo la derrota del candidato antidinástico”.

⁷¹ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 11-III-1916, marquesado de Buniel, AGMJ, leg. 61-3, exp. 448.

solicitud. En términos grandilocuentes, se planteaba la concesión del condado de Jaén, con Grandeza de España, para José del Prado y Palacio. La significación política y económica del personaje no escapaba al presidente. Sin embargo, sólo se conserva la remisión a Justicia de la petición. No se continuó con el expediente⁷².

La concesión del marquesado de Foronda, también en ese año 1916, no disgustó a la Diputación. Entre otras cosas, Mariano Foronda había escrito una monumental obra sobre Carlos V. Otros méritos aportados reflejaban el sentir de la Diputación: director de *La Época*, abogado en distintas legaciones internacionales (Austria-Hungría, Brasil, Bélgica, Portugal, Suecia y Noruega, y sobre todo de Alemania), cronista de la ciudad de Ávila, presidente de honor de la Sociedad Geográfica⁷³. Propiamente, el dictamen de la Diputación se refería a la sucesión que quería otorgar a su voluntad tras recibir el título, más que a la concesión en sí, contra la que no tenía nada que alegar. La Diputación dio su visto bueno incluso a esta solicitud, coincidiendo con el juicio del Consejo de Estado y la sección de Justicia, lo cual –por la cercanía de la concesión del título- da a entender que lo vieron con muy buenos ojos este título⁷⁴.

Otra concesión ocurrida en 1916 se realizó sin emitirse el juicio de la Diputación. A principios de agosto, el gobernador civil de Barcelona escribió a Alfonso XIII. Pretendía que se reconocieran los méritos de José Caralt en beneficio de la sociedad catalana. Comentaba que era ingeniero industrial y presidente del Fomento del Trabajo Nacional. También mencionaba algunos méritos de su familia en el siglo XVIII y un posible entronque con el condado de Santa Coloma. Sin embargo, el peso de la recomendación se ponía en sus empresas, que el firmante consideraba ejemplares. Añadía que tenía en torno a 2.600 empleados. Incluso, introdujo los datos de producción de dichas fábricas: 80.000 kgs. de lino, 45.000 piezas de saco, 400.000 kgs. de hilaza. La dimensión económica de los méritos no se escondía a nadie. Al fin y al cabo, la instancia comenzaba con un sincero: “Ynterpretando los deseos de las Sociedades Económicas Oficiales de Barcelona”⁷⁵. El Real Decreto que otorgaba el título se firmó

⁷² *Carta de José Retamero al presidente del Consejo de Ministros*, 15-I-1916, marquesado del Rincón de San Ildefonso, AGMJ, leg. 117-2, exp. 1076.

⁷³ Por la documentación que se conserva da la impresión de que, una vez otorgado el título, Foronda solicitó elegir sucesor, lo cual motivó que se incoara el expediente con los exámenes preceptivos. Marquesado de Foronda, AGMJ, leg. 67-4, exp. 499.

⁷⁴ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza*, 20-V-1916, marquesado de Foronda, AGMJ, leg. 67-4, exp. 499. De hecho, el dictamen se firmó con fecha anterior al Real Traslado de 24-XI-1916.

⁷⁵ Sobre las empresas se hablaba de “los establecimientos industriales propiedad del Sr. Caralt: cinco fábricas que hacen labor con lino y cáñamo, de yute, regenerados de cuerdas, sacos y embalajes viejos, trenzas para alpargatas (innovador en esto al hacer máquinas) en Castellón de la Plana, hilado de algodón

en San Sebastián el 23 de agosto, aunque debido a retrasos en el pago, no se concedió definitivamente hasta los últimos días del año⁷⁶.

1916 no fue un año en que se concedieran muchos títulos. Desde este punto de vista, la petición de la Diputación realizada el año anterior fue respetada. Sin embargo, títulos como el marquesado de Buniel o el condado de Caralt reflejaron que el Monarca no estaba dispuesto a ceder del todo a los argumentos de la Grandeza. Ambas titulaciones tenían un perfil casi prototípico de lo denunciado por la Diputación en sus exposiciones de abril del 14 y febrero del 15: méritos políticos por parte de Arteche, logros económicos los expuestos por Caralt. En el primer caso, la oposición de los Grandes fue explícita. No tuvo oportunidad de hacerla patente en la petición de Caralt. La Diputación seguía manteniendo su idea de nobleza a través de sus dictámenes sobre las concesiones, en los cuales la denuncia de la ambición y de las vanidades fue una constante también en 1916. Esta defensa de su posición coincidió con un hecho relevante: ese año se produjo un aumento espectacular de las solicitudes de rehabilitación y sucesión de títulos⁷⁷. Como se vio, este hecho estuvo muy influido por la ley de presupuestos del año anterior que levantaba la caducidad y permitía pagar unas tasas más moderadas. También tuvo que ver la presencia de aquellos expertos que, como Moreno de Guerra, facilitaban la adquisición de un título. Sin embargo, la Diputación mantuvo en estas circunstancias un criterio similar al de años anteriores, reconociendo los derechos de los aspirantes incluso cuando otros estamentos veían serias lagunas en los expedientes. Algunos casos fueron muy significativos.

En enero de 1916 Juan Antonio Güell presentó la documentación para solicitar la rehabilitación el condado de San Pedro del Álamo. Entregó una gran cantidad de documentación que justificaba la existencia del título y su parentesco con los antiguos poseedores. También incluía una relación de méritos como miembro del regimiento de Cazadores de Vitoria, destacado en Tetuán y Ceuta. En cuanto a sus rentas, aportaba

en Navarclaes, otra de algodón en San Fructuoso de Bages”. *Carta de Felipe Suárez Inclán a Alfonso XIII*, 2-VIII-1916, condado de Caralt, AGMJ, caja 71-2, exp. 543.

⁷⁶ *Real Decreto de Concesión del condado de Caralt*, 23-VIII-1916, condado de Caralt, AGMJ, caja 71-2, exp. 543.

⁷⁷ A partir del Elenco de Grandezas del Instituto Salazar y Castro y los trabajos realizados en Palacio, se puede hablar de 34 rehabilitaciones durante 1916. Atienza da otras cifras aún más elevadas. En ocasiones esto se puede deber a la arbitraria diferenciación entre rehabilitaciones y sucesiones transversales. Los impuestos pagados aclaran esta duda pero no resuelven el problema de fondo. Vid. INSTITUTO SALAZAR Y CASTRO, *Elenco de Grandezas y Títulos nobiliarios*, Madrid, 2006; ATIENZA Y NAVAJAS, Julio, *Grandezas y títulos del reino concedidos por S.M. el Rey D. Alfonso XIII*, Madrid, 1963.

una declaración del contable del conde de Güell –su padre- que reconocía tener en cuenta bastante más de un millón de pesetas, lo cual le proporcionaba un interés anual de 51.427, 64 pesetas. Resaltaba también que era doctor en Derecho. Tres días después de esa instancia incluyó una alegación complementaria. En ella defendía la importancia de mantener el título, la tradición de las familias montañesas encarnada en su abuelo. También mencionaba que había hecho como voluntario la campaña de África del 13, concretando su hoja de servicios⁷⁸.

La Diputación de la Grandeza señaló enseguida el principal problema de la petición: era una solicitud por vía materna. En su dictamen estudiaba con bastante profundidad otras peticiones de ese tipo y concluía afirmando que “no negaba las opciones”. Eso sí, añadieron que era un buen momento para que se emitiera un dictamen legal en el que apoyarse para otras ocasiones⁷⁹. Antes que el dictamen del Consejo de Estado, la sección del Ministerio dio su parecer. Para ellos la respuesta debía ser claramente negativa. Ante una petición por vía materna, la relación de méritos tenía que ser siguiendo esa línea, algo que no se daba en este caso. Argumentaban que sería la misma situación que si alguien de la casa de Austria hubiera pretendido hacer valer sus derechos a la Monarquía española por ser familiar de la reina consorte⁸⁰. En cambio, el Consejo de Estado emitió un parecer positivo. Antes de la firma del Rey, Güell escribió solicitando que se cambiara la denominación del título de “San Pedro del Álamo” a “San Pedro de Ruiseñada” para que no coincidiera con otros títulos similares y porque el pueblo de Ruiseñada se lo pedía en demostración de “su gratitud por los beneficios que de él y de sus ascendientes han recibido”⁸¹. El 29 de mayo, Alfonso XIII firmó la rehabilitación del título. En la petición de Güell se seguían todos los pasos requeridos en la legislación. Sin embargo, fue llamativa la actitud de la Diputación al favorecer en este caso un perfil que posiblemente hubiera rechazado si se tramitase como concesión. El argumento de los orígenes históricos quedaba en entredicho al criticarse desde Justicia su validez. La decisión estuvo, una vez más, en manos del Monarca, quien no tuvo problema en aprobarla. Para él no suponía ninguna contradicción. La Diputación, sin

⁷⁸ *Instancia de Juan Claudio Güell y López*, 15-I-1916, y méritos adjuntos; *alegación complementaria*, 18-I-1916, condado de San Pedro del Álamo (ahora de Ruiseñada), AGMJ, leg. 105-2, exp. 948.

⁷⁹ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 19-IV-1916, condado de San Pedro ..., AGMJ, leg. 105-2, exp. 948.

⁸⁰ *Informe de la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, 24-IV-1916, condado de San Pedro ..., AGMJ, leg. 105-2, exp. 948..

⁸¹ *Instancia de Juan Claudio Güell y López*, 16-V-1916, condado de San Pedro ..., AGMJ, leg. 105-2, exp. 948.

embargo, actuaba de una manera no del todo coherente con los principios que defendía para otros casos. Quizá no desde un punto de vista formal pero, en cierta medida, su actitud quedaba en entredicho.

Otros casos resaltaron las contradicciones en que incurría la Diputación. Juan Urruela solicitó en febrero del 16 la rehabilitación de un título. Vecino del barrio de San Gervasio, en Barcelona, aportaba varios documentos. El título al que aspiraba fue otorgado en el siglo XVI a un español residente en Méjico. Primero fue vizcondado de San Román y, luego, marquesado de San Jorge. Durante el siglo XVIII dejó de ostentarse, parece que debido al impago del impuesto. Todo esto lo desarrollaba a partir de once tipos de documentos distintos, gestionados por Faustino Arias, quizá otro especialista en títulos. Al mismo tiempo, aportaba dos certificados de rentas, uno de la banca López Brú y otro del Credit Lyonnais, con las acciones que poseía. Se recogieron, también, toda una serie de cartas de entidades benéficas que alababan distintos rasgos caritativos del señor Urruela. Por último aparecía certificación de Daniel de Alós y Arregui, consejero de órdenes militares, hablando de su genealogía⁸². El dictamen de la Diputación atendía a tres factores: sus rentas, sus méritos y que nadie hubiera alegado mejor derecho tras publicarse en la *Gaceta*⁸³. Sin negar la solicitud, la sección del Ministerio aconsejaba que se cotejaran algunos documentos con los de los correspondientes archivos parroquiales⁸⁴. El Consejo de Estado dio rápidamente su visto bueno, firmándose la rehabilitación poco después. La proximidad de este título con el anterior subraya la unidad de criterio de la Diputación para los casos que, en otras circunstancias, no hubiera aceptado si hubieran seguido la vía de la concesión: los méritos económicos no eran obstáculo si existía justificación histórica.

Desde otro punto de vista, la rehabilitación del condado de Vega Florida recalcó el doble juicio que la Diputación adoptaba dependiendo de algunos factores. En este caso, la solicitud procedía del conde de Heredia Spínola, Grande de España. La petición tenía como objeto rehabilitar dicho título para un hijo suyo, Jaime. Se incluyó documentación justificando su derecho: partidas de bautismo, actas matrimoniales, árboles genealógicos. Se presentó una relación de propiedades del matrimonio que

⁸² *Instancia de Juan de Urruela y Morales*, 6-II-1916, y méritos adjuntos, marquesado de San Román de Ayala, AGMJ, leg. 61-3, exp. 447.

⁸³ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 16-IV-1916, marquesado de San Román de Ayala, AGMJ, leg. 61-3, exp. 447.

⁸⁴ *Informe de la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, 22-IV-1916, marquesado de San Román de Ayala, AGMJ, leg. 61-3, exp. 447.

servían para justificar la renta. Otros méritos que se señalaron en el momento fueron: diputado por el distrito de Murcia, senador vitalicio y medalla de Carlos III. Todos estos méritos se referían al conde, pues su hijo Jaime tenía siete años. La Diputación se mostró partidaria de la rehabilitación. Fundaba su juicio en que se respetaba el decreto del 12, la minoría de edad no era considerada como un problema y, al no ser un título nuevo, no era necesario demostrar méritos nuevos⁸⁵. La sección del Ministerio no se opuso en este caso. Sin embargo, el Consejo de Estado dictaminó que la minoría de edad no era una excusa para no referir los méritos del solicitante, “por mucho que lo haya dicho el conde”. Aún así, acababan con un sugerente “no obstante, con S.M. acordará lo más conveniente”⁸⁶. El Rey rehabilitó el condado en el mes de agosto. En este caso, el origen del título no sólo justificaba el ennoblecimiento, como pudo ocurrir en las rehabilitaciones de Güell y Urruela. También hacía olvidar un defecto formal bastante patente. La condición de Grande del solicitante –en realidad de su padre-, fue un factor determinante. Quizá la demanda asidua de rehabilitaciones y sucesiones condujo al conde a saltarse el procedimiento para no perder sus derechos. Estaba claro que pudo esperar hasta la mayoría de edad del aspirante, al menos, hasta que tuviera méritos propios. El conde firmó las exposiciones del 14 y del 15, era de aquellos que hablaban de las “acometidas de la vanidad”, de “velar por el decoro”. Sin embargo, en el contexto de 1916 sintió la necesidad de dejar atado este título para su cuarto hijo varón, al que quizá no iban a llegar por herencia los otros títulos que ya ostentaba⁸⁷.

Dos rehabilitaciones reflejaron el ansia de títulos que existió por entonces. Como ya se vio, durante 1915 se hicieron algunas peticiones amparándose en el plazo de un año para presentar la documentación. Este fue el caso de la solicitud sobre el marquesado de Huétor de Santillán. Ramón Díez de Rivera y Casares, sobrino del conde de Almodóvar –Grande de España- presentó, tras ese año de prórroga, 26 documentos diferentes para probar su derecho. Procedían de Simancas, del archivo Histórico Nacional, de órdenes militares, notarios de Madrid y diferentes parroquias⁸⁸. El problema surgió fundamentalmente cuando el marqués de Portago, Grande de España,

⁸⁵ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 17-VI-1916, condado de Vega Florida, AGMJ, leg. 69-3 bis, exp. 521.

⁸⁶ *Dictamen del Consejo de Estado*, 14-VII-1916, condado de Vega Florida, AGMJ, leg. 69-3 bis, exp. 521..

⁸⁷ A parte del condado de Heredia Spínola, ostentaba el marquesado de Iturbietta, marquesado de Casa-Tilly y condado de Tilly.

⁸⁸ Marquesado de Huétor de Santillán, AGMJ, leg. 66-1, exp. 491. Se hablaba de parroquias como El Buen Suceso, San Martín, San José o Nuestra Señora del Carmen.

también solicitó su derecho a la rehabilitación. Durante esos años fueron frecuentes las solicitudes múltiples sobre un título y, frecuentemente, era el expediente más completo el que se hacía con la rehabilitación. El acceso a la documentación o la colaboración de personas expertas en la materia se convertía en algo clave. En junio se desestimó la solicitud de Portago, menos fundada documentalmente que la petición de Ramón Díez de Rivera quien, ese mismo mes, consiguió que se considerase no como una rehabilitación, sino como una sucesión transversal, algo muy interesante para su bolsillo⁸⁹.

También se acogió al plazo de un año sobre las rehabilitaciones María de la Concepción Guzmán y O’Farrill. En abril del 15 solicitó la rehabilitación del condado de Vallengano, concedido por Carlos III y que sólo se había sucedido en una ocasión. Ella era “tercera nieta de la hermana del primer conde”. Una vez presentados los papeles, la Diputación consideró que era una solicitud correcta, pero apuntaba “a reserva de que la merced hubiera sido caducada extremo (sic) que convendría esclarecer antes de adoptar resolución definitiva”. Tras intervenir Félix de Rújula, quien posiblemente había gestionado toda la documentación, el Consejo de Estado aprobó la rehabilitación⁹⁰. Sin embargo, otras dos personas solicitaron su mejor derecho apenas unos días después. El primero fue el marqués de Valdeiglesias quien, simplemente, defendió las opciones de su mujer. En segundo lugar se postuló Manuel Arredondo y Álvarez, vecino de Sanlúcar. Argumentaba que él sucedía directamente del último poseedor y que, de hecho, pagó en su momento el impuesto. En fin, sostenía que no se encontraba vacante. Incluso el solicitante llegaba a plantear que, si no se podían probar los pagos, estaba dispuesto a “satisfacerlos de nuevo antes que consentir que un título que legítimamente le corresponde pase a personas extrañas que sólo lo han solicitado por vanidad”⁹¹. El marqués de Valdeiglesias retiró su petición en el mes de julio. En noviembre, se contestó a Arredondo: por falta de pruebas, se había desestimado su instancia. Hasta tres peticiones concentró un título como éste.

La Diputación de la Grandeza no se opuso ante una solicitud de este tipo, envuelta de cierta polémica. En cierta medida, mantuvo su postura hacia las

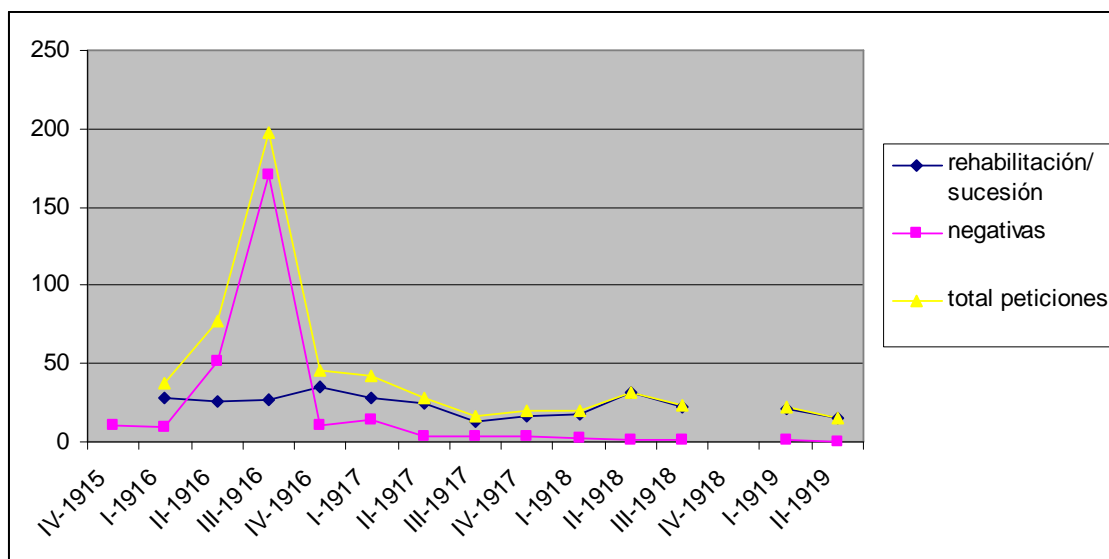
⁸⁹ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 17-VI-1916, partidario de rehabilitar; *informe de la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, 17-VI-1916, y *dictamen del Consejo de Estado*, 7-VII-1916, partidarios de sucesión transversal, marquesado de Huétor de Santillán, AGMJ, leg. 66-1, exp. 491.

⁹⁰ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 20-V-1916; *dictamen del Consejo de Estado*, 9-VI-1916, condado de Vallengano, AGMJ, leg. 65-3, exp. 488. Se aprobó como sucesión transversal.

⁹¹ *Solicitud del marqués de Valdeiglesias*, 17-VI-1916; *solicitud de Manuel Arredondo y Álvarez*, 14-VI-1916, condado de Vallengano, AGMJ, leg. 65-3, exp. 488.

rehabilitaciones aunque en un contexto bien diferente. La acusación de Arredondo sobre la vanidad de algunos fue muy interesante en este sentido. El marido de la agraciada era Fernando Suárez de Tangil, autor de aquel libro sobre los títulos. Llama la atención que, durante esos años, muchos de los colaboradores de la *Revista de Historia y Genealogía Española* adquirieron un título⁹². También un hijo de Rújula, años más tarde, obtuvo una rehabilitación⁹³. Estas personas, cercanas a los documentos y conocedoras de genealogías y vacantes, se contagiaron del interés por los títulos aunque, de inicio, ya hubiera un conocimiento de la materia.

Gráfico 1. Solicitudes de sucesión y rehabilitación 1915-1919.



Fuente. *Revista de Historia y Genealogía Española*. Nos. 15-I-1916 a 15-VIII-1919.

Por varios motivos, 1916 fue un año clave para entender la postura de los Grandes ante la problemática de los ennoblecimientos. En cuanto a las concesiones, mantuvieron firme su punto de vista. La Monarquía no les hizo caso siempre, pero tampoco insistió en este recurso para premiar a quien le interesaba. Más que un triunfo de los Grandes, este año se puede ver como una tregua. En cuanto a las rehabilitaciones y sucesiones, la situación cambió radicalmente debido a las disposiciones legales que levantaban las caducidades. Sin embargo, la Diputación no varió su modo de proceder.

⁹² Juan Moreno de Guerra rehabilitó el condado de Casa Lasquetty en 1917, Santiago Otero Enríquez el marquesado de Hermosilla, Joaquín Argamasilla el condado de Santa Cara en 1919.

⁹³ En concreto, en 1924, el marquesado de Ciadoncha.

En general, apoyó esta vía de ennoblecimiento aunque se observaran algunas lagunas en los expedientes (casos de Güell, Urruela, Heredia Spínola, Vallellano). Su postura acabó por favorecer aquellas “acometidas de la vanidad”, quizá inconscientemente. Entre tantas solicitudes, la justificación histórica era un envoltorio que camuflaba el interés por ostentar un título. Las peticiones podían ser sinceras, no obstante, evidenciaban la incoherencia de la Diputación con sus llamadas del 14 y del 15, con los dictámenes negativos sobre concesiones a determinados personajes. La diferencia entre la figura de Antonio Arteché y Juan de Urruela era mínima en lo que respecta a sus aspiraciones de nobleza. Sin embargo, el segundo supo traer un lejano parentesco sobre un título que, de hecho, cambió de denominación. Quizá quisieron mostrar de esa manera que la Grandeza no pretendía limitar a toda costa los ennoblecimientos, la prerrogativa regia. De esta forma, lograron también preservar su poder sobre las titulaciones que, aunque sólo fuera formalmente, respondían a su visión de la nobleza. Las consecuencias no se hicieron esperar.

Contemporizando.

El 18 de mayo de 1917 falleció el duque de Tamames, decano de la Diputación de la Grandeza de España. Muchos contemplaron su muerte como el signo de una época que se marchaba. Su firma había rubricado los dictámenes de la Diputación desde 1912. En gran medida, tanto el criterio restrictivo de la Grandeza sobre las concesiones y como las peticiones al Rey para preservar el ideal de nobleza fueron fruto de su postura personal al respecto. Aunque ya no pudo firmarlo, el dictamen negativo sobre Pedro González de Soto siguió sus planteamientos. Se puede considerar como una especie de última voluntad. En este caso, la negativa de la Grandeza condicionó al resto de instituciones y acabó siendo una petición denegada. El argumento de los Grandes sonaba ya a clásico: “se trata de persona de cierta actividad y prestigio es de notar desde luego le falta el relieve necesario para determinar que del proceder (...) se le debe conceder un honor perpetuo”⁹⁴.

Antes de emitirse el dictamen, el interesado conoció por otros cauces la negativa. Su disgusto fue mayúsculo pues estaba plenamente convencido de que se le

⁹⁴ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 11-IV-1917, marquesado de Torre Soto de Briviesca, AGMJ, leg. 91-3, exp. 803. La firma del decano era del conde de Almodóvar, interino hasta la elección de un sucesor.

había denegado por subrayar como mérito la presidencia de alguna sociedad deportiva. El culpable, desde su punto de vista sin duda alguna, fue el marqués de Viana, quien no le había avisado de lo improcedente de mencionar su afición a los deportes. A él le extrañaba muchísimo la negativa y consideraba que suponía una tacha en su historial⁹⁵. La negativa no se debió a la falta de influencia de Viana, sino al perfil de González de Soto. Él se defendía argumentando que a su hermano Manuel le concedieron el marquesado de Bonanza en 1902 y los méritos fueron los mismos. Obviamente, la situación había cambiado.

Pocos días después, volvió a escribir a Palacio. Perseverante en su queja, seguía defendiendo su derecho y confiaba en que la situación se podía arreglar. La negativa se debía, desde su punto de vista, al mero hecho de no haber mostrado los méritos oportunos. Acceder a la nobleza no respondía sólo a unas condiciones, también había que evitar ciertas actitudes – o, como poco, que no se hicieran evidentes-.

“Si el amigo Viana no hubiera dado curso a todas las listas que en cuartillas separadas le envié relativas a méritos, sino que hubiera omitido el envío de las que él creyese inútiles o perjudiciales (lo cual nadie mejor que él debía saber) según yo le expliqué y rogué muy particularmente, no se hubiera dado lugar a lo ocurrido, pero indudablemente con sus muchos quehaceres lo envió todo a Don Juan y éste muy ocupado también o ignorante del efecto que ciertos méritos pudieran producir, le dio curso a todas las listas”⁹⁶.

A pesar de los intentos de González de Soto, el Consejo de Estado también dictaminó negativamente⁹⁷. Por el momento, no se concedió la merced, el juicio de la Diputación seguía pesando. Sin embargo, la situación cambiaría en un futuro y no muy lejano.

El 22 de junio, Francisco Javier Sánchez-Dalp pagó las 24.000 pesetas que suponían las tasas por la concesión del marquesado de Aracena. A este título se opuso la Diputación en 1914 y, finalmente, no se había otorgado. Sin embargo, en 1916 se

⁹⁵ “Hablé sin duda de mi colaboración en asuntos de sport, de religión y de beneficencia por entender que contribuir tanto al bien del alma como del cuerpo era hasta cierto punto meritorio y que la grandeza del alma no debe ir en zaga a la del cuerpo ni viceversa lo cual se demuestra prácticamente a la vista de todos los grandes de España que son deportivos empezando por S.M”, *carta de Pedro González de Soto a Emilio M^a de Torres*, 9-IV-1917, marquesado de Torre Soto de Briviesca, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/27. El marqués de Viana era por entonces Caballerizo y Montero Mayor de Palacio.

⁹⁶ *Carta de Pedro González de Soto a Emilio M^a de Torres*, 17-IV-1917, marquesado de Torre Soto de Briviesca, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/27. “Don Juan” era por entonces el encargado de la sección de Justicia, donde se reunía la documentación antes de que se pasara a las instituciones consultivas.

⁹⁷ *Dictamen del Consejo de Estado*, 1-VI-1917, marquesado de Torre Soto de Briviesca, AGMJ, leg. 91-3, exp. 803.

repitió la solicitud desde el pueblo de Aracena. En principio, la petición del pueblo fue el motivo de la concesión, pues en el Real Decreto quedó así definido: “accediendo a lo solicitado por el Ayuntamiento Constitucional de la Ciudad de Aracena”⁹⁸. Sin embargo, por un retraso en el pago de las tasas, no se accedió a él hasta más de un año después de la firma del Real Decreto⁹⁹. El hecho fue que desde agosto de 1917, fecha en que el Rey firmó el Traslado, el uso del título se consideró legal. Aunque no fue la última, esta pudo ser una de las primeras veces en que un título denegado se aprobó años más tarde. La voluntad de Tamames, que se pudo haber cumplido con González de Soto, se olvidó bastante pronto al acceder a la solicitud de Aracena.

El equilibrio que la Diputación mantenía en las concesiones –y que se observó durante 1916- no estaba roto a pesar de esto. En febrero, Tamames aún vivo, habían accedido a la petición del Ayuntamiento de Caldas de Montbuy para otorgar a la viuda de Domingo Sanllehy un título. En 1912, sin negarse, habían respondido a una petición para la misma persona diciendo que no se consignaban méritos. La cosa quedó ahí. Ahora, aprobaban la petición con una fórmula bastante clara, “en cuanto valen y significan tan continuadas pruebas de desprendimiento y altruismo”, y entendían que era merecedor de una distinción nobiliaria¹⁰⁰. La sección del Ministerio fue partidaria de la concesión y la comparaba con otros dos títulos concedidos: el marquesado de Franquesas y el de Foronda. Para la Diputación –como hemos visto- éstos no eran equiparables, más allá de que procedieran de Cataluña. La sección sí los entendía como similares, quizá para dejar claro su criterio a los Grandes. Después añadía algo más: “Es sensible que la Diputación de la Grandeza no haya puntualizado la clase de recompensa nobiliaria que debe concederse: claro es que cabe interpretar su silencio en el sentido de que acepta la propuesta del Magnífico Ayuntamiento de la Villa de Caldas de Montbuy”¹⁰¹. El juicio de la sección dejaba entrever cierto resquemor aunque la Diputación había accedido a la petición. Quizá tenían en mente dictámenes anteriores en

⁹⁸ *Real Decreto de concesión del marquesado de Aracena*, 1-V-1916, marquesado de Aracena, AGMJ, leg. 63-2, exp. 466.

⁹⁹ Una interpretación se dio en la *Revista de Historia* al anunciar su definitiva concesión: “se ha confirmado en la concesión del Título de Marqués de Aracena a favor de D. Javier Sánchez Dalp. Este Título le fue concedido anteriormente y tuvo que renunciar a él por no cesar en la representación del distrito de Aracena en las Cortes y abandonar la defensa de los intereses de Huelva”, *Revista de Historia...*, 15-VII-1917. Es extraño el argumento, pues no existió incompatibilidad entre ostentar un título y la representación parlamentaria en ningún momento.

¹⁰⁰ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 14-II-1917, marquesado de Caldas de Montbuy, AGMJ, leg. 108-2, exp. 979.

¹⁰¹ *Informe de la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, sin fecha, marquesado de Caldas de Montbuy, AGMJ, leg. 108-2, exp. 979.

los que habían chocado. Tras el informe positivo del Consejo de Estado, el título se concedió.

El planteamiento de la Grandeza tampoco cambió mucho durante 1917. Si se observan estos ejemplos en los que apoyó una concesión (Caldas de Montbuy), se negó y evitó otra concesión (González de Soto) y, finalmente, se opuso sin que se tuviera en cuenta su punto de vista (Aracena), su postura fue consecuente con la mantenida entre 1913 y 1916. Tampoco pareció modificarse en nada el planteamiento del resto de implicados. En enero del año siguiente se eligió como decano de la Diputación al marqués de la Mina. En ese momento, su nombramiento no trajo cambios de importancia. Por ejemplo, el juicio positivo sobre la concesión del marquesado de Argentera para Eduardo Maristany respondió al mismo esquema que otros dictámenes afirmativos. Se emitió muy pocos días después de la elección del marqués. En éste, se consideraban sus méritos en el mundo de las obras públicas y, ante todo, se manifestaba que se premiaba una carrera prolongada en el tiempo¹⁰².

Más importante que el juicio positivo fueron las fechas: el Real Decreto de concesión llevaba exactamente la misma fecha que el dictamen de la Diputación. Positivo o negativo, poco pareció importar al Rey el juicio de la Grandeza si lo concedió sin esperar a su dictamen. En otra concesión como la del condado de Peñacastillo se observó nuevamente la independencia de juicio del Monarca. En carta del conde de Aybar a Emilio de Torres –administrador y secretario del Rey, respectivamente-, éste le recomendaba incoar la concesión. El Rey, le decía, estaba conforme¹⁰³. El título se concedió y su traslado tenía fecha de abril. Al fin y al cabo, era un reconocimiento a la donación que hizo su padre de un invento (una pistola) al Ejército español. Aunque el mérito estaba dentro de lo normal, el conducto y la petición de la madre (quiso que se concediera a su segundo hijo, no al primero) apuntaban una

¹⁰² *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 10-I-1918, marquesado de Argentera, AGMJ, leg. 89-1, expte. 772. Los méritos que se mencionaban eran los siguientes: doctor en Ciencias, Inspector General del Cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Director General de la Compañía de los Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y a Alicante, Caballero Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica, Caballero Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso XII, Caballero Gran Cruz de la Orden del Mérito Militar con distintivo blanco, condecorado con la medalla conmemorativa de mi Real Jura, oficial de la Legión de Honor de Francia, Gran Cruz del Busto del Libertador de la República de Venezuela. Aunque algunos de ellos no dejan de tener un carácter opuesto al criterio que defendieron en otras ocasiones, lo prolongado de la carrera del solicitante hizo más coherente el juicio de la Grandeza.

¹⁰³ *Carta del conde de Aybar a Emilio María de Torres*, 2-I-1918, conde de Peñacastillo, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/23. Esto suponía solicitar en Justicia la tramitación de los dictámenes y la recogida de información sobre el pretendiente. Para un caso como éste, en realidad suponía que el Consejo de Ministros hacía suya la propuesta del Rey y se tramitaba como una iniciativa propia.

arbitrariedad consciente. Esta actitud será clave a partir de este momento pues se comenzó a actuar de una forma claramente diferente a la de años anteriores. Lo importante no era la arbitrariedad del Rey sino qué pautas seguía.

Tras otorgar el condado de Peñacastillo, se tramitó la concesión de un título para Fernando María de Ybarra. En concreto, se le quería nombrar marqués de Arriluce de Ybarra. La Diputación elaboró su dictamen, como era habitual. En este caso, su postura fue negativa pero con un matiz importante. El juicio se basó principalmente en el estudio de los méritos, como en otras ocasiones. En primer lugar, señalaban que en gran medida tenían un origen de carácter político. Aunque valoraban que la solicitud se realizara durante un Gobierno de concentración, se distanciaban en este punto con un difuso “falta de datos precisos para juzgarlos la Diputación de la Grandeza”. Seguían matizando los méritos aportados al tratar los que presentó con un perfil benéfico-social. En este caso, reconocían que eran un punto a favor del aspirante aunque no dejaban pasar la oportunidad para comentar que “conveniente hubiera sido proporcionar mayores elementos de juicio”. Aún cargaron más la mano al referirse a la última dimensión de los méritos de Ybarra, los de carácter económico. Los Grandes opinaban:

“finaliza la enumeración con lo concerniente al empleo dado por Fernando de Ibarra a cuantioso capital y si bien en esto es lógico pensar que el interesado procuró obtener (sic) beneficio colocando su fortuna ventajosamente y ello no bastaría por sí mismo para hacerle acreedor a otras recompensas”¹⁰⁴.

Ante esta visión crítica, ya se habían encargado de argumentar los solicitantes que en un país como España, esto era digno de recompensa, pues hasta el mismo Estado se dedicaba a proteger esas empresas. Además, hablaban de que sus rentas le permitirían llevar con decoro la dignidad nobiliaria y decoro era una palabra con un significado preciso para los Grandes.

La Diputación, tras plantear sus prevenciones a los méritos, parecía comprender algunos de los argumentos aportados en la petición. No obstante, la conclusión de su dictamen dejó claro que no cambiaba de opinión con respecto a los méritos enumerados, aunque acabara de una forma diferente:

“lamenta la Diputación de la Grandeza que antes de pensar en conceder un título nobiliario, no se hayan premiado y estimulado esos servicios con otra clase de

¹⁰⁴ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 16-V-1918, marquesado de Arriluce de Ybarra, AGMJ, leg. 93-1, exp. 817.

recompensa que como ya se dijo en otras ocasiones deberían precederle pero ello no obstante estima que si S.M. el Rey (q.D.g.) lo tiene a bien hay términos hábiles para proceder al otorgamiento de la merced que se trata. V. E. no obstante con S.M. acordará lo más oportuno”¹⁰⁵

Al pie se encontraba la firma del duque de la Vega, secretario, y del nuevo decano, marqués de la Mina. La última parte era importante. Si bien el juicio fue prácticamente calcado al emitido en otras negativas de la Grandeza, ahora coincidiendo con la aparición de Mina, se dejaba la puerta abierta a que el Rey decidiera por su cuenta. Y esto, de una forma expresa, incluida en el propio dictamen, no solamente como algo asumido en el genérico concepto de “prerrogativa regia”. No hay constancia de que se emitieran dictámenes desde el Consejo de Estado y Justicia. Una semana después, el Rey firmó el Real Decreto de concesión. Este cambio de actitud por parte de la Grandeza –no había oposición, sí contemporización- tuvo sus consecuencias durante los dos años siguientes.

Unos meses más tarde de la concesión a Ybarra, la Diputación publicó una especie de resumen de los trabajos realizados desde la aprobación del Real Decreto del 12. En éste pretendían señalar los motivos que, a su juicio, explicaban el aumento en el número de ennoblecimientos. Desde un primer momento, quedaba claro el carácter justificativo del resumen pues “podía hacerse argumento por los poco enterados para deducir que el haber intervenido la Diputación, lejos de limitar las aspiraciones, las ha fomentado”. Además entendían que debían explicar lo ocurrido, “porque en ellos encontrarán los estudiosos materia de observación interesante a prestigios que es necesario defender”. El texto estaba en la línea de lo expuesto en las quejas de 1914 y 1915 (volvían a mencionar las “acometidas de la vanidad”) pero con un tono mucho menos reivindicativo.

Curiosamente, aunque admitían que “los males de la institución no estén en que subsistan muchos o pocos sino de que no personifiquen debidamente el pasado haciéndolo desfilar con acierto en todo momento delante de los ciudadanos para ejemplo, enseñanza y estímulo”, su intención era simplemente la de explicar cuantitativamente su gestión. Para ellos, el aumento de solicitudes de sucesión y rehabilitación se debía al plazo de caducidad establecido por el Real Decreto. También

¹⁰⁵ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 16-V-1918, marquesado de Arriluce de Ybarra, AGMJ, leg. 93-1, exp. 817.

hacían una serie de cálculos sobre los dictámenes emitidos sobre sucesiones, concesiones y rehabilitaciones. Sin decir mucho, simplemente mencionando datos, destacaban las 221 desestimaciones de sucesiones “por notoriamente improcedentes”, el escaso número de rehabilitaciones de las que tomaba nota (38 informes favorables y 11 desfavorables) y la cantidad de veces –hasta 95- en que “se han pedido antecedentes sin que se hayan aportado y por tanto no se ha informado en cuanto al fondo de la cuestión”.

Estos datos, que podrían haber interpretado en una línea bastante crítica también sobre las concesiones, les sugerían la necesidad de legislar “en cuanto a la clase de merecimientos exigible para rehabilitar, puesto que si bien es cierto que no pueden ser equiparados a los precisos para conceder títulos nuevos salta la vista la necesidad de aclarar lo establecido”. Reconocían abiertamente de este modo que habían defendido una interpretación determinada del texto, pero que esto les generaba ciertas dudas. Planteaban para acabar tres factores para valorar definitivamente las rehabilitaciones:

“1º Conveniencia histórica o nacional de la rehabilitación del título.

2º Circunstancias personales del solicitante que le otorguen relieve superior al que la posesión de la dignidad que pretende rehabilitar hubiera de darle; y

3º Merecimientos que el interesado, que sea el que fuere su sexo y edad impliquen servicios propios superiores al cumplimiento del deber haciendo sobresalir su personalidad por encima de la de su clase y condición y determinando garantías para el porvenir que supongan habrá de ostentar dignamente la merced”¹⁰⁶.

Cualquiera de estos tres méritos serviría para justificar la rehabilitación. De esta forma, reconocían que su exigencia sobre los merecimientos requeridos para las concesiones era distinta que en el caso de las rehabilitaciones. Nada había cambiado por lo tanto en lo que respecta a su postura hacia la rehabilitación. Quizá se hizo aún más amplio su favorable predisposición hacia ellas, pues incluían en su propuesta tanto los descendientes femeninos como los menores de edad (algo que ya habían defendido en los casos del condado de San Pedro de Ruiseñada y de Vega Florida, allá por 1916).

El resumen de la Diputación publicado en 1918 continuó la línea iniciada por entonces, bastante contemporizadora. Aunque se apuntaban juicios opuestos a ciertas concesiones, no se negaba la posibilidad de otorgarlas. Los datos señalados reflejaban

¹⁰⁶ *Resumen de los trabajos realizados por la Diputación y Consejo de la Grandeza de España como cuerpo consultivo*, 9-XII-1918, SNAHN, fondo Fernán Núñez, c. 1517, d. 10.

un importante “olvido” del juicio de la Diputación en las concesiones, pero no se sacaban consecuencias ni se hacían críticas al respecto. Quizá las rehabilitaciones, y su parecer más favorable hacia ellas, explicaban que no se elevara el tono. Indudablemente también pesaba la prerrogativa regia y las críticas que podían recibir ellos mismos. El equilibrio no era fácil de mantener y pronto iba a quedar en entredicho.

Marea.

Entre 1919 y 1920, Alfonso XIII otorgó el mayor número de títulos de todo el reinado¹⁰⁷. El motivo que condujo a la concesión fue variado, pero se pudo observar en muchos de los agraciados un perfil común. Pujanza económica, cierta implicación política, méritos de carácter benéfico y un origen geográfico periférico: quizá ésta pueda ser una radiografía del noble que adquirió el título en esos años. El número de concesiones cambió la situación notablemente, pues este perfil en los ennoblecidos no era algo nuevo. Si se observan los dictámenes de la Grandeza no hubo una mayor permisividad por su parte. Obviamente, la mención explícita de la voluntad real que ya había aparecido con Arriluce, puede entenderse como una cesión. Sin embargo, siguió siendo el Monarca quien tuvo la iniciativa o la decisión de incidir en utilizar esta herramienta de prestigio social. Mientras, los Grandes mantuvieron su defensa del ideal de nobleza y reaccionaron con firmeza cuando observaron que una postura condescendiente no les favorecía. Quizá fue demasiado tarde.

En enero de 1919 la Diputación emitió un dictamen sobre la petición de Nicolás Escoriaza. Se pretendía concederle un vizcondado con su nombre. Los Grandes parecían saber de antemano el motivo de esta posible concesión, pues era “personalidad conocida por su intervención activa en empresas industriales que han impulsado y fomentado la riqueza nacional”. A pesar de ello, y en la línea de lo dicho sobre Arriluce de Ybarra, emitían su juicio negativo, eso sí, dejando la puerta abierta de nuevo a la decisión del Rey:

“Sin desconocer la importancia que reviste el estimular la actividad de cuantos se distinguen en ese orden, la Diputación carece de datos suficientes para juzgar en el

¹⁰⁷ A partir del Elenco de Grandezas se podría hablar de 15 concesiones el primer año y 21 el segundo.

presente caso respecto de la procedencia de la gracia que se proponen (...).V.E. no obstante con S.M. acordará lo más oportuno”¹⁰⁸.

Otra concesión siguió esta tendencia por otros caminos. El marquesado de Torre Soto de Briviesca se otorgó, por fin, a Pedro González de Soto. Era aquel que un par de años antes no se había concedido, según el interesado, al presentar méritos deportivos. El 10 de febrero del 19 se firmó el Real Decreto de concesión, sin haber oído a ninguno de los órganos consultivos¹⁰⁹. Poco después se concedió otro título más, la baronía de Grado. La beneficiaria se llamaba María del Pilar Herrero y Collantes. La solicitud se había incoado por iniciativa del pueblo de Grado unos meses antes. Alegaban que la aspirante había donado al pueblo grandes cantidades de dinero para mejorar la villa en muchos aspectos¹¹⁰. El dictamen de la Diputación se retrasó bastante tiempo, ya que no se envió desde la sección del Ministerio hasta marzo del año siguiente. Algo debió reactivar la solicitud. La conclusión de la Diputación fue nuevamente muy vaga: “carece de elementos bastantes para emitir opinión respecto de este otorgamiento”¹¹¹. Sin embargo, pronto se firmó el Real Decreto de concesión.

El dictamen sobre el condado de los Gaitanes se emitió cinco días antes que el de la baronía de Grado. Sin ser muy distinta la conclusión, las circunstancias lo hicieron diferente. José Luis de Ussía era hijo del marqués de Aldama. En la lista de méritos que se aportaba todos tenían un carácter económico. Daba la impresión de que la descripción de éstos se hizo con un detenimiento intencionado: se citaban las empresas en las que participaba, las iniciativas industriales y de obras públicas que había apoyado. Tras repetir todos estos méritos, la Diputación volvía a ofrecer su dictamen, prácticamente calcado de los anteriores. Incidían en que eran méritos importantes, sin embargo,

¹⁰⁸ *Dictamen de la Diputación de Gracia y Justicia*, 20-I-1919, vizcondado de Escoriaza, AGMJ, leg. 62-3, exp. 457

¹⁰⁹ *Real Decreto de concesión del marquesado de Torre Soto de Briviesca*, 10-II-1919, marquesado de Torre Soto de Briviesca, AGMJ, leg. 91-3, exp. 803.

¹¹⁰ Por ejemplo mencionaban: “establecimiento de la Cruz Roja, del albergue nocturno de pobres, del teléfono urbano e interurbano ampliando la concesión del de Oviedo, los concursos de ganado de cerda y vacuno, el establecimiento de paradas de sementales magníficos por ellos regalados, la biblioteca circulante y otras obras de caridad y cultura en las que invirtieron e invierten gruesas sumas, descollando entre aquellas la fundación de un colegio de primera enseñanza y Escuela de Comercio para el que donaron CINCUENTA MIL PESETAS al objeto de dotarlo de edificio propio”. Al mismo tiempo, también comentaban una serie de iniciativas de los marqueses de la Vega de Anzó en el mismo pueblo, que eran padres de su marido, *Instancia de la Villa de Grado al Consejo de Ministros*, 9-VII-1918, barón de Grado, AGMJ, leg. 65-3, exp. 487.

¹¹¹ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 20-III-1919, barón de Grado, AGMJ, leg. 65-3, exp. 487.

“tampoco ha de negarse que es dado a error el deducir de ella merecimientos bastantes para otorgar la merced de que se trata. –Falta de otros datos para juzgar la Diputación de la Grandeza, lamentándolo, se ve obligada a abstenerse de emitir opinión respecto de la procedencia del otorgamiento que el Gobierno tendrá sus razones para haber entendido precedente, respecto de las cuales S.M. el Rey (q.D.g.) resolverá lo que mejor estime”.

Sólo dos días después el Rey firmó el Real Decreto de concesión y el solicitante se apresuró a pagar las tasas, abonadas el día 31 de marzo¹¹².

El peso del dictamen de la Grandeza se desvanecía por momentos. Frente a la polémica de los años 1913 a 1915, ahora los Grandes habían optado por una postura menos beligerante y abierta a la voluntad real. Quizá esperaban que el Monarca asumiera sus puntos de vista o, al menos, guardara las formas respetando su parecer en alguna ocasión. Aunque esto pudo ocurrir anteriormente, la tendencia era claramente opuesta a los dictámenes negativos (o escépticos) que estaba firmando la Diputación. El número de concesiones decía mucho del interés del Rey por extender la categoría nobiliaria. Más importante si cabe fue el perfil de los agraciados.

Durante el mes de abril se incoó un nuevo expediente de concesión. El aspirante era Estanislao Cubas y Urquijo, hijo del marqués de Fontalba, grande de España. En su instancia hablaba de una serie de donaciones a favor de la villa de Jacarilla (Alicante). Escuelas y bibliotecas, además del cuartel de la Guardia Civil se habían construido con su ayuda. También afirmaba que, en esos momentos, estaba sirviendo en Tetuán como teniente de infantería¹¹³. Antes de que la documentación se enviara a la Diputación,

¹¹² *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 15-III-1919. La descripción de los méritos fue la siguiente: “en nota que acompaña a la R.O. se expresa que Don José Luis de Ussía y Cubas es socio gerente de la Casa de Banca “Aldama y Comp”, fue el iniciador de las Asociaciones de Banqueros y ex presidente de la Asociación de Banqueros del Centro de España y del Comité Central de la Banca española, que lo constituyen las representaciones de las asociaciones de Banqueros de Cataluña, Norte y Centro de España. Es Presidente del Consorcio bancario español que se formó para hacer el préstamo a la República francesa, fue uno de los principales iniciadores de la Sociedad anónima “Minero siderúrgica de Ponferrada”, propietaria de la minas de hierro Wager y de las de Carbón de Villablino (León) y también del ferrocarril de Ponferrada a Villablino de 65 kilómetros con el compromiso de terminarlo en catorce meses cuando en obras de esta naturaleza se ha tardado siempre mucho más. Preside el Consejo de Administración de esta sociedad Minero Siderúrgica de Ponferrada y es Consejero entre otras sociedades de la del Ferrocarril de Madrid a Zaragoza y Alicante, Hidroeléctrica Española, Cooperativa Electra Madrid, Unión Eléctrica de Cartagena, General Española de África etc. Como representante de la Banca forma parte de la Comisión gestora para la fundación del Banco de Crédito Industrial y de la Comisión nombrada por el Gobierno de S.M. para el estudio del privilegio de emisión del Banco de España”. *Real Decreto de concesión del condado de los Gaitanes*, 17-III-1919; *certificado de ingreso de tasas*, 31-III-1919, condado de los Gaitanes, AGMJ, leg. 106-3, exp. 963.

¹¹³ *Instancia de Estanislao Urquijo y Cubas*, 20-IV-1919, condado de Jacarilla, AGMJ, leg. 110-2, exp. 995.

alguien intervino en su favor ante el Rey. Se trataba de Francisco de Borbón, quien ya había escrito en abril intentando que se aceleraran los trámites. Ahora, en el mes de junio, entregó a Emilio de Torres una nota para el Rey en la cual le pedía recomendar al marqués de Mina “el asunto del condado de Jacarilla”. Le decía esto pues sabía que la Diputación se reuniría el lunes siguiente. Más interesante aún era el final de la carta en la que comentaba que estaba enfermo y por eso no podía ir a pedírselo personalmente. Gravemente, concluía que “se trata del Ducado de mi mujer, y sobre todo el miedo al ridículo no sólo nuestro si no pagábamos los derechos si no el temor de llevar a él, al Marqués de Cubas y a Pepe Hornachuelos y que sería para mí muy bochornoso”¹¹⁴. Sin ser muy claro, el intercesor se estaba jugando algo con aquella concesión e intentaba mover al Rey para dejar todo bien atado.

La Diputación, como bien sabía el recomendante, emitió su dictamen poco tiempo más tarde. Al principio reconocían sus méritos para con el pueblo en cuestión, algo que no siempre habían hecho. A pesar de esto, se oponían a la concesión, pues les parecía apropiada para el padre del solicitante “pero formulada la solicitud a favor del hijo de aquel la Diputación de la Grandeza opina que a este efecto sólo son de apreciar méritos personales y en consecuencia entiende que no procede acceder a lo solicitado”¹¹⁵.

Unos días después se realizó el informe de la sección de Gracia y Justicia. En esta ocasión el encargado del negociado se permitió desarrollar su argumentación largamente. En realidad lo que hizo fue criticar el Real Decreto del 12 en lo referido a la valoración de los méritos: “no se cree la sección capacitada, ateniéndose como es su deber, al texto extricto (sic) del Real Decreto, para regular, fijar ni medir, lo que ésta no regula, fija ni mide”. En el caso concreto de Jacarilla –que le servía de ejemplo paradigmático-, señalaba que los servicios presentados eran “no comunes” aunque “la Sección no puede ni debe declarar, si son o no dignos del galardón a que se aspira”. José Villar, que así se llamaba el funcionario, terminaba su informe de una forma muy similar a la utilizada últimamente por la Grandeza: “opina que si la Corona en su alta sabiduría los acepta como buenos (los méritos), no hay dificultad de carácter legal que

¹¹⁴ *Carta de Francisco de Borbón a Emilio María de Torres*, 19-IV-1919, y *carta de Francisco de Borbón a Emilio María de Torres*, 6-VI-1919, condado de Jacarilla, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12433/53. El intercesor era duque consorte de Sevilla. “Pepe Hornachuelos” era una clara referencia al duque de Hornachuelos, yerno de Fontalba.

¹¹⁵ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 7-VI-1919, condado de Jacarilla, AGMJ, leg. 110-2, exp. 995.

se oponga a que se acceda a lo solicitado”¹¹⁶. El Rey decidió conceder el condado de Jacarilla, firmando el Real Decreto una semana después¹¹⁷.

Hubo alguna concesión más durante ese año en la cual ni siquiera se acudió al dictamen de la Diputación¹¹⁸. De una forma evidente la Grandeza contaba cada vez menos a la hora de decidir sobre las concesiones. Lo ganado en 1912 a partir de la inclusión de su dictamen se estaba perdiendo con aparente facilidad. Las quejas de años anteriores tuvieron efecto o, al menos, dejaron clara su concepción de la nobleza. Ahora la mayor condescendencia por parte del marqués de la Mina no conseguía reconducir las intenciones del Monarca.

El criterio seguido en las rehabilitaciones fue importante a este respecto. Como se ha visto, la postura de los Grandes favorecía este tipo de ennoblecimientos. En 1916, su dictamen ante algunas rehabilitaciones solicitadas parecía contradecir su firme criterio restrictivo frente a ciertos méritos que se presentaban en las concesiones. Ante los cambios de 1918 y 1919, tampoco se modificó su parecer proclive a la rehabilitación.

La rehabilitación del marquesado de Lorianana fue paradigmática en este sentido. La solicitud procedía de Estanislao de Urquijo, marqués de Urquijo. Pretendía que se otorgara dicha dignidad a su hijo mayor, Juan Manuel. Justificando su petición entregó varios documentos de distinta procedencia: archivo de las órdenes militares, archivo de Simancas, documentos notariales. Como méritos de su hijo incluyó una declaración de rentas del Banco Urquijo en la cual se manifestaba que poseía “valores y efectos públicos por 485.000 pesetas en nominal y 2.465 en cuenta corriente”¹¹⁹. Unos días después de que la solicitud se hubiera hecho pública en la *Gaceta*, el marqués de Urquijo envió una justificación de su petición, probablemente ante alguna dificultad en los trámites. Su planteamiento fue de gran interés,

“Y respecto a méritos y servicios, aunque pudiera acreditar, cumplidamente, el ejercicio de obras caritativas y benéficas de las que en general se acreditan en casos

¹¹⁶ *Informe de la sección de Gracia y Justicia*, 16-VI-1919, condado de Jacarilla, AGMJ, leg. 110-2, exp. 995. José Villar y Miguel era jefe de administración de 2ª clase en el ministerio, *Guía Oficial de España*, Madrid, 1920.

¹¹⁷ *Real Decreto de concesión del condado de Jacarilla*, 23-VI-1919, condado de Jacarilla, AGMJ, leg. 110-2, exp. 995. El ya nombrado conde pagó las 24.000 ptas. que importaban las tasas el 9 de julio.

¹¹⁸ Fue el caso del marquesado de Retes concedido a Isabel de Urruela. Vid. marquesado de Retes, AGMJ, leg. 110-2, exp. 994.

¹¹⁹ *Declaración de rentas de Juan Manuel Urquijo y Landecho*, marquesado de Lorianana, AGMJ, leg. 226-2, exp. 2023.

análogos, prefiero apartarme del procedimiento usual, señalando a la consideración de los organismos informantes y al Gobierno de S.M. por si se dignan tenerlo en cuenta, que el peticionario es primogénito de Grande de España, presunto heredero de la Grandeza, por ministerio de la ley; que por ello sus circunstancias personales le otorgan hoy relieve superior al que la posesión de la dignidad que pretende rehabilitar hubiera de darle”.

Urquijo se distanciaba conscientemente de lo que él consideraba una petición habitual. Era llamativo que alguien manifestara esto explícitamente, sin embargo, tampoco distaba mucho su razonamiento del que había propuesto la Diputación a fines del 18 a la hora de otorgar las rehabilitaciones. Urquijo no acababa ahí, señalando después las instituciones benéficas que presidía y que, en el futuro, dirigiría su hijo quien,

“por derecho de primogenitura está llamado, en su día, a ser Patrono de las fundaciones instituidas por el marqués de Urquijo, que son: Patronato para dar carrera a jóvenes pobres de los pueblos de Llodio, Orozco, Murga y Olabazar y patronato de premios a los agricultores de dichos pueblos que cultiven mejor sus tierras y arbolado y más escrupulosamente cuiden el ganado”¹²⁰

Este recurso a los méritos benéficos tenía algo de cumplimiento formal de unos requisitos, más cuando al principio de su solicitud mostraba cierto distanciamiento con los trámites clásicos. La Diputación de la Grandeza dio su visto bueno a la rehabilitación del marquesado durante el mes de julio. El 19 de agosto, se firmó el Real Decreto y, sólo tres días después, las tasas ya estaban abonadas. Como se ha visto, la Diputación se opuso en su dictamen sobre algunas concesiones que tenían un perfil muy similar a la de esta rehabilitación. El condado de Jacarilla puede ser un ejemplo. La semejanza de esta solicitud con la del marquesado de Lorianana fue de gran interés. Los solicitantes eran en ambos casos los padres de los aspirantes. También eran Grandes de España en los dos casos. Los méritos que se aportaban fueron en una y otra ocasión los de los padres, no de los aspirantes. Curiosamente, éstos eran primos carnales. Sin embargo, y con sólo la diferencia de un mes, lo que para la concesión era una negativa bastante rotunda, en la rehabilitación fue un dictamen positivo. La historia, el origen del título en un hecho histórico era la diferencia clave. Para la Diputación, esto justificaba la posible contradicción en la que estaba incurriendo al valorar unos méritos de carácter muy similar en un sentido u otro dependiendo de las circunstancias. Las rehabilitaciones

¹²⁰ *Instancia del marqués de Urquijo*, 23-VI-1919, marquesado de Lorianana, AGMJ, leg. 226-2. exp. 2023.

de títulos de origen extranjero –especialmente los italianos- siguieron siendo la excepción frente a la habitual benevolencia y servían para apreciar el matiz. En uno de los juicios que la Diputación emitió sobre un ducado que tenía este origen, se subrayaba su percepción del problema: “si no se quiere desnaturalizar por completo la dignidad nobiliaria en la cual si algo significa la personalidad de los poseedores, la sustancia y relieve arranca de su origen que es la primera y fundamental razón de su existencia”¹²¹. Preservar el título, el origen, la Historia.

Durante 1919 y 1920, se redujo el ritmo de las rehabilitaciones que había ido en aumento desde 1912 y, a una velocidad aún superior, desde el año 15. Sin embargo, seguía siendo la vía de ennoblecimiento más frecuentada. Una de las causas del descenso era que, tras muchas de las sucesiones transversales que mencionaban en su informe de fines de 1918 se encontraban expedientes que respondían en gran medida al concepto de rehabilitación. En la coyuntura del aumento de las concesiones y de la insistencia en un determinado perfil –al cual, como se ha visto, se oponían-, su recurso al origen histórico se mantuvo pero también se vició en cierto sentido con su referencia a los méritos. Mucho más al considerar que era una etapa en la que algunos pretendían dotar de un nuevo sentido a la institución y que era en esos méritos para las concesiones donde la Diputación puso su dedo acusador. La mayor exigencia hacia las rehabilitaciones hubiera sido una línea interesante a seguir, fundada en su interés por salvaguardar los orígenes históricos de la nobleza. Por otra parte, su postura en las rehabilitaciones les permitía defender su visión de la categoría nobiliaria y para nada pretendían entregar su puesto privilegiado como consultores sobre los títulos. Así su interpretación de la rehabilitación no varió más que para definir desde un punto de vista muy genérico su idea de los méritos necesarios en estos casos.

Durante 1920 siguió en aumento el número de concesiones de títulos nobiliarios. A principios de año se tramitó un expediente un tanto singular. El sr. López de Castro acudió a la secretaría de Palacio para solicitar un título para su esposa. Ella había perdido su título, duquesa viuda de Sanlúcar, al casarse en segundas nupcias y pedía otro título “sin poder alegar otra razón que la de la situación desairada en que se encontrará su Señora cuando su hijo tenga que cubrirse como Grande y asistir a actos oficiales en los que ya que ha ostentado un título con Grandeza sólo podrá llamarse

¹²¹ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 4-XI-1918, ducado de Montalto, AGMJ, leg. 265-4, exp. 2531

Señora de López de Castro”. Tras intentar convencerle de lo innecesario de la solicitud, se señaló la necesidad de realizar alguna obra de carácter benéfico que tuviera un interés nacional¹²². Sin denegar la petición, se hacía ver al aspirante que debía fundar de algún modo su solicitud para que tuviera posibilidades. Unos días más tarde el esposo de la solicitante anunció que iba a donar 50.000 francos al Hospital de Obreros de París, una iniciativa en la que el Rey había puesto cierto interés¹²³. El 10 de febrero se le concedió un título con la denominación de marquesado de Torre Ocaña. No hubo dictamen de la Grandeza de España.

También a principios de 1920 se tramitó la concesión del marquesado de Triano para Víctor Chávarri. Fue José del Prado y Palacio quien comentó al Rey lo interesante que sería esta concesión. Llama la atención como, en este caso, el otorgamiento del título tuvo un marcado carácter político, cuando en otras ocasiones se había disimulado. En carta al secretario del Rey, José del Prado subrayaba la oportunidad de tratar con el interesado su apoyo a la Liga Monárquica de Vizcaya: “tal vez cuando el agraciado fuese a hacer presente su reconocimiento, fuera ocasión de hacerle alguna indicación por quién puede hacérsela”¹²⁴. Tras recibir el beneplácito del Rey, desde la secretaría de Palacio se señaló la necesidad de que Chávarri realizara alguna contribución, “una obra de caridad para todo el país”. La iniciativa elegida fue, otra vez, el llamado Hospital Español en París al cual donó la importante cifra de 300.000 francos. Poco después se hizo notar a del Prado la necesidad de que alguna institución solicitara la concesión del título. Para esto, se dirigió al gobernador civil de Vizcaya quien le aconsejó no pedir a la Diputación vizcaína que hiciera esa solicitud, pues “ésta se compone de monárquicos, tradicionalistas, republicanos y un socialista”¹²⁵. En su opinión, podría solicitar la concesión la Liga Monárquica. Por último, los interesados procuraron que la Diputación de la Grandeza conociera el interés del Rey por esta concesión. Tras escribir al marqués

¹²² “Se le objetó que por fortuna en la actualidad no es nada deshonroso (*no tener un título*), ya que en algunos casos han sido concedidos títulos a personas indignas de ostentarlos. Además se le hizo saber que sobre todo los rangos y honores de un hijo está el amor que debe tener a sus padres, cuyo amor no debe nunca medirse por el rango que ocupa en sociedad o por el valor que en la sociedad le dé el vulgo”, *nota de Secretaria de Palacio*, enero 1920, marquesado de Torre Ocaña, AGP-Reinados, Alfonso XIII, 12434/20. Esta nota tiene un carácter de apunte informal anexo al expediente que le da un carácter especial.

¹²³ *Carta del sr. López de Castro a Emilio María de Torres*, 31-I-1920, marquesado de Torre Ocaña, AGP-Reinados, Alfonso XIII, 12434/20.

¹²⁴ *Carta de José del Prado a Emilio María de Torres*, s.f., marquesado de Triano, AGP-Reinados, Alfonso XIII, 12432/37.

¹²⁵ *Carta del Gobernador Civil de Vizcaya a José del Prado*, s.f., marquesado de Triano, AGP-Reinados, Alfonso XIII, 12432/37.

de la Mina, éste respondió en un tono de acatamiento: “cuando se reúna la Diputación de la Grandeza tendrá muy en cuenta los deseos expresados por S.M. el Rey (q.D.g.) relativos a la favorable dictaminación del expediente para la concesión del título de marqués de Triano a Don Víctor Chávarri”¹²⁶. Sumados todos estos trámites, se procedió a la concesión del título, refrendada en el Real Decreto de 25 de marzo.

Este título representó una muestra de la importancia de la iniciativa regia en los ennoblecimientos. De hecho, el proceso tuvo lugar siguiendo el orden contrario al que solía ser habitual, ya que tras recibir el visto bueno del Monarca, fue cuando se reunieron los dictámenes y los méritos e, incluso, algunos se realizaron en el intervalo que ocupaba la burocracia de la concesión. El desarrollo de esta titulación hace pensar que el interés político pudo estar presente en más ennoblecimientos durante esos años. Obviamente, el premio a servicios de este tipo fue algo común desde el siglo anterior. Sin embargo, en esta ocasión, el título tuvo una connotación relevante: más que recompensa fue un acicate. Chávarri era una persona que, claramente, respondía al perfil que durante esos años tenían los ennoblecimientos. En esto, la situación no se había modificado con respecto a los últimos años tanto por la trayectoria de los agraciados como por los méritos que presentaban. No obstante, una iniciativa regia tan evidente planteaba cómo el Monarca estaba utilizando la nobleza siguiendo una intención muy concreta. Chávarri era un industrial de enorme importancia. Su peso entre la elite social y económica vasca estaba fuera de toda duda. Al otorgarle un título, se instrumentalizaba la categoría nobiliaria con un fin claro: ganar adeptos para la causa monárquica. La respuesta por parte de Chávarri ante la propuesta del Rey fue positiva y así lo demostraron tanto sus donativos como las 24.000 pesetas que tuvo que abonar como impuesto por ostentar el marquesado. Al margen de que afrontara el papel político que se le quería otorgar, la aceptación del título reflejaba la persistente utilidad de esta categoría para incorporar elites. La Diputación de la Grandeza aprobó esta concesión. El perfil que representaba Chávarri –y que otras veces había supuesto su negativa- hace pensar que su dictamen respondió a la intervención regia. En otras ocasiones el Rey no había tenido problema en otorgar títulos sin oír a los Grandes o, incluso, en contra de su parecer. Ahora, acudía a ellos para que aportaran su beneplácito. No era un título cualquiera y así lo demostró el cuidado con el que desde la secretaría regia se siguieron los trámites. Aunque la Diputación no manifestó nada acerca de este título, pronto

¹²⁶ *Carta del marqués de la Mina a Emilio María de Torres*, 19-II-1920, marquesado de Triano, AGP-Reinados, Alfonso XIII, 12432/37.

volvería a hacer notar su disconformidad con la idea de nobleza que estaba desarrollando el Rey.

Apenas veinte días después de concederse el marquesado de Triano se otorgó otro título. En este caso la agraciada fue Blanca Alzola y González de Castejón. Aunque había entregado su petición a finales de 1919, hasta el mes de abril del año siguiente no se le concedió el marquesado de Yurreta y Gamboa. Su petición seguía una línea similar a la de ciertos títulos concedidos desde 1918 y, especialmente, en 1919. Sin embargo, se empezaba intentando fundar la petición en una tradición previa. En la instancia se justificaba su petición en la existencia de un señorío que pertenecía a su familia. Procuraba desarrollar todos los privilegios que disfrutaba, con un contenido tradicional claro¹²⁷. Tras estas referencias pasaba a mencionar los méritos de su padre y de su marido, Benito Alzola y Juan de Gurtubay industriales vizcaínos. Al hablar de los méritos de carácter benéfico, comentaba que su tío abuelo contribuyó a fundar el hospital de Basurto con 450.000 pesetas. También recogía que ella había fundado un asilo en Yurra del cual era protectora.

El dictamen de la Grandeza se emitió en el mes de enero. Sin valorar sus méritos, lo consideró improcedente al ir en contra de lo expresado en el artículo 16 del Real Decreto del 12¹²⁸. Este artículo prohibía la conversión de títulos de señor en otras dignidades nobiliarias. La sección del ministerio de Gracia y Justicia siguió el criterio de la Diputación. Sin embargo, en abril se otorgó el marquesado de Yurreta y Gamboa a Blanca Alzola. Significativamente, en el Real Decreto de concesión no se mencionaba como en otras ocasiones la existencia de dictámenes negativos utilizando la sutil fórmula “oído el dictamen”. Sólo se mencionaba el acuerdo del consejo de Ministros¹²⁹.

Reacción.

La nueva dinámica de la concesión de títulos durante el periodo 1918-1920 provocó finalmente la reacción de la Diputación de la Grandeza. Quizá fue una concesión tan claramente en contra de lo legislado como la del marquesado de Yurreta y

¹²⁷ En concreto, hablaba de poder sentarse en el presbiterio de la iglesia, de ver a los dantzaris y de que el clero salga a despedirlos cuando partan del señorío. *Instancia de Blanca de Alzola y González de Castejón*, 5-XII-1919, marquesado de Yurreta y Gamboa, AGMJ, leg. 116-3, exp. 1064.

¹²⁸ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 12-I-1920, marquesado de Yurreta y Gamboa, AGMJ, leg. 116-3, exp. 1064.

¹²⁹ *Gaceta de Madrid* núm. 107, 16-IV-1920

Gamboa la que acabó por convencer a los Grandes de que no podían permanecer pasivos ante esta situación.

La respuesta de la Grandeza se concretó en un largo escrito dirigido al presidente del Consejo de Ministros, al ministro de Gracia y Justicia y, probablemente, al Monarca. Para justificar lo que se desarrollaba en su instancia, le acompañaba una relación de los títulos que se habían concedido entre 1913 y 1919. En varias columnas se especificaba si se habían otorgado con el dictamen positivo de la Grandeza de España, del Consejo de Estado o si tenía el beneplácito del Consejo de Ministros (por tanto no había dictamen de otros institutos). Dicha enumeración reflejaba como, últimamente, la Grandeza contaba cada vez menos, bien porque no se oía su parecer o porque simplemente se le llevaba la contraria. Apoyada en estos datos, la Diputación se posicionó claramente en contra de la línea que se estaba siguiendo con los últimos ennoblecimientos, por lo tanto, en contra de la idea de nobleza que se estaba queriendo defender a través de los nuevos títulos.

En el preámbulo de su escrito, los Grandes manifestaban ideas similares a las de otras exposiciones previas sobre el tema de los ennoblecimientos. Por una parte, mantenían que no sólo actuaban por su propio beneficio, también lo hacían en nombre de aquellos que “conceden la importancia que corresponde al otorgamiento de Títulos nobiliarios como honor que aun cuando sólo fuera por su carácter perpetuo y el reflejo que tiene en conceptos constitucionales es de alta estima”¹³⁰. El riesgo que observaban era el de una “desnaturalización” de las disposiciones y lo achacaban nuevamente a las “acometidas de la vanidad y la osadía”. Por el contrario, ellos aportaban su visión de lo que debía representar la nobleza: “un elemento social cuyos prestigios a todos interesan porque personifica las variadas manifestaciones de la actividad merecedoras de encarecimiento y consagración en el curso de la historia nacional”. Para preservar ese elemento social, la Grandeza proponía algo distinto que en exposiciones anteriores, “procurar que los preceptos en vigor se observen escrupulosamente”. Aunque, obviamente, esta idea estuvo presente en aquellas quejas del 14 y el 15, ahora proponían una serie de modificaciones en el modo de actuar que suponían atenerse estrictamente a lo estipulado en el Real Decreto de 1912.

¹³⁰ *Escrito de la Diputación Permanente y Consejo de la Grandeza de España*, s.f., AGP, sección Histórica, 8834/12. Las referencias que se encuentran en otros escritos que acompañan a éste permiten fecharlo el 7 de mayo de 1920.

Se hablaba de tres puntos en concreto. En primer lugar, señalaban algo recogido en el Real Decreto pero que, hasta entonces, no habían defendido. Se trataba de la obligación que mencionaba el artículo 2º de publicar en la *Gaceta de Madrid* una relación sucinta de los méritos o servicios que se hubieran tenido en cuenta para otorgar la merced. Desde su punto de vista esto obligaba en todos los casos, tanto a los títulos concedidos sólo con la aprobación del Consejo de Ministros como a aquellos que habían recibido dictámenes de los distintos institutos. A este respecto concluían de forma contundente: “de este requisito se ha prescindido sin embargo no sólo cuando dada la personalidad del favorecido pudiera sospecharse que era de aplicar el párrafo 1º del artº 2º antes copiado sino en muchas otras ocasiones en las que notoriamente en el interesado no concurrían esas circunstancias extraordinarias”. La queja sobre los méritos fue una constante durante esos años pero ahora se pretendía que se adecuara a su perspectiva basándose en el texto legal, no en la benevolencia del Rey, no en la simple confianza en que el Rey supiera interpretar correctamente la trascendencia de los méritos. Este cambio se entiende en la dinámica de los últimos ennoblecimientos otorgados desde 1918 y, en especial, en 1919 y 1920. En la *Gaceta* no se publicaron méritos justificativos de los títulos más que en ocasiones muy puntuales. Una de ellas fue el marquesado de las Franquesas, aquél a partir del cual comenzaron los dictámenes disconformes de la Diputación de la Grandeza. En esos momentos, la publicación tenía un carácter justificativo frente a la opinión de la Grandeza. A parte de ésta, muy pocas relaciones de méritos se publicaron en la *Gaceta de Madrid*¹³¹. El objetivo perseguido por la Grandeza era resaltar el carácter de los méritos que, especialmente en los últimos años, valoraba más el Monarca y que ellos no veían apropiados.

En segundo lugar, la Diputación planteó un cambio en la fórmula utilizada en los Reales Decretos de concesión de títulos. Esta propuesta no se refería a la legislación de 1912 pero seguía teniendo un interesante carácter normativo: se llamaba la atención otra vez sobre la necesidad de atenerse a lo escrito. La fórmula que se ponía en duda era la que iniciaba esos reales decretos: “queriendo dar una prueba de mi Real aprecio y atendiendo a las circunstancias que concurren...”. En realidad, no proponían una alternativa para sustituir la anterior. Sencillamente proponían que interesaría cambiar la fórmula. De fondo, planteaban que en el Real Decreto de concesión tendría que hacerse

¹³¹ La relación sobre Juan Sanpera y Torres, *Gaceta de Madrid*, nº 326, 22-XI-1913; otros ejemplos, méritos de José Pastor y Rodríguez, *Gaceta de Madrid*, nº 202, 21-VII-1915. Desde entonces no se encuentra ninguna relación de este tipo.

explícito el cumplimiento de lo recogido en la ley. En general, después de esa frase hecha, se decía que se estaba de acuerdo con el Consejo de Ministros y, si era el caso, con la Diputación de la Grandeza, con el Consejo de Estado y con la sección del Ministerio. Si no se estaba de acuerdo, se utilizaba aquél “oído el dictamen”. Como se ha visto, en las últimas concesiones no se había hecho patente el desacuerdo cuando éste se había producido. Sin embargo, la Diputación no mencionaba la segunda parte de los decretos, sino la primera, la que se refería a la expresión de la voluntad regia.

En la propia exposición los Grandes se adelantaban a las posibles críticas. Según ellos, no querían con esta propuesta limitar la prerrogativa real reconocida en el artículo 54 de la Constitución, ya que no existía contradicción entre respetar ese artículo y que el Rey actuara “con arreglo a las leyes”, algo que también se contemplaba en ese punto. Por ejemplo, mencionaban que para otorgar Grandes Cruces y honores de ese estilo existían reglas y graduaciones y no por ello se limitaba la prerrogativa. En su exposición de 1915 matizaron mucho todo lo tocante a la idea de prerrogativa regia, pues ante la sospecha de limitarla se sentían muy incómodos. También en el resumen de su labor publicado en 1918 dio la impresión de que ni por asomo querían tocar el tema. En esta ocasión, daban por supuesto que se volvería a recurrir a este argumento para atacar su propuesta. Es cierto que situaban en un contexto su idea “limitadora”, pero ya no tenían tanto reparo a la hora de reconocer que la voluntad del Rey debía respetar unas leyes y, según decían antes y poco después también, éstas eran en concreto las disposiciones del Real Decreto de 1912.

En tercer lugar, la Diputación abordaba el problema de los méritos, algo habitual en sus reivindicaciones. En esta ocasión también se enfocaba de una forma distinta a los dictámenes o a anteriores exposiciones. Aquí se hablaba de que, en algunos expedientes, no se tenían “antecedentes bastantes para formar juicio”. Sin antecedentes no podían trabajar y hacerlo sería incoherente con lo legislado. “Proceder de otro modo equivale tanto como si la consulta no se pidiera, con excepción de aquellos rarísimos casos en los que se trate de personas de gran relieve o actos públicos”. El cambio conceptual era muy interesante: de méritos se pasaba a hablar de antecedentes, algo más concreto, con cierto tono jurídico. Se aprovechaba también para destacar lo excepcional que debía ser la elaboración de expedientes en los cuáles no hubiera dictamen y sólo se contemplaba en este punto esos “rarísimos casos”. Aunque con ello se referían a las concesiones por

acuerdo del Consejo de Ministros, aprovechaban la ocasión para posicionarse una vez más en contra del excesivo recurso al ennoblecimiento sin dictámenes.

El final de su propuesta continuaba el tono combativo –como poco, reivindicativo– que se percibía en los anteriores puntos. Su conclusión principal fue que debía hacerse un esfuerzo por respetar lo legislado en el Real Decreto de 1912, “estricta y rigurosamente”. En caso contrario, se debería plantear un cambio en la ley, “en el sentido que se estime más conveniente para el interés de la patria y de la monarquía”. Las propuestas anteriores demostraban como la Grandeza era más partidaria de un mayor respeto por lo recogido en la ley. Las últimas frases sonaban a ultimátum: “Continuar como hasta aquí conduce a positivos riesgos porque para todo lo tien(e) la infracción manifiesta de lo mandado y acaso sería preferible prescindir de dictámenes a ordenarlos en condiciones que no pueden ser emitidos”¹³².

Con esta exposición la Grandeza de España rompió la tónica dominante desde la llegada del marqués de la Mina. Desde 1918 la actuación de los Grandes daba la impresión de estar contemporizando con lo que el Monarca privilegiaba a la hora de conceder los títulos¹³³. Si en algunos dictámenes juzgaban en contra, dejaban la puerta abierta a la voluntad del Monarca de una forma muy explícita. Parece que querían evitar a toda costa que su opinión se interpretara como opuesta al sentir del Rey. De repente, en 1920, sus precauciones desaparecieron. Aunque las concesiones de principios de ese año pudieron influir –Torre Ocaña, Triano y Yurreta y Gamboa–, la suma de desencuentros entre la Grandeza y el Rey fue la causa más que posible de esta exposición. Su propuesta respecto a los tres puntos concretos de los que hablaban, se resumía en una defensa firme de lo contenido en la ley del 12. En un momento dado, reconocían que ahora no se trataba de “defender principios” sino de “atenerse a lo legislado”. En aquel 1912, la inclusión del dictamen de la Grandeza en el trámite de los ennoblecimientos fue interpretada por ellos como un avance a la hora de velar por el ideal de nobleza. Unos años después, se percataban de que la defensa del ideal se reducía al cumplimiento de los artículos de una ley. A ésta se acogían. La respuesta no se hizo esperar.

¹³² *Escrito de la Diputación Permanente y Consejo de la Grandeza de España*, s.f., AGP, sección Histórica, 8834/12.

¹³³ En su memoria de 1919, la Diputación recogió los títulos que se habían concedido sin su dictamen pero no los concedidos con su oposición. *Memoria correspondiente al año 1919-20*, Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España, Madrid, 1920, p. 28.

En un escrito dirigido al Presidente del Consejo de Ministros desde el ministerio de Gracia y Justicia, se planteaba la crítica a las propuestas de la Diputación. Desde su punto de vista, la exposición de los Grandes se encontraba en la línea de las anteriores de 1914 y 1915. El escrito se concentraba en rebatir cada uno de los tres puntos que la Diputación había planeado modificar o mejorar en su cumplimiento. El primero de ellos concernía a la obligación de publicar en la *Gaceta* los méritos que habían conducido a obtener los títulos. Este escrito sostenía que la intención de los Grandes al recordar que los méritos debían publicarse en la *Gaceta* era señalar que quizá no existían o no tenían la importancia suficiente. El autor del escrito veía aquí “un especial y nuevo concepto del asunto, que propende a aminorar la prerrogativa Real en la concesión de Grandezas y Títulos, por el predominio sin distinguir y en todos los casos, de una reglamentación minuciosa y tasada”¹³⁴. No estaban equivocados los Grandes al prever que la referencia a la prerrogativa sería una de las primeras críticas que recibirían. La defensa de este punto se consideraba incontestable. De hecho, se sugería que, si el Real Decreto del 12 se pudiera interpretar en la línea en que lo hacía la Diputación, se debería modificar. Según su punto de vista, la nobleza se explicaba exclusivamente en su relación con la Monarquía: “la Nobleza titulada en las Monarquías, se engendra en la sustancia misma del régimen, tiene por raíces la prolongación de las más robustas de la Corona, se encarna por la discrecional iniciativa del Soberano, vive a su sombra y por su virtud y voluntad, y se extingue como institución estéril allí donde sufre paréntesis la Monarquía”. La respuesta era, pues, muy contundente y no cabía la posibilidad de matizar en este punto, como había pretendido la Grandeza. O la prerrogativa era discrecional, o no existía tal prerrogativa.

Después de este argumento, se aprovechaba para dejar claro cual era la idea de nobleza que se consideraba adecuada. Para el autor,

“no es pues la Nobleza titulada, una carrera regida por un Reglamento en su ingreso y en sus grados. No es tampoco, una selección de la Milicia, de la Iglesia, del saber humano, o de las profesiones, que forman su aristocracia, sin que precise para ello la merced Real. La Nobleza titulada es esto esencialmente. Una merced Real, que cuando surge de la intuición, de la justicia, de la iniciativa, y aún sólo de la voluntad del Soberano, toma además cuerpo en un acuerdo del Consejo de Ministros, no ha menester

¹³⁴ *Escrito al Sr. Presidente del Consejo de Ministros*, s.f., AGP, sección Histórica, 8834/12. El autor de este texto debió ser alguien perteneciente al Ministerio de Gracia y Justicia, ya que la anterior exposición estaba dirigida a él. En caso de que fuera el ministro, el redactor sería entonces Gabino Bugallal, conde de Bugallal

de motivo tasado para su eficacia, ni de considerandos expresos concretos y publicados en el periódico oficial, a manera de imprescindibles fundamentos de una sentencia”.

Ante este tipo de discursos, poco podía añadir la Grandeza. Una vez que todo el fundamento de la nobleza se situaba en la figura del Monarca y no se admitían limitaciones de ningún tipo, nada se podía pretender por mucho que se trajeran a colación los textos legales. Se hizo hincapié muy conscientemente en el carácter burocrático, administrativo que tenía la petición previa de la Grandeza. Ante lo jurídico, se respondía con la esencia. Ante la necesidad de cumplir unos requisitos, se acudía a las raíces. Tras una reflexión tan diametralmente opuesta al intento de los Grandes, se reconocía después que podían seguir emitiéndose los dictámenes de la Diputación y consignarse los méritos cuando esto fuera necesario. Aún así, estos méritos se entenderían como “justificación”, “no como circunstancia de que nazca un derecho a ella”. De nuevo, se dejaba claro que no existía derecho alguno, que no había trámites concretos que condujeran a la obtención del título. La clave era la voluntad del Monarca.

La atención que se prestaba a la segunda propuesta de la Diputación era mínima. Tan sólo se recordaba que era positivo para todos mantener las tradiciones y que la fórmula existente respondía perfectamente a la idea de que el título “nace de la voluntad Real y se funda en las circunstancias de las personas favorecidas”. Se repetía por tanto la misma idea que ante la propuesta anterior: la voluntad regia era el fundamento principal del ennoblecimiento.

Por último, se dedicaban unas líneas a refutar la última propuesta de los Grandes. Aquí se ofrecía una interpretación muy superficial del problema. Al proponer que se dejaran de emitir sus dictámenes, la Diputación quiso resaltar la escasez de méritos en algunas de las concesiones. Sin embargo, en este escrito, se defendía la inexistencia de problema alguno. La cuestión era muy sencilla: ante la ausencia de datos, la respuesta de los Grandes debía ser negativa. Si no les enviaban datos sobre los solicitantes, lo que ocurría es que no existían: “tales datos relativos al parentesco, a los servicios y a la fortuna, en los expedientes en que se deduce una solicitud de concesión, corren a cuenta del solicitante, que cuando los reúne no hay temor ni cuidado de que los omita. Cuando los omite, es que no los tiene”. Con esta respuesta se ignoraban todos los dictámenes negativos de la Diputación con respecto a ciertas solicitudes que consideraban improcedentes. No contentos con lo evidente del consejo, se permitían

advertir sobre lo interesante de tal proceder. Para el redactor del texto, las negativas ante expedientes incompletos serían muy beneficiosas para la nobleza, pues “cuanto menor sea el número de concesiones, más apreciadas serán éstas”. Se asumía el juicio de la Grandeza, se estimaba como correcto. Sin embargo, no escapaba a nadie que se hacía sin ningún tipo de compromiso por respetar esas negativas de la Diputación. Era muy fácil animar a que se rechazaran las propuestas. Eso sí, en ningún momento se hablaba de la relevancia que tendría ese dictamen. En realidad, se daba por supuesto que sería escuchado cuando se refería a peticiones sin ningún fundamento. Pero, la realidad era muy diferente y en los últimos años se había agudizado: su dictamen cada vez se tomaba menos en consideración. No hubiera valido la pena poner de relieve lo inconsistente de esta argumentación. Si se hubiera hecho, cabe adivinar una respuesta muy similar a la que se dio más arriba. La prerrogativa no era negociable. Si se concedían títulos sin datos era por este motivo y no había Diputación que la pudiera limitar.

El escrito acababa con un resumen de lo expuesto, el cual servía para subrayar la defensa a ultranza del papel de la decisión del Rey sobre los títulos. En este sentido, se podía entender una nota al pie en la que se planteaba la idea de que, en caso de una reforma del Real Decreto del 12, “habría que aprovechar la ocasión no sólo para poner término a las observaciones hechas por la Diputación permanente de la Grandeza, sino para llevar a la legislación vigente algunas muy interesantes indicaciones, que tuve el honor de oír a S.M.”. Muy probablemente esta recomendación estuviera relacionada con alguna modificación para dejar más firmemente asentado el principio de la prerrogativa real.

La Diputación se plantó con firmeza en su exposición del 20. Las anteriores argumentaciones dirigidas al Rey tuvieron un carácter menos jurídico, más centrado en la esencia de la institución. Ante las “acometidas de la vanidad” se reaccionó en su momento con discursos, con apelaciones a la tradición y a la Historia. En cambio, en este momento se optó por una reflexión fundada en argumentos de carácter legal. El motivo de este cambio fue la dinámica de las concesiones de títulos de los años anteriores. Sin duda, era una apuesta fuerte en cuanto se estaba señalando la causa de los problemas con bastante claridad. No había una referencia explícita al Monarca como motivo de su toma de posición. A nadie escapaba, sin embargo, que los tres puntos mencionados en el texto le interpelaban a él directamente. La respuesta del Rey quizá

no fue tan directa como la del texto pero siguió sus planteamientos pues, como poco, tuvo las mismas consecuencias: no se cambió ningún punto de los propuestos por la Diputación. Las exposiciones de 1914 y 1915 tampoco tuvieron una respuesta directa por parte del Rey pero, al menos, sí condujeron a cierto cambio de actitud siguiendo la línea de lo propuesto. En este sentido, 1920 representó un giro en ambos sentidos. Por parte de la Diputación al plantarse como antes no habían hecho frente a la línea seguida por Alfonso XIII y, por parte del Rey, al preferir no tener en cuenta los consejos de la Diputación, ni siquiera durante un periodo de tiempo concreto o en situaciones puntuales, como parece sí hizo en las ocasiones anteriores.

A pesar de lo que pudiera parecer, esta ruptura no fue dramática ni tuvo consecuencias a corto plazo que hagan pensar en una separación entre los Grandes y el Monarca. Sin embargo, sirvió para evidenciar cómo la idea de nobleza que el Rey estaba promocionando no satisfacía para nada los intereses de la institución representativa de los Grandes. También reflejó la utilidad social que se estaba dando a los títulos. La categoría nobiliaria, lejos de parecer obsoleta, adquiría nuevas dimensiones lo que también explica que no se quiera perder el monopolio sobre su concesión. Era un monopolio que procuraba respetar lo estipulado pero que, en caso de conflicto, no dudaba en saltarse ni la tradición ni los elementos regulados por ley, amparándose en su condición, respetada tanto en la Constitución como en las leyes que siempre le reservaban un puesto preeminente en estos campos.

Apuesta a lo histórico, opuesta a lo histórico.

El estudio de los procesos de ennoblecimiento entre 1914 y 1920 resalta como la Grandeza procuró evitar el otorgamiento de títulos a personas con un perfil concreto. En este sentido, se ha afirmado que el proceso de integración de la nueva burguesía con la nobleza fue algo característico del periodo, lo cual quedaría matizado en el sentido de que hubo un rechazo de principio a la incorporación de estos hombres. Integración, alianza o simbiosis son conceptos que se han utilizado para describir el proceso¹³⁵. La

¹³⁵ El concepto de "alianza" fue utilizado por Tuñón, TÚÑON DE LARA, Manuel, *Historia y realidad del poder*, Madrid, 1967. "Integración" era una definición repetida con frecuencia por MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel, *La burguesía conservadora (1874-1931)*, Madrid, 1973, Madrid. "Simbiosis" era herencia de Schumpeter y tuvo distintos partidarios: PÉREZ LEDESMA, Manuel, "Sociedad y conflicto social" en ARTOLA, Miguel, *Enciclopedia de Historia de España*, vol. I, Madrid, 1987. FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y RUEDA LAFFOND, José Carlos, "Los grupos sociales" en *Fundamentos de la España liberal 1834-1900. Historia de España Menéndez Pidal volumen XXXIII*, Madrid, 1997.

oposición por parte de la Grandeza intentó evitar esa mezcla que, si se produjo a través de la concesión, fue con su oposición. Es cierto que algunos de los ennoblecidos más notables no recibieron la negativa de la Diputación de la Grandeza (en ocasiones porque no se pidió su dictamen) pero, en general, las carreras marcadas por un perfil económico o político no fueron bien vistas. Si, en teoría, la Grandeza entendía la importancia de asimilar nuevo personal, en la práctica no aceptó la corriente de ennoblecimientos que se impuso durante esos años y procuró buscar alternativas para hacer valer su postura.

Desde la perspectiva de las rehabilitaciones parece posible emitir un juicio sobre la existencia de una estrategia nobiliaria en este proceso. La Grandeza procuró preservar a través de este tipo de ennoblecimientos su propia visión de la nobleza, centrada en una fundamentación de este grupo social en la Historia y el servicio a la Patria. Esto se defendió en los dictámenes de una forma constante. Sin embargo, supuso una incoherencia con el criterio mantenido en las concesiones cuando no se supo reaccionar ante una fuerte demanda de títulos que tenían una raíz histórica, cuanto menos, discutible. Esa incapacidad de discernir entre unos títulos de mayor trascendencia histórica frente a otros no fue algo inconsciente. Se seguía teniendo como fin hacer prevalecer su punto de vista sobre la cuestión ante los que se apoyaban en unos méritos impregnados de “vanidad”. El árbol genealógico diluía esa vanidad en amor a la patria, o eso procuraban justificar. El exceso de peticiones y lo infundado de muchas de ellas condujo a una situación complicada.

La posición de la Grandeza explica también que, entre 1914 y 1920, gran cantidad de los títulos rehabilitados fueron para personas que ostentaban otro o pertenecían a familias de tradición nobiliaria. Quizá hubo cierto temor a perder dichos títulos si no se solicitaban. También hubo cierto afán por acapararlos¹³⁶. La Grandeza no rechazó casi nunca las solicitudes que se fundaban históricamente, por muy remotos que fueran los parentescos. En cierta medida, se encontró con una falta de solidaridad por parte de la nobleza, también de algunos Grandes que solicitaron títulos en elevado

VILLACORTA BAÑOS, Francisco, "¿Los valores nobiliarios en retirada?", *Fundamentos de la España liberal 1834-1900. Historia de España Menéndez Pidal volumen XXXIII*, Madrid, 1997. En general, antes y después, estos autores intentaban no olvidar la iniciativa de la nobleza en la mezcla (muchas veces se hablaba de “simbiosis activa”). Pese a lo interesante de su aportación, en los ennoblecimientos hay más rechazo que simbiosis por parte de los Grandes.

¹³⁶ Este afán acaparador procedía algunas veces de familias de nobles recientemente tituladas como las peticiones de los hijos del conde de Romanones: Álvaro (1914), Luis (1914) y Carlos (1918) o del duque de Tovar: Gonzalo (1914), Lope (1914) y Ana María (1916). También provino de familias con mayor tradición como la del marqués de la Corvera quien solicitó títulos para sus hijos Iván (1913), Dolores (1917) y Fernando (1919).

número haciendo valer un mayor conocimiento del mundo genealógico y la innegable mejor posición en cuanto al parentesco.

En el contexto italiano, Cardoza habló del ennoblecimiento como una de las más “sutiles e indirectas” formas de influencia por parte de la nobleza sobre la sociedad de fin de siglo XIX y comienzos del XX¹³⁷. En España, durante estos años, la Grandeza procuró ejercer esa influencia siguiendo la estrategia planteada: oposición a concesiones demasiado “presentistas” y apoyo a las rehabilitaciones. Sin embargo, la estrategia acabó fracasando lo cual pone en duda su capacidad de influir con éxito en la sociedad a través del ennoblecimiento. En cuanto a las rehabilitaciones, su éxito fue relativo. Aunque su criterio pareció prevalecer, la gran demanda de títulos facilitada por la legislación acabó por desfigurarlos. A pesar de los fracasos, el intento de la Grandeza por ejercer un poder de carácter social manifiesta una presencia importante de este grupo en la España de los años diez.

Por otra parte, es interesante señalar que la estrategia desarrollada a partir de los ennoblecimientos tuvo un carácter eminentemente social. En otros países, como en la Rusia Imperial, la nobleza utilizó esta polémica para intentar defender su papel político en el Estado, relacionado con la posesión de la tierra¹³⁸. España no se encontraba en estas circunstancias y su nobleza, ni siquiera los Grandes, pretendieron dar una dimensión política a estos problemas.

Alfonso XIII fue quien marcó el ritmo de los ennoblecimientos. Probablemente no lo hizo con una intención clara durante los primeros años que siguieron al Real Decreto de 1912 pero, a partir de 1918, optó por utilizar los ennoblecimientos como forma de acercarse ciertas personalidades de prestigio. Esto adquirió especial relevancia en el contexto catalán y vasco que tuvo un peso mayor como destino de esos títulos. Su postura tuvo también una trascendencia singular al enfrentarse directamente con el parecer de la Grandeza de España que, a la altura de 1920, forzó la situación para intentar imponer su visión sobre la nobleza. La concesión de un título siempre había sido expresión de la voluntad del Monarca que premiaba a unos u otros por diferentes motivos. Lo relevante ahora fue comprobar como el Rey optó por un grupo difuso y a la vez concreto, que irrumpía en este escenario de la España de principios del siglo XX. Su

¹³⁷ CARDOZA, Anthony, “The enduring power of aristocracy: ennoblement in Liberal Italy, 1861-1914”, en *Les noblesses Européennes au XIXe siècle*, Roma 1988, p. 595.

¹³⁸ BECKER, Seymour, *Nobility and privilege in late Imperial Russia*, Dekalb, 1985, pp. 98-106.

opción era firme, hasta el punto de que no evitaba el conflicto con la visión de los Grandes. La exclusividad era ingrediente clave en el poder y atractivo que ostentaba la nobleza y, muy especialmente, la Grandeza. Sin embargo, la llave no la tenían ellos mismos y su poseedor la utilizó para abrir las puertas a otros elementos sociales. El número no era lo principal, lo importante fue el cambio en las claves que fundaban –o que ellos defendían que fundaban– el grupo social: el mérito de trascendencia histórica o patriótica se sustituía por la iniciativa económica y, también, una influencia socio-política implícita en los ennoblecidos. Por otra parte, un menor recurso al ennoblecimiento aunque se hubiera ejercido la prerrogativa regia en la misma línea, hubiera limitado muy probablemente las quejas de la Diputación¹³⁹.

Por último, la investigación sobre este proceso permite valorar la gran importancia que se daba al título nobiliario durante la época. Como se ha dicho, a través de estos trámites quizá no se puede hablar de qué condujo a solicitar la obtención de un título. No obstante sí se puede afirmar que se era capaz de soportar pesadas burocracias, recoger documentaciones muy variadas y pagar elevadas cantidades de dinero por acceder a esos títulos. La nobleza tenía un atractivo que perduraba con fuerza en la segunda década del siglo XX y esto se observa claramente en los procesos de concesión y rehabilitación en esta época¹⁴⁰. Los procesos en sí no proporcionaban ningún beneficio directo, más bien conllevaban multitud de cargas. Lo interesante será analizar además qué podía conducir a esas personas a sobrellevar dichos obstáculos para acceder a su título. Cabe señalar que, proyectado en el futuro, haber superado un proceso de ennoblecimiento sí podía ser signo de distinción. Es innegable que en esta dinámica la nobleza se hacía más reciente, enfocada a un uso en el presente. Esto, que no deja de ser contradictorio, conciliar un prestigio de raíz histórica con una preeminencia obtenida muy cerca en el tiempo, fue el riesgo que se corrió. El devenir de la nobleza y también los ennoblecimientos posteriores tuvieron la respuesta sobre el éxito y utilidad de esta opción.

¹³⁹ En el caso del Imperio Austro-Húngaro, el Emperador ejerció su potestad en un contexto similar con mucha frecuencia (en torno a un 60% de los casos). Sin embargo, el número más limitado de concesiones y el papel que seguía ejerciendo la nobleza evitó el desacuerdo y el conflicto en este punto. Vid. GODSEY, William D., "Quarterings and Kinship: the social composition of the Habsburg Aristocracy in the Dualist Era" en *Journal of Modern History*, nº 71. pp. 56-104. En este artículo se analiza el acceso a la corte, algo distinto que los títulos de nobleza en España, pero con bastantes similitudes en la concesión.

¹⁴⁰ GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, "Nobleza y contrarrevolución: el Centro de Acción Nobiliaria (aproximación nobiliaria a un grupo de élite)" en TUSELL, Javier, GIL PECHARROMÁN, J. y MONTERO, Feliciano, *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, p. 227, Madrid, 1993. Para el autor, el atractivo y la acción de los gobiernos condujeron a un ennoblecimiento masivo.

Además del atractivo de la nobleza, la legislación aprobada durante estos años tuvo una importancia insoslayable para comprender las extendidas pretensiones de acceder a un título. Más estricta o menos exigente, la realidad fue que el Real Decreto del 1912 y algunos posteriores hicieron más claro el proceso a seguir para alcanzar un título. Para aquellos que buscaban con sumo interés acceder a la nobleza, la legislación marcó la senda a seguir.

El atractivo que ejerció la nobleza sedujo también a los propios nobles que no supieron contenerse ante el riesgo de inflación que esto podía suponer. Para los nobles fue la condición de Grande la que más apetito generó y no dudaron en hacer valer su posición ante argumentos contrarios de la propia Grandeza¹⁴¹. Sin ser una conducta muy extendida durante el periodo se dieron casos de nobles que se opusieron firmemente a la Diputación con tal de obtener un título con la categoría de Grande para ellos o sus hijos. Estas incoherencias pronto comenzaron a lastrar a la Diputación pero lo hicieron especialmente cuando se quiso sostener una postura más firme, como en 1920. En los años posteriores su política cambió, quizá demasiado tarde.

¹⁴¹ Un caso interesante es el del marqués de la Corvera que, tras solicitar sucesiones y rehabilitaciones para varios de sus hijos, llegó a plantear un recurso contencioso-administrativo ante la Justicia ordinaria hasta conseguir que se rehabilitara para un hijo suyo el ducado de Montalto. Ducado de Montalto, AGMJ, leg. 265-4, exp. 2531.

Capítulo 2. GRANDES DE ESPAÑA COMO REFERENTE SOCIAL.

Entrando en sociedad.

A mediados de marzo de 1914 se publicó el primer número de la revista *Gran Mundo*. Su formato llamaba la atención, también las fotos con las que venía ilustrada. Otro de los aspectos singulares era el subtítulo de la revista: “sociedad, arte, sport, modas”, justo por ese orden. Las revistas de sociedad no eran algo nuevo pero la calidad de *Gran Mundo* le daba un toque especial. Uno de sus activos fue la participación de Monte Cristo como redactor. Monte escribía para el periódico *El Imparcial* las noticias llamadas “de sociedad”. Su relación con importantes familias de la nobleza y su experiencia le convertían en un referente para todos los conocidos como “cronistas de sociedad” y, sobre todo, para aquellos que aparecían en esas crónicas.

El primer número de *Gran Mundo* recogió un artículo suyo sobre la residencia de los duques de Luna, situada en la calle Zorrilla. Este palacio, conocido como de Villahermosa, pertenecía a su familia desde tiempo atrás. Monte recorría las habitaciones hablando del arte y la decoración que lo ocupaban. Al mismo tiempo, iba hablando de los orígenes de la familia en cuestión, la cual ostentaba varios títulos de Grandeza de España. De hecho, el padre del duque de Luna era duque de Villahermosa y Granada de Ega. Su hermano Francisco Javier llevaba el título de conde del Real y el pequeño, Marcelino, el de marqués de Narros. Su madre no procedía de una familia con grandeza pero sí que tenía un título, el condado de Zaldívar. La única hermana, María Concepción, se había casado en 1904 con un hermano del marqués de Santa Cruz que unos años más tarde rehabilitó el ducado de Miranda. Monte también recogió algunos aspectos sobre cómo vivían en el palacio. Para acabar, procuraba destacar una diferencia interesante con respecto a otros: "por el ambiente señorial, de antigua cepa aristocrática, que le envuelve, resistiendo bravamente los *modernismos* hoy en boga, es uno de los más notables de la Corte de España"¹.

Gran Mundo incluía unas cuantas secciones más. La dedicada a los deportes destacaba por la presencia de varios Grandes de España. En este primer número había una referencia a una cacería en la que tomaron parte el duque de Arión, el marqués de Viana, el duque de Prim y el de San Pedro de Galatino, los marqueses de Mina y Villavieja, los condes de Maceda y Gavia y don Joaquín Santos Suárez. La finca era propiedad del duque de Arión y todos, menos Villavieja y Santos Suárez, formaban parte de la Grandeza de España. Alfonso XIII también participó en la cacería. En ese

¹ *Gran Mundo*, 15-III-1914.

número se hacía mención de varias competiciones que se desarrollaron en el Club Puerta de Hierro. También en el número de mayo se hablaba de este club, al cual acudían personas de importantes familias de la nobleza española, pero también otras sin título. En el número del mes siguiente, se recogió la noticia de unos partidos de polo llevados a cabo en Moratalla, una finca que el marqués de Viana tenía en Córdoba. Como eco de dichos partidos se decía que el duque de Peñaranda era el mejor polista de España². Tanto en la cacería como en los partidos de polo no se pasaba por alto, de nuevo, la presencia de Alfonso XIII.

En el primer y el segundo número de *Gran Mundo* la Grandeza no estaba sola. En otros artículos se hacía mención de una histórica familia de la nobleza francesa, de los avances de la aviación militar en España o de las novedades de la moda femenina. Además, aparecieron dos artículos firmados por Ramón Pérez de Ayala y por Ramiro de Maeztu, en los que no se reflejaba interés alguno por esa sociedad y sus compromisos³. Eso sí, a pesar de convivir con otras temáticas de tipo cultural, la referencia en esa sociedad de la que hablaba *Gran Mundo* era, sin lugar a dudas, la Grandeza de España⁴.

Esta revista publicó apenas cuatro números más. Sin embargo, en ese corto espacio de tiempo dijo bastante. De hecho, algunas de sus páginas tuvieron mucho que ver con aspectos que, años después, trataría un historiador como Eric Hobsbawm. Hace tiempo, este historiador británico popularizó la idea de la “invención de la tradición”. Sin ser un concepto acuñado por él, en sus manos se hizo famoso y tuvo en un conocido libro su desarrollo más amplio⁵. Allí se hablaba de tradiciones desarrolladas en ámbitos sociales y territorios muy variados. Se trataban especialmente en su influencia sobre la incubación de ciertos nacionalismos del XIX y la consolidación de instituciones como

² *Gran Mundo*, 15-IV-1914.

³ Sobre la nobleza parisina escribió Melchor Almagro de San Martín. Este joven diplomático participaba con frecuencia en distintas reuniones de la sociedad de Madrid. Años después escribió varios libros de recuerdos de indudable interés. Sin embargo, nunca se convirtió en un cronista de sociedad. El primer artículo de Pérez de Ayala hablaba de un monumento a América que, sufragado por la marquesa de Argüelles, iba a realizar el escultor Julio Antonio. El de Maeztu trataba sobre “el gran mundo” pero sin referirse con este término a la sociedad o sus actividades. Vid. *Gran Mundo*, 15-III-1914 y 15-IV-1914.

⁴ Entre 1906 y 1907 se publicó una revista llamada *Gran Mundo y Sport*. El director fue Antonio de Hoyos y Vinent, hermano del marqués de Hoyos y conocido escritor. Los Grandes tuvieron en ella un importante espacio. De hecho en el primer número se dedicaba un artículo al palacio de Liria, como en *Gran Mundo* se dedicó al palacio de Luna. Sin embargo, los Grandes no tenían en ésta un papel tan notable como en *Gran Mundo*. No era tanto por la presencia del *Sport* del que hablaba su nombre, como por el tono literario que le caracterizaba y que imprimía su director. La sociedad ocupaba un puesto secundario en *Gran Mundo y Sport*. Mientras –y aunque también hubiera otros contenidos– en *Gran Mundo* era protagonista. No sólo era cuestión de línea editorial, también importaban las fechas.

⁵ RANGER, Terence y HOBSBAWM, Eric J. (ed.), *La invención de la tradición*, Barcelona, 2002. La primera edición inglesa es de 1983.

la monarquía británica. Sin embargo, Hobsbawm también tenía tiempo de introducir este elemento de análisis en la configuración de las sociedades de masas de finales del XIX y principios del XX. La tradición podía ser un ritual o una ceremonia, pero también podía ser una persona o quizá un grupo social. Para él, la aparición de esa sociedad de masas conllevaba una problemática nueva, en concreto, a la hora de definir las diferencias existentes entre las clases medias. Hobsbawm dividía esta compleja dificultad en dos: por un lado, era un problema delimitar aquel grupo que, sin formar una elite, se distinguía claramente de los estratos populares. Por otra parte, y en primer lugar desde su punto de vista, era un problema establecer no sólo una elite dentro de ese gran grupo social, sino los mismos criterios que la distinguirían del resto de la clase media. Según él, “para las altas clases medias o *haute bourgeoisie* los criterios y las instituciones que antes servían para separar a una clase gobernante aristocrática proporcionaban el modelo obvio: sencillamente debían ampliarse y adaptarse”⁶.

Una revista como *Gran Mundo* reflejó de alguna manera ese proceso, pero quizá no en la línea que diagnosticaba Hobsbawm. Cuando este historiador británico hablaba de la falta de criterios de distinción social, los redactores del magazine español parecían estar escuchándole. Su respuesta ante la posible ausencia de criterios de distinción eran las crónicas sobre ciertas casas o sobre determinados deportes que protagonizaban muchos Grandes de España. Ahí sí que se encontraban criterios de distinción social. Como se ha visto, no sólo se hablaba de esas actividades en sus páginas, ni siempre los artículos estaban protagonizados por los Grandes. Sin embargo, su presencia como referentes era manifiesta y, aún más importante, no fue algo aislado ni exclusivo de una revista como ésta. En gran parte de la prensa diaria del momento existieron artículos sobre “sociedad” en los cuales el peso de la Grandeza era muy significativo. En este sentido, aquí se pueden entrever algunos de los motivos que explican el atractivo que suscitaba para muchos la obtención de un título nobiliario, bien a través de una concesión o gracias a una rehabilitación. Al mismo tiempo, el auténtico *habitus* que se describía –en el sentido ofrecido por Pierre Bourdieu⁷– estaba formado por disposiciones y condicionantes en gran parte excluyentes para personas que no tuvieran

⁶ HOBBSAWM, Eric, “La fabricación en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914” en RANGER, Terence y HOBBSAWM, Eric (ed.), *La invención de la tradición*, Barcelona, 2002, p. 302.

⁷ “Conjunto de condiciones comunes de la vida cotidiana que producen comunes condicionamientos experimentados por las personas y que, a su vez, generan un conjunto común de ‘disposiciones’ interiorizadas para actuar de diversas formas particulares”, BOURDIEU, Pierre, *La distinción*, Madrid, 1988, p. 70.

una tradición nobiliaria. La presencia de la Grandeza, su condición de referente social, tuvo una contrapartida: además de aparecer, procuraron establecer criterios de distinción a su medida, impuestos por ellos mismos.

1914 puede volver a sonar como una fecha muy tardía para hablar de la influencia de la nobleza y, especialmente, de la Grandeza de España en la sociedad del momento. Seguramente, su declive había comenzado antes o, como mínimo, su papel no era exclusivo a esas alturas. Sin embargo, lo llamativo es comprobar como su presencia seguía siendo una constante y, aún más, que se mantuviera en esa época de profundos cambios sociales en Europa –como señaló Hobsbawm- y en España, lo cual hace aún más relevante el análisis.

Estas hipótesis matizarían una interpretación extendida sobre la relación entre nobleza y burguesía durante este periodo. Para algunos historiadores,

"la cooptación de los núcleos burgueses a los rangos nobiliarios resultó ser uno de los factores que impidieron la identificación de la burguesía española como clase nacional vinculada a un proceso que fuera al mismo tiempo industrializador y democratizador, e imposibilitó su ascenso al rango de clase social hegemónica"⁸.

Aunque el afán por acercarse a la nobleza fue innegable, no siempre tuvo éxito y, ante todo, fue un proceso complejo e incomprensible si se aborda en un solo sentido. Quizá dividió a la burguesía pero, lo que esta investigación pretende resaltar, es como esa cooptación coincidió con una presencia de los nobles en la sociedad aún muy destacada. Quizá esto haya sido un tanto olvidado al insistir en la cooptación burguesa.

La prensa sirvió como espejo y también como impulso para mantener esa posición. El reflejo contenido en los periódicos provocó que se criticara la idea que la nobleza como grupo social estaba definiendo de sí misma. Fueron críticas que procedían, si no de sus mismas filas, sí de gente bastante cercana. Esto se unió con el problema de los ennoblecimientos. Obviamente, también hubo voces que se alzaron para defenderse ante esas críticas. Y, mientras, el papel de los Grandes en la sociedad que reflejaba cierta prensa seguía estando claro: referentes. En las redacciones de esos periódicos jugaba un papel protagonista el cronista de sociedad. Ellos participaban en muchos de esos actos, se relacionaban con los personajes descritos, elegían de quién y

⁸ JULIÁ, Santos, *Historia económica y social moderna y contemporánea de España*, Madrid, 1988, citado en GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, 1998, p. 35.

de qué hablar. Las guías de sociedad fueron otro elemento que permite acercarse al papel que se reservó a la Grandeza. Estas publicaciones –que volvían a ofrecer referencias- fueron un lugar privilegiado para observar los cambios que experimentó el puesto desempeñado por los Grandes en la sociedad.

Desde esta perspectiva se puede comprobar como fue entre 1914 y el final de la Monarquía cuando la presencia de la Grandeza en la sociedad se diluyó debido a la aparición de otros referentes, su propia incapacidad de seguir ejerciendo como tales y la negativa por parte de muchos a la hora de seguir admitiéndoles como elemento preeminente. La sociedad ya estaba moviéndose antes de comenzar el periodo que recorre este trabajo, de hecho ya se había movido, ya había cambiado y, en gran medida, alejándose de las pautas y comportamientos desarrollados por los Grandes. Lo sorprendente es percatarse de que, en su prolongada decadencia, ostentaron un poder y una influencia social muy extendidos⁹. También las memorias de algunos protagonistas recogieron este dorado y duradero declive. Para una protagonista y, ante todo, cercana espectadora de esos momentos, desde 1914 se vivió “el Gran Cambiazo” en la sociedad española –y también europea-¹⁰. Los cambios ocurridos en esos espacios donde eran referencia señalan los años veinte como el momento en el cual dejaron de interpretar ese protagonismo como grupo social preeminente.

Prensa, guías de sociedad o cronistas suponen un acercamiento de tipo cultural a la Grandeza¹¹. Es cierto. Sin embargo, son inseparables del estudio de unos fundamentos sociales que explican el éxito- quizá decadente, pero éxito- de la Grandeza. En concreto, la presencia en la ciudad en crecimiento, manteniendo el palacio o construyendo uno nuevo fue un factor clave –también lo fue que algunos cambiaran de zona-. La familia, las relaciones que producía y su proyección hacia el pasado (y el futuro) se convirtió en otro elemento que condicionó el proceso. La nueva definición de

⁹ Jonathan Powis ha descrito este hecho como “la tenaz relación entre nacimiento, rango y poder”, POWIS, Jonathan, *Aristocracia*, Madrid, 2007, p. 5.

¹⁰ Para una protagonista y, ante todo, cercana espectadora de esos momentos, desde 1914 se vivió “el Gran Cambiazo” en la sociedad. Vid. YTURBE, Pilar, *Érase una vez... Bocetos de mi juventud*, Madrid, 1954.

¹¹ En este sentido se ha seguido la idea de Moreno Luzón: “las perspectivas más prometedoras (para la historia de las elites) proceden de una posible historia cultural de las elites que en íntimo contacto con la historia social, la antropología cultural y la historia cultural de la política, se adentre en el mundo de lo simbólico y calibre su peso en el ejercicio del poder, describa los rituales y lenguajes asociados al mismo, los ámbitos de sociabilidad frecuentados por las elites, los espacios domésticos y públicos en que se movían y, en general, sus modos de vida y sus costumbres. En definitiva, la manera en que las elites se percibían a sí mismas y se veían reconocidas como tales”. MORENO LUZÓN, Javier, “La historiografía de las elites de la España liberal” en ZURITA, Rafael y CAMURRI, Renato (ed.), *Las elites en Italia y en España (1850-1922)*, Valencia, 2008, p. 42.

la sociedad de la que hablaba Hobsbawm se produjo siguiendo unas pautas para las que estaban bien preparados los Grandes de España. Ellos mismos también participaron de los cambios y, finalmente, pasaron a un segundo plano. Quizá situar el comienzo de este trabajo en 1914 desde el punto de vista social parezca algo forzado. Cortar siempre tendrá algo de artificial y, lógicamente, el proceso tenía sus raíces en años atrás. Sin embargo una serie de circunstancias señalan esa fecha como inicio de su singular declive, definido en cierto modo por el encumbramiento que al mismo tiempo iban a vivir.

Sociedad y quejas

La revista *Gran Mundo* no tuvo gran trascendencia, al menos desde el punto de vista periodístico. Su formato se repitió en otros productos similares pero no hay ninguna evidencia de que fuera por imitación de esta revista de sociedad¹². Probablemente, ésta fue a su vez una copia de alguna publicación extranjera, como otras iniciativas españolas habían hecho antes. En cambio, alguno de sus artículos tuvo cierto impacto. En concreto los que se refirieron al polo fueron materia para varias reflexiones que iban a cargar con dureza contra el papel que la nobleza desempeñaba en la sociedad del momento. Estos ataques tuvieron en común varias cosas. En primer lugar, pretendieron ser un acicate para la propia nobleza. Su intención era despertar en este grupo social los verdaderos sentimientos que justificaban su existencia, su responsabilidad como ejemplo para toda la sociedad, siempre con una referencia directa a su origen histórico. Por otra parte, eran discursos que procedían de personas cercanas a la nobleza. Nada estaba más lejos de su intención que liderar un intento por eliminar este grupo social, disminuir su prestigio o, incluso, reconocer que había pasado su hora.

El primero de estos alegatos provino de Francisco Fernández de Bethencourt. El genealogista canario era uno de los mayores expertos en esta disciplina y, como culminación a su carrera, fue nombrado académico de la Real de la Lengua Española. Ingresó en la academia a mediados de mayo de 1914 y su discurso de ingreso tuvo por título “Las letras y los Grandes”. Poco más tarde fue publicado. La justificación del discurso –en un principio- era ésa, combatir el prejuicio de que la Grandeza no se había

¹² Sin embargo, no deja de ser interesante que fuera un proyecto de Prensa Gráfica, la empresa periodística que también impulsaba *Nuevo Mundo*, *La Esfera* y *Mundo Gráfico*, y que renunciara tan rápido a hacer una revista tan “aristocrática”, línea que no continuaron ninguna de las otras tres publicaciones.

dedicado a las letras. Para ello, hablaba de algún que otro ejemplo, deteniéndose especialmente en el siglo XIX. En un momento dado, también hablaba del papel desempeñado por la nobleza en los orígenes de la Monarquía española. La justificación era lo que él consideraba un tópico, la idea de que los Reyes Católicos acabaron con el poder de la nobleza. Tocando un tema y otro, Fernández de Bethencourt acabó dedicando bastante espacio en su discurso al papel que estaba desempeñando la nobleza en el momento actual. Su elemento de comparación era claro, la imagen de la nobleza en la Edad Moderna.

Desde su punto de vista, la alta nobleza había vuelto las espaldas a las distintas realidades de la sociedad. El diagnóstico sonaba bastante duro oído de su boca:

"No hay que cerrar los ojos a la luz meridiana que nos envuelve con su claridad. (...) Vuelta de espaldas a las Letras, al trabajo y al estudio, marcha con tranquila inconsciencia a consumir su anulación y su suicidio: entregada casi exclusivamente a los deportes, a los placeres, o a la pereza y a la inacción"¹³.

Para el recién nombrado académico se podía establecer una relación bastante directa entre la renuncia de la nobleza a ciertas actividades y su interés por el deporte. La ocasión así lo pedía y lo primero que señalaba era su olvido de las letras. Sin embargo, no se quedaba ahí y, después de su primera andanada, fue enumerando los espacios a los que la alta nobleza había ido renunciando: "volvió tiempo hace las espaldas al servicio directo de la Iglesia", "volvió las espaldas al ejército", "volvió las espaldas a la política", "volvió las espaldas a la toga"... La enumeración se detenía un poco más a la hora de hablar de su rechazo a implicarse en las "grandes especulaciones mercantiles": "se mantiene distanciada de lo que representan en el moderno vivir las agitaciones industriales y bursátiles -con alguna, quizás única, simpática y plausible excepción, más plausible y más simpática cuanta más sola-". La excepción no era ni nombrada. Por último, había una referencia a la tierra. También se encontraba la nobleza cada vez más despegada de ella. Finalmente, repetía la idea de que era positivo señalar estos aspectos, no sólo para el país, también para la nobleza misma. El abandono de los castillos que habían pertenecido a esas familias le servía como una bonita metáfora al hablar de que ya no los habitaban las águilas, sólo quedaban los nidos¹⁴.

¹³ FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, *"Las letras y los Grandes". Discurso leído en el acto de su solemne recepción el día 10 de mayo de 1914*, Madrid, 1914, p. 31.

¹⁴ FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, *"Las letras y los Grandes"...*, pp. 33-7.

El cuadro ofrecido por el nuevo académico presentaba tintes muy pesimistas en esas páginas. Sin embargo, Fernández de Bethencourt no acababa aquí su reflexión. Al final, daba lugar a la esperanza:

“Pero todavía quedan a nuestra vieja aristocracia grandes elementos para luchar y resistir si ella lo quiere, (...) todavía queda en sus manos gran parte del suelo nacional, (...) es rica moderada y discretamente, (...) todavía sus nombres significan muchísimo en la vida española”, (...) yo quiero creer que no es nuestra Nobleza un cadáver, (...) uno que duerme, y a quien el ruido de afuera, que crece cada día, ha de despertar y sacudir en cualquier momento”¹⁵.

De hecho, este final cambiaba claramente el cariz negativo que había tomado su intervención. El insigne genealogista seguía teniendo fe en la nobleza. Además se aventuraba a ofrecer una solución, a parte de una mayor implicación en aquellos campos que había señalado anteriormente. Lo interesante fue que su propuesta tenía muy poco de concreta, remitía a esos componentes de la esencia nobiliaria tan difíciles de medir. El ideal, eso era lo que le faltaba a los nobles desde su punto de vista y, para él, no había mejor ideal que la defensa de la tradición: “hay que dar a la Nobleza presente un ideal, el ideal necesario, sin cuya luz ha de faltarle más o menos pronto la vida: ¿qué más ideal que el de mantener las tradiciones que la formaron, que la hicieron lo que todavía es?”¹⁶. La tradición era, leyendo el principio de su discurso, algo más que una serie de aspectos simbólicos. Tradición era retomar aquellas responsabilidades, implicarse en aquellas instituciones que se habían dejado de lado.

Su discurso, que comenzaba pintando una realidad muy oscura, acababa con ese llamamiento a los nobles para cambiar la situación. También les proponía el ejemplo de Inglaterra y Alemania a los que alababa, sin decir mucho, como reflejo del efecto positivo que ejercía una nobleza activa. Una imagen cerraba la intervención. Fernández de Bethencourt había demostrado que confiaba en la nobleza después de su inicial pesimismo. Sin embargo, para acabar recordaba que era necesario un cambio. En ese momento, la situación de la nobleza no era buena, se había perdido el norte: “(sus) representantes corren hoy rápidamente, acaso con el brillo de la luz que se extingue, jinetes en jacas de polo, a su lamentable anulación”¹⁷.

¹⁵ FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, *“Las letras y los Grandes”*..., p. 45.

¹⁶ FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, *“Las letras y los Grandes”*..., p. 46.

¹⁷ FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, *“Las letras y los Grandes”*..., p. 46.

Esas jacas de polo de las que hablaba Fernández de Bethencourt posiblemente eran aquellas que montaba el duque de Peñaranda en el partido que recogió *Gran Mundo*, justo un mes antes del discurso. La referencia a los placeres y a los deportes había servido como una especie de contrapunto a las obligaciones que debía afrontar la nobleza y, quizá no directamente, pero eran señalados como los culpables de ese “volver la espalda” por parte de los nobles. La esencia, “la tradición”, era a lo que debía volver la nobleza. Significativamente, la tradición que empezaba siendo literaria, pasaba a ser de servicio al Estado, de participación en empresas económicas, etc. Otro aspecto interesante fue que Fernández de Bethencourt utilizaba varias veces epítetos que, sin mencionar directamente a la Grandeza, la hacían muy presente (hablaba de “alta nobleza”, “vieja aristocracia”).

El discurso del experto genealogista no era del todo novedoso. En su obra cumbre, la *Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española, Casa Real y Grandes de España*, introdujo un prólogo que contenía bastantes de las ideas desarrolladas al ser recibido en la Real Academia. Aquella obra se había publicado en 1900. También presentaba algunas diferencias. Al comenzar el siglo, había hablado de la necesidad de que la nobleza no pasara desapercibida. Su insistencia principal era que la nobleza debía ostentar dignamente su título respondiendo a las obligaciones y deberes que correspondían al nombre que ostentaba. En esto simplemente se reafirmaría en 1914. De hecho, su obra –y esto le servía para justificar en cierta medida su dedicación a la genealogía– perseguía un objetivo relacionado: mostrando los orígenes y la historia de los títulos quería mover a un mayor compromiso¹⁸. En un par de ocasiones también lanzaba dardos contra “la región del fausto y los placeres” y “las columnas de las revistas mundanas, donde se leen frecuentemente apellidos y Títulos que en vano se buscarán en las páginas de la Historia”¹⁹. También aparecía una referencia comparando el papel que jugaba la nobleza en Inglaterra con el que podía desempeñar la española²⁰.

¹⁸ “Hacerle conocer bien lo que ha sido, para que llegue al perfecto conocimiento de lo que debe seguir siendo”, FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, *Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española Casa Real y Grandes de España*, tomo II, Madrid, 1900, p. 21.

¹⁹ FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, *Historia Genealógica...*, p. 12.

²⁰ “Una clase social inspirada por el recuerdo de su noble origen y por los medios de que vive rodeada en grandes ideas de abnegación, de patriotismo y de desinterés, una clase social que ha nacido y se ha desenvuelto al calor principal del alto sentimiento del honor, tiene que llenar papel importantísimo en esta sociedad española, como lo realiza cumplidamente en otros países”, FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, *Historia Genealógica...*, pp. 12-3. El autor citaba aquí un artículo aparecido en el periódico *El Imparcial* en 1884 que seguía esta argumentación.

Hasta aquí las semejanzas. En esas páginas de 1900 no hubo una referencia tan explícita por parte del autor sobre la renuncia de los nobles ni sobre la necesidad de afrontar unas obligaciones que los comprometían, desde su punto de vista, en realidades muy concretas y variadas de la sociedad española. Quizá a principios de siglo Fernández de Bethencourt se podía detener en unos esencialismos que en 1914 no rechazaba, pero que quedaban por entonces en un segundo plano. La situación externa, la situación de España, influía en las urgencias que sentía y transmitía el académico y así lo reconocía. También tenía mucho que ver la situación de la nobleza, y de la Grandeza en particular, que a pesar de la esperanza que demostraba en ella quedaba en evidencia con las críticas iniciales del discurso.

Un mes más tarde del ingreso en la Real Academia, la revista *Gran Mundo* volvió a ser protagonista. En junio se publicó en ésta un artículo de Ramiro de Maeztu que, probablemente, no era contestación al discurso de Fernández de Bethencourt pero sí tenía bastante relación. El título, “Blasones y talegas”, anunciaba el tema²¹. Maeztu presentaba a dos personajes –un hidalgo del Norte y un título de la Corte- que planteaban sus puntos de vista sobre lo que debía ser la nobleza. La excusa era el comentario a la noticia de que el duque de Alba había participado como testigo en la boda de un hijo del presidente Roosevelt con la hija del embajador inglés²². Maeztu ponía en boca del hidalgo toda una serie de quejas ante este hecho, suspirando por la necesidad de que el duque de Alba –y la nobleza con él- fueran de nuevo una referencia como defensores de la fe. A parte de la fe, también se personificaba en este hidalgo la defensa de la tradición, en un sentido bastante amplio. En cambio, la figura del título de Castilla se presentaba de una forma muy diferente. En un momento dado, Maeztu hacía saltar a su noble ante las invectivas del hidalgo norteño. Una vez que le paraba los pies, daba su punto de vista sobre lo que debía ser la nobleza española y cuáles eran sus auténticos problemas: “el mal de la aristocracia española consiste en su pobreza, y su pobreza depende, en buena parte de su aislamiento”²³. La clave para el intelectual vasco estaba no en otra cosa sino en el dinero y lo repetía por activa y por pasiva. “Lo que a mí me entusiasmaría es que la aristocracia española tuviera más dinero”, decía en otro

²¹ Es el mismo título que un relato breve de José María de Pereda. En éste, un viejo hidalgo, Don Robustiano, se niega a que su hija se case con el rico del pueblo, Venancio Mazorcas. La intervención de Don Ramiro introduce el punto de sentido común. PEREDA, José María de, *Blasones y Talegas*, 1903.

²² La boda no se celebró por la Iglesia católica. Esta era la queja principal que Maeztu ponía en boca del hidalgo. Tuvo lugar el 12 de junio en la capilla anglicana de la embajada. Vid. CASAL, Enrique, *Fiestas aristocráticas*, Madrid, 1914.

²³ “Blasones y talegas”, *Gran Mundo*, 15-VI-1914.

momento su personaje. Lo interesante no era sólo su análisis, sino también la aplicación que proponía al dinero que, desde su punto de vista, tanto necesitaban los nobles:

"un aristócrata moderno no puede ser sino la realización del ideal del lujo que inspira lo mismo al especulador en sus negocios, que al obrero en su colectivismo. Dinero para automóviles, para criados, para caballos de carreras, para cotos de caza, para casas de campo, para viajes, para organización política; dinero y no otra cosa es lo que necesita buena parte, la mayor parte de la nobleza española"²⁴.

Aquí no se hablaba nada de la tradición como había hecho Fernández de Bethencourt, se hablaba de pesetas y además con mucha claridad. Obviamente, tampoco el hidalgo que presentaba Maeztu era la esencia defendida por el académico. El artículo de la revista seguía un poco más con otra interesante apreciación del título creado por Ramiro de Maeztu. Se afirmaba que la nobleza debía dedicarse a los negocios si tenía capacidad. En caso contrario, debían casarse con una heredera rica. Lo que no se podía consentir era continuar con la misma situación. Por otro lado, el personaje de Maeztu veía nítido que había sido un error ennoblecer a ricos, cuando lo necesario era que la nobleza se enriqueciera. "Salgamos para siempre de la vida imposible de aristócratas tronados, con deudas o sin deudas", servía como sentencia final a su curioso diálogo entre el hidalgo y el título.

La implicación en los negocios también estaba presente en el discurso de Fernández de Bethencourt pero, claramente, los presupuestos en uno y otro caso eran muy diferentes. En el caso de Maeztu el económico era el único problema. Mientras, para el genealogista, se trataba de un aspecto más de las responsabilidades a las que había renunciado la nobleza y debía retomar. Sin embargo, la diferencia más clara estaba en la dedicación que Maeztu proponía para ese dinero. Excepto el polo, mencionaba casi todos aquellos placeres en los que podía estar pensando Fernández de Bethencourt al quejarse de la apatía y la inacción de la nobleza. La "personalización del ideal del lujo" que proponía Maeztu andaba muy alejada del llamamiento a que la nobleza hiciera propio el ideal de la tradición. Por otra parte, consideraba que esto no era algo nuevo y que "no se inventan ideales", sino que "se sirve a los dados". Curiosamente, Maeztu hablaba de la utilización del dinero que tanto faltaba a la nobleza para la "organización política". En este punto podían coincidir pues Fernández de Bethencourt incluyó la política entre las actividades a las que la nobleza había vuelto la

²⁴ "Blasones y talegas", *Gran Mundo*, 15-VI-1914.

espalda. Sin embargo, aunque no hubiera muchas referencias, probablemente también en este punto estuvieran hablando de otra cosa. Uno lo incluía en una enumeración en la cual se hablaba de la Iglesia, la toga o las especulaciones mercantiles. El otro, lo hacía como colofón tras hablar de criados, coches y caballos de carreras.

Los contextos en los que se ofrecieron estos dos diagnósticos sobre los problemas de la nobleza eran muy diferentes. También eran puntos de vista muy distintos los que mantenían los autores de estos comentarios. No obstante dibujaron en su diferencia un perfil de los problemas de la nobleza, al mismo tiempo que los matizaban y planteaban que, en esas fechas, la nobleza estaba en disposición de cambiar para liderar en uno u otro sentido la sociedad española²⁵.

En 1914 se publicó un trabajo muy relacionado con las ideas expuestas por Fernández de Bethencourt y Maeztu. Su autor era Fernando Suárez de Tangil y se trataba, como ya se ha visto, de uno de sus ejercicios realizados para acceder al puesto de letrado del Consejo de Estado. La obra *–Breve estudio histórico-político y sociológico legal sobre las grandezas de España y títulos del Reino–* tenía la peculiaridad de relacionar sus reflexiones sobre la nobleza con la problemática de los ennoblecimientos. Su postura a este respecto ya se ha estudiado, destacando por la ambigüedad que suponía. Por un lado reconocía el papel que la Grandeza podía jugar en el proceso de ennoblecimiento mientras, por otra parte, se oponía a su criterio sobre el tipo de méritos necesarios para acceder a un título. Sin duda pesaba mucho en su reflexión la visión que tenía sobre la nobleza en el momento que vivía. Para Suárez de Tangil, los problemas de la nobleza se podían resumir en cuatro puntos principales: el absentismo, la profesión de ideas liberales, los enlaces desiguales y la apatía en la defensa de su condición. Hablaba de que, antiguamente, la nobleza “nacía y moría” en sus propiedades sin vivir en las ciudades. “No se salvaban, como hoy, leguas, por el elevado ideal de jugar una partida de golf o de polo, por tirar unos pichones o asistir a una cacería, o aún por adquirir algunas modas exóticas”. Estas actitudes tan irónicamente alabadas, no sólo merecían su crítica sino que conducían a una injusticia grande, pues “pag(an) con el sudor de sencillos labriegos españoles la rapiña y avaricia de mercaderes extranjeros”. Esto no sólo era una injusticia, además demostraba una escasa capacidad para saber invertir su dinero: “hogaño lo malgastan, en Biarritz o en

²⁵ Parece inevitable preguntarse si la “personificación del ideal del lujo” que Maeztu descubría en la nobleza tenía que ver con su “sentido reverencial del dinero”.

Deauville, en París o en Monte-Carlo, malrotan su capital y estrujan a sus colonos". La queja de Suárez de Tangil tenía un matiz "social" claro, que señalaba ciertas actitudes como impropias de la nobleza. Pese a lo furibundo de su crítica, quiso moderarla al comentar que esa "decadencia social" era de España y que se podría analizar partiendo de la aristocracia, pero que ése no era el momento²⁶.

Su crítica continuaba pero en un tono más moderado, al menos durante unas páginas. No obstante, llamaba la atención la referencia a los enlaces desiguales, sobre todo por la carga negativa que él les suponía "de cara al pueblo". Nada más lejos entonces de lo que podía pensar Maeztu. Sí tenía mucho que ver con las apreciaciones de Fernández de Bethencourt. Especialmente en lo que se refería a la apatía. Para Suárez de Tangil, sin embargo, se debía distinguir dos grupos entre esa nobleza "apática". Estarían los que carecen de capacidad alguna y, por tanto, se disculparía su dejadez. Por otro lado, se encontrarían aquellos que:

"reuniendo méritos, condiciones y circunstancias, cultura, educación y facilidades, por dejadez, por abandono, por pereza, consiente, mejor dicho, contribuye a la decadencia de estas instituciones: esa sí es culpable por omisión de un deber que siquiera no tuviera otro origen que el egoísmo, estaría justificado, el cumplir para evitar que, en el piélago del actual modernismo se hunda la carabela, que tantas veces le atravesó victoriosa y segura, por inercia de sus remeros conductores"²⁷.

Poco había durado la moderación autoimpuesta y el autor volvía con todo contra aquellos que en su mente señalaba como los auténticos responsables de la decadencia. Era un declive del que había señalado las causas y, al hacerlo, también los cambios que se debían realizar. No obstante, no era optimista –al menos de una forma explícita– sobre las posibilidades de cambiar la situación que vivía la nobleza.

Quizá al detenerse en sus propias frases, Suárez de Tangil cayó en la cuenta de que había sido un tanto duro e incluyó a pie de página una especie de excepción a ese general decaimiento. Esa excepción no era otra que la Diputación de la Grandeza. Para él eran muy de alabar "las tendencias de actividad que estaba imprimiendo". Al fin y al cabo, lógicamente, le parecía muy interesante "todo lo que sea y signifique defensa y protección de los altos y respetables intereses de la clase que le están encomendados y

²⁶ SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio histórico-político y sociológico legal sobre las grandezas de España y títulos del Reino*, Madrid, 1914, p. 60.

²⁷ SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio...*, Madrid, 1914, p. 64

de todos sus similares y derivados”²⁸. Probablemente se refería a su participación en las concesiones de títulos pero tampoco estaba muy claro, por lo que diría después. De hecho, su postura con respecto a la Diputación tomaba unas páginas más adelante otro carácter muy distinto, que se ha analizado al hablar de los ennoblecimientos. Se trataba de esa curiosa ambigüedad que le llevó desde manifestar su apoyo a que decidiera casi en exclusiva sobre la oportunidad de conceder una Grandeza, a una oposición cerrada a que la Diputación interviniera en los ennoblecimientos con cierta preponderancia²⁹. Incluirla a pie de página sonaba a cubrirse las espaldas de cara a posibles desencuentros.

En este sentido, adquiriría una especial relevancia la definición de Grandezas y Títulos que Suárez de Tangil había propuesto al comenzar su trabajo. Allí hablaba de “prerrogativas de distinción” y, un poco más adelante, repetía que tras los títulos había una intención de “perpetuar la distinción”³⁰. Contra esa distinción iban las actitudes señaladas por unos y otros. Inacción le llamaba Fernández de Bethencourt, repitiendo una y otra vez que se había vuelto la espalda a las obligaciones. Para Suárez de Tangil, se trataba de apatía. La coincidencia entre ambos era notable aunque uno cargara más la mano sobre aspectos concretos y el otro tuviera una esperanza cierta en sus posibilidades si cambiaba. También era evidente que ambos disentían con Maeztu en los aspectos positivos que encontraba en los elementos que definían para él el lujo y que se recogían en una revista como *Gran Mundo*. El reflejo que aparecía en ella no era algo “exclusivo” de una revista “exclusiva”. La Grandeza era protagonista en periódicos muy diferentes de las secciones “de sociedad”. Estaba en *La Época*, por supuesto, pero también conservaba su hueco en *El Imparcial* donde escribía Monte Cristo o en *El Heraldo de Madrid*, donde aparecían las crónicas de Leon Boyd. De hecho, las llamadas de atención que se lanzaban a la nobleza para que se implicara en campos tan variados como los expuestos más arriba parecían emitir en otra onda. Fuera o no real ese estado de “inacción” en el que se encontraba la nobleza, en la prensa se hablaba de ellos por motivos concretos. Quizá no ocupaban en la sociedad los puestos que se les suponían. Sin embargo en “de sociedad” –así se llamaban muchas de las crónicas- tenían un lugar definido. No era indiferente lo que pensaran sobre la nobleza los autores mencionados. Su diagnóstico negativo quería decir mucho. Sus soluciones proponían una manera de

²⁸ SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio...*, Madrid, 1914, p. 65.

²⁹ SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio...*, Madrid, 1914, p. 70-86.

³⁰ SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio...*, Madrid, 1914, p. 7.

actuar alternativa, estaba claro. Se afrontara o agravara su declive, en la prensa se hablaba de otra cosa. Allí desempeñaban un papel.

Crónicas de sociedad.

Las llamadas crónicas de sociedad ocupaban un espacio en un amplio abanico de periódicos. Esa amplitud es la característica más notable de estas crónicas en un año como 1914. Un periódico como *La Época* tuvo desde su fundación una inclinación más acentuada por cuidar este apartado en su periódico. En cierto sentido, su orientación política podía tener algo que ver con ello. Sin embargo, como se ha apuntado más arriba, periódicos como *El Imparcial* o *El Heraldo de Madrid* también ofrecían este tipo de informaciones.

El caso de *El Heraldo* fue bastante singular. En sus páginas escribían entre otros, Juan José Morato, y su postura política estaba muy alejada de la representada por *La Época*. Nada daba a entender el interés del diario por publicar estas crónicas. Quizá pervivían como una herencia ya que José Gutiérrez Abascal, conocido periodista y redactor de este tipo de artículos bajo el pseudónimo de Kasabal, fue director del periódico a finales de siglo. Sin embargo, la propiedad del periódico había cambiado varias veces de manos y la crónica de sociedad seguía estando presente³¹. Era un periódico bastante breve –normalmente no pasaba de cuatro páginas– con un marcado carácter político liberal cercano al socialismo en algunos de sus postulados. A principios de siglo, las crónicas se publicaban firmadas por Rubryk, nombre supuesto de Ramón Sánchez Arias. En la segunda década el cronista pasó a ser Leon Boyd. Este pseudónimo era utilizado por Enrique Casal. La frecuencia de dichas crónicas no era diaria y respondía habitualmente a actos destacados. Por ejemplo, el día 1 de enero de 1914, Boyd publicó un relato de las distintas fiestas de Fin de Año en Madrid. La ceremonia de cobertura de la Grandeza o una fiesta en la casa de la marquesa viuda de Hoyos eran otros acontecimientos que Boyd firmó durante ese año³². El espacio que se dedicaba a estas noticias no ocupaba más allá de una columna o una parte de columna. Sin embargo, no eran noticias inusuales y su aparición sin ser diaria, se podía considerar periódica.

³¹ *El Heraldo* se vendió primero a la familia de Canalejas y, en 1906, lo compró la Sociedad Editorial de España, dueña del periódico a la altura de 1914, vid. DESVOIS, Jean Michel, *La prensa en España (1900-1931)*, Madrid, 1977, p. 17.

³² *Heraldo de Madrid*, 1-I-1914, 1-IV-1914, 29-V-1914.

El Imparcial representaba una posición política más moderada pero aún alejada de los postulados conservadores que mantenía *La Época*. En sus páginas las noticias de sociedad tuvieron un peso mayor que en *El Heraldo*. Aparecían con una frecuencia más elevada y no sólo se debían a acontecimientos especialmente señalados. El autor de estas crónicas era Eugenio Rodríguez Ruiz de la Escalera, más conocido por su pseudónimo, Monte Cristo. El periódico tenía una importante dimensión cultural que adquiría una relevancia singular en sus *Lunes del Imparcial*. Ni su opción política ni la atención a la cultura que también reflejaban algunos de sus colaboradores parecía entrar en contradicción con las crónicas de Montecristo. El día después de la Epifanía, Monte escribió un detallado artículo sobre la capilla pública que tuvo lugar en Palacio, una de las ceremonias palaciegas más multitudinarias. En febrero de ese mismo año, dedicó una de sus crónicas a la fiesta celebrada en un hotel de la nobleza, relatando con bastante detenimiento los asistentes. Reuniones en hoteles, salidas de Madrid para pasar el verano, una enfermedad... su columna podía recoger noticias largas y otras casi telegráficas³³.

Un periódico como *La Época* representaba una línea editorial muy diferente que los diarios antes mencionados. Su director, Alfredo Escobar, marqués de Valdeiglesias, redactaba de su propia pluma algunas de las crónicas de sociedad que aparecían en sus páginas. Otras firmas se encargaban de vez en cuando de estos artículos –Juan de Becon y Tristán fueron algunos- pero el pseudónimo de Mascarilla, utilizado por Escobar, era el que aparecía más frecuentemente³⁴. Los artículos sobre estas noticias aparecían con asiduidad y se hacía hincapié en los actos que tenían lugar en Palacio. La antigüedad del periódico y la tradición que tenían en éste las crónicas convirtieron a *La Época* en un referente en este tipo de noticias. Fue un modelo pero no una excepción.

En cambio *ABC*, dirigido a un público que podría sentirse cercano a los protagonistas de la sociedad descrita, no centraba su atención de una forma especial en estos artículos. De hecho, este periódico no tenía un redactor que se dedicara a estas noticias o, al menos, no firmaba las crónicas³⁵. Otra peculiaridad del periódico de Luca

³³ *El Imparcial*, 7-I-1914, 24-II-1914, 26-VII-1914, 23-X-1914.

³⁴ Los tres escriben en fechas muy similares y no es fácil decir si se trataba de un único o diferentes redactores.

³⁵ Esta situación cambió unos años más tarde –no antes de 1920- cuando se empezaron a publicar las crónicas de Gil de Escalante, pseudónimo de Juan Spottorno y Topete, quien ya escribía en *ABC* desde tiempo atrás. Se pueden encontrar algunas crónicas firmadas por Ival, *ABC*, 3-VII-1918, que no tuvieron continuidad y un resumen del año de sociedad firmado por María Perales, quien tampoco se dedicó más a este encargo, *ABC*, 1-I-1918.

de Tena era su mayor extensión. La atención podía ser similar pero quedaba diluida en ese mayor número de páginas que ofrecía. Además, las temáticas que se trataban planteaban un contexto diferente. La mayor cantidad de páginas se invertía en gran parte en las fotos que el periódico incluía y que constituían una seña de identidad. También se dedicaba una atención mayor a las noticias que procedían de provincias y que en otros periódicos apenas ocupaban unas líneas. El detenimiento con que se siguió la Primera Guerra Mundial en el periódico fue otro ejemplo significativo. Se incluían planos, descripciones de las ofensivas, fotografías... Los intereses de un periódico como *ABC* se encontraban en otros asuntos. Sin dejar de atender a la sociedad, había que indagar bastante hasta llegar a la sección que hablaba de ellos. Es difícil valorar el peso que estos artículos podían tener en cada periódico, más allá de su presencia y su frecuencia. Sin embargo, la configuración de *ABC* en 1914 plantea un interés menor por este tipo de noticias de una forma bastante clara.

Otro periódico que podría serle comparable fue *La Vanguardia*. En un contexto tan diferente como el catalán, la condición “empresarial” del diario le hacía tener bastantes puntos en común con *ABC*. No obstante, *La Vanguardia* dedicó a las noticias de sociedad una atención continua. Éstas tenían un carácter local lógico y en ellas los protagonistas pertenecían en su mayor parte a una sociedad que era *de Barcelona*. Sin embargo, Madrid estaba también presente en *La Vanguardia*. Lo estaba en sus páginas políticas y también lo estaba en aquellas que hablaban de sociedad. En este caso se referían con frecuencia a actos en los cuales había tomado parte el Rey. El periódico contaba con un cronista que publicaba los artículos bajo el pseudónimo de Boy. Aunque cambió unos años más tarde, en 1914 era el encargado de estas noticias. La atención de *La Vanguardia* por la sociedad siguió un patrón parecido al de periódicos con una tradición diferente. En definitiva, las crónicas de sociedad no se limitaban a una prensa algo desfasada en sus planteamientos. Tampoco aparecían exclusivamente en publicaciones de un determinado espectro político: se leían en periódicos liberales y conservadores. En cambio en algunos en los que la sociedad descrita se podía ver más reflejada tenían un papel menor, como ocurría con el *ABC*. Los cambios que estaba experimentando la prensa no se habían llevado por delante estos artículos³⁶.

³⁶ Seoane y Sáiz plantean como en esos comienzos de siglo XX se produjo un cambio en la prensa desde una postura “evangelizadora” a la aparición de periódicos de empresa. En esta misma línea, Desvois habló de forma insistente del fracaso de las empresas periodísticas que no tenían un capital detrás, es decir, que no eran propiamente empresas. Las crónicas de sociedad no se vieron influidas por esos

Una de las consecuencias implícitas en las crónicas fue el relieve adquirido por el cronista. Casi todos los periódicos tenían el suyo y, aunque podía no estar en la nómina, era una pieza importante en la redacción. La utilización de un pseudónimo se explicaría por la tradición extendida en este gremio³⁷. También le daba un aire romántico difícil de pasar por alto. En cierto sentido, sus raíces se encontraban en una época anterior. Al menos esto era evidente en el caso de Monte Cristo y no se debía exclusivamente a un problema de edad. Monte se había iniciado en la crónica de sociedad en los primeros años de la Restauración. También era el caso de Mascarilla. A veces, esta circunstancia se traducía en que sus crónicas incluían referencias al tiempo pasado que habían vivido como cronistas. Ya a comienzos de siglo esto motivó a Monte a resaltar una serie de cambios que estaba observando en la vida de sociedad. Desde su punto de vista, en los salones de la aristocracia estaba empezando a aparecer gente que no respondía a un perfil nobiliario: “entonces eran los timbres aristocráticos las únicas llaves con que se abrían las puertas de los palacios ducales; hoy entran por derecho propio en los salones más notables los literatos, los artistas, los políticos”³⁸. Pese a este anuncio tan temprano, Monte no cambió ni su forma de hacer las crónicas ni la de entender la vida de sociedad (lo cual estaba muy unido). Sin embargo, en 1914 este tipo de comparaciones no abundaron, se daban las noticias en su contexto sin una especial referencia al tiempo vivido. La experiencia se volcaba en la construcción de una crónica que importaba para quien lo leía en el presente. No obstante, los años dedicados eran una referencia que aparecía en ocasiones como modelo.

Leon Boyd en el *Heraldo* y Mascarilla en *La Época* respondieron a un perfil similar al de Monte Cristo, tanto por su edad como por su amplia carrera como cronistas de sociedad. También tenían en común una de las características que definían al cronista: su participación en los actos que luego relataban. Obviamente esto no ocurría

cambios durante esta década. SEOANE, María Cruz y SÁIZ, María Dolores, *Historia del periodismo en España. III: el siglo XX: 1898-1936*, Madrid, 1996, pp. 23-5. DESVOIS, Jean Michel, *La prensa en España (1900-1931)*, Madrid, 1977, p. 15.

³⁷ Antes se ha citado a José Gutiérrez Abascal, Kasabal. También tuvo un importante papel Asmodeo, pseudónimo de Ramón Fernández de Navarrete, a quien muchos consideraron el inventor del género a mediados de siglo XIX.

³⁸ “Sólo con recordar los nombres que han figurado sucesivamente en las crónicas mundanas, advierte el menos ducho que una evolución rápida se ha ido verificando en los componentes de esa sociedad tan maltratada por los que no la conocen. Desde los salones de la condesa-duquesa de Benavente y de la anterior duquesa de Alba, que daban el tono en los albores del siglo XIX hasta los que hoy figuran entre los más brillantes, media un abismo. Entonces eran los timbres aristocráticos las únicas llaves con que se abrían las puertas de los palacios ducales; hoy entran por derecho propio en los salones más notables los literatos, los artistas, los políticos. El talento, en una palabra, es hoy en los salones, como en todo, la llave mágica que abre todas las puertas”, *El Imparcial*, 1-I-1901.

con todas las noticias de sociedad pero sí era en esos lugares donde recibían la información que luego publicaban. La crónica de sociedad dependía en gran medida de la relación. No sólo en cuanto a la información que se podía transmitir. Las relaciones abrían determinados círculos en los que era necesario estar presente. Por otra parte, también definían los protagonistas de las crónicas que iban a aparecer. Monte tuvo una cercanía especial con personajes como la marquesa de Squilache o la duquesa de Medinaceli. La duquesa de Parcent fue otra de esas amistades frecuentada por los cronistas que tuvo como consecuencia un peso claro en los artículos de sociedad³⁹. Esta relación entre los cronistas y los protagonistas de la vida que relataban tuvo una importancia evidente en los dos sentidos. La participación del cronista en esos actos, su mismo trabajo, conducía a la descripción de unos actos concretos y a la selección inevitable de unos protagonistas. Para Villacorta, los artículos de estos cronistas de una forma velada –y no tan velada- transmitían una “cuidadosa discriminación de jerarquías y estereotipos sociales”⁴⁰.

Los acontecimientos que aparecen en las crónicas definieron un patrón determinado. No se podía hablar de cualquier cosa en una crónica de sociedad. Monte empezó 1914 hablando de una ceremonia en Palacio. León Boyd hizo la crónica de varias fiestas en esas fechas. Una boda, como fue la de la hija del conde de Torre Arias con un hijo del conde de Romanones en marzo, era otro acontecimiento destacado para un cronista. La muerte de ciertos personajes o una determinada sesión en un teatro también eran motivo para una noticia de sociedad. En este sentido, había actos que eran noticia y otras noticias que lo eran por las personas que los protagonizaban. Las enfermedades y los viajes fueron un ejemplo nítido en este sentido. Que los marqueses de la Mina viajaran a la finca la Flamenca para estar con su madre, la duquesa de Fernán

³⁹ Estas relaciones eran la llave inicial para poder participar de las actividades de esos protagonistas con mayor cercanía. En el caso de Monte fue claro. Vid. RODRÍGUEZ ALCALDE, Leopoldo, *E. Rodríguez R. de la Escalera*, Santander, 1956, p. XXXVII. Mascarilla editó un libro homenaje en honor de la duquesa de Parcent. Vid. YTURBE, Piedad, *Érase una vez... Bocetos de mi juventud*, Madrid, 1954.

⁴⁰ Hablando de los cronistas, decía: “su discurso, en efecto, está construido a partir de una sintaxis elemental tras la que se vela una cuidadosa discriminación de jerarquías y estereotipos sociales. Un discurso jerarquizado de la presencia y de la calificación ingeniosa y elegante: un nombre al lado de la calificación de un escenario y de una *toilette* de moda, de una cualidad física o de una propiedad del ingenio; una sumaria sintaxis para el extraordinario efecto de ordenar o ratificar jerárquicamente las piezas del mundo aparential creado y para restituirlo permanentemente su actualidad, como fenómeno de opinión pública en el marco de la representación social”. VILLACORTA, Francisco, “La vida social y sus espacios” en *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XXXIII, Madrid, 1997, p. 667.

Núñez, fue noticia en *El Imparcial*⁴¹. Nuevamente aparecía la doble dirección en la que se influían los cronistas y acontecimientos.

Otro aspecto principal en los artículos de sociedad era la enumeración de los asistentes. Aquellos actos más señalados – a los que se dedicaba una crónica extensa- solían llevar incorporados una detenida relación de las personas que habían acudido. Por otra parte, se podía asistir a uno de estos actos y luego no aparecer en las crónicas. El cronista decidía. Dos características eran frecuentes en estas enumeraciones: la importancia de la presencia femenina y la jerarquización partiendo de la condición nobiliaria. En la fiesta que Monte describió a finales de febrero en su crónica comenzaba su enumeración de los asistentes refiriéndose a las duquesas de Santo Mauro, Híjar, Luna, Lécera, viuda de Sotomayor, Valencia y Vistahermosa⁴². También se hablaba de otras asistentes que no tenían ningún título –aunque la relación seguía con las marquesas y luego las condesas- y, por supuesto, se hablaba de algunos hombres que acudieron. Estas enumeraciones estaban muy extendidas en todas las crónicas y concedían un puesto singular a la nobleza y, especialmente, a los Grandes. Al mismo tiempo, aportan una visión de los actos de sociedad en la que se daba una mezcla entre la nobleza y familias que no formaban parte de ella. La coincidencia podía darse pero era relatada desde un punto de vista jerárquico en que la categoría nobiliaria seguía sirviendo como elemento que marcaba la diferencia. Una distinción que aparecía en aquellos acontecimientos en los que tomaban parte nobles y no nobles al citarles por orden, pero también al elegir a esas familias de la nobleza –con una destacada preferencia por algunas con Grandeza- sobre las que comentar algún sucedido.

Es fácil recordar en este punto las quejas de Suárez de Tangil y Fernández de Bethencourt sobre la “entrega a los placeres”. En 1914 la prensa periódica no hacía especial referencia a las actividades de las que más se quejaban aquellos dos autores. En esas crónicas no había mucho polo ni mucho tiro al pichón. Tampoco aparecían Deauville ni Montecarlo. Sin embargo, sí que se podía conectar el ambiente de esas crónicas con la queja generalizada hacia la falta de actividad de la nobleza en los campos en los que ellos suspiraban porque volviera a aparecer. Quizá Monte no era el periodista adecuado para escribir sobre otras actividades que llevaran a cabo algunos de los miembros de la Grandeza sobre los que sí apuntaba sus viajes o fiestas. Sin

⁴¹ *El Imparcial*, 23-XI-1914. Ese día Monte también habló de unas carreras de caballos.

⁴² *El Imparcial*, 24-II-1914.

embargo, fue evidente que el lugar que ocupaban con más frecuencia –realmente de una forma predominante- fueron las crónicas de sociedad y era difícil encontrarlos en otro espacio del periódico.

Sin embargo, una publicación como *Gran Mundo* sí hablaba de actividades y lugares de los que directamente aborrecían Suárez de Tangil y Fernández de Bethencourt. No obstante, esta revista duró solamente seis meses. En septiembre ya no se publicó. En ella, mucho más que en otras revistas de publicación semanal o quincenal –*Gran Mundo* salió cada mes-, la nobleza tuvo ese papel preeminente pero asociado a actividades más modernas como podían ser los deportes. Eso sí, esos artículos convivieron con otros más típicos de la crónica de sociedad. En las revistas gráficas que estaban publicándose con bastante éxito, la nobleza no tenía un espacio tan claro como en las crónicas de sociedad de la prensa diaria. *La Esfera*, *Mundo Gráfico*, *Nuevo Mundo* o *Blanco y Negro* no prestaron excesiva atención a la nobleza en esos momentos. Quizá la sociedad editorial de *Nuevo Mundo* quiso cubrir ese espacio publicando *Gran Mundo* pero el proyecto, por los motivos que fueran fracasó. Las críticas, entonces, planteaban un escenario que no se recogía del todo en la prensa. O bien, cuando apareció (como ocurrió con *Gran Mundo*), no tuvo continuidad. El contenido de las críticas no era exactamente el mismo que se podía encontrar en la prensa, pero el reflejo de una nobleza ociosa coincidía plenamente.

A finales de 1914 se publicó una obra singular. Leon Boyd, el cronista de sociedad de *El Heraldo de Madrid*, reunió distintas crónicas que había ido publicando en su periódico ofreciéndolas en orden cronológico como una especie de resumen del año. Monte destacó la publicación del libro y sentenció que “todos los acontecimientos mundanos ocurridos en 1913-1914 figuran reseñados en el libro”⁴³. Boyd comenzaba su obra con un prólogo muy sugerente. En él resumía su visión de las crónicas de sociedad:

"La sección *De sociedad* es siempre leída con interés por todos los públicos de todos los periódicos; la petición de mano, la noticia de que la marquesa de... ha dado a luz un robusto niño, el que los duques de ... pasarán parte del verano en su posesión de tal sitio, y, sobre todo, "la fiesta de anoche" en tal palacio, en tal casa o en tal Embajada o Legación, son cosas que se leen y que se comentan, no sólo por los que a tales actos

⁴³ *El Imparcial*, 23-XI-1914.

asistieron, sino por mucha de esa gente que sin frecuentar salones ni círculos, le es grato enterarse de lo que pasa por ese mundo, al que suele llamarse *grande*"⁴⁴.

Por una parte, defendía su puesto afirmando el interés general de las noticias que redactaba desde hacía unos cuantos años. Al margen de lo interesado de su justificación, resaltó dos puntos que ya se perfilaban en las crónicas de los periódicos: en primer lugar, que la crónica era algo extendido y que llegaba a un público amplio, lo cual se podía intuir en su aparición en prensa de variada orientación ideológica. Después, resaltaba en esas breves líneas el papel destacado que jugaba la nobleza. De una forma muy significativa, Boyd quiso reducir su recopilación a las fiestas. Si bien esto excluía otros eventos típicos recogidos en las crónicas de sociedad, lo evidente fue que dejaba fuera los actos de un tono más “moderno”.

Las fiestas relatadas casi siempre fueron bodas. También aparecieron con cierta frecuencia reuniones de un tipo u otro en embajadas y legaciones diplomáticas. Aunque tuvieran un perfil diferente, también se hizo mención de algunos banquetes en honor de intelectuales como el escritor francés Paul Hervieu. Eso sí, éste tuvo lugar en la casa de la marquesa viuda de Hoyos. En *Fiestas aristocráticas* no hubo una separación radical entre la nobleza y los que no tenían título, como tampoco la hubo en las crónicas de sociedad de la prensa. Éstos asomaban como padrinos de una boda o como organizadores de una fiesta⁴⁵. Sin embargo, la realidad era que la nobleza tenía un papel muchísimo más destacado como protagonista de los diferentes eventos. Dentro de la nobleza, la Grandeza ocupaba ese puesto preponderante que desempeñaba en las crónicas de sociedad.

Al recopilar este tipo de artículos de todo un año, el libro de Boyd también dejaba entrever que, además de ocupar un puesto privilegiado, los actos más resonantes fueron los protagonizados por Grandes. En concreto, destacó la boda de un hijo del conde de Romanones con una hija del conde de Torre Arias. Ambos títulos pertenecían a la Grandeza pero desde hacía poco tiempo. Este hecho no contaba para muchas de las crónicas. Además, como asistentes o padrinos se mencionaba a otros títulos como Montellano, Santo Mauro, Híjar, Torrecilla o Mina, que tenían en algún caso mucha

⁴⁴ CASAL, Enrique, *Fiestas Aristocráticas*, Madrid, 1914, p. VII-VIII.

⁴⁵ El señor Rodríguez Rey fue padrino en la boda de Inés Díez de Rivera, hija del conde de Almodóvar, y el duque de Alburquerque (crónica del 30 de junio). También se reseñaron dos fiestas que tuvieron lugar en el palacio Florido, propiedad de José Lázaro Galdeano (una a principio de año y la otra el 29 de mayo).

tradición⁴⁶. Otro de los acontecimientos destacados ampliamente fue la fiesta que los marqueses de la Mina organizaron en honor de los Reyes. Tuvo lugar el 4 de junio y a ella acudieron varios miembros de la Grandeza de los que se incluía la conveniente relación: duques de Tamames, Santoña, Osuna, San Pedro, Tetuán, Luna, Sotomayor, Vega, Frías y Tovar, Señor de Rubianes, marqueses de Narros y San Vicente. Estos Grandes eran muy diferentes entre sí, por su origen y también por su situación en esos momentos. No obstante, de la mano de Boyd eran un referente en esos actos de sociedad. Desde su punto de vista, “desde la boda de los Reyes no se había visto fiesta igual”, “fue fiesta digna de quien la ofrecía y a quienes la brindaba. Fue sucesora brillantísima de las celebradas en el gran palacio de Cervellón”⁴⁷.

Leon Boyd tuvo cierto éxito en su trabajo y lo continuó durante unos años. Aunque el desarrollo posterior fue de gran interés, la publicación de *Fiestas Aristocráticas* planteó su posible desubicación en un periódico como *El Heraldo de Madrid*. Aunque Boyd siguió escribiendo sus crónicas durante unos años, en el prólogo al libro manifestó que su intención era ofrecer las crónicas que a veces le eran mutiladas o se veían desplazadas por la crónica de sucesos o el comentario sobre los toros⁴⁸. Los temores de Boyd no se cumplieron a corto plazo pero, sin duda, manifestaban que buscaba otros espacios donde desarrollar su trabajo. La publicación anual fue su primera apuesta y no la última. Al margen de esto, en *Fiestas Aristocráticas* se confirmaba el modelo de crónica de sociedad en el que la nobleza jugaba un papel preponderante y la Grandeza su elemento más destacado.

Ya se ha hablado del libro que Juan Barriobero y Armas publicó en 1915, en gran medida, contestando a la obra de Suárez de Tangil y al discurso de Fernández de Bethencourt⁴⁹. Como se ha visto, el contenido del libro fue una respuesta a las críticas que ellos habían dirigido a la nobleza, mucho más que una defensa de las posturas sobre ennoblecimientos que mantenían los Grandes en su Diputación –aunque también tuviera

⁴⁶ El espacio dedicado a la crónica de esta boda fue de los más amplios de todo el libro, CASAL, Enrique, *Fiestas...*, Madrid, 1914, p. 81-8.

⁴⁷ CASAL, Enrique, *Fiestas...*, Madrid, 1914, p. 281-286. La referencia a las fiestas celebradas en dicho palacio surgía como elemento de comparación y recordaba la amplia carrera del cronista.

⁴⁸ CASAL, Enrique, *Fiestas...*, Madrid, 1914, p. III.

⁴⁹ De hecho, Barriobero cita a ambos en su trabajo. Vid. BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia. Notas y observaciones relativas a su significación*, Madrid, 1915, p. 16 y 133. En principio, su desacuerdo no tuvo mayor trascendencia. Sin embargo, podía existir cierta distancia entre ellos. Meses atrás habían tenido una polémica recogida por la *Revista de Historia y Genealogía Española* acerca del origen de las grandezas de España. En ésta, Fernández de Bethencourt discrepaba con lo que él llamaba “la juventud”. Vid. *Revista de Historia y Genealogía Española*, 15-VI-1914 y 15-VII-1914.

algo de esto-. Enseguida se pasó a hablar del concepto de nobleza, de la necesaria participación de ésta en las actividades principales que debía desempeñar por su condición y de lo erróneo que sería no hacerlo. Sin embargo, aquí el punto de vista cambiaba. Barriobero hablaba de estos problemas pero, en general, manifestaba que la nobleza los estaba afrontando. Además, cuando se refería a esas dificultades lo hacía sin admitir que la nobleza estuviera realmente en el error, sonaba más bien a un aviso: "faltaría a su deber moral indeclinable la aristocracia de hoy, si permaneciera en el aislamiento y pronto sería víctima de sí misma", "triste espectáculo el de unos nobles ricos en haciendas que no recaben para sí las representaciones populares de sus terratenientes", "más triste todavía que no ocupen los primeros puestos en las empresas nacionales y antes bien parezca que se dejan llevar de ideas partidistas, fáciles afiliados de cualquier político mediocre"⁵⁰.

Los dos últimos capítulos del libro eran una apuesta fuerte por los nobles. El penúltimo, titulado "La aristocracia española de los siglos XVI a XVIII y la de nuestros tiempos", comenzaba citando el discurso de Bethencourt. Lógicamente, no lo hacía para alabarlo. Su punto de vista era completamente diferente y se justificaba en que no se podía juzgar una época sólo por sus "genios". Para él, "el espectáculo que viene ofreciendo nuestra aristocracia en la edad contemporánea, en nada desmerece y acaso y sin acaso mejora el de otros días"⁵¹. A continuación Barriobero hacía poco más o menos lo contrario que los otros dos especialistas. Si ellos habían ido diseccionando los distintos campos en los que la nobleza había renunciado a sus obligaciones, él resaltaba lo comprometida que se encontraba:

"representantes de la aristocracia figuran en el Senado, en Congreso, en el Consejo de Estado, en el Cuerpo diplomático, en los Ministerios, en el Consejo del Banco de España, entre los Administradores del Banco Hipotecario y de las más importantes sociedades industriales, y no hay ningún aspecto de la vida nacional en el que no ocupen un puesto de honor o de trabajo, siquiera falte entre ellos lazo corporativo"⁵².

Un poco más adelante, sugería que se preguntara a los especialistas en esas actividades, especialmente a los dedicados a la empresa. Él prefería no citarlos para que no se entendiera su argumento como algo dirigido a darles publicidad. Resaltaba que también

⁵⁰ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, Madrid, 1915, pp. 72-4.

⁵¹ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, Madrid, 1915, p. 143.

⁵² BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, Madrid, 1915, p. 145.

desde el punto de vista académico la nobleza cuidaba su formación por encima de la media y señalaba que el duque de Tarifa era ingeniero de Montes y el marqués de Aguilar, ingeniero industrial. Barriobero sentenciaba:

"basta con lo apuntado para rechazar la injusticia con la que se ha tratado a los que sucediendo a sus mayores aceptaron sin protesta la pérdida de sus privilegios y lejos de quejarse han contribuido a cuanto pudiera significar beneficio de los demás y prosperidad del país en que nacieron"⁵³.

En el último de los capítulos –“Pasado y Porvenir”–, su intención era menos concreta y contestataria. Resultaba una especie de proclama para animar a los nobles en su misión. “Hacer un llamamiento en este orden a los nobles españoles, parte integrante de la aristocracia, fue el objetivo que nos propusimos al redactar estas observaciones”, siendo ese “orden” lanzarse a nuevos e inmortales blasones de gloria y grandeza⁵⁴. En definitiva, su lugar se encontraba muy alejado de las posturas defendidas por Suárez de Tangil o Bethencourt. Sin embargo, los tres coincidían en reservar a la nobleza un lugar destacado en la España de ese siglo XX. Quizá Barriobero iba un poco más allá pues decía “nunca como ahora sentiríamos que los Grandes, como los antiguos consejeros de nuestros Reyes, no hablaran como ellos hablaron inspirándose en el deseo de acrecentar el Reino”, si bien ese acrecentamiento se entendiera en la línea del progreso general del país y no de una expansión territorial⁵⁵.

Quizá el gran ausente del libro de Barriobero fue la vida de sociedad. En los anteriores análisis, tuvo un peso importante en el carácter negativo que adquirieron sus juicios sobre la nobleza. Sin embargo, ahora no aparecía más que muy puntualmente o, si se la descubría, entre líneas. Desde su perspectiva, convenía no confundir la nobleza histórica "con aquella que a veces dan cuenta las crónicas de salones"⁵⁶. Daba la impresión de que él estaba hablando de otra cosa, vida de sociedad y nobleza no tenían relación directa. Unas páginas más adelante, Barriobero señalaba los peligros de esa vida de sociedad, criticando la resonancia que se daba a “lo vicioso, las pasiones”... contraponiéndolo al honor. En este sentido, hacía un llamamiento a los Grandes pidiéndoles que restablecieran el "imperio de la sinceridad", "sustituyendo el

⁵³ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, Madrid, 1915, p. 154.

⁵⁴ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, Madrid, 1915, p. 163.

⁵⁵ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, Madrid, 1915, p. 172. En ningún momento se introdujo en su análisis una perspectiva de tono expansionista ni hubo connotaciones africanistas en su estudio de la nobleza.

⁵⁶ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, Madrid, 1915, p. 95.

convencionalismo del halago"⁵⁷. Sin embargo, no se encontraba por ninguna parte el peso que tuvieron el polo o los largos viajes como imagen para criticar el equivocado proceder de la nobleza. En un momento dado, Barriobero citaba a uno de los principales cronistas de sociedad, Monte Cristo. No obstante el contexto era muy diferente, pues estaba justificando la inexistencia de tertulias literarias por falta de tiempo, acudiendo a Monte para comentar que, de todas formas, él tenía alguna crónica sobre reuniones culturales de la nobleza.

Barriobero no andaba tan lejos en sus conclusiones de las que habían defendido los otros dos autores. Su postura favorable a la nobleza y su confianza en sus posibilidades de cara al resto de la sociedad era algo común a los tres. Obviamente, el punto de partida era distinto y, en el caso de Barriobero, su argumentación se construía dejando completamente a un lado la existencia de esa vida de sociedad. Si Suárez de Tangil la asociaba de una forma directa con la apatía de la que acusaba a parte de la nobleza, para Barriobero se trataba de una distracción que no tenía mucho que ver con los nobles. Sin embargo, la prensa y los cronistas hablaban de otra cosa. En este sentido, que Barriobero ignorara la vida de sociedad como un elemento importante en su análisis –fuera positivas o negativas sus conclusiones- plantea algo diferente. Si había gente que confundía la nobleza con “galas de armería”, lo que él consideraba nobleza podía gozar de esas galas sin confusión. Si había gente que se dejaba llevar por la vanidad, no era el caso de los nobles que no buscaban el “convencionalismo del halago”. Una vez reconocida y asumida la esencia, se podía actuar sin miedo a caer en esas vanidades. En definitiva, no era lo mismo la actividad social que desplegaban unos –nobles- y otros –que estaban confundidos- aunque fueran exactamente las mismas las fiestas a las que se acudiera o las cacerías en las que se participara. La vida social era un espacio de distinción no sólo por lo que se hacía, sino ante todo por quién participaba. Aunque parezca contradictorio, al ignorar el peso de la vida de sociedad en su libro, Barriobero estaba reconociendo la gran importancia que tenían esas actividades como elemento de distinción. De una distinción que no se buscaba, que era natural y por eso aún más fuerte.

Por otra parte, Barriobero no supo interpretar uno de los pilares clave en que se apoyaba la nobleza y, en especial, la Grandeza. En un momento dado, atacó a los críticos con el papel actual de la Grandeza. En especial, quería rebatir la idea de que su

⁵⁷ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, Madrid, 1915, p. 124 y 127.

papel en la sociedad se basaba en una situación privilegiada procedente del pasado exclusivamente. Su argumento se centraba en subrayar que el origen de las Grandezas no era tan antiguo:

"de los 325 títulos con Grandeza que existen aproximadamente, habría que descontar las 105 Grandezas posteriores a 1800 y a admitir que por lo menos no desmerecieron de sus antepasados aquellos 47 poseedores de títulos que desde ese año unieron al título que ostentaban la Grandeza. Habrá que prescindir también de las hembras poseedoras de aquellas distinciones que suman una tercera parte y reducida la cantidad a la esigua (sic) cifra de 75 Grandes de España no hay lógica que autorice para adjetivar comparando los actos de una centena sin privilegios respecto a los restantes ciudadanos, con lo que estos que pasan de varios millones realicen"⁵⁸.

El pasado era un lastre en una época en la que el mérito se encontraba muy difundido como medida de la capacidad para afrontar los problemas de la sociedad. Aunque no le faltaba algo de razón, los argumentos que había ofrecido a lo largo de su obra parecían ir en otra dirección. La Historia era la esencia y, en gran medida, lo que empujaba en sus responsabilidades a la nobleza. Así lo entendían también Fernández de Bethencourt y Suárez de Tangil. De hecho, ese pasado no era ningún fardo o, al menos, no tenía por qué serlo según demostraban algunos de los ejemplos que sugería en su texto, sin citar expresamente más que un par de casos. Sin embargo, una vez más, Barriobero apuntaba una de las conjeturas más difíciles de resolver: ¿podía algo antiguo funcionar en el presente, en un hoy que rechazaba muchas veces una simple justificación en el pasado? Por un lado, toda la obra de este autor –también la de los otros dos– era una respuesta positiva a la pregunta, en el sentido de que se podían compatibilizar en la actividad, en la asunción de unos deberes y obligaciones. Sin embargo plantear que, al fin y al cabo, el origen de esos Grandes no era tan antiguo –como decía Barriobero– o que la apatía era grande –según manifestaban Fernández de Bethencourt y Suárez de Tangil– suponía una duda que, podía ser razonable, pero restaba credibilidad a su inquebrantable adhesión.

Sociedad: ingredientes y referencias.

Durante varios años no se produjeron cambios de importancia en las crónicas de sociedad que ofrecía la prensa diaria. El final de la década marcará un importante giro

⁵⁸ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia...*, Madrid, 1915, p. 145.

en este ámbito. Sin embargo, distintas publicaciones incidieron de una u otra manera en el papel que la nobleza tenía en la España de esos momentos y, una vez más, muy especialmente en el que jugaba la Grandeza. Enrique Casal, el Leon Boyd de *El Heraldo de Madrid*, fue de nuevo el redactor de una de esas publicaciones. En 1916 editó una continuación de su trabajo del 14. Sin embargo, ahora el título era diferente. Ya no se trataba de “fiestas”, lo que veía la luz era el *Año Aristocrático*.

Boyd recogió en ese libro dos años de la vida de sociedad. Sin ninguna explicación, su trabajo comprendía un período más amplio que la publicación precedente, desde finales de 1914 al verano del 16. La falta de éxito o de tiempo pudo explicar la inexistencia de un volumen aparte para el año 1915. Por otra parte, lo que se ofrecía en ese momento era un poco más que la continuación de la iniciativa que había tenido dos años antes. El cambio de título era importante. El motivo estaba claro, no se trataba ahora sólo de las fiestas –aunque en el libro anterior de vez en cuando se hubiera abierto la mano-. Su objeto era tratar, en general, de los actos de sociedad:

"Aquí están de unas y otras (fiestas), los ecos más salientes; de todas sería imposible; y si sigues leyendo y vas pasando páginas, irás recordando por el orden cronológico de meses y de días, todos los sucesos a los cuales seguramente has asistido tú: la boda, la recepción, el baile, el bridge..., el duelo; sin olvidarnos de las noches del Real y los miércoles de la Princesa y las tardes espléndidas de las Carreras de Caballos y de alguna que otra nota de arte que haya tenido eco brillante en la temporada que se comprende en este tomo"⁵⁹.

Había una intención clara, entonces, de no reducir a lo festivo su recopilación de las crónicas. Esto tenía su lógica ya que la noticia de sociedad en la prensa no era sólo la fiesta. Al mismo tiempo, introdujo un abanico mayor de actividades en las cuales la nobleza, y un poco más la Grandeza, seguía desempeñando su papel de referente. Lo era en su aparición recurrente que seguía destacándose, por ejemplo, al seguir una descripción jerarquizada de los asistentes. De nuevo lo era un poco más la Grandeza en *El Año aristocrático*, pues no solamente era protagonista de la fiesta. También seguía siéndolo en otras actividades en las que ocupaba un puesto preferente: si se hablaba de la onomástica de las Pilares, había una mención a la hija del marqués de San Vicente; si el santo era de las Inmaculadas, la hija del marqués de Villahermosa, otra del conde de

⁵⁹ CASAL, Enrique, *El Año Aristocrático*, Madrid, 1916.

Romanones y la hija de Dato tenían su espacio reservado⁶⁰. Existía una presencia de personas sin título importante, pero la condición de referente seguía estando en manos de la nobleza.

Las bodas siguieron teniendo mucho peso, pero ahora aparecieron sesiones en distintos teatros (el Real, la Princesa), algún banquete, incluso un partido de golf en el Club Puerta de Hierro. En el prólogo, Casal hablaba de que la Guerra había reducido las fiestas. Sin embargo, el número de bodas de las que se hablaba era bastante elevado y, de alguna forma, éstas ocupaban el espacio que podía haber quedado vacío: la lectura de *El Año aristocrático* no daba la sensación de que hubieran desaparecido las fiestas. Sin embargo, no se podía concluir algo a este respecto más que, como mínimo, las fiestas en las casas de los Grandes seguían teniendo lugar. Al fin y al cabo, el libro se cerraba con la crónica sobre dos fiestas, una en el palacio de los duques de Montellano y otra, organizada por los duques de Medinaceli, que consideraba “la última fiesta”, una especie de cierre del año de sociedad⁶¹.

Sin embargo, lo más singular del nuevo libro eran los difuntos. Ya se hablaba al principio de que en el cambio de título había influido la intención de incluir los duelos. En su desarrollo, la muerte fue una constante. Se recogían con mucha frecuencia y, casi siempre, más que una noticia se convertían en un resumen de la vida de los fallecidos. Dos años daban para mucho pero, de todas formas, las necrológicas ocupaban un espacio llamativo. Una vez más, sin ser algo exclusivo, la referencia a los nobles era frecuente. La primera a la que se hacía mención era la muerte de la marquesa de la Habana. A la que más espacio se dedicó probablemente fue a la muerte de la condesa de Bornos. La marquesa de Squilache, la marquesa de San Felices de Aragón, el marqués de Aguilar de Inestrillas, el marqués de la Romana, la duquesa de Bailén, el duque de Medina Sidonia fueron algunos de los personajes de los que se recogió la noticia de su defunción. Si en las crónicas que hablaban de su vida la nobleza se convertía en referencia, no ocurrió algo diferente cuando se trataba de su muerte. Se creaba una nueva necrológica, la necrológica “de sociedad”. Ésta tenía un valor añadido, pues en

⁶⁰ CASAL, Enrique, *El Año...*, Madrid, 1916, p. 42.

⁶¹ CASAL, Enrique, *El Año...*, Madrid, 1916, p. 465. Boyd presentaba su recopilación de artículos siguiendo lo que el denominaba como “temporada” que no coincidía con el año natural. Más o menos, la temporada comenzaba en noviembre, cuando todas las familias regresaban del verano. El cierre de la temporada lo definía de nuevo el verano, esta vez al marcharse la gente de Madrid. La simple definición de temporada ya tenía un contenido muy interesante, quizá no exclusivo nuevamente, pero sí muy influido por la nobleza.

ella se planteaban algunos de los elementos que explicaban la condición privilegiada del difunto.

En el caso de la condesa de Bornos se insistió en dos aspectos muy especiales. Por un lado, la condesa se presentaba como un personaje singular. Según se decía, se había dedicado a dirigir la administración de sus tierras personalmente desde una de sus fincas de Toledo. En este sentido, no sólo no había absentismo, además era una mujer la que se dedicaba a esta actividad. Por otra parte, se señalaba una y otra vez su dedicación a la beneficencia y su carácter muy cercano a las necesidades de sus arrendatarios. Otros aspectos mencionados fueron su proximidad al bando carlista durante la guerra, su soltería o ciertas estimaciones sobre su riqueza⁶². El autor tenía claro que estaba hablando de un caso bastante singular. Sin embargo, era parte de esa nobleza que resultaba destacada y, en su excepcionalidad, reflejaba la variedad dentro de la nobleza (variedad siempre con una connotación positiva). La condesa era Grande de España⁶³.

Otra de las muertes a las que se dedicó una gran atención fue a la de la marquesa de Squilache. Si con la condesa de Bornos se había añadido la dimensión económica como algo clave, al hablar de la Squilache la vida de sociedad ocupaba un puesto de primer orden. Casal la calificaba como "la mantenedora más firme de la vida de sociedad"⁶⁴. En su crónica también resaltaba un dato importante. La marquesa recibió la Grandeza con carácter vitalicio en 1910 y pasó a ser hereditaria en 1912. A pesar de su condición de recién llegada se le dedicaba una atención similar a la de aquellos Grandes que se convertían en referencias. Su presencia evidenciaba que la frontera no era tan difícil de traspasar a esas alturas, al menos para convertirse en referente en una obra como la de Enrique Casal. Eso sí, como dejaba entrever en la necrológica, era necesaria mucha vida de sociedad, algo de beneficencia y mucho tiempo.

Las muertes que Casal introdujo en sus crónicas tienen una segunda lectura. Quizá se podían entender como un cambio en la vida de sociedad: la fiesta se sustituye

⁶² "La fortuna territorial de la condesa de Bornos era de las mayores de España. Poseía fincas en las provincias de Burgos, Valladolid, Zamora, Santander, Granada, Jaén, Logroño, Córdoba, Badajoz y Toledo. Su ganadería era también de las más importantes, pues no tendría menos de 20.000 cabezas. Al cuidado de todos estos bienes había 19 administradores. Como ella se cuidaba de todos los asuntos de la casa y se entendía con todos los administradores, así como con el administrador general y con el secretario, su despacho era como el de un ministro", CASAL, Enrique, *El Año...*, Madrid, 1916, p. 128.

⁶³ Su muerte produjo un importante conflicto acerca de su herencia que llegó a la prensa y, por supuesto, a los juzgados. De esto, Casal no menciona nada. Un resumen del pleito en SNAHN, fondo Bornos, c. 361, d. 1.

⁶⁴ CASAL, Enrique, *El Año...*, Madrid, 1916. Se recogía crónica de su enfermedad y de su muerte con fecha 9 de mayo.

por el duelo, pues no se puede hablar de más. Sin embargo, las fiestas de las que habló en 1914 seguían existiendo y se seguía haciendo alusión a ellas. Por otra parte, los protagonistas eran los mismos: la condición de referente continuaba en manos de la Grandeza, como cúspide de la nobleza. No obstante, la galería de difuntos le daba un tono que no era solamente más solemne. La ejemplaridad implícita que se sugería en esas necrológicas ampliaba el registro que hasta entonces se encontraba en las crónicas más comunes. La beneficencia era algo a lo que se hacía referencia en ocasiones pero no con tanta fuerza como en el caso de Bornos. Quizá sin pretenderlo, Casal seguía la línea de aquellos –Fernández de Bethencourt, Suárez de Tangil o Barriobero– que confiaban en la nobleza como vanguardia de la sociedad en muchas actividades. Si esto valía para la beneficencia, más aún en su dedicación a la agricultura. No obstante, aunque parezca obvio, se estaba hablando de su muerte. Se trataba de un ejemplo muy edificante, pero que ya no existía. En el caso de Squilache tenía una implicación aún más directa para Casal. Como él apuntaba, se trataba de una gran organizadora de actos y fiestas que luego recogía en sus propias crónicas⁶⁵. De nuevo, el ejemplo era útil pero ya no existía. En estas necrológicas, Leon Boyd no introdujo reflexiones sobre un tiempo que se marchaba a la vez que sus protagonistas. Ni lo sugirió ni debía tenerlo en mente cuando seguía recogiendo las distintas bodas y reuniones de la nobleza. No obstante era inevitable que estos fallecimientos tuvieran el efecto secundario de manifestar lo pasajero en un grupo social que continuaba siendo referente pero que perdía a algunos miembros muy destacados (sin dejar claro si alguien les sustituía).

El año siguiente volvería a aparecer otro número de *El Año aristocrático*. Sin embargo, en ese año también se publicaron algunas obras de gran importancia para entender el papel de referente que jugaba la nobleza en España. Son los años en los que se está produciendo aquel importante flujo de ennoblecimientos, no se debe olvidar. En 1917 se publicaron dos guías que reservaban a la Grandeza un puesto principal en la visión que ofrecían de la sociedad del momento. En España se publicaba cada año la *Guía Oficial*. Su publicación dependía del ministerio de Gobernación y tenía un reconocimiento muy amplio⁶⁶. En ella se hacía relación de todos los cargos públicos.

⁶⁵ En el número anterior, *Fiestas Aristocráticas*, Casal recogió la crónica de una fiesta organizada por ella. En el propio volumen en el que hablaba de su muerte, hablaba de otras dos.

⁶⁶ “En la actualidad y desde las reformas de 1886, que suprimieron la Imprenta Nacional y sometieron la redacción, así de la Gaceta como de la Guía, a un Negociado especial del Ministerio de Gobernación a este centro y a una sección de la Dirección general de Administración, cuyo jefe se titula Director-Administrador de la *Gaceta de Madrid* y GUÍA OFICIAL DE ESPAÑA, confluyen los datos y noticias

Además se incluía una lista de los títulos nobiliarios. Primero aparecían los Grandes ordenados jerárquica y alfabéticamente según su título (duques, marqueses, condes... y dentro de estas categorías por orden alfabético). Después, se incluía una relación de los títulos que no tenían Grandeza (siguiendo el criterio anterior). De todos ellos se mencionaba el año en el que se había concedido el título, el nombre del titular, la ciudad de residencia y el año en que comenzó a ostentar el título el actual poseedor⁶⁷. La *Guía Oficial*, en su aséptica descripción, daba mayor peso a la Grandeza que ocupaba ese primer puesto. Las personas que ostentaban varios títulos aparecían citadas todas las veces que fuera necesario. La antigüedad era también un elemento importante pero que había que saber leer. En las Grandezas se incluían dos fechas, la de la concesión del título y la de la Grandeza. Podían ser fechas muy distantes entre sí, muy actuales... también podían ser erróneas⁶⁸. Además no se recogía, si se trataba de una rehabilitación, en qué fecha se había producido ésta. Sin querer ofrecer más que una relación, ya se encontraban elementos que permitían distinguir y en los cuales destacaba la Grandeza.

Con la *Guía Oficial* muy presente, Juan Moreno de Guerra se lanzó a un proyecto interesante. Moreno era redactor de la *Revista de Historia y Genealogía Española* y director de su sección de títulos, aquella desde la que se gestionaron algunas rehabilitaciones. Ese 1917 Moreno publicó por su cuenta la *Guía de la Grandeza*. Aunque en el prólogo agradecía la ayuda de otros redactores de la revista, él aparecía como único autor. Una influencia reconocida era la de los trabajos genealógicos de Fernández de Bethencourt, publicados hasta su muerte en varios tomos y en dos etapas diferentes. También mencionaba otras publicaciones extranjeras que estudiaban la nobleza de sus naciones. Hablaba del famoso *Almanaque de Gotha*, del *Annuaire* iniciado en Francia por Mr. Borel d'Hauterive⁶⁹ y del *Peerage* que Burke editaba en

de los demás departamentos de la Administración pública que contribuyen a formarla”, *Guía Oficial de España*, Madrid, 1917, p. 26. Esta publicación se comenzó a realizar en 1872. Se puede considerar heredera de las anteriores que tuvieron un objeto similar, principalmente la *Guía de Forasteros*.

⁶⁷ La presentación de las casas nobiliarias no se modificó en ningún momento mientras se publicó la Guía. Según la nota histórica que el redactor incluía como prólogo, desde 1849 se publicaba la noticia de las Grandezas y títulos del Reino. *Guía Oficial de España*, Madrid, 1917, p. 25.

⁶⁸ En 1918, el duque de Andría elevó una instancia al ministerio de Gracia y Justicia. Su petición era que corrigieran la fecha de concesión con la que aparecía su título en la *Guía Oficial*. En vez de 1740, la fecha que él mantenía era 1507. *Instancia del duque de Andría a la sección del ministerio de Gracia y Justicia*, 17-X-1918, AGMJ, ducado de Andría, leg. 15-4, exp. 115. También en la documentación previa a su cobertura como Grande el marqués de Castel Rodrigo puntualizaba a la Real Estampilla la fecha de concesión de su título, que aparecía mal en la *Guía Oficial*. Cobertura del marqués de Castel Rodrigo, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/1-4.

⁶⁹ Este anuario incluía casas reinantes y nobleza de distintos países de Europa. Las noticias genealógicas que daba no se repetían todos los años, se iban dando datos sobre algunas y, luego, se remitía al año de

Inglaterra. Además comentaba que existían obras similares en Italia, Bélgica, Dinamarca y Rusia⁷⁰. Estas alusiones le sirvieron para quejarse ante la inexistencia de obras similares en España.

Moreno planteaba en su prólogo un proyecto más amplio del que estaba presentando. Aunque en ese libro sólo recogió datos sobre la Grandeza de España, su idea era la de “dar anualmente el estado y genealogía completa de todas las Casas de la Grandeza, de los títulos y de los Nobles con reconocimiento oficial”⁷¹. Esta visión coincidía con el planteamiento que tenían los redactores de esa revista, quienes consideraban la Grandeza como el grupo más destacado dentro de la nobleza, pero ni mucho menos su único componente⁷². De hecho, en algún momento del prólogo, Moreno hablaba de los apartados que no se referían a la Grandeza como si ya estuvieran escritos: “se publica como segunda parte el estado presente de los títulos sin Grandeza, con referencias útiles para hallar a sus parientes en la primera parte; y en la tercera, los Caballeros de las Órdenes, Maestranzas y otras Corporaciones de carácter nobiliario”⁷³. No obstante, aunque fuera a su pesar, su proyecto inicial no se pudo concluir y sólo habló de las Grandezas⁷⁴.

Para el análisis de la presencia que los Grandes tuvieron en la sociedad en esos momentos, el trabajo de Moreno guardaba un interés muy particular. La *Guía de la Grandeza* que publicó Moreno era algo más que un tratado genealógico. Esta dimensión se abordaba en cada grandeza incluyendo su año de creación, los antecesores en el título y los enlaces de cada antecesor (también, por tanto, los cambios de línea). Al comenzar cada título se incluía también el escudo correspondiente. Se procuraban incluir, también,

publicación. También la hace singular que, para algunas profesiones o instituciones, se recogía los miembros que eran nobles. Este era el caso de la *ecole* de Saint-Cyr, de los miembros del Senado o de la Cámara de Diputados. *Annuaire de la Noblesse de France*, París 1898. El director en ese momento era el vizconde Albert Révérend.

⁷⁰ MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía de la Grandeza*, Madrid, 1917, p.7. En 1918 se publicó una nueva edición de la *Guía*. Ésta es la que se ha consultado propiamente. De todas formas, parece indudable la existencia de una edición en 1917 tanto por la fecha que aparece al pie de su prólogo -1 de abril de 1917- como por la inclusión en la edición del 18 de un apartado con correcciones que aludiría a los errores de la edición anterior. A veces las citas se hacen sobre la edición del 25, ya que la del 17 no es de fácil acceso.

⁷¹ MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía...*, Madrid, 1917, p. 8.

⁷² En general, ésta podría ser la síntesis deducida de su postura ante la legislación sobre concesiones, rehabilitaciones y sucesiones y de las opiniones mantenidas por Suárez de Tangil –quien fue adquiriendo cada vez más peso en la revista- en su estudio sobre la nobleza.

⁷³ MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía...*, Madrid, 1917, p. 9.

⁷⁴ De hecho, nunca llegó a realizar ese primer proyecto. Tanto la edición que publicó en 1918 como la de 1925 incluían sólo la relación de las Grandezas. En 1932, Roberto Moreno Morrison, publicó una *Guía Nobiliaria de España* que, un poco más adelante, sí llevaría a término la propuesta de Juan Moreno de Guerra.

las fechas en que se habían producido los nacimientos, enlaces y defunciones. En este sentido, no cabe duda de que fue una obra importante desde la perspectiva de los estudios nobiliarios. Sin embargo, esta intención se completaba con toda una serie de datos. La *Guía* contenía mucha información sobre los poseedores de los títulos en esos momentos. De cada uno de los Grandes se mencionaban: todos los títulos que ostentaba, sus cargos políticos, honoríficos y de cierta responsabilidad en instituciones públicas, su fecha de nacimiento, con quién estaba casado. Si tenía hijos se solía recoger una descripción similar de cada uno: fecha de nacimiento, consorte e hijos si era el caso. A los hermanos se les dedicaba un espacio importante, mencionando los mismos datos que los del titular: fecha y lugar de nacimiento, consorte y fecha de boda, etc. Otro de los datos que no faltaba era el domicilio. De una duquesa como la de Benavente tras hablar de todos sus antecesores y de los orígenes de su título nobiliario, la noticia personal que se incluía sobre ella decía:

“D.^a María de los Dolores Téllez-Girón y Dominé, XVI duquesa-condesa de *Benavente*, XVIII duquesa de *Gandía*, XIX marquesa de Lombay, XI marquesa de *Javalquinto*, grande de España (tres veces), n. en Madrid 13 Agosto 1859 (hija única de D. Pedro de Alcántara Téllez-Girón y Fernández Santillán, XIII duque de Osuna, X marqués de Javalquinto, príncipe de Anglona, XVII conde de Ureña, duque de Gandía, etc., n. en Cádiz 4 Septiembre 1812, + Biarritz 3 Septiembre 1900, y de D.^a Julia Dominé y Desmaisières, n. en Sevilla 7 Enero 1842, dama de la reina y de la Orden de María Luisa, + Madrid 15 Diciembre 1901); sucedió en el marquesado de Bombay en 1883 y en los restantes a su padre en 1901; c. en Bayona (Francia) 5 Febrero 1887 con D. Emilio Bessières y Ramírez de Arellano, diputado por Baza, + Guadix 11 Julio 1911”⁷⁵.

En este caso no había hermanos ni hijos de los que hablar pero es sencillo imaginar el espacio que ocupaban los Grandes que tenían abundante familia. De un personaje como el duque de Tamames se comentaba que era senador por derecho propio, presidente de la Diputación de la Grandeza de España, caballero del Toisón de Oro, gran cruz de Carlos III, comendador mayor de Montalbán y Trece de Santiago, caballero de la Maestranza de Sevilla, gentil hombre de cámara con ejercicio y servidumbre⁷⁶.

⁷⁵ MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía...*, Madrid, 1925, pp. 54-5.

⁷⁶ MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía...*, Madrid, 1925, pp. 216. Al decano también se llamaba presidente en ocasiones.

Toda esta información convirtió una supuesta obra de carácter genealógico en una guía de la sociedad del momento, claro, sólo con referencia a los Grandes de España. Moreno manifestó desde el inicio que pensaba aumentar su *Guía* con el resto de la nobleza. Propósitos a parte, en 1917 no estaban, la referencia era la Grandeza. Los datos sobre las familias, viviendas o cargos eran importantes. Sin embargo, éstos se presentaban de la mano de sus antepasados y de la Historia, había una intención clara de no separar el origen y desarrollo de los títulos de su actualidad. Moreno comentó en el prólogo a su *Guía* que “exponer la necesidad de este género de publicaciones me parece ocioso”. Sin embargo, sí era consciente –y lo manifestaba- de que ofrecía algo original al unir lo genealógico con lo personal⁷⁷. Aunque no hubiera estado de más que hubiera hecho explícitas sus motivaciones, el desarrollo del trabajo sustituyó la deseada explicación. En las páginas que escribió Moreno, la Grandeza seguía contando. Y lo hacía no sólo por sus cargos. También contaba por el lugar en qué vivían, por la familia que tenían. Y por su Historia, que no era un añadido intrascendente para quienquiera que se acercara a estas páginas. Para él, en 1917 tenía sentido hacer una guía que transmitiera esta visión de la Grandeza comprensiva del pasado y el presente⁷⁸.

Durante ese mismo 1917 se publicó otra guía de sociedad que convertía a la Grandeza en un referente. Eso sí, con un carácter muy distinto. El trabajo llevaba por título uno muy parecido al de las recopilaciones de Enrique Casal, *Anuario Aristocrático*, y un añadido revelador: *Le Tout Madrid*. No respondía a un único autor, apareciendo en las distintas secciones diferentes nombres como Santiago Cuervas o Enrique de Gondry, a quien se hacía referencia como director. De todas formas, la redacción no podía ser numerosa. Nada más abrir el volumen se leía un largo subtítulo que daba una explicación sobre el contenido del *Anuario* y su objeto:

"rica publicación moderna, aristocrática, comercial, industrial, artística y literaria, lujosamente impresa e ilustrada siendo una selección de “adresses” donde figuran con los nombres del gran mundo los nombres de todos los que por su situación

⁷⁷ “Inauguramos la publicación de este Anuario, primero de este género en España, por comprender la genealogía y estado personal de toda la Grandeza de España”, MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía...*, Madrid, 1917, p. 7.

⁷⁸ En la edición de 1918, Moreno incluyó la dedicatoria que envió a principios de ese año a la Diputación de la Grandeza y el juicio positivo que éstos le remitieron con fecha 15 de octubre. En la dedicatoria, comentaba que su idea no había sido hacer una obra definitiva pues entendía que la Diputación podría hacer algo mejor. Eso sí, de todas formas, hablaba de su *Guía* como “el resultado de mis desvelos”. Retórico y revelador. MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía...*, Madrid, 1918.

social, su notoriedad o su fortuna, constituyen lo que se llama la Sociedad elegante y aristocrática"⁷⁹.

Este párrafo, si se comparaba con lo recogido por Moreno, desplegaba una retórica diferente y también planteaba unos objetivos distintos. De hecho, de una forma muy sugerente, los autores saludaban a “la ínclita nobleza Española”, pero también “al alto comercio, banca e industria”. El formato también era muy diferente a la *Guía* de Moreno. Caja grande –casi como una revista-, fotos frecuentes... hasta visualmente se trataba de otra cosa. A lo largo de sus páginas, el *Anuario* mezclaba listas de distintas sociedades, profesiones o instituciones con pequeñas noticias sobre temáticas muy diferentes. Es bastante complejo definir un esquema de la publicación a parte de los listados que se incluían pues igual se hablaba de personas concretas o de las instituciones políticas después de la Guerra europea que se dedicaba un espacio para hablar de lugares de interés turístico⁸⁰.

De todas formas, el primer listado que se incluyó era una relación de la nobleza española. Sin duda, la aparición de la nobleza en primer lugar mostraba una vez más su importancia. Después de la familia real, la primera lista que se incluyó en el *Anuario* fue la de los Grandes de España. Aparecían en su orden jerárquico de duques, marqueses, condes, etc. Se trataba, eso sí, de una simple enumeración. Aquí no se hacía referencia a su genealogía o a su escudo de armas como en la *Guía* de Moreno⁸¹. Después se incluía una lista de todos los títulos que no tenían Grandeza y, a continuación, las direcciones de los “aristócratas residentes en Madrid”. En este listado no había distinción entre los títulos con y sin Grandeza, aunque se mantuvo la separación entre duques, marqueses, condes, etc. lo cual volvía a subrayar el puesto preferente de los Grandes⁸². Seguidamente el *Anuario* aportaba numerosos listados muy variados: miembros del Gobierno y de todos los ministerios, socios del Nuevo Club, Gran Peña y Casino de

⁷⁹ *Anuario Aristocrático. Le Tout Madrid*, Madrid, 1917, p. 1.

⁸⁰ Se podía introducir una nota sobre la muerte del ex ministro Barroso, un reportaje sobre el club de regatas de Salinas en Asturias o sobre “el furor de los nuevos bailes”. *Anuario Aristocrático...*, Madrid, 1917, pp. 105, 375 y 388.

⁸¹ El único dato que se aportaba al lado del título y el nombre era, en el caso de que no vivieran en Madrid, la ciudad en la que residían. Además, existían algunos errores que podían reflejar una atención relativa por estos temas. Por ejemplo, no aparecía en la lista de duques el de Medinaceli, aunque luego lo hiciera en la de marqueses. Unos cuantos apellidos y títulos estaban mal escritos. *Anuario Aristocrático...*, Madrid, 1917, pp. 15-20.

⁸² *Anuario Aristocrático...*, Madrid, 1917, pp. 53-61. Aunque en todos los casos se dedicaba un espacio similar, cuando se refirieron al duque de Montellano se le distinguió del resto, incluyendo a su mujer e hijo y encabezando la referencia con el título “casa y estados del Excmo. Sr. Duque de Montellano”, p. 53. En todo caso se trata de una curiosa excepción.

Madrid, miembros del Ateneo, diputados y senadores, abogados en Madrid, cámara oficial de comercio, una lista de bancos con sus consejos, médicos, ingenieros agrónomos, industriales, de montes, minas y caminos, una relación de periódicos de Madrid acompañada de un listado de *hommes de lettres*, publicistas y *reporters*. Ahí no terminaba la cosa. Además, y pese al título, los listados no se limitaban a Madrid. Aparecían también listados sobre Sevilla. Se trataba de los socios del Casino de la ciudad y el registro de automóviles de toda la provincia.

Según iban introduciéndose las distintas listas, el *Anuario* se encontraba salpicado de publicidad y noticias de lo más variado. Entre esa gran variedad que se daba en las informaciones hubo también un hueco para los Grandes. No se trataba de un apartado exclusivo sobre su persona, simplemente, aparecían de vez en cuando. La relevancia de las noticias que les afectaban no se encontraba en lo novedoso, solían aludir al origen histórico de su linaje o a sus riquezas artísticas. En este sentido fue muy significativo que, después de una referencia a Alfonso XIII y su familia, la siguiente noticia que se encontraba era sobre el duque de Tamames. A parte de una foto suya, se hablaba sobre su linaje y se decía que era decano de la Diputación. A partir de entonces, como aderezando el contenido del *Anuario*, asomaban algunos Grandes más. El duque de Alba era otro al que se dedicaba un hueco. Como en el caso de Tamames, se hacía referencia a su familia pero también se hablaba de algunas de las actividades que desarrollaba en distintos campos. El marqués de Cerralbo era el siguiente del que se hacía mención. Sobre él se insistía en los objetos históricos que tenía en su palacio, una referencia obligada cuando se hacía mención de este Grande. El duque de Medinaceli fue el último al que se dedicó un apartado específico. En su caso, apareció en dos ocasiones. Primero se le dedicaba un espacio en la línea de los anteriores. Se hablaba sobre su linaje, sobre su palacio –“es sin disputa uno de los más espléndidos por la multitud de joyas, lienzos, tapices y muebles antiguos”-. Después, se referían a él en un apartado titulado “personajes ilustres”. El motivo era su afición por la caza y las “atrevidas expediciones” que había realizado al Polo y a África⁸³.

Otros nobles fueron objeto de sendos artículos. En un caso se trataba del conde de la Villanueva, noble residente en Valencia. El espacio que se le dedicó fue muy amplio. Además, apareció justo a continuación de la página que se dedicó a Tamames.

⁸³ *Anuario Aristocrático...*, Madrid, 1917, sobre el duque de Tamames, p. 10, sobre el duque de Alba, p. 115, sobre el marqués de Cerralbo y la primera referencia al duque de Medinaceli, p. 168, la segunda mención, p. 285.

El artículo venía ilustrado por tres fotografías del conde, su mujer y sus cuatro hijos pequeños. En las líneas que informaban de sus méritos y orígenes se aludía a que había puesto “su granito de arena” en la edición de la revista, lo cual hace pensar que financió de alguna forma su publicación. Desde este punto de vista, es interesante resaltar que el conde de la Villanueva había rehabilitado el año anterior la baronía de Torres Torres y que también había solicitado la rehabilitación del marquesado de Laconi, con Grandeza de España. Este era uno de esos títulos que suscitaban diversidad de opiniones en los institutos competentes por su origen italiano⁸⁴. Su aparición en este anuario casi de la mano de un duque como el de Tamames no parece de ninguna forma algo casual. Aquí se comprueba como la condición de referente de los Grandes tuvo un efecto lógico en el resto de la nobleza. Se podía observar en la prensa o en las guías y, al mismo tiempo en este caso, influía en la propia configuración de estas publicaciones⁸⁵.

El caso del otro noble del que se hizo una mención amplia fue diferente. Se trataba del marqués de la Vega de Anzó. Su perfil se recogía muy avanzado el *Anuario*, casi enterrado entre las innumerables listas publicadas. En su presentación era muy similar a la utilizada para los Grandes de los cuales se había contado algo sobre su linaje o dedicación. Sin embargo, al hablar del marqués se tocaban temáticas diferentes siguiendo una especie de guión no escrito que jerarquizaba sus ocupaciones. Primero se contaba que era licenciado en Derecho y que también se había doctorado, todo con grandes calificaciones. Su colaboración en la prensa, su trato con la familia real y con políticos como Vázquez de Mella y De la Cierva seguían ese orden invisible. También se hablaba de que “con su cooperación personal, su dinero y sus grandes iniciativas, ha contribuido grandemente a la prosperidad de Asturias y muy particularmente a la de Grado”⁸⁶. Por último se enumeraban las condecoraciones que había recibido, su condición de cónsul honorario de Chile, consejero del Banco Herrero y de la Sociedad de Saltos de Agua de Somiedo.

⁸⁴ De hecho, la Diputación de la Grandeza había dado su visto bueno –algo que no era muy habitual en estos casos– pero la sección del Ministerio de Gracia y Justicia no lo consideró procedente por el momento, “porque la dignidad de Grande, debe ser muy cuidada aunque no sea por otra cosa que por el privilegio que en relación con el organismo legislativo la reconoce la Constitución del Estado”. *Informe de la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, 25-III-1916, marquesado de Laconi, AGMJ, leg. 85-2, exp. 740. Tampoco es de menor trascendencia que Juan Moreno de Guerra fuera uno de los encargados de tramitar los papeles presentados para la rehabilitación. En concreto su nombre aparece en los documentos copiados del Archivo Histórico Nacional.

⁸⁵ *Anuario aristocrático...*, Madrid, 1917, pp. 11-3.

⁸⁶ *Anuario aristocrático...*, Madrid, 1917, p. 382.

La aparición del marqués de la Vega de Anzó se pudo deber a distintas causas que las del conde de la Villanueva. No ocupaba las primeras páginas ni daba la impresión de haber colaborado en la edición de la guía en cuestión. Es cierto que su condición de asturiano en un anuario en el que se mencionaba al Principado en más de una ocasión pudo influir en su aparición. Sin embargo, llama la atención el carácter ejemplar que transmitía todo el artículo. Cada uno de los aspectos que se señalaban parecía estar escogido con el objeto de que el resto los contemplara y tratara de imitarlos en lo que pudiera. No era algo diferente de lo que ocurría con los Grandes que ocupaban otras páginas. La aparición del marqués planteaba la convivencia de más referentes a parte de la Grandeza. Esto ya se observó en las crónicas de sociedad y no aportaría nada especial, ya que los Grandes seguirían siendo el elemento superior del modelo que sugerían esas publicaciones. Sin embargo, al hablar de las ocupaciones del marqués se introducían algunas de un tipo distinto al ofrecido en los perfiles de Alba, Tamames o Medinaceli. De él se mencionaban sus actividades económicas, su pertenencia a dos consejos de administración. Recordaba un poco a las peticiones de Suárez de Tangil y Fernández de Bethencourt para que la nobleza se involucrara en las empresas económicas de la nación. Mencionar a Vega de Anzó en este sentido no era superficial, se podía haber recurrido al caso del duque del Infantado, tantas veces mencionado como ejemplo de Grande preocupado por la industria, por la política. Quizá al dar noticia del marqués se optó por su carácter regional. También se estaba reconociendo que era un ejemplo muy válido... sin ser Grande. Estaba claro que se trataba de un marqués, seguía siendo noble y además con un perfil muy concreto en lo político. No obstante, esta mención señalaba otros referentes para una serie de actividades, aunque fuera desde una publicación en la que la Grandeza aún tenía un puesto social preferente.

El *Anuario* mostró nobles que ocupaban el puesto de los Grandes imitando su modelo, como fue el caso del conde de la Villanueva. También aparecían otros –el marqués de la Vega de Anzó– que sustituían a esos Grandes como referente en una serie de campos. Lo cierto es que esto venía ocurriendo desde tiempo atrás. Sin embargo, es interesante que se reflejara en esta publicación en un año como 1917. Esta guía en concreto, el *Anuario aristocrático*, lo era de temas muy diversos, quizá demasiados. La importancia que se daba a los directores de los periódicos, el peso que tenían las listas que llenaban sus páginas hablaba de algo muy distinto que una crónica de sociedad. Sin

embargo, esa variedad, el mismo abigarramiento que desplegaba el *Anuario* subrayó la importancia que seguía teniendo la Grandeza aunque fuera “contestada”. En la *Guía* de Moreno no había réplica ninguna al protagonismo desempeñado por los Grandes. Sin más, se sumaba a su dimensión histórica la actualidad, materializada en sus viviendas y familias. El *Anuario* reconocía ese esquema que tenía en los Grandes su referente. Sin embargo, aunque el comienzo podía no ser muy diferente, el contenido apuntaba algo distinto. Estaban esos nobles sin Grandeza que también pesaban lo suyo. Además, el tema era la sociedad de Madrid –*Le Tout Madrid*– que se adivinaba mucho más amplia que la lista de Grandezas, al margen de que ésta encabezara el conjunto. A pesar de todo, ambas publicaciones repitieron a su manera la configuración que se podía ver en las crónicas de sociedad: los Grandes seguían contando.

Durante ese mismo 1917 y 1918 la prensa siguió relatando en sus crónicas de sociedad los distintos acontecimientos que consideraban dignos de la sección. Durante esos años los periódicos no modificaron el tratamiento ni el espacio que daban a estas noticias. Al mismo tiempo, Leon Boyd siguió publicando su *Año aristocrático*, recopilación de las crónicas que iba escribiendo para *El Heraldo de Madrid*⁸⁷. El esquema no cambió para la nueva temporada. Se hablaba de fiestas, de muertes, de bodas. Una sencilla novedad fue la publicación, antes del prólogo, de una relación de las personas que estaban suscritas. En esa lista los Grandes tuvieron una presencia importante. Al año siguiente, Boyd volvió a publicar una lista de suscriptores, esta vez más cuidada y con las direcciones de los suscriptores⁸⁸. La inclusión de estas listas sugería que no sólo era importante conocer quién salía en la publicación. También interesaba saber quién la leía.

En su libro de 1917, aunque la sustancia era la misma, alguna de las crónicas que se recogieron apuntaba nuevos matices. Al morir Gustavo Bauer, representante de la casa Rothschild en España, se escribió una necrológica sobre su persona. Más que este hecho –Bauer estaba muy relacionado con algunos nobles, también aparecía con

⁸⁷ Este periódico estaba sufriendo importantes cambios y ya no tenía, ni mucho menos, la tirada que unos años antes. Sin embargo, sí conservaba en muchos puntos su orientación ideológica. Por entonces, las crónicas de Leon Boyd aparecían con más frecuencia que en 1914. Quizá sus *Años aristocráticos* tuvieron algo que ver al darle mayor fama. DESVOIS, Jean Michel, *La prensa en España (1900-1931)*, Madrid, 1977, p. 61.

⁸⁸ En el primer *Año* en que apareció la lista, se hizo referencia a unos cincuenta Grandes entre más de 350 suscriptores. CASAL, Enrique, *El Año aristocrático*, Madrid, 1917, pp. 5-14. El año siguiente subió algo el número de suscriptores, más de 400, pero no aumentó significativamente el de Grandes, otra vez algo más de 50. CASAL, Enrique, *El Año aristocrático*, Madrid, 1918, pp. 5-20.

frecuencia en las crónicas-, lo llamativo fue la idea que se transmitió sobre él en el artículo. Ante todo se insistía en su gran corazón y sus actos benéficos. Estas actitudes aparecían en las crónicas pero no era tan habitual que las protagonizaran hombres y que, además, estos no tuvieran ningún título⁸⁹. Otra destacada defunción fue la del duque de Tamames. Hasta entonces las necrológicas tuvieron un perfil que subrayaba lo ejemplar de esas vidas concretas para el presente. Ahora Casal incidió en lo simbólico al personalizar en un hombre una época que desaparecía. La diferencia quizá no era muy grande, pero con la muerte del duque el autor quiso dejar muy claro este punto de vista. Para él, con Tamames "desaparece el último gesto de la antigua aristocracia española" y, además, "se ha ido un pedazo de la simpatía popular y de la rancia aristocracia española". Tras esta frase lapidaria, el autor razonaba su visión:

"Todas estas casas, que abrían sus puertas a las grandes manifestaciones del vivir, las va cerrando la Muerte... y no se vuelven a abrir. Las costumbres han variado mucho. Ya no van quedando muchas casas en las que, por el tren en que a diario se vive en ellas, pueda decir el Rey, como lo dijo el pasado verano refiriéndose a la de Tamames un día que vino desde la Granja a presidir un Consejo de ministros: -Vamos a almorzar a casa de Tamames"⁹⁰.

En algún momento, el autor comentó que esa época que se marchaba era la de Alfonso XII. En estas líneas se asociaba con unas determinadas costumbres sociales, "el tren que a diario se vive". Cuando Casal habló de la muerte de la marquesa de Squilache se la calificaba como "la mantenedora más firme de la vida de sociedad" pero no se llegó a decir que con ella desapareciera esa "vida de sociedad".

En 1918, el *Año* reflejó de otra forma los cambios de los que Casal había llamado la atención con la muerte de Tamames. No se trataba de la presencia de un mayor número de nobles sin Grandeza o de gente sin título. Desde el primer volumen tenían su sitio y no rompían el esquema de los Grandes –que seguían muy presentes– como referente. Sin embargo, otras apariciones sí fueron significativas. Una de ellas fue la del Real Club Puerta de Hierro. Cada vez más, esta institución aparecía como escenario de las crónicas de sociedad. Las noticias que allí tenían lugar giraban en torno

⁸⁹ CASAL, Enrique, *El Año...*, Madrid, 1917, pp. 48-51. En la propia crónica, Casal comentó que copiaba fragmentos de una crónica publicada recientemente por Monte sobre ese personaje.

⁹⁰ CASAL, Enrique, *El Año...*, Madrid, 1917, pp. 271-280. La crónica recogida era doble pues se hablaba de la defunción del duque y, después, del entierro. Se recogían varias anécdotas para ilustrar la opinión, como en otras necrológicas, pero se iba un poco más allá con las frases que transmitían ese fin de una época. Aparecían varias fotos, entre ellas alguna de la comitiva fúnebre.

al deporte. Unas veces se trataba del golf, otras de tiro al pichón. El Puerta de Hierro había aparecido varias veces en aquel *Gran Mundo* en 1914, pero siempre en la sección que se dedicaba a los deportes. Los protagonistas podían ser importantes, de hecho algunos eran Grandes, pero se estaba hablando de deporte. Ahora, en el *Año*, el Puerta de Hierro comenzaba a constituir una parte de las noticias de sociedad. En la edición de 1916 ya había aparecido una vez, casi como una rareza. A la altura de 1918, la crónica de sociedad no era un lugar equivocado para el club deportivo de moda en Madrid.

Los hoteles fueron el otro espacio que se consolidó como lugar natural de la vida de sociedad. El Ritz y el Palace tuvieron sitio en varias crónicas reunidas en el *Año*. Ambos hoteles llevaban unos años en funcionamiento y, en ese sentido, no eran ninguna novedad. Desde el primer momento fueron lugar de reunión, aunque la nobleza no se apropió de ellos como algo suyo. La fiesta de Año Nuevo y algunas fiestas benéficas eran los momentos en que más nobleza se dejaba ver en estos hoteles como grupo, o al menos en mayor número. No obstante, la consolidación del hotel como núcleo de la vida de sociedad o, al menos, como parte importante tuvo mucho que ver con la disminución de las fiestas y otras reuniones en los palacios de la nobleza. Esta idea sobre la que insistió Casal al morir el duque de Tamames, se confirmaba en su misma publicación donde iban apareciendo distintas celebraciones en los hoteles. La fiesta seguía existiendo –Casal habló especialmente de una en el palacio de Montellano y otra en el de los marqueses de Viana- pero se notaba un ritmo menor en las reuniones. Cuando la duquesa viuda de Uceda organizó un té en su casa bien entrada la primavera, Casal escribió que “sin que muera el modernismo parece que revive la antigua vida de sociedad”⁹¹. Monte Cristo también percibió un cambio. En una crónica sobre 1918, el cronista de *El Imparcial* aportó otro matiz: las fiestas eran de menores dimensiones.

“Ahora ya no se celebran grandes fiestas -las últimas fueron las de la inolvidable marquesa de Squilache- y aunque el lujo es mayor en los salones, en la indumentaria (y elementos), hasta en la música, esos indispensables cíngaros de Boldi, que cobran 400 o 500 pesetas por noche, como las fiestas se celebran en la intimidad, el cronista mundano no asiste a ellas, a no ser por fueros de amistad”⁹².

Otras dimensiones para Monte y Leon Boyd eran algo muy evidente, ya que habían vivido una época anterior que les servía de comparación. Quizá no tan patente era la

⁹¹ CASAL, Enrique, *El Año...*, Madrid, 1918, las fiestas de Montellano y Viana tuvieron lugar el 29 de junio y el 6 de julio. El té de la duquesa, p. 425.

⁹² *El Imparcial*, 1-I-1919.

menor frecuencia de esas fiestas y la aparición de espacios que sustituían los anteriores. Sin embargo, era algo que se encontraba en sus crónicas. En ellas no desaparecían los elementos previos –a pesar de todo, las fiestas se mantuvieron-, ni las referencias –los Grandes seguían pesando- pero se apuntaban cambios. Uno de los que menos se notaron tuvo que ver con el tiempo.

Desde un primer momento, las recopilaciones de Casal giraban alrededor del concepto temporada. Esto provocaba que las crónicas de sociedad vivieran en verano una etapa de languidez, reducida muchas veces a la cita de un viaje o cambio de residencia veraniega. Sin embargo, el volumen dedicado a 1917-1918 comenzaba un 1 de octubre y terminaba un 25 de septiembre. Ya no había ningún parón para los cronistas. En la primera crónica poco podía decir más que un sintomático “se va animando Madrid”⁹³ pero era importante que incluyera una fecha tan “temprana” en su libro. Por otro lado, mantener las crónicas en verano suponía desplazarse o, como poco, recibir noticias de San Sebastián, Biarritz o Santander⁹⁴. Que el mes de agosto irrumpiera en el *Año* no significa que antes sus protagonistas no hicieran esos planes. Más bien, las crónicas de sociedad reflejaron como el verano se había convertido en un elemento más de la “vida social” y se quería ver como lo disfrutaban las mismas personas que ocupaban las páginas durante el resto del año. Sin embargo, esa irrupción del verano en las crónicas no contaba con una dificultad implícita: en verano no existía un único centro de la vida de sociedad. El Rey marcaba de alguna forma la pauta con sus residencias en Santander y San Sebastián. No obstante, esto no suponía que se fuera detrás de él, la residencia veraniega tuvo mucho más que ver con las posesiones tradicionales de las distintas familias. El Norte aglutinaba a la mayoría de los protagonistas habituales de la crónica pero no hubo un sustituto para Madrid. La introducción del verano aportó otro elemento nuevo del que había hecho mención Suárez de Tangil: el viaje. Estaba presente en su crítica acerca de la caza y asomaba al hablar de Biarritz y Deauville.

Desde el punto de vista de la vida de sociedad, los viajes que se hacían durante el año –la temporada- estaban vinculados especialmente a la caza. Las cacerías eran un acontecimiento muy seguido en la prensa y se solía reseñar el organizador, los asistentes

⁹³ CASAL, Enrique, *El Año...*, Madrid, 1918, p. 26.

⁹⁴ CASAL, Enrique, *El Año...*, Madrid, 1918. Casal incluyó en agosto nada más que la necrológica de un hijo del marqués de Pie de Concha. Sin embargo, en septiembre se marchó a San Sebastián. A finales de mes estaba fechada la última crónica del libro, en Llodio, p. 517.

y, a veces, cómo había ido la cacería. El duque de Medinaceli, el marqués de Viana, el duque de Santoña, el duque de Arión, el conde de Gavia, el duque de Tarifa eran asiduos organizadores y participantes⁹⁵. En este sentido no se rompía el esquema habitual: los Grandes tenían una presencia recurrente, en ocasiones les acompañaban otros nobles o gente sin título, pero se mantenía su posición preferente. Otros viajes que se relataban subrayaban esas jerarquías pero, ante todo, eran muy minoritarios en la crónica. Viajes del duque de Alba a Suiza y poco más⁹⁶. Sin embargo el verano planteaba un problema diferente. Ante su larga duración y la distancia, no había momentos en los que se diera aquel modelo “de sociedad”. David Cannadine entendió que la frecuencia de los viajes por parte de los nobles –la definía como nobleza “sin descanso”- fue en detrimento de su importancia en el plano local⁹⁷. En España, el verano no afectaba a esa relación con lo local, de hecho suponía su contacto más prolongado con ese entorno. La vida de sociedad era lo que más sufría durante esos meses. Sin embargo, hasta estos momentos no importó en exceso, no había un interés en conocerlo con detenimiento. Cuando Casal introdujo crónicas veraniegas en su libro lo cierto es que decía bastante poco. Esta escasez, la falta de elementos que definieran el verano de la nobleza –a parte de una finca con cierta tradición y cierta tendencia al Norte- favorecía una mayor competencia. Era más sencillo encontrar una alternativa al verano de los nobles cuando el modelo no estaba muy definido.

Tres años en sociedad: 1919, 1920, 1921.

Entre 1919 y 1921, la vida de sociedad como se había perfilado hasta el momento sufrió importantes cambios. Éstos respondieron a un menor interés por la crónica de esas actividades. Por otro lado, se debían a un retraimiento por parte de los Grandes: inevitable en ciertos casos al no tener posibilidades de mantener un ritmo de vida ocioso y costoso; intencionado en otras ocasiones, en que no se quiso ejercer aquel papel de referente. Algunos cambios se habían ido apuntando en las diferencias que sugerían esas notas escritas por Boyd y Monte durante los años anteriores. Un menor ritmo en las fiestas en las grandes casas, el surgimiento de los hoteles y clubes deportivos como espacio de la vida de sociedad o la ampliación de la temporada social

⁹⁵ Una del duque de Santoña, *ABC*, 29-XI-1917, el duque de Arión es noticia por otra, *El Imparcial*, 1-II-1918, se comentan dos organizadas por Tarifa y Medinaceli en *La Época*, 11-I-1919.

⁹⁶ *La Época*, 2-I-1919.

⁹⁷ CANNADINE, David, *The Decline and Fall of the British Aristocracy*, London, 1990, p. 385-6.

fueron nuevas situaciones que no habían modificado el esquema previo inmediatamente: a esas alturas la referencia en esa “vida” seguían siendo los Grandes. En el mismo sentido, el *Anuario aristocrático* ofrecía alternativas, pero manteniendo la posición de los nobles.

Sin embargo, durante estos tres años se van a producir una serie de acontecimientos sociales y relacionados con los medios habituales de la crónica social que van a ir limitando su incontestada posición. La “vida de sociedad”, aquella que aparecía en las crónicas, se va a dejar de identificar con la vida social. Es difícil situar en un momento concreto las evidencias claras de que se estaba modificando el patrón. Este arco de tiempo – 1919, 1920, 1921- parece el adecuado. Por una parte, este periodo puso de relieve que la crónica habitual destacaba por encima de la realidad del momento la presencia de los Grandes. Quizá no hubo un cuestionamiento de su importancia, simplemente se concedió mayor relevancia a otras actividades que ellos no protagonizaban o se prestó atención a otros sujetos. Los cambios no se produjeron a partir de una crítica, llegaron por otros medios. Esto explica que su presencia aún se prolongara durante un tiempo, lejos de desaparecer de forma inmediata.

Uno de los factores que influyó notablemente fue la menor variedad en la prensa que publicaba crónicas de sociedad. El espectro social que se cubría se empezaba a limitar al que leía una prensa de una orientación ideológica determinada. *El Imparcial* y *El Heraldo de Madrid* siguieron publicando sus noticias de sociedad, sin embargo sus cronistas iniciaron nuevos proyectos que apartarían de ese público las noticias de este tipo. Además, ambos periódicos habían perdido mucha de su audiencia lo que, lógicamente, restaba impacto a la crónica. Las nuevas empresas periodísticas más destacadas, como *El Sol* o *El Debate*, iniciadas poco antes, representaron dinámicas diferentes. Mientras el primero optó por no dar a este tipo de noticias una atención diaria ni un cronista fijo, *El Debate* le dio una dedicación mayor. Un cronista, *Abate Feria*, hacía las notas de sociedad. Sin embargo, los protagonistas de sus noticias eran fundamentalmente gentes de clase media, de profesiones liberales, en las que el título nobiliario era algo más excepcional. Se notaba en las bodas que comentaba y en su mayor dedicación a los actos relacionados con Palacio⁹⁸. Por otro lado, *ABC* empezó a

⁹⁸ Por ejemplo, *El Debate*, 30-XII-1918.

publicar resúmenes del año de sociedad en 1918 sin dedicar aún una sección fija⁹⁹. Hasta 1920 no apareció la firma de un cronista más o menos estable. Esta incorporación tardía de *ABC* al grupo de periódicos que publicaban crónicas demostró la progresiva identificación de este tipo de noticias con un sector concreto de la prensa.

Mientras tanto, los cronistas de siempre seguían una evolución propia. Monte, desde *El Imparcial*, había hecho notar el primer día de 1919 que algo se movía. Unos días más tarde siguió esa línea señalando una serie de normas de educación que habían variado: las señoras entraban primero a los banquetes y después los hombres, alguien podía presentarse a tu casa a comer con invitados sin decirte de quién se trataba. No eran aspectos que asombraran a Monte Cristo, no le cogían desprevenido. En aquellas líneas, parecía dar algo así como un aviso para navegantes: "como se ve estamos en plena época de renovación y ésta no alcanza solamente a las cosas grandes, sino que repercute en las más nimias. Aquí del célebre proverbio italiano: Renovarse o morir"¹⁰⁰. En este sentido se podían interpretar los aspectos que habían ido señalando hombres como Casal en sus crónicas de los *Años aristocráticos*. Lo difícil es decidir si aquellas manifestaciones respondieron a una forma de renovación o, por otra parte, reflejaron una lenta muerte social.

Otra idea apuntada por Monte sonaba a algo distinto. En su crónica de comienzo de año, recogía una anécdota que Mascarilla había contado en *La Época*. Tenía que ver con la intimidad que él veía se estaba instalando en la sociedad. En una fiesta reciente, un anfitrión le había hecho ver al cronista de sociedad que no quería que se diera noticia de su reunión¹⁰¹. El propio Mascarilla relataba otra anécdota parecida en su columna – quizá era el sucedido original- al decir que el duque de Alba “en su modestia habitual” no había querido que se publicaran noticias sobre las comidas con intelectuales que se habían celebrado en el palacio de Liria¹⁰². Ese mismo día, Mascarilla comentó la fiesta que había tenido lugar en el palacio de los duques de Aliaga con asistencia de los Reyes. El modelo de crónica respondía completamente al formato de los últimos años. La fiesta

⁹⁹ *ABC*, 1-I-1918. Dicho resumen lo firmó María Perales quien no escribió con periodicidad este tipo de crónicas. En ese resumen, achacaba cierta falta de vida social a la austeridad que había impuesto la Guerra. Este comentario fue frecuente durante la época, al mismo tiempo que se reseñaban unas cuantas fiestas, recepciones y bodas, lo cual no dejaba de ser algo contradictorio.

¹⁰⁰ *El Imparcial*, 7-I-1919.

¹⁰¹ “A este propósito recordaré la frase de un ilustre prócer, en cuyo palacio se celebraba hace pocas noches la festividad de Pascua, contestando a un viejo periodista que dudaba de estar convidado: -Usted sí, el lápiz no- le dijo con su amabilidad habitual”, *El Imparcial*, 1-I-1919.

¹⁰² *La Época*, 2-I-1919. Al hablar uno de fiesta y otro de comida con intelectuales surge la duda.

tampoco tuvo un carácter “íntimo”, como últimamente se decía. Desde ese punto de vista, estaba claro que por mucho que los cronistas de sociedad mencionaran ciertos cambios, su intención era mantener la posición y todavía había acontecimientos que se lo permitían.

Por esas fechas se volvieron a oír algunas críticas sobre el papel que estaba jugando la nobleza en la sociedad. En éstas, la imagen transmitida desde la crónica social parecía tener su peso. De una forma muy similar a como habían hecho Suárez de Tangil y Fernández de Bethencourt, la crítica se centraba en la falta de interés por parte de la nobleza hacia actividades de importancia. La nueva queja procedió de Antonio de Hoyos y Vinent, marqués de Vinent, hermano del marqués de Hoyos, escritor y partícipe de mucha de esa vida de sociedad. Hoyos, sin embargo, aunque luego incidiría sobre los aspectos más clásicos, diagnosticó un fenómeno nuevo denominado *snobismo*. Para él, el periodo de la Gran Guerra en España se había caracterizado por la invasión de una plaga –ese *snobismo*– que identificaba con un “no pensar nada” y que “el *chic* fuera el ideal supremo”¹⁰³. Su punto de vista era bastante negativo: “en ninguna parte del mundo la aristocracia lee menos, sabe menos y se ocupa de cosas menos interesantes que en España”. No obstante, después de hablar con esta dureza, manifestaba que existían excepciones entre la nobleza: la duquesa de San Carlos, la de Fernán Núñez y la de Santo Mauro “llevan con infinita nobleza y dignidad los blasones”, el duque de Alba y el marqués de Laurencín “aman, cultivan y protegen las letras”, el marqués de la Mina “se preocupa de cuestiones sociales” y existen “próceres que aventuran su fortuna en vez de disfrutar tranquilamente de ella, en negocios que crean riqueza y contribuyen al general bienestar, como el marqués de Santillana”¹⁰⁴. Sin embargo, el ejemplo más numeroso era el negativo y esto llevaba al público a desconfiar. Al acabar, el marqués reconocía tener esperanza en el papel que debía desempeñar la nobleza en España. Sin embargo cifraba su éxito en que fuera “consciente y comprensiva” y en que hubiera “muchas” aristocracias¹⁰⁵.

¹⁰³ HOYOS Y VINENT, Antonio, “La actuación de la aristocracia antes, durante y después de la guerra” en *Cosmópolis*, 1-I-1919, p. 107. Esta publicación fue promovida y dirigida por Enrique Gómez Carrillo. Se dedicaba claramente a temas de literatura y cultura en general, con una atención hacia otros países muy destacada.

¹⁰⁴ HOYOS Y VINENT, Antonio, “La actuación...”, 1-I-1919, p. 108.

¹⁰⁵ HOYOS Y VINENT, Antonio, “La actuación...”, 1-I-1919, p. 109. Hoyos iniciaba su artículo refiriéndose a la opinión que la nobleza había tenido sobre los contendientes. Para él, había disfrazado de hispanofilia su germanofilia. La variedad de opiniones sobre la Guerra la hacía extensiva a otros campos y esto le llevaba a hablar de “muchas” aristocracias.

Cinco años más tarde que Suárez de Tangil y Fernández de Bethencourt, la gran aportación de Hoyos fue denominar la apatía que entrevieron sus predecesores como *snobismo*. El optimismo, la esperanza, seguían existiendo. En este caso, se personificaban en un grupo que, excepto uno de ellos, se reconocía en la Grandeza. También apuntaba algo diferente al hablar de la desconfianza que suscitaban algunos de esos personajes. Monte Cristo quizá hablaba de lo mismo que Hoyos al comentar esas nuevas costumbres que se introducían en la sociedad. La desconfianza que anunciaban se podía observar en el menor interés que despertaban las crónicas últimamente.

Ese mismo 1919, Enrique Casal –Leon Boyd- volvió a innovar. Si unos años antes se lanzó a publicar sus crónicas de sociedad en una recopilación anual, en noviembre presentaba *Vida aristocrática*. Se trataba de una revista que por su formato recordaba mucho aquel *Gran Mundo* que publicó Prensa Gráfica en 1914. Se titulaba “sociedad, arte, deportes, modas”, exactamente lo mismo que su predecesora. La idea de su director era publicarla cada diez días. El contenido de la revista también reflejaba cierta continuidad con las crónicas de *El Herald* y su recopilación en el *Año*. Los protagonistas y las situaciones de las que se hablaba incidían en la condición de referente que se otorgaba a la Grandeza. No era coincidencia que la primera foto fuera de la marquesa de San Vicente del Barco, hija de los duques de Aliaga. El conde de Maceda ocupaba varias páginas al hablar de la boda de una de sus hijas. También había espacio para distintas condecoraciones que se habían otorgado al duque de Alba y al marqués de Bendaña. La casa del conde de la Viñaza en Biarritz ocupaba otra sección¹⁰⁶.

A pesar de todo, *Vida aristocrática* fue algo diferente de las crónicas de sociedad habituales de Enrique Casal. Quizá la llamada a la renovación que Monte lanzó en su crónica al comienzo de 1919 animó a Leon Boyd en el proyecto. Obviamente la experiencia del *Año* tuvo que influir, pero no se siguió su formato. Ahora Boyd publicaba cada diez días, necesitaba más redactores, incluía muchas fotos. Y, sin embargo, el tono era llamativamente familiar. Daba la sensación de que unos y otros se conocían y, aún más, eran conocidos por los lectores. A esto ayudaba claramente que algunos de los cronistas –eran más cronistas que redactores- parecían miembros de esas

¹⁰⁶ *Vida aristocrática*, 10-XI-1919.

familias nobiliarias¹⁰⁷. En consecuencia, las referencias seguían muy presentes, incluso se hacían más evidentes aún, pues había menos elementos que no pertenecieran a la nobleza. Otro reflejo de esto se daba en el espacio dedicado a lo cultural. Una sección de este tipo no era algo novedoso, ya se había hecho en *Gran Mundo*. Sin embargo, quien abordaba ahora estos temas era la condesa de Limpías, no un Ramón Pérez de Ayala¹⁰⁸. Se supone que la cercanía era también una característica de las crónicas típicas de sociedad, pero aquí esa proximidad tenía más fuerza si cabe. Realmente el lector se introducía en la vida de la aristocracia.

Una diferencia más con la típica crónica social era el precio, lo cual expresa de otra forma la “cercanía” del lector. Hasta entonces acercarse a una crónica de Leon Boyd costaba diez céntimos en el *Heraldo*. Ser suscriptor del *Año aristocrático* era algo para un grupo más reducido, pero no dejaban de ser los mismos artículos a los que se añadían fotos –lo cual era significativo, no cabe duda-. Sin embargo, para leer *Vida* había que pagar una peseta, algo al alcance de pocos bolsillos, sobre todo cuando no había más noticias que las propias de sociedad. En 1914, *Gran Mundo* apareció con ese mismo precio y se publicaba con una periodicidad mensual. La relación entre el contenido y el precio bien pudo ser una de las causas de su escasa duración. Si los lectores de *Vida* se podían considerar más cercanos, también se podían considerar más selectos. En este sentido, *Vida* fue algo distinto que *Gran Mundo*, quizá el proyecto previo que más se le pudo comparar. Como se ha visto, esta revista apenas duró unos meses. Aunque en sus comienzos *Vida* tuviera problemas con una huelga de obreros de artes gráficas, la publicación continuó¹⁰⁹. Un nuevo problema surgió en 1921 cuando, según el propio Boyd, al aumentar el salario de los tipógrafos y el precio del papel pasaron la revista a una periodicidad quincenal¹¹⁰. Optaron por no subir el precio

¹⁰⁷ Uno de ellos firmaba como “Duque incógnito” y, sin llegar a revelar nunca su identidad, daba la impresión de ser realmente Grande de España. Otros artículos venían firmados por “una colegiala desenvuelta”. Su conocimiento de las casas nobiliarias y de ciertas tradiciones también daba a entender su pertenencia a la clase. Vid. *Vida aristocrática*, 20-XI-1919, para la primera colaboración del Duque y 31-I-1920 para el primer artículo de la Colegiala. Otro factor que resaltó esa familiaridad de *Vida* fueron las fotografías. Según un comentario en uno de sus números, éstas no se pagaban, todas eran enviadas por los protagonistas de las noticias. *Vida aristocrática*, 10-II-1920.

¹⁰⁸ *Vida aristocrática*, 10-XI-1919, el artículo de la condesa trataba sobre un Cristo de su propiedad. El primero de Pérez de Ayala en *Gran Mundo* hablaba sobre el escultor Julio Antonio. *Gran Mundo*, 15-III-1914.

¹⁰⁹ Así lo contó Boyd tras dos meses sin publicar después de su primer número, *Vida aristocrática*, 31-I-1920.

¹¹⁰ *Vida aristocrática*, 15-I-1921.

disminuyendo la frecuencia de la publicación. Ninguna de estas dificultades logró frenar el proyecto que terminó con éxito su primer año¹¹¹.

A comienzos de 1920 Monte quiso subrayar una idea para el año que empezaba. Sin proponérselo, su punto de vista se reflejó con fuerza en las páginas de *Vida* durante ese año. Su razonamiento se iniciaba describiendo los acontecimientos de sociedad ocurridos durante el recién concluido 1919. Aunque, como había escrito el año anterior, el cronista por antonomasia insistía en la condición más íntima de las reuniones de sociedad, su resumen recogía distintas fiestas y otras noticias que conservaban el perfil clásico de las noticias de sociedad:

“la gran verbena de Las Jarillas, en que los opulentos marqueses de Urquijo derrocharon arte y dinero, y los bailes de la condesa de Alcubierre y de la duquesa viuda de Valencia, como las (fiestas) celebradas en los palacios de los duques de Aliaga, de los marqueses de Viana, de la duquesa de Fernán Núñez, o de los duques de Montellano y de Parcent y vizcondes de Eza”¹¹².

Después trataba sobre bodas y muertes –especial mención a la del duque de Santo Mauro y a la del duque de Villahermosa-. Cerraba su artículo deseando que los acontecimientos a ocurrir en 1920 no hicieran pensar en el conocido “cualquier tiempo pasado fue mejor”. En *Vida* todo hacía pensar que la nobleza vivía un buen momento. El hecho de tener una revista exclusiva conllevaba, lógicamente, un mayor seguimiento de sus actividades y el efecto multiplicador que suponía un mayor número de páginas que rellenar podía distraer. La aparición de *Vida* no significaba sin más que esa vida de sociedad experimentará un impulso. Para valorar esto había que leer entre líneas.

Vida dedicó gran atención desde un primer momento a las fiestas, un clásico de la crónica social. Dentro de éstas, las bodas eran un objeto recurrente y algunas tenían una resonancia muy singular. Fue el caso de la unión entre el marqués de Ciutadilla, hijo del marqués de Sentmenat, y la duquesa de Santangelo. Se le dedicaron dos páginas completas con varias fotografías¹¹³. Las fiestas sin más también tuvieron su espacio. La que el conde de Paredes de Nava celebró como apertura de su palacio se relató con

¹¹¹ No hay datos sobre la existencia de un capital empresarial detrás de *Vida*. Lo más probable es que fuera un proyecto del propio Boyd con alguna colaboración económica concreta. En cierta medida, es lógico que no lo hubiera, siguiendo la estructura familiar de sus contenidos.

¹¹² *El Imparcial*, 1-I-1920.

¹¹³ *Vida aristocrática*, 20-V-1920.

todos los pormenores¹¹⁴. En octubre de ese año tuvo lugar la boda del duque de Alba, todo un acontecimiento. Se casó con la marquesa de San Vicente del Barco, hija de los duques de Aliaga. La noticia se anunció en las páginas de *Vida* en agosto, cuando se celebró la pedida de mano en Santander¹¹⁵. El número que trataba de la boda giraba en torno al enlace. Se le dedicaban las páginas centrales y había varias fotos de los contrayentes. Sin embargo, poco se decía sobre la boda en sí. Se celebró en Londres y los invitados no fueron muy numerosos. La historia de ambas familias ocupaba gran parte de la crónica, a lo que se añadía un largo espacio para las actividades del duque. Un mes más tarde se volvió a hablar de la boda, en concreto, sobre los asistentes¹¹⁶.

Fuera por la causa que fuera —la familia estaba de luto por la muerte de la emperatriz Eugenia—, la boda del duque de Alba se convirtió en una clara ocasión perdida. Pocas bodas hubieran suscitado el mismo interés en España —más aún al casarse con otra Grande—, pocas como ésta hubieran servido como impulso al papel simbólico de la Grandeza en la sociedad. Pero la boda se celebró en Londres y, además, en la intimidad. El duelo era algo importante a la hora de justificar lo reducido del público. No obstante, no se puede olvidar que Alba fue uno de los que procuró que los cronistas de sociedad no frecuentaran su casa o, como mínimo, no en cualquier ocasión. Hubo más detalles que sugerían un menor empuje de la vida de sociedad tal y como se había dado hasta entonces y que Monte planteaba una vez más a comienzos de 1920. Un ejemplo fue el comentario recogido al acabar la crónica de la boda del conde de la Maza con la hija mayor del marqués de la Mina. Para Boyd, "fue una gran boda aristocrática, una gran fiesta de sentimientos, una fiesta muy española y muy señorial. Como ya no van quedando muchas". En la boda del duque de Peñaranda ocurrió algo diferente. La boda se celebró en Córdoba, en un palacio de los marqueses de Viana, padre de la novia. En *Vida* se incluyó la crónica que había escrito Monte para *El Imparcial*, pues fue el único cronista que estuvo en la boda. También el luto pesó en esta ocasión¹¹⁷.

Incluso en una revista como *Vida aristocrática* que seguía un esquema tan centrado en el día a día de los nobles, se estaba notando que “cualquier tiempo pasado fue mejor”, como Monte deseaba que no ocurriera. En realidad, cualquier tiempo

¹¹⁴ *Vida aristocrática*, 30-VI-1920. Otra boda que se recogió con mucha atención ese año fue la del conde de Belalcázar con la duquesa de Abrantes, 30-VII-1920.

¹¹⁵ *Vida aristocrática*, 20-VIII-1920. Aquí ya se anunciaba que la boda sería en Londres y en la más estricta intimidad por la muerte de la emperatriz Eugenia.

¹¹⁶ *Vida aristocrática*, 20-X-1920, fue el número dedicado a la boda. La posterior relación de asistentes, 20-XI-1920.

¹¹⁷ *Vida aristocrática*, 20-XII-1920, y 30-XII-1920.

pasado era diferente. Se notó por ejemplo, en la aparición de algunos artículos que, sin ser una sección fija, se referían a casas de la Grandeza pero que no estaban situadas en la capital. Una era de los marqueses de Benemejís de Sistallo en Santillana del Mar. El otro artículo se refería a la finca del conde del Asalto, llamada Castel Grigny¹¹⁸. Eran noticias que parecían subrayar el peso de la Grandeza fuera de la Corte. También aparecieron algunas noticias más sobre posesiones de los Grandes. La atención a la casa se había centrado durante mucho tiempo en su condición de escenario de la fiesta. Aquí adquiriría importancia en sí misma y decía mucho sobre sus poseedores¹¹⁹.

En esta línea de ir contra el prejuicio, también se pudo leer un interesante artículo. Con él, Leon Boyd aseguraba que se comenzaba la sección de “los prestigios de la aristocracia española”. En concreto era una página dedicada al duque del Infantado. En ésta se hablaba de su perfil como destacado industrial y terrateniente. También se hablaba, por supuesto, de su interés por la conservación del arte en sus residencias. Como novedad aparecía una anécdota sobre su hija Cristina. Estudiante de filosofía, Boyd relató cómo ella había respondido a una crítica a la aristocracia de uno de sus profesores, un tal Julián Besteiro. Se procuraba recalcar que también la nobleza se interesaba por la educación de sus hijos. Más adelante se subrayaba una diferencia importante:

“No veremos al duque del Infantado, marqués de Santillana, como jugador de polo o como propietario de cuadras de carreras o como dueño de balandros para las regatas de todos los años, no; (...) le veremos, eso sí, en las solemnidades palatinas, como leal al Trono de Alfonso XIII o en las grandes fiestas de sociedad, en la que figura con el prestigio de su rango”.

Para acabar, se explicaba que el artículo tenía su razón próxima en la concesión a Infantado de la condición de hijo predilecto de Madrid¹²⁰. Fijándose en Infantado, Boyd parecía trazar el ideal de nobleza, tanto en lo positivo como en lo que se debía evitar. Es

¹¹⁸ *Vida aristocrática*, 10-VIII-1920 y 20-IX-1920. El conde del Asalto recibió la Grandeza en el mes de mayo de ese mismo año. En su caso la noticia tuvo también un claro componente justificativo. Monte fue especialista en las descripciones de casas como demostró en un libro llamado *Los salones de Madrid* que fue referencia para artículos de este tipo. Vid. MONTE CRISTO, *Los salones de Madrid*, Madrid, s.f. (entre 1896 y 1898). En *Gran Mundo* el propio Monte habló de residencias pero casi todas eran madrileñas, excepto la del castillo de Manzanares del duque del Infantado.

¹¹⁹ En un número de octubre se habló de los palacios que había reformado el marqués de Valderas en Alcorcón. Señalaba que el cuidado por las reformas era algo extendido y que también lo manifestaban las realizadas por los marqueses de Argüeso en Guadamur, por Infantado en Manzanares y por el duque de Parcent en la Casa del Moro, *Vida aristocrática*, 30-X-1920.

¹²⁰ *Vida aristocrática*, 10-VIII-1920.

significativo que, a pesar de lo reivindicativo del artículo, no se publicaron más con el mismo formato. Quizá no era fácil encontrar otro Grande con las mismas características. El modelo, definido de una forma tan clara, acabó por ser olvidado. Probablemente el interés por otro tipo de noticias desbancó a esos “prestigios de la aristocracia española”.

Vida aristocrática introdujo algunas noticias más que reflejaban, a la altura de 1920, una mezcla entre elementos que respondían a la tradición de la crónica de sociedad y otros que introducían nuevos componentes. La atención a la ceremonia de cobertura de Grandes representó esa primera línea. Esta ceremonia era una de las que mayor tradición tenía en Palacio. A parte de los discursos que allí se pronunciaban, se incluyeron en el artículo algunas fotos de los Grandes participantes. También hubo un artículo específico para la ceremonia de la toma de almohada, acto similar para las mujeres Grandes. En este caso, la redactora describió con un detenimiento minucioso los trajes que llevaban cada una de las asistentes¹²¹. En contraposición a estas ceremonias “clásicas”, resultaba una novedad el comentario sobre algunos nobles –hijos de Grandes los dos- que prestaban servicio en el Ejército. En primer lugar se habló de un hijo de los condes del Asalto que servía como piloto. La segunda noticia recogida fue la muerte en África de José, uno de los hijos del conde de Romanones¹²². El servicio a la patria adquiría una nueva dimensión en el contexto problemático de los enfrentamientos en el protectorado. Junto con esto, otro elemento novedoso tuvo unas connotaciones muy diferentes. Se trataba de una noticia sobre el golf. A parte de hablar sobre su historia, la noticia se orientaba claramente a ensalzar sus bondades como algo muy apropiado para el público femenino. La palabra clave era “independencia”¹²³.

1920 fue un año importante en la orientación que tomaba la vida y la crónica de sociedad. En su carácter exclusivo, *Vida aristocrática* reflejó e influyó en ese desarrollo nuevo, aunque no lo fuera tanto. Las noticias subrayaban la mezcla entre lo típico de la crónica (la fiesta) y algunas novedades, por su contenido (la atención a las residencias en provincias) o por su forma (el comentario sobre el golf). Había semejanzas con lo hecho hasta entonces en los periódicos. También con el proyecto de *Gran Mundo*. No obstante, en *Vida* existía una connotación especial. Se podían observar cambios o

¹²¹ Sobre la cobertura, *Vida aristocrática*, 30-VI, 10-VII y 30-VII-1920; sobre la toma de almohada, *Vida aristocrática*, 30-VII-1920.

¹²² *Vida aristocrática*, 31-I-1920 y 10-XI-1920.

¹²³ En el reportaje de dos páginas se incluían algunas fotos. Aparecían dos mujeres, la marquesa de Villaviciosa, hija del marqués de Viana, y la marquesa de San Vicente del Barco, hija del duque de Aliaga. *Vida aristocrática*, 20-V-1920.

nuevas direcciones, pero la perspectiva no era la misma. Allí la nobleza, la Grandeza en especial, no sólo era la referencia. Estaban haciendo el papel de protagonistas para un público minoritario. La fórmula se estaba agotando.

El año siguiente supuso escasos cambios en esta revista. Dejando a un lado la frecuencia menor –quincenal-, los contenidos tuvieron un perfil bastante similar. Se siguió hablando de residencias de la nobleza fuera de Madrid¹²⁴, de fiestas, de viajes, etc. En cuanto a las fiestas, ese año tuvo lugar una con un carácter muy especial. Se trató de una fiesta organizada por los duques de Medinaceli para honrar la visita de los Reyes de Bélgica a España. La visita ocupó páginas en todos los periódicos y la fiesta de los duques se siguió con un interés especial. Leon Boyd en *Vida aristocrática*, Monte Cristo en *El Imparcial* y Gil de Escalante en el *ABC* ofrecieron sus crónicas. El palacio del duque en la plaza de Colón tenía gran cantidad de objetos de arte y Boyd y Monte se encargaron de recordarlo en sus noticias. También insistieron en la recuperación de distintas salas después del incendio que destruyó parte del palacio en 1917. La asistencia a la fiesta fue numerosa y, presidiéndola, aparecían los Reyes de España y de Bélgica. Sin embargo, hubo un momento que centró la atención de estos tres cronistas. Se trataba del baile.

Para la ocasión, los anfitriones eligieron un baile conocido como rigodón, poco frecuente en esos momentos, típico de la época de la Regencia. Monte y Gil de Escalante tomaron pie del baile para hablar de ese rigodón como muestra de una época que se marchaba. En su momento, la muerte de la marquesa de Squilache y, después, la del duque de Tamames provocaron el mismo comentario. Ahora no sólo era el baile como decían los cronistas, también la manifestación clave de esa vida social –la fiesta– parecía responder a algo pretérito. En el palacio de Medinaceli aquel rigodón lo bailaron sólo unos pocos: duque de Medinaceli, duquesa de San Carlos, duquesa de Montellano, marqués de Bendaña, condesa de Peñaranda de Bracamonte, marqués de Viana, duquesa de Plasencia, príncipe Pío de Saboya, duquesa de Lerma, marquesa de Santa Cristina, duque de Montellano y condesa de Rivadavia. También el general Milans del Bosch y la señora de Dato. Hubo también una amplia representación de distintos embajadores. Sin

¹²⁴ Por ejemplo, en el primer número del año se hacía un reportaje sobre Villa Mena, residencia de los condes de Heredia Spínola en Bilbao. *Vida aristocrática*, 15-I-1921. Este artículo contiene un matiz importante. Villa Mena no era una residencia “histórica” como la del Infantado, ni siquiera seguía un patrón parecido al de esas propiedades, como hicieron los marqueses de Valderas en Alcorcón. El cambio mezclaba lo antiguo –la idea de que un Grande se asentaba o tenía relación con alguna propiedad fuera de Madrid– con lo nuevo –el emplazamiento y comodidades de un lugar como Villa Mena–.

embargo, en cuanto a los españoles, estaba muy claro cuáles eran las referencias en esa situación. Excepto los dos últimos, todos eran Grandes o hijos de Grandes. Su origen era diverso pero el elemento que les definía era evidente¹²⁵.

El anunciado fin de las grandes fiestas parecía vivir un paréntesis con esta celebración. Sin embargo, la crónica lo supo ver bien, ya no jugaban el mismo papel. Es cierto que esas fiestas seguían teniendo hueco en la sociedad. Sin embargo, como en el caso de la fiesta en el palacio de los duques de Medinaceli, eran demasiadas cosas las que se tenían que poner en juego para alcanzar el reconocimiento de otros momentos. Una visita real, la presencia de los Reyes de España, la apertura de un palacio después de un tiempo clausurado: sería extraño que en esas condiciones no se hubiera despertado algo de expectación. Sólo fiestas como ésta o las celebradas en el palacio de Liria, el de Montellano o Urquijo parecían tener la relevancia suficiente. Esto explica también la trascendencia que se daba a las bodas que ocupaban cada vez más el hueco dejado por las fiestas. La posición privilegiada de los Grandes parecía estar aún vigente, los participantes en el rigodón lo demostraban. Sin embargo, lo que estaba cada vez menos claro es si alguien más quería bailarlo: era un baile demasiado antiguo, representaba otra época como habían intuido los cronistas. Actos sociales como el rigodón, también las propias fiestas en las grandes casas dejaban de definir el prestigio social, debido a una combinación sutil entre la menor asiduidad y diversidad –el fin de un tren de vida- y un giro en la atención de los “espectadores” hacia otro tipo de vida de sociedad, en la cual el título no era tan importante y las actividades seguían unas dinámicas que no se ceñían a los esquemas anteriores.

En cierto sentido, esta idea la transmitió el cronista del *ABC*, Gil de Escalante. Por esas fechas ya era un fijo en la sección. Meses después de la fiesta en honor de los Reyes de Bélgica, nada más empezar 1922, escribió el resumen del año de sociedad. En un tono diferente al que utilizaban Monte o Boyd –Escalante era más desenfadado¹²⁶– resumió la fiesta de Medinaceli. También incluyó alguna más como la que los condes de Torre Tagle celebraron en honor del infante D. Fernando, sin punto de comparación con la de Medinaceli. Después habló de las bodas. En otro momento de ese periódico

¹²⁵ La duquesa de Lerma no tenía ningún tipo de ascendencia noble y su presencia subraya el carácter asimilador de la Grandeza. Sin embargo, bailando el rigodón quedaban pocas dudas de en qué sentido se producía la incorporación. María Luisa Bahía se había casado con el duque de Lerma, tío del duque de Medinaceli, en febrero de 1918.

¹²⁶ “Los almacenes de ABC no contienen el papel necesario para hacer desfilar el inacabable cortejo de novias que han despoblado de flores todos los naranjos de Murcia y Valencia”, con este comentario acabó Escalante su relato de las bodas del año. *ABC*, 1-I-1922.

resumen del año 1921 se había hablado de la boda de la hija de la duquesa de Parcent con un príncipe alemán y, por eso, sólo la mencionaba de pasada. Sin embargo, Escalante recogía aquí los enlaces del duque de Alba, del duque de Peñaranda y del conde de la Maza con una hija del marqués de la Mina. Lo que no decía Escalante es que las tres bodas tuvieron lugar el año anterior, en 1920, no en 1921. Obviamente se trataba de un error del cronista. El fallo también decía algo más.

La relación entre la crónica social y sus cronistas con la vida que llevaba la nobleza era muy estrecha. Más que reflejar un desconocimiento, descuidar este tipo de datos transmitía un interés bastante secundario por el tema. En la sección de sociedad de ese mismo día parecía justificar su error: "algún cronista juicioso ha señalado el triunfo lamentable de la vida cosmopolita sobre la vida propia del gran mundo de las mansiones señoriales". Esa vida cosmopolita –difícil de definir- también vencía al gran mundo, aquel que dominaban los Grandes, en las mismas páginas de sociedad. Hasta esos años se puede decir que la nobleza, y muy especialmente la Grandeza, tuvo un lugar preferente en la vida de sociedad. Las actividades que llevaban a cabo copaban las secciones de los periódicos y les convertían en un referente. Al mismo tiempo, esas fiestas, bodas, incluso su muerte, perfilaban una forma de vida social que se puede entender en el sentido de *habitus* propuesto por Bourdieu.

Entre 1914 y 1921 la prensa transmitió un modelo de vida social que giraba alrededor de los Grandes. Se les daba un espacio a ellos y a sus actividades. En cierta medida su presencia fue mantenida durante esos años y difundida en ámbitos muy diferentes. Ellos, durante ese tiempo, no renunciaron a ese lugar privilegiado y mantuvieron su modo de vida que tenía un claro carácter proyectivo, de cara a los demás. El atractivo que suscitó el título durante esos años y que se pudo percibir en los ennoblecimientos otorgados durante este periodo tuvo en la dinámica de la vida de sociedad una de sus explicaciones más firmes. Después de este análisis, el interés amplio por el acceso a los títulos se puede entender como constatación del impacto que tuvo la descripción de la vida social. Aunque entre 1914 y 1919 existieron diferencias e incorporaciones que no sólo respondieron al esquema que tenía en los Grandes su cúspide, parecían modificaciones que podían asumir en su modelo. Sin embargo, entre ese año y 1921 las pautas clave que regían esa vida de sociedad se vieron modificadas. Los medios prestaron una atención menor y diferente (el público a quien se dirigían esos periódicos no era el mismo). La vida de sociedad cambió en sus contenidos, no

tanto en sus protagonistas. Estas novedades anunciaban una década distinta pero que, a pesar de todo, seguiría teniendo en los Grandes una constante referencia, eso sí, en declive.

La familia.

El análisis de los ennoblecimientos en estas mismas fechas condujo a una gran parte de los historiadores sociales del periodo a hablar de una cooptación burguesa al rango nobiliario. Esta búsqueda ansiosa del título hacía pensar en el atractivo que tenía la condición de noble. Sin embargo, aunque ese ennoblecerse era una estrategia de distinción social clara por parte de algunos miembros de la burguesía, no explicaba los componentes del atractivo que ejercían los nobles. Por otra parte la nobleza, y en especial la Grandeza, no fue un simple espectador de esa cooptación y procuró limitar de alguna forma esos ennoblecimientos, como se ha comprobado en la actividad de la Diputación de la Grandeza. Principalmente, ésta intentó que los aspirantes se atuvieran a una serie de criterios ‘históricos’. La mezcla tan proclamada entre nobleza y burguesía quedaba matizada. Poner en entredicho esa posible simbiosis –este concepto será estudiado en otro capítulo- permite preguntarse por los motivos que situaron a la Grandeza como un grupo de prestigio tan señalado. Tras las crónicas y guías se adivina una razón para ese éxito: la solidez del grupo basada en sus relaciones de parentesco. La familia en la Grandeza era un elemento de distinción claro: primo, tía, cuñado o suegro... todas estas categorías constituían parte de su deferencia, se reconocían y cultivaban como parte importante de su condición.

En este sentido, los matrimonios de la Grandeza han sido objeto de estudio como elemento clave para entender su configuración como grupo social. El análisis de éstos durante un periodo amplio permite observar como los Grandes de España siguieron una estrategia matrimonial que favorecía la renovación del grupo al mismo tiempo que restringía la incorporación de personas que no formaran parte de él. Mientras generación tras generación se aceptaban nuevas caras, existían limitaciones a esa apertura que se observaban de una forma clara en el porcentaje prácticamente fijo de matrimonios endogámicos entre familias que ostentaban la Grandeza.

En un análisis sobre el origen social de las esposas con quienes los Grandes contrajeron matrimonio, Carmona y Fernández señalaron una serie de comportamientos

de interés¹²⁷. Por una parte y como una constante desde el reinado de Fernando VII, la Grandeza contrajo matrimonio con mujeres no tituladas en un porcentaje cercano al 30%. En este sentido, la renovación de la Grandeza parece evidente. Otro dato a tener en cuenta era el número de Grandes casados con mujeres que pertenecían a la Grandeza. Este porcentaje sufrió una variación notable en siglo y medio: desde un 40% a principios del XIX se pasó a un 20%. Además, estos autores subrayaban el hecho de que las mujeres de familia perteneciente a la Grandeza cada vez fueron más proclives al matrimonio con Grandes de reciente creación a partir del comienzo del siglo XX (de un 17% de bodas a comienzos del XIX, se pasó a un 38% de matrimonios de este tipo a inicios del siglo siguiente). Aunque enfatizaban la creciente apertura, hablaban de una “tradición moderna” para calificar las estrategias matrimoniales seguidas por la Grandeza como grupo social, señalando la combinación bastante equilibrada entre ambas pautas¹²⁸.

Al analizar concretamente los matrimonios durante la segunda y tercera década del XX, la tendencia aperturista de éstos entre la Grandeza confirmaba ese aumento anunciado. Sobre 224 matrimonios analizados, en 82 casos el Grande en cuestión contrajo matrimonio con una persona que no tenía ningún título nobiliario. Sin embargo, en otros 59 casos los Grandes se casaron con otro/a Grande de España o hijo/a de Grande de España. El porcentaje restante corresponde a bodas con personas que ostentaban un título sin Grandeza. En este sentido es sintomático del grado de apertura que los mismos porcentajes se mantuvieran casi exactamente para los matrimonios en los que la esposa era quien ostentaba la Grandeza¹²⁹. De 60 matrimonios en los que la

¹²⁷ CARMONA PIDAL, Juan y FERNÁNDEZ DELGADO, Javier, "La tradición moderna: la política matrimonial de los grandes de España (1800-1923)" en BAHAMONDE, Ángel y OTERO, Luis Enrique, *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, 1989, pp. 596-619. Los resultados que Anthony Cardoza ofrece sobre los matrimonios de la nobleza en el Piamonte para un periodo parecido llaman la atención por lo similar de sus conclusiones generales, algo menor en el porcentaje de enlaces con no nobles (él lo sitúa en torno al 20%). También es de gran interés el concepto que Cardoza plantea al hablar de ‘límites de la fusión’, al fin y al cabo, otra forma de aludir a la ‘tradición moderna’. CARDOZA, Anthony L., *Aristocrats in bourgeois Italy*, Cambridge, 1997, p. 178-181.

¹²⁸ Desde la sociología de la familia se ha insistido en la idea de que la inexistencia de una obligación a la hora de contraer matrimonio no hace menos estratégica la celebración del mismo. Esta apreciación es de gran interés para comprender las pautas matrimoniales de los Grandes. En este sentido, algunos autores han establecido una serie de filtros que se ponen en juego en las estrategias matrimoniales. Uno de ellos, el que Van Parijs subrayó como fruto del “ambiente interno” de la familia, pretende alcanzar el equilibrio estable en ésta (entendida en un sentido amplio). Este criterio fue el que más pesó para la Grandeza durante este periodo analizado por Carmona y Fernández. GARRIDO MEDINA, Luis y GIL CALVO, Enrique, “El concepto de estrategias familiares” en ídem (eds.), *Estrategias familiares*, Madrid, 1993, pp. 13-34.

¹²⁹ Cfr. MORENO DE GUERRA, Juan, *Gula de la Grandeza*, Madrid, 1925. Moreno dio datos sobre 224 matrimonios lo cual, para los 266 Grandes de las que él hablaba, permite ofrecer conclusiones con

Grandeza recaía en la mujer, 23 se realizaron con alguien que no tenía ningún título y 18 con un Grande o hijo de Grande de España. No obstante, si se observan los títulos con más detenimiento, llama la atención la coincidencia entre las casas con más tradición y las mujeres que eligen casarse con un Grande de España. La duquesa de Algete, la de Almazán, la marquesa de Camarasa, la de Mondéjar, la duquesa de San Carlos o la marquesa de San Vicente del Barco contrajeron matrimonio con hombres procedentes de una casa con tradición en la Grandeza de España.

En definitiva, esta tendencia aperturista de la Grandeza fue notable pero quedaría bastante matizada –aunque no negada- al detenernos en este tipo de datos. Al igual que con las mujeres, algunos de los principales títulos conservaban la tendencia a enlazar con otras casas con Grandeza. El duque de Alba, el marqués de la Mina, el duque de Medinaceli, el marqués de Santa Cruz, el duque de Tamames, el marqués de Alcañices o el conde de Sástago contrajeron matrimonio con una hija de Grande de España. Incluso otros Grandes más recientes como el marqués de Viana o el conde de Torre Arias también hicieron lo propio. En cuanto se refiere al parentesco lo destacable no sólo es el mantenimiento de un patrón en la elección matrimonial, reconocible aún estos momentos. Lo más destacado fueron las frecuentes relaciones establecidas entre las distintas casas, lo cual estaba en conexión absoluta con su importante presencia en la vida de sociedad. El parentesco fue una vía clara a través de la cual los Grandes consiguieron mantener y multiplicar su atractivo. La conexión con el tema de las estrategias matrimoniales es obvia pero una excesiva insistencia en éstas hace olvidar la consecuencia de la boda: cuando era un matrimonio entre iguales suponía la creación de toda una serie de relaciones entre las distintas familias que, como el eco, se multiplicaban a partir de otros enlaces familiares previos. En el mismo sentido cabe interpretar los enlaces ‘desiguales’, si bien en estos el peso de las relaciones en su desequilibrio no hacía sino remarcar la importancia que se daba a la red a la que se podía acceder (aunque suponer que el matrimonio implicara directamente la apertura a esa red sea algo excesivo).

La prensa de sociedad no se refería directamente a estas relaciones. Tampoco las guías. No las medían ni las interpretaban en sus páginas. Sin embargo, estaban por todas partes. Las bodas, las fiestas y, muy especialmente, las muertes y sus lutos repetían cada

bastante precisión. En algunos casos no daba datos porque, simplemente, el Grande en cuestión no estaba casado.

una de las relaciones de parentesco entre los distintos implicados. Tuñón definió estas relaciones como un “galimatías heráldico familiar”¹³⁰. No le faltaba razón ante lo tupido y complejo de los vínculos. De los más de 260 Grandes que se podían contabilizar, 102 de ellos estaban unidos por vínculos de primer o segundo grado¹³¹. La familia se suele analizar a partir del árbol genealógico, muy especialmente en el caso de los nobles. Cuando se observa en el presente se convierte en una red con vínculos de gran interés¹³². En esas conexiones estuvo, sin duda, uno de los principales atractivos que desplegó la Grandeza e influyó en la singular trascendencia que tuvo en el momento. Obviamente los matrimonios fueron una estrategia importantísima y una forma de acercarse al papel que los Grandes podían seguir desempeñando. Sin embargo, en la relación fue donde se encontraba ese atractivo y el matrimonio era sólo una primera pieza en la red que se ponía en marcha. En los años que se han analizado estas relaciones representaron un elemento de prestigio evidente a favor de los Grandes quienes, mejor que nadie y durante mucho tiempo anteriormente, habían desplegado todo tipo de vínculos entre sí y, a través de ellos, incorporaban gentes nuevas siguiendo pautas de gran interés. Por otra parte, también se podía observar en algunos casos una ausencia de esas mismas relaciones. En gran medida, estas ausencias señalaban una trascendencia menor de esa casa en concreto. Por el contrario, esta “independencia” reflejó una opción por otras posibilidades alejadas de los Grandes, que suponía a su vez otro tipo de relaciones de gran interés.

Si se observa un grupo concreto de Grandes elegido más o menos al azar, el peso de las relaciones familiares parece evidente. Como ejemplo se pueden analizar los parentescos más directos de los miembros del consejo de la Diputación de la Grandeza de España en el momento en que elevaron su queja a Alfonso XIII, a mediados de 1914. Su decano era, por entonces, el duque de Tamames. Estaba casado con una hermana del anterior duque de Alba, por lo cual era tío del duque de Alba, del duque de Peñaranda y de Sol, duquesa de Santoña. El duque de la Vega, secretario de la Diputación, era duque consorte. Era pariente de la duquesa de Abrantes y cuñado del duque de Veragua. El

¹³⁰ Así lo comenta Becarud a la vez que resalta el esfuerzo de Tuñón por resolver ese difícil “galimatías”. Vid. BECARUD, Jean, “La nobleza española desde Alfonso XII hasta 1931: presentación de conjunto y comparación con otras aristocracias europeas” en EXTRAMIANA, José (ed.), *Les elites espagnoles a l'époque contemporaine*, Pau, 1984, pp. 64-5.

¹³¹ MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía de la Grandeza*, Madrid, 1925.

¹³² ATIENZA MEDINA, Rafael, “Heredar el mérito. Los cuerpos de nobleza”, *Discurso leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, Sevilla, 2003, p. 96. Este autor pone el énfasis en el carácter reticular de esas relaciones si bien no deben olvidarse la importancia de la dimensión “arbórea” en cuanto que implica también –y mucho– al pasado.

marqués de Rafal era tío del duque de Arévalo del Rey, título de reciente creación (y que trajo cierta polémica en su concesión). Su madre era la condesa de Vía Manuel. Otro de los vocales, el marqués de Castelar, fue el Grande que tuvo más hijos en esta época. En concreto tuvo catorce de su matrimonio con una hija de los marqueses de Perales del Río, Grandes de España. Quizá su yerno más famoso fuera el conde de Sástago, quien se había casado con su hija mayor en 1913. El duque de Parcent no tenía ninguna relación relevante. Aunque el origen del título era bastante anterior, se le otorgó el ducado en 1914. El conde de Revilla Gigedo tampoco tenía parentescos inmediatos entre la Grandeza. Sin embargo, el marqués de Santa Cruz era todo lo contrario. Era hijo de la duquesa de San Carlos, hermano del conde de la Unión, quien en pocos años sería duque de Miranda, y estaba casado con una hija del segundo matrimonio del duque de Santo Mauro. El duque del Infantado tenía varios parientes con título nobiliario. Su tío el conde del Serrallo, quien falleció en 1917 cediéndole el título, era Grande de España. También era primo del marqués de Torrecilla. El marqués de Cenia era hermano del yerno de los marqueses de Mondéjar. El conde de Heredia Spínola era tío del marqués de Alcañices y de la duquesa de Algete. El conde de Almodóvar estaba casado con una hermana del conde de Romanones, el duque de Tovar y el duque de las Torres, todas grandezas de creación bastante reciente como la suya, otorgada en 1875. Por otra parte, su primogénito se había casado muy poco tiempo antes con una hermana del marqués de Aguilar de Inestrillas. El marqués de Hoyos estaba casado con una hija de los duques de Almodóvar del Río, también marqueses de la Puebla de los Infantes. A su hija mayor le cedió el ducado de Algeciras a la muerte de su suegra. Para acabar, el último de los catorce miembros de la Diputación era el duque de la Conquista, consorte, hijo de los condes de Puñonrostro.

Este análisis de un grupo concreto pone de manifiesto algunos factores muy interesantes. Se puede observar como algunas familias desplegaron un nivel de conexiones muy amplio entre otras familias con Grandeza. Esto tenía consecuencias de gran importancia como las acumulaciones de títulos o las herencias que se estaba en disposición de recibir. Mucho más complejo de analizar serían las implicaciones que tenían los vínculos desde el punto de vista de las relaciones sociales, que se plasmaban en la crónica de sociedad. Por otra parte, algunas de las ausencias de parentesco señalaban algo interesante. El conde de Revilla Gigedo era un Grande de gran relieve en Asturias. Su opción por no enlazar con otros Grandes, algo más o menos mantenido a lo

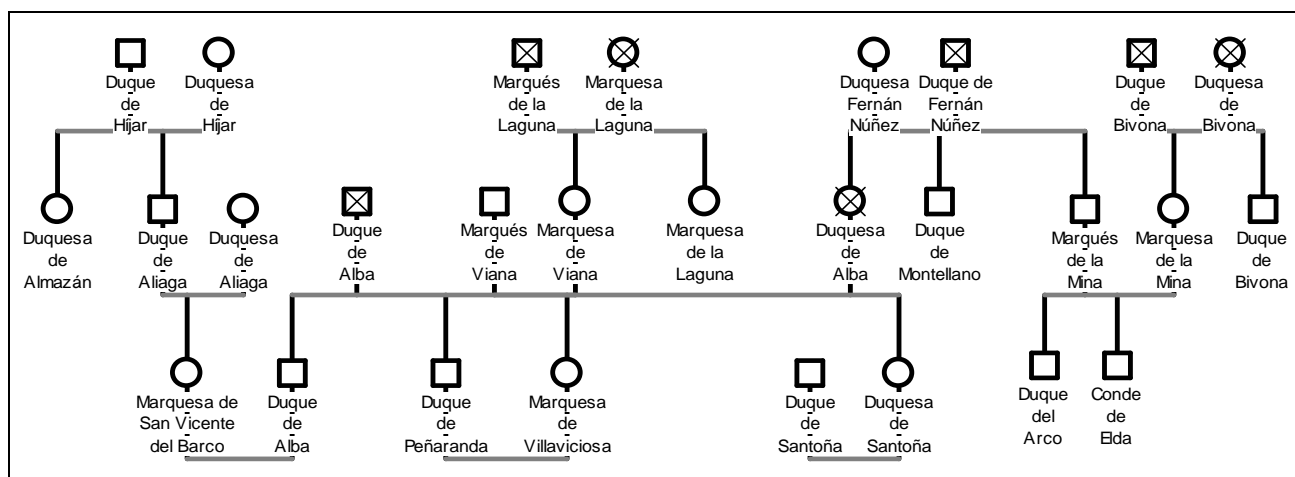
largo del tiempo, también había culminado en una posición muy respetable. Aunque pueda parecer contradictorio, lo relevante de este personaje es que anunciaban otras posibilidades: se podía ser Grande, no tener apenas vínculos familiares con otras Grandezas y tener un prestigio muy consolidado. En general, las relaciones familiares eran un elemento de distinción claro, que podía iniciarse en un momento dado pero que necesitaba de un cultivo, no se podía improvisar. Esa relación era la que estaba presente y se valoraba por entonces, también era la que señalaba los Grandes con mayor prestigio. Sin embargo, se apuntaban de forma clara otras posibilidades lo cual conecta con los cambios que se van a consolidar en la década siguiente, cuando el prestigio de la Grandeza cambie en sus componentes.

La unión entre ese prestigio de la nobleza y sus relaciones queda especialmente de manifiesto en las conexiones alrededor de la familia Alba. Algo se ha apuntado al hablar del duque de Tamames pero merece la pena subrayar este ejemplo extremo para comprender la importancia del parentesco, las relaciones a las que éste conducía y el prestigio que la suma de todos esos lazos familiares acababa teniendo. Como se ha visto anteriormente, el duque de Alba se casó en 1920 con la marquesa de San Vicente del Barco. Ésta era hija del duque de Aliaga, quien a su vez era hijo del duque de Híjar y hermano de la duquesa de Almazán. Alba tenía dos hermanos, el duque de Peñaranda y la duquesa de Santoña. Peñaranda se casó poco después que su hermano con la marquesa de Villaviciosa, hija del marqués de Viana. La mujer de Viana, suegra de Peñaranda, era hermana de la marquesa de la Laguna quien estaba casada con el marqués de Riscal. Mientras, la duquesa de Santoña tenía este título como mujer de Juan Manuel Mitjans, quien se había casado con ella después de haber enviudado de una hija del marqués de Murrieta¹³³. Volviendo al inicio, el padre del duque de Alba estuvo casado con una hija de la duquesa de Fernán Núñez y ambos fallecieron a comienzos de siglo. Esto suponía que el marqués de la Mina y el duque de Montellano eran tíos de Alba, Peñaranda y Santoña. Al mismo tiempo, el conde de Elda y el duque del Arco eran primos de estos tres. Sin olvidar que Mina estaba casado con una hermana del

¹³³ La frecuencia con que miembros de la Grandeza volvían a contraer matrimonio era notable. En algunos casos suponía un claro aumento de su prestigio, como fue la segunda boda del duque de Santoña, o de su posición económica, como ocurrió con la segunda boda del duque de Andría, ésta con la marquesa de Yurreta y Gamboa, heredera de Benito Alzola y Juan de Gurtubay, importantes industriales vascos. Otros se casaban en segundas nupcias sin una razón aparente. Según los datos de Moreno de Guerra dieciséis Grandes varones contrajeron un segundo matrimonio y tres mujeres hicieron lo propio. También en este punto parece obvio el interés que tenía seguir sumando relaciones.

duque de Bivona. De todos los títulos mencionados, sólo dos no llevaban unida la Grandeza. Alrededor de la casa de Alba estaban en contacto 17 títulos con Grandeza.

Cuadro 1. Relaciones familiares alrededor de la Casa de Alba.



Fuente. Moreno de Guerra, Juan, *Guía de la Grandeza de España*, Madrid, 1925.

Se puede concluir que la familia y las relaciones que en ésta se desarrollaban fueron fuente e ingrediente de poder social para los Grandes. Esto no niega que existieran algunos miembros de la Grandeza con un prestigio consolidado que no fomentaron esas relaciones con otros miembros del grupo y que, en cambio, tuvieron un reconocimiento amplio en esos momentos. Además, esas relaciones que suponían un atractivo claro no eran accesibles para cualquiera, a la vez que algunos –no muchos– podían incorporarse a la red desplegada. La sensación de que en aspectos muy distintos la actitud de la Grandeza era contradictoria resulta patente. Para Juan Pro, estas contradicciones se explicarían en la condición eminentemente contemporánea de la Grandeza. Lo que definiría esa contemporaneidad sería su condición de red social antes que elite procedente del pasado. El estudio en perspectiva de las casas nobiliarias le llevaba a concluir de esta forma, señalando que muy pocas casas habían conservado sus orígenes familiares desde el siglo XIX y que el aumento incontestable de Grandezas desde esa fecha hacía imposible su identificación con un pasado lejano¹³⁴. Sin embargo,

¹³⁴ PRO RUIZ, Juan, "Aristócratas en tiempos de Constitución" en DONÉZAR, Javier y PÉREZ LEDESMA, Manuel, *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola. 2. Economía y*

aunque su contemporaneidad es innegable y queda subrayada por todo lo analizado en páginas anteriores, a la altura de la segunda década del siglo XX no es algo que se pueda sustraer a de la dimensión clave que la Grandeza siguió jugando fundada en la Historia. La familia, las cuidadas relaciones de parentesco y una estrategia matrimonial aún bastante evidente fueron fundamento de su éxito en esas circunstancias y signo de distinción.

Palacios.

Probablemente los palacios puedan aclarar algunas de las contradicciones que planteaban las familias. Las pautas de residencia de la Grandeza durante este periodo fueron de especial interés. Lo realmente significativo del momento fue que, además de las pautas en sí, las residencias jugaron un papel clave. Siempre habían sido para la nobleza elemento de distinción, de prestigio. A comienzos del XX lo siguieron siendo con el valor añadido de la relevancia especial que adquirió esta tipología arquitectónica como instrumento de diferenciación basado en elementos que seguían perteneciendo a la nobleza en gran medida¹³⁵. Sin embargo, este proceso comenzó mucho antes y no de una forma que les fuera favorable: las nuevas elites parecían dominar esa segregación residencial. Los palacios, las residencias de la nobleza se han estudiado habitualmente en el contexto de la reordenación del patrimonio de este grupo durante el siglo XIX y

sociedad, Madrid, 1995, pp. 615-30. Como se ha comentado, en este artículo el autor analiza las creaciones de Grandezas y la continuidad de los apellidos –en definitiva, de las familias- para concluir en esa idea de la “contemporaneidad” de la Grandeza. En realidad, su intención principal pretende ser sustraer el estudio de este grupo social del debate planteado acerca de la continuidad y el cambio en esa coyuntura histórica. No tanto por su escaso interés –que lo tiene- sino por una cierta redundancia en algunos de los juicios emitidos al respecto. Su aportación resulta interesante en la medida en que trató de acercarse a la Grandeza alejándose un tanto de la rémora –prejuicios al fin y al cabo- que podía ser verse en la necesidad de posicionarse en uno u otro bando. Sin embargo, la perspectiva diacrónica amplia difumina la importancia del mantenimiento de esas pautas en familias concretas y no plantea la trascendencia de las relaciones de parentesco en un momento concreto. Si se fijó en la concentración de títulos por parte de algunas familias –p. 626-, lo cual interpretó como un signo la decadencia demográfica de algunos linajes. Este aspecto, que no se ha tratado directamente, parece también un impulso claro en el prestigio de algunas casas concretas que les situaría en una posición muy adecuada a la hora de distinguirse del resto (de hecho señalaba las familias de algunos linajes clave: Villahermosa, Fernán Núñez, Híjar, Corvera, Altamira, Santa Cruz y Medinaceli).

¹³⁵ El profesor Navascués señaló como un posible motivo del “desprecio” de esta arquitectura su alejamiento de la corriente modernista, que sería más auténtica, más propia del momento. En segundo lugar, Navascués vinculaba en la vivienda el interés por la arquitectura y su ubicación, lo cual conduciría de nuevo a conclusiones similares sobre las conclusiones segregacionistas en el Ensanche. Un buen ejemplo de las interesantes interpretaciones que se derivan de este vínculo fue el trabajo de Clementina Díez de Baldeón. DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986. Sin embargo, Navascués señalaba algo original al referirse específicamente a la residencia de la nobleza. NAVASCUÉS PALACIO, Pedro, "La residencia aristocrática de la burguesía madrileña" en VV.AA., *Palacios de Madrid*, Madrid, 2010, p. 275

del establecimiento de patrones segregacionistas en la configuración de las ciudades y, especialmente, de los Ensanches¹³⁶. Por otra parte, la inmensa mayoría de los Grandes tenían su residencia en Madrid aunque no vivieran allí todo el año –ni muchos menos–, lo cual conduce a ofrecer una interpretación muy centrada en la capital. Esto no supone una visión “centralista” del problema. Sin embargo, es en Madrid donde surgió y allí hay que abordarlo principalmente. El peso de la vivienda de la Grandeza en otras ciudades –Barcelona, Sevilla, Valencia y Oviedo– fue menor aunque también tuvo un lugar en los cambios que esas ciudades vivieron a comienzos del XX. Sin embargo, este peso de lo madrileño hace que la interpretación “segregacionista” del desarrollo de Madrid, y especialmente de su Ensanche, tenga muchas implicaciones para los Grandes.

A partir de la década de 1860 se comenzaron a levantar a lo largo del eje Prado-Recoletos-Castellana diferentes palacios. En gran parte eran residencias para la nueva nobleza, algunos de ellos con Grandeza, pero casi nunca con una tradición amplia. Por supuesto, se trataba del palacio del marqués de Salamanca. Pero también estaban el de Xifré, acabado en 1865, el de Anglada –finalizado en 1876– o, un poco más recogido de ese entorno, el de Zabálburu, terminado en 1878. En ese periodo el barrio colindante de Fernando el Santo experimentó un alza en sus alquileres cercano al 700%, señalando el inicio y consolidación de esos espacios como foco de segregación espacial en zonas muy definidas del Ensanche. Mientras, en esas mismas fechas, el barrio de Salamanca no tendría aún esa connotación de una forma tan evidente, conviviendo por el momento población más variada¹³⁷. Uno de los principales promotores de la urbanización de la zona, Miguel Sáinz de Indo, construyó una serie de hoteles y eligió uno para quedárselo como vivienda. El arquitecto fue Agustín Ortiz de Villajos, de gran fama en el Madrid de la época. Unos años más tarde realizaría más palacios en la zona: en 1877 para el conde de Casa Valencia en el paseo de la Castellana número 5, y entre 1881 y 1884 para

¹³⁶ BAHAMONDE, Ángel, "Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)" en BAHAMONDE, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid, 1986, pp. 353 y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y RUEDA LAFFOND, José Carlos, "Los grupos sociales", en *Hª de España Menéndez Pidal*, vol. XXXIII, Madrid, 1997, p. 108. Al hablar del Ensanche de Bilbao, García Merino decía que no se trataba sólo de una nueva ciudad, también era la “expresión del prestigio de la sociedad que lo realizaba”. GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.), *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, 1992, p. 112.

¹³⁷ CARBALLO, Borja, PALLOL, Rubén y VICENTE, Fernando, *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, 2008, p. 130. Para el periodo 1860-1880 se ofrece un aumento desde 16,5 a 130 ptas. en el alquiler medio del barrio. Por otra parte, es importante señalar que aún el barrio se encontraba poco poblado, en torno a las 1.300 personas. En el caso de Salamanca, la segregación vertical siguió jugando un papel evidente (si bien el número de criados censados apuntaba su condición de barrio privilegiado). Esto también tenía mucho que ver con su mayor población, cercana a las 7.000 personas. MAS HERNÁNDEZ, Rafael, *El barrio de Salamanca*, Madrid, 1982, p. 175.

el duque de Medina de las Torres, en el paseo de Recoletos número 23. Pese al éxito alcanzado y su elección por estas casas nobiliarias, los trabajos de Ortiz de Villajos no fueron ni modelo para el resto ni tuvieron mayor repercusión en este ámbito¹³⁸. Los otros palacios mencionados fueron obra de distintos arquitectos. Si algo destacó fue la variedad de estilos y propuestas como denominador común. El palacio de Salamanca destacaba por su estilo neoplateresco, el de Zabálburu por la propuesta neomedieval de José Segundo de Lema, su arquitecto. Por último, el palacio Xifré se podía considerar una auténtica rareza en el momento por su marcada arquitectura neoárabe –“capricho excéntrico” lo llamó Fernández de los Ríos-. Había un historicismo arquitectónico muy acusado aunque en esa etiqueta cabían posibilidades muy diferentes. Obviamente el mismo tamaño y emplazamiento buscaba la distinción de los dueños pero en buena parte como respuesta a lo que existía hasta entonces: ni el origen de los dueños, ni el emplazamiento, ni la arquitectura buscaban imitar algo anterior.

Si esa segregación y esas construcciones tenían a los nuevos nobles y a burgueses enriquecidos como grandes baluartes –el duque de Medina de las Torres sería la excepción-, los Grandes parecían en retirada. El gran ejemplo sería la venta del palacio del marqués de Alcañices en Cibeles –tasado en 1882-, no sólo por su fin como residencia, si no también por la necesidad que tenía el marqués de ese dinero para saldar sus deudas. El duque del Infantado también vendió su palacio en el centro de Madrid en 1881.

Sin embargo, a comienzos del XX la nobleza, muy especialmente la Grandeza, y sus palacios fueron de nuevo una referencia. En primer lugar, algunos Grandes levantaron sus propios palacios en el eje Prado-Castellana-Recoletos hasta entonces algo ajeno a ellos –Casa Valencia y Medina de las Torres sólo se habían asomado y la residencia de Alcañices estaba muy marcada por lo que había perdido-. El duque de Montellano, el duque de Aliaga o el duque de Híjar construyeron sus viviendas en el entorno de la Castellana entre 1904 y 1908. En el caso de Montellano, su palacio fue especialmente llamativo, no sólo por sus dimensiones y las de sus jardines, también porque se construyó derribando previamente el palacio que Indo tenía en el paseo del Cisne. El duque había comprado el palacio de Indo tres años antes, lo derribó y,

¹³⁸ Para González-Varas, su gran competencia en estos aspectos estuvo en que supo "complacer a la nobleza desplegando un eclecticismo de matriz clasicista del que da buena muestra este palacete (refiriéndose al de Casa Valencia)", GONZÁLEZ-VARAS IBÁÑEZ, Ignacio, *Los palacios de la Castellana. Historia, arquitectura y sociedad*, Madrid, 2010, p. 187

basándose en un proyecto del arquitecto francés Samson, se hizo construir uno nuevo por Juan Bautista Lázaro de Diego y Joaquín Saldaña. Ambos habían participado en la construcción del palacio del duque de Santo Mauro apenas dos años antes¹³⁹. El diseño de los jardines fue encomendado a Forestier, quizá el paisajista más importante del mundo. Hasta entonces, Montellano vivía con su familia en el palacio de Cervellón, situado en la calle Santa Isabel, en el centro de la ciudad.

Aunque tuvieran un origen muy distinto, el conde de Gavia –gracias en gran medida al dinero aportado al matrimonio por su madre, marquesa de Mudela- y el marqués de Fontalba construyeron también sus palacios en la Castellana. El conde se lo encargó a Lorenzo Álvarez Capra, un conocido arquitecto, y el marqués eligió a un familiar, José Mendoza y Ussía. Su palacio, levantado en 1911, tenía una relevancia especial. El de Montellano era una auténtica demostración de las posibilidades que seguía teniendo la Grandeza, desbancando incluso al burgués que había planteado una alternativa a la distinción exclusiva que suponía su residencia. Fontalba era algo distinto. El marqués había recibido su Grandeza muy recientemente, su relevancia procedía de su capacidad en el mundo de los negocios, lo cual era algo conocido por todo el mundo. El estilo escogido para su palacio se distanciaba del que estaba de moda por el momento: frente a un estilo Segundo Imperio algo modificado, él optaba por un neoplateresco de marcado carácter nacional. Pero, ante todo, escogía unas dimensiones y una magnificencia que le situaban a la altura de cualquier otro Grande. Eso sí, utilizando sus mismos elementos de distinción, como era el palacio.

Al mismo tiempo que la Grandeza recuperaba terreno donde nunca lo había tenido, algunos de los palacios del centro se reformaban. Sus dueños habían apostado por no abandonar el emplazamiento tradicional de su vivienda. Quizá no habían tenido más remedio. Ahora, a comienzos del XX, incluso procuraban mejorarlo. El marqués de la Mina emprendió una importante reforma del palacio de Cervellón entre 1905 y 1912 a cargo del arquitecto Valentín Roca y Carbonell. También mandó construir una terraza que daba al patio del edificio y ampliaba el espacio para las celebraciones, a cargo de dos arquitectos franceses, Collin y Reveron. El marqués de Viana hizo lo propio con su palacio. Remodeló su interior encargándose a Roca Carbonell, que redefinió el patio

¹³⁹ GONZÁLEZ-VARAS IBÁÑEZ, Ignacio, *Los palacios de la Castellana. Historia arquitectura y sociedad*, Madrid, 2010, p. 223. No está claro que Saldaña interviniera en la construcción del hotel de Santo Mauro, pero Baldellou así lo afirma. BALDELLOU, Miguel Ángel, *Arquitectos madrileños*, Madrid, 2005, p. 74.

renacentista y la escalera principal. Todo se llevó a cabo entre 1912 y 1914. Alba, un par de años más tarde, encargó a Forestier un proyecto para los jardines del palacio de Liria. Aunque no parece que acometieran reformas de relieve, Santa Cruz y Villahermosa también seguían viviendo en sus palacios en el centro de la ciudad¹⁴⁰.

En este mismo arco de tiempo coincidieron otras dos tendencias interesantes. Algunas de las residencias más importantes que la burguesía se había construido cambiaron de manos. El palacio de Salamanca lo compró el Banco Hipotecario en 1905 para establecer su sede en la misma calle Recoletos. También el palacio de Xifré cambió de propietario. En 1904 lo adquirió el duque del Infantado, que hasta entonces estaba viviendo en la plaza de la Independencia. Ahora se trasladaba al paseo del Prado. El duque no se hacía con cualquier edificio, sino con uno de los más singulares de todo el eje. En sus manos, lo que había sido extravagancia pasaba a convertirse en distinción¹⁴¹. Un poco antes, en 1900, el palacio de Zabálburu también cambió su condición, en este caso por una boda. El conde de Heredia Spínola contrajo matrimonio ese año con la heredera de la familia, pasando a residir en el palacio de la calle marqués del Duero. En cierta medida esta apropiación del palacio tenía una segunda lectura, pues suponía –quizá con especial fuerza– una conexión con la burguesía desde una posición inferior. Sin embargo es muy interesante que, desde entonces, se comience a hablar del palacio Heredia Spínola (también al referirse al que la familia tenía en Bilbao).

Pero fue Medinaceli quien personificó mejor esta especie de venganza. En 1911 se inauguró su nueva residencia en la plaza de Colón. Había vendido su palacio en Neptuno –donde se construyó el Palace– y ahora se asentaba en éste, justo entre la Castellana y Recoletos. En poco tiempo su palacio pasó a ser una referencia en la vida de sociedad madrileña y lo siguió siendo incluso en los años veinte. El incendio que tuvo lugar en 1917 y que destruyó importantes zonas del palacio no supuso un gran quebranto. Curiosamente, las crónicas sobre su extinción fueron una especie de descripción de la ingente cantidad de objetos de valor que el duque conservaba en su casa¹⁴². Sin embargo, la venganza no venía por ahí. Este palacio había pertenecido al

¹⁴⁰ VV. AA., *Los Palacios de Madrid*, Madrid, 2010.

¹⁴¹ A finales de siglo, Infantado –por entonces Santillana– había hecho algo similar al adquirir la finca que en Viñuelas había comprado José Campo en los años setenta. Allí fue el arquitecto Vicente Lampérez quien dirigió la remodelación del castillo que presidía la finca, añadiendo algunos elementos de origen diverso pero con una connotación tradicional clara (por ejemplo, instalando mobiliario de la iglesia de San Francisco de Cuellar). VV.AA., *Los Palacios de Madrid*, Madrid, 2010, pp. 55-6.

¹⁴² “El jardín quedó convertido en un montón de objetos artísticos: muebles, cuadros, vitrinas, arcas, porcelanas, arañas, tapices... Todo lo salvado se trasladó más tarde a las caballerizas, que están aisladas

marqués de Salamanca, que un tiempo más tarde lo vendió a la duquesa de Uceda, de la cual conservó el nombre. Cuando se construyó, en los años sesenta del siglo anterior, fue objeto de toda una serie de ironías y críticas acerca de su estilo arquitectónico, muy inspirado en el Segundo Imperio¹⁴³. Ahora, en la segunda década del siglo XX, no sólo albergaba a una de las familias de la Grandeza con mayor renombre. También estaba completamente a la moda cuando unos años atrás había sido denostado. Las obras de Joaquín Saldaña seguían un estilo muy similar. Saldaña, tras sus trabajos colaborando con Juan Bautista Lázaro de Diego, se convirtió en el arquitecto favorito de la nobleza madrileña. En realidad, uno de sus primeros proyectos de éxito fue para Juan Moreno Benítez, importante político y financiero. En 1903, el estilo ya estaba presente: fachadas armoniosas y proporcionadas, mansardas... en fin, construcciones de una belleza sencilla y adaptadas a las necesidades del momento. Fue él quien diseñó el palacio del duque de Híjar en 1908, también en la Castellana. El palacio de los condes de Santa Coloma, construido entre 1911 y 1913, seguía estas ideas a la perfección. En esas mismas fechas Mariano Carderera construyó el palacio de la condesa de Adanero sobre un proyecto de Saldaña que, al parecer, no daba abasto. En 1915 comenzó la construcción del palacio de los duques de Andría.

Los palacios vivían un resurgir muy interesante en el Madrid de comienzos del XX. El estilo en que se construían muchos de ellos, su belleza, su situación y sus dimensiones se convertían en un elemento de distinción que favorecía a la Grandeza. Esto se apoyaba en aquellos otros palacios más antiguos y situados en el centro de Madrid, pero que habían permanecido en manos de los Grandes, como el del duque de Alba o el de la duquesa de Fernán Núñez. Incluso Medinaceli e Infantado se posicionaban de nuevo adquiriendo palacios ya construidos pero que por su situación y su arquitectura también eran foco de distinción. No todos los palacios eran de los Grandes, ni toda la arquitectura de lujo seguía la tipología palaciega. Tampoco todos los Grandes vivían en esas zonas, muchos estaban plenamente situados en el Ensanche. Sin embargo, la Grandeza había sabido tomar posiciones, hacerse con un elemento de distinción como era la vivienda e incluso proponerlo al resto como la principal

por el jardín del edificio que ardía. Se salvaron también todas las alhajas de la duquesa y las joyas y los vasos sagrados de la capilla. Del piso bajo, y como medida preventiva, se sacaron los cuadros de Jordán, el llamado *Historia de las batallas*; alfombras de la fábrica francesa de Aubusson; las literas y el mobiliario antiguo de la casa ducal, que se conservaba en esta planta”, *ABC*, 26-XI-1917.

¹⁴³ GONZÁLEZ-VARAS IBÁÑEZ, Ignacio, *Los palacios de la Castellana. Historia arquitectura y sociedad*, Madrid, Turner, 2010, p. 167.

estrategia de deferencia en cuanto a los patrones de residencia. Estos palacios también resultaban algo contradictorios, como habían sido sus relaciones de parentesco. Por una parte, eran palacios muy ‘suyos’. Por otra, simplemente se habían apropiado de las derrotas de algunos burgueses o su palacio pequeño y alejado se veía revalorizado por el desplazamiento de la ciudad.

La atención que se daba a los Grandes en la prensa de sociedad también parecía recoger el peso de la residencia como elemento de distinción. No sólo para narrar las fiestas o actos que tuvieran lugar en su palacio. También ese tener un palacio les convertía en motivo para aparecer en la crónica. Al igual que la familia, el cultivote un patrón de residencia concreto se convirtió en un elemento de distinción propio. Aquí estaban los elementos que el análisis de Hobsbawm veía necesarios para identificar las nuevas clases emergentes. La Grandeza los podía ofrecer. Sin embargo, necesitaban de un contenido –esa vida de sociedad - y de espectadores que los consideraran referente. En ambos casos, las cosas no pintaban bien cuando acabó la década de 1910.

En la década de los veinte, estos dos elementos de distinción (familia y palacios) no consiguieron evitar la decadencia de los Grandes como referencia para una parte importante de la sociedad. Las explicaciones se pueden buscar en su posición marginal en la situación política del momento o en su escaso protagonismo en el crecimiento económico del país. Su papel en esas esferas requiere matices. Ante todo, hubo renuncia por su parte, en cuanto que no supieron adaptarse a los cambios en la vida social que se habían ido planteando en esos primeros años y que en los veinte se consolidaron. Tampoco valía sólo Madrid. La familia y los palacios ya no eran suficientes para seguir siendo la élite social del país. Sin embargo, son elementos que explican con fundamento el atractivo indiscutible que a comienzos del siglo XX siguieron suscitando en la sociedad española. Antes de afrontar la situación económica y política de los Grandes, merece la pena detenerse en algo que atañe a su poder simbólico ya que, sin duda, ese atractivo que se pretende diagnosticar tenía en esta dimensión otro elemento principal.

Capítulo 3. CEREMONIAS.

Los ennoblecimientos concedidos desde 1912 y, en especial, la opinión al respecto de la Grandeza desde 1914 planteaban serias dudas sobre el papel que los Grandes jugaron en esas circunstancias. Vista en perspectiva, su postura adquiriría unas dimensiones de mayor calado, pues no se trataba sólo de estar de acuerdo o no con una concesión de un título concreto. La Diputación de la Grandeza en sus dictámenes y exposiciones y otros importantes protagonistas en diversos textos hacían ver que en esos procesos también se hablaba del lugar ocupado por la nobleza en la sociedad. Por otra parte, sorprendía el atractivo que ejercía para un gran número de personas alcanzar un título y las reticencias de otros para otorgarlo. No sólo importaba en qué cantidad se dieron ambas tendencias, la clave estaba en ver de qué modo influyeron en la propia nobleza y revelaron aspectos singulares de los cambios sociales que se vivían en España.

Enseguida la pregunta llevaba a cuestionar los motivos por los cuales ser noble en pleno siglo XX interesaba tanto. De nuevo, la búsqueda de respuestas volvía a subrayar los aspectos más importantes que configuraron de alguna forma el grupo. Las crónicas de sociedad en la prensa, los propios cronistas, otras publicaciones como las guías de sociedad eran lugares donde encontrar respuestas y percibir los cambios. Aquí la Grandeza se tomaba como referente, se transmitía esa condición y, a la vez, se revelaban algunas de las transformaciones que estaban experimentando. La familia y los palacios asomaban tras estas publicaciones como elementos fundamentales que componían el poder social de los Grandes. Elementos que estaban surcados de contradicciones, pero que también hablaban de la fuerza de esos factores en la sociedad.

Quizá uno de los mejores lugares para seguir analizando la Grandeza en este contexto sea la ceremonia que servía como confirmación de la condición que se poseía: la cobertura de Grandes de España. En 1914 tuvo lugar una de estas coberturas. En ésta tomó parte el duque del Infantado que se cubría ante el Rey al haber muerto su padre un tiempo antes. Cuando le llegó el turno –le tocaba en segundo lugar entre los quince participantes-, se acercó al Rey acompañado por su padrino, el duque de Alba. Hizo las tres reverencias prescritas por el ceremonial y se cubrió la cabeza cuando se lo dijo el Monarca. Después comenzó su discurso, algo que todos hacían tras cubrirse. Sin embargo en su caso provocó cierta polémica. En un primer momento, habló de los méritos de sus antecesores en el título. Se refirió al Cid, a Bernardo del Carpio, también al cardenal Gil de Albornoz y al virrey Palafox. Un poco más adelante mencionó la

Guerra de Independencia. Este recorrido lo hacía de la mano de sus parientes recordando, al fin y al cabo, como había llegado el título hasta su persona. Ante tantos acontecimientos, Infantado se preguntaba: “¿cómo no he de temer que encuentre V.M. muy superiores a mis merecimientos los honores que ostento?”. El duque, como se ha comentado anteriormente, era un importante industrial y terrateniente, también era diputado y su palacio se contaba entre los más singulares de Madrid. Todos sabían que tenía méritos más que suficientes pero, obviamente, nadie le iba a enmendar, no estaban ahí para eso. Para acabar, Infantado sorprendió a todos los presentes. Según él, en su afán por colaborar en el desarrollo de la patria, había sido combatido “por la envidia privada y por la mala fe pública”, cuando en sus empresas nunca había buscado el éxito sin más. Esto le llevaba a lamentarse delante del Monarca, haciendo pública una especie de última voluntad y deseando mejor suerte a sus hijos:

Perdone V.M. que en las que por esa causa serán prematuras postrimerías de una vida laboriosa, aproveche la ocasión que se me depara de hablar públicamente ante mi Rey para elevarle estas quejas, como disculpa anticipada de aquellos de mis hijos y conciudadanos que emprendan más tranquilos derroteros y como razón de que yo no pueda seguir la costumbre de ofrecer a V.M. nada en este momento. No pude rendirle a tiempo la lealtad del soldado; el ciudadano dio ya a su Patria estérilmente cuanto pudo.

¡Quiera Dios que algún día recojan mis descendientes el fruto, olvidando la dura lección que les legaré a mi muerte, y que, cuando en análoga ceremonia invoquen mi nombre, lo pronuncien con orgullo ante V.M. y sus augustos sucesores, sirviéndoles de ejemplo la fe y el entusiasmo con que yo he procurado servir a mi Patria y a mi Rey”¹.

Más que un ejercicio de retórica, lo que hizo el duque fue aprovechar la ocasión para quejarse de los problemas que estaba teniendo su canal de Santillana, especialmente con el ayuntamiento de Madrid. A pesar de lo llamativo de su actitud, su petición no tuvo consecuencias inmediatas en este sentido. Tampoco está claro que Infantado quisiera conseguir algo concreto a parte de llamar la atención sobre esta polémica.

Quizá un ejemplo como éste distraiga más que ayude a percibir el interés de la ceremonia en la que Infantado participó en 1914. Sin embargo, algunos de los factores más importantes se apuntaban con claridad: el ritual, la jerarquía en la antigüedad, el padrino que conllevaba una serie de relaciones muy conscientes, el discurso... Todo esto

¹Discurso del duque del Infantado, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/1-10.

adquiriría una relevancia singular al analizar el número y frecuencia con que tuvieron lugar las coberturas. Mucho más que una ceremonia, ésta se presenta como una forma muy apropiada para seguir abordando el papel de la Grandeza en estos momentos.

Corte, tradición y “amigos del Rey”.

La investigación sobre la cobertura se presenta como algo novedoso. Obviamente, este aura de novedad se desvanece rápidamente pues es en el contexto de la investigación sobre la nobleza donde adquiere sentido y se puede observar su trascendencia. El estudio sobre la monarquía y su corte gira inevitablemente alrededor de una serie de referencias inexcusables. Sin embargo, al mismo tiempo que algunas de las interpretaciones previas señalan posibilidades muy interesantes, pueden hacer olvidar ciertas singularidades que encierra la cobertura. El equilibrio es importante. No se puede analizar esta ceremonia aislándola de las implicaciones que tiene en algunos aspectos de gran interés historiográfico de carácter general. No obstante, es en su relación con la Grandeza donde adquiere su auténtico valor y donde los análisis son más oportunos.

La primera referencia necesaria es la obra de Norbert Elias sobre la sociedad cortesana². El trabajo de Elias se refería claramente a otro periodo, con una corte y unas implicaciones de esa vida en la corte difícilmente trasladables a nuestra época. Sin embargo, su obra proponía una serie de posibilidades de cara al futuro y, ante todo, inauguraba una forma de acercarse al Rey y su entorno. Quizá este sea uno de los peligros que se corren al aproximarse a la obra de Elias: sentirse deslumbrado por la figura del Rey. En palabras de Rogier Chartier, Elias estudiaba en su obra la sociedad de la corte en ambos sentidos, el que se refería a los aspectos propios de la corte como el ceremonial, las relaciones que allí se desplegaban, etc. Y, en segundo lugar, el modo en que la corte tuvo un impacto en la configuración de la sociedad³. Este segundo aspecto no se observa en la España de comienzos del XX: los intereses privados y públicos se mezclaban sin obstáculo alguno en la sociedad del XVII. A pesar de las conexiones que

² ELIAS, Norbert, *La sociedad cortesana*, Madrid, 1993. La primera edición en alemán fue en 1969, pero el libro realmente había sido su trabajo de habilitación, escrito en 1933 y no publicado hasta entonces a consecuencia de su forzado exilio de Alemania. MENNELL, Stephen, *Norbert Elias. Civilization and the Human Self-Image*, Oxford-New York, 1989, p. 16.

³ CHARTIER, Rogier, “Formación social y economía psíquica: la sociedad cortesana en el proceso de civilización” en *El mundo como representación*, Barcelona, 1992, pp. 83. Este artículo de Chartier fue en realidad una introducción a la edición francesa de la obra de Elias.

se puedan encontrar, lo privado y lo público no eran intercambiables en la corte a la altura de 1900. Sin embargo, una de las vías que la sociedad de la corte adoptó como principal medio de distinción se puede observar también en el siglo XX: la etiqueta.

El énfasis que Elias puso en el estudio de la corte guarda una relación muy próxima con su interpretación del “diferenciante consumo de prestigio” al que conducía la vida cortesana⁴. Consumo que tenía mucho que ver con lo suntuario y con el proceso civilizador que se pone en marcha en este contexto, lo cual estaría conectado con la diferenciación social desplegada en esa sociedad cortesana. Elias observaba que esta intención de distinguirse en el consumo de prestigio se conservó en las sociedades industrializadas aunque en un sentido completamente distinto, al no estar relacionada con las luchas de poder que entraban en juego en el XVII. Por otra parte, Elias insistía en que este consumo tendría como objeto principal una distinción muy consciente. Consumo que podría ser material y que lo era en gran medida, pero también podía ser de otros “productos” y las ceremonias de la corte eran, por lo exclusivo, uno de los más atractivos⁵. La cobertura aparece en este contexto de una forma evidente: siempre fue instrumento de prestigio, de distinción.

Es cierto que la etiqueta no estaba al alcance de todos, ni adecuarse a ella, ni apreciarla en su sentido pleno. Esta era una de las claves pero también uno de sus riesgos. Sin embargo, tanto esa etiqueta como el ceremonial que la ordenaba han sido aspectos señalados con fuerza a la hora de incidir en la trascendencia que tuvieron en la configuración de las monarquías y estados nacionales durante el XIX –especialmente en su segunda mitad- y a comienzos del XX. En España hubo ceremonias en la Corte, se cuidaron y conservaron durante el tiempo. Tenían cierto impacto en la sociedad madrileña y se seguían en la prensa con mayor o menor intensidad. Sin embargo, no

⁴ "Se puede observar ciertamente también en las capas altas de las sociedades industrializadas una presión social para destacarse socialmente a través de un diferenciante consumo de prestigio, y luchas de competencia por las oportunidades de status y prestigio que, en parte, son zanjadas mediante el espectáculo competitivo de símbolos de status y prestigio relativamente costosos. La diferencia decisiva radica en que el consumo de prestigio y el deber de la representación en las capas elevadas de las sociedades industriales están comparativamente más privatizadas que en las sociedades cortesanas absolutistas. Su vinculación con las centrales luchas por el poder de las sociedades industriales es mucho más laxa. No están ya, en tales sociedades, directamente incorporados al aparato de dominio y apenas sirven ya de instrumentos de dominio. En consecuencia, la coacción social al consumo de prestigio y a la representación del status es, comparativamente, mucho menos intensa; no es tan inevitable, como en la sociedad cortesana", ELIAS, Norbert, *La sociedad cortesana*, Madrid, 1992, p. 99.

⁵ Las implicaciones de la obra de Elias son mucho más profundas e interesantes de lo que pretendo concluir aquí. Sin embargo, también considero un riesgo trasladar las principales interpretaciones de su trabajo para la sociedad del XVII en el XX. A pesar de todo, sus sugerencias, en un sentido amplio, son muy sugerentes en un estudio sobre la corte en el siglo XX. Vid. MENNELL, Stephen, *Norbert Elias. Civilization and the Human Self-Image*, Oxford-New York, 1989.

tuvieron una pretensión nacionalizadora y sí profundamente monárquica, lo cual conduce a que, aunque se entiendan claramente como tradiciones en el sentido que Hobsbawm popularizó, no tuvieran implicaciones políticas como pudieron tener en Inglaterra ceremonias relacionadas con la monarquía o, en Alemania, otro tipo de ceremonias y tradiciones⁶. Las ceremonias en el Palacio Real de Madrid daban, sobre todo, una visión de la monarquía. Sin embargo, ésta no era la protagonista exclusiva. Justo por debajo de ella, al igual que en cualquier otro palacio europeo, estaba casi siempre presente la nobleza. Es en esta perspectiva donde la comparación entre las distintas cortes es oportuna. De hecho, esta idea pasaba por la cabeza de algunos de los protagonistas de la época.

El marqués de Villavieja, oriundo de Méjico, noble en España, residente en París, reflexionó sobre las semejanzas y diferencias entre las distintas cortes y recogió estos pensamientos en sus memorias. Por su cercanía con el duque de Alba y otros contactos personales, visitó las principales cortes europeas y participó en algún acto más o menos ceremonial. Desde su punto de vista, sin ninguna duda, la corte de Rusia era la más ostentosa de todas ellas, definiéndola por su “trasfondo oriental” y “cierto halo de misticismo”. La de Viena, siendo menos espectacular, observaba todos los aspectos relacionados con la etiqueta con mucho detalle: allí las cuestiones sobre la deferencia eran claves. Aún así (o quizá, precisamente por esto), Villavieja comentaba que estaba impregnada de gran belleza, dignidad y luminosidad. Prusia era quizá la que salía peor parada en su diagnóstico. En su juicio pesaba mucho que, de fondo, percibiera cierta falta de elegancia. Y todo debido a la fuerza de la disciplina, en sus palabras, de la “parafernalia militar”. Su corte preferida era la inglesa. En ella se daban en combinación perfecta varios factores: algo de intimididad favorecida por el tamaño de sus palacios, una elegancia sin rigidez, *beautiful people* y mucho de esa brillante dimensión internacional que aportaba el Imperio. Por último estaba la corte española. Para él, se podía caracterizar por un elemento singular: “la curiosa mezcla entre esplendor regio y

⁶ Si se quiere, las implicaciones políticas de esta pretensión de hacer nación que no existió en las ceremonias de Palacio derivarían de esa misma ausencia o del no aprovechamiento de esos espacios. La idea general de Hobsbawm –y Ranger también– en HOBBSAWM, Eric y RANGER, Terence, “Introducción” en ídem, *La invención de la tradición*, Barcelona, 2002, pp. 10-21. Sobre las implicaciones de esas tradiciones (y muy particularmente sobre su invención) en la monarquía inglesa, CANNADINE, David, “Contexto, representación y significado del ritual: la monarquía británica y la invención de la tradición (1820-1977)” en HOBBSAWM, Eric y RANGER, Terence, *La invención de la tradición*, Barcelona 2002, pp. 111-67. Sobre el impacto que el ceremonial y su desarrollo tenía en la nación (también en el Imperio), CANNADINE, David, “Lord Curzon as Ceremonial Impresario”, *Aspects of aristocracy*, London & New Haven, 1994, pp. 77-108.

democracia era una de las peculiaridades que lo envolvía todo en Madrid”. Por otra parte, esa corte madrileña tenía una impronta católica grande y algunas importantes manifestaciones relacionadas con lo militar⁷.

El juicio de Villavieja estaba muy condicionado por sus orígenes y el destino de las monarquías a las que se refería tras la I Guerra Mundial. Sin embargo, era bastante revelador de lo que podían ser algunas de las diferencias más notables entre estos países. Resultaba interesante que Villavieja no mencionara a los reyes en ningún momento. Obviamente estaban muy presentes en su cabeza, pero él prefería fijarse en la corte como tal. En el caso de Austria, le llamaba mucho la atención la deferencia que inundaba todo, casi comparable en su oposición a la mezcla “democrática” que se vivía en España⁸. En esta visión de Villavieja pesaba mucho la capilla pública, una de las ceremonias que se celebraban en Palacio –sin duda, la más multitudinaria-. También, pesaban en la mente del marqués los viajes del Rey a los que alguna vez, sobre todo en el extranjero, pudo acompañarle.

Esa mezcla fue algo consciente, especialmente buscada en algunos periodos, y animada por ciertos políticos con especial intensidad⁹. Sin embargo, las ceremonias eran otra cosa en todos los sentidos –aunque también los viajes reflejaran una jerarquía concreta-. En ellas se transmitía un orden bastante claro por mucho que en algunas la cercanía del público pudiera dar a entender algo diferente. Para un protagonista de la época, la etiqueta no tenía el objeto de popularizar la institución, sino de hacerla inabordable¹⁰. Además, la cobertura aportaba algo diferente en todos los sentidos. Es cierto que, como el resto de ceremonias su razón de ser emanaba de la figura del Rey. No obstante, en ésta se incluían una serie de elementos que giraban en torno a la

⁷ Marqués de VILLAVIEJA, *Life has been good*, London, 1938, pp. 191-6.

⁸ En el caso de Austria, William Godsey ha señalado como el *pedigree*, el nacimiento, fue el principal limitador del acceso a la Corte hasta la Gran Guerra. A pesar de las gracias que el Rey pudiera otorgar, la aceptación en la vida de la corte observaba unas pautas muy rigurosas que seguían teniendo en el origen su fundamento principal. Esta rigidez unida a la derrota condujo a que, a pesar de no dejar Viena tras la Guerra, fuera la elite económica –judía en gran parte- y no la aristocracia la que marcara el ritmo social y también los gustos artísticos y culturales. GODSEY, William D., "Quarterings and Kinship: the social composition of the Habsburg Aristocracy in the Dualist Era", *Journal of Modern History*, vol 71, n 1, Chicago, 1999, pp. 56-104.

⁹ Sobre este tema hablan varios de los colaboradores de MORENO LUZÓN, Javier (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, 2003.

¹⁰ "Para mejor envolverlo en nubes que sólo dejen ver al pueblo la silueta sublimada, se inventan la etiqueta y las ceremonias: tales palios, tronos, reverencias, besamanos y genuflexiones. Etiquetas y ceremonias son formas naturales de toda Monarquía llegada a sazón, que tienden a realzar la figura del rey, marcando distancias entre él y sus súbditos, por grados de jerarquía. (...) La etiqueta, como la armadura de los reyes medievales, no sólo les protegía, sino que los agrandaba y sostenía", ALMAGRO DE SAN MARTÍN, Melchor, *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, Madrid, 1946, p. 122-6.

Grandeza y el papel que ésta jugaba en la sociedad en cambio. La cobertura fue una pieza en el ceremonial que se desplegaba en la corte y, de hecho, jugó un papel importante por su tradición. A pesar de esto, su singularidad se entiende ante todo como un espacio donde la Grandeza hizo patente su distinción y quiso explicar esa diferencia que estaba tan presente. El Rey se daba por supuesto. Por otra parte, no tuvo ningún tipo de connotación desde el punto de vista “popularizante” que se podía observar en ceremonias a las que asistían multitudes. Lo que sí aparecería inevitablemente era la posición de la Grandeza en la sociedad, su relación con el pueblo, la aceptación de nuevos miembros en su seno. A este respecto, la cobertura tuvo mucho que decir.

Por último, la vida de la corte plantea la existencia de los llamados “amigos del Rey”. La figura de Alfonso XIII adquirió un papel interesante con la corte como telón de fondo. No han pasado desapercibidas en la historiografía las implicaciones políticas, económicas, sociales, en fin, de todo tipo que conllevaba la cercanía con el Rey. En algunos casos se ha llegado a elaborar una lista de quiénes eran estas personas especialmente cercanas al Monarca¹¹. Varios Grandes de España se han situado en estas listas insistiendo en la presencia del marqués de Viana, del de Torrecilla, del duque de Miranda y, en algunos casos, del duque de Alba y del de Infantado. Es indudable que la posición de la Grandeza, la de toda la nobleza, estaba íntimamente relacionada con la figura del Rey, y esto también quiere decir, con la *persona* de Alfonso XIII. Esta unión se pudo percibir de una forma muy concreta en los procesos de ennoblecimiento. Sin embargo, la lógica de esa vida cortesana no tenía una implicación directa en las ceremonias de Palacio, aunque en algún caso pudiera ser motivo para alcanzar un título. Por otro lado, tampoco la pertenencia a la Casa del Rey tenía una implicación en estas ceremonias. Es evidente que ostentar un cargo como Mayordomo o Caballerizo de la Real Casa conllevaba una posición de gran prestigio e influencia. También en las ceremonias se notaba, pero no suponía una posición de una exclusividad exagerada¹². La pertenencia a la Real Casa así como el ejercicio de otros cargos palatinos –

¹¹ González Cuevas ha señalado algunos de ellos en épocas diversas: marqués de Torrecilla, marqués de Viana, conde de Maceda, marqués de Borja, duque de Santo Mauro, Emilio de Torres (todos como parte de la Real Casa) y luego una serie variada de ellos: Ángel Aznar, conde del Grove, conde de Aybar, conde de los Andes, José Quiñones de León, Manuel González Hontoria, el duque de Sotomayor, Eduardo Cobián, Joaquín González de Castejón y, finalmente, duques de Alba e Infantado. GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, “El Rey y la Corte” en MORENO LUZÓN, Javier (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, 2003, p. 198. En este sentido, el trabajo de Gortázar sobre las inversiones económicas del Rey y su papel de animador de una inversión “moderna”, también se puede leer bajo esta perspectiva. GORTÁZAR, Guillermo, *Alfonso XIII. Hombre de negocios*, Madrid, 1986.

¹² Junto con el Mayordomo y el Caballerizo, durante la ceremonia se colocaban a su lado el comandante de alabarderos, el Grande de guardia y el mayordomo de semana. Por ejemplo, *La Época*, 19-V-1906

especialmente el gentilhomme con ejercicio y servidumbre, propio de los Grandes- subrayaba esa íntima relación de la Grandeza con el Rey. No obstante, en cuanto a las ceremonias de Palacio se puede decir que éstas no tuvieron relación alguna con las relaciones personales que el Rey pudiera desplegar. En cuanto a los cargos palatinos se puede decir que estos insistían en la vinculación entre el Rey y la Grandeza, lo cual no parece más que lo mínimo esperado de la corte. Las ceremonias aportaron algo más.

Ceremonias en Palacio.

En Palacio existía un calendario bastante claro acerca de las ceremonias que tenían lugar en el año. Algunas de ellas –en especial las que tenían una tradición ritual más definida- asociaban su periodicidad a una fiesta religiosa concreta. También la capilla pública solía celebrarse para conmemorar alguna otra fiesta de este tipo, aunque no siempre fuera seguida de una de esas tradiciones. A diferencia de éstas, la cobertura se celebraba con menos frecuencia y tampoco tenía una fecha fija. Básicamente, la capilla consistía en un desfile por las galerías de Palacio en el que participaban todos los cargos palatinos junto con la Grandeza de España. Su aparición era en orden inverso, primero los cargos con menor jerarquía para acabar con los Grandes y, por supuesto, el Rey. Los participantes acudían con sus mejores galas, en algunos casos uniformes del Ejército o el propio de gentilhomme, aunque también se podían ver los de órdenes militares y maestranzas. Las insignias y medallas eran otro de los elementos fundamentales. En el caso de las mujeres, el vestido y las joyas resultaban fundamentales.

Esta ceremonia estaba abierta al público que ocupaba las galerías por las que discurría el desfile. Sin embargo propiamente en la capilla no se permitía la asistencia más que a algunos invitados y miembros del cuerpo diplomático. La participación del público en general se terminaba en este punto –aunque algunos esperaran fuera la salida de los asistentes-. Sin duda era esa presencia del pueblo lo que llevó al marqués de Villavieja a plantear aquel análisis sobre la corte y la mezcla entre lo aristocrático y lo democrático en España. Según él, en esta ceremonia ambos elementos “iban de la mano”¹³. El desfile previo a la capilla debía ser realmente vistoso, a lo que ayudaban –y mucho- los uniformes y vestidos de unos y otros. Melchor Almagro, un asiduo a este

¹³ Marqués de VILLAVIEJA, *Life has been good*, London, 1938, p. 209.

tipo de ceremonias, expresó esta mezcla de una forma menos romántica. Desde su punto de vista, ante todo los habitantes de Madrid acudían para “rozarse con la corte”¹⁴. La asistencia a este tipo de actos es bastante difícil de medir, aunque parece claro que tenían cierta repercusión. En abril de 1914, *La Época* dio noticia de una de las capillas celebradas en Palacio. El encargado de redactar la noticia hablaba de unos 4.000 asistentes. Mucho más elocuente era su descripción de ciertos problemas derivados del elevado número de asistentes: “(era) en algunos sitios tal la aglomeración que varias señoras y no pocos niños tuvieron que ser auxiliados por los servidores de la Real Casa, a causa de haberse puesto enfermos por efecto del calor”¹⁵. Villavieja, quizá menos entusiasta, hablaba de unos 2.000 o 3.000 asistentes en cada capilla¹⁶. La participación de los Grandes no era una condición imprescindible y, aunque nunca asistían de una forma masiva, su presencia era constante. Por ejemplo, en la capilla pública del Jueves Santo de 1917 acudieron unos cincuenta representantes de la Grandeza. Ese mismo año, a finales de diciembre tuvo lugar otra con mucha menor asistencia, unos 20 Grandes¹⁷. Aún así, el número –según los datos anteriores, entre un 25 y un 10% del total de la Grandeza- no refleja la distinción que suponía frente a otro grupo que no podía participar de lo que estaba viendo o, quizá más interesante, que no desfilaba en la misma posición que los Grandes.

En ciertas fiestas especialmente señaladas en el calendario cristiano, la Misa que se celebraba justo después iba acompañada de rituales muy concretos. En ocasiones no eran más que parte de la celebración litúrgica, pero adquirían una condición nueva con la participación del Rey. Otras añadían a la celebración un elemento singular que solía centrarse en la figura del Monarca. El Lavatorio de los pies, que se celebraba cada Jueves Santo, correspondía a un ejemplo del primer grupo. En esta ocasión era el Rey quien realizaba esa labor, auxiliado por algunos Grandes. Los elegidos para el Lavatorio eran pobres anónimos de Madrid. Como parte del ritual, el Rey debía besarles los pies después de habérselos lavado. Tras el Lavatorio, tenía lugar una tradición que se salía de la liturgia del día. Todos los pobres eran invitados a un banquete en el cual eran el Rey y los Grandes los que servían la mesa. Se trataba de un banquete en toda regla que estaba compuesto de diez platos. Lo curioso del banquete es que los invitados no daban

¹⁴ ALMAGRO DE SAN MARTÍN, Melchor, *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, Madrid, 1946, p. 128.

¹⁵ *La Época*, 5-IV-1914.

¹⁶ Marqués de VILLAVIEJA, *Life has been good*, London, 1938, p. 210.

¹⁷ *ABC*, 9-IV-1917 y *El Imparcial*, 26-XII-1917. En otras capillas públicas el dato fue bastante parecido: principios de 1914, 33 Grandes; 1922, 27 Grandes; capilla pública de la Epifanía de 1929, 30 Grandes.

cuenta de lo servido, sino que se lo llevaban a sus casas¹⁸. En otras fiestas religiosas también se añadían tradiciones de este tipo, mezclando la ceremonia religiosa y su ritual propio, con alguna singularidad que remarcaba la posición del Rey. Por ejemplo, el Domingo de Resurrección se repartían en ocasiones cordero y huevos entre algunos de los participantes¹⁹. En la fiesta de la Epifanía, el Rey hacía ofrenda al obispo celebrante de varios vasos sagrados, que luego se repartían entre iglesias con pocos recursos en Madrid²⁰.

Estas ceremonias se celebraron a lo largo de todo el reinado, aunque en ocasiones se suspendieran por la enfermedad o ausencia de alguna de las personas reales²¹. González Cuevas ha señalado como el monarca fue muy respetuoso con el ceremonial y aquellos “ritos ancestrales de protocolo” que lo componían²². De hecho, el comienzo de su reinado supuso una reaparición de estas ceremonias pues durante su minoría no se habían podido llevar a cabo. No eran ceremonias multitudinarias ni seguían un ritual excesivamente complicado, tampoco se podía hablar de una “invención” pues muchas de ellas simplemente eran versiones de otras ceremonias adecuadas a las personas reales. Para Almagro de San Martín, la etiqueta fue perdiendo esplendor según avanzaba el siglo y, en buena parte, la culpa la tenían los Grandes. A pesar de todo la etiqueta siguió presente²³. Almagro tenía muy presente en su cabeza las ceremonias de la Jura y la Boda Real, celebradas en 1902 y 1906. Lógicamente, las celebraciones periódicas de Palacio no tenían ni punto de comparación con éstas. Sin embargo, fueron en su periodicidad y organización un recordatorio constante del papel que jugaba el Rey, no sólo desde un punto de vista político, sino principalmente en la sociedad. Los Grandes no renunciaron a desempeñar su puesto en esas situaciones. En

¹⁸ Marqués de VILLAVIEJA, *Life has been good, London*, 1938, p. 210 ss. Villavieja cuenta en sus memorias como estuvo presente en el último Lavatorio que se celebró en Palacio.

¹⁹ *ABC*, 1-IV-1918.

²⁰ *El Imparcial*, 7-I-1914 y 7-I-1919.

²¹ No están muy claros los factores que decidían estas suspensiones: en 1918 se suspendió el Lavatorio por la enfermedad de una de las infantas, mientras que la indisposición de la Reina en la capilla de la Epifanía no fue motivo suficiente para la cancelación. *ABC*, 1-IV-1918 y *El Imparcial*, 7-I-1919.

²² GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, “El Rey y la Corte” en MORENO LUZÓN, Javier (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, 2003, p. 202.

²³ “Con la democratización paulatina del mundo, que allana las cumbres, fue cayendo el auge fastuoso de las ceremonias regias, faltas de la savia que había de comunicarles una aristocracia cada vez más empobrecida. En los últimos tiempos se ha visto a más de un grande de España llegar a Palacio de uniforme en modesto simón, cuando no en el tranvía” (...). “Lo primero en caer fueron las flores y las hojas, ya secas, de su primavera pasada. Quedaba al fin, sin embargo, todavía la etiqueta, infinitamente más laxa y débil que antes; pero con la fuerza, en su agonía, para molestar sobremedida a la vida de reyes y súbditos”, ALMAGRO DE SAN MARTÍN, Melchor, *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, Madrid, 1946, p. 134.

concreto, les correspondía un “segundo puesto” que no era nada despreciable y que volvía a transmitir –una vez más y desde otra perspectiva- una distinción que les estaba reservada.

Coberturas y tomas.

Propiamente, la cobertura de los Grandes era una ceremonia más entre las que se celebraban en Palacio. Sin embargo, el análisis anterior permite hacerse cargo enseguida de las diferencias que le separaban del resto. El origen más o menos directo de la cobertura estaba en aquella ocasión en la cual los Grandes acompañaron al Emperador Carlos V en Bolonia, si bien el centro de la ceremonia en aquellos momentos fue el Rey y no los Grandes. Desde entonces, los Grandes tenían la prerrogativa de permanecer cubiertos en presencia del monarca²⁴. El establecimiento de los distintos y sencillos elementos que componían la ceremonia no está claro aunque, como la mayor parte del ceremonial de entonces, tenga un acusado carácter borgoñón mezclado con las aportaciones de la dinastía borbón²⁵. Tras el fin de los privilegios jurídicos de la nobleza, la cobertura se consideró la principal prerrogativa de los Grandes de España. Por una parte, cubrirse delante del Rey se consideraba un privilegio. Al mismo tiempo, sin estar cubierto no se podía aspirar a una serie de otros privilegios que podía suponer la categoría adquirida, como algunos cargos de la Real Casa. Se trataba también de una obligación.

La ceremonia no cambió en su ritual al menos desde mediados del siglo XIX. En cambio, los trámites previos o la frecuencia –por supuesto también la asistencia- experimentaron variaciones de interés. Las condiciones para participar eran sencillas: ser Grande de España o Grande consorte y demostrarlo con el Real Decreto de sucesión o concesión o, en el caso de los consortes, con un certificado de matrimonio²⁶. Estos documentos eran aprobados por el secretario de la Real Estampilla de Palacio que daba

²⁴ En un principio, la cobertura diferenciaba a los Grandes según distintas categorías. Se hablaba de grandes de primera, segunda y tercera clase. En 1866 se suprimió la Grandeza honoraria, que correspondía a los Grandes de tercera. Desde entonces todos estaban en disposición de cubrirse. Así lo explicaba Francisco Fernández de Bethancourt en un periódico del momento. *La Época*, 16-III-1900.

²⁵ GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, “El Rey y la Corte”, en MORENO LUZÓN, Javier (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, 2003, p. 203.

²⁶ Los expedientes que se conservan en Palacio se componen básicamente de las copias notariales de estos decretos o certificados junto con los discursos.

fe de su veracidad. Realmente este era el único gasto obligado por la ceremonia: la minuta que cobrara el notario en cuestión.

Otro requisito que debían cumplir los asistentes era la elección de un padrino que les presentara ante el Rey. Lo único que debía hacer dicho padrino era acompañarles y la única condición que debía cumplir era ser también Grande de España. El padrino podía ser Grande consorte. Habitualmente hacía de padrino un familiar cercano –en muchas ocasiones el padre, un hermano, un tío- pero también podía escogerse a raíz de otro tipo de vínculos. La figura del padrino aportaba un prestigio notable al Grande que se cubría y también lo definía de alguna manera. Es difícil conocer los motivos de unos y otros para elegir a un padrino concreto, al mismo tiempo que es complicado saber de quien partía la iniciativa. Sin embargo, algunas veces fueron más evidentes. El duque de Alba fue padrino de casas con especial antigüedad: Frías en 1911, Infantado en 1914, Medina Sidonia en 1920. También iba a ser padrino del duque de Béjar en 1924 pero tuvo que sustituirle el marqués de Santa Cruz al tener que un compromiso fuera de Madrid (así se recogió en la prensa). Todos estos títulos apadrinados por Alba habían acompañado a Carlos V en Bolonia. Sin embargo, en 1920 el duque de Alba fue padrino de otro Grande muy diferente, el marqués de Urquijo. Otros Grandes “hablaban” a través de sus padrinos. En 1924 el marqués de Estella tuvo por padrino al duque de Tetuán, quien formó parte de alguno de sus Directorios. Dos años después fue padrino del conde de los Andes, muy implicado en las instituciones de la Dictadura, y del conde de los Moriles, quien había recibido la Grandeza con mucha rapidez tras concesión del título. El número de padrinos que se involucraban en el acto fue signo del prestigio de la misma ceremonia de cobertura, tanto para los que se cubrían como para aquellos que hacían de padrinos. Este aumento de los padrinos estuvo íntimamente unido al crecimiento en el número de participantes, si bien su variedad –número de padrinos distintos por ceremonia- aumentó también porcentualmente²⁷.

La fecha de la ceremonia se fijaba de una forma completamente arbitraria. Durante el reinado de Alfonso XIII tuvieron lugar diez ceremonias de cobertura y tres más durante su minoría de edad. Las primeras se celebraron en abril y mayo de 1899, la

²⁷ Hubo ceremonias, especialmente la de 1875 y la de 1911 en las cuales hubo varios padrinos que repitieron lo cual deslucía un tanto el acto (en 1875 hubo 5 padrinos para 10 cubiertos y en 1911, 14 para 19, siendo el duque de Tamames padrino en tres ocasiones, el marqués de Torrecilla en dos y el duque de las Torres en otras dos). *La Época*, 9-VII-1875 y Cobertura de Grandes 1911, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8934-1.

siguiente en junio de 1903, después hubo otra cobertura en mayo de 1906, a la que siguió otra más en marzo de 1908, menos de dos años después de la anterior. El 30 de enero de 1911 tuvo lugar otra. Para el periodo que nos interesa especialmente se pueden contar seis coberturas: abril de 1914, marzo de 1917, junio de 1920, enero de 1924, mayo de 1926 y febrero de 1928. De todas ellas, la única que parece tuvo una explicación clara fue la celebrada en mayo de 1906 pocos días antes de la boda real, necesaria por tanto para que algunos Grandes tomaran parte en las ceremonias.

La convocatoria de la cobertura tampoco estaba definida claramente. Se resaltaba así uno de los factores fundamentales de la ceremonia: su voluntariedad, ningún Grande estaba obligado a cubrirse si no quería. Desde la secretaría regia se estipulaba un día para la celebración de la ceremonia y se esperaba que los Grandes interesados solicitaran su participación. Se quisiera o no, se propiciaba así que surgieran rumores y conjeturas sobre su celebración en una u otra fecha. En 1918 los periódicos *La Época* y *ABC* publicaron una noticia al respecto: "desde principios de otoño se viene hablando de la próxima cobertura de Grandes de España, que, según se asegura, tendrá lugar en el próximo mes de febrero". Incluyeron, además, una lista de quienes "entre otros, se hallan con derecho a cubrirse"²⁸. Realmente tuvo que ser un rumor con cierto fundamento pues varios de los Grandes que se cubrieron en 1920 solicitaron formalmente la cobertura por esas fechas²⁹. En mayo de 1923, el duque de Linares escribió a Palacio por un motivo muy similar. Había leído en *La Época* que, próximamente, iba a celebrarse la cobertura. Como vivía en Jerez, pedía por favor que le avisasen para solicitar ese privilegio³⁰. No hubo un criterio claro a la hora de fijar la fecha ni los Grandes siguieron unas pautas concretas a la hora de solicitar la cobertura, lo cual está muy relacionado con esa condición voluntaria de la ceremonia. Rumores y peticiones transmitían que era un momento esperado y la indefinición alimentaba las expectativas.

²⁸ *La Época*, 18-I-1918 y *ABC*, 19-I-1918. En concreto se mencionaban los siguientes títulos: duques de Levis de Mirepoix y de San Fernando Luis, del Arco, Miranda, Nájera, Tamames, Medina de las Torres, Almazán, Aveiro, Almodóvar del Río, Valencia, Medina Sidonia, marqueses de Nervión, Albudeite, Quintanar, Vallecerrato y conde de la Gavia.

²⁹ Lo pidieron en 1918 el duque de Medina de las Torres, el de Nájera y el de Valencia. Ya lo habían solicitado en el 17 —quizá de ahí venía el rumor— el duque del Arco, el de Aveiro, el marqués de Quintanar. El conde de Elda y el duque de Santa Elena, quizá avisados por la noticia, también solicitaron cubrirse. AGP, Reinados-Alfonso XIII, cobertura de Grandes 1920, 8936/1.

³⁰ *Carta del duque de Linares a la secretaría de Palacio*, 23-V-1923, AGP, Reinados-Alfonso XIII, cobertura de Grandes 1924, 8936/2.

Una vez fijada la fecha y solicitado cubrirse, llegaba el momento en cuestión. Los Grandes acudían a Palacio con cierto tiempo. En alguna de las ceremonias del XIX, los participantes iban a Palacio en las carrozas de sus padrinos, lo cual explicaba también la importancia de su elección. Sin embargo, esta costumbre no se mantuvo³¹. La ceremonia tenía lugar en la antecámara, sin grandes decoraciones ni preparativos de ningún tipo. El centro de la antecámara lo ocupaba el sillón en el que se sentaba el Rey y solía colocarse una mesa donde el secretario disponía algunos documentos. Detrás del monarca se situaban algunos cargos palatinos y en bancos enfrentados, dejando espacio en medio, los Grandes que asistían como espectadores.

En el momento en que entraba el Rey y tomaba asiento, el secretario de la Real Estampilla llamaba al primer Grande en cubrirse. Esta llamada daba comienzo a la ceremonia. El orden de entrada lo marcaba el año de concesión de la Grandeza: los títulos más antiguos se cubrían los primeros, lo cual suponía un prestigio que no escapaba a nadie³². En este sentido, hay que señalar que los títulos rehabilitados se cubrían según la fecha de concesión del título y no la de su rehabilitación. Así, títulos rehabilitados a comienzos del XX se podían cubrir mucho antes que otros menos “antiguos”, pero que se habían ostentado con mayor continuidad. Nada más entrar en la antecámara junto con el padrino, los participantes hacían una reverencia al Monarca. En mitad de la antecámara se detenían para hacer una segunda reverencia. La última de éstas, eran tres en total, la hacían al llegar a la altura del Rey. Luego saludaban a los Grandes que presenciaban la ceremonia, quienes correspondían a su saludo con otra reverencia.

Tras la entrada, el Rey dirigía al Grande que se iba a cubrir las palabras que mejor definían la ceremonia: “cubrios y hablad”. Era lo único que el Monarca decía a lo

³¹ El tema de las carrozas se recogió en la noticia de la cobertura de 1854 y nunca después. Por entonces los “trenes” eran motivo de distinción: “los trenes de los padrinos iban de toda gala, conduciendo a los ahijados. El que se llevó la palma por su magnificencia y buen gusto fue el duque de San Carlos, padrino del conde de Puñonrostro; por ser la casa que hace honores a la de éste”, *La Época*, 9-XII-1854.

³² Aunque las polémicas acerca de las fechas no fueron frecuentes, sí hubo una excepción unos años antes. En abril de 1899 se cubrían el marqués de Astorga y el duque de Medinaceli. El secretario decidió que el duque se cubriría antes pues su título –no su Grandeza– era anterior. El marqués se sintió injustamente tratado y se ausentó de la ceremonia. Se cubrió en 1903, por supuesto, en primer lugar. *La Época*, 11-IV-1899.

Almagro de San Martín recogió la anécdota de un Grande con cierta tradición que se dirigió a otro recién titulado tras la cobertura diciéndole: “ahora ya somos iguales”. A lo cual respondió el interpelado que él era el primero en su linaje, mientras su interlocutor el último en el suyo. Desde este punto de vista, algunos Grandes recientes y cronistas del momento, valoraban más la concesión a sus personas. La lectura es posible en el sentido contrario. ALMAGRO DE SAN MARTÍN, Melchor, *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, Madrid, 1946, p. 131.

largo de toda la ceremonia. Tras esto, el Grande en cuestión hacía lo que le habían ordenado, se cubría la cabeza y procedía a pronunciar un discurso. Sobre el mismo tampoco había unas reglas fijas. Era un discurso leído, lo que hace pensar que, por las materias que trataba, seguramente se preparaba con ayuda de algún experto en historia o genealogía³³. Era algo aceptado comúnmente que el discurso debía hacer referencia a los orígenes del título y hacer profesión pública de adhesión al Rey. Una vez que acababa el discurso, el Grande recién cubierto se acercaba al Monarca, besaba su mano, intercambiaba algunas palabras con él y tomaba asiento con el resto de Grandes, aunque en el último lugar. La ceremonia era exactamente la misma para todos los Grandes que acudían a ella. Por tanto la duración de ésta dependía totalmente del número de asistentes y de la duración de los discursos. Durante la ceremonia no se puede decir que hubiera “espectadores” más allá de los Grandes que acudían a presenciarla. Sin embargo, alguna de las puertas de la antecámara siempre quedaba abierta. A través de podían seguir la ceremonia la familia del Grande cubierto y también algunos servidores de Palacio³⁴. Se mezclaba de esta forma el carácter privado y selecto de la cobertura con la curiosidad por presenciar este acto tan exclusivo.

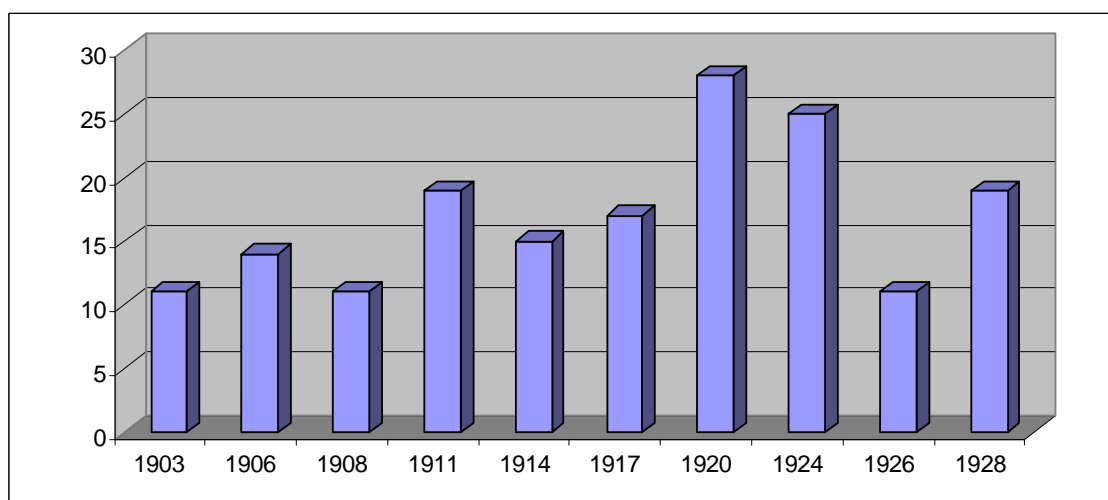
Al acabar la ceremonia, los Grandes solían ir a cumplimentar a la Reina en sus habitaciones. Justo después llevaban a cabo uno de los actos con mayor simbolismo. Por orden, cada uno de los Grandes cubiertos bajaba y subía la escalera principal de Palacio en la que formaban los guardias alabarderos. Primero lo hacían por un lado y luego por el otro, con el objeto de que los soldados les pudieran reconocer. En principio, los Grandes de España tenían el privilegio de ser recibidos en Palacio sin previa petición de audiencia y este reconocimiento tenía mucho que ver con ese privilegio. Con esto se daba por terminada la ceremonia³⁵.

³³ No se han podido encontrar referencias sobre este punto aunque la lejanía de algunos de los parentescos que se narraban lo da a entender. Sobre la lectura del discurso, en 1903 el conde del Serrallo y el marqués de Pacheco se sabe que lo pronunciaron a viva voz, quizá aprendido de memoria. Son las dos únicas excepciones a la norma. *La Época*, 13-VI-1903.

³⁴ Esto era algo que no dejaba de llamar la atención a Almagro de San Martín. ALMAGRO DE SAN MARTÍN, Melchor, *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, Madrid, 1946, p. 134 ss. También se comenta en ARTEAGA, Cristina, *Vida plural y dinámica del marqués de Santillana, duque del Infantado*, Sevilla, 1948, p. 78.

³⁵ Se puede consultar el ceremonial en PUJOL DE PLANÉS, Barón, *Monitorio Áulico (de etiquetas, tratamientos y dignidades)*, Madrid, 1908, p. 422-3 y en MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía de la Grandeza de España*, Madrid, 1918,

Gráfico 2. Participantes en la Cobertura de Grandes 1903-1928.



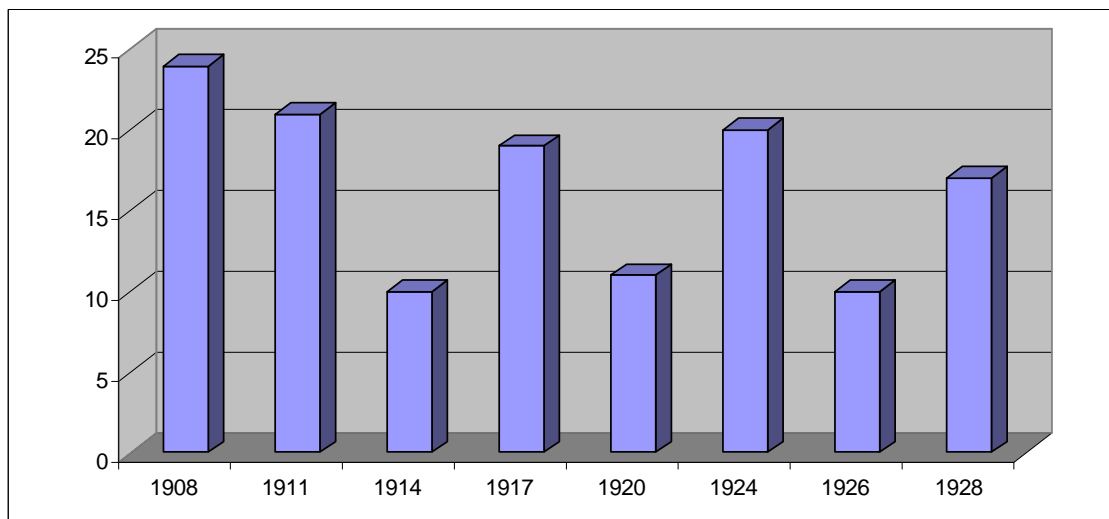
Fuente: Elaboración propia a partir de la documentación de AGP y las crónicas de *La Época*³⁶.

La cobertura de Grandes tenía un paralelo femenino. Esa ceremonia se conocía como la toma de almohada. De la misma forma que en la cobertura, en ésta podían participar las Grandes que habían accedido al título recientemente o eran consortes. En general, la ceremonia se celebraba en fechas muy próximas a la cobertura, incluso, en días consecutivos. Todos los elementos principales que configuraban la ceremonia para los Grandes se encontraban presentes en la suya: voluntariedad en la participación, precedencia según el origen del título, presencia de una madrina. En este caso, se celebraba ante la presencia de la Reina. También era diferente el privilegio que solicitaban. No se trataba ahora de cubrirse, a ellas les estaba permitido sentarse en la presencia de la Reina. De aquí procedía el nombre de la ceremonia, que consistía simplemente en sentarse en presencia de la Reina por primera vez. Así, las Grandes en cuestión se acercaban con su madrina hacia el lugar donde estaba sentada la Reina y, una vez llegaban, ella decía: “sentaos”. Tomaban asiento, intercambiaban unas palabras con la Reina y se sentaban con el resto de Grandes que estuvieran presentes en la ceremonia. En su caso no existía discurso de ningún tipo. Para acabar, iban a saludar al Rey a sus habitaciones. De forma muy significativa, en esta ceremonia la atención de la

³⁶ Para la cobertura de 1911 se han encontrado versiones diversas sobre los asistentes. En el periódico *La Época* se habló de 22 cubiertos mientras en Palacio la documentación trata sobre 19 Grandes. Se ha mantenido la cifra conservada en Palacio. Cfr. *La Época*, 30-I-1911 y Cobertura de 1911, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8934.

prensa se dirigía claramente hacia los vestidos y joyas que lucían las Grandes. Mientras que en el caso de los hombres la referencia habitual era el discurso o una relación de méritos del que se iba a cubrir, el foco de atención para las mujeres –también de distinción- se encontraba en su atuendo³⁷.

Gráfico 3. Participantes en la Toma de Almohada 1908-1928.



Fuente: Elaboración propia a partir de la documentación de AGP y las crónicas de *La Época*.

Desde un punto de vista cuantitativo, la ceremonia de cobertura tuvo un éxito evidente durante el reinado de Alfonso XIII, especialmente en sus últimas dos décadas. Si se une el número de Grandes cubiertos a la periodicidad que adquirieron estas ceremonias, la cobertura fue un ejemplo más de cómo las ceremonias en Palacio no decayeron a lo largo del reinado. Las coberturas fueron las ceremonias que congregaron a un número mayor de Grandes de todas las que se celebraban en Palacio³⁸. Almagro de San Martín podía tener algo de razón al hablar del decaimiento de las ceremonias en Palacio, pero no en el caso de la cobertura ni de la toma de almohada. Durante el

³⁷ Por ejemplo, *Vida aristocrática*, 30-VII-1920. En una antigua crónica de *La Época* sobre una ceremonia de cobertura se terminaba diciendo que, al día siguiente, se hablaría de los discursos de los Grandes y "aun si nos es posible, de los trajes de las señoras", *La Época*, 14-XI-1864.

³⁸ En general fue la ceremonia de carácter periódico que congregó a un mayor número de Grandes. Sin ser una ceremonia palaciega, las reuniones de la Diputación de la Grandeza no parece que superaran ese 25% de asistentes (es difícil tener noticia sobre los asistentes a estas reuniones anuales que también se celebraban en Palacio; por ejemplo, en la de 1924 la prensa sí recogió el número de participantes, 46. *ABC*, 15-I-1924). Desde 1912 los Grandes celebraron su fiesta anual el día de San Francisco de Borja, que entonces caía en mayo. Tampoco esta fiesta tuvo un número de asistentes mayor aunque sí reflejó ese interés por el cuidado de las ceremonias. ATARÉS, Conde, *Apuntes del Archivo 1815-1864*, Madrid, 1944, p. 207; *ABC*, 13-V-1930.

reinado de Alfonso XIII, fue en 1920 cuando tuvo lugar la que congregó un número mayor de participantes, llegando a ser 28 los Grandes que se cubrieron en esa ocasión. Otro dato de interés era el número total de Grandes que participaban en estas ceremonias. En 1924 asistieron 83 Grandes entre participantes, padrinos y espectadores. En cuanto a la toma, fue en 1924 el año en que más Grandes participaron, llegando a ser 20 las que se sentaron. Otro análisis posible sería la efectividad de la ceremonia, es decir, el número de Grandes que realmente se cubrieron entre los que podrían hacerlo³⁹. Durante el reinado de Alfonso XIII se cubrieron 171 Grandes de España, 115 de ellos a partir de 1914. En cuanto a las tomas de almohada, éstas tuvieron lugar en un número algo menor, contabilizándose 132 durante el reinado de don Alfonso. De los 77 Grandes nacidos a partir de 1880, en nueve casos no se ha podido constatar que se cubrieran o que tomaran la almohada. Dos de ellos no lo hicieron probablemente por su edad (el duque de Almodóvar del Río tenía dieciocho años y el conde de Revilla Gigedo ocho cuando se celebró la última cobertura) y sólo en otros dos casos se ha podido constatar que, teniendo oportunidad de cubrirse, no lo hicieron finalmente: el conde de Torres Cabrera y el duque de Montalto⁴⁰. Esto supone casi un noventa por ciento de participación en alguna de las dos ceremonias para los Grandes nacidos entre esas fechas.

Sin embargo, tanto la cobertura como la toma tuvieron una relevancia propia más allá de los aspectos cuantitativos. La participación de Grandes en fechas concretas así como, en el caso de los hombres, los contenidos de sus discursos dan otra visión acerca de la ceremonia.

Echando la vista atrás.

La ceremonia de cobertura se celebró con periodicidad -algo menor en algunos momentos- en los reinados previos. Isabel II, Alfonso XII y la regente María Cristina tomaron parte en la cobertura en distintas ocasiones, en las cuales ni el ceremonial ni el

³⁹ Este análisis presenta el problema de que algunos Grandes se cubrieron con títulos que luego no fueron los que ostentaron habitualmente. Por ejemplo el duque de Alba se cubrió como duque de Huéscar en 1903 o el duque de Villahermosa lo hizo como duque de Luna en 1899.

⁴⁰ Ambos podían haberse cubierto desde 1920. En el caso del duque de Montalto tuvo la intención de participar en la cobertura de 1924 pero, finalmente, excusó su presencia. Quizá pudo tener que ver con los problemas que suscitó la rehabilitación de este título aunque todos sus hermanos (duque de Andría, duque de Pastrana, duque de Estremera y duque de Huete) se cubrieron sin problemas –eso sí, sin tanta polémica en las rehabilitaciones-. Vid. *ABC*, 16-I-1924 y ducado de Montalto, AGMJ, leg. 265-4, exp. 2531.

escenario cambiaron en lo más mínimo. Sin embargo, en las coberturas que se celebraron durante esos reinados se perciben connotaciones que quizá no estuvieron tan claramente presentes a principios del XX y que sugieren diversas interpretaciones sobre la participación en esta ceremonia.

En el caso de la cobertura que tuvo lugar en 1864, presidida por Isabel II, destacó especialmente la presencia de títulos con Grandeza que se cubrían por primera vez. Varios de ellos incluso recibieron el título el mismo año en que se celebró la ceremonia. Allí estaban el conde de Cheste, el de Guendulain, el marqués de Nervión y, por supuesto, el conde de los Llanos, más conocido como marqués de Salamanca. También el marqués de Molins y el marqués de la Habana habían recibido su título unos años antes y eran los primeros en cubrirse de su casa. Así, de los doce títulos que se cubrieron en aquella ocasión, seis de ellos lo hacían representando a casas muy recientes⁴¹. Durante el reinado de Alfonso XII se dio una situación parecida. En 1875 se cubrieron diez Grandes, cuatro de los cuales habían sido agraciados con la Grandeza en años muy cercanos a esa fecha⁴². Aunque la proporción era algo menor en 1875, estas dos coberturas resultaron especialmente singulares ya que coincidió exactamente el año de su celebración con la concesión de un número notable de los títulos que se cubrieron: cuatro en 1864 y tres en 1875. De esta manera, la cobertura se convertía de una forma muy directa en una confirmación con carácter ceremonial de la Grandeza de España que se había conseguido.

Esta vinculación tan directa entre concesión y cobertura desapareció por completo en los últimos años de la regencia de María Cristina. En abril 1899 se celebraron varias coberturas, algo que no era muy habitual. La primera tuvo lugar el día 11 y en ella estuvieron presentes diez Grandes de España. Al día siguiente se cubrieron once más y en la tercera, prevista para un mes después, otros cinco. Los motivos que llevaron a esta multiplicación de la ceremonia no estaban nada claros. Sin embargo, los Grandes que se cubrieron daban otra visión de la ceremonia muy distinta de la que se podían entrever en las coberturas de 1864 y 1875. La celebrada el día 11 llamó especialmente la atención por la antigüedad y significación de las personas que se cubrieron. Estaba el duque de Medinaceli, que se cubría con menos de veinte años.

⁴¹ *La Época*, 14-XI-1864. No parece que esta fuera una tendencia que se pueda extender a todo el reinado de Isabel II. En 1854 se cubrieron siete Grandes de los cuales sólo el duque de Sevillano había recibido el título tan recientemente. *La Época*, 9-XII-1854.

⁴² Se trataba del marqués de Casa-Galindo, el duque de Santoña, el marqués de Cáceres y el duque de Almodóvar (seguramente del Valle). *La Época*, 9-VII-1875.

También estaba el duque de Huéscar, hijo del duque de Alba y en breve sucesor suyo en el título. Huéscar era casi de la misma edad de Medinaceli, aún no había cumplido veintiún años. El duque de Luna, primogénito del duque de Villahermosa, era un poco mayor, veintiséis años. También se cubrieron el duque de Aliaga y el marqués de Santa Cruz. El primero tenía veintiuno, unos meses mayor que Huéscar, y Santa Cruz no alcanzaba los veinticinco. Con ellos se cubrieron el duque de los Arcos, el conde de Oropesa, el conde de Orgaz, el duque de Sanlúcar la Mayor y el duque de Baena. Estos no eran tan jóvenes, pero sus casas coincidían en un aspecto con las anteriores: representaban algunos de los títulos con mayor tradición de toda la Grandeza española. El resto de coberturas que se celebraron ese mismo año fueron protagonizadas por títulos con una tradición mucho menor, aunque también se cubrieron el duque de Arión, el marqués de Castromonte y el duque de Abrantes, todos títulos anteriores al XIX⁴³.

En 1902, en el mes de abril, la Regente presidió dos ceremonias de cobertura más, las que serían las dos últimas ostentando ese cargo. En la primera se cubrieron once Grandes, siendo siete los que lo hicieron en la segunda ocasión⁴⁴. Apenas un año después, en junio de 1903, Alfonso presidió la primera ceremonia de cobertura tras su mayoría de edad. En ésta se cubrieron otros once Grandes de España entre los que estaba el marqués de Astorga, el duque de Béjar, el marqués de Mondéjar y el duque de Peñaranda, títulos de abolengo. También estaban el marqués de Pacheco y el duque de Arévalo del Rey, quizá las primeras grandezas que había firmado Alfonso como Rey⁴⁵. No obstante, estas coberturas y, especialmente, las celebradas en 1899 ofrecían una perspectiva de la ceremonia muy distinta de la que se podía tener a partir de las organizadas en 1864 y 1875. Simplemente viendo el nombre de los participantes la cobertura parecía adquirir un prestigio mayor, se desvinculaba de la actualidad para subrayar la continuidad como parte de la distinción de esos títulos. La juventud de algunos Grandes cubiertos en 1899 era muy significativa, pues transmitía un interés evidente por la ceremonia: su participación era algo que no se quería dejar para más adelante. En concreto, eran algunos de los Grandes con mayor prestigio los que

⁴³ *La Época*, 11-IV-1899 y 12-IV-1899. No se ha encontrado referencia concreta a la cobertura prevista para un mes después.

⁴⁴ *La Época*, 7-IV-1902 y 8-IV-1902.

⁴⁵ *La Época*, 13-VI-1903. Curiosamente, la concesión de la Grandeza al general Pacheco la firmó Alfonso XIII unos días antes de su mayoría de edad, el 29 de abril de 1902. Marquesado de Pacheco, AGMJ, leg. 89-4, exp. 779. La grandeza a Arévalo, que trajo cierta polémica debido a la existencia anterior de un título con una denominación similar, se concedió en 1903. Lo que empezó siendo una sucesión transversal se convirtió en una concesión. Ducado de Arévalo del Rey, AGMJ, leg. 118-3, exp. 1084.

procuraban participar cuanto antes. Era una cuestión que podía tener un punto de casualidad, ya que simplemente se dio la coincidencia de que algunos titulares de Grandezas no se habían cubierto todavía y aprovecharon la ocasión. Sin embargo, este hecho otorgó a la cobertura un prestigio muy notable. A comienzos del XX, la cobertura no era una ceremonia destinada exclusivamente a los nuevos Grandes⁴⁶.

En 1906 tuvo lugar otra cobertura. En esta ocasión se cubrieron catorce Grandes, la mayoría de los cuales habían accedido a la Grandeza a partir de la celebración de la última cobertura. En algunos casos habían sucedido en el título, como el marqués de los Castellones. Otros habían rehabilitado recientemente aquel que les otorgaba la Grandeza, como José Bustos y Ruiz de Arana, hijo del marqués de Corvera, ahora duque de Andría, o Julio Quesada Cañaveral, conde de Benalúa y, desde hacía poco, duque de San Pedro de Galatino. También estaban los que eran consortes en su título y solicitaban cubrirse por este motivo. Este era el caso del duque de la Vega de Santo Domingo. Por otra parte estaban aquellos que, si bien llevaban uno años ostentando el título en concreto, era en este momento cuando pedían cubrirse. En esta situación se encontraban el duque de Prim, su hermano –duque de los Castillejos–, o el marqués de Marianao. Por último aparecía un caso como el del marqués de Miravalles. Este marqués era el primogénito del marqués de Aguilar de Inestrillas, un título concedido en el XVII. Sin embargo prefirió adelantar su participación en la ceremonia aunque se cubriera en un puesto posterior al que le hubiera correspondido titulándose como Aguilar de Inestrillas. El motivo de estas prisas y de algunas de las otras coberturas fue, sin duda, la celebración de la Boda Real menos de dos semanas después de la cobertura. Para poder participar en ésta con los privilegios propios de la Grandeza había que estar cubierto. Quizá en la corrida de toros o en el baile que se celebró en la casa de Fernán Núñez estar o no cubierto cambiara poco las cosas. Allí la distinción no dependía solamente de la Grandeza. Sin embargo, la participación en la ceremonia en los bancos reservados a la Grandeza –los más cercanos al altar– sí dependía de la cobertura, al igual

⁴⁶ Otro de los elementos a valorar en la cobertura es el tiempo que se tardaba entre la concesión o sucesión de la Grandeza y la participación en la ceremonia. Por ejemplo en la de 1903, de los once Grandes cubiertos, todos menos el marqués de Astorga habían recibido su Grandeza a partir de 1902. En esos momentos, la cobertura despertaba un interés bastante claro, posiblemente como respuesta a las prestigiosas coberturas previas.

que el desfile previo y posterior a la boda en el cual algunos de los Grandes acompañaron al Rey con sus carrozas⁴⁷.

En este mismo sentido, volviendo la vista atrás, es fácil pensar que las coberturas celebradas el 7 y el 8 de abril de 1902 debieron tener una explicación similar, estando tan cercana la Jura de Alfonso XIII al alcanzar su mayoría de edad. En aquella ocasión la presencia de los Grandes también tuvo sus momentos de protagonismo, especialmente en el desfile camino del Congreso⁴⁸. La cobertura fue para muchos de los participantes la constatación de su condición de Grande, un elemento de prestigio en sí mismo. Además, coberturas como las de 1902 y 1906 sugieren esa característica propia que tuvo la ceremonia como requisito imprescindible para participar en otros acontecimientos ostentando con pleno derecho su condición de Grandes.

Estas coberturas presentaron el abanico principal de objetivos que perseguían muchos de los Grandes participando en la ceremonia. Para algunos servía como refrendo de una categoría recién adquirida que se hacía pública y suponía un reconocimiento por parte del Rey, pero también por parte de los participantes y aquellos que se interesaban por este tipo de noticias. Por otro lado los Grandes con mayor prestigio siguieron participando con “puntualidad”, manifestando con su presencia cómo el ceremonial seguía siendo una fuente de prestigio, multiplicado en la continuidad y tradición que representaban sus títulos. Por último, para unos y otros, la cobertura era una puerta abierta hacia otras posibles ocasiones en las que desplegar su posición en la sociedad.

Durante estos años, la toma de almohada había caído un tanto en el olvido. El motivo principal no era otro que la ausencia de una Reina que presidiera la ceremonia. María Cristina participó como Reina y Regente en siete ocasiones entre 1882 y 1902, año en que presidió su última cobertura. Desde entonces hasta 1908 no se celebró ninguna de estas ceremonias. A pesar de ello, y de la cantidad de Grandes que tendrían posibilidad de tomarla, en esta primera ocasión sólo participaron cinco Grandes: la duquesa de Medina Sidonia, la marquesa de Camarasa, la condesa de Torrejón, la duquesa de Ciudad Rodrigo y la duquesa de Vistahermosa. Tampoco en 1911 la toma

⁴⁷ Para la cobertura, *La Época*, 19-V-1906. Para aspectos relacionados con la organización de la boda coordinados desde la Mayordomía de Palacio, vid. AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8768/1 y 19059/15. Para el desfile no bastaba con ser Grande y estar cubierto: había que tener carroza de gala.

⁴⁸ Sobre este desfile dijo años más tarde Antonio de Hoyos que allí “iban las figuras llamadas a ornar la Corte del reinado que comenzaba”. HOYOS Y VINENT, Antonio, *El Primer Estado (Actuación de la aristocracia antes de la Revolución, en la Revolución y después de ella)*, Madrid, 1931, p. 141.

de almohada congregó a un número mucho mayor de Grandes. Entonces participaron ocho Grandes más. A comienzos de siglo, la toma de almohada se podía considerar una ceremonia con un carácter no del todo dependiente de la cobertura pero sí con un seguimiento bastante menor⁴⁹. En esos momentos no parecía que los principales títulos ni aquellos que lo habían recibido más recientemente se interesaran mucho en acudir a Palacio.

El reconocimiento, la continuidad y otras posibilidades de ejercer su prestigio eran protagonistas, motivos por los que se acudía a la cobertura. Sin embargo, uno de los ingredientes más interesantes de ésta –el discurso–, se convirtió en un elemento destacado especialmente a partir de 1911. En general, era algo comúnmente aceptado que el discurso debía hacer referencia a dos aspectos principales. Por un lado, se tenía que hacer mención a los orígenes familiares y nobiliarios del título en cuestión. Por otra parte, era el momento de hacer pública manifestación de adhesión a la monarquía⁵⁰. Esta costumbre suscitaba preguntas: ¿qué ocurría con los Grandes ennoblecidos recientemente? Algunos de ellos podían hacer valer parentescos más o menos sólidos con personajes de cierta relevancia histórica, pues procedían de familias con cierta tradición o la Grandeza concedida se basaba en un título anterior. Pero en otros casos ni siquiera les quedaba esta opción. Algo similar ocurría a veces con los Grandes consortes. Sin embargo, su solución era más sencilla: las referencias lógicas –y socorridas– eran los ascendientes de la esposa.

Costumbres a parte, nada definía de una forma tajante qué se podía decir y qué no era correcto mencionar en este discurso. El marqués de Fontalba fue uno de los primeros que se salió del guión de “Historia y monarquía” –y no fue el único ese año–. Francisco de Cubas y Erice tenía ya cuarenta y dos años al cubrirse. Había recibido la Grandeza sobre este título en 1910, cuando llevaba algo más de quince años ostentándolo. A nadie se le escapaba en España su importancia como empresario, vinculado a los Urquijo de una forma muy especial a través de su matrimonio con la

⁴⁹ De las participantes en la toma de almohada celebrada en 1908, sólo dos de sus maridos se cubrieron en la ceremonia paralela celebrada ese año. En 1911, la proporción fue menor, tres de las ocho. Se participaba en la toma de almohada no sólo a causa de que el marido se hubiera cubierto.

⁵⁰ En un periódico algo anterior de explicaba muy bien el objeto y el contenido del discurso: “dar las gracias en breves y adecuadas razones”, *La Época*, 14-XI-1864. Una de las hijas del duque de Infantado definía el discurso como algo “protocolario”, el cual solía componerse “recordando la grandeza de sus antepasados, a los que debía este honor, los servicios que prestaron a la Patria y al Trono y el propio deseo de seguir sus huellas, agradeciendo la merced recibida”. ARTEAGA, Cristina, *Vida plural y dinámica del marqués de Santillana, duque del Infantado*, Sevilla, 1948, p. 78.

hermana del marqués. Quizá su ascendiente más conocido era el marqués de Cubas, su padre, famoso arquitecto de la segunda mitad del XIX. En esta cobertura de 1911 le tocaba cubrirse el último de todos.

El primero en intervenir ese día fue el duque de Albuquerque, marqués de Alcañices. Su padrino era el duque de Tamames y se cubría al haber muerto recientemente su padre. Le siguió el duque de Frías otra de las casas con más tradición en toda España. El padrino del duque fue el duque de Alba. En tercer lugar intervino el duque de Pastrana. Era hijo del marqués de Corvera y había sucedido en el título un par de años antes⁵¹. En su discurso procuró incidir en los méritos de su pariente Rui Gómez de Silva durante el reinado de Felipe II. Sin embargo, no todos los títulos que se cubrieron aquel mes de enero tenían tanta tradición como estos tres. El marquesado de Portago, el condado de Torre Arias, el de Romanones y el marquesado de Fontalba –se cubrieron en este orden– habían recibido la Grandeza apenas un par de años antes. No tenía por qué ser así pero, esto es lo interesante, esta novedad tuvo una traducción directa en el discurso. El padrino de Portago fue Tamames, un personaje de peso. En un principio su discurso giró principalmente sobre la historia de sus antepasados. Aparecían en la batalla de las Navas junto a Alfonso VIII y también en la boda de los Reyes Católicos. Portago llevaba un apellido conocido, Cabeza de Vaca, y su título procedía del XVIII, pero aquella retrospección parecía un tanto excesiva. El final de su discurso seguía la misma línea cuando, en el último momento, dio un pequeño giro. Portago acababa reconociendo que el título se le había concedido en honor a los méritos de sus antepasados pero que, por su parte, él seguiría con sus modestos servicios apoyando a la Monarquía a través de las instituciones políticas⁵². El marqués había sido diputado y senador, director general de comunicaciones y gobernador civil de Sevilla: tenía motivos para hablar de política. Sin embargo no era algo frecuente en la cobertura.

⁵¹ El duque tuvo que iniciar un pleito con la condesa-duquesa de Benavente por el mejor derecho sobre el título. Finalmente se los tribunales dictaminaron a su favor que lo recibió como una sucesión transversal. Ducado de Pastrana, AGMJ, leg. 22-2, exp. 154.

⁵² “Indudablemente, al conceder la Grandeza de España al título que llevo, lo habéis hecho, señor, pensando en los ocho siglos de nobleza de mis ascendientes, y no en méritos personales, pues estos no llegan más lejos que a modestos servicios, como míos, a la patria y a las instituciones, en el campo político donde pienso continuar en aquella política de expansión en las ideas, sabiamente comenzada por don Alfonso XII, hábilmente seguida por la reina doña María Cristina y definitiva y afortunadamente confirmada por V.M”. También era interesante la diferenciación que hacía entre su título y de otros que se habían cubierto antes que él, como Albuquerque o Frías. Discurso del marqués de Portago, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8934/1-13.

Si Portago habló de política se puede decir que Romanones no hizo otra cosa. Era algo esperado, pero no dejaba de ser llamativo en ese contexto. El padrino del conde fue su hermano, el duque de las Torres. Su discurso giraba en torno a la idea de que la Grandeza le llegaba como un estímulo. En sus palabras procuró dar una visión de lo que significaba la Grandeza en los tiempos que corrían: “la defensa de las instituciones de la dinastía y de la persona de V.M.”. Para él, resultaba clave que con la Grandeza se pudiera participar en uno de los órganos legislativos del país. Encendido en su retórica, Romanones acabó insistiendo de nuevo en el significado que adquiriría desde su punto de vista la concesión de la Grandeza y que volvía a ser “la defensa de las instituciones de la dinastía y de la persona de V.M.”⁵³. En este punto el conde tenía algo de previsible tanto para los Grandes como para el Rey y, por supuesto, para los que pudieran acceder a su discurso.

El marqués de Fontalba, aunque conocido, no era alguien tan previsible. En su caso, hizo de padrino el duque de Tovar, hermano de Romanones. Su presencia en la antecámara podía resultarle un tanto difícil, quizá más acostumbrado a los consejos de administración. Cuando le tocó hablar, su comienzo fue muy similar al del conde de Romanones, hablando de lo que debía definir a la nobleza actual en comparación con la antigua. Después hizo una breve mención a sus antepasados aunque enseguida siguió una línea diferente que la de recordar a sus ascendientes. Decía,

“todos parecen transmitirme más que el glorioso brillo que es condición envidiable de la Nobleza de Armas, aquel otro, no por menos patente menos útil de los servicios civiles y pacíficos por cuyo medio los hechos de armas se consolidan en medidas de administración y de gobierno, la autoridad real se hace llegar como un benéfico influjo hasta las últimas capas de la sociedad y del Estado”.

⁵³ “No recibo este honor para la contemplación ni para el descanso de las luchas que fueron, porque V.M., al conceder la Grandeza de España, declara un derecho constitucional preclaro y único en los de tal manera favorecidos. Son ellos desde ese momento presuntos legisladores, mañana lo serán por derecho propio; se les otorga la mayor distinción contemporánea, algo como una prolongación de la soberanía de V.M. que con ellos quiere compartirla, y a este Derecho va íntimamente ligado un deber, el primero, el más grande, el más obligado en la convicción y el más propio de las casas nobles en todos los días de la historia: la defensa de las instituciones de la dinastía y de la persona de V.M., que hoy, por la transformación de las costumbres y de las condiciones de la vida, tiene que hacerse aún más que en los campos de batalla, en los comicios, en el Parlamento, en el Gobierno, en el foro, en las propagandas y hasta en las agitaciones, y yo siento el deber, he de cumplirlo, aunque no haga uso del derecho, y mirando el ejemplo que ofrece aquella gran nación, maestra de los pueblos libres y parlamentarios, entiendo como principalísimo en la condición a que V.M. me ha elevado, la acción constante y ardorosa en las luchas de la política. Por eso, el honor que V.M. me otorga, lo ciño a mi nombre para las contiendas gobernantes, pero no como la espada al cinto, sino como enseña que rodea los blasones para alentar en las empresas y sostener en los arrestos al que la proclama y la defiende, con el entusiasmo firme y la voluntad convencida”. Discurso del conde de Romanones, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8934/2-15.

Fontalba no tenía muchas opciones de recordar acontecimientos gloriosos en el pasado y, de hecho, no tenía intención de hacerlo. Su Grandeza, para él, tenía sentido en el presente en cuanto que ayudaba en el progreso de la nación. También su adhesión a la Monarquía seguía una línea distinta que la habitual, similar a la propuesta por Portago:

“Señor: Si es cierto que la Historia se modifica, si a las antiguas guerras de conquista han sucedido los llamados problemas sociales, para los cuales raras veces la solución está en el hierro, si para estas luchas Producción y Labor son baluarte más seguros que antaño castillos en las rocas, yo pasaré sobre la humildad de mi persona y en mi adhesión leal y en mis obligadas relaciones con la moderna producción creeré ofrecer armas bien pequeñas puesto que son más pero de voluntad tan grande como lo es mi gratitud”⁵⁴.

Novedosas o no, las palabras de Fontalba no generaron ningún tipo de polémica. Sin embargo, planteaban desafíos interesantes acerca de la misión de la Grandeza en el contexto actual⁵⁵. En su intervención no aparecía la Historia sino más bien el presente y, en concreto, muy definido en la participación en el progreso social y económico del país. Esta era su visión de la Grandeza, como la de Romanones había sido mucho más política. Portago fue más comedido pero ofreció una visión novedosa de la Grandeza. Sin embargo, en su caso podía quedar ahogada en las Navas o en las bodas de los Reyes Católicos, aunque también tenía especial interés por el equilibrio entre los méritos históricos y su papel en el presente. Las coberturas que tuvieron lugar entre 1914 y 1928 respondieron de alguna forma a ese dilema entre la Historia y el presente de la Grandeza.

Historia y modestia.

⁵⁴ Discurso del marqués de Fontalba, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8934/1-4.

⁵⁵ La postura de Fontalba fue defendida por el marqués de Salamanca de una forma muy similar (asociando progreso y Grandeza) casi cincuenta años antes, cuando se cubrió ante Isabel II como conde de los Llanos. En aquella ocasión el marqués dijo: “La historia referirá a los tiempos venideros el reinado de V.M. como uno de los más prósperos y gloriosos. Tantos millares de kilómetros de caminos de hierro, tantos más de carreteras ordinarias, las mejoras materiales que cada una de las poblaciones de España ha conseguido, la nueva forma dada a la capital del reino, las abundantes aguas traídas a Madrid, que han triplicado su población, serán títulos de gloria que enaltecerán el nombre de V.M. Alguna pequeña parte que yo he tomado en estas mejoras materiales ha hecho que V.M. en su munificencia derrame sobre mi mercedes y me eleve a la categoría de grande, que no creo merezco, pero esta generosidad de V.M. servirá de ejemplo a los hombres trabajadores y activos que ven que se abren las puertas del alcázar a la industria y a la laboriosidad”. *La Época*, 14-XI-1864. Sin embargo, en esta ocasión esa asociación parecía demasiado relacionada a su persona, dando la impresión de ser una auto alabanza sin más.

Melchor Almagro de San Martín se consideraba más bien poco partidario de la cobertura. En general, sus opiniones sobre la España de Alfonso XIII fueron de especial interés en todo lo referente a Madrid y la corte, tanto por su agudeza como por haber desempeñado algunos cargos en Palacio. En éstas, como se ha visto en algunos comentarios anteriores, la etiqueta y el ceremonial cortesano no quedaban muy bien parados. En concreto, la ceremonia de cobertura y el discurso eran algunas de las tradiciones que más le aburrían. Para él, las palabras pronunciadas por los Grandes no eran poco más que una "relación de méritos más o menos fantásticos, donde la única virtud ausente era la modestia". En general, "la mayoría de esas enumeraciones solía ser monótona y sin relieve; pero no faltaron casos en que la política se mezclara y hasta una vez fuera verdadero capítulo de agravios contra el monarca, traídos a cuento por un magnate de alto abolengo: el Duque del Infantado"⁵⁶.

Como se ha visto al principio del capítulo, Infantado se cubrió en 1914 y pronunció un discurso en el que se quejaba públicamente al Rey del trato recibido por parte del Estado en sus iniciativas industriales. Fue el único que hizo algo "distinto" desde la perspectiva de Almagro de San Martín. Desde todos los puntos de vista, Infantado rompió bastantes moldes pero también disimuló con sus quejas los elementos más destacados de aquella cobertura de abril del 14⁵⁷. Aquel día sobre todo estuvo presente la monotonía que repelía a Almagro. Esa rutina estaba íntimamente mezclada con dos factores: la Historia y la modestia. Incluso Infantado reservaba un espacio significativo para ambas, grandes dosis de Historia y un explícito ejercicio de modestia⁵⁸. En su figura y en su discurso estaban íntimamente ligados el pasado glorioso de los Grandes con un presente de éxito. Triunfo que él veía amenazado y por

⁵⁶ ALMAGRO DE SAN MARTÍN, Melchor, *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, Madrid, 1946, p. 132.

⁵⁷ Las quejas de Infantado no tuvieron consecuencias en lo que respecta al pleito sobre el Canal y la Hidráulica de Santillana que siguió siendo motivo para imponentes polémicas con el ayuntamiento que saltaron también al Parlamento y prosiguieron durante la dictadura. Vid. *Pleito Hidráulica Santillana*. Archivo Regional de Madrid, Familias Nobles, 5354/12. *Discursos pronunciados ante el Senado durante el mes de julio de 1923 por el Duque del Infantado, marqués de Santillana, en defensa de los derechos de la Sociedad Hidráulica Santillana atacados por los proyectos de obras del Canal de Isabel II*, Madrid, 1923. *Hidráulica Santillana*, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12427/8.

El duque recibió algunos apoyos después del discurso, por el ejemplo el de Antonio Maura. ARTEAGA, Cristina, *Vida plural y dinámica del marqués de Santillana, duque del Infantado*, Sevilla, 1948, p. 81-2. Por su parte, unos días después el Rey nombró a Infantado presidente del Consejo de Órdenes Militares, quizá para desvincularse de una polémica en la que poco podía añadir y demostrar su simpatía hacia Infantado.

⁵⁸ El duque comenzaba su discurso reconociendo que él "no p(odía) invocar los personales servicios que a tantos de los presentes han otorgado ese honor por méritos propios" y también planteando una pregunta: "¿cómo no he de temer que encuentre V.M. muy superiores a mis merecimientos los honores que ostento?". Sus referencias al pasado de su familia ya han sido mencionadas al principio del capítulo: el Cid, Bernardo del Carpio... Discurso del duque del Infantado, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/1-10.

eso no dudaba en quejarse ante el Rey. No obstante, algunos con menos problemas que él –también con menos éxito–, dejaron las quejas para otro momento y se centraron absolutamente en la Historia y la modestia.

Lo interesante fue que no solamente acudían a la Historia los Grandes que ostentaban títulos con gran tradición, sino también los más recientes. El último en cubrirse en aquella ocasión fue el marqués del Bosch de Arés. Aunque el título procedía del XVII, la Grandeza se le había concedido en 1897. Todo su prestigio lo había conseguido su padre, labrado principalmente en la provincia de Alicante⁵⁹. Sin embargo, las referencias en el discurso eran muy anteriores. El marqués situaba a sus antepasados participando en la Reconquista muy cerca de los Reyes Católicos. Tanto por parte de su padre como por parte de su madre, sus ascendientes habían colaborado en momentos históricos, algunos con Carlos II y otros en la conquista de Andalucía. El parentesco no tenía desperdicio pero, más aún, destacaban sus últimas palabras:

“si yo carezco todavía de merecimientos que justifiquen verdaderamente el honor que ahora recibo, los tuvieron los míos y (que) para hacerme en alguna manera digno de él, me bastarán mantener constantemente tan grandes recuerdos creyendo como creo que nobleza obliga y obligándome por ello solemnemente a ajustar a ésta creencia mi vida entera como hoy lo declaro gustosísimo, y altamente honrado en la presencia de mi Rey”⁶⁰.

El conde de Paredes de Nava y el marqués de Valparaíso coincidían en ser ambos Grandes consortes. En el caso del primero, era diplomático y había sido embajador en Viena recientemente. No obstante, apenas se mencionaba esto y, sobre todo, insistía en los méritos de su mujer, señalando que procedía de la estirpe de Jorge Manrique. Valparaíso no se detenía a considerar sus méritos y, aunque algo mencionaba de su familia, sobre todo se hablaba de los de su mujer, que igual que en América se habían cosechado junto a Felipe IV y en la Guerra de la Independencia⁶¹. El marqués de San Vicente intervino justo a continuación del marqués. Había solicitado la rehabilitación de este título tres años antes y se había aprobado en 1912. Su discurso fue

⁵⁹ ZURITA ALDEGUER, Rafael, *El Marqués del Bosch y el conservadurismo alicantino*, Alicante, 1994 (tesis inédita).

⁶⁰ Discurso del marqués del Bosch de Ares, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/1-2.

⁶¹ Discurso del conde Paredes de Nava, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/1-12 y discurso del marqués de Valparaíso, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/1-15. La participación de Grandes consortes no alcanzó nunca porcentajes fijos. Para las coberturas analizadas: en 1914 se cubrieron 4 de 15; en 1917, 3 de 17; en 1920, 2 de 28; en 1924, 6 de 25; en 1926, 2 de 11; y en 1928, 2 de 19. Es difícil sacar conclusiones generales sobre este punto. Más bien es en la persona concreta y en su discurso donde su condición de consorte es más reveladora.

especialmente breve, justificando la omisión de una relación amplia de los méritos de sus antepasados en el conocimiento general que se tenía de ellos. Al mismo tiempo, reconocía que no tenía méritos propios y esperaba que le compensaran en esto los méritos de sus antepasados⁶². La modestia volvía a hacer acto de presencia en un discurso. No dejaba de ser paradójico ese interés por quitarse méritos. El marqués tenía 56 años, había sido gobernador de Cádiz, Málaga, Guipúzcoa y Santander y, entre otras condecoraciones, tenía la Legión de Honor. En buena medida, la explicación se encontraba en la Historia. Para Almagro de San Martín los méritos se inventaban en parte y la única virtud que faltaba era la modestia. Ninguna de las dos cosas era superficial: la raíz de la Grandeza estaba en la Historia incluso antes de que se hubiera concedido como tal y por mucho que se mereciera siempre se estaría por debajo de lo acumulado por la familia en el pasado. De esto era de lo que distraían las quejas de Infantado cuando él mismo había empezado reconociéndolo. Bosch de Ares, Paredes de Nava, Valparaíso y San Vicente lo repetían una y otra vez en sus discursos. Para Almagro era monótono... pero tenía mucho sentido.

El marqués de San Vicente apuntaba un aspecto más. Muy brevemente mencionaba que su familia había demostrado recientemente su amor por la patria, “acudiendo presurosos a la defensa de nuestras banderas, lo mismo quien vestía el honroso uniforme de nuestro ejército, como quien a él no pertenecía”. El marqués tenía siete hijos, seis varones, de los cuales al menos cinco eran militares o habían tenido alguna relación con el ejército⁶³. Esta mención a la participación en campañas militares no era algo que sólo hiciera referencia al pasado. El conde de Campo Alange fue el siguiente en tomar la palabra tras el marqués de San Vicente. En su discurso recordó la presencia de sus ascendientes en Guadalete, en Covadonga, en la conquista del Perú y también tratando con Santa Teresa. Sin embargo, no empezó hablando de Historia. El conde estaba a punto de cumplir veintidós años y era oficial de complemento de ingenieros. Nada más empezar lo hacía patente y achacaba al “progreso de los tiempos”

⁶² "Sólo rogaré ya que por desgracia no puedo ofrecer a V.M. servicios propios, que justifiquen la merced que hoy se me confiere sean recibidos en compensación aquellos altos ejemplos que mis ascendientes dieron en defensa de su Dios y de su patria y en la lealtad con la que siempre sirvieron a sus Reyes, que son en los que he procurado inspirar mis actos, y los que he inculcado en los que me han de suceder". Discurso del marqués de San Vicente, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/1-14. El marqués lo envió al Ministerio de Gracia y Justicia para que se conservara en su expediente, algo no muy habitual. Marquesado de San Vicente, AGMJ, leg. 94-3, expte. 832.

⁶³ Su quinto hijo, Ramón, capitán de infantería murió en Uad Lau en 1924. MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía de la Grandeza*, Madrid, 1925.

el que fuera a la ceremonia con uniforme de soldado⁶⁴. Este “progreso” recordaba los discursos de los marqueses de Portago y Fontalba de la anterior cobertura. En su caso no había mención al ejército, sino a la política y a las iniciativas económicas. No todo era Historia en los discursos de 1914 pero la referencia al presente se hacía siguiendo unas pautas concretas.

El ejército no fue la única mención que se hizo a méritos actuales. La tierra apareció también como un elemento importante en otros dos discursos. Uno de ellos fue el que pronunció el duque de San Fernando de Quiroga, tras cubrirse el conde de Campo Alange. El duque recordaba en él la labor de su familia en el campo. Era un destacado terrateniente con posesiones en el Sur de la Península y, desde su punto de vista, el trabajo en el campo era una forma de patriotismo⁶⁵. En sus palabras también tenía tiempo para comentar su parentesco con santos –san Pedro de Alcántara y san Raimundo de Peñafort-, pintores, representantes en las Cortes y presidentes de Bolivia. El conde de Gadiana hizo algo parecido. En su discurso aparecían importantes personajes de la Historia de España, como Beltrán de la Cueva. Sin embargo, dedicaba mayor espacio a hablar sobre su trabajo en el campo y lo que significaba para él:

“Practicando la vida rural aprendí bien pronto que no sólo es la agricultura la profesión más noble que en tiempos normales puede ejercerse, sino que es también la base de la riqueza y el poderío de las naciones, y hondamente convencido de esta verdad, consagro mis esfuerzos a llevar, con la eficacia del ejemplo, al ánimo de mis coterráneos el convencimiento de la necesidad de fomentar el progreso agrícola, combatiendo al propio tiempo la plaga del absentismo, carcoma y ruina de las Naciones”⁶⁶.

El conde se fijaba en la tierra como un elemento propio de la Grandeza, igual que el duque de San Fernando de Quiroga. Ellos señalaban el campo donde otros habían puesto la vista en el ejército. Esas dos excepciones a la corriente general de Historia y modestia realmente no resultaban tan extrañas. Tenían algo de actualización del papel

⁶⁴ Al final del discurso el conde volvió a insistir en su condición de soldado, alabando al Ejército español: "Estos galones rojos que acaban de imponerme no pueden envidiar los entorchados de oro"(...) "pues el soldado español, instrumento principal de nuestras conquistas, dominaciones y poderío, cualesquiera que sean su condición y clase, fue, es y será símbolo perdurable por ministerio de la raza, del entusiasmo y la resignación, del valor y del sacrificio". *La Época*, 5-IV-1914.

⁶⁵ “Mi padre y antes que él mi abuelo, favoreciendo la agricultura y los intereses generales del país, trabajaron con empeño en obras de acendrado patriotismo en que he de inspirarme y procuraré continuar sin perjuicio de que me consagre como soldado al servicio de mi Patria y de V.M., si las circunstancias lo exigen”, discurso del duque de San Fernando de Quiroga, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/1-13.

⁶⁶ *La Época*, 5-IV-1914.

de la Grandeza pero no sonaban tan distinto como las palabras de un Romanones o del marqués de Fontalba. Los discursos de cobertura de 1914 subrayaron una y otra vez la importancia de la Historia en la explicación de la Grandeza. Era una Historia que conformaba la de la Patria y que, al mismo tiempo, era historia de su familia. Aquellos parentescos tan resonantes podían parecer más o menos ciertos pero era donde enraizaban su Grandeza, esto es lo importante. Ahí entraba en juego la modestia. Ésta podía ser más o menos sincera, pero remarcaba de una forma muy consciente que la clave estaba en el pasado, no en el presente. Algunos podían hablar de su dedicación a la agricultura y otros sobre su condición militar pero, aunque fueran profesiones o trabajos muy actuales, se afrontaban mirando hacia atrás. Quizá el conde de Guadiana fue el que más cerca estuvo de dar una visión presentista de la Grandeza en su discurso, como se había dado con fuerza en algunos discursos de 1911. Sin embargo, la tierra cuadraba muy bien con la Grandeza y no tenía por qué entenderse como una llamada de atención aunque se mencionara el absentismo. La Historia pesaba mucho más en los discursos y podía llevarse por delante a la tierra. Reflejo de esto era que muchas de las casas situaran sus orígenes en momentos muy anteriores a la concesión de sus títulos. Lo hizo el conde de Guadiana pero también el duque de Dúrcal o el duque de Hornachuelos que habían accedido a la Grandeza muy recientemente⁶⁷.

Muy poco tiempo después de esta ceremonia, apenas una semana más tarde, la Diputación de la Grandeza presentó a Alfonso XIII su exposición sobre los últimos títulos otorgados. Allí pesaba una visión de la nobleza que tenía mucho que ver con la que se estaba ofreciendo en los discursos de cobertura sobre la Grandeza. Un mes más tarde, Francisco Fernández de Bethancourt pronunció su discurso de entrada en la Academia de la Lengua. Era aquel en el que, hablando de los Grandes y su relación con las letras, pintaba un panorama muy pesimista sobre la situación de la Grandeza en esos momentos. El famoso genealogista podía tener mucha razón. Sin embargo, la mirada de los Grandes si se fijaba en el presente —como quería Bethencourt— era a través de sus méritos en la Historia⁶⁸.

⁶⁷ El duque de Dúrcal hizo referencia a sus ascendientes Borbones pero también a otros en Irlanda y Portugal. El duque de Hornachuelos habló de la batalla de las Dunas. Discurso del duque de Dúrcal, AGP, Reinados-Alfonso XIII 8935/1-5 y discurso del duque de Hornachuelos, AGP, Reinados-Alfonso XIII 8935/1-9.

⁶⁸ *Exposición que elevan a S.M. desde la Diputación de la Grandeza sobre prerrogativas de esta diputación*, 14-IV-1914, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/24. FERNANDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, "Las letras y los Grandes". Discurso leído en el acto de su solemne recepción el día 10 de mayo de 1914.

Es lo mismo, pero no es igual.

En marzo de 1917 se volvió a convocar a los Grandes que quisieran cubrirse y cumplieran los requisitos para participar en la ceremonia. En esta ocasión se cubrieron diecisiete y, como otras veces, representaban un espectro amplio de lo que suponía la Grandeza. Llamaba la atención, sin embargo, que ninguno de los títulos tuviera la antigüedad que en coberturas pasadas. El marques de Cenete, el primero en cubrirse en aquella ocasión, ostentaba un título del XVI aunque lo había rehabilitado recientemente. Los dos siguientes, el conde de Peñaranda de Bracamonte y el de Peralada, eran Grandezas que procedían del XVIII. Otros habían recibido su título hacía poco tiempo como el conde de la Viñaza, engrandecido en 1910, o el marqués de Squilache⁶⁹. La mayor actualidad de las Grandezas no restó importancia al contenido histórico de los discursos. En cuanto a su edad, los participantes ofrecían un amplio abanico de posibilidades. Mientras el conde de Bornos se cubrió con 61 años o el marqués de Bendaña con 53, el marqués de Guadalcázar y el conde de Glimes de Brabante tenían 23 años. Bernardo Orozco y Loring, marqués de la Rambla, tenía 19 años aquel día, quizá el más joven en cubrirse en todo el período estudiado.

Los discursos de esta cobertura no tuvieron nada especial a simple vista. Había mucha Historia, mucha adhesión al Monarca y también bastante modestia. Al mismo tiempo, aparecieron de nuevo las referencias al ejército y la dedicación a la agricultura de algunos Grandes. En cuanto a la Historia, ésta hizo acto de presencia de una forma muy singular en algunos de los discursos. Por ejemplo, el conde de Peralada hizo girar toda su intervención alrededor de la historia de sus antepasados. Realmente empezó haciendo referencia a su condición de militar pero a esto apenas le dedicó unas palabras. Después, las consideraciones sobre sus antepasados inundaron la antecámara. El condado de Peralada se asentaba históricamente en Cataluña y todos sus ascendientes acababan en esta región de una u otra manera. Lo interesante del discurso era que, empezando en el siglo VIII cerca de Carlomagno, ninguna de sus referencias iba más allá del siglo XVI. Una detrás de otra fue recorriendo las cuatro ramas de su familia, encontrando siempre algún origen remoto. Antes de explicar el salto de su linaje a las

⁶⁹ La Grandeza a este título se otorgó con carácter vitalicio en 1910 y se convirtió en hereditaria en 1912. La marquesa tomó la almohada en 1914 pero, al ser viuda, nadie se había cubierto aún con esta denominación.

Baleares, el conde repitió que él se cubría como consorte al haber fallecido el padre de su mujer. Después de tantas apelaciones a la historia familiar era algo que se podía haber olvidado, daba la impresión de que hablaba de su propia familia. No obstante, había una explicación evidente: la Grandeza encontraba su sentido en la Historia y no importaba ser consorte para seguir invocándola⁷⁰.

El conde de Casa Valencia no se quedó atrás a la hora de remontarse. Según sus palabras, la historia de su familia comenzaba en el año 1206. Después, su apellido Alcalá estaba en la conquista de Valencia, en la coronación de Pedro III y en la batalla de Lepanto. En uno de los últimos párrafos explicaba el origen de su título, concedido en el XIX. La colaboración de sus padres en la Restauración ocupaba otra de las últimas líneas pero no hizo mención a que fue en esos momentos cuando se le concedió la Grandeza. El conde de Casa Valencia no era consorte como el de Peralada, pero la reciente Grandeza hacía algo extrañas sus incursiones en la España medieval y moderna. Estaba claro que el conde prefería señalar un pasado remoto a referirse a los méritos más cercanos de su familia⁷¹.

En cuanto a la Historia se refiere, el marqués de Guad el-Jelú la enfocó desde un punto de vista singular. El título le fue concedido a su abuelo, el general Ros de Olano, por méritos en la Guerra de África. Muchos de los temas que tocaba en el discurso eran referencias a su condición de militar pero, en un momento dado, quiso conectar con la Historia sus hazañas militares. Al hablar de la batalla de Guad el-Jelú, el marqués comentaba:

“Guad el-Jelú significa algo trascendental en nuestra Historia, pues como afirma un ilustre historiador (...) son las glorias militares de la Guerra de África y las de Independencia las únicas del pasado siglo en que los laureles de la victoria no están empapados en sangre de hermanos”⁷².

Continuó hablando un poco más de los méritos de su abuelo, aunque lo interesante había sido su forma de conectar esos méritos, la Grandeza lograda y la Historia de España, algo que no era habitual en los discursos. Especialmente si la Grandeza era muy reciente, como había demostrado el conde de Casa Valencia.

⁷⁰ Discurso del conde de Peralada, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/2-10.

⁷¹ Discurso del conde de Casa Valencia, *La Época* 12-III-1917.

⁷² Discurso del marqués de Guad el-Jelú, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/2-8.

La modestia, ese otro gran protagonista, estuvo presente de nuevo en muchos de los discursos. El marques de Bendaña la incorporó en el suyo de una forma interesante, asociándola a la familia: “Mi linaje, Señor, me hace digno de la honra que hoy recibo y esa es suerte para mí, pues carezco de propios y personales merecimientos”⁷³. El marques de Benamejí, consorte y muy joven, insistió por su parte en sus lógicos y escasos merecimientos: “mis primeras palabras han de ser de gratitud y promesas, de grandes promesas, ya que no pueden ser de ofrecimientos de servicios extraordinarios prestados a mi Patria y a mi Rey, como hubieran sido mis deseos”⁷⁴. También el conde de Atarés siguió una línea parecida al acabar su intervención pues, tras hablar de sus antepasados, finalizaba recalcando que sus escasas fuerzas poco podían ante los grandes méritos del pasado⁷⁵. En cuanto al conde de Bornos, en sus palabras iniciales, comentó que sólo iba a hacer referencia a tres de sus antepasados pues “resultaría de ellos la enumeración tan extensa que (...) elegiré algunos menos de los que habría podido recordar”⁷⁶. De todos los discursos hubo uno que fue especialmente breve. Se trataba del que pronunció el duque de la Unión de Cuba. Seguramente no pasó de dos escasos minutos. Con ese tiempo tuvo suficiente para reconocer que se cubría por los méritos de sus antepasados –no por los suyos-, situar el origen de su familia en el siglo XIII y renovar su fidelidad al Rey⁷⁷.

Como se puede observar, pocas cosas habían cambiado con respecto a la cobertura de 1914. La tierra también tenía su hueco, como entonces, y lo tuvo principalmente en el discurso del marqués de la Rambla. En su juventud, comenzó dedicando un tiempo a reconocer que no tenía méritos propios y a señalar varios acontecimientos relacionados con su familia. Luego se centró en recordar la labor de su padre en el campo andaluz. A partir de su figura, el joven marqués –apadrinado por el duque de Luna⁷⁸- incidía en la importancia de la dedicación a la tierra. Presentaba a su

⁷³ Discurso del marques de Bendaña, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/2-1.

⁷⁴ Discurso del marques de Benamejí, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/2-3.

⁷⁵ Discurso del conde de Atarés, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/2-17.

⁷⁶ El conde también hacía una referencia velada al conflicto sobre la herencia de su tía que tanto dio que hablar en la época y que, a parte de las tierras, da la impresión de que le privó de su archivo, al menos durante un tiempo. Discurso del conde de Bornos, *La Época*, 14-III-1917.

⁷⁷ "Señor: al tener la honra de cubrirme hoy ante usted, no ciertamente por mis méritos, sino por los de mis ascendientes en línea recta, que desde el siglo XIII hasta la fecha, supieron en más de una ocasión, derramar su sangre en el servicio de su Patria y de su Rey, quiero hacer una vez más pública profesión de mi inquebrantable amor y lealtad a V.M. y a vuestra augusta familia". Discurso del duque de la Unión de Cuba, *La Época*, 10-III-1917.

⁷⁸ El duque de Luna heredaría dos años más tarde el ducado de Villahermosa y, con él, se convertiría en el tercer mayor terrateniente de la Grandeza. Sus posesiones sumarían cerca de 50.000 has. INSTITUTO DE

padre como un ejemplo a seguir, señalando algunas “distracciones” que hubieran podido interponerse en su labor: “cerrando los oídos a solicitudes de la política (halagos de la vida aristocrática), y aun requerimientos de los afectos familiares, se retiró a la rusticidad de sus posesiones y al cuidado de sus haciendas”. Para acabar, el marqués de la Rambla excusaba la duración de su discurso aunque, suponía, los asistentes habrían apreciado el ejemplo de su padre, en especial, Su Majestad, “primer agricultor del país”⁷⁹. El marqués de la Rambla vivía en Úbeda y en sus palabras resonaba también la queja contra el absentismo que había aparecido en el discurso del conde de Guadiana tres años atrás. Justo antes que Rambla, el marqués de la Romana –gran terrateniente y no tan joven como el anterior- también señaló el ejemplo de su padre en el campo⁸⁰. La tierra se señalaba con fuerza como el lugar más apropiado para el desenvolvimiento de la Grandeza.

A parte de este énfasis que venía de algo antes, hubo una novedad interesante con respecto a los discursos precedentes. Lo interesante fue que no se refirió a los Grandes, sino al Rey. Fue el marqués de la Romana quien lo sugirió, pero aún con más fuerza y algo antes lo había hecho el de Guadalcázar. Estos dos Grandes hicieron una mención explícita al papel de Alfonso XIII en la búsqueda de desaparecidos durante la Primera Guerra Mundial. Guadalcázar decía:

REFORMA AGRARIA, *La Reforma Agraria en España. Sus motivos, su esencia, su acción*, Valencia, 1937, p. 47.

⁷⁹ El discurso no tenía desperdicio como demostración de cierta actualización de la Grandeza, si bien había estado precedida de una buena dosis de Historia. La referencia completa a su padre era: “Entendí mi padre, cuyas dignidades heredé, que resultaba poco menos que estéril para la obra de civilización el esfuerzo de sus antepasados rescatando tantas tierras de la morisma si, al menos en cuanto al lote que a él le deparase su fortuna, la cultura y el progreso modernos no llevaban a la labranza de los campos la inteligente actividad de la raza conquistadora; y estimó además que era empresa adecuada a las clases directoras de la Sociedad contemporánea, ser efectivamente directoras (cada cual en su respectiva esfera de acción) de aquellas zonas sobre las cuales su derecho y su deber les asignan legítima influencia. Y así, cerrando los oídos a solicitudes de la política (halagos de la vida aristocrática), y aun requerimientos de los afectos familiares, se retiró a la rusticidad de sus posesiones y al cuidado de sus haciendas, bendiciendo la Providencia su decisión, no sólo con venturosas señales de mejoramientos en su caudal, sino, -lo que a él satisfacía más aún- con notorio beneficio de la comarca, que halló en los ejemplos, en el trabajo y en los consejos que el último marqués de la Rambla le proporcionaba, estímulos para su prosperidad y apoyo para el incremento de su riqueza.

Séame lícito, Señor, honrar con esta mención ante V.M. la memoria de mi padre que tan grato recuerdo dejó entre sus coterráneos y lo hago sin temor de excederme en la molestia que vengo causándoos con mi discurso por que sé que estas mis últimas palabras han de hallar ecos de simpatía y animador acogimiento mis propósitos, en el inteligentísimo y progresivo espíritu de V.M., que entiende enaltecerse aún más cuando se denomina con justicia el primer agricultor de España”, discurso del marqués de la Rambla, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8395/2-11.

⁸⁰ “Empleó toda su inteligencia, su fortuna y su actividad en el fomento de la agricultura consagrando sus esfuerzos a llevar, con la eficacia del ejemplo, al ánimo de sus hijos, el convencimiento de que también en la paz debemos trabajar por el engrandecimiento de la Patria”, discurso del marqués de la Romana, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8395/2-12.

“en estos instantes en que Europa se despedaza, sobre todos sus prestigios, aquellos que provienen de la intervención del Rey como soberano y como hombre, que pudo llevar a hogares fríos cual la muerte, el fuego consolador de realidades y de esperanzas, entre el aplauso de pueblos y gobiernos, de aquende y allende el mar, que pasaron las Caravelas de Colón...”⁸¹.

De alguna forma, no dejaba de ser una demostración de adhesión al Rey como se hacía una vez tras otra en todas y cada una de las coberturas. No obstante, aquí se ensalzaba un mérito muy concreto de su persona en el momento presente. Quizá no se encontraba la forma de ampliar el papel de los Grandes hoy, más allá de su labor en los campos: de labor o de batalla. Sin embargo, en cuanto al Monarca, sí se ofrecían actualizaciones que permitían ensalzarlo en la actualidad. Podían ser escasas, pero insinuaban posibilidades para dar un contenido contemporáneo a los discursos. De todas formas, estas sugerencias no aparecieron por ninguna parte en el último de éstos, el pronunciado por el marqués de Squilache. Sobrino de la famosa marquesa, primera en ostentar el título, tenía muy claro cual era su papel en la cobertura y lo proponía de una forma muy sencilla: “cumpro la tradicional costumbre de exponer brevemente la genealogía de mis antepasados”. Así, como Borbón que era, se remontaba hasta el s. XIV por una parte. Mientras, por la otra línea familiar, se refería a Teodorico, rey de Italia. La Historia seguía pesando, sin duda, como el elemento más destacado en los discursos. Se convertía de alguna forma en instrumento perfecto de distinción social.

Si todo habla de continuidad en la cobertura, 1917 trajo una gran novedad con respecto a la ceremonia de la toma de almohada. Dos semanas después de la cobertura, el 24 de marzo, de nuevo tuvo lugar en Palacio una de estas tomas. En esta ocasión participaron dieciocho Grandes de España, una más que en la ceremonia paralela que realizaron los varones⁸². Hasta entonces, durante el reinado de Alfonso XIII no había tenido un seguimiento similar a la cobertura. En esta ocasión llegó a superarlo. En ella se cubrieron varias mujeres de algunos de los participantes en la cobertura. Eran la condesa de Atarés, la marquesa de Benamejí, la de Bendaña, la de Romana, la duquesa de la Unión de Cuba, la marquesa de Guad el-Jelú y la condesa de la Viñaza. Otras participaban por haber contraído matrimonio o por haber accedido al título recientemente. La duquesa de Alburquerque, la de Parcent, la duquesa de Algete, la

⁸¹ Discurso del marqués de Guadalcázar, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/2-7. El marqués de la Romana hizo una mención más breve pero no menos retórica: “Hoy que Europa tiene la vista puesta en Vuestra Majestad...”. Discurso del marqués de la Romana, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8935/2-12.

⁸² *La Época*, 24-III-1917.

señora de Rubianes o la marquesa de Silvela se encontraban en esa situación. Rubianes y Parcent coincidían en un aspecto: ambas se habían casado en segundas nupcias. Aunque estaban en su pleno derecho, es interesante comprobar como participaron enseguida en la toma de almohada, confirmando su acceso a la Grandeza. La marquesa de Casteldosrius representó un caso distinto. Se había casado con el marqués a principios de siglo pero no había participado aún en la ceremonia. Ahora decidía hacerlo viajando desde Barcelona expresamente para ello⁸³. Unas y otras, en sus orígenes tan distintos, reflejaron la versatilidad de la toma como instrumento de distinción social.

Mucho que añadir.

"Señor: Lo mutable de los tiempos ha transformado por completo el vivir de la aristocracia. Perdidas las jurisdicciones y disipadas las riquezas, los nombres, por gloriosos que sean, no pueden de suyo significar hoy lo que antaño significaban... La sociedad discurre por cauces que conducen a la nobleza que cada cual sepa crearse con su actuación ciudadana en la vida pública y este es el estímulo para que continuemos la Historia de España, laborando todos por la Patria y por el Rey"⁸⁴.

No es fácil señalar qué título con Grandeza es el más antiguo de todos. Pero, sin duda, uno de los primeros fue el ducado de Medina Sidonia. Pese a su antigüedad, su discurso en la cobertura de 1920 acabó con el párrafo anterior: palabras tan claras no se habían escuchado en la antecámara, ni en boca de Grandes recientes ni en la de aquellos que tenían a sus espaldas siglos de Historia –como era el caso de Medina Sidonia-. En 1911 el marqués de Portago o el de Fontalba habían sugerido que ellos iban a desempeñar su condición de Grandes en un escenario muy concreto (la Administración pública y la empresa industrial y financiera, en cada caso). Más adelante, el conde de Guadiana o el marqués de la Rambla –que murió en 1919, con sólo veinte años– señalaron la tierra como la ocupación a la que iban a dedicar su vida, siguiendo el ejemplo de sus padres. Ambos mencionaron esta idea en su discurso desde una perspectiva muy personal aunque intentaran contagiarla al resto de Grandes. Ahora no se hablaba de individualidades, ni se hacía referencia sólo al campo. Medina Sidonia estaba dando una visión que, desde el primer momento, quería dirigirse a la nobleza

⁸³ Durante ese viaje la marquesa se gastó 600 pesetas en joyas. Sin ser una cantidad enorme ni saber con certeza si utilizó esas joyas en la ceremonia, parecen un reflejo más de consumo de prestigio, en este caso muy material. Arxiu Nacional de Catalunya, fondo Casteldosrius, cuentas de caja, 1231.7.3.

⁸⁴ Discurso del duque de Medina Sidonia, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/1-11.

como grupo social. En sus palabras subrayaba el final, no sólo de la Grandeza con privilegios, sino también con mentalidad de privilegiada. De esta manera procuraba señalar la necesidad que tenían de encontrar su lugar en la vida pública, continuando así la Historia de España. El duque hablaba de Historia pero en un sentido muy distinto del que hasta entonces se había ofrecido en los discursos de cobertura. Sus palabras eran claras, habría que ver si cambiaban las cosas.

La cobertura de 1920 fue la más numerosa de todo el periodo: ese 18 de junio se cubrieron 28 Grandes. Como se vio al principio del capítulo, algunos de ellos habían solicitado la cobertura con bastante anterioridad. La explicación estuvo en los rumores extendidos por la prensa que la había anunciado para un par de años antes. En esta ocasión la hora de comienzo de la ceremonia se retrasó hasta las diez y media de la noche, con lo cual la cobertura tuvo que acabar pasada la medianoche. Entre los Grandes asistentes y los Grandes que se cubrían no estuvieron presentes menos de ochenta miembros de la clase⁸⁵. El primero en cubrirse fue el citado duque de Medina Sidonia. Su discurso innovador fue seguido del resto: algunos –muchos– continuaron la referencia habitual a hechos históricos. Otros, en cambio, aportaron otro tipo de novedades. Quizá sin darse cuenta, el duque de Sevilla y el marqués de Quintanar introdujeron dos de las principales.

El duque de Sevilla se cubrió a la edad de 36 años al ceder su suegra el título a su mujer. El duque era comandante de infantería y en su discurso se dedicó a hacer una descripción exhaustiva de toda su carrera militar. Su jura como cadete en el Alcázar, sus estrellas de teniente, su primera intervención en la campaña de Melilla, su condición de miembro de los Cazadores de Seborbe en la de 1911-1912 y, por último, su vuelta a Tetuán en la siguiente campaña, entre 1913 y 1915⁸⁶. Desde 1914, se había comentado en muchas otras ocasiones a lo largo de los discursos la condición militar del Grande que se cubría. Muchas veces se recordaba el juramento de fidelidad a la Patria a la hora de demostrar su adhesión al Rey. Sin embargo, el duque de Sevilla estaba haciendo algo diferente. No sólo ofrecía una visión actual de su título también –y sobre todo– hacía desaparecer por completo la modestia a la que tantas veces se hacía mención en la cobertura. Esa modestia consistía en repetir de muchas formas que no se estaba a la

⁸⁵ *La Época*, 19-VI-1920. En este periódico también se hacía mención de las Grandes que contemplaron la ceremonia desde la furriera, la sala contigua. Se mencionaba a unas cuarenta damas, algunas de las cuales no pertenecían a la Grandeza de España. Esta referencia no era frecuente.

⁸⁶ Discurso del duque de Sevilla, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/1-23.

altura de los méritos de los antepasados. El duque quizá había olvidado esta costumbre o, a lo mejor, consideraba que en su persona sí se reunían méritos suficientes⁸⁷.

La otra novedad inconsciente –hasta cierto punto, claro- vino de la mano del marqués de Quintanar. En sus palabras hizo bastantes referencias históricas a su familia, los Chaves, vinculándola con la Historia de Portugal. Al final de su discurso, sin embargo, cambió completamente el registro. Tras hablar de la carrera militar de su padre, concluía:

“Yo no he seguido la senda que él pareció indicarme. El uniforme de ingeniero de Caminos que me honro en vestir bien claro dice a Vuestra Majestad en que actividades trato de servir a mi Patria, que nuevos matices he de dar forzosamente a la lealtad y la adhesión que por mi Rey siento arder dentro del pecho”⁸⁸.

Este final era interesante, también novedoso. Aunque había algunos, no eran muchos los Grandes ingenieros y menos los que manifestaban en la cobertura que sería a través de la ingeniería como iban a servir a la Patria. Extractos de este discurso fueron los únicos que se recogieron en la noticia que *El Sol* publicó al día siguiente sobre la cobertura⁸⁹. Este periódico no era *La Época*, que seguía con gran detenimiento todas las coberturas de Palacio. Había empezado un par de años antes y ésta era la primera cobertura que cubrían en sus páginas. Podría haber aparecido cualquier otro discurso, pero fue el de Quintanar y, en concreto, la mención a su condición de ingeniero lo que resaltaron. Cuadraba con el espíritu del periódico, al menos eso parecía. Era un periódico liberal que no tenía por qué recoger noticias sobre coberturas o ceremonias de Palacio. Sin embargo, en la de 1920 encontraban un discurso que podía reflejar en parte algunas de las necesidades que veían en el país. Quintanar en su conclusión, les proporcionó esa oportunidad⁹⁰. Por otra parte, y aunque no siempre era así⁹¹, el

⁸⁷ Al principio de su intervención, el duque también hizo referencia al parentesco que existía entre él y su mujer (eran primos hermanos), considerándolo como algo digno de mención: “es realmente digno de mencionarse este caso nuestro de estar en posesión del ducado de Sevilla dos primos hermanos y nietos ambos por línea paterna del primer duque: ella como hija del hijo mayor; él, por ser su esposo, siendo a mi vez el primogénito del segundo hijo del infante, y, por tanto, el varón primogénito de la línea masculina de esta rama tan íntimamente ligada a Vuestra Majestad”. Discurso del duque de Sevilla, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/1-23.

⁸⁸ Discurso del marqués de Quintanar, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/1-19.

⁸⁹ *El Sol*, 19-VI-1920. Los editores mantenían que escogieron el discurso “al azar”.

⁹⁰ Antes que Quintanar se había cubierto el marqués de Monreal, quien hizo una mención a su profesión en su discurso bastante similar. Había estudiado medicina como su padrastro, un conocido catedrático de la Central, Juan de Azúa. No obstante sus palabras fueron al principio del discurso y quedaron bastante difuminadas entre las constantes referencias a la historia de sus antepasados. Quizá por esto no lo eligió *El Sol*. Decía: “Soy Señor, por afición, licenciado en Medicina y Cirugía, creyendo firmemente que en los tiempos corrientes es un deber tratar por todos los medios, de ser útiles a España y a Nuestro Rey (q.D.g.)

periódico escogió una intervención que transmitía una visión positiva sobre las aportaciones que podía hacer la Grandeza en la sociedad de los recién estrenados años 20. Hubo otros discursos que podían haberse utilizado con la intención de ofrecer una visión de los Grandes como un grupo anclado en el pasado. Sin embargo, era más interesante escoger la opción que apoyase los ideales progresistas del periódico y así lo hicieron eligiendo el discurso de Quintanar.

Medina Sidonia fue el primero en intervenir aquella noche. Casi en último lugar se cubrió el marqués de Urquijo. Había estado a punto de participar en la ceremonia en 1914, pero la rehabilitación del marquesado de Cábrega que solicitó su mujer fue impugnada por el duque de Luna y, finalmente, se le dio la razón a este⁹². Unos años más tarde, en 1918, accedió a la Grandeza y solicitó cubrirse con bastante previsión⁹³. Su participación no era extraña, acudía como otros muchos recién engrandecidos para cubrirse por primera vez ante el Rey. Pero el marqués de Urquijo representaba algo distinto. El año anterior su casa bancaria se había convertido en uno de los bancos más poderosos del país. Probablemente estaba entre los hombres más ricos de España y, seguro, era uno de los mejor situados en todo el entramado financiero-industrial que por entonces se estaba concretando con gran fuerza⁹⁴.

Indudablemente, todo esto se encontraba muy presente en las mentes de los que asistían a la cobertura. Al comenzar su discurso hizo una breve mención a sus antepasados señalando con modestia –de nuevo, con modestia- que suponía que era a ellos a quien se premiaba con la Grandeza. No obstante, los méritos que se subrayaban

cada uno en su modesta esfera", discurso del marqués de Monreal, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/1-14.

⁹¹ En 1919 se publicaron en *El Sol* varias críticas a las camarillas de Palacio, señalando al duque de Infantado y al marqués de Viana como promotores de algunas de esas "conspiraciones". Infantado respondió al periódico y desde *El Sol* insistieron en sus críticas a la Grandeza. *El Sol*, 19-VII-1919, 20-VII-1919 y 21-VII-1919. Esto se analiza con más detenimiento más adelante.

⁹² Marquesado de Cábrega, AGMJ, leg. 21-1, exp. 145

⁹³ *Carta del marqués de Urquijo a la Mayordomía de Palacio*, 28-III-1919, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/1-26.

⁹⁴ Parece que la Grandeza le fue otorgada para premiar su participación en un crédito a Francia firmado en 1919. CABRERA, Mercedes y DEL REY, Fernando, *El poder de los empresarios*, Madrid, 2002, p. 177. El decreto de concesión de su Grandeza recogió las principales empresas que dirigía, algo muy singular: Presidente de la Sociedad Metalúrgica Duro Felguera, Presidente de la Compañía General de África, Presidente de la Sociedad Española de Construcciones Metálicas, Presidente del Banco Urquijo, Presidente del Consejo de Administración del Ferrocarril de Bilbao a Portugalete, Vicepresidente de la Junta Provincial de Beneficencia de Madrid, Vicepresidente de la Compañía Franco Española del Ferrocarril de Tánger a Fez, Vicepresidente de la Unión Eléctrica Madrileña, Consejero del Banco Hipotecario de España, Consejero de la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España, Consejero de la Sociedad Española de Construcción Naval, Consejero de la Sociedad Altos Hornos de Vizcaya. Como siempre, se adjuntó una copia notarial del decreto en el expediente de la cobertura. AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/1-26.

en sus ascendientes no tenían nada que ver con lo que era habitual: “el trabajo y la inteligencia puestos al servicio del desenvolvimiento de la riqueza y de la intelectualidad de la Nación española, caracterizaron sus anhelos, y el seguir su ejemplo es la norma de mi conducta”. Urquijo no se detuvo mucho tiempo en sus palabras. Enseguida pasó a demostrar su adhesión al Monarca, pero esto también lo hizo de una forma diferente:

“V.M. como Rey que se inspira en la realidad de los tiempos en que vive, no sólo conserva aquella nobleza que llenó de páginas heroicas la historia de España, sino que trae a su lado a aquellos que laboraron con su esfuerzo a conservar el prestigio y glorias pasadas, entre estos últimos me encuentro yo, aunque, como he dicho, no por méritos propios, sino por haber facilitado mi labor los que me antecedieron”.

Después hacía manifestación de su origen vasco, a la vez que lo asociaba con su trabajo por el bien del país y del reinado, “que no dudo que todos unidos en torno de V.M. trabajando sin descanso y con entusiasmo, (...) será de los más prósperos y gloriosos”⁹⁵. En cierta medida, sus palabras eran complementarias a lo propuesto por Medina Sidonia. El duque habló de no fijarse en el pasado. Urquijo hablaba de su familia pero no de la Historia. Aunque invocara la tradicional modestia, ésta se debía al trabajo que le precedía, no a los méritos de otro carácter, fuera bélico o político. El marqués no negaba la validez de éstos pero sostenía que eran necesarios otro tipo de méritos, basados en el trabajo y la inteligencia.

Medina Sidonia y Urquijo se complementaban desde este punto de vista y también coincidían en otra cosa. El padrino de ambos fue el duque de Alba. Como se ha visto, el duque solía ser padrino de cobertura de las casas con mayor tradición. Lo había sido del duque de Frías en 1911 y del duque del Infantado en 1914, ahora lo era del duque de Medina Sidonia. En ocasiones, los Grandes con mayor tradición apadrinaban a otros recientemente incorporados, como Alba hizo con Urquijo: el duque de Béjar fue el padrino del marqués de Bosch de Arés en 1914, el duque de Híjar del conde de la Viñaza en 1917. Sin embargo, ninguno de estos había pronunciado discursos del estilo que propuso Urquijo, tampoco Béjar e Híjar eran el duque de Alba. De esta forma, la participación del marqués quedaba especialmente realzada.

Hay que resaltar que el marqués de Urquijo no estaba proponiendo ninguna revolución con sus palabras. Tampoco el duque de Medina Sidonia, ni el duque de

⁹⁵ Discurso del marqués de Urquijo, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/1-26.

Sevilla, ni el marqués de Quintanar aportaron en sus discursos interpretaciones sobre la Grandeza que supusieran una crítica. Lo que sí hicieron fue situar la Historia en un segundo lugar, concederle una importancia menor en la justificación de su Grandeza y, sobre todo, en su trascendencia de cara al futuro. Aún así, en la cobertura de 1920 muchos otros Grandes siguieron insistiendo sobre este punto. El marqués de Pacheco y el duque de Arévalo del Rey, por ejemplo, ambos títulos concedidos al comenzar el reinado, no dudaban en remontarse al siglo IV y al siglo VIII para trazar sus genealogías, sin ninguna referencia al presente⁹⁶. A pesar de esto, la trascendencia de un Medina Sidonia y del marqués de Urquijo, apoyado por Alba, lo apuntado por el marqués de Quintanar y lo sugerido por el duque de Sevilla era algo más que las referencias al ejército o a la importancia del campo para la Grandeza. Sin ser revolucionarios, sin ser la mayoría, reflejaron un intento por cambiar la imagen y también la misión de la Grandeza a principios del siglo XX. Las coberturas previas de 1914 y 1917 fueron mucho más homogéneas en ese sentido, sólo la tierra y el ejército aportaron un toque actual en esos años. Sin embargo en el 20, la Grandeza adquiría matices diferentes. No se trataba sólo de que la visión de la Grandeza fuera más o menos “moderna”. Lo interesante es que se situaba su papel en el presente. Las coberturas futuras dirían si esta nueva visión calaba o no en la Grandeza.

Durante el periodo 1914-1920 estas ceremonias aportaron algunos elementos de gran interés para profundizar en el análisis de la Grandeza. La misma participación recalcó la importancia que se seguía dando a la cobertura y a la toma de almohada como elementos de distinción por parte de los propios Grandes. La referencia constante a la Historia y a los antepasados conectaba intensamente con aquella sensibilidad hacia los ennoblecimientos “modernos”. Al mismo tiempo, la fragilidad de algunas de esas genealogías recordaba las contradicciones en las que se podía incurrir cuando se incorporaban nuevos miembros. De fondo, se buscaba transmitir la clave de la Grandeza. Equilibrio podía ser la palabra que definiera su actitud. Además, conectaba mucho con su papel en la vida de sociedad. Equilibrio para hablar de Historia incorporando a gentes absolutamente nuevas. Equilibrio para hablar del campo o del ejército sin convertirlos en su única razón de ser. Equilibrio, también, para ser modesto sin rechazar la Historia. La posición económica y política de los Grandes en esos años

⁹⁶ Discurso del marqués de Pacheco, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/1-18. Discurso del duque de Arévalo del Rey, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/1-4.

transmitió de otra forma lo difícil que era mantener ese equilibrio en una época de cambio.

SEGUNDA PARTE.

Capítulo 4. PODER ECONÓMICO DE LA GRANDEZA: riqueza como elemento de distinción.

La supuesta nula implicación de la Grandeza en la economía estuvo muy presente en aquellos textos que, durante 1914, se cuestionaron su papel en la sociedad del momento. En aquel conocido discurso de acceso a la Real Academia, el genealogista Fernández de Bethencourt señalaba, entre los múltiples intereses a los que la Grandeza había vuelto la espalda, el campo de las especulaciones mercantiles. También apreciaba con cierta nostalgia que el “dominio de la tierra” se le estaba escapando¹. La opinión de Fernando Suárez de Tangil, expuesta poco tiempo después, no era muy diferente. Incluso cargaba más la mano, desplegando un pesimismo crítico muy contundente. En concreto, insistía mucho en el tema del absentismo, señalando que en esos momentos ya nadie vivía y moría en sus fincas. Sobre la industria decía más bien poco, su queja principal giraba en torno al gasto en todo tipo de actividades de ocio y objetos de consumo, para lo que “estrujan a sus colonos” y “malrotan el capital”².

Sin ser una respuesta a estas críticas, alrededor de la fecha de publicación de ambas obras, Ramiro de Maeztu planteó su visión sobre lo que debían ser “los blasones”, en definitiva, la nobleza. Ante todo, para él, la aristocracia tenía que dedicarse al dinero, no conceder títulos a los ricos, sino unirse a ellos en su poder económico. Dejar de sortear deudas y casarse con una heredera rica si no se era capaz de dedicarse a los negocios³. Maeztu aportaba soluciones a las quejas anteriores pero, sin duda, se encontraban muy alejadas de las que barajaban Fernández de Bethencourt y Suárez de Tangil. Mientras que éste no proponía nada en concreto, el genealogista canario sí sugería algunas posibilidades. En realidad, más que un cambio especialmente renovador, su opción se centraba en señalar los aspectos positivos que aún quedaban en la Grandeza y animarla a ponerlos en juego. Según él, todavía quedaba en sus manos gran parte del suelo nacional y era rica moderada y discretamente. La cuestión estaba, según su opinión, en si la Grandeza era un cadáver a esas alturas o se encontraba adormecida y, tras despertar, podría retomar su puesto en la economía del país⁴.

¹ Bethencourt decía: “(la Grandeza) volvió las espaldas a las grandes especulaciones mercantiles (...) se mantiene distanciada de lo que representan en el moderno vivir las agitaciones industriales y bursátiles - con alguna, quizás única, simpática y plausible excepción, más plausible y más simpática cuanto más sola-”. La tierra que perdía era “(la) que había ganado al precio de su sangre, desde Covadonga hasta Granada”. FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, “Las letras y los Grandes”. *Discurso leído en el acto de su solemne recepción el día 10 de mayo de 1914*, Madrid, 1914, pp. 33-7.

² SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio histórico-político y sociológico legal sobre las grandezas de España y títulos del Reino*, Madrid, 1914, p. 60.

³ “Blasones y talegas”, *Gran Mundo*, 15-VI-1914.

⁴ FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, “Las letras y los Grandes”..., Madrid, 1914, p. 45. Quizá en su optimismo influyó que Bethencourt no depositaba totalmente sus esperanzas en ese papel

El año siguiente, 1915, fue testigo de la respuesta a estas visiones sobre la economía de los Grandes por parte de un personaje próximo a la Grandeza de España. Barriobero, en parte, coincidía con los planteamientos anteriores en los argumentos que subrayaban el papel que debían desempeñar los Grandes. En general, Barriobero tenía muy claro que la nobleza debía huir del aislamiento. Sin embargo, a pesar de coincidir en el diagnóstico –aunque no sonara tan crudo en sus páginas–, su conclusión no era la misma. Ni siquiera se podría equiparar su final con el de Fernández de Bethencourt. Mientras éste procuraba de alguna forma matizar su comienzo tan crítico espoleando los ánimos de los Grandes, Barriobero –más que animar– hizo un repaso de las iniciativas que ya llevaba a cabo la Grandeza desde un punto de vista económico. Los Grandes tenían intereses en las empresas industriales y “se puede interrogar en este punto a los encargados de estos asuntos”⁵.

En su libro, Barriobero no hablaba exclusivamente de los Grandes pero se les podía identificar con facilidad tras sus alabanzas. Al fin y al cabo, estaba contestando principalmente a Fernández de Bethencourt, quien sí se había centrado en ellos. Los argumentos de unos y otros tuvieron gran importancia en el análisis sobre la sociedad y el papel que jugaba la Grandeza en ella. Sin embargo, también son una buena demostración del lugar que ocupaba la economía en la imagen que se tenía de los Grandes: era un ingrediente necesario (al menos así se entendía tras leer estas opiniones). Quizá no se destacaba por encima de otros factores algo más etéreos, como la Historia en las coberturas. Eso sí, se insistía en que debía estar presente en su vida una dedicación a algún sector mínimamente productivo de la economía del país, pero daba igual uno que otro. Dos preocupaciones eran las principales y los textos anteriores las hacían patentes: la tierra, sus posesiones en los campos, y una implicación en las actividades económicas más innovadoras, como podían ser las finanzas y todas las vinculadas con la industria. Esta imagen, esa implicación que no era obligada pero se suponía, tenía dos caras bastante definidas ya en esos momentos. Estaba el Grande que

económico de los Grandes. Unos años antes había dejado clara su opinión: “Recuerde la nobleza de estas épocas metalizadas que no siempre hubo en España mayorazgos, cosa relativamente moderna, pero que siempre hubo Nobleza, institución tan vieja como la Nación misma. Tenga presente la Nobleza de la sangre aquella frase heráldica de los tiempos pasados: *Vivir noblemente*. No se decía entonces vivir ricamente, ni vivir lujosamente; ni se invocaba para nada el fausto y la pompa”, FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, *Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española Casa Real y Grandes de España, tomo II*, Madrid, 1900, p. 15.

⁵ BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia. Notas y observaciones relativas a su significación*, Madrid, 1915, p. 145-7. Barriobero no citaba las empresas en las que participaba la nobleza “para que no se confunda el interés nacional con el beneficio personal”. Lo que sí se apuntaba era que había Grandes en el consejo del Banco de España y entre los administradores del Banco Hipotecario.

se preocupaba realmente por favorecer el desarrollo económico del país haciendo rendir su capacidad y sus medios de fortuna, en fin, estaba el duque del Infantado. Aunque más adelante se hablará algo de sus empresas y posesiones, Infantado era ante todo un modelo para el resto de los Grandes. Poco después de su muerte, una de sus hijas publicó un libro sobre su vida. El prólogo lo firmó el duque de Maura, quien resaltó de distintas formas la importancia de afrontar la responsabilidad que suponía un título a través de la dedicación a la industria⁶. No hubiera hecho falta esperar a su muerte: en muchas otras ocasiones, tanto en la prensa como en memorias del momento, se recogieron las actividades del duque como reflejo de las posibilidades que seguía teniendo la Grandeza. Su mismo discurso de cobertura fue, al fin y al cabo y aunque no lo reconociera él mismo, una demostración más de su condición de referente en estos aspectos. Su némesis, muchos también lo tenían en mente, fue aquel duque de Osuna algo anterior en el tiempo, experto en el derroche y que provocó la quiebra de la familia y la venta de su patrimonio. Según el conde de Atarés, el duque fue el causante de la mala fama de la Grandeza en todo lo relacionado con economías e inversiones. Su postura había sido la del “tras de mí, el diluvio”, que Atarés entendía como completamente contraria a lo que representaban los títulos⁷.

Hasta aquí, casi todo eran coincidencias: en la dimensión económica que debían desempeñar, en los campos en que debían centrarse o en los modelos a seguir o evitar. No obstante, la diferencia que se adivinaba entre la visión de Fernández de Bethencourt y la de Barriobero no era tan fácil de salvar. En muchos casos, la Grandeza de España no estaba en condiciones de ejercer un papel económico destacado a la altura de 1914.

Reordenación.

Pocas interpretaciones o análisis en Historia despiertan un consenso tan amplio como la decadencia económica de la nobleza durante el XIX. A pesar de que Lieven

⁶ Duque de MAURA, “Prólogo” en ARTEAGA, Cristina, *Vida plural y dinámica del marqués de Santillana, duque del Infantado*, Sevilla, 1948, p. I-XII. El duque insistió en alguna ocasión en que no sólo se dedicaba a la industria y que gran parte del tiempo se le iba en la gestión de sus posesiones. *Blanco y Negro*, 1-XII-1918. Esto no hacía sino aumentar su ejemplar dedicación a la economía en general.

⁷ Refiriéndose a la casa de Osuna, decía: “tantas generaciones cubiertas de gloria, honores, preeminencias y riquezas, conquistadas por su esfuerzo, siglo a siglo, vienen a deshacerse en un hombre que, sin mirar que todo lo debe a sus muertos y que ello es patrimonio legítimo de sus sucesores, prescinde alegremente de su historia con el socorrido “tras de mí, el diluvio”, Conde de ATARÉS, *Apuntes del Archivo 1815-1864*, Madrid, 1944, p. 45. El punto de vista de Atarés es bastante revelador en cuanto que participó de varios consejos de administración en representación del Rey en distintas empresas.

considerara que el Ochocientos fue un buen siglo para ser aristócrata –también en lo económico- o que Mayer señalara importantes individualidades en Europa que no seguían esa corriente decadente, la idea de que el poder económico de los nobles fue en constante declive no parece ponerse en duda⁸. Los trabajos de los investigadores han seguido esta línea, matizando de alguna manera la visión más general. David Cannadine señaló los años 80 del XIX como el momento en que ese declinar en lo económico rompió el equilibrio que sostenía a la nobleza en la cúspide del poder en Gran Bretaña, que también era político y social⁹. Por su parte, Anthony Cardoza sostuvo que, en el Piamonte, los nobles ricos pasaron a ocupar un segundo puesto en el escalafón. Con esto no quería decir que sus fuentes de ingresos hubieran desaparecido. Ante todo la cuestión estaba en que otros les habían sustituido en las primeras posiciones¹⁰.

En cuanto a España, antes que nada, el siglo XIX se presenta como un momento fundamental para entender la nobleza del XX y, por supuesto, también la Grandeza. Desde el punto de vista económico, la trascendencia del siglo precedente es fundamental. Un año aparece como la fecha señalada: en 1841 desapareció el mayorazgo y la vinculación de las tierras con los títulos, aunque ya se hubiera incoado esta medida en el Trienio¹¹. En este contexto, los estudios sobre la desamortización, tremendamente conectada con este fin del privilegio, representan una producción historiográfica ingente. Sin embargo, la nobleza no siempre despertaba una atención tan entusiasta. El punto de mira se centraba en las tierras enajenadas a la Iglesia y algo más tarde a los ayuntamientos, las consecuencias que tuvo su compra en la configuración de un nuevo tipo de propiedad agraria y, también, de propietarios agrarios. Sin duda, fue un proceso diferente en su origen pero las consecuencias del fin del vínculo y del mayorazgo también giraban en torno a esos cambios que experimentaba el campo español.

Ángel Bahamonde fue quien estudió con mayor detenimiento la configuración de las fortunas de la nobleza durante la segunda mitad del XIX. Su objetivo no consistió sólo en dar respuesta a la lógica transformación que debieron sufrir los patrimonios

⁸ LIEVEN, Dominic, *The Aristocracy in Europe, 1815-1914*, London, 1992, p. 1. MAYER, Arno, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1984, pp. 51-81.

⁹ CANNADINE, David, *The Decline and Fall of the British Aristocracy*, London, 1990, pp. 35-87.

¹⁰ CARDOZA, Anthony C., *Aristocrats in bourgeois Italy*, Cambridge, 1997, p. 104. Cardoza señalaba cierta “cohesión” en la riqueza moderada de esa aristocracia a la altura de 1914.

¹¹ El otro gran momento en este fin de los privilegios nobiliarios fue la abolición de la jurisdicción señorial, aprobada en 1811 y, definitivamente, en 1837. PÉREZ LEDESMA, Manuel, *Estabilidad y conflicto social*, Madrid, 1990, p. 141.

nobiliarios al extinguirse el mayorazgo y la vinculación. También se preocupó por la dedicación a otro tipo de actividades económicas y la posible diversificación de sus fuentes de riqueza. En definitiva, su intención fue cuestionar la continuidad de la nobleza como un grupo social con un poder económico pujante. Aunque Bahamonde habló de la nobleza en general, su publicación principal giró fundamentalmente en torno a la Grandeza. Desde un primer momento, su conclusión clave resultaba clara: se produjo una "transferencia de recursos en dirección única, desde la vieja nobleza titulada, y con ello la redistribución del producto social en el interior de la elite de poder"¹². Una serie de conceptos servían para perfilar esta apreciación: reordenación, saneamiento, repliegue. Estas ideas, que hacían referencia a la gestión de las fortunas nobiliarias en la segunda mitad del XIX, también conllevaban en algunos casos un resultado no deseado pero que se produjo en más de una ocasión: la ruina. Su análisis se basaba en el estudio de las propiedades rústicas, la participación en empresas económicas con aportaciones de capital o formando parte de sus consejos de administración y en la posesión de propiedades urbanas. La presencia de la burguesía no era algo anecdótico, ya que en su comparación, Bahamonde captaba los cambios que las nuevas figuras revelaban a través de sus patrimonios. Al fin y al cabo, la pretensión del autor era ir un poco más allá y proponer conclusiones sobre las discontinuidades en la configuración de las elites españolas en esos momentos.

En cuanto a su atención a las tierras, Bahamonde subrayó una serie de posturas que reflejaban muy bien las opciones que tomó la nobleza (en lo que respecta a las tierras, todos los nobles estudiados eran Grandes). Tanto el duque de Medinaceli –al que dedicaba bastante espacio–, como el duque de Alba fueron ejemplos de un saneamiento del patrimonio que se apoyó en la venta de algunas de sus posesiones. En ambos casos, esa venta no se puede considerar una renuncia a sus posesiones agrarias, como si con el fin del vínculo su relación con la tierra hubiera desaparecido. Estos duques arbitraron soluciones para que el patrimonio familiar se viera afectado lo menos posible por las divisiones hereditarias, proponiendo compensaciones económicas a sus hermanos para sustituir la parte de tierras que les correspondía por testamento¹³. Esta estrategia de saneamiento de la deuda no siempre resultaba tan sencilla, pues en algunos patrimonios

¹² BAHAMONDE, Ángel, "Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)" en BAHAMONDE, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid, 1986, p. 327.

¹³ BAHAMONDE, Ángel, "Crisis de la nobleza de cuna...", p. 335.

de la Grandeza las ventas supusieron un porcentaje amplísimo de su riqueza. El conde de Humanes vendió cerca del 80% de su patrimonio en 1866 para afrontar sus deudas. Los Grandes con una posición menos destacada sufrieron más los efectos del fin del vínculo. Sin embargo, los que peor salieron parados fueron aquellos que optaron por una renegociación de las deudas una vez tras otra, hasta que tuvieron que recurrir a la venta como solución de extrema necesidad. Fue el caso del marqués de Alcañices quien, para afrontar sus deudas a la altura de los años 80, vendió tierras por valor de 27 millones de reales y su palacio en la plaza de Cibeles¹⁴. Aún así, su caso no fue el más exagerado. La casa de Osuna y la casa de Altamira fueron ejemplos de quiebras estrepitosas si se tiene en cuenta la importancia de ambos patrimonios a principios de siglo XIX. Según el duque de Medina Sidonia, llegados a cierto punto, la venta de tierras era la única opción ante la deuda¹⁵.

Tras estudiar el saneamiento y reordenación de los patrimonios nobiliarios en lo referido a la tierra, Bahamonde se fijaba en otros sectores económicos. Después de analizar algunos de los patrimonios más importantes de la nobleza, concluía convencido de que ésta renunció a liderar cualquier iniciativa empresarial durante el periodo. Es cierto que, en ocasiones, el nombre de ciertos Grandes apareció formando parte de consejos de administración, pero desde su punto de vista su presencia era ante todo decorativa¹⁶. La inversión de capital en sociedades de muy diverso tipo por parte de los nobles era una forma de medir el compromiso, su interés por mejorar sus patrimonios. De nuevo, éste volvía a revelarse como inexistente o muy endeble. Medinaceli era una de las excepciones más señaladas si bien, comparativamente, figuras como el duque de Sotomayor o el marqués de Riscal –quien aún no era Grande- invertían una proporción mayor de su riqueza. Ambos nobles tenían algo más en común: su relación con familias de origen burgués empresarial. Su figura era un símbolo de la búsqueda del equilibrio

¹⁴ El palacio se tasó en más de tres millones de pesetas, sin contar la decoración que se quiso quedar el marqués. GONZÁLEZ-VARAS IBÁÑEZ, Ignacio, *Los palacios de la Castellana. Historia arquitectura y sociedad*, Madrid, 2010, p. 111. Sobre el marqués existe una investigación específica en este sentido: CARMONA PIDAL, Juan, *Aristocracia terrateniente y cambio agrario en la España del siglo XIX. La casa de Alcañices (1790-1910)*, Ávila, 2001.

¹⁵ “Los ensayos de solución basados únicamente en la contratación de nuevas deudas para evitar la liquidación de patrimonio acabaron en un rotundo fracaso que a la larga tuvo el efecto contrario al deseado”, BAHAMONDE, Ángel, “Crisis de la nobleza de cuna...”, p. 338.

¹⁶ Por ejemplo, el duque de Alba era consejero en la Compañía General de Crédito, en la Sociedad Española General de Crédito y en el Crédito Mobiliario Español así como integrante del consejo de vigilancia de la compañía de seguros mutuos ‘La Tutelar’. BAHAMONDE, Ángel, “Crisis de la nobleza de cuna...”, p. 340.

entre los intereses del campo y los de los nuevos sectores en expansión, algo que se plasmaba en esa relación entre familias tituladas y otras sin ningún tipo de nobleza¹⁷.

Aunque una de las ideas principales ya estaba esbozada –la búsqueda de un equilibrio económico que restaba importancia al componente nobiliario–, se insistía en ella analizando el peso de las rentas urbanas en los patrimonios nobiliarios. La ciudad ofrecía dos conclusiones sobre este punto. Por un lado, las rentas urbanas no fueron una fuente de ingresos para la nobleza que no les prestó mucha atención, mientras supusieron un medio de enriquecimiento importante para emprendedores de muy diverso tipo. Por otra parte, las propiedades urbanas de la nobleza se convirtieron en vías de escape, otras formas de reordenamiento de sus patrimonios en un contexto de expansión urbanística y del negocio de la construcción. Como se ha mencionado anteriormente al hablar de los palacios, en la segunda mitad del XIX la ciudad fue testigo en su propia fisonomía de la reordenación –que suponía repliegue– de la riqueza de los nobles. Íntimamente vinculados con estos dos puntos (reordenación/repliegue) estaban aquellos que sí supieron aprovecharse del negocio inmobiliario y que hicieron aquí grandes fortunas. Eran Finat, Anduaga, Manzanedo, Fernández Casariego, Rivas, Ángel Juan Álvarez o Murga, muchos de ellos, con el tiempo, nobles e incluso Grandes de España¹⁸.

Mientras tanto, la nobleza no se lanzaba a la explotación empresarial de las tierras, aunque sí se convertía en algo parecido a un “empresario de rentas agrarias”. En este proceso, el absentismo y una mayor cortesanización de la nobleza se convertían en dos tendencias fáciles de percibir. Por último, se encontraba esa búsqueda del “equilibrio”, el entronque entre esas familias de riqueza emergente y las noblezas recientemente saneadas. Articulación, concentración de fortunas y mezcla de actitudes, no simple cooptación al rango nobiliario o de la nobleza al poder económico... éstas eran las conclusiones del trabajo de Bahamonde. En resumen y con los matices anteriores, se podía hablar en esa época de la creación de una “elite de poder integrada”¹⁹.

¹⁷ El duque de Sotomayor y el marqués de Riscal representaban la "conjunción de familias nobiliarias y burguesas, la síntesis de comportamientos que busca el equilibrio entre lo rural y las nuevas vías de acumulación abiertas en el siglo XIX", BAHAMONDE, Ángel, "Crisis de la nobleza de cuna...", p. 348.

¹⁸ BAHAMONDE, Ángel, "Crisis de la nobleza de cuna...", p. 366.

¹⁹ BAHAMONDE, Ángel, "Crisis de la nobleza de cuna...", p. 374. En cierto sentido, en algunos de sus trabajos de investigación posteriores –con más colaboradores– insistió en estas mismas ideas. Al investigar la vida del marqués de Mudela, Bahamonde se topaba con esos emprendedores que no

En este artículo se hacía un análisis muy valioso de las fuentes de riqueza de los Grandes que, de una forma clara, reflejaba su pérdida relativa de poder económico²⁰. Otra conclusión resultaba de gran interés pues se encontraba muy próxima a los planteamientos que a comienzos de siglo habían defendido algunos comentaristas con el fin de “despertar” a la Grandeza. Bahamonde habló de repliegue en la segunda mitad del XIX, Fernández de Bethancourt denunciaba que habían “vuelto las espaldas” a las actividades que suponían cierta iniciativa. Esa actitud –y la pujanza de las nuevas caras– conllevó una opción por la relación con nuevas familias ajenas a la nobleza: las actitudes económicas suponían decisiones que afectaban a la configuración del grupo social. Esta idea estaba muy presente en la visión sobre los ennoblecimientos y sobre el puesto que la Grandeza jugaba –o dejaba de jugar– en la sociedad del momento. Las pesetas importaban, y mucho, a la hora de sostener un prestigio social y también influían en la apertura del grupo a nuevos hombres.

Por tanto, la situación de la Grandeza desde el punto de vista económico no sólo es relevante como objeto de estudio. El patrimonio fue un importante factor de configuración de la Grandeza en cuanto que motivó relaciones, de alguna forma explicó la concesión de algunas Grandezas y, como se irá comprobando, se convirtió en un elemento distintivo dentro de la Grandeza. No hacía falta ser rico para ser Grande, pero aquellos con mayor prestigio siempre estaban respaldados por una sólida posición económica. Esto puede resultar obvio. Sin embargo, la Grandeza –durante los capítulos anteriores se ha analizado– no se definió exclusivamente por su riqueza o la ausencia de ella. Detenerse en sus medios de subsistencia, en sus inversiones es algo necesario para entender su importancia en la sociedad de comienzos del XX, también la pérdida de ésta. Siendo un análisis inevitablemente parcial, se procurará analizar el peso que la tierra siguió jugando en su patrimonio y la actitud de los Grandes frente a los cambios económicos que en esas fechas se estaban fraguando.

respondían a un perfil excesivamente burgués en algunas de sus fuentes de enriquecimiento –algo que, por otra parte, se le dio muy bien–. Su vida, alejada del consumo suntuario, sí que le presentaba como un burgués modélico, sin embargo, acabó con título y su nieto, Grande de España. Era esa articulación y mezcla de la que hablaba en la “Crisis de la nobleza de cuna...”. BAHAMONDE, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, “La reproducción patrimonial de la élite burguesa madrileña en la Restauración. El caso de Francisco de las Rivas y Ubieta, Marqués de Mudela. 1834-1882” en idem, *La sociedad madrileña durante la Restauración*, Madrid, 1989, pp. 523-584.

²⁰ Carmona señaló un dato interesante para apreciar los cambios: en 1854, 8 de los 10 mayores contribuyentes del país eran Grandes de España y el 60% de los 50 primeros. CARMONA PIDAL, Juan, *Aristocracia terrateniente y cambio agrario en la España del siglo XIX. La casa de Alcañices (1790-1910)*, Ávila, 2001, p. 26.

Tierras.

La tierra había sido la principal fuente de riqueza de los Grandes durante muchos siglos. En cierta medida también fue un elemento de distinción, pues algunos de los patrimonios rústicos de mayor superficie se encontraban en sus manos. Sin embargo, ser un gran terrateniente no era algo exclusivo de la Grandeza, muy especialmente tras los cambios producidos durante el siglo anterior –la redistribución del “producto social” de la que hablaba Bahamonde-. En algunos países, como Gran Bretaña, la concesión de un título nobiliario, en general, siguió asociada durante mucho más tiempo a la posesión de tierras, aunque a comienzos del XX la relación ya no fuera tan evidente²¹. Ese vínculo en España se había perdido tiempo atrás.

El acercamiento a las posesiones de la Grandeza se ha hecho habitualmente a partir de los datos que el “Registro de la Propiedad Expropiable” acopió durante las fechas posteriores a la ley de Reforma Agraria. Estos datos, que se referían a 1933, dan una visión bastante clara sobre la importancia de algunos de estos patrimonios (cuadro 1). Según Malefakis, la Grandeza poseía unas 575.000 hectáreas en toda España, lo que suponía un 2,5% de la tierra nacional en cultivo. De esos títulos, los quince primeros en la extensión de sus tierras poseían más de un 68% de las tierras del conjunto de la Grandeza. Otros cinco miembros de ésta, que no estaban entre esos quince “grandes entre los Grandes”, tenían relaciones de parentesco muy próximas con ellos (sumando otras 25.000 hectáreas y llegando al 72% del total). Aunque había un considerable número de Grandes con importantes posesiones, las cantidades más llamativas se concentraban en unas pocas manos²².

Cuadro 2. Grandes con posesiones superiores a 1.000 hectáreas.

	Título	Hectáreas	
1.	Duque de Medinaceli	79.146	33.
	Conde de Floridablanca	3.531	

²¹ Raymond Carr lo tenía muy claro: “Un hombre podía recibir el título de duque concedido por la reina Isabel II en la segunda mitad del siglo XIX y no poseer una sola fanega de tierra, algo que habría horrorizado a la británica reina Victoria”, CARR, Raymond, *El rostro cambiante de Clío*, Madrid, 2005, pp. 357-8.

²² MALEFAKIS, Edward, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, 2001, p. 33 y 108. INSTITUTO DE REFORMA AGRARIA, *La Reforma Agraria en España. Sus motivos, su esencia, su acción*, Valencia, 1937, pp. 47-8.

2.	Duque de Peñaranda	51.015	34.	Duquesa de Monteleón	3.292
3.	Duque de Villahermosa	47.203	35.	Marquesa de Argüeso	3.108
4.	Duque de Alba	34.455	36.	Marqués de Hoyos	3.051
5.	Marqués de la Romana	29.096	37.	Conde de Bornos	2.952
6.	Marqués de Comillas	23.179	38.	Duquesa de San Carlos	2.946
7.	Duque de Fernán Núñez	17.732	39.	Duque de Almenara Alta	2.924
8.	Duque de Arión	17.666	40.	Marquesa de Canillejas	2.821
9.	Duque del Infantado	17.171	41.	Duquesa de Terranova	2.805
10.	Conde de Romanones	15.131	42.	Conde de la Viñaza	2.780
11.	Conde de Torre Arias	13.644	43.	Marqués de Guadalcázar	2.770
12.	Conde de Sástago	12.629	44.	Duque de Béjar	2.730
13.	Marquesa de Mirabel	12.570	45.	M. de las Torres de la Pressa	2.556
14.	Duque de Lerma	11.879	46.	Marqués de Castelar	2.404
15.	Marqués de Riscal	9.310	47.	Marquesa de Castellbell	2.274
16.	Duque de Alburquerque	9.077	48.	Conde de Villagonzalo	2.150
17.	Conde de Elda	8.323	49.	Duquesa de la Conquista	2.052
18.	Duque de Tamames	7.921	50.	Duque de Castro Enríquez	2.014
19.	Marqués de Viana	7.166	51.	Marqués de Bosch de Ares	1.781
20.	Conde de Toreno	7.099	52.	Duque de Santo Mauro	1.690
21.	Marqués de Narros	6.736	53.	D. de Medina de las Torres	1.684
22.	Conde de Mora	6.503	54.	Duque de Aveyro	1.643
23.	Duque de Sotomayor	5.835	55.	Marqués de Nervión	1.533
24.	Duquesa de Plasencia	5.243	56.	Duque de Híjar	1.510
25.	Conde del Real	5.142	57.	Duque de T'Serclaes	1.298
26.	Duque de Alcudía y Sueca	5.080	58.	Duque de S. Pedro de Galatino	1.260
27.	Marqués de Arienzo	5.065	59.	Duque de Valencia	1.249
28.	Conde de Campo Alange	4.883	60.	Duquesa de Abrantes	1.183
29.	Marqués de Camarasa	4.787	61.	Marquesa de los Soidos	1.151
30.	Marqués de Santa Cruz	4.642	62.	Dsa. de Medina de Rioseco	1.092
31.	Conde de los Andes	3.593	63.	Marqués de Quintanar	1.091
32.	D. de S. Fernando de Quiroga	3.581	64.	Conde de Guendulain	1.054
			65.	Marqués de Albudeyte	1.051

Fuente: INSTITUTO DE REFORMA AGRARIA, *La Reforma Agraria en España. Sus motivos, su esencia, su acción*, Valencia, 1937, pp. 47-8.

En esa lista llamaban la atención algunos nombres. En sexto lugar en cuanto a extensión de sus posesiones se encontraba el marqués de Comillas, en décimo lugar el conde de Romanones. Justo después le seguía el conde de Torre Arias, mientras que el marqués de Riscal cerraba la lista de los quince mayores terratenientes. Todos ellos

tenían la peculiaridad de que habían recibido la Grandeza durante el reinado de Alfonso XIII. También se podían ver ciertos títulos rehabilitados durante el mismo periodo. Se trataba del marqués de Arienzo, la marquesa de Castellbell, el duque de Aveyro o el duque de San Pedro de Galatino. Tanto estas rehabilitaciones como las concesiones anteriores mostraban cómo la posesión de tierras no era algo completamente ajeno a los ennoblecimientos. Es cierto que sólo en algunos de los procesos apareció como un motivo para la concesión o rehabilitación, sin embargo la tierra siguió estando presente en las figuras de esos nuevos ennoblecidos²³.

Otros nombres llamaban la atención no tanto por su ausencia como por la “escasa” cantidad de tierras que poseían. El conde de Bornos, por ejemplo, aparecía como propietario de algo menos de tres mil hectáreas. Esta casa había sido de las mayores terratenientes del país con fincas por toda la Península. A mediados del XIX, sus posesiones llegaban a las 22.000 hectáreas y, a la altura de 1915 cuando falleció la tía del titular, probablemente superaban esa cifra²⁴. Sin embargo, la casi desaparición de un patrimonio tan inmenso no se debió a la mala gestión o al derroche del heredero, al menos no al Grande de España. La condesa, al fallecer en 1915, decidió que todo su patrimonio pasara a su administrador, iniciándose un largo pleito sobre la validez del testamento que así lo indicaba. Esta extraña herencia fue una de las sensaciones de la época. Finalmente, el heredero del título se quedó sin el patrimonio que fue puesto en venta con bastante rapidez por parte de los nuevos propietarios²⁵.

Otro tipo de enajenaciones a gran escala no fueron tan frecuentes en esos momentos, las más importantes se habían producido en el XIX. Malefakis señaló las casas de Medina Sidonia y Torres Cabrera como algunas de las grandes fracasadas al no aparecer en este listado. Sin embargo, su decadencia no fue algo original en el comienzo

²³ Quizá el condado de Vallesa de Mandor fue la Grandeza más directamente relacionada con las tierras en su concesión. Condado de Vallesa de Mandor, AGMJ, leg. 148-1, exp. 1276. La tierra estaba presente en otras figuras pero de una forma diferente. Cuando el conde de los Moriles recurrió la expropiación de sus tierras por la ley de Reforma Agraria, insistió en que sus posesiones eran todas suyas, ninguna recibida por herencia. RIESCO ROCHE, Sergio, *La lucha por la tierra: reformismo agrario y cuestión yuntera en la provincia de Cáceres (1907-1940)*, Madrid, 2005, p. 260 (tesis inédita).

²⁴ MORENO LÁZARO, Javier, "Administración y rentas del patrimonio rústico del estado de Bornos, 1814-1924", en ROBLEDO, Ricardo y LÓPEZ, Santiago (eds.), *¿Interés particular, bienestar público? Grandes patrimonios y reformas agrarias*, Zaragoza, 2007, pp. 185-221

²⁵ *Pleito sobre la nulidad del testamento de la excelentísima señora Condesa de Bornos. Sentencias dictadas por la sala primera de lo civil de la audiencia territorial de Madrid y la sala de lo civil del Tribunal Supremo*, SNAHN, fondo Bornos, c. 361, d.1. El heredero recibió “el total caudal relicto en propiedad plena y sin ninguna limitación”, SNAHN, fondo Bornos, c. 397, d.9.

del XX²⁶. Por otra parte, casas con grandes propiedades como Fernán Núñez, Viana o San Carlos no vendieron tierras o lo hicieron muy avanzado el siglo, pudiendo haberlo hecho antes. En 1920 el administrador de la duquesa de San Carlos en Trujillo recibió una oferta sobre una dehesa que “podría llegar a producir 200 fanegas”. La propuesta venía del hijo de un antiguo arrendatario y alcanzaba las 49.000 ptas. La respuesta fue bastante sencilla “no se vende”²⁷.

La posición del marqués de Viana parecía muy clara sobre este punto. Ante la propuesta de compra de una de sus fincas, el administrador general del marqués respondió con rotundidad:

“Debo manifestar a usted que la casa que represento jamás vende sus propiedades y cuando lo hace las vende tan caras que es muy probable que a Vd. no le conviniera adquirirlas”²⁸.

Su posición se modificó de alguna manera durante la década de 1920, ya que el marqués realizó algunas ventas en sus propiedades, entre ellas, un cortijo valorado en 200.000 ptas. Sin embargo, esto no quería decir que las más de siete mil hectáreas que poseía no fueran para él algo muy preciado y nunca se produjo una venta masiva de tierras²⁹. De hecho, en una fecha como 1930, su hijo y sucesor en el título perseveró en el intento. Por entonces decidió arbitrar una serie de medidas con el fin de reducir el gasto en sus administraciones, principalmente en las de Sevilla y Moratalla. La situación parecía comprometida por lo que se podía entrever a partir de los recortes: limitación de las llamadas de teléfono y a los autorizados a comer en la finca, reducción de semillas y paralización de obras. También se encargaba un estudio pormenorizado

²⁶ Según Malefakis, el duque de Medina Sidonia tenía 464 has. en Cádiz. El conde de Torres Cabrera poseía 572. En este caso, sus escasas propiedades se debieron a algunos fracasos como el de la fábrica de azúcar que puso en marcha a fines del XIX. MALEFAKIS, Edward, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, 2001, p. 102. El fracaso de Torres Cabrera en AV, fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 17. Tusell le situó como el mayor contribuyente de la provincia de Córdoba en 1891, desapareciendo de esos primeros puestos a comienzos del XX. Vid. TUSELL, Javier, *Oligarquía y caciquismo en Andalucía (1890-1923)*, Barcelona, 1917, p. 302.

²⁷ *Carta de Víctor Mena a Luis Pérez Aloe*, 16-III-1920, archivo Santa Cruz, administración de Trujillo, correspondencia 1922, caja 549, exp. 4.

²⁸ *Carta de José Luque a Francisco Varona*, 26-XII-1917, Archivo Viana, sección administración y cuentas, leg. 662, exp. 3, n. 188.

²⁹ Correspondencia de José Saavedra y Salamanca, entre 1923 y 1924, sec. correspondencia, leg. 706, exp. 1, nn. 824 ss. En 1925 parece que también vendió dos fincas en Córdoba, dándose de baja en la contribución rústica que pagaba por ellas. *Carta del marqués de Viana a Rafael Luengo*, 26-VIII-1925, AV, fondo marqués de Viana, Correspondencia de José Saavedra y Salamanca, 1925, correspondencia, leg. 707, exp. 1. Su dedicación a sus fincas se verá más adelante.

sobre las contribuciones desembolsadas³⁰. A pesar de todo, la enajenación de sus fincas o parte de ellas no se contemplaba ni como posibilidad, continuando aquella política de su padre.

Mientras, una de las casas más poderosas, Fernán Núñez, realizó algunas ventas importantes, si bien éstas tuvieron lugar en fechas bastante avanzadas. No fue hasta mayo de 1930 cuando se consigna que el conde de Elda vendió tres fincas rústicas en Málaga, en el término municipal de Álora. El montante de la operación fue de 172.000 ptas. Las dimensiones de las fincas sumaban unas 80 hectáreas y rentaban unas 6.000 ptas. anualmente. No parecía una mala operación³¹. Por esas mismas fechas su hermano, el duque de Fernán Núñez, firmó otra venta de tierras en la misma administración. En esta ocasión, el tamaño de la finca era mucho mayor, por encima de las 2.000 hectáreas. El comprador, José María Castrillo y Casares, pagó una entrada de 25.000 ptas. de las 138.000 acordadas³². A pesar de lo importante de las ventas, la fecha y la dispersión de las fincas que poseía la casa en la provincia de Málaga matizan una interpretación simple sobre éstas. Si, además, se compara con las posesiones totales de la familia parece claro que no hubo una inclinación a vender fácilmente sus posesiones.

Otros Grandes con menos tierras también siguieron una línea alejada de la venta de sus propiedades. En el caso de los marqueses de San Adrián su patrimonio no vivió ninguna modificación entre 1914 y 1931, incluso retuvo las adquisiciones que la familia había realizado desde la segunda mitad del siglo anterior³³. En el caso de las posesiones

³⁰ "Participo a Vd., que excepto las obras del nuevo Molino de la Dehesilla de Moratalla, y ramal interior contra incendios del palacio de dicha finca, deberán quedar todas suspendidas, así como todos los gastos extraordinarios previstos actualmente. Respecto a las semillas que me pide en su comunicación número 134- he de comunicarle que solamente autorizo la adquisición de raygras, que le será enviado desde Madrid", *carta del marqués de Viana a Aguilar*, 3-X-1930 y *Plan económico para 1931*, 10-X-1931. AV, fondo marqués de Viana, correspondencia marqués de Viana 1930, sección correspondencia, leg. 711, exp. 1, nn. 720.

³¹ El comprador era Cristóbal Carrión y Pérez y el documento está fechado en 30-V-1930. SNAHN, fondo Fernán Núñez, c. 2294, d. 14, nº 115. La dimensión de las tierras aparece en la testamentaria de su abuela, con referencia a esas tres fincas (huerta Hoyo del Conde, Huerta Vega del Conde, Cortijo Puerto de Málaga), *Testamentaria de la Excm. Sra. Duquesa de Fernán-Núñez*. SNAHN, fondo Fernán Núñez, c. 1170, d. 13, nº 128 y 129.

³² Las fincas, tres rústicas y una urbana, estaban en el término municipal de Frigilana. La fecha del documento es 21-VI-1930. SNAHN, fondo Fernán Núñez, c. 2294, d. 14, nº 116. La dimensión de las tierras aparece en la testamentaria de su abuela, realizada entre 1922 y 1924, con referencia a las fincas situadas en ese término municipal, *Testamentaria de la Excm. Sra. Duquesa de Fernán-Núñez*. SNAHN, fondo Fernán Núñez, c. 1170, d. 13, nº 128 y 129.

³³ LANA BERSAIN, José Miguel, "Afanes y recompensas del cuitado señor don José María Magallón y Armendáriz, o la remodelación de un patrimonio aristocrático en el siglo XIX", en CASADO, Hilario y ROBLEDO, Ricardo, *Fortuna y negocios: formación y gestión de los grandes patrimonios (siglos XVI-XX)*, Valladolid, 2002, pp. 165-189.

del duque de Miranda en Cortes, Navarra, las ventas no sobrepasaron las cincuenta hectáreas entre 1912 y 1940 sobre una propiedad que superaba las mil³⁴.

En el caso del marqués de Castellidosrius su actitud fue ambigua. Por una parte, especuló con algunas de sus posesiones cercanas a Barcelona ante el crecimiento de la ciudad. De hecho, éste fue el motivo principal que le condujo a mantener indivisa la herencia de su padre tras llegar a un acuerdo con sus hermanos. Según dicho trato, el marqués se comprometía a darles el 30% de la diferencia entre lo que se otorgó por testamento y lo que se obtendría por la venta. Por otro lado, las posesiones que su mujer había aportado al matrimonio se mantuvieron intactas, sacando un gran rendimiento de ellas³⁵. La tierra era un negocio para el marqués: a veces por sus frutos, pero principalmente como elemento para la especulación.

De alguna forma, la conservación de los patrimonios rústicos por parte de la Grandeza daba la razón a Bahamonde en cuanto que estas familias parecían haber consolidado su patrimonio gracias a las decisiones tomadas el siglo anterior. En algunos casos, la actitud de la Grandeza fue algo más proclive a la venta de tierras, aunque cuando lo hizo fue bastante entrado el siglo. Sin embargo, los ejemplos anteriores manifiestan que el periodo 1914-1930 no se caracterizó por la venta de propiedades por parte de los Grandes.

La concentración de las tierras de la Grandeza es otro de los aspectos principales que se plantea al analizar sus posesiones. En su estudio clásico, fue uno de los aspectos que Malefakis estudió para algunas provincias concretas. En las seis provincias que él trabajó más a fondo (Badajoz, Cáceres, Sevilla, Córdoba, Cádiz y Toledo), las posesiones del duque de Medinaceli pasaban las 30.000 hectáreas, las del marqués de la Romana llegaban a 24.000 y las del marqués de Comillas, las 23.000. En esas seis

³⁴ GASTÓN AGUAS, José Miguel y LANA BERASAIN, José Miguel, "¿Condenado al absentismo? La administración del conde de Zaldívar en Cortes de Navarra (1859-1935)", en ROBLEDO, Ricardo y LÓPEZ, Santiago (eds.), *¿Interés particular, bienestar público? Grandes patrimonios y reformas agrarias*, Zaragoza, 2007, pp. 223-255. Las fincas en realidad eran propiedad de su mujer, si bien la gestión correspondía al duque quien despachaba con el administrador. En 1923 se conserva su visto bueno a la venta de un molino en Achucarro. *Carta de Pedro Lalaguna al duque de Miranda*, 20-XII-1923, ASC, administración del duque de Miranda, administración de Cortes, caja 546, exp. 1.

³⁵ En 1906, el marqués vendió una de sus fincas por 200.000 ptas. Relación de bienes alienados de la casa de Castellidosrius (1873-1915), ANC, fondo Castellidosrius, 1221.1.9. El acuerdo se firmó en 1911, año de la liquidación de la herencia de su padre. ANC, fondo Castellidosrius, 1212.9.3. En 1927 vendió dos piezas de tierra en San Martín de Provencals (donde la totalidad de la finca se valoró en 1910 en 64.000 ptas.) por 44.000 y 77.000 ptas. respectivamente. *Carta de pago de derechos de legítima de la venta de unas fincas en Barcelona a sus hermanos*, 22-VII-1927, ANC, fondo Castellidosrius, 1212.9.3. Las fincas de su mujer eran Can Dispaña y Pañella de la Creu.

provincias, las posesiones de la nobleza en general aumentaban del 6 al 8% con respecto a la media nacional de la nobleza, en gran medida a causa de la concentración de la propiedad de la Grandeza³⁶. Blinkhorn, por su parte, subrayó el peso de las posesiones de la Grandeza en provincias distintas. Allí la concentración tenía un impacto diferente. Según sus cálculos sus tierras llegarían en Navarra a las 12.500 hectáreas, poco más de un 2,3% del total de las posesiones de la Grandeza. Comparado con el 60% que suponían las propiedades del Sur, este dato no parecía relevante. Sin embargo, Grandes como el duque de Alba, el marqués de San Adrián o el duque de Villahermosa poseían casi la totalidad de las tierras de labor de algunos de esos municipios navarros³⁷.

Según Tuñón, la continuidad de la Grandeza como grandes propietarios y la mayor incidencia de su poder en lugares determinados era un factor clave a la hora de entender la concentración de poder en la España de la época. Ante todo, era una forma de comprender la cercanía de los Grandes a “los aledaños del poder”³⁸. Sin duda, las posesiones de los Grandes y su concentración en algunas provincias concretas fueron elementos fundamentales para entender su continuidad como elite social. Sin embargo, su condición de grandes propietarios quedaba matizada comparando las posesiones de otros terratenientes en la misma época. Esta fue una de las principales conclusiones de la obra de Edward Malefakis, aunque él resaltara este punto con la mente puesta en las decisiones tomadas en el contexto de la reforma agraria. Para el periodo anterior, se observa como, en muchos casos, los Grandes seguían siendo importantes terratenientes. No obstante, ya no eran los principales si se comparaban sus posesiones con el total de la gran propiedad en la España del primer tercio del XX. Más de cien miembros de la Grandeza tenían a la altura de 1930 menos de mil hectáreas de tierra, mientras que los algo menos de cien restantes no poseían tierras.

Cuadro 3. Distribución geográfica de las fincas rústicas de los Grandes.

(provincias donde poseen más de 10.000 has.)

³⁶ MALEFAKIS, Edward, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, 2001, p. 107.

³⁷ El duque de Alburquerque tenía 2.736 has. en Cadreita, el duque de Infantado 1.418 en Sartaguda, varios miembros de la casa Villahermosa tenían más 5.000 has. tanto en Javier como en Traibuenas, el duque de Alba poseía 2.478 has. en Baigorri. Las posesiones del marqués de San Adrián se situaban algo más dispersas (Castejón, Olite, Cortes y Melida). BLINKHORN, Martin, "Land and power in Arcadia: Navarre in the early twentieth century" en GIBSON, Ralph and BLINKHORN, Martin (ed.), *Landownership and power in Modern Europe*, London-New York, 1991, pp. 216-234.

³⁸ TUÑÓN DE LARA, Manuel, "Estructuras sociales" en *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XXXVII, Madrid, 1984, p. 439.

	Provincia	Hectáreas
1.	Cáceres	92.956
2.	Zaragoza	51.234
3.	Jaén	40.727
4.	Toledo	38.522
5.	Cádiz	33.704
6.	Córdoba	32.986
7.	Badajoz	31.227
8.	Salamanca	28.875
9.	Cuenca	27.111
10.	Sevilla	26.938
11.	Madrid	20.302
12.	Huesca	17.796
13.	Navarra	12.440
14.	Ciudad Real	11.918
15.	Ávila	10.367
16.	Málaga	10.326

Fuente: MAURICE, Jacques,

España en el siglo XX (1900-1936), Madrid, 1975, p. 93.

La reforma agraria en

Otro elemento interesante que definió su comportamiento como propietarios fue la ausencia de compras de tierras en estos momentos. La Grandeza, como se ha visto, no se deshacía fácilmente de sus propiedades pero, por otro lado, tampoco compraba nuevas fincas. San Carlos, Viana, Fernán Núñez, San Adrián o Miranda podían ser ejemplos más o menos claros de casas que se resistían a vender. Lo que se podía tener por seguro es que fueron casas que no compraron nuevas propiedades en esos años. En este sentido, de una forma muy similar a la nobleza rusa, el fin de los privilegios provocó a la larga un cambio en su percepción de la tierra como objeto de inversión, aunque esto no condujera a un desprendimiento inmediato de las mismas³⁹.

³⁹ Según Seymour Becker, tras el fin de la servidumbre, los nobles dedicados a la tierra en Rusia pasaron de ser un 80 a un 36%. Sin embargo, allí la nobleza como grupo social fue la que más tierra compró. Eso sí, sólo hasta 1896, una fecha significativa, cuando empezó a ser desplazada por otros grupos. BECKER, Seymour, *Nobility and privilege in late Imperial Russia*, Dekalb, 1985, pp. 29-33.

Absentismo y “si la oliva va engordando”.

“Veo dice V. que el olivar está bien: no me satisface esta palabra: deseo saber si está muy bien como me dijo V. a S. Sebastián y al mismo tiempo no olvide mi orden de telegrafiarle cada 4 días a Madrid diciéndome si la aceituna va engordando, si se ha caído &&”⁴⁰.

El marqués de Viana tenía importantes posesiones en Jaén donde el aceite, el trigo y los cerdos eran sus principales fuentes de riqueza. Tanto con el administrador de sus fincas en esta provincia –casi todas en el término de Garcéz-, como con el que tenía en el término de Moratalla (Córdoba), mantuvo una correspondencia muy frecuente. Y no siempre preguntaba por el tamaño de las aceitunas. Nuevos arrendamientos, obras, compras y todo tipo de órdenes inundaban sus notas que, en conjunto, se puede decir que redactaba diariamente para cada administración. La misma existencia de esas cartas y la figura de los administradores enseguida conducen a la idea de que Viana era un Grande absentista como muchos otros. En realidad, pocos había como él que siguieran con una dedicación tan llamativa los asuntos de sus tierras. Un protagonista del periodo le calificó como “un trabajador incansable y con una considerable capacidad de administración”⁴¹. Sea Viana alguien excepcional o no, la relación de los Grandes con sus propiedades –y no sólo las cantidades que poseían- se presenta como un contexto muy adecuado para valorar el peso de la tierra en su condición social.

El análisis de los lugares de residencia de la Grandeza transmite con rotundidad que una gran parte de ellos eran absentistas. Había algunas excepciones bastante notables como el duque de Peñaranda que, en los años 20, trasladó su residencia a su finca de Guadalperal, en Cáceres. También desde el punto de vista retórico la tierra seguía significando mucho para algunos Grandes. Aunque Suárez de Tangil había señalado ese absentismo como uno de los mayores pecados de la Grandeza, hombres como el conde de Guadiana o el marqués de la Rambla subrayaron en sus discursos de cobertura que la dedicación al campo era el sentido de su título. Más allá de este hecho evidente y las opiniones que suscitara, desde el punto de vista de la explotación de esas propiedades, la asociación entre absentismo, rentismo y atraso agrario se ha puesto en

⁴⁰ *Carta del marqués de Viana a Eusebio Garrido*, 2-X-1915, AV, fondo marqués de Viana, correspondencia con el estado de Garcéz, administración y cuentas, leg. 112, exp. 3, n. 243.

⁴¹ Marqués de VILLAVIEJA, *Life has been good*, London, 1938, p. 245. En esas mismas líneas, Villavieja lo consideraba despótico y amable a un tiempo.

duda desde la última historiografía agraria⁴². El administrador jugaría en este campo un papel absolutamente clave. Por otra parte, el absentismo no era una opción que los Grandes podían tomar entre otras⁴³. Poco después de morir la duquesa de Fernán Núñez comenzaron las gestiones relacionadas con su testamentaria. Después de haber consumido dos años y no haber terminado, el duque escribió al ministro de Hacienda pidiéndole una prórroga de otro año para acabar todos los trámites. El problema no estaba en los desacuerdos en la familia –que alguno hubo–, sino en la magnitud y dispersión de las posesiones. La familia contaba con dieciséis administraciones para algo más de 1.500 fincas⁴⁴. En el caso del duque de Peñaranda, aunque él viviera en Guadalperal dirigiendo su finca, ésta sólo suponía unas dos mil hectáreas de las más de cincuenta mil que poseía. Más allá del absentismo, en la relación con los administradores se podía entrever hasta que punto la gestión de las tierras era algo que les interesaba, si favorecían cambios en sus propiedades y si personificaban el modelo de “empresario de rentas agrarias” que Bahamonde intuyó como resultado de la reordenación previa.

La duquesa de Miranda recibió como herencia de su padre, fallecido en 1919, una notable cantidad de tierras en Cortes. Estas tierras estaban bajo la administración de Pedro Lalaguna quien se encargaba de gestionar tanto los arrendamientos como todas las problemáticas relacionadas con las posesiones de la duquesa. A efectos prácticos, era el duque quien seguía la gestión de Cortes. Aunque él no poseía tierras, su familia tenía importantes propiedades y prestaba bastante interés por los asuntos de esa administración. La venta del grano era uno de los acontecimientos que más atención generaba y el duque no dudaba en escribir a Lalaguna contándole sus expectativas al respecto⁴⁵. Sin embargo, el administrador gozaba de bastante libertad lo cual reflejaba

⁴² GARRABOU, Ramón y SAGUER, Enric, y SALA, Pere, “Formas de gestión patrimonial y evolución de la renta a partir del análisis de contabilidades agrarias: los patrimonios del marqués de Sentmenat en el Vallés y Urgell (1820-1917)” en *Noticiario de Historia agraria*, 1993, pp. 97-125. GARRABOU, Ramón y SAGUER, Enric, y SALA, Pere, “Administradores, procuradores y apoderados: Una aproximación a las formas de gestión de la gran propiedad agraria en la Cataluña contemporánea”, en CASADO, Hilario y ROBLEDO, Ricardo, *Fortuna y negocios: formación y gestión de los grandes patrimonios (siglos XVI-XX)*, Valladolid, 2002, pp. 301-321.

⁴³ “El absentismo no era una opción sino la única forma de explotación posible”, CARMONA PIDAL, Juan, *Aristocracia terrateniente y cambio agrario en la España del siglo XIX. La casa de Alcañices (1790-1910)*, Ávila, 2001, p. 29.

⁴⁴ *Carta del duque de Fernán Núñez al ministro de Hacienda*, s.f., SNAHN, fondo Fernán Núñez, testamentaria de la duquesa de Fernán Núñez, c. 1170, d.13.

⁴⁵ El duque no tenía tierras y así lo recogía su declaración de rentas presentada al solicitar la rehabilitación de su título. Duque de Miranda, AGMJ, leg. 83/2, exp. 817. En su carta a Lalaguna,

una confianza amplia en su gestión. A la hora de vender el grano ese año, Lalaguna comentó al duque que su idea era sobrepasar las nueve pesetas por robo de trigo. En febrero recibió una primera oferta de su corredor de Zaragoza que hablaba de 8,75 ptas. por robo. No sólo la desestimó, sino que en abril también rechazó una segunda oferta de 9,10 ptas. por robo puesto en vagón. El mismo administrador reconocía que su decisión podía ser errónea al haber bastante trigo en circulación. Finalmente, Lalaguna envió en junio parte del producto de la venta sin comentar nada sobre el precio, lo cual sugiere que no se cumplieron sus previsiones más optimistas. A pesar del posible –y caro- error en el cálculo, el duque no le llamó la atención ni pensó en sustituirlo. Lalaguna era la clave en sus fincas en Cortes y allí siguió trabajando⁴⁶.

Un ejemplo diferente lo constituyó el marqués de Castellldosrius. Su padre había introducido interesantes innovaciones en sus fincas, principalmente favoreciendo el cultivo vitícola y algunas modificaciones en las tenencias de la tierra⁴⁷. Sin embargo, el interés por la tierra decreció bastante por su parte. Apenas se encuentran gestiones de algún tipo relacionadas con un aprovechamiento más eficiente de sus tierras. Es cierto que en 1921 consiguió la permuta de unas tierras con el ayuntamiento y una señora del pueblo de Anglés que favorecían la concentración de una de sus propiedades. Sin embargo, se trataba de poco más que una hectárea y media de terreno⁴⁸. Por otra parte, el marqués recibía puntualmente los pagos de quienes sacaban rendimiento a sus posesiones en otras fincas, como Can Dispaña. Allí, muy poco esfuerzo le reportaba importantes beneficios⁴⁹.

En los estudios que Lana realizó sobre las posesiones del marqués de San Adrián, el papel de los administradores adquiriría un protagonismo claro. Desde su punto de vista, el marqués avanzó mucho en la adecuación de la explotación de sus tierras a

manifestaba tener el objetivo de alcanzar los 14.000 robos. *Carta del duque de Miranda a Pedro Lalaguna*, enero 1924, ASC, administración duque de Miranda, 546.1.

⁴⁶ *Cartas de Pedro Lalaguna al duque de Miranda*, 16-II-1924, 30-IV-1924, 28-VI-1924. ASC, administración duque de Miranda, 546.2. En 1927 Lalaguna seguía dirigiendo la administración de Cortes.

⁴⁷ GARRABOU, Ramón y SAGUER, Enric, y SALA, Pere, “Formas de gestión patrimonial y evolución de la renta a partir del análisis de contabilidades agrarias: los patrimonios del marqués de Sentmenat en el Vallés y Urgell (1820-1917)” en *Noticiario de Historia agraria*, 1993, pp. 118-119.

⁴⁸ ANC, fondo marqués de Castellldosrius, Permutas, 1222.6.3. En cuanto a la compra y venta de tierras durante todo el periodo sólo se tiene noticia de una compra de una casa en Anglés en 1927, la venta de un camino y la una tierra en el mismo Anglés, en 1931. ANC, fondo marqués de Castellldosrius, compras y alienaciones patrimoniales, 1222.5.1 y ventas 1882-1931, 1222.6.1.

⁴⁹ El corte de pinos le suponía semestralmente 7.500 ptas. en 1917 y la venta de vino le reportó 2.000 ptas. en un año como 1921. Cuentas de caja 1917 y 1921. ANC, fondo marqués de Castellldosrius. 1231.7.3. Se encuentran algunas cartas con Ribas, administrador de su finca de Dosrius en 1907. A esas alturas el interés por parte del marqués también daba la impresión de ser bastante escaso.

una concepción capitalista de su aprovechamiento, aunque reconocía que la clave estuvo en la figura de López Goicoechea, su administrador⁵⁰. En los ejemplos analizados, el papel de estos personajes se convertía en algo central en la explotación de las fincas de la Grandeza. La cuestión estaba en saber elegir. El administrador general del marqués de Viana expresó su opinión a este respecto. Quizá al ser preguntado por el marqués, José Luque dio su opinión sobre uno de los administradores de las fincas de Córdoba: “por no querer dar malas noticias, las calla, ya cuando ya se ve ahogado, no encuentra otro medio que el de pedir dinero sin la anticipación necesaria”. También encontraba otra pega pues, para él, aquel administrador era un hombre poco hecho al campo, más acostumbrado a la oficina. Como conclusión, Luque sostenía que para ser administrador no bastaba con ser honrado, había que velar por los intereses del propietario⁵¹. Muy relacionadas con las apreciaciones del empleado de Viana se sitúa el análisis de Garrabou, Saguer y Sala sobre la figura del administrador. Para ellos, en ésta se mezclan tanto las funciones de colector de rentas, policía y abogado y, siempre, desempeñando un papel alejado de toda pasividad⁵².

De alguna forma, el estudio sobre las propiedades de los Grandes conduce a conclusiones sobre los administradores. En primer lugar, esto se debe a su implicación relativa en los aspectos relacionados con la gestión de sus posesiones. Aunque la desidia no se daba, en muchos casos no se aprecia una implicación activa en la gestión de sus posesiones. En este sentido su condición de “empresarios de rentas agrarias”, planteada por Bahamonde, quedaría corroborada pero algo desdibujada: incluso la iniciativa “empresarial” en cuanto a las rentas se confiaba muchas veces a los administradores. Eso sí, esto nunca quiso decir que esas rentas no les preocuparan. Cabe preguntarse si esta atención “contemplativa” se podría deber a un mayor interés por otro tipo de actividades económicas. En segundo término, y como consecuencia lógica de lo anterior, la figura de los administradores adquiere perfiles muy interesantes. Sin duda, en España, el modelo de distribución de la propiedad a comienzos del XX suponía injusticias evidentes. Sin embargo, las necesidades de reforma no deben distraer de los

⁵⁰ LANA BERASAIN, José Miguel, "Afares y recompensas del cuitado señor don José María Magallón y Armendáriz, o la remodelación de un patrimonio aristocrático en el siglo XIX", en CASADO, Hilario y ROBLEDÓ, Ricardo, *Fortuna y negocios: formación y gestión de los grandes patrimonios (siglos XVI-XX)*, Valladolid, 2002, p. 186. El anterior administrador, Zapata, también tuvo su trascendencia en este sentido.

⁵¹ *Carta de José Luque al marqués de Viana*, 7-IX-1917, AV, correspondencia personal, leg. 325, exp. 1.

⁵² Cit. en CASADO, Hilario y ROBLEDÓ, Ricardo, *Fortuna y negocios: formación y gestión de los grandes patrimonios (siglos XVI-XX)*, Valladolid, 2002, p. 13.

importantes cambios que suponía el poder que los administradores de estas grandes propiedades ostentaban. Poder económico y político, intrínsecamente relacionado con la tupida red de relaciones que conllevaba ese puesto. Sin embargo, y sobre todo, era un poder que no se fundaba en los mismos elementos que los del Grande propietario en cuestión.⁵³

No obstante, al principio de este epígrafe se introducía una figura completamente diferente. Aunque no fue el único Grande implicado seriamente en sus tierras, José de Saavedra y Salamanca, marqués de Viana, rompió todos los moldes a causa de su constante involucrarse en los problemas de sus fincas. Viana seguía siendo un absentista como muchos otros y, sin embargo, era algo más que un receptor de rentas agrarias un poco inquieto. Por un lado, su relación con los administradores se realizaba desde una posición de fuerza, la iniciativa corría de su cuenta. Además, la atención dedicada no sólo se refería a alguna de sus fincas, sino que se extendía a todas ellas, estuvieran en Jaén, Córdoba o Burgos. A parte del interés por estar al tanto de la producción, proponía constantemente modos de hacer, cambios en lo previsto o rentas a conseguir en los arrendamientos, etc. El trabajo que exigía era meticuloso, sin dejar nada a la improvisación. En algunas de sus cartas dejaba las cosas bien claras:

“espero me informe V. sobre estos extremos para formar exacto juicio sobre la cuestión, rogándole en lo sucesivo no demore la contestación a mis oficios aun de aquellos que no la tuvieran dándolos por recibidos”⁵⁴.

En algunos momentos, su presencia se hacía notar especialmente. Eran aquellas circunstancias en las que apreciaba que se le podía estar engañando de alguna forma. Refiriéndose a unos datos que no había podido encontrar, comentaba a su administrador en Moratalla:

“Fui como es natural a consultar el estado de las propuestas de arrendamiento de dos años consecutivos y en efecto con gran sorpresa mía he visto que habiendo de vacar este cortijo en 1º de Enero próximo no figura en ninguna de las dos relaciones (...) ¿Cómo ha omitido Vd. esta finca? Esto me causa cierto pesar pues de ser cierto lo que yo me supongo me obligaría a cotejar todas las fincas que Vd. administra de ese

⁵³ Para el periodo republicano, un trabajo de gran interés en lo que se refiere al papel desempeñado por los administradores en el ejercicio del poder del propietario Grande: ROBLEDO, Ricardo y GALLO, Teresa, "El ojo del administrador: política económica de una aristocracia en la Segunda República" en *Ayer*, 73, Madrid, 2009, pp. 161-194

⁵⁴ *Carta del marqués de Viana a Casimiro Lopo*, 13-X-1915, AV, fondo marqués de Viana, correspondencia con el estado de Garcéz, administración y cuentas, leg. 112, exp. 3, n. 335.

caudal en el estado general de valores para ver si ha omitido Vd. alguna como puede haber sucedido con esta. Vd. me dará las explicaciones que vengan al caso”⁵⁵.

No parece que fuera una malversación y sí parte de las carencias que José Luque, el administrador general, detectó en este personaje. A pesar de lo que esto pudiera sugerir, la opinión del administrador seguía contando para el marqués y sus gestiones eran claves en la negociación de las rentas. Entre otras cosas, lo tenía muy presente cuando solicitaba informes y también a la hora de dirimir distintas ofertas o decidir sobre gestiones a realizar. Ante la proposición de un arrendamiento que Aguilar –el administrador en cuestión– le había transmitido, Viana le respondió con varias preguntas y, sobre todo, pidiéndole su opinión al respecto: “En una palabra debe Vd. darme su opinión y no limitarse a expresarme los deseos de dichos Sres. (que hacían las ofertas)”⁵⁶.

Desde otro punto de vista el marqués de Viana suponía una singularidad añadida. En distintas ocasiones se mostró como un terrateniente interesado en la aplicación de diferentes medios para un mejor aprovechamiento de las tierras. Otros Grandes también procuraron tomar medidas para mejorar en el rendimiento de sus propiedades, pero la aplicación de medios técnicos a la explotación no fue tan frecuente⁵⁷. En el caso de Viana acudió al uso de superfosfatos, se planteó como algo urgente la sustitución de mulas por un tractor, un arado mecánico o automotor, así como pidió consejo a distintas personas especializadas en materias agrícolas de muy distinto orden⁵⁸. Quizá la gestión más llamativa fue lo relacionado con la instalación de una

⁵⁵ *Carta del marqués de Viana a Rafael Aguilar*, 2-X-1918, AV, fondo marqués de Viana, administración y cuentas, leg. 122, exp. 1, n. 42.

⁵⁶ *Carta del marqués de Viana a Rafael Aguilar*, 23-III-1918, AV, fondo marqués de Viana, administración y cuentas, leg. 122, exp. 1, n. 27.

⁵⁷ Una de las vías de mejora más frecuente en las propiedades era la concentración de tierras a través de permutas y compraventas. Una propuesta de este estilo fue la que hizo el administrador del duque de Fernán Núñez en Cáceres a la altura de 1925: todo reagrupaciones y ventas, ni rastro de mejoras técnicas. *Informe del administrador en Cáceres*, 10-VI-1925, SNAHN, fondo Fernán Núñez, c. 13, d.2. Quizá el ejemplo del duque de Peñaranda y sus inversiones en Guadalperal sea uno de los más próximos al de Viana. RIESCO ROCHE, Sergio, *La lucha por la tierra: reformismo agrario y cuestión yuntera en la provincia de Cáceres (1907-1940)*, Madrid, 2005, p. 251 (tesis inédita).

⁵⁸ En la cuenta de ingresos y gastos del curso agrícola 1927-1928 se hablaba de la compra de tres toneladas de abonos de este tipo “para sus tierras de regadío”. Aunque el apunte es posterior a la muerte del marqués parece sencillo que él ya lo hubiera previsto. *Cuenta justificada de los gastos y productos de la labor de Moratalla 1927-1928*, AV, fondo marqués de Viana, administración y cuentas, leg. 129, n. 5. La procedencia de un tractor en vez de las mulas se daba en el contexto del inicio de una explotación por cuenta propia. *Carta del marqués de Viana a Rafael Aguilar*, 25-II-1918, AV, fondo marqués de Viana, administración y cuentas, leg. 122, exp. 1, n. 15. Entre otros consejos, el marqués tenía la intención de pedir la opinión del ingeniero del duque de Peñaranda. Al fin y al cabo era su yerno. *Carta del marqués de Viana a Rafael Luengo*, 18-IX-1925, AV, fondo marqués de Viana, correspondencia personal, leg. 707, exp. 1, nn. 925-7.

estación meteorológica completa en su finca de Moratalla, para lo cual recibió asesoramiento de un miembro del servicio nacional de meteorología⁵⁹.

La dedicación de Viana empujaba las figuras de sus administradores, convertidos en una parte mucho menos activa que en otras posesiones de los Grandes. Figuras como ésta matizan el papel un tanto despegado de la Grandeza, propiciado por los cambios en la estructura de la propiedad ocurridos en el XIX y que, por otra parte, transmitían algunos Grandes. Se puede considerar que el absentismo como actitud social fue algo indiscutible, pero no se podía traducir como simple desapego. La figura del administrador surgió en este contexto como un producto propio de este tiempo y también de este tipo de explotación de las grandes propiedades. Por otra parte, algunos Grandes movidos por su carácter y por su personal modo de entender la explotación agraria sí llevaron la iniciativa en éstas, aunque su comportamiento fuera algo excepcional⁶⁰.

Los Grandes y el capitalismo en España.

Si la tierra decía mucho de la posición en la sociedad de los Grandes, su implicación en otras empresas no era menos relevante. En el contexto del amplio desarrollo del capitalismo en España durante esos años, su actitud tiene varias lecturas⁶¹. Los puntos de vista encontrados de Fernández de Bethencourt y Barriobero con respecto a la participación de los Grandes en las “especulaciones mercantiles” se han reproducido –de alguna forma– en tiempos más cercanos en la historiografía española que ha tratado estos temas. Ángel Bahamonde planteó sobre este punto cómo la reordenación del patrimonio no fue suficiente para una participación sólida en el mundo de los negocios. En cambio, Guillermo Gortázar –casi en las mismas fechas–, sostuvo que la nobleza optó por no perder el tren de las transformaciones económicas⁶². En

⁵⁹ AV, fondo marqués de Viana, correspondencia 1925, leg. 707, exp. 1, nn. 268-9.

⁶⁰ En cierta medida, cabría plantearse los orígenes recientes del marquesado de Viana como una posible explicación de su modo de gestión de las propiedades. Sin restar importancia a este hecho, el marqués en todas sus actitudes –en Palacio, en su ocio, en cuanto a sus gastos– actuaba siguiendo los patrones de la Grandeza.

⁶¹ Sobre ese contexto de auge del capitalismo: PAREJO BARRANCO, Antonio y SÁNCHEZ PICÓN, Andrés, *La Modernización de España (1914-1931). Economía*, Madrid, 2007. PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro, *El progreso económico de España (1850-2000)*, Madrid, 2003,

⁶² Bahamonde había apuntado este hecho en el artículo estudiado anteriormente pero se refirió al periodo que nos corresponde explícitamente en BAHAMONDE, Ángel, "La vieja nobleza y el mundo de los negocios: las causas de un alejamiento" en TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.), *España entre dos siglos*

realidad, ambas opciones reflejaban la situación de los Grandes en estos momentos, a medio camino entre la implicación y la sensación de haber llegado tarde al reparto. En general, parece algo asumido que la participación de la nobleza en general, y de los Grandes en particular, en las iniciativas industriales y mercantiles fue mayor a comienzos del XX que en el siglo anterior⁶³. No solamente el cuándo, también el modo en que la Grandeza se implicó resulta de gran interés para percibir la importancia de su riqueza en el papel que jugaron en la sociedad del momento.

Algunos factores reflejan esa implicación. La diversificación del patrimonio es uno de estos elementos. En algunos casos, se puede constatar ya a principios del XX. Curiosamente, en más de una ocasión varios Grandes coincidieron a la hora de acudir a un mismo agente que gestionara su capital invirtiéndolo en distintas empresas. El marqués de la Mina, la condesa de Bornos y el marqués de Viana acudían a la casa londinense Antony Gibbs & Sons para realizar inversiones en empresas de todo el mundo. Obviamente el recurso a un gestor extranjero llamaba la atención, al plantear la búsqueda de una mayor seguridad fuera de España en este tipo de negocios. Por otra parte, suponía un avance a la hora de buscar lugares donde su dinero pudiera rendir un mayor beneficio⁶⁴.

Por otro lado, el conservadurismo en la inversión es otro factor relevante. En esos primeros años del siglo la inversión que predominó tuvo un carácter marcadamente conservador, centrada en muchos casos en la adquisición de deuda pública. El duque de Miranda también fue de los que buscó en el extranjero una vía para la inversión. A través de William Michaud en París, quiso colocar algún capital entre 1896 y 1910. Lo invertido sumaba casi tres mil francos, a parte de otras doscientas libras oro. Sin embargo, el duque sólo adquirió deuda pública: de Rusia, China y Japón, pero en todos los casos, deuda. En España, su planteamiento no cambiaba: entre 1901 y 1908 compró

(1875-1931), Madrid, 1991, pp. 23-35. GORTÁZAR, Guillermo, *Alfonso XIII. Hombre de negocios*, Madrid, 1986.

⁶³ Por ejemplo: "Al comenzar el siglo XX la situación había cambiado y la nobleza invirtió más activamente en empresas industriales y comerciales", SHUBERT, Adrian, *Historia social de España (1800-1990)*, Madrid, 1991, p. 95.

⁶⁴ La cuenta de la casa Fernán Núñez con Gibbs se remonta, como poco, a 1899. SNAHN, fondo Fernán Núñez, testamentaria de la duquesa, c. 1170, d.13. En el caso de la condesa de Bornos, los valores en Gibbs ya aparecían en documentación de 1889. *Memoria testamentaria de la condesa de Bornos*, 14-IX-1889, SNAHN, fondo Bornos, c. 361, d. 1. Tanto el marqués de la Mina como la condesa también tenían relación con José María Abaroa, gestor de carteras en París. En el caso de Viana, su relación con la casa Gibbs fue posterior, en torno a 1912, cuando abonó 3.000 libras para que las colocaran oportunamente. AV, fondo marqués de Viana, correspondencia con la casa Antony Gibbs en Londres, administración y cuentas, leg. 98, exp. 6.

deuda por valor de 360.000 ptas.⁶⁵. En su caso, sólo a partir de 1912 comenzaron a aparecer inversiones importantes en empresas nacionales más “arriesgadas”. El marqués de Castellldosrius tuvo una actitud bastante parecida y optó por la deuda como inversión más segura. En julio de 1905 compró 25.000 ptas. en deuda amortizable. Sólo un año más tarde, septiembre de 1906, volvió a invertir en deuda. Esta vez 100.000 ptas. En 1910 se encuentra una nueva compra por importe de 12.500 ptas. Durante la primera década del siglo, la deuda fue prácticamente la única inversión realizada. Curiosamente, el marqués había cerrado el XIX comprando cincuenta acciones de la Compañía de Ferrocarriles del Norte de España, por 12.500 ptas. Sin embargo, apenas dos años más tarde procedió a venderlas, eso sí, embolsándose un beneficio algo por debajo de las mil pesetas⁶⁶. Castellldosrius parecía asomarse a la inversión en sociedades industriales pero sólo lo necesario para adquirir un rápido beneficio y refugiarse en la tranquilidad de la deuda. También era significativo que la inversión en deuda más elevada se produjera poco tiempo después de una venta de tierras que le había supuesto una cantidad notable: se producía un trasvase de capital desde la tierra, pero aún no a la empresa, primero se hacía escala en la deuda⁶⁷.

A partir de la segunda década del siglo, estos dos ejes principales de la actividad económica de los Grandes al margen de la agricultura –diversificación pero muy prudente-, se vieron consolidados en un caso y modificados en el otro. Al fin y al cabo, su devenir estaba muy relacionado. La inversión en otras actividades que no fueran la tierra se hizo algo frecuente y no sólo buscando negocios rentables en el extranjero. Por otra parte, esa inversión dejó de centrarse preferentemente en deuda pública, reflejando una mayor iniciativa en la gestión de sus patrimonios. Gortázar analizó este cambio partiendo de la figura de Alfonso XIII como dinamizador de la actitud económica de la nobleza que, posteriormente, se podría considerar a su vez dinamizadora de la actividad económica del país en general y de las elites sociales más en particular. Desde su punto de vista:

⁶⁵ *Depósitos del duque de Miranda en el Banco de España*, 7-III-1917, ducado de Miranda, AGMJ, leg. 83/2, exp. 817. El duque también tenía acciones en un ferrocarril argentino y en una fábrica de cerveza en San Louis, pero sobre estas inversiones no se recogía la fecha.

⁶⁶ Cuentas de caja Sociedad Arnús Garí. ANC, fondo marqués de Castellldosrius, 1231.7.3.

⁶⁷ En su caso, la venta de tierras le proporcionó algunas cantidades importantes en momentos concretos. Sobre todo el marqués obtenía ingresos no elevados –pero sí constantes- de las redenciones de censos que venía realizando desde finales del siglo anterior. Relación de bienes alienados de la casa de Castellldosrius (1873-1915), ANC, fondo Castellldosrius, 1221.1.9. Entre 1892 y 1915, alienó censos por valor de unas 280.000 ptas., algo más de 12.000 ptas. por año.

“la elite tradicional realizó, entre 1900 y 1930, la opción de no perder el tren de las transformaciones económicas. Animados por el ejemplo del rey y de otros aristócratas de la antigua nobleza (Infantado, Argüeso y Alba) y el éxito de la nueva (Comillas, Urquijo y Gamazo...), parte de la elite tradicional se incorporó al nuevo estilo de vida que imponía la emergente sociedad industrial. Precisamente en esta incorporación de capital humano y de recursos se fundamenta uno de los elementos decisivos que explican el proceso de modernización económica en España durante el reinado de Alfonso XIII”⁶⁸.

Sin duda, durante estos años el Rey tomó parte en distintas y beneficiosas actividades económicas. En cuanto a los Grandes, su relación con la participación del Rey en distintas empresas tuvo un carácter variable. En algunos casos, se puede decir que su presencia estuvo exclusivamente motivada por la voluntad del Rey, cuando no hacían de simples representantes de Alfonso XIII en dichas empresas. Éste último fue el caso de algunos Grandes que entraron a formar parte de ciertos consejos de administración representando el capital invertido por el Rey. El conde de Maceda en la Hispano Suiza en 1920 y en la Nacional Pirelli a partir de 1926; el duque de Bivona en la Compañía Transmediterránea y, por último, el duque de Vistahermosa y el conde de Campo Alange en Linoleum Nacional desde 1926 fueron representantes del Monarca en esas empresas⁶⁹. En otras compañías, en cambio, la inversión del Monarca sí sirvió como promotor de la inversión. En 1927, el Rey compró 500.000 ptas. en acciones de la compañía Pesquerías y Secaderos de Bacalao en España. Las 10.000 ptas. que invirtió el duque de Medinaceli y las 50.000 que colocó el duque de Tarifa eran muy poco en comparación, pero respondían al efecto llamada de la presencia del Monarca en ese accionariado⁷⁰.

Es difícil encontrar una vinculación constante entre los Grandes y las inversiones del Rey. Otros nombres aparecen con más frecuencia sugiriendo inversiones y también

⁶⁸ GORTÁZAR, Guillermo, *Alfonso XIII. Hombre de negocios*, Madrid, 1986, p. 198.

⁶⁹ La Hispano (fábrica de automóviles y material de guerra), sección administrativa, 2403/6. Nacional Pirelli, AGP, sección administrativa, 2402/24. El conde de Maceda también fue tesorero de la Telefónica Nacional aunque no se ha podido encontrar una relación directa con el Rey en esta empresa. Compañía Transmediterránea, AGP, sección administrativa, 2402/23. Linoleum Nacional S.A., AGP, sección administrativa, 2403/14. Además, en 1922 se suscribieron 35.000 ptas. en la “Pesquera la Familiar” a nombre del duque de Sevilla que procedían del Rey. Pesquera la Familiar, AGP, sección administrativa, 2403/5. Otra de las representaciones posibles pero que no se ha podido comprobar fue la del marqués de Sotomayor en la Compañía General de Tabacos de Filipinas en 1927. El Rey había invertido en 1919 100.000 ptas. en la empresa Sociedad Comercial de Oriente, muy vinculada a la anterior. Sociedad Comercial de Oriente, AGP, sección administrativa, 2403/10. Toda esta documentación se refiere al llamado *bolsillo secreto* del Rey, documentación trabajada especialmente por Gortázar en su libro.

⁷⁰ Pesquerías y secaderos de bacalao de España, AGP, sección administrativa, 2402/5.

cerrándolas⁷¹. Ante todo, Alfonso XIII tuvo un carácter más relevante como ejemplo para los nobles que como promotor de inversiones en las que tomaran parte. En concreto, él mismo comenzó su reinado comprando títulos extranjeros como también hacían otros Grandes. No obstante, cambió esta costumbre durante la segunda década del siglo y, especialmente, en los años 20⁷².

Por otra parte, el ejemplo de los Grandes antiguos y recientes es otro factor que se puede poner en duda. La posición de algunos Grandes en ciertas empresas y su participación en distintos consejos de administración fue algo difícil de imitar para una gran mayoría de Grandes. Fernán Núñez o Alba eran miembros de varios consejos de administración fundamentalmente por su posición económica adquirida y ésta no se encontraba al alcance de muchos Grandes⁷³. El duque del Infantado suponía un caso parecido pero, además, algunas de las empresas en las que ocupaba un puesto en el consejo habían surgido de su iniciativa, algo que no era habitual. A lo largo de su vida el duque fue presidente de la Hidráulica Santillana, de los ferrocarriles de Soria a Navarra y de los Ferrocarriles Andaluces y formó parte del consejo de administración del Banco Hipotecario, del Pantano de Puentes, de la Electra de Lorca, y de la Nueva Argentífera⁷⁴.

En cierta medida, los Grandes adquirirían un carácter “decorativo” más que ejemplar en los consejos en los que participaban. Sin embargo, esto no quiere decir que su presencia se redujera a una simple contemplación y ellos no lo interpretaron de esta manera. El duque de Alba lo tenía muy claro y así lo hizo ver cuando recibió alguna

⁷¹ El papel del intendente conde de Aybar fue muy destacado en este sentido. Los hermanos López Dóriga o Enrique de Careaga aparecen como consultores sobre inversiones concretas. Vid. Vapor Mechelín, AGP, Reinados, Alfonso XIII, 2403/12 y Banco de Madrid, AGP, sección administrativa, 2402/4.

⁷² En 1908 y 1910 el Rey realizó algunas inversiones en acciones de ferrocarriles americanos a través del administrador del duque de Alba y en otras empresas del mercado francés. En cambio, durante los años 20, este tipo de operaciones no parecieron tan frecuentes. Fondos americanos, AGP, administración general, leg. 1166, 13.

⁷³ La relación de valores que se conservaba en la administración del duque de Fernán Núñez en 1925 era la siguiente: “5% amortizable, 4% exterior, Cédulas Banco Hipotecario, Arrendataria de Tabacos, Acciones Banco de España, Acciones Banco Urquijo, Acciones Banco Urquijo Catalán, Acciones Compañía Telefónica, Constructora Naval, Metropolitano, Peñarroya, Riegos de Levante, Hotel Ritz, Compañía Transmediterránea, Casa Nuevo Club, Ayuntamiento de Aranjuez, Canal de Isabel II, Hottinguer y Cia, Ayuntamiento de Madrid, Unión de Explosivos, Banque Central de Namur, Credit Suisse, Societe de Banque Suisse, Hidroeléctrica Española, Saltos del Alberche, Minas del Rif, Hidroeléctrica del Chorro, Obligaciones del Tesoro 5%, Compañía Española del Golfo de Guinea, Compañía Anónima Mengemor, Chade, Banco Popular de León XIII, Club Puerta de Hierro”. Las cifras que se barajaban eran muy elevadas en algunos casos. El duque tenía unos 2.800.000 ptas. en deuda en esos momentos. Las cédulas del Banco Hipotecario tenían un valor de 458.000 ptas. SNAHN, fondo Fernán Núñez, c. 2294, d.14, nº 29.

⁷⁴ *Anuario financiero 1927*, Madrid, 1926 y ARTEAGA, Cristina, *Vida plural y dinámica del marqués de Santillana, duque del Infantado*, Sevilla, 1948.

propuesta en este sentido. En 1929, los promotores de cierta empresa, le sugirieron ser nombrado presidente, sin pedirle una inversión en la empresa. Alba respondió:

“Es ya demasiado crecido el número de las Presidencias que sobre mí pesan y creo llegado el momento de no aceptar ninguna más. Aparte consideraciones de salud, muy dignas de tener en cuenta, me mueve a ello el interés mismo de esas Sociedades o Agrupaciones que me han honrado con su confianza al elegirme su Presidente, pues de seguir yo aceptando nuevos cargos, forzosamente habría de producirse el hecho de tener que desatender muchos de ellos con lo cual yo no cumpliría con el deber que me impuse al aceptar la confianza que en mí depositaron aquellas entidades por mí presididas hasta ahora”⁷⁵.

El prestigio ejercido por los Grandes parecía suficiente como para querer que participaran en un consejo de administración en condiciones ventajosas. Sin embargo, no daba la impresión de que ellos se involucraran sin una verdadera implicación en esas empresas. Por un lado, esto suponía un interés por parte de los Grandes en esas iniciativas⁷⁶. Por otro, volvía a sugerir que esa presencia en los consejos no estaba al alcance de todos los Grandes. De nuevo, la figura del duque de Miranda tiene su importancia en este contexto. Su comportamiento parece igual de sintomático que su tendencia a la compra de deuda de la década anterior. El duque invirtió en la compañía Mengemor varias cantidades entre 1912 y 1916. En 1917, pasó a formar parte de su consejo de administración. Esta empresa se dedicaba a la explotación de distintos medios con el fin de producir energía eléctrica. Ese 1917, el Rey se hizo con algunas acciones de la misma aunque no se conoce el importe de esta compra. Fue el propio duque –en esos momentos aún conde de la Unión– quién puso en contacto al Rey con los gestores de la empresa⁷⁷. La mezcla entre las inversiones del duque, la aparición del

⁷⁵ *Carta del duque de Alba a los miembros de la sociedad Plus Ultra*, 6-III-1929, ADA, fondo don Jacobo, c.11. Sin duda, quien más ejerció este papel “decorativo” fue Alfonso XIII que con “pequeñas” inversiones daba su respaldo a muy distintas empresas –aunque también buscara un beneficio claro-. Vid. Abonos grafiticos de Huelva (10.000 ptas.), Pavimentos Asfálticos (10.000 ptas.), Ferrocarril Eléctrico del Guadarrama (10.000 ptas.), todas en AGP, sección administrativa, 2402.

⁷⁶ Cuando el duque de Alba entró a formar parte del Gobierno en 1930, decidió presentar su renuncia a los consejos en los que tenía asiento. Al finalizar su etapa como ministro, se reincorporó a los mismos. *Carta del duque de Alba al marqués de Urquijo*, 30-I-1930 e ídem, 28-III-1931, ADA, fondo don Jacobo, c. 8. En concreto se refería a su condición de consejero en la Standard Eléctrica. También renunció a la presidencia de la Compañía Española del Golfo de Guinea S.A. pero a ésta no regresó. *Carta del duque de Fernán Núñez al duque de Alba*, 6-III-1931 y *carta del duque de Alba al duque de Fernán Núñez*, 4-IV-1931, ADA, fondo don Jacobo, c. 11.

⁷⁷ Los pagos del duque fueron de 25.000 ptas. en 1912 y dos de 5.000 en 1916. *Certificación de rentas del duque de Miranda en el Credyt Lyonnais de París por William Michaud*, marzo 1917, ducado de Miranda, AGMJ, leg. 83/2, exp. 817. *Carta del presidente de Mengemor S.A.*, 12-I-1917, Compañía Anónima Mengemor. AGP, administración General, leg. 1166, exp. 9.

Rey en el capital de la empresa y la rehabilitación del ducado al que accedió ese año, sin duda, fueron los motivos que explican su presencia en este consejo. El peso de cada uno de estos aspectos es difícil de jerarquizar. No obstante, estaba claro que se necesitaban unas cuantas cosas para formar parte de un consejo de administración –una inversión mantenida en el tiempo, la atracción de otros inversores...-, no bastaba con ser Grande. En definitiva, los Grandes que ocuparon puestos de responsabilidad en empresas destacadas lo hicieron por su prestigio, con una participación en el capital y con cierta implicación en su función. Por otra parte, un papel puramente decorativo se puede aplicar a los Grandes que entraban en consejos en representación del Rey, si bien no actuaban como elemento de prestigio en esos puestos si no como intermediarios⁷⁸.

Según Gortázar, el ejemplo de nuevos nobles sirvió como acicate para la participación de los Grandes en actividades industriales y mercantiles. En realidad, fueron estos nuevos miembros de la Grandeza los que tomaron parte con más peso en el desarrollo de empresas de importancia. Cuando Roldán y García Delgado realizaron su estudio sobre la formación del capitalismo en España, procuraron resaltar la aparición de la nobleza en distintos consejos de administración como un rasgo revelador de la concentración de capital en el país. Si se analiza el número de Grandes que aquel listado recogía, se podía encontrar al marqués de Aldama, el duque del Infantado, el conde de Romanones, el de Güell, el de Torroella de Montgrí, el marqués de Urquijo y el de Comillas. Para 176 puestos distintos en consejos de administración, la presencia de los Grandes llegaba a un 21%⁷⁹. En esta lista, excepto Infantado, ninguna de las Grandezas era anterior a la Restauración y, excepto Comillas, todas eran posteriores a la mayoría de edad de Alfonso XIII. En este sentido, el ejemplo de los nuevos Grandes de España era real pero ante todo era interesado, partía de iniciativas que en muchos casos eran anteriores a la concesión de la Grandeza. A la vez, la concentración de poder en sus manos era elevada, si bien el peso que Grandes de mayor antigüedad jugaban en ella era bastante limitado.

⁷⁸ Para el caso de Gran Bretaña, Cannadine señaló los consejos de administración de la City –junto con el Imperio– como una de las salidas “ornamentales” de la nobleza ante su evidente pérdida de poder político. Aunque esos nobles “ornamentales” podían compararse con los Grandes “decorativos”, las diferencias con el caso español parecen notables. CANNADINE, David, *The Decline and Fall of the British Aristocracy*, London, 1990, pp. 410-6.

⁷⁹ ROLDÁN, Santiago y GARCÍA DELGADO, José Luis, *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920*, vol. II, Madrid, 1973. El listado se hacía con fecha de 1921. Quizá un poco más adelante se hubieran incluido más Grandes. Los autores se refirieron sólo a los consejos de las empresas que superaran un capital desembolsado igual o superior a 25 millones de pesetas.

A parte de estos miembros de la Grandeza, hubo algunos más que ocuparon puestos en consejos de administración durante la década de los veinte. A la altura de 1927 el duque de la Seo de Urgel se sentaba en el de la Unión Eléctrica Madrileña, el duque de la Unión de Cuba en el consejo de la Standard Eléctrica, el marqués de Foronda en la Sevillana de Electricidad, el conde de Heredia Spínola en el Banco de Bilbao, el marqués de Castellidosrius en el Banco Hispano Colonial y en cementos Asland⁸⁰. Todas estas empresas tenían un capital muy notable. Sin tener una posición económica tan destacada como un Urquijo o Aldama, los tres primeros habían recibido su Grandeza no mucho tiempo atrás y sus vínculos con el mundo de la empresa eran más que notables⁸¹. La presencia de Castellidosrius y Heredia Spínola tiene una explicación muy clara: sus matrimonios con mujeres relacionadas con las familias promotoras de esas iniciativas empresariales o financieras.

En este sentido, esas uniones suponían un mayor poder económico evidente. El caso del marqués de Castellidosrius resulta muy revelador. En 1919 el suegro del marqués, el conde de Güell, falleció tras haber amasado una fortuna más que notable. Antes de ese momento, el marqués ya era consejero del Banco Vitalicio y tenía acciones en la Hullera Española, que le reportaban beneficios nada desdeñables⁸². Su actitud distaba ya entonces de aquellas tímidas inversiones de comienzos de siglo. A la muerte del conde de Güell, recibió un paquete de acciones bastante considerable, especialmente en la compañía de asfaltos Asland y en el banco Hispano Colonial. En ambas entidades, el marqués ocupó un asiento como consejero a partir de entonces. Los beneficios que ambas funciones le retribuían superaron con creces los beneficios de las empresas anteriores: en 1921, ingresó en su condición de consejero del Hispano algo más de 10.000 ptas., más otras 2.000 ptas. en concepto de dividendo por sus acciones; por ser consejero en Asland, ese mismo año recibió unas 8.200 ptas. y, por sus acciones, 16.590⁸³. En 1924, al morir el marqués de Comillas, su cartera de acciones volvió a aumentar considerablemente. Antes su posición era desahogada. Ahora era más que razonablemente rico. Se trataba de un matrimonio de los que Ramiro de Maeztu

⁸⁰ *Anuario Financiero 1927*, Madrid, 1926.

⁸¹ El ducado de la Seo de Urgel fue otorgado en 1888 a los descendientes de Martínez Campos. Durante esos años también estuvo en los consejos del Banco Español de Crédito y de la Sociedad Madrileña de Tranvías. Unión de Cuba era un ducado algo anterior, de 1849, pero siempre había estado vinculado a los negocios antillanos. Foronda era mucho más reciente, de 1926.

⁸² En los apuntes de caja, se recoge el ingreso de 891,98 ptas. el 6 de mayo de 1917 por su condición de consejero del Banco. El 6 de junio se reciben 1.690,25 ptas. por sus acciones en la Hullera. Cuentas de caja 1917, ANC, fondo Castellidosrius, 1231.7.3.

⁸³ Cuentas de caja 1921, ANC, fondo Castellidosrius, 1231.7.3.

consideraba muy necesarios para la nobleza. Sin duda, ésta fue una vía que siguieron algunos Grandes y no cabe duda que la mejora de la posición económica fue uno de los objetivos que se buscaron en el matrimonio.

En este punto, se observa otro elemento que introdujeron esas relaciones –no sólo matrimoniales- con familias de gran relevancia económica. El marqués de Castellldorius, gracias a los beneficios que recibía, comenzó a participar en distintas inversiones que, casi siempre, se encontraban en la órbita de la familia Güell-Comillas. Durante 1924, el marqués compró acciones en las emisiones que la compañía Asland realizó ese año, también el año siguiente. Invirtió en torno a 125.000 ptas. En 1926 volvió a hacerse con otro importante paquete de acciones, esta vez de la compañía Trasatlántica lo cual le supuso un desembolso superior a las 93.000 ptas. Su siguiente inversión –todos los años parecía tener algo en mente- fue a parar a los Tranvías de Barcelona, aunque esta vez la cantidad fue menor, 50.000 ptas. Cada una de estas empresas tenía algún tipo de relación con las familias Güell-Comillas. Castellldorius recibía importantes beneficios adquiridos por la herencia de su mujer pero, no contento con ello, quiso sumarse a otras iniciativas o ampliar su capital en las que ya participaba. La opción elegida fue a través de esos nuevos Grandes de España⁸⁴.

Por otra parte, en algunas regiones, los Grandes tuvieron un papel destacado en ciertas iniciativas que fomentaron el desarrollo económico de esos territorios o invirtieron los beneficios que obtenían en empresas de las que participaban en otros lugares. Sin embargo, esas figuras parecían un elemento aislado. En Granada el duque de San Pedro de Galatino promovió el ferrocarril de vía estrecha entre Yllora y Láchar, una fábrica de azúcar cercana a su propiedad de Láchar y el ferrocarril que llevaba desde Sierra Nevada a Granada. El marqués de Canillejas, asentado en Asturias, participó de la Sociedad General Azucarera de España, empresa nacional con un capital que llegaba a los 93 millones de pesetas⁸⁵. Otros Grandes hicieron acto de presencia con

⁸⁴ Sociedad Arnús Garí y Banca López Brú. Cuentas de caja. ANC, fondo Castellldorius, cuentas de caja, 1231.7.3. Esto no quiere decir que Castellldorius sólo invirtiera en las empresas de la familia. En 1928, compró 206.000 ptas. en deuda amortizable al 5%. Rodrigo Alharilla señaló como una característica propia de las empresas promovidas por los Güell-Comillas esa presencia de accionistas cuyo núcleo de acciones estaba bajo su control, algo que se cumplió completamente en el caso de Castellldorius. RODRIGO ALHARILLA, Martín, “”, en CASADO, Hilario y ROBLEDO, Ricardo, *Fortuna y negocios: formación y gestión de los grandes patrimonios (siglos XVI-XX)*, Valladolid, 2002, pp. 251-274.

⁸⁵ CORRAL LÓPEZ, Antonio, *El duque de San Pedro de Galatino. Prócer de Granada*, Granada, 1980. *Anuario financiero 1927*, Madrid, 1926.

iniciativas puntuales como la empresa de fabricación de tejas “Norah” promovida por el marqués del Vasto y sus hermanos⁸⁶.

En general, se puede decir que la implicación de la Grandeza en actividades económicas que no fueran sus tierras fue mayor a partir de la segunda década del XX. En este sentido, Gortázar y algunos otros llevaban razón. Sin embargo, el modo en que se produjo esta implicación fue variado. Por una parte, Grandes muy señalados tuvieron un papel destacado en algunas empresas, ocupando puestos de responsabilidad y ejerciéndolos con una dedicación notable. Se trataba de gente como Alba, Fernán Núñez o Infantado. Estos Grandes, a la altura de 1914, tenían una posición económica muy desahogada y procuraron mejorarla con este tipo de iniciativas. En otro orden se encontraban algunos Grandes que, más o menos recientemente, habían recibido esa condición y, especialmente, aquellos que la habían recibido siendo ya importantes financieros o industriales. Urquijo, Güell, Torroella de Montgrí, Fontalba eran algunos de ellos. En su caso, su Grandeza no aportó ni restó nada en lo que se refiere a su posición económica aunque, en cambio, sí aportaran al conjunto un aura de mayor poderío. Muy vinculados a estos o a otros personajes de relevancia económica, se encontraron aquellos Grandes que a través de su matrimonio entroncaron con alguna de esas familias pudientes, por ejemplo el marqués de Casteldosrius o el conde de Heredia Spínola. Esto les proporcionó unos recursos económicos notables y les introdujo en las iniciativas empresariales promovidas por aquellos. Por último, se encontraron aquellos que por la posición adquirida previamente o por una iniciativa consciente, decidían invertir en ciertas empresas. Algunos tuvieron un peso notable en dichas empresas, si bien su número no expresó una tendencia muy extendida. Como ocurría en el caso de la nobleza europea, aquellos Grandes que intervinieron en iniciativas de este tipo fueron importantes, pero ni representativos ni hegemónicos⁸⁷.

La tierra y las iniciativas empresariales también hablaban del prestigio de la Grandeza. Las hectáreas y las acciones estaban presentes en un número notable de casas nobiliarias. Sin embargo, la posibilidad de compararse con las fortunas más importantes del país era algo reservado solamente a unos pocos entre los Grandes.

⁸⁶ *Anuario Financiero 1927*, Madrid, 1926.

⁸⁷ MAYER, Arno, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1984, p. 67. Aunque la expresión vale para España, Mayer utilizaba estos adjetivos para referirse a las familias Skoda y Wittgenstein, de una trascendencia mucho mayor en sus economías nacionales que los ejemplos españoles.

Significativamente, aquellos que pesaban más en la sociedad que aparecía en la prensa coincidían en buena medida con los que tenían más medios económicos. Aún así, muchos otros seguían llevando una vida acomodada, con sus criados, sus viajes, su ocio... apoyados en las rentas que su administrador les gestionaba o en la deuda o acciones que habían adquirido recientemente. Había además un grupo del que no se oía hablar. Sin duda, en ciertos casos, su riqueza no brillaba y preferían no destacar. Pero, también sin dudarlo, otros no tenían riqueza ni que mostrar ni que esconder⁸⁸.

La reordenación de la que había hablado Bahamonde para la segunda mitad del XX parece confirmarse en el mantenimiento de una situación económica aceptable hasta bien entrado el siglo. Por otra parte, la riqueza de los Grandes cada vez era más relativa pues otras eran las familias que protagonizaban el desarrollo económico en España. En éste sentido, la participación que Gortázar les concedió fue siempre menor y concentrada en algunas familias especialmente pudientes, unidas a familias con grandes recursos económicos o, ellas mismas, importantes industriales o financieros con anterioridad a la concesión del título. Lieven sostuvo que –a la vuelta del siglo XX– gran parte de la nobleza en Prusia, Rusia y Gran Bretaña cambió la tranquilidad de las rentas por la de las acciones, aunque también ejerciendo un papel secundario⁸⁹. En España, se puede decir que ocurrió algo similar y el escaso protagonismo lo constataban un año tras otro los anuarios financieros en los que aparecían... pero siempre en franca minoría⁹⁰. Tuñón percibió en su momento que aún a estas alturas tenían amplias conexiones con los núcleos de poder económico principales, algo que también repitió Martínez Cuadrado⁹¹. Esto era relevante aún en algunos casos. Sin embargo, lo interesante en este sentido fue que, aún sin estar mayoritariamente en el foco del poder

⁸⁸ En este sentido, fue muy significativa la necrológica del duque de Frías que Leon Boyd publicó en uno de sus libros: "azares de la fortuna, larguezas excesivas, hiciéronle perder estados y propiedades, no pudiendo ya los últimos representantes mantener el rango que correspondía en la vida social a los descendientes de los que fueron grandes maestros de Santiago, condestables de Castilla y validos de los Reyes. Este último duque hubo de seguir la carrera diplomática, siendo tercer secretario de embajada", CASAL, Enrique, *El Año aristocrático*, Madrid, 1917, p. 68.

⁸⁹ "Las acciones ofrecían una forma de participar en los beneficios industriales con menos riesgo y dedicación personal, lo cual permitía a los nobles utilizar su tiempo en ejercer su rol en política y en la alta sociedad, como su educación y tradición les había dotado", LIEVEN, Dominic, *The Aristocracy in Europe, 1815-1914*, London, 1992, p. 132.

⁹⁰ Los anuarios financieros comienzan a contener gran cantidad de información especialmente a partir de 1919 (la diferencia del anuario de 1919 o, mucho más, de 1927 con el de 1917 es muy notable). Hasta entonces esta publicación hacían más caso a la economía del país que a las sociedades anónimas. Cfr. *Anuario Financiero 1917*, Madrid, 1917, *Anuario Financiero 1919*, Madrid, 1919 y *Anuario Financiero 1927*, Madrid, 1926.

⁹¹ TUÑÓN DE LARA, Manuel, "Estructuras sociales" en *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XXXVII, Madrid, 1984, pp. 437-675. MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel, *La burguesía conservadora (1874-1931)*, Madrid, 1973.

económico del país, siguieron desempeñando aquel papel referente en la sociedad, algo que transmitieron los ennoblecimientos y la prensa. Además, pretendían seguir basando su condición de referentes sociales en la Historia aunque algunos plantearan que ésta no fuera el único mérito e invocaran otros –la tierra o el trabajo- bastante relacionados con el poder económico.

Los años 20 no hicieron si no aumentar las distancias entre su riqueza y la de los más ricos, si bien algunos se sumaron con mayor interés que otros a la expansión del país. Se puede decir que el crecimiento económico de esos años les superó en gran medida. Hasta entonces había bastado llegar a un nivel de riqueza y tener representantes con cierto peso en algunos campos de la economía nacional. Su participación en ésta seguía aquella pauta que se observó en los matrimonios hablando de la “tradición moderna” o en los discursos de cobertura, cuando la búsqueda del equilibrio para explicar su origen y misión lo impregnaba todo. Ese difícil equilibrio se percibía también en su absentismo, en su relación con los administradores, en su cauta inversión en empresas e, incluso, en su participación en consejos de administración. A finales de la década de los 20, la conexión entre su desplazamiento del poder económico y su pérdida de poder social parece evidente. Desplazamiento que, ante todo, fue un desbordamiento: el crecimiento económico era promovido desde muy distintas regiones, en sectores variados y por personas y familias de un origen dispar. Aquí la “amalgama” de Jover ya no funcionaba. Sin embargo, se debe resaltar que la escasa participación de la Grandeza en empresas con grandes beneficios o en los principales bancos no fue el único motivo que explicó su disolución como elite social. El análisis de los cambios en los procesos de ennoblecimiento, en la sociedad y en los mismos discursos de cobertura durante los años 20 refleja las múltiples razones que explican la decadencia de la Grandeza. Pero antes es necesario contemplar su posición en el ámbito político durante este mismo periodo, llena de conexiones con los campos ya trabajados.

Capítulo 5. PODER POLÍTICO DE LA GRANDEZA: la política como elemento de distinción.

En 1914 el poder político de la Grandeza era más que cuestionable. Si se hace referencia a su presencia en las cámaras representativas, su participación en el Congreso resultaba elocuente: no llegaban a la decena los Grandes que se sentaban en éste legislatura tras legislatura. El Senado reflejaba otras cifras. Allí la Grandeza tenía derecho a ocupar un asiento por derecho propio si cumplía una serie de requisitos. Ni en una ni en otra cámara su presencia fue muy significativa, al menos en cuanto a sus intervenciones en las sesiones. Los gobiernos de la época tampoco fueron una excepción a esta tendencia. Es cierto que el marqués de Alhucemas –Manuel García Prieto–, el conde de Romanones y el marqués de Estella, todos Grandes, fueron presidentes del Consejo de Ministros o del Directorio. Sin embargo, no resulta difícil entender que su papel como políticos, su pertenencia a un partido o a una corriente política, su intento por dar respuesta a la situación del país, se podía interpretar al margen de su pertenencia a la Grandeza. Ni durante el ocaso del régimen liberal ni en la Dictadura, los Grandes ocuparon puestos destacados en la administración del país. Sorprendentemente, en los últimos gobiernos del reinado de Alfonso XIII algunos Grandes ocuparon ministerios de bastante peso. La Grandeza sugería, entonces, la necesidad de mirar al Rey. Por su título, por su amistad, por la mayor cercanía que se le suponía a esta categoría, ser Grande planteaba la pregunta de su vinculación con Alfonso XIII que ya en las ceremonias de la corte se había intuido.

Una mirada a la historiografía política al respecto obtiene un resultado bastante unánime: la Grandeza como grupo social no ejerció ningún papel político destacado durante el periodo, al igual que la nobleza en general. En algunos casos, el poder político que se observaba –aquellos asientos en el Congreso–, se entendía como simple consecuencia de su poder social (lo cual ya planteaba algunas preguntas). Por otro lado, la escasa participación en política se interpretaba como falta de interés que, por otra parte, no era exclusivo del contexto político de la Restauración. Si desde el punto de vista económico, el siglo XIX fue tiempo para un reordenamiento que condujo a un cierto repliegue, en lo político, este siglo contempló impasible la desaparición de su influencia¹. Obviamente, estas interpretaciones provocan nuevas cuestiones acerca de la existencia de otros ámbitos en los que los Grandes influyeran desde el punto de vista

¹ “Desde el punto de vista político, la antigua nobleza no sobrevivió y ésta es una peculiaridad de nuestro siglo XIX” en BURDIEL, Isabel, “New perspectives on Nineteenth-Century Spanish Liberalism”, *Journal of Modern History*, vol 70, n 4, Chicago, 1998, pp. 892-912

político. Se presenta también la duda de si la Grandeza tuvo en algún momento una opinión formada sobre determinadas cuestiones políticas del momento.

A través de estas páginas se procurará abordar la presencia de la Grandeza en las cámaras y su participación en las instituciones durante el ocaso del régimen liberal y la dictadura de Primo de Rivera. Ésta, aunque fuera escasa, pudo reflejar elementos interesantes sobre el sistema representativo y el desarrollo político del país. Después, se analizará la actuación conjunta de los Grandes en algunas circunstancias. Entre ambas experiencias –lo representativo y lo colectivo–, las iniciativas de algunas individualidades adquirieron cierta relevancia. Finalmente, merece la pena cuestionarse su papel en el final de la Monarquía.

Grandes y política liberal.

La presencia de los Grandes tanto en las cámaras representativas como en los gobiernos e incluso en otras instituciones como ayuntamientos o gobiernos civiles, fue claramente minoritaria. Para algunos de los especialistas en el análisis de la política del fin del régimen liberal el diagnóstico era más que claro en lo que concernía a la nobleza en general:

"La nobleza como tal grupo social desempeñaba una función residual en el Congreso de los Diputados durante la Restauración. También se confirma la tesis de que la nobleza, si bien continuó ejerciendo un cierto cometido político, trasunto de su influencia social, representó un papel más bien secundario, y por supuesto más centrado en la Cámara alta del Parlamento que en la Cámara baja"²

Jean Becarud insistió en la misma idea con otras palabras: la presencia de los nobles en el Congreso era mínima y en el Senado, mediocre³. Tanto por la representación en las cámaras como por la participación en su actividad, los Grandes parecían constatar esta apreciación general en torno a la nobleza. Una vez más, resonaba en el ambiente la queja de aquellos que procuraron sacudir de su hastío a los Grandes – en este caso, era modorra política-. A pesar de todo, su condición “residual” no suponía

² MORENO LUZÓN, Javier, REY, Fernando del y GÓMEZ NAVARRO, José Luis, "La elite parlamentaria entre 1914 y 1923", en CABRERA, Mercedes (dir.), *Con luz y taquígrafos. El parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, 1998, p. 120.

³ BECARUD, Jean, "La nobleza española desde Alfonso XII hasta 1931: presentación de conjunto y comparación con otras aristocracias europeas" en EXTRAMIANA, José (ed.), *Les elites espagnoles a l'epoque contemporaine*, Pau, 1984, p. 70.

una desaparición absoluta del parlamento. Además, esa presencia transmitía una serie de actitudes hacia la política que transmiten una visión más auténtica de la Grandeza en su relación con régimen político. Entre 1914 y 1923 la presencia de los Grandes en el Congreso nunca superó los diez representantes (2,5% de los diputados) y, en total, fueron diputados diecinueve Grandes diferentes. Entre ellos predominaba una adscripción política conservadora. Sin embargo, los motivos que les llevaban al Congreso eran variados.

Cuadro 4. Grandes Diputados 1914-1923

Grande	Elecciones	Distrito	Adscripción	Observaciones
Duque de Almodóvar del Valle	1914-1916-1919-1920-1923	Lucena (Córdoba)	lib. demócrata	También 1905-1907-1910
Conde de Romanones	1914-1916-1919-1920-1923	Guadalajara	liberal	También 1893-1896-1898-1899 1901-1903-1905-1907-1910
Conde de Santa Engracia	1914-1916-1918-1919-1920	Madrid	liberal	También en 1910
Marqués de Mondéjar	1914-1916-1919-1920	Palma de Mallorca	con.	También 1896-1899-1901 1903-1905-1907-1910
Conde de Casa Valencia	1914-1916-1918-1919	Hoyos (Cáceres)	con.	Las dos primeras artículo 29
Duque del Infantado	1914-1916-1918	Zumaya (Guipúzcoa)	con.	También 1896-1898-1899-1901 1903-1905-1907-1910
Conde de Revillagigedo	1914-1916-1918	Gijón	con.	También en 1886-1891-1893
Marqués de Santa Cruz	1914-1916	Cuéllar (Segovia)	con.	También 1903-1905-1907-1910
Duque de Sotomayor	1916-1918	Alcañices (Zamora)	con.	
Duque de San Fernando de Quiroga	1916-1920	Villanueva de los Infantes (Cáceres)	lib. demócrata	
Duque de Alba	1914	Illescas (Toledo)	con.	También en 1905-1910. En 1903 en Lalín (Pontevedra)
Duque de Pastrana	1916	Murcia	liberal	También 1910 Cartagena
Conde de Guadiana	1916	Granada	ind.	Artículo 29. También en 1910
Duque de Aveiro	1918	Vitigudino (Salamanca)	con.	Antes de ser Grande: 1910-1914-1916
Marqués de la Romana	1919	Navalmoral de la Mata (Cáceres)	con.	También 1903-1907
Marqués de Atarfe	1920	Granada		Artículo 29
Duque de Hernani	1920	Vergara (Guipúzcoa)	con.	
Marqués de Alcañices	1920	Alcañices (Zamora)	con.	
Marqués de Aldama	1923	Getafe (Madrid)	con.	Antes de ser Grande: 1916 Torrelaguna y 1920 Getafe

Fuente. VARELA ORTEGA, José (dir.), *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, 2001.

Dentro del escaso peso de los Grandes, algunas figuras destacaban por su perseverante presencia en el hem ciclo. Tanto el marqués de Mondéjar como el duque del Infantado fueron elegidos once veces a lo largo de su vida. Por su parte, el duque de Almodóvar del Valle ocupó su escaño como representante de Lucena en las cinco ocasiones que se convocaron elecciones en los años analizados. Su figura y, en general, la muchos de los Grandes representaba un perfil político muy extendido en la época⁴. En la mayoría de los casos, los Grandes en cuestión tenían importantes propiedades en las circunscripciones por las que se presentaban. Sin embargo, ellos residían en la corte. Santa Cruz en Cuéllar, Romana y Casa Valencia en Cáceres, por supuesto Alba en Toledo... se trataba de terratenientes que hacían valer el peso de sus tierras como muchos otros diputados durante la Restauración. Para el caso de una provincia como Cáceres, la situación era bastante evidente. El conde de Casa Valencia desempeñó este papel con especial eficacia pues, al dejar su escaño, fue su hermano el conde de la Romilla quien lo ocupó en 1920 y 1923. En este proceso, tenían un puesto destacado los administradores, medio de salvar la distancia existente entre representante y representados⁵.

El caso del conde de Gadiana, el de Revillagigedo y el marqués de Mondéjar era diferente. Los tres pasaban gran parte del año bien en Granada, en Gijón o en Palma, las circunscripciones por las que habían sido elegidos. Aunque tuvieran casa en la corte –el conde de Gadiana parece que nunca tuvo–, su principal interés estaba en provincias. No sólo eso: en el caso de Revillagigedo y Mondéjar eran parte importante del panorama político, muy en concreto, de los partidos conservadores de ambas circunscripciones. El conde de Revillagigedo, y su padre antes que él, representó junto con el marqués de Canillejas –quien en estos momentos ocupaba un puesto en el Senado– una facción más reaccionaria dentro del conservadurismo asturiano, dividido

⁴ Para Tusell, el duque fue un ejemplo de cómo los nobles tenían más facilidad para acceder a puestos políticos de prestigio en el caso de que pusieran algo de interés. TUSELL, Javier, *Oligarquía y caciquismo en Andalucía (1890-1923)*, Barcelona, 1976, p. 299.

⁵ Para el caso de Cáceres, en general durante toda la Restauración, Sánchez Marroyo sostiene que: "El peso de las grandes casas nobiliarias y de figuras de la burguesía madrileña, que tenían sus cuantiosos patrimonios rústicos localizados en los extensos términos de Extremadura, era fundamental en algunos distritos. La existencia de estas fortunas territoriales potenció el papel de los administradores, a través de los cuales dirigían aquellos la política local. La presencia aristocrática fue especialmente notable en los distritos de Cáceres (duque de Abrantes, duquesa de Fernán Núñez, conde de Torre Arias, marqués de Castro Serna), Villanueva de la Serena (marqués de Perales), Navalmoral de la Mata (marqués de Comillas, marqués de la Romana), Plasencia (marqués de Mirabel)", SÁNCHEZ MARROYO, Fernando, "Extremadura" en VARELA ORTEGA, José (dir.), *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, 2001, p. 343.

tras la muerte del marqués de Pidal⁶. En Baleares, Mondéjar, articulaba el voto conservador que aún tenía cierta tradición carlista⁷. Mientras tanto, el conde de Guadiana era parte de uno de esos típicos entramados políticos del momento: el de los Rodríguez Acosta en la ciudad de Granada (si bien él no tenía un papel protagonista)⁸.

El duque de Pastrana jugaba un papel muy distinto. Yerno del conde de Romanones, su condición de diputado por Murcia –antes lo había sido por Cartagena– tenía mucho más que ver con su pertenencia a la red tejida por el conde que a su vinculación con la región. Romanones, también el Conde de Santa Engracia, desborda por completo cualquier apreciación que se pueda hacer sobre la Grandeza y su vinculación con la política: mucho antes que Grande, el conde era político y no precisamente uno cualquiera. En su persona se condensaban todos los vicios y bondades del régimen liberal español en su última etapa⁹.

La presencia de los Grandes en el Congreso tenía dos lecturas añadidas. Por una parte, su dedicación a la vida parlamentaria no conllevaba un compromiso para toda la vida. La elección de los Grandes, a parte de la dinámica propia de las elecciones, parecía responder a una mezcla entre un interés por los asuntos de la política y la necesidad auto impuesta de haber ostentado un acta de diputado alguna vez durante su vida. Después, la perseverancia en el escaño era algo que sólo unos pocos se planteaban. Al mismo tiempo no era una opción que contemplaran muchos Grandes pero, en cierta medida, coincidían aquellos que representaban las familias con un peso singular en la sociedad. El análisis de la participación en el Congreso de otros Grandes en momentos anteriores a 1914 transmite de nuevo esta percepción: presencia, no muy extendida, reservada a algunas de las casas con mayor renombre y sin una prolongación amplia en el tiempo. A la vez, esa presencia en el Congreso podía durar más o menos años pero tenía una meta compartida casi unánimemente: el Senado. En el último Senado de la Monarquía se podía encontrar prácticamente a todos los Grandes que habían ido dejando su escaño en el Congreso. Santa Cruz, Casa Valencia, Romana, Infantado, So-

⁶ Para el caso de Asturias, MORENO LUZÓN, Javier, REY, Fernando del y GÓMEZ NAVARRO, José Luis, "La elite parlamentaria entre 1914 y 1923", en CABRERA, Mercedes (dir.), *Con luz y taquígrafos. El parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, 1998, pp. 133-5.

⁷ PEÑARRUBIA, Isabel, "Baleares", VARELA ORTEGA, José (dir.), *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, 2001, p. 90.

⁹ En este sentido, es muy significativa la escasa atención que se concede a su condición de Grande en la principal biografía sobre el conde. Cfr. MORENO LUZÓN, Javier, *Romanones. Caciquismo y política liberal*, Madrid, 1998.

Cuadro 5. Grandes Diputados antes de 1914.

Grande	Elecciones	Distrito	Adscripción	Observaciones
Marqués de Cenete	1907	Baza (Granada)	cons	Antes de rehabilitar la Grandeza
Duque de Bivona	1899-1901-1903-1905	Jaca	lib	
Marqués de Canillejas	1891-1893-1896-1898-1899-1901 1903-1905-1907-1910	Oviedo	cons	
Conde de Gavia	1903-1905	Villanueva de los Infantes (Ciudad Real)		
Duque de Tamames	1886-1891-1893-1896-1898-1899- 1901-1903-1905-1907-1910	Ledesma (Salamanca)	lib	
Marqués de Rafal	1907	Dolores (Alicante)	cons	
Marqués de Portago	1901-1903-1905-1907	Granada		Antes de ser engrandecido
Duque de Baena	1893-1898-1899-1901-1903	Baza (Granada)	lib	
Marqués de Corvera	1891	Huércar (Granada)	cons	
Duque de T'Serclaes	1896-1899	Sevilla y Écija	cons	
Duque de Montellano	1886	Salamanca	lib	
Duque de Medinaceli	1907-1910	Ágreda (Soria)	cons	
Duque de Seo de Urgel	1891-1893-1896-1898-1899-1901	La Seo de Urgel (Lérida)	cons	
Marqués de Marianao	1891-1893-1896	Gandesa (Lérida)	lib	En 1891 conservador
Marqués de la Mina	1881-1886-1893	Cáceres	lib	
Conde de Torre Arias	1896-1903-1907	Cáceres	cons	Antes de ser engrandecido
Duque de la Unión de Cuba	1910	Vivero (Lugo)		
Conde de Maceda	1891-1899	Ginzo de Limia (Orense)	cons	
Conde de Heredia Spínola	1903-1905	Murcia	cons	
Marqués de Torrecilla	1899	Madrid	cons	
Marqués de Quirós	1910	Pravia (Asturias)	lib	
Duque de San Pedro de Galatino	1899	Granada	ind	Antes de rehabilitar la Grandeza
Duque de Santoña	1903	Laredo (Cantabria)	cons	

Fuente. VARELA ORTEGA, José (dir.), *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, 2001.

tomayor, Revillagigedo, Alba y Pastrana tuvieron su sitio en la Cámara Alta habiendo dejado su escaño en el Congreso muy pocos años antes. También esta tendencia se observaba en muchos de los Grandes que habían pasado tiempo atrás por el Congreso. Para la Grandeza que quería ejercer su prerrogativa ocupando un puesto en el Senado, el recorrido solía comenzar en el Congreso.

A pesar de la escasa presencia en el Congreso y esa cierta sensación de que estaban de paso, los Grandes reflejaban a pequeña escala las distintas variantes del diputado en el final de la Restauración. Estaba el que era elegido gracias a su influencia en el distrito pero sin un contacto próximo con él, por ejemplo el marqués de la Romana. También el que actuaba representando un círculo de intereses en el cual no era la figura más destacada pero en el que desempeñaba su papel –como el conde de Guadiana-. Otros prolongaban su presencia en una zona en la que tenían intereses económicos y lazos históricos de algún tipo –Infantado, Santa Cruz, Mondéjar-. Por otra parte, también estuvieron los que, sin aparecer en el Congreso, intercedían para que otros sí lo hicieran. El duque de Arión fue requerido en alguna ocasión para que influyera en los vecinos de sus tierras en uno u otro sentido¹⁰. Eso sí, en esta tipología faltaban representantes de aquellos que se encontraban en el límite del sistema, socialistas, republicanos o nacionalistas. Allí, la presencia de los Grandes hubiera sido bastante llamativa. Tampoco los hubo representando una opción carlista. Por último, cabe preguntarse si Romanones como líder de una facción de la política restauracionista, Grande de España, terminaría ese abanico de Grandes que reflejaban los distintos diputados posibles en el régimen liberal. Por otra parte, menos esta última excepción, aunque podían representar aquel abanico de diputados posibles lo hacían desde el papel secundario que Moreno, Rey y Gómez Navarro les otorgaron: la iniciativa en cuanto a intervenciones, propuestas, leyes... no corría de su cuenta¹¹.

En este sentido, merece la pena subrayar que a parte de Alhucemas y Romanones, entre 1914 y 1923 sólo tres Grandes ocuparon una cartera: el conde de

¹⁰ César de la Mora, con el fin de vencer en Puente del Arzobispo en 1905 y 1916, pidió a Maura que intercediera ante los duques de Arión, Alba y Alburquerque y ante otros aristócratas con posesiones en la zona para que, a través de sus administradores, hicieran que sus colonos votaran su candidatura. *Carta de César de la Mora a Antonio Maura*, cit en MORENO LUZÓN, Javier, “Castilla La Mancha” en VARELA ORTEGA, José (dir.), *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, 2001, p. 168.

¹¹ MORENO LUZÓN, Javier, REY, Fernando del y GÓMEZ NAVARRO, José Luis, "La elite parlamentaria entre 1914 y 1923", en CABRERA, Mercedes (dir.), *Con luz y taquígrafos. El parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, 1998, p. 120.

Serrallo en Guerra (octubre 1913-diciembre 1915), el marqués de Portago la de Instrucción Pública y Bellas Artes (septiembre-diciembre 1920) y el duque de Almodóvar del Valle, en Fomento entre abril y junio de 1917 y en Gobernación durante el último Gobierno de Alhucemas (diciembre 1922-septiembre 1923). Esta tendencia no era algo reciente. Durante la minoría de Alfonso XIII y la primera década de su reinado, los Grandes tampoco se prodigaron en el Gobierno aunque, en esos años, dos títulos con bastante tradición encabezaron algún ministerio: el conde de Xiquena y el duque de Veragua¹². El distanciamiento de la Grandeza con el Ejecutivo era algo más que consolidado a esas alturas de siglo XX.

En el Senado, su presencia se explicaba en gran medida por los puestos a los que tenían acceso por derecho propio. Sin embargo, esa prerrogativa no sólo estaba limitada por la edad a la que podían acceder y la renta mínima que debían certificar. Los asientos por derecho propio no pasaban de sesenta sobre los trescientos sesenta totales. Además, se debían compartir con más personas –casi siempre obispos o ministros retirados-. En total, los Grandes ocupaban habitualmente cerca de cincuenta escaños por derecho propio. Por otra parte, también tenían su hueco en los asientos que el Rey podía otorgar como prerrogativa constitucional. Estos sumaban ciento veinte escaños, de los cuales los Grandes no ocupaban más de quince. En lo que se refiere a los senadores electos, durante esta época apenas dos escaños de los ciento cincuenta por los que se optaba eran ocupados por Grandes¹³. En total la Grandeza ostentaba en torno a un 17% de los puestos del Senado. Aunque la proporción fue notoriamente superior al Congreso, estos datos son elocuentes frente a una interpretación exagerada acerca de su condición de senadores por derecho propio. Al fin y al cabo, nunca más de un 25% del total de los Grandes tuvo asiento en el Senado¹⁴.

¹² Xiquena ocupó la cartera de Fomento con Sagasta entre diciembre de 1888 y enero del 90. El duque de Veragua le sustituyó en el mismo puesto, sólo por seis meses. Años después, en 1902, el duque fue ministro de Marina en dos gobiernos cortos de Sagasta en 1902. URQUIJO GOITIA, José Ramón, *Gobiernos y ministros españoles en la Edad Contemporánea*, Madrid, 2008

¹³ En 1917, fueron catorce los Grandes que tenían su asiento por designación real. Ese año el marqués de la Cenia, en Baleares, y el duque de la Unión de Cuba, en Valladolid, fueron senadores electos. En 1923, fueron once los que se sentaron por designación regia. Cenia seguía representando a Baleares pero ahora era el marqués de Estella quien ocupó un escaño representando a la provincia de Cádiz. *Guía Oficial de España 1917*, Madrid, 1917, *Guía Oficial de España 1924*, Madrid, 1924.

¹⁴ Guías oficiales de España 1914-1923.

Cuadro 6. Grandes en el Senado 1923.

Grandes senadores por derecho propio			
1.	Duque de la Roca	25.	Conde de Torre Arias
2.	Marqués de Peñaflor	26.	Marqués de Fontalba
3.	Duque de Solferino	27.	Marqués de Perales
4.	Conde de Guendulain	28.	Marqués de San Juan de Piedras Albas
5.	Marqués de Valdeterrazo	29.	Marqués de Sentmenat
6.	Duque de Fernán Núñez	30.	Conde de Torrejón
7.	Duque de Lerma	31.	Conde de la Viñaza
8.	Marqués de Marianao	32.	Duque de Medinaceli
9.	Marqués de Corvera	33.	Conde de Plasencia
10.	Duque de Montellano	34.	Duque de Sueca
11.	Duque de Tarifa	35.	Marqués de Rafal
12.	Duque de T'Serclaes	36.	Duque de Alba
13.	Marqués de la Torreclilla	37.	Conde de Valmaseda
14.	Duque de Tovar	38.	Marqués de Santa Cruz
15.	Conde de Santa Coloma	39.	Marqués de Urquijo
16.	Duque de Arión	40.	Marqués de Casa-Ferrandell
17.	Marqués de Viana	41.	Marqués de Arienzo
18.	Duque de San Pedro de Galatino	42.	Duque del Infantado
19.	Conde de Heredia Spínola	43.	Duque de Sotomayor
20.	Conde de Torroella de Montgrí	44.	Marqués de Hoyos
21.	Duque de Vistahermosa	45.	Duque de Pastrana
22.	Conde de Almodóvar	46.	Marqués de Mortara
23.	Marqués de Cenete	47.	Marqués de la Romana
24.	Conde de Gavia	48.	Conde de Revillagigedo

Grandes senadores nombrados por la Corona	
49.	Marqués de Castel Rodrigo
50.	Duque de la Seo de Urgel
51.	Marqués de Santa María de Silvela
52.	Conde del Asalto
53.	Duque de Baena
54.	Duque de Bivona
55.	Marqués de Alhucemas
56.	Duque de Lécera
57.	Conde de Toreno
58.	Marqués viudo de Canillejas
59.	Conde de Casa Valencia
60.	Marqués de Sotomayor

Grandes elegidos senadores	
61.	Marqués de Cenia
62.	Marqués de Estella

Fuente. *Guía Oficial de España 1923*. Madrid, 1923.

Sin embargo, sus asientos en el Senado tenían un peso simbólico en el concepto de Grandeza. Recíprocamente, su presencia allí influía en la visión que se tenía del Senado. En algunas concesiones de títulos y en determinados discursos de cobertura, la referencia a su participación en el Senado recordaba esa vinculación. En la exposición del Real Decreto de mayo de 1912 por el que se reglamentaba la concesión de títulos esta idea también estuvo presente¹⁵. No sólo ellos, desde fuera también se percibía la relevancia de su escaño en el Senado. Cuando se estaba tramitando la rehabilitación del marquesado de Laconi y surgieron ciertas dudas debido al origen italiano del título, desde la sección del ministerio se hizo un llamamiento a la prudencia. En este punto se debía ser delicado y no tanto por la Historia, como insistían desde la Diputación de la Grandeza. Para ellos, el Senado era más importante: “la dignidad de Grande, debe ser muy cuidada aunque no sea por otra cosa que por el privilegio que en relación con el organismo legislativo la reconoce la Constitución del Estado”¹⁶. Allí, su implicación no era grande ni su presencia tan numerosa como se pudiera creer, pero la prerrogativa definía de alguna forma no sólo el mismo Senado, también el sistema parlamentario español en esos momentos. No es extraño que algunas de las propuestas de reforma constitucional introdujeran la supresión de estos puestos como parte de la democratización real del sistema parlamentario español¹⁷.

La presencia y participación de los Grandes en otro tipo de puestos de la administración del Estado no destacó muy por encima de las cifras de Congreso y Senado, más bien al contrario. Cuando Becarud se refirió al porcentaje de gobernadores civiles pertenecientes a la nobleza entre 1877 y 1920, el dato rondaba la misma proporción que la participación en las cámaras. Sin embargo, durante el periodo estudiado, la Grandeza brilló por su ausencia en las gobernaciones civiles de España. En los ayuntamientos tampoco hubo grandes diferencias. La única excepción fue una vez más el duque de Almodóvar del Valle, alcalde de Madrid en 1917. Allí también ejerció el puesto de concejal durante algunos años más. A parte de él, en Madrid sólo ostentó

¹⁵ “Desde el momento en que los Títulos y Grandezas facilitan, con arreglo a nuestra Constitución, a los que poseen el acceso a representaciones políticas, mediante las cuales intervienen en la gestión de los asuntos públicos”, *Real Decreto sobre concesión y rehabilitación de títulos y grandezas*, 27-V-1912. Vid. también, Discurso de cobertura del conde de Romanones, Cobertura de Grandes 1911, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8934-2/15.

¹⁶ *Informe de la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, 25-III-1916, marquesado de Laconi, AGMJ, leg. 85-2, exp. 740

¹⁷ Esta idea apareció en las peticiones de la Asamblea de Parlamentarios de Barcelona en el 17 y era parte de las reformas que el gobierno de Alhucemas se proponía desarrollar. ACOSTA RAMÍREZ, Francisco, “La cámara alta en el reinado de Alfonso XIII” en PÉREZ LEDESMA, Manuel (coord.), *El Senado en la Historia*, Madrid, 1998, 363-374.

una concejalía durante esos años el duque del Arco, obtenida en 1922¹⁸. Se puede decir que la administración local no tuvo mucho atractivo para la Grandeza.

La diplomacia tenía un carácter distinto, quizá algo alejado de la política. Durante estos años, algunos Grandes ocuparon importantes embajadas en países como Italia o Suecia (conde de la Viñaza –quien también fue embajador en Rusia- y duque de Amalfi). Otros Grandes habían sido embajadores con anterioridad, como el conde de Paredes de Nava, el duque de Bailén y el duque de Tovar. Otra vez su presencia era muy minoritaria. Por otra parte, en el cuerpo diplomático aparecían de vez en cuando algunos hijos de familias con Grandeza. Era el caso de un hijo del conde de Guaqui, otro de los marqueses de Santa María de Silvela, del primer hijo varón del marqués de Bendaña o del hijo del duque de Baena. También aparecían hermanos, como el del duque de Sotomayor en la embajada de México. Tampoco era un mal trabajo para alguien que contrajera matrimonio con una hija de Grande de España. Hijas del conde de Maceda, del marqués de Santa Cristina o, de nuevo, del conde de Guaqui se casaron con sendos secretarios de embajada. Algo más llamaba la atención que, en algún momento de su vida, el conde de Casa Valencia, el duque de Miranda o el marqués de Casa Pontejos hubieran desempeñado este mismo cargo. El no ser ninguno de ellos primogénito quizá tuvo algo que ver. La carrera diplomática aparecía como una salida posible, pero ni mucho menos multitudinaria¹⁹.

En definitiva, la participación de la Grandeza en las instituciones casi se podía contar con los dedos de la mano. Excepto en casos singulares, ni siquiera se acudía a la Administración como medio de vida. Su presencia en las cámaras quizá matizaba su invisibilidad en otros espacios. Sin embargo, su escasa participación planteaba que la intención política que les llevaba a buscar esos asientos se veía satisfecha muchas veces con su victoria, no hacía falta una implicación posterior. La Grandeza, en este sentido, vivía bastante aislada de todo lo que implicaba el gobierno del país. De alguna forma era lo que habían apreciado unos y otros al diagnosticar los males de la Grandeza. Sin embargo, mientras para algunos los mismos datos se traducían en falta de compromiso –

¹⁸ *Guía Oficial de España 1917*, Madrid, 1917, y *Guía Oficial de España 1923*, Madrid, 1923. En la revista *Vida Aristocrática* recogieron la noticia, al mismo tiempo que se lamentaban de que el duque de Medina Sidonia y el marqués de Salamanca no hubieran conseguido su puesto de concejal: "es verdaderamente satisfactorio y merece sinceros elogios el hecho de que personalidades aristocráticas como las citadas se preocupen de los problemas que afectan a los intereses del vecindario, y muestren deseos de ir al Municipio para trabajar en defensa de aquellos y procurar el progreso de la ciudad", *Vida Aristocrática*, 28-II-1922.

¹⁹ MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía de la Grandeza de España*, Madrid, 1925.

Fernández de Bethencourt y Suárez de Tangil-, para otros transmitían más bien la continuidad en su implicación –como pensaba Barriobero-. En cierta medida existía un equilibrio que parecía bastante consciente. Se habían fabricado una torre de marfil que tenía aún un enganche con el sistema de la Restauración, el cual se resistían –y preocupaban- por no destruir del todo.

Para Anthony Cardoza, en Italia la presencia de la nobleza en el Parlamento en un periodo anterior (1870-1904) mantuvo unas cifras constantes, comenzando una retirada que la Guerra –más bien la política de masas que con ella acabó por instalarse- hizo definitiva²⁰. Allí no sólo coincidía la misma constancia que en España, también la ausencia o escasez de ministros en los gabinetes. En Inglaterra un periodo similar fue el que contempló la pérdida de poder político de la nobleza y su retirada a puestos de prestigio en el Imperio, en especial a partir de 1886. Sin embargo, en el contexto político británico se partía de una influencia muy destacada de algunos nobles. Incluso en esas circunstancias favorables, según David Cannadine, a partir de comienzos de siglo pasaron de ser los grandes gobernantes a ser los grandes ornamentales. A pesar de este giro, su desplazamiento no fue ni mucho menos algo inmediato²¹.

Las coincidencias en las fechas, en la constancia, en la retirada gradual eran muy interesantes. Quizá la gran diferencia fue que en España la Grandeza partía de posiciones muy retrasadas, de una participación mucho menor. La crítica de Mayer ante una de sus “persistencias” favoritas (todo lo vinculado con la política) se centraba en el mantenimiento de la desigualdad en la estructura política de las naciones. Para él, era algo convenido y que daba como resultado que esos restos feudales siguieran organizando las sociedades²². Los vínculos entre las interpretaciones de Mayer y la situación política española no dejan de ser interesantes, pero remiten más bien a todo el entramado del cacicazgo, en estos momentos contestado por fuerzas de peso creciente. La Grandeza parece que sólo ocupó un margen de este horizonte caciquil, quizá representativo, pero nunca como líder. La ausencia de una implicación en las instituciones sin huir completamente de ellas se convirtió en su opción política. Era una opción por la contemplación. La actuación de la Grandeza como grupo o por parte de

²⁰ CARDOZA, Anthony L., *Aristocrats in bourgeois Italy*, Cambridge, 1997, pp. 67-71. Los datos que Cardoza barajaba para la nobleza italiana eran muy superiores a los de la Grandeza española (hablaba de un 30%).

²¹ CANNADINE, David, *The Decline and Fall of the British Aristocracy*, London, 1990, pp. 36-40, 516-530. Cannadine calificaba a algunos de estos nobles políticos como “die hards” por su infatigable perseverancia.

²² MAYER, Arno, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1984, pp. 154 ss.

algunas individualidades puede ser otra vía para seguir indagando en su visión de la política.

Una apuesta por la participación política: el conde de Torres Cabrera.

Durante el capítulo reservado a los ennoblecimientos se pudo observar como los Grandes de España procuraron ejercer cierta influencia sobre las decisiones del Rey a través de la Diputación de la Grandeza. Cabe plantearse si dicha plataforma sirvió también para otros propósitos. La Grandeza tenía en este órgano su principal institución representativa. El consejo era su instrumento principal de gobierno y quien desempeñaba en el día a día las funciones que tenía encomendadas, ninguna de carácter político²³. Lo formaban un decano, un secretario, un tesorero y varios vocales, en torno a diez, que se renovaban por tercios anualmente. Más o menos a finales de diciembre, la Diputación se reunía al completo, habitualmente en alguna sala reservada en Palacio. Esta no era una reunión multitudinaria, congregaba entre veinticinco y cincuenta Grandes²⁴. En esa sesión el decano presentaba una memoria sobre distintos aspectos que debían aprobar el resto de Grandes.

En esas ocasiones, la política no ocupaba un puesto principal o, más estrictamente, se andaba con pies de plomo a la hora de aprobar resoluciones en este sentido. Como se verá, la situación cambió algo al final del Reinado. Sin embargo, en la década de los diez no se aprobaba cualquier cosa como acuerdo de la Diputación. El conde de Torres Cabrera –cuya figura y proyecto se analizará más adelante– planteó a finales de 1913 una propuesta con un contenido político claro, aunque no fuera partidista. Ante un “desacato” al Monarca perpetrado por Azcárate²⁵, Torres Cabrera

²³ *Estatutos de la Diputación de la Grandeza de España*, 17-XII-1912.

²⁴ En 1917, se recogió noticia de la celebración: "Bajo la presidencia del duque de Tamames, reuniéronse los duques del Infantado, Luna, Híjar, Arión, Torres, Parcent, Unión de Cuba y Vega; marqueses de la Cenía, Corvera, Santa Cruz, Rafal, Portago, Narros, Castelar y Hoyos; y condes de Sallent, Guendulain, Heredia-Spínola, Paredes de Nava, Campo de Alange, Revillagigedo y viudo de Guadiana", ABC, 1-I-1917. En la reunión que tuvo lugar en enero de 1924 tomaron parte los siguientes Grandes: duques de Fernán Núñez, Béjar, Montellano, Rubí, Parcent, Santa Lucía la Mayor, Medina de las Torres, Sotomayor, Aliaga, Bivona, Infantado, Lécerca y Unión de Cuba, marqueses de Castromonte, Rafal, Romana, Argüeso, Quintanar, Casa Pontejos, del Vasto, San Vicente, Peñaflo, Santa Cristina, Valdeterrazo, Hoyos, Santa Cruz, Corvera, Aranda, Ayerbe, Habana, Casa Montano, Montealegre, Laconi y Villadarias, condes de Heredia Spínola, Asalto, Floridablanca, Montornés, Bilbao, Paredes de Nava, Campo Alange, Atarés, Sástago, Torrejón, Plasencia, Villagonzalo. En total, 46 Grandes. ABC, 15-I-1924.

²⁵ No está claro cuál fue tal “desacato” de Azcárate. El intelectual reformista había visitado al Monarca a comienzos de año, resultando uno de los momentos de mayor proximidad del Rey con los intelectuales durante toda la Monarquía. Por entonces parece que se produjeron distintos contactos entre Melquíades

elevó a la Diputación un proyecto, en el cual sugería que “cada Grande de España organice con sus parientes y amigos, deudos, colonos y dependientes una asociación de resistencia al desenvolvimiento revolucionario que nos amenaza”, “jurando que no votarán a quienes han tolerado tal mancilla a la Corona”²⁶. La Diputación pasó por alto el proyecto de Torres Cabrera, quien escribió a Tamames unos días después insistiendo en su propuesta. Desde su punto de vista, era necesario “romper la capa de hielo” pues, como cuerpo social, la Grandeza “estaba saturada de servilismo”²⁷. Menos de una semana después, Torres Cabrera volvía a la carga, escribiendo a Tamames para decirle que muchos le escribían “para que te estimule”²⁸. Finalmente, fue el duque de la Vega – secretario de la Diputación- quien respondió al conde. Se había visto oportuno no hacer circular el proyecto, si bien en su respuesta todo eran buenas palabras: “la opinión de la Diputación coincidió contigo en la necesidad de agruparse para defender los ideales e intereses frecuentemente desconocidos o atacados”. Estaba claro que no se pretendía llevar a cabo medidas concretas o, como poco, que éstas llevaran el sello de la Diputación. De una forma significativa, el final de la carta de Vega subrayaba la cauta actitud de la Diputación: “(Tamames) te dirá verbalmente lo que no es fácil ni conveniente confiar a la pluma”²⁹.

Durante estos años, la Diputación se cuidó de pronunciarse en iniciativas de contenido político y, si lo hizo en alguna ocasión, se trataba de manifestaciones muy genéricas. Por ejemplo, en su memoria de 1919, se unieron a un manifiesto promovido por el marqués de Castellsosrius y el marqués de Sentmenat, en el cual los monárquicos catalanes elevaban al Rey su adhesión y respeto. La Diputación justificaba su unión al

Álvarez y el Rey con el fin de incorporar al turno al partido Reformista. El intermediario fue el duque de San Pedro de Galatino. Vid. SUÁREZ CORTINA, Manuel, *El reformismo en España*, Madrid, 1986, p. 93. Esto hace un poco más “extraño” el desacato del que habla Torres Cabrera.

²⁶ *Proyecto asociación de Grandes*, 21-XII-1913, AV, fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1.

²⁷ *Carta del conde de Torres Cabrera al duque de Tamames*, 9-I-1914, AV, fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1. Torres Cabrera insistía en que ese servilismo no quería decir incompetencia de la Grandeza: “Pues bien, ¿quiere esto decir que la Grandeza española sea hoy incapaz de sacramentos? No, de manera alguna. Tú sabes como yo que en la actual representación de la Grandeza española hay mucha más cultura que en los otros siglos y que individualmente, pocos Grandes serán, si hay alguno, que no responda por su honor; lo que sucede es que como cuerpo social está todavía saturado de servilismo hasta el día en que vimos desmoronarse la nación después de perder las Colonias”. También hacía alguna advertencia al duque: “Dato es hoy el lugarteniente del Conde Don Julián (vulgo Romanones)”.

²⁸ *Carta del conde de Torres Cabrera al duque de Tamames*, 14-I-1914, AV, fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1.

²⁹ *Carta del duque de la Vega de Santo Domingo al conde de Torres Cabrera*, I-1914, AV, fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1. La carta, sin fecha, tuvo que escribirse posteriormente a la del 14-I y antes de otra respuesta de Torres de fecha 23-I.

manifiesto ante “la situación que atraviesa la vida política del mundo, reflejada en España”, cuyos problemas “sigue atenta”³⁰. Su apoyo al Monarca no dejaba de ser algo más que conocido.

Mientras tanto, las memorias anuales recogieron la actividad de la Diputación en torno a temas variados como la creación de un premio literario –el Cervantes–, la celebración de una fiesta anual de la Grandeza el día de San Francisco de Borja o los premios a los criados con un número de años de servicio. Éstas eran el tipo de iniciativas que se aprobaban en esas reuniones y que surgieron durante el decanato del duque de Tamames. Sin duda, suponían un intento por construir una imagen de la Grandeza preocupada por su Historia, que tenía muy presente su vinculación con el Monarca y su fe y que tenía conciencia de su misión de cara al resto de la sociedad, aunque en un sentido peculiar. Cada una de estas decisiones también buscaba consolidar –y crear– un prestigio para la Grandeza. Sin embargo, no eran decisiones ni medidas que tuvieran consecuencias políticas en el sentido más explícito de la palabra. Probablemente en esas reuniones se hablara de muchos temas sobre los que no se llegaba a acuerdos concretos o no acababan recogidos en las memorias, como la propuesta de Torres Cabrera. Quizá las reuniones de los consejos fueran algo más directas en este sentido. De éstas brotaron las quejas de 1914 y 1915 sobre los ennoblecimientos. Sin embargo, tampoco fueron decisiones con un perfil político. Aún más, el reglamento que se aprobó en 1912 sobre el funcionamiento y prerrogativas de la Diputación de la Grandeza tampoco tenía ningún contenido político. En realidad se trataba de un resumen de lo que ya se hacía, pero firmado por el Monarca³¹.

La figura del decano parece que jugó un papel esencial en este sentido y el conjunto de la Grandeza se movía a su compás, al menos en lo que se refería a decisiones de este tipo: relación de la Diputación con las instituciones e iniciativas carentes de contenido político. El duque de Tamames actuó como gran impulsor de las medidas de 1912 a 1917 y así le era reconocido³². El marqués de la Mina, sucesor de

³⁰ *Memoria correspondiente al año 1919-20*, Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España, Madrid, 1920, p. 24. La indefinición de la Diputación se observaba en el párrafo que seguía: “La causa del orden sabe también que nos tiene a su lado, sin personalismos ni pequeñas pasiones, pero decididos a que no se utilicen por la ambición, las torpezas o las ignorancias de nadie, y sobre todo a responder según proceda, con los elementos de que dispongamos, a los atropellos de toda justicia que se intentan, muchas veces sin otro fundamento que la debilidad, el miedo o el abandono de los que están obligados a defenderla”.

³¹ *Estatutos de la Diputación de la Grandeza de España*, 17-XII-1912.

³² Al menos así lo planteaba el conde de Atarés. El conde también mencionaba las actas de las reuniones del consejo como muestra de las iniciativas del duque. El archivo de la Diputación no parece existir en la

Tamames, tuvo menos éxito en sus propuestas sobre las concesiones de títulos –también su actitud fue más contemporizadora durante un tiempo-. Sin embargo, en su mandato se creó el sistema de pensiones y retiro a favor de los dependientes y servidores de los Grandes, suscrito a capital cedido con el Instituto Nacional de Previsión, “para demostrar que la Nobleza Española no es en ningún momento ajena ni indiferente a las exigencias sociales motivadas por la difícil situación de las clases trabajadoras”³³. La política seguía sin aparecer. Sólo el marqués de Santa Cruz ejerció su cargo con una intención política allá por 1930.

El intento más serio por unir a la Grandeza y darle un cierto contenido político no provino de la Diputación. El gran promotor de ese ensayo fue el conde de Torres Cabrera y el nombre de su proyecto, Centro de Acción Nobiliaria. El conde era un terrateniente cordobés con posesiones no muy extensas en la provincia. A comienzos de siglo había intentado desarrollar una fábrica de azúcar, con muy poco éxito. Desde un punto de vista político, estuvo vinculado al conservadurismo canovista al comienzo de la Restauración. Con motivo del centenario de la muerte del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, impulsó la erección de una estatua en su honor. Éste era el principal fin del Centro de Acción Nobiliaria que fundó en 1909 con el fin de dar publicidad al acontecimiento. Sin embargo, la sencilla publicación del Centro también mencionaba un segundo objetivo: “concertar una acción social que responda a los deberes de la Nobleza, como clase, en las presentes circunstancias”. Sus propuestas no iban más allá, todo quedaba bastante etéreo. Se insistía en que su fin no era la acción política de la forma en la que los partidos la entendían, pero también se aportaban una serie de coordenadas bastante claras³⁴.

actualidad, desaparecido durante la Guerra. Conde de ATARÉS, *Apuntes del Archivo 1815-1864*, Madrid, 1944, pp. 194 y 207. En el libro sobre su padre, Cristina de Arteaga señaló que el duque del Infantado también intervino en el acceso de la Diputación a la categoría de Real Consejo. Al ser vocal el duque del Infantado, esta afirmación no tiene por qué contradecir la visión de Atarés. Vid. ARTEAGA, Cristina, *Vida plural y dinámica del marqués de Santillana, duque del Infantado*, Sevilla, 1948, pp. 81-2.

³³ La ponencia que se aprobó en la Junta de la Diputación fue redactada por el duque de Medina de las Torres, como se reconocía en la memoria de ese año. La ponencia se aprobó en febrero y se incorporó a la memoria de ese año como acuerdo de la Junta. DIPUTACIÓN PERMANENTE Y CONSEJO DE LA GRANDEZA DE ESPAÑA, *Memoria correspondiente al año 1919-20*, Madrid, 1920, pp. 33-9.

³⁴ “Demostraremos en este boletín que nuestra organización no se ajusta al modelo de las agrupaciones políticas, que no vamos contra los partidos sino que, antes bien, los consideramos necesarios; y hemos de probar también, que vamos a realizar la libertad, la igualdad y la fraternidad tal como se entienden en la democracia cristiana, procurando restituir la soberanía de hecho, al Rey y al pueblo para que sea una verdad en la práctica, el gobierno del pueblo por el pueblo mismo” (...) “Españoles sobre todo y amen a España con el amor que se debe a una madre”. *Cuaderno 1º*, Centro de Acción Nobiliaria, 31-I-1910, p. 18.

Torres Cabrera no era el presidente de la “comisión actora” que dirigía el Centro, sin embargo, se reservaba el cargo de redactor del boletín del mismo. La presidencia del mismo fue aceptada por el duque de Tamames quien, a finales de 1910, fue nombrado decano de la Diputación de la Grandeza. Torres Cabrera vio en este hecho algo providencial: a partir de entonces, los objetivos del Centro se podrían trasladar a la Diputación³⁵. Con este fin, en enero de 1911 el conde escribió a Tamames una serie de ideas que, según su punto de vista, debían plantearse al Monarca desde la Diputación. Después de insistir en sus quejas sobre la nobleza (“de la nobleza no hablemos porque la nobleza, como clase social, ni quiere ni siente, es un cero a la izquierda”), Torres Cabrera proponía que las entidades corporativas “integrasen la contextura del Estado”. Aunque no se pronunciaba sobre el modo en que esto se llevaría a cabo, el conde planteaba tres puntos muy claros que inaugurasen ese despertar de la nobleza: “desmontar que el Rey se opone a la acción social nobiliaria”, “probar que en la Grandeza hay aptitudes para actuar corporativamente en los asuntos del Estado”, “comenzar nuestro ejercicio como Tribunal de honor, atendiendo a nuestros propios prestigios”. No había un gran interés en concretar el modo en que cada una de estas cosas se harían o se pondrían en marcha, daba la impresión de que Torres Cabrera tenía muy clara la queja y que la solución se encontraba en la nobleza. Lo que no parecía tan evidente era la manera de poner esto en práctica. Quizá lo más destacable, a parte de los confusos puntos citados, fue su propuesta de que la Grandeza propusiera al Rey encabezar una “acción concertada”. Para Torres Cabrera, esto significaba convertir a la Grandeza en una especie de órgano consultivo del Monarca, “prescindiendo de afecciones personales de partido y bandería”³⁶. Uno de los aspectos que Torres Cabrera propuso como elemento para el juicio de la Diputación era el tema de las concesiones y rehabilitaciones de títulos³⁷.

El conde de Torres Cabrera no recibió respuesta de Tamames y, hasta 1914, su actividad y la del Centro se redujeron considerablemente. Ya se ha visto como en 1914

Sobre el Centro existe un trabajo previo GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, "Nobleza y contrarrevolución: el Centro de Acción Nobiliaria (aproximación nobiliaria a un grupo de élite)" en TUSELL, Javier, GIL PECHARROMÁN, Julio y MONTERO, Feliciano, *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, 1993, pp. 225-267

³⁵ Cuaderno 5º, Centro de Acción Nobiliaria, 31-XII-1910, p. 177.

³⁶ Carta del conde de Torres Cabrera al duque de Tamames, I-1911, AV, Fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1. Esta carta tenía un formato similar a los cuadernos anteriormente publicados por el Centro.

³⁷ Esto matizaría de alguna forma la idea de que Tamames fue el promotor de esta medida, si bien no resta relevancia a lo que el duque consiguió desde su cargo en la Diputación.

el duque de Tamames rechazó la propuesta de Torres Cabrera de someter a aprobación de la Diputación una circular que respondía completamente al espíritu del Centro, en fin, a las ideas del conde. En ésta ya se proponían medidas más concretas –no votar a los que apoyaran “ofensas” al Monarca-, pero seguían sin aparecer elementos que pudieran caracterizar al movimiento de Torres Cabrera como algo más que una crítica contra la inactividad política de la nobleza y, especialmente, de la Grandeza.

Entre 1915 y 1917, el conde redobló sus esfuerzos por procurar la unión de la nobleza con una clara intención política. En mayo de 1915 el conde publicó uno de aquellos boletines, resucitando el motivo inicial que había reunido al Centro: la erección de una estatua del Gran Capitán. Dicho boletín tenía forma de una carta circular que enviaba a todos los miembros de la asociación y que ya habían firmado algunas personas, con título y sin él. Entre estos, destacaba la rúbrica del duque de Medinaceli, del de Baena, del de Moctezuma, del marqués de Albaida, del conde de Santa Coloma y el marqués de Mesa de Asta, hijo del marqués de Bendaña. La publicación tenía el mismo formato que otras anteriores del Centro, sin embargo en ésta se incluían al final dos proyectos de bases constitutivas de un patronato. El primero de estos proyectos se centraba en tres puntos: constituir el patronato para venerar la memoria del Gran Capitán, constituir un archivo general nobiliario y procurar que se cuidara la iglesia donde estaba enterrado el Gran Capitán (San Jerónimo, Granada). Se acababa con una base compilatoria en la que se pedía al Rey que presidiera este patronato con el fin –una vez más- de que la nobleza cayera en la cuenta de que su desunión era lamentable³⁸. El segundo proyecto de bases era más ambicioso en sus propuestas. Ante todo, se concentraba en la creación de una Hermandad formada no sólo por la nobleza, sino también por todos aquellos que entendieran que “el verdadero noble es el que a la nobleza aspira y la consigue por sus actos”. El objetivo de esta Hermandad sería constituir una especie de tribunal de honor “al efecto de que la truhanería sea perseguida en todas las clases sociales”. Torres Cabrera también hablaba de crear un capital solidario de 50 millones de pesetas y de que “el primer paso de nuestra regeneración” debía ser el mantenimiento de la neutralidad en la Guerra³⁹. Torres no mencionaba en sus bases a la Grandeza y, además, la Hermandad que proponía llamaba la atención por

³⁸ *Carta circular del Centro de Acción Nobiliaria a la nobleza española y tres apéndices*, p. 36, 20-V-1915, AV, Fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1.

³⁹ *Carta circular del Centro de Acción Nobiliaria a la nobleza española y tres apéndices*, pp. 39-45, 20-V-1915, AV, Fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1.

su independencia con respecto a los títulos. De fondo se observaba cierto resquemor ante la frialdad con que la Diputación, en especial Tamames, había acogido sus propuestas de años atrás.

Nada más comenzar 1916, se publicó un nuevo *Epistolario* del Centro junto con unos estatutos para la Hermandad del Gran Capitán (que recogían los proyectos de mayo anterior). Ambos llevaban el sello de Torres Cabrera. En el *Epistolario* se destacaba ampliamente que el Rey había querido recibir su publicación. Después de una serie de lamentaciones sobre el devenir de la nobleza en los avatares políticos del XIX, Torres Cabrera decía:

“¿Qué hace en tanto la Nobleza española? Los unos arquean las cejas y encogen los hombros; los más enérgicos se ocupan de frivolidades de pura ornamentación y entretanto el Rey está solo, completamente solo para regir el Estado, solo para elegir consejeros entre los políticos de oficio, solo para apreciar la conducta de sus enfatuados Ministros, solo para investigar las ansias legítimas de su pueblo y solo en fin, para pechar de hecho con todas las responsabilidades”.

El conde tenía muy claro que esta ausencia de la nobleza era uno de los males de España y estaba dispuesto a que su Hermandad ocupara ese hueco. No se trataba de sustituirla, le estaba impulsando a cumplir su función y así regenerar el país:

“Vamos a devolver a las Cortes españolas su prístina importancia en el Estado; (...) vamos a prestar a los hombres que gobiernen con ciencia y con decoro, salgan de las derechas o de las izquierdas, un apoyo moral y material que hoy no tienen en el país; que vamos, en fin, a poner en la nave del Estado un lastre social para que, bogando entre los escollos de la actual política mundial, nos asegure contra un bandazo”⁴⁰.

Los estatutos desarrollaban el funcionamiento de la Hermandad como tribunal que juzgara el honor de sus miembros, pero también “el de toda persona que ostente dignidades”. Su intención era plantear que se pudieran denunciar “deshonores”, defenderse y, en caso de que el tribunal lo considerara, hacerse público el motivo de la denuncia. El objetivo final y gran castigo sería que todos conocieran lo que convertía en indigno al denunciado⁴¹. Significativamente, su proyecto tenía más carga política en el preámbulo que en los artículos, los cuales insistían en estos aspectos sobre el honor. En la introducción, Torres Cabrera presentaba una situación completamente catastrófica del

⁴⁰ *Epistolario 1916*, pp. 59-60. Centro de Acción Nobiliaria.

⁴¹ *Proyecto de Estatutos de la Hermandad del Gran Capitán*, art. 11, § 1º, 2º y 3º, *Epistolario 1916*, Centro de Acción Nobiliaria.

país, como solía ser habitual en él. Había dos opciones, “un golpe de Estado, dar al País armas para su defensa contra la opresión injusta del Estado” o poner en manos del pueblo un instrumento que llevara a cabo lo que no hacían las Cortes. Ese instrumento, lógicamente, no era otro que su Hermandad. Aunque sorprendiera –y mucho- la distancia entre los medios y los fines propuestos, su razonamiento era bastante claro y, en él, volvía aparecer la nobleza: “si posee el terruño, y además tiene el derecho de acercarse a vuestra Majestad, es precisamente para poner en contacto, como clase intermedia, a Vuestra Majestad con sus pueblos”⁴². Eso sí, en el caso de que no afrontara su misión, habría que sustituirla.

En febrero, el Centro organizó una reunión en la Biblioteca Nacional para conmemorar del centenario del Gran Capitán. Tomaron la palabra tres ponentes que ensalzaron la figura del héroe como guerrero, como ciudadano y como católico. Se trataba de Miguel Primo de Rivera, Antonio Maura y el obispo de Sión. A la reunión acudieron también sus Majestades en lo que, sin duda, fue la convocatoria de mayor repercusión del Centro⁴³. La presencia de Maura no era casualidad. Entre septiembre y octubre de ese mismo año, Torres Cabrera dirigió varias cartas al político conservador con un objetivo nítido: que se pusiera al frente de su movimiento. El conde se vio espoleado en su intento por el discurso que Maura había pronunciado unos días antes en Beranga, Burgos⁴⁴. Tras una primera carta ensalzando aquella intervención, le pedía involucrarse en el proyecto enviándole una propuesta de ley sobre la actuación de la nobleza⁴⁵. La respuesta de Maura fue sencilla, procurando marcar las distancias. Desde su punto de vista, dicho proyecto “sólo serviría de propaganda y difusión”, a la vez que

⁴² “Preámbulo”, *Proyecto de Estatutos de la Hermandad del Gran Capitán*, pp. 8-15, *Epistolario* 1916, Centro de Acción Nobiliaria.

⁴³ *ABC*, 20-II-1916, 21-II-1916.

⁴⁴ Según González Hernández, en este discurso –de 13-IX-1916-, entre otras cosas Maura se alejó claramente de posturas de la derecha más rancia proclamando la neutralidad en la Guerra. Vid. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús, *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, 1990, p. 66.

⁴⁵ *Cartas del conde de Torres Cabrera a Antonio Maura*, 14-IX-1916 y 27-IX-1916, AV, fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1. Este proyecto de ley no se conserva. Quizá se refería a los estatutos de la Hermandad del Gran Capitán, pero parece algo más desarrollado. En 1914, Torres Cabrera envió a Maura un proyecto de reforma parlamentaria que proponía la creación de un Senado estamental y un Congreso donde estuvieran presentes los “intereses materiales”. La conexión parece entonces existir anteriormente (también los proyectos). Vid. GIL PECHARROMÁN, Julio, *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid, 1994, p. 90. También menciona esta conexión previa González Cuevas pero no fue hasta 1916 cuando Torres Cabrera quiso involucrar en su proyecto a Maura. GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, “Nobleza y contrarrevolución: el Centro de Acción Nobiliaria (aproximación nobiliaria a un grupo de élite)” en TUSELL, Javier, GIL PECHARROMÁN, Julio y MONTERO, Feliciano, *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, 1993, p. 255.

“me parece que andan muy distanciadas todavía las españolas realidades y así las sociales como las políticas”⁴⁶. A pesar del jarro de agua fría, Torres Cabrera respondió a Maura con la propuesta de que fuera él quien se pusiera al frente de su proyecto⁴⁷.

Tras un intercambio de cartas algo confuso –parece que se extravió algunas de las misivas-, Maura respondió procurando evadirse de la propuesta con buenas palabras. Planteaba como una de las razones principales “la situación misma de mi pobre persona en la política española”. Al mismo tiempo dejaba clara su opinión sobre el proyecto: “cada cual en su plano” –como queriendo matizar el peso que Torres Cabrera concedía a la nobleza-. En definitiva, Maura decía, “no me parec(e) un intento proporcionado”⁴⁸. El conde volvió a escribir en un par de ocasiones más a Maura, insistiendo en sus ideas principales sobre la acción de la nobleza en la sociedad española: no se trataba de una participación política, sino de una acción social. A la vez, Torres Cabrera se explayó a gusto sobre la situación de la nobleza en esos momentos en su relación con el Monarca: “por una o dos excepciones sólo tiene a su lado Grandes que le sirven bien de tapicería o para jugar al polo, que tosen si el Rey tose y que estornudan si el Rey estornuda”. Aún así, desde su perspectiva la nobleza seguía teniendo su importancia y podía ejercer un papel consultivo ante el Rey⁴⁹. No hubo respuesta a estas cartas en las que Torres Cabrera hizo quizá su apuesta más fuerte por dar un impulso al proyecto, quizá espoleado por su éxito en la reunión de febrero. En sus palabras seguía presente el equilibrio entre su visión clara de que la nobleza no estaba jugando el papel que tenía reservado y las posibilidades que el grupo tenía de cara a la sociedad española.

1917 supuso el fracaso definitivo del proyecto de Torres Cabrera. En su *Epistolario* de ese año, el conde comenzó repitiendo de nuevo sus visiones sobre la situación política de España. Hablando de las Cortes y las posibilidades que aportaba su

⁴⁶ *Carta de Antonio Maura*, 27-IX-1916, AV, fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1.

⁴⁷ “La nobleza española no cuenta en su seno otro hombre que como Vd. conozca los escondrijos de la cloaca política que es preciso limpiar”, *carta del conde de Torres Cabrera a Antonio Maura*, 2-X-1916. AV, fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1. El conde aseguraba que no quería presentar el proyecto ante las Cortes sin tener su aprobación.

⁴⁸ *Cartas de Antonio Maura al conde de Torres Cabrera*, 16-X-1916 y 19-X-1916, AV, fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1.

⁴⁹ “Buenos o malos, tuertos o derechos, los que se enfatúan por pertenecer a tal o cual colectividad nobiliaria, tienen ya algo de bueno y es la misma fatuidad que les obliga a aparecer dignos. La Grandeza, las Órdenes militares, las Maestranzas etc obligadas a dar al Rey cada una su opinión corporativa en cada uno de los problemas sociales y políticos y hasta sobre los actos de los gobernantes, inmediatamente buscará buenos asesores para formularla si no los tenían en sus propios senos y ya conocerá Vd. el peso que la opinión de estas corporaciones tiene en el ámbito público y como descargaría de responsabilidades al Rey en la delicada misión de elegir sus ministros”, *cartas del conde de Torres Cabrera a Antonio Maura*, 20-X-1916 y 22-X-1916, AV, fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1.

proyecto, comentaba que gracias a su labor *social*, “el sedimento caerá al fondo y purificando el ambiente social, forzosamente se purificará el ambiente político”. Junto con la repetición de sus planteamientos, el conde incluyó algo interesante. Se trataba de una lista de los distintos nobles que no habían firmado el proyecto propuesto el año anterior, señalando su negativa como una forma de complicidad ante lo que estaba denunciando. La lista recogía casi exclusivamente Grandes de España: duques de Alba, Alcudia, Algete, Andría, Arión, Vega, Béjar, Benavente, Huete, Montemar, Estremera, Osuna, Oropesa, Pastrana, Villahermosa; marqueses de Bedmar, Camarasa, Corzana, Castrillo, Cenete, Cerralbo, Corvera, Salar, Acapulco, Auñón; condes de Floridablanca, Guendulain, Guadalcázar, Maceda, Montijo, Mos, Narros, Peñafiel, Puñonrostro⁵⁰. La aparición de estos nombres, la misma queja de Torres Cabrera, evidenciaban el final de todas las ilusiones que el conde se había hecho acerca de la acción concertada de la nobleza.

Sin embargo, en el mes de junio de ese 1917, cuando todo parecía haber fracasado, Torres Cabrera recibió una carta que no esperaba. La Diputación de la Grandeza le escribía para decirle que iban a entregar una nota de apoyo al Monarca y le pedían su aprobación por entender que seguía en gran medida las líneas que defendía desde el Centro de Acción Nobiliaria⁵¹. El conde no pudo disimular su emoción ante una iniciativa de la Grandeza en su conjunto y preguntó al marqués de Rafal –vocal de la Diputación- el motivo y el promotor de la idea. Rafal le comentó que surgió como algo espontáneo. Sin duda, la situación provocada por las Juntas de Defensa y el manifiesto de los diputados regionalistas catalanes colaboró en la “espontaneidad”. Pocos días más tarde, el conde volvió a escribir al marqués. Su salud le fallaba y su edad avanzada no le hacía presagiar nada bueno. Así le escribía al marqués, asegurándole que lo único que deseaba era “volver a Córdoba a morirme en un rincón”. Rafal le aseguró que llevaría al Rey su pensamiento y, de hecho, parece que así fue, ya que unos días más tarde Torres Cabrera recibió una carta de la Diputación manifestando

⁵⁰ Tanto el marqués de Acapulco como el de Auñón no pertenecían a la Grandeza. El marqués de Peñafiel era hermano del duque de Béjar. *Epistolario* 1917, Centro de Acción Nobiliaria, p. 198. Resulta llamativa la referencia a algunos Grandes por su título más antiguo: Corzana en vez de Alcañices, Montijo en vez de Peñaranda, aunque no dejaba de ser algo frecuente.

⁵¹ *Carta de la Diputación de la Grandeza al Conde de Torres Cabrera*, 21-VI-1917. AV, fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1. Venía firmada por el decano y todos los vocales. El duque de Tamames había muerto en el mes de mayo, siendo el conde de Almodóvar el decano interino. Los vocales eran: duque de Arión, marqués de Castelar, duque de la Conquista, marqueses de Cenía, Bendaña, Hoyos, Santa Cruz, duque de Luna, marqueses de Portago y Rafal y el duque de la Vega. Unos días antes se había hecho público el manifiesto de los representantes en Cortes del regionalismo catalán en *La Veu de Catalunya*.

que el Rey había recibido el último *Epistolario* de Acción Nobiliaria y que le había gustado el gran patriotismo que destilaba⁵². A pesar de las buenas palabras, el conde volvió a demostrar su genio al informarse de que, a pesar de la nota de la Diputación al Rey, ésta no se reuniría hasta octubre para concretar medidas, con el verano ya terminado. El conde escribió al marqués de Torrecilla, su sobrino y Mayordomo Mayor, cerrando su carta con un rotundo “mientras que España se hunde la Grandeza se divierte”⁵³. Esta frase tuvo mucho de epitafio: apenas unas semanas más tarde el conde falleció en Córdoba.

El Centro de Acción Nobiliaria de Torres Cabrera fue el proyecto que buscó más claramente movilizar a la nobleza desde un punto de vista político. Sin hablar nunca de la formación de un partido, el conde propuso varias iniciativas que convertían a los nobles en un actor político. En un primer momento intentó articular sus planteamientos a través de la Diputación de la Grandeza pero ésta nunca quiso enarbolar su bandera, aunque sus miembros pudieran compartir de alguna forma sus propuestas. El carácter estamental de su visión del poder representativo, sus apelaciones al honor, a la acción social, tenían un aura regeneracionista con la vista puesta en soluciones organicistas. Maura no quiso encabezar su movimiento, muy alejado de sus planteamientos políticos. La Grandeza podía compartir el discurso –se vio en algunas ocasiones, como las últimas notas a Torres Cabrera-, pero no tenía intención de involucrarse en él como grupo. El Centro de Acción Nobiliaria fue una muestra de cómo la acción de la nobleza formando un grupo político era algo muy complicado a esas alturas del XX. También reflejó como ciertas visiones de la configuración política del país no encontraban respuesta por parte de muchos de los Grandes. Ambos factores explicaron el fracaso del conde de Torres Cabrera y sus proyectos⁵⁴.

⁵² *Carta del conde de Torres Cabrera al marqués de Rafal*, 4-VII-1917; *carta del marqués de Rafal al conde de Torres Cabrera*, 5-VII-1917, y *nota de la Diputación de la Grandeza al conde de Torres Cabrera*, 9-VII-1917, AV, fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1.

⁵³ *Carta del conde de Torres Cabrera al marqués de Torrecilla*, 8-VII-1917, AV, fondo Torres Cabrera, sección correspondencia, caja 42, leg. 16.1.

⁵⁴ El Centro de Acción Nobiliaria siguió existiendo tras la muerte de Torres Cabrera aunque sin su mismo empuje. En 1918, el Centro editó los discursos del duque del Infantado por la unión de los monárquicos. Tras un periodo de hibernación, publicaron un folleto periódico en los años veinte. A finales de la década organizaron ciclos de conferencias bajo la presidencia del duque de Almenara Alta. Sin embargo, no procuraron poner en marcha los proyectos de Torres Cabrera u otros similares. El conde de Atarés criticó la posición del Centro a finales de la década de los veinte como una especie de sucedáneo de la Diputación: “no podía por menos que hacerse sospechosa a la Diputación la actitud de una entidad que, fundada para asociar a los Títulos del Reino y contando entre sus miembros Títulos de legítimo prestigio y antigüedad, nombraba siempre para presidirla a un Grande de España, y así lo fueron sucesivamente: el Duque de Tamames, el Marqués de Comillas, el Duque de Bailén, el de Almenara Alta y el de Híjar, y

Una apuesta por la participación política II: el duque del Infantado.

La Acción Nobiliaria de Torres Cabrera surgió bastante al margen de la situación política de España aunque, lógicamente, también fuera una respuesta a los problemas que se observaban. Se quejaba de Azcárate, recurría a Maura, los problemas de 1917 hacían mella. Sin embargo, la propuesta podría no tener fecha, con la atemporalidad de un espíritu regeneracionista que casi sonaba a eterno. Además las propuestas tenían algo de rancio: los tribunales de honor y la organización de la hermandad tenían un punto “medieval”. Sin embargo en 1918 las cosas cambiaron, cobraron cierta “actualidad”. Entonces fue un solo miembro de la Grandeza quien encabezó una propuesta de carácter político y ésta se encontraba directamente vinculada a la situación del país. La figura del momento fue el duque del Infantado. Desde 1896, era un fijo en el Congreso, siempre elegido por Zumaya como independiente. El duque, ya se ha visto, era una personalidad reconocida económica y socialmente. Las elecciones convocadas para febrero de 1918 le creaban cierta inquietud e, igual que a él, a gran parte de la derecha española. El verano de 1917 no había dejado indiferente a nadie y, para Infantado, las elecciones de febrero se presentaban absolutamente cruciales⁵⁵. Para él, la única solución era la unión de todos los monárquicos y con ese mismo título publicó en *ABC* un manifiesto. Incluido en las primeras páginas del periódico y con su firma al pie, el duque abría el texto planteando que las próximas elecciones darían lugar a unas Cortes constituyentes. Su llamada, por tanto, era más que necesaria y se dirigía a todos los españoles. Sin embargo, no era un simple aviso,

“¿puede ser eficaz y fructífera en la lucha la acción aislada para servir a los altos ideales de la Patria, de la Monarquía, de la Religión? Ciertamente que no, y para que lo sea es necesario que cuantos coincidan en estas ideas fundamentales se combinen, se auxilien, por lo menos no se hostiguen”⁵⁶.

Era una llamada a la unidad. Las izquierdas resultaban el ejemplo más evidente de la eficacia de esta forma de actuar. El título del manifiesto lo decía todo, Infantado

entre sus socios contaba a varios Grandes más, con lo que, al asemejarse a la Diputación, no justificaba la necesidad de su existencia”, conde de ATARÉS, *Apuntes del Archivo 1815-1864*, Madrid, 1944, p. 210.

⁵⁵ González Hernández subrayó como la polarización del verano se notó en el voto de febrero, concentrado en la Alianza de Izquierdas y los sectores conservadores –aunque allí siguiera existiendo una gran dispersión-. Vid. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús, *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, 1990, p. 80-2.

⁵⁶ *ABC*, 18-I-1918.

llamaba a “La unión de los monárquicos”. Patria, Monarquía y Religión eran tres conceptos en los que cabía mucha gente e Infantado no los invocaba por casualidad, la intención era sumar a cuantos más, mejor. El duque era consciente de que su llamada supondría “sacrificios de intereses, de amor propio, de dignidad acaso”. Aún así, sin duda la ocasión lo requería: había que actuar “encerrando en sus corazones provisionalmente todo aquello que les separe”. Infantado pasaba entonces a desgarnar de alguna manera las distintas visiones que él contemplaba como posibles dentro de esa unión. Al mismo tiempo, el duque se iba retratando en los distintos conceptos que manejaba.

En primer lugar, Infantado hablaba de lo que entendía por “monárquico”. Él se identificaba con aquellos que veían al Soberano más allá de sus virtudes y defectos. Su lealtad al Rey, igual que la de sus abuelos, se explicaba “porque lo era”. Sin embargo, también comprendía a aquellos que lo acataban nada más que como poder constituido, “símbolo más adecuado del orden y la disciplina”. También debían ir en esa unión aquellos que, como él, “quieren ver repuesta en nuestra legislación y en nuestras costumbres la integridad de la tradición católica”. En el otro extremo, pero dentro de su unión, estarían los que simplemente respetaban el artículo 11. En este punto, Infantado hacía una digresión muy intencionada. Traía a colación la *Rerum Novarum*, “Carta Magna de los obreros”, a quienes aconsejaba “que se prevengan contra sus falsos amigos y que presten su trabajo sin perjudicar al patrono”. Muy en la línea de la encíclica, el duque recordaba a los patronos que no debían considerar a los obreros como máquinas, les maldecía si les negaban un justo salario y abandonaban sus intereses materiales y morales. Tras la Monarquía y la Fe, faltaba la Patria. Una, independiente y respetada, esas eran sus tres condiciones. Al hablar de su unidad, el duque entendía que “puede perfeccionarse y estrecharse con el bienestar de amplias libertades regionales tan provechosas para la Patria grande”. Con “independiente” hacía una mención velada a la neutralidad en la guerra, recordando como unos y otros nos olvidaron en nuestros problemas pasados. Por último, el respeto sólo podía proceder de la existencia de un Ejército “proporcionado a las necesidades nacionales”. En este momento hacía una sutil referencia a las Juntas, “movimiento sano” pero que se debía encauzar.

El momento lo requería, los límites estaban claros. No se podía mirar a otro lado, pues, en ese caso,

“pronto recogeríamos el fruto de nuestra pasividad, de nuestro egoísmo, de nuestra cobardía, como lo recogieron los católicos monárquicos portugueses, (...) al creer que la revolución sólo siega la cabeza o destierra a los Reyes, olvidando que desde la francesa a la rusa, la Historia nos enseña que (...) arrollan simultáneamente tronos e iglesias, aristocracias y democracias, palacios y fábricas y propiedades que son el sostén y la vida del pobre a la par que del rico”⁵⁷.

El duque terminaba sus líneas recordando que él no representaba ningún partido en concreto y que, en su dedicación al trabajo, se atrevía a dirigirse a todos con esa llamada a la unidad. La hora se presentaba crucial, había que defender la ciudad para evitar su caída, “que sería definitiva”, como fue la de Bizancio o la del Imperio Romano.

El texto de Infantado hablaba de muchas cosas. Existía una gran dosis de miedo que, en esas elecciones, se intentó azuzar también desde otros lugares. Por otra parte, era un texto que retrataba políticamente al duque del Infantado. Su visión sobre la Monarquía, la Iglesia, su concepto de España así como el enunciado de otros temas –el Ejército o la propiedad-, convertían al manifiesto en una descripción de lo que Joaquín Arteaga tenía en la cabeza. ¿Dónde situarle? La verdad es que era sencillo aunque él mismo no quisiera abonarse a ningún partido –lo cual ya era significativo-. Sus tres elementos fundamentales, los que para él definían a los monárquicos, estaban muy claros: Rey, religión y Patria. Su conservadurismo era de manual, aunque dejaba claro en sus propuestas que tenía una raíz parlamentaria bastante firme. Cabían las regiones, el artículo 11, una visión del Rey nada más que como representación del orden. La situación del momento, más que su llamada, condujo a una mayoría conservadora que desembocó en marzo en el gobierno de concentración presidido por Maura. Cabía preguntarse si el duque aspiraba a algo más.

La situación política del país siguió su curso al margen de los llamamientos de Infantado, muy condicionada por la crisis en que había entrado el régimen forjado en la Restauración. Sin embargo, nuevamente, el duque hizo acto de presencia en la actualidad política. Fue unos meses más tarde, nada más acabar la Primera Guerra Mundial. En esa coyuntura, muchos vieron una ocasión para reformar el sistema. Aún reciente su manifiesto de febrero, el duque pronunció un discurso en el Congreso el 13 de noviembre, apenas cuatro días más tarde del armisticio. Sus ejes principales seguían

⁵⁷ ABC, 18-I-1918.

siendo los mismos que en febrero, aunque el detonante de su intervención pasaba de las elecciones al final de la guerra: el “momento de la paz” resultaba decisivo, había que sacar a España “indemne” del fin de la Guerra. Volviendo la vista atrás, su defensa de la posición neutral de España durante el conflicto era cerrada. No entendía a quienes sólo se fijaban en las consecuencias negativas como el alza de precios, mientras la no intervención había aportado la paz que otras naciones no tuvieron. El mérito lo achacaba a “los poderes”. Sobre todo, el duque se quejaba ante las manifestaciones de la izquierda, en concreto de Marcelino Domingo, que echaba de menos el desarrollo que se podía haber realizado en el país y no se había logrado. Ante esto, Infantado se consideraba un ejemplo de lo contrario, pues esos poderes le habían alentado en sus trabajos e incluso le habían premiado,

“trabajos, realizados durante mucho tiempo en mis obras hidráulicas, en los cultivos de mis tierras, en el laboreo de mis minas, en mis industrias, haciendo todo esto que el señor Domingo echaba de menos, y que yo he hecho, abandonando la cómoda y regaladísima vida que me tenía deparada la Providencia en las holganzas deportivas”⁵⁸.

Tras esta defensa de la actitud de los políticos ante la guerra, hacía de nuevo una reflexión sobre la necesidad de la unión de todos los monárquicos. Aunque había referencias a la unidad de la Patria y a la religión, su razonamiento seguía una línea centrada en un sencillo vínculo entre la Monarquía, la riqueza y el orden social. Es cierto que Infantado reconocía que se debían otorgar beneficios a los obreros, pero su discurso insistía más en la línea del caos que traería lo contrario:

"Nosotros sabemos que en España de la Monarquía se pasaría directamente a la anarquía destructora de toda la riqueza y de todo el bienestar, lo mismo del rico que del pobre; porque si no hay ricos, no habrá quien proporcione al pobre los medios con que ganarse honradamente el sustento". (...) "Yo juzgo por mí, y puedo deciros que en todas mis múltiples empresas no he tenido jamás una huelga ni una contrariedad, porque he sabido mirar al obrero como se merece, y puedo deciros también que cuando al obrero se le trata bien, está íntimamente unido al capitalista y reconoce que de él depende el que viva"⁵⁹.

⁵⁸ Duque del INFANTADO, *Por el Rey y por la Patria*, discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, 13-11-1918, Madrid, 1918, p. 22.

⁵⁹ Duque del INFANTADO, *Por el Rey y por la Patria*, discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, 13-11-1918, Madrid, 1918, p. 37-8.

Si en febrero había acabado haciendo referencia a Bizancio, ahora recurría a la Roma sitiada por los bárbaros⁶⁰. Había que actuar.

Pocos días después, el duque encabezó una reunión de políticos conservadores. Como en tantas otras, el lema de dicha reunión no tenía desperdicio: “mitin de unión circunstancial de las derechas en defensa del sostenimiento del principio de autoridad y del orden social”. Allí estaban varios nobles y algunos Grandes de España, pero en el turno de intervenciones sólo participó el duque, a parte de representantes de distintas facciones de las derechas. En su discurso, Infantado manifestó que no se había invitado a la reunión al partido liberal, “para no romper la disciplina colocándole entre dos deberes; pero conste que no se puede pasar las alambradas monárquicas sin dejar jirones de la piel en la brecha”⁶¹. También había lugar para las izquierdas en su mensaje. Comentando la situación política, para el duque “en nuestro país, las izquierdas no tienen más fuerza que la que los Gobiernos de la Monarquía les han prestado”. En general, todo conducía a insistir en la necesidad de la unión entre las derechas. Sin embargo, se puntualizaba mucho más, incluso se atacaba al Gobierno salido de la última crisis:

“tenemos un Gobierno débil, un Gobierno que no tiene autoridad para hacerse respetar. Y ved lo que ofrece: libertad de cultos, reforma constitucional, reforma absurda del régimen de propiedad. ¿En qué países se pide eso? Ese programa no responde a las necesidades del país. Es un toro que se brinda al tendido de sol, porque se oye más a los que chillan que a los que callan. Y el presidente no llama a los aficionados competentes, que son muchos en la plaza: llama nada menos que a los toreros, a quienes el pueblo cortó la coleta en las elecciones”⁶².

Ahora el duque jugaba duro, no se escuchaban las mismas generalidades que en otras ocasiones. Sí se repitió, en cambio, el recuerdo a Portugal —que ahora no acompañó de Rusia, sino de una mención a Amadeo-: “Lo que a aquellos aconteció no

⁶⁰ “Cuando los bárbaros están a las puertas de Roma y dan los aldabonazos que están dando, no hay derecho a perder el tiempo en discusiones bizantinas; pero si se hace así, si se continúa dando el triste ejemplo que estamos presenciando, no nos podremos quejar de que, como dijo la Sultana, tengamos que llorar como mujeres lo que no hemos sabido defender como hombres”, Duque del INFANTADO, *Por el Rey y por la Patria*, discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, 13-11-1918, Madrid, 1918, p. 39. El discurso de Infantado fue editado por el Centro de Acción Nobiliaria que se jactaba de haber impreso 30.000 ejemplares. Lo hacían “como homenaje y muestra de admiración”. Por entonces, el centro

⁶¹ Presidiendo el mitin desde el escenario se encontraban: marqueses de Valderas, Frontera y Pidal, condes de Revillagigedo, Andes y Cedillo, marqueses de Figueroa, Lema y Allendesalazar y los señores Llanos, Torriglia y Maura (Miguel). Tuvo lugar en el Teatro de la Comedia. *ABC*, 19-XI-1918.

⁶² *La Época*, 19-XI-1918.

fue sino por faltarles el apoyo de las derechas”. El duque del Infantado terminó su intervención con un sonoro ¡Viva España! ¡Viva el Rey!

Curiosamente, ese mismo día, el *ABC* traía una noticia sobre una reunión extraordinaria que la Diputación de la Grandeza había realizado en el palacio de Cervellón, residencia de su decano. En ésta, los Grandes habían resuelto manifestar su apoyo a las soluciones políticas que se basen en “los principios fundamentales de la sociedad, de la Patria y de la Monarquía”. Para ello se hacía patente su confianza en el marqués de la Mina como representante de los Grandes⁶³. Algunos de los Grandes habían estado en el mitin del teatro de la Comedia⁶⁴ y, sin duda, el ímpetu de Infantado y la situación del momento les movieron a suscribir esta declaración. Las intervenciones del duque parece que tenían su eco.

Infantado volvió a ser noticia –en el más estricto sentido de la palabra- muy pocos días más tarde. La revista *Blanco y Negro* publicó una entrevista con el duque “con motivo del mitin de las derechas”. La presentación era todo un elogio de sus virtudes, pasadas y presentes:

"Un aristócrata que reúne en su espíritu, como en sus blasones, la brava prestancia del general y ministro de Fernando VII y la ironía erudita del autor del Centiloquio. Es además el duque un aristócrata al que han dado popularidad sus empresas industriales, y un demócrata por convicción e idealismo"⁶⁵.

En las primeras preguntas, el periodista subrayaba la implicación del duque en el campo, a parte de sus iniciativas industriales. Se tocaban algunos temas como los latifundios y la introducción del regadío, pero pronto se iba a lo importante al preguntarle por el acto de las derechas. Llegados a este punto, el duque mantuvo la posición que le caracterizó en otras ocasiones, no la sugerida en su discurso de la Comedia. Insistió en que su iniciativa había surgido como algo personal, la respuesta que consideraba absolutamente lógica ante la situación de España. Infantado comentó en un momento dado que había recibido un telegrama del Rey agradeciéndole su apoyo. En este sentido, la revista había escogido muy conscientemente el título del artículo, “El paladín del Rey”. Sin embargo y a pesar de las referencias al telegrama regio, el duque

⁶³ *ABC*, 19-XI-1918.

⁶⁴ Entre otros asistieron los duques de Montellano, Luna, Arco, Seo de Urgel, marqueses de Mina, Mondéjar, Cenía, Perales, Molins, condes de Heredia Spinola, Superunda, Revillagigedo, Atarés. *La Época*, 19-XI-1918

⁶⁵ *Blanco y Negro*, 1-XII-1918.

tomaba cierta distancia, no había llamamientos explícitos ni se postulaba para nada. El artículo acababa con una referencia a las clases que sus hijos recibían en el palacio de Xifré.

Pasado el impulso de febrero y noviembre, el duque del Infantado volvió a su tranquilidad habitual. Seguía presente en el Congreso pero en su segundo plano, alejado de los focos. Sus apariciones en la prensa, sus intervenciones en mítines o en el Congreso se olvidaron bastante pronto. Sin embargo, debieron quedar en la memoria de algún periodista cuando, en julio de 1919, en una de las crisis de Gobierno habituales, se le señaló como miembro de la camarilla de Palacio que influía en la voluntad del Rey. Desde el periódico *El Sol*, se asoció los nombres del marqués de Viana, el marqués de Torrecilla y el duque del Infantado con ciertos manejos que se estaban produciendo alrededor del Rey:

"Ayer todo fueron cabildeos y reuniones misteriosas; el embrollo político alcanzó proporciones inverosímiles. Sobre la escena de la más vieja farsa han aparecido nuevos personajes. Todos son privados de la corte, validos del Rey. (...) La solución de la crisis pasa de mano en mano entre el duque del Infantado, el marqués de Torrecilla y el favorito mayor, señor marqués de Viana. ¿Quiénes son estos personajes de tan decorativo renombre, ni qué tienen que ver con los profundos anhelos de España?"⁶⁶.

El fin del gabinete presidido por Maura era lo que realmente preocupaba a *El Sol*, camino de un nuevo gobierno conservador sin cambio de ningún tipo en el sistema. El ataque a los Grandes daba la impresión de ser algo secundario pero tuvo su efecto. El día siguiente, el periódico publicó una carta del duque del Infantado. Sintiendo atacado sin motivo alguno, respondió a las acusaciones centrándose en dos temas: los cargos palatinos que ejercían tanto Viana como Torrecilla –motivo de su cercanía al Rey- y, en su caso, su compromiso con el crecimiento del país. Para él resultaba completamente incomprensible que se le criticara por ser alguien completamente alejado de la realidad española:

⁶⁶ *El Sol*, 19-VII-1919. La crítica de *El Sol* era bastante directa: "Ni el duque del Infantado, ni Viana, ni Torrecilla, ni valido o favorito alguno de los que dedican alternativamente sus horas al polo y a la política palaciega, pueden representar, no ya una opinión española, ni siquiera el eco de una pequeña voz nacional. ¿Quién les llama a estas andanzas? ¿No pasaron ya los tiempos del poder arbitrario? ¿No estamos dispuestos a que España ingrese en la Liga de las Naciones?"

"¿Hay derecho a decir eso de quien encuentra pocas todas las horas del día para atender las empresas que desde hace más de veinte años ocupan en bien de España toda mi fortuna y actividad?"⁶⁷.

El duque hacía referencia también a que su participación en política, a parte de su asiento en el Congreso, sólo se había limitado a contadas ocasiones, todas motivadas por "el eco, y grande, en millares de tarjetas, cartas, telegramas y visitas de todas las clases sociales y cuyo resultado me ha obligado a dar mi opinión por mi propia y exclusiva cuenta". El duque hacía auténticos equilibrios a la hora de hablar de su intervención en política sin posicionarse excesivamente. Insistía en su condición de diputado sin partido, de portavoz involuntario de los monárquicos. El periódico no dudó en responderle al día siguiente. No había la más mínima muestra de arrepentimiento en sus declaraciones y sí una gran dosis de contraataque:

"Bienvenido sea a la 'palestra igualitaria' el ex diputado por Zumaya, el senador por derecho propio, el periodista, el parlamentario. Ahora bien: ¿nos permitirá el señor duque que al darle esta bienvenida digamos adiós al palatino? Es decir: ¿nos permitirá que dialoguemos con el parlamentario, con el hombre de negocios, con el futuro colonizador de un trozo de nuestra zona africana, y que abandonemos al valido de la Corte, no sin antes haberle rendido un saludo con toda la ceremonia de que nuestra inexperiencia protocolaria es capaz?"⁶⁸.

El duque no entendía las críticas que había recibido y argumentaba con sus empresas. Ahora *El Sol* sí las mencionaba, pero sólo como excusa para volver a la carga contra el componente palatino que querían denunciar. En realidad, ese era el gran objetivo del periódico. Entre medias, había quedado el duque, que quizá no tenía tanto que ver y, muy posiblemente, se le había incluido por sus intervenciones sobre la unión

⁶⁷ *El Sol*, 20-VII-1919. El comienzo de su carta, lleno de retórica, merecía la pena: "A mi regreso del campo, esta noche, apenas repuesto del sofoco de que me ha hecho víctima EL SOL, cayendo de plano sobre mi cuerpo en la era de un estéril coto de caza por mí transformado en finca agrícola, caen sobre mi alma más abrasadores aún, en forma de injustos desdenes e intemperancias, los rayos que fulmina EL SOL de esta mañana, en su artículo de fondo, contra mí y contra los señores marqués de la Torrecilla y marqués de Viana, atribuyéndonos caprichosamente participación misteriosa y anticonstitucional en el desarrollo de la latente crisis, con el correspondiente escándalo de que 'personajes de tan decorativo renombre, que nada tienen que ver con los anhelos de España', a quienes califica de favoritos y 'camelots', se atrevan, ostentando títulos, a pensar y opinar, derecho, sin duda, reservado a los abandonados de la fortuna".

⁶⁸ *El Sol*, 21-VII-1919. Al referirse "al futuro colonizador" quizá hablara de alguna empresa en la que el duque tenía pensado tomar parte en Marruecos, pero no hay constancia.

de los monárquicos⁶⁹. La andanada de *El Sol* era contundente y en ella se incluían algunos Grandes más:

"Las maniobras de palaciegos durante las últimas crisis han sido tan patentes y viven en la memoria de todos tan determinadas, que no puede el señor duque del Infantado aducir razones serias para negar estos hechos. No ya el Montero mayor o el jefe superior de Palacio, sino otros personajes validos y oficiosos de la Corte, tales como el señor marqués de Comillas o el señor duque de Bivona, cuyo grito palaciego contra el partido demócrata es bien reciente, han solido coincidir en una misma obra durante las situaciones políticas de difícil solución"⁷⁰.

No hubo respuesta por parte de Infantado. Sus iniciativas por la unidad de las derechas se habían convertido en un arma de doble filo. Le habían acabado por atrapar en un debate en el que tenía mucho que perder cuando, en principio, su apuesta procuraba huir de este tipo de disputas. Por mucho que explicara los cargos que ostentaban Viana y Torrecilla, poco podía añadir sobre el tema de las camarillas. Durante esos dos últimos años, en especial en 1918, había querido elevar su voz en el debate político enarbolando una bandera que, tras este primer desencuentro, no volvió a retomar. Sus propuestas, a pesar de un claro compromiso con la Monarquía, sonaban a algo muy genérico que, por otra parte, nunca quiso concretar más.

Esta polémica con *El Sol* aportó elementos de gran interés para comprender el papel de los Grandes en la política del momento. Por una parte, puso en evidencia lo limitado de las propuestas que estaban en condiciones de plantear. Esto no quiere decir que no fueran absolutamente válidas y, en gran medida, expresión de la visión que tenían de la política, pero se presentaban claramente insuficientes en el contexto del fin del régimen liberal. Se podía organizar un mitin y escribir un manifiesto, pero formar un Gobierno, la intervención directa en la política, eso era algo distinto. De hecho el propio duque del Infantado lo reconocía y, plegando velas después de estos momentos de mayor actividad, asumía de alguna forma que su papel estaba en otro lugar. En su actitud se podían ver reflejados muchos Grandes que, sin atreverse a firmar un manifiesto ni proponer la unión de los monárquicos, sí comulgaban con su visión de la política del momento y también coincidían en su distancia con la política activa. Sus

⁶⁹ En los días previos a la crisis de Gobierno, el duque había publicado en *El Debate* un artículo en el que volvía a pedir la unión de los monárquicos y recordaba lo sucedido en Portugal. ARTEAGA, Cristina, *Vida plural y dinámica del marqués de Santillana, duque del Infantado*, Sevilla, 1948, p. 113.

⁷⁰ *El Sol*, 21-VII-1919.

asientos en el Congreso o en el Senado, su participación en la administración, el modo en que ejercían sus obligaciones cuando ocupaban alguno de estos puestos, se entendían mejor en una coyuntura como esta.

En segundo lugar, *El Sol* sugería el peso que tenían en las camarillas políticas de la época los Grandes que componían la Casa Real. La influencia del círculo íntimo del Rey en algunas de las crisis ministeriales es algo que no se pone en duda desde la historiografía política. Identificar este grupo exclusivamente con la Grandeza resulta equivocado. Sin embargo, en esos momentos, ciertos cargos de Palacio llevaban aparejado tener entrada en el círculo íntimo del Rey. Al hablar del ceremonial en la Corte, se observó como un cargo en la Casa Real otorgaba al Grande que lo ocupaba un puesto preeminente en ese contexto, pero no especialmente destacado sobre el resto de la Grandeza. Sin embargo, desde un punto de vista político, estos Grandes adquirirían una relevancia mayor. El peso político del Monarca contagiaba a esos miembros de la Grandeza de una significación que, en principio, no tenían tanto por su cargo como por el papel que el Rey desempeñaba según la Constitución⁷¹.

Los dos puestos principales en la Casa Real, Mayordomo Mayor y Montero Mayor, estaban ocupados en estos momentos por el marqués de Torrecilla y el marqués de Viana, quienes fueron sustituidos a su muerte -1924 y 1927 respectivamente- por el duque de Miranda y el conde de Maceda⁷². Sin duda, la importancia de estos puestos no se puede despreciar: la cercanía con el Rey les dotó de cierta trascendencia. En las acusaciones vertidas en sus artículos, *El Sol* pudo exagerar su influencia en su intento por desterrar todo atisbo de intromisión por parte del Monarca. Por otro lado, subrayó el papel de intermediarios que desempeñaban en esos puestos. La figura del marqués de Viana parece cobrar especial relieve. En él, la cercanía y confianza del Rey se mezclaban con capacidad –auténtico apetito- por la organización⁷³. En este sentido es interesante que, en todos los casos, los Grandes que ocupaban cargos en la Casa Real presentaban alguna característica que les situaba en un segundo escalón frente a otros

⁷¹ GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, “El Rey y la Corte” en MORENO LUZÓN, Javier (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, 2003, pp. 191. Aunque González Cuevas hace extensiva la importancia de todos los nobles en política al papel del Rey, en lo que respecta a los Grandes parece que sólo los miembros de la Casa Real le debieron su especial significado.

⁷² Ya se ha estudiado la importancia que tuvieron estos dos últimos como representantes del Rey en algunas inversiones. Viana pasó a ser Mayordomo Mayor a la muerte de Torrecilla y Maceda, Montero. Al morir Viana, Maceda siguió como Montero y Miranda accedió al cargo de Mayordomo.

⁷³ Así lo concebía el marqués de Villavieja. Vid. marqués de VILLAVIEJA, *Life has been good*, London, 1938, p.245.

Grandes: sus títulos –o el modo en que lo habían adquirido- no eran de gran antigüedad (Viana) o no tenían grandes propiedades ni una posición económica boyante (Torrecilla o Maceda). En el caso del duque de Miranda, pese a ser de una casa con gran tradición y tener ciertas posesiones, no se trataba del primogénito. La lealtad al Monarca estaba muy presente en toda la Grandeza pero ejercer un cargo palatino era muy apetitoso para quien quisiera ascender en la escala social partiendo de una posición secundaria.

Grandeza, política y años 20.

Tras la aparición de la Grandeza en distintas coyunturas de la década de los diez, los años veinte se presentaban difíciles. Mientras la apuesta de Torres Cabrera se fue dejando a un lado poco a poco a base de una mezcla de negativas y buenas palabras, Infantado salió escaldado de sus intentos por promover la unión de los monárquicos después del roce con *El Sol*. De fondo parecía existir un convencimiento implícito de que la Grandeza no podía saltar a la arena política con una intención excesivamente práctica.

Sin embargo, en 1922 se produjo una de las escasas apariciones de los Grandes como grupo, la cual reveló cierta cohesión en sus intereses –bastante pecuniarios en esta ocasión-. En torno a julio de 1922 el ministro de Hacienda del gabinete liberal, Francisco Bergamín, planteó un proyecto que pretendía hacer más progresivo el sistema de imposición en el país. Como se sabe, esta era una propuesta clásica desde un sector del partido liberal que además tenía gran predicamento en la izquierda. En esta ocasión, como otras veces la misma sugerencia, soliviantó los ánimos en distintos sectores de la economía nacional. La Grandeza formó parte de esa contestación, no tanto por su implicación como propietarios como porque la reforma afectaba a las tarifas que se aplicaban a los títulos. En 1916 y en 1919 un anuncio similar había provocado la movilización de los Grandes para procurar que el aumento anunciado no les afectara en exceso. Su intención clara consistió por entonces en que el aumento de la recaudación se concentrara en las concesiones de nuevos títulos y en las rehabilitaciones o sucesiones transversales. El impuesto sobre las sucesiones directas debía mantenerse o, incluso, reducirse⁷⁴.

⁷⁴ El duque del Infantado habló de “recargar el impuesto a la vanidad”. Realizó una propuesta encargado por la Diputación que se presentó a las Cortes. DIPUTACIÓN PERMANENTE Y CONSEJO DE LA GRANDEZA DE ESPAÑA, *Memoria correspondiente al curso 1919-20*, Madrid, 1920, p. 42. Infantado

Mientras en 1916 y en 1919 su movilización había sido bastante aislada, a la altura de 1922 su queja coincidía con la de otros intereses. Éstos eran pura y simplemente económicos y tenían en común con ellos verse envueltos en el mismo intento por cambiar el régimen recaudatorio. En ese contexto, la imposición sobre los títulos parecía un tema menor. Lo interesante fue que la coincidencia no sólo se daba en verse afectados por las medidas de Bergamín. Entre los que se oponían a las reformas había Grandes de España que habían recibido su título recientemente y que tenían importantes intereses como el marqués de Urquijo y el marqués de Aldama. Obviamente la naturaleza de ambas enmiendas tenía orígenes muy diferentes aunque todos se veían afectados de alguna forma por el proyecto de Bergamín. Sin embargo, la aparición de la Grandeza como grupo quedaba aún lejos de lo que podía ser una “liga de aristócratas” opuesta a las deliberaciones del ministro de Hacienda. Su presencia en aquellas enmiendas se debía a la imposición sobre los títulos, algo muy secundario si se compara con los intereses que movilizaba un cambio en los impuestos sobre utilidades o renta rústica y que, ni mucho menos, afectaba sólo a los nobles⁷⁵.

Este repentino asomarse de la Grandeza no tuvo continuidad de ningún tipo en los momentos finales del régimen liberal. Al igual que una gran mayoría de los sectores conservadores de la política y la sociedad –y no sólo éstos-, los Grandes no tuvieron mucho problema con el pronunciamiento de Primo y su llegada al poder. Algunos Grandes recientemente titulados como el marqués de Comillas y el conde de Güell estuvieron envueltos en la conspiración iniciada en Barcelona, pero su papel fue a título personal y muy relacionado con la situación existente en Cataluña⁷⁶. En un primer momento, la visión que algunos Grandes tuvieron de la dictadura fue profundamente

mencionaba también la presentación de una propuesta ante la comisión de presupuestos de 1917. En otras fuentes se señalaba al duque de Tamames como promotor de la queja anterior: "el día 9 de noviembre se celebró en el Senado una reunión de Grandes de España y Títulos del Reino que tienen representación parlamentaria, bajo la presidencia del Duque de Tamames. El objeto de la reunión fue tratar del proyecto de ley que aumenta los derechos de sucesión en dichas dignidades y el acuerdo recaído consistió en acudir al Gobierno y a las Comisiones de Presupuestos de ambas Cámaras para exponer las aspiraciones de los reunidos", *Revista de Historia y Genealogía Española*, 15-XII-1916.

⁷⁵ Becarud habló de esa “liga de aristócratas” cuando sobre todo se trató de una “liga de propietarios”. Además, no todos los sectores productivos se hubieran visto igualmente afectados por el modelo impositivo de Bergamín (lo que explica la ausencia de algunos sectores en las propuestas). BECARUD, Jean, "La nobleza española desde Alfonso XII hasta 1931: presentación de conjunto y comparación con otras aristocracias europeas" en EXTRAMIANA, José (ed.), *Les elites espagnoles a l'époque contemporaine*, Pau, 1984, p. 75.

⁷⁶ Romero Salvadó comenta que tanto Güell como Comillas estuvieron con Primo la noche previa al golpe junto con destacados nombres de la sociedad barcelonesa: Graupera, Cussó, Sala y Sert. ROMERO SALVADÓ, Francisco J., "The Catalan Employers' Dirty War" en ROMERO SALVADÓ, Francisco J., y SMITH, Angel, *The agony of Spanish Liberalism, from Revolution to Dictatorship, 1913-1923*, London, 2010, p. 191.

pragmática. Uno de los que mejor expresó este punto de vista fue el duque de Alba. Un par de meses después del golpe, escribió una carta al embajador de España en Gran Bretaña, gran amigo suyo. Le comentaba que estaba pensando promover con varias personas la creación de un órgano que impulsara la creación de una red de carreteras y que no encontraba mejor momento que el presente:

“Como estamos ahora en periodo Dictatorial, muy a propósito para ser aprovechado en llevar a la práctica cosas buenas, hemos pensado unos cuantos formar una organización encaminada a evitar que la cuestión de construcción y entretenimiento de carreteras españolas, siga siendo un feudo de la política, y haciéndose y trazándose con arreglo al más perfecto desbarajuste y con miras personas o políticas únicamente”⁷⁷.

Al margen de las implicaciones de la propuesta de Alba, lo destacado era su punto de vista, muy en la línea de quienes veían en Primo la vía para que el país funcionara⁷⁸. Con el fin de la vieja política por fin se podían hacer cosas interesantes, parecía querer decir el duque. Sin embargo, la implicación de los Grandes en los distintos órganos de gobierno, en la Unión Patriótica o en otras instituciones de la dictadura fue muy escasa. Sin duda, fue el duque de Tetuán quien ocupó durante más tiempo un cargo de importancia en los gobiernos de Primo y el conde de los Andes quien tuvo un peso mayor en el aparato de la dictadura⁷⁹. En el caso de la Unión Patriótica, Gómez-Navarro ha señalado como los Grandes que tuvieron un puesto de relevancia (conde del Asalto, marqués de San Juan de Piedras Albas, conde de Bilbao, conde de los Andes y duque de Hornachuelos), lo fueron en una proporción mucho menor que aquellos que tomaron parte en las Cortes del régimen liberal⁸⁰. En cuanto a la

⁷⁷ *Carta del duque de Alba a Alfonso Merry del Val*, 16-XI-1923, ADA, fondo don Jacobo, c. 19. El duque seguía a continuación: “Con el fin de encauzar esto por el terreno honrado de la conveniencia general y del país únicamente, sin servir interés ninguno particular o personal, ideamos la formación de algo que podríamos llamar ‘Patronato de Carreteras’ y con el fin de inspirarnos en fuentes ordenadas y prácticas, yo te rogaría me dijeseis tú, si ello te es fácil, como funciona ahí el ‘board of works’ que entiendo sea algo similar a lo que nosotros intentamos proponer”.

⁷⁸ Esta carta parece anunciar la creación del Circuito Nacional de Firms Especiales que presidió el duque de Arión desde su creación en 1927. Antes de la aparición de este organismo, la dictadura tuvo en la mejora y ampliación de la red de carreteras uno de sus objetivos preferentes en cuanto a su plan sobre las infraestructuras del país.

⁷⁹ El duque de Tetuán fue ministro de Guerra entre julio de 1924 y marzo de 1928, tanto en el Directorio militar como en el civil. La primera vez que Andes ocupó una cartera fue en noviembre de 1928, como ministro de Economía Nacional. Antes había ocupado puestos en la Unión Patriótica. URQUIJO GOITIA, José Ramón, *Gobiernos y ministros españoles en la Edad Contemporánea*, Madrid, 2008.

⁸⁰ El conde del Asalto fue jefe provincial de U.P. en Tarragona, el marqués de San Juan de Piedras Albas, de Ávila, el duque de Hornachuelos estuvo en el comité ejecutivo nacional de U.P., el conde de Bilbao formó parte de la U.P. de Madrid, el conde de los Andes de la U.P. de Cádiz. GÓMEZ-NAVARRO, José Luis, *El régimen de Primo de Rivera*, Madrid, 1991, p. 238. El autor insistió sobre esta idea con la

Asamblea Nacional, la representación de la Grandeza fue parecida a la de la Unión Patriótica. Entre otros, allí estaban presentes como representantes del Estado el conde de los Andes, el duque de Arión, la duquesa viuda de Parcent o el marqués de Rafal, y como “representantes de la cultura, el trabajo, la producción, el comercio y otras actividades de la vida nacional”, el duque de Alba, el marqués de Foronda, la marquesa viuda de la Rambla y el conde de Vallesa de Mandor. El único representante por derecho propio fue el duque de Rubí. Tras su nombramiento como decano de la Diputación de la Grandeza a la muerte del duque de Fernán Núñez, el marqués de Santa Cruz también ocupó un asiento en la Asamblea. Aunque los números no eran muy distintos que los habituales en el Congreso, su presencia a dedo le daba un contenido completamente distinto⁸¹.

Por otro lado, algunos Grandes se opusieron al régimen de Primo con bastante firmeza, como fue el caso del duque de San Pedro de Galatino, si bien en su persona, todo estaba teñido de una especie de animadversión personal⁸². No obstante, esa oposición no fue frecuente. Ante todo se debe hablar de un recibimiento cauto, envuelto en cierto optimismo y con una escasa aceptación en los círculos habituales de la Grandeza. Es cierto que Primo tomó parte en algunas actividades que organizaban los Grandes –por ejemplo, acudió a las cacerías de Viana en Moratalla, Córdoba-. Sin embargo, su presencia en estos círculos iba de la mano del Rey. Si el Monarca no estaba presente, Primo no solía participar de la vida de sociedad de la Grandeza. Con una frase bastante acertada, el marqués de Vinent habló de que “la aristocracia madrileña tenía por el marqués de Estella los respetos que mandaba el Rey”, pudiéndose identificar esta

intención de subrayar claramente como el peso de las clientelas políticas no estuvo en los nobles terratenientes. Se trataba de un grupo social diferente.

⁸¹ *Guía Oficial de España de 1928*, Madrid, 1928. Un poco más adelante se sumaron algunos Grandes más como Infantado o el marqués de Hoyos. La presencia de la mujer en las instituciones de la dictadura y especialmente en la Asamblea eran una forma más de expresar lo que Primo denominaba como “feminismo de Estado”. BEN AMI, Shlomo, *La dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, 1984, p. 153. Algunos Grandes, de hecho, aprovecharon su presencia en la Asamblea para criticar al Gobierno. En concreto, el marqués de Santa Cruz hizo público su descontento ante la desaparición del Senado que proponía el proyecto constitucional del 29. GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, 1998, p. 107.

⁸² A parte de su oposición a la concesión de la Grandeza al conde de los Moriles, cercano a Primo, el duque se enfrentó con el alcalde de Granada en 1927, lo que acabó en una importante multa. CORRAL LÓPEZ, Antonio, *El duque de San Pedro de Galatino. Prócer de Granada*, Granada, 1980. Tusell subrayó las palabras de Natalio Rivas sobre las multas al duque, que denunció como “el atropello más importante realizado por la Dictadura”. TUSELL, Javier, *La crisis del caciquismo andaluz (1923-1931)*, Madrid, 1977, p. 215. Sin duda, Rivas exageró sobre este punto.

aristocracia madrileña con los Grandes⁸³. La vida de sociedad no lo era todo, pero decía bastante.

En algunos momentos, sin embargo, la postura de los Grandes en general fue más contraria a las políticas de la dictadura. En 1926, en la coyuntura de las reformas fiscales que Calvo Sotelo propuso desde el ministerio de Hacienda, algunos Grandes se sumaron a las críticas planteadas desde la banca y otros estamentos económicos. Su oposición fue diferente que aquellas quejas de 1916, 1919 y 1922, pues aquí no estaban en juego las tasas de los títulos. Su intención era la de velar por sus grandes propiedades, manteniendo el régimen impositivo que más les convenía⁸⁴. La reforma de Calvo no salió adelante en lo que él mismo consideró como una campaña contra su persona. A parte de esta medida concreta y de la participación de Weyler –duque de Rubí- y Romanones en el levantamiento de 1926, no hubo una oposición generalizada contra Primo. En este sentido, tampoco hubo una postura generalizada a la hora de oponerse a la institucionalización del régimen.

En este sentido, el duque de Alba fue objeto de muchas miradas. Para algunos testigos del momento, el duque influyó a la hora de promover la sustitución de Primo⁸⁵. Desde muy pronto, algunos círculos de opositores al régimen habían buscado su apoyo ante algunas de las medidas represivas de la dictadura, como ocurrió con algunos manifestos contra la censura⁸⁶. A parte de estas peticiones y de su participación en las quejas contra las medidas de Calvo Sotelo, fue en 1929 cuando su figura adquirió cierto relieve político. Tras la muerte de la reina María Cristina, su nombre apareció

⁸³ HOYOS Y VINENT, Antonio de, *El Primer Estado (Actuación de la aristocracia antes de la Revolución, en la Revolución y después de ella)*, Madrid, 1931, p.225. Hoyos afirmó al mismo tiempo que la aristocracia provinciana tuvo para el Rey los respetos que mandaba Primo de Rivera. Esta segunda afirmación es más discutible, si bien insistía de otra forma en la idea de que las clientelas de Primo tuvieron otro origen que las de la España del fin del régimen liberal.

⁸⁴ BEN AMI, Shlomo, *La dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, 1984, p. 213. Una de las medidas que Calvo planteaba se refería a la declaración de bienes, con amenaza de expropiación en caso de ocultamiento.

⁸⁵ Así lo pensaba Eulalia de Borbón, gran partidaria de la aparición de un Mussolini en la política española, si bien consideraba que aún no había aparecido. Para ella, Alba era un equivocado, “quiere llevar a España un liberalismo a la inglesa que está reñido con nuestra tradición política, con nuestro modo de ser y hasta con la mentalidad hispánica. Detrás de él, sin que lo sepan en el Palacio de Liria, están los viejos políticos, las camarillas y los caciques”, BORBÓN, Eulalia de, *Memorias*, Barcelona, 1935, p. 273.

⁸⁶ El conde de Vallellano escribió al duque en junio de 1924 para que se adhiriera a un manifiesto contra la censura de prensa. Dicho manifiesto tenía ya la firma –todo según Vallellano- de Urgoiti, Pedro Sáinz, Eduardo Gómez de Baquero, Luis Jiménez de Asúa, Ángel Ossorio, Luis de Zulueta, Marañón, Ortega y Gasset, José G. Álvarez Ude, Gabriel Maura, Gustavo Pittaluga, Francisco Grandmontagne y Wenceslao Roces. El conde le decía que agradecería mucho su firma “sin perjuicio de que la más alta autoridad le requiera”. *Carta del conde de Vallellano al duque de Alba*, 18-VI-1924, ADA, fondo don Jacobo, c.13. No hay constancia de una respuesta del duque.

insistentemente en la prensa internacional como el sustituto de Primo. Todo comenzó a partir de la noticia publicada por el corresponsal del *Daily Mail*, que pronto tuvo eco en la prensa francesa, italiana e, incluso, rusa⁸⁷. Primo desmintió los rumores que probablemente no pasaron de eso, al menos por el momento.

El final de la dictadura de Primo poco se debió al papel que ejercieron los Grandes, por mucho que se quisiera ver en ellos ciertas presiones sobre el Rey. Su postura fue más bien la de espectadores. Algo antes de la dimisión de Primo, el duque de San Pedro vio muy cercano el final del gobierno. Aunque su punto de vista había sido bastante beligerante –y lo seguía siendo según sus palabras–, su análisis de la situación que había cogido Primo y la que dejaba era muy representativa del punto de vista de un sector amplio de los monárquicos. Para el duque,

“Muy grave era la situación hace seis años con los pistoleros de Barcelona y muy graves eran en las Cámaras ocho o diez diputados republicanos y socialistas que nos traían de cabeza.

Dios quiera que después de seis años de sufrir una administración de locos en lo político y en lo económico no tengamos una situación muchísimo más difícil para los que como yo han nacido monárquicos y no pueden morir más que como monárquicos.

Y no digo esto por los cariños que yo pueda tener, sino porque tengo la creencia de que no puede haber orden en este país sin Monarquía, si esta lección para el Rey no ha sido suficiente, y le haga comprender que hay que saber elegir a los hombres a quien él entrega el Gobierno y la Administración del País”⁸⁸.

A pesar de lo que el duque opinara sobre el gobierno de Primo, lo cierto es que poco había hecho la Grandeza por influir de alguna forma en su devenir a favor o en su contra.

⁸⁷ Los recortes de prensa se conservan todos en el archivo del duque. ADA, fondo don Jacobo, c.13. En la misma carpeta se conservan varios números de *Hojas Libres*, con fecha de 1927. Este era el folleto furibundamente anti-dictadura escrito por Eduardo Gasset y Unamuno en París. Sin tener mayor trascendencia –nunca intervino en él–, el duque conocía este tipo de críticas contra el dictador. Desde 1928, los rumores sobre la marcha de Primo fueron frecuentes y no fue extraño que Alba protagonizara alguno. BEN AMI, Shlomo, *La dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, 1984, p. 246. Por su parte, Tuñón aseguró que en una cacería en noviembre de 1929 el duque de Alba fue elegido como sustituto de Primo. TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Historia y realidad del poder*, Madrid, 1967, p. 125.

⁸⁸ El duque escribía estas palabras a Miguel Rodríguez Acosta el último día de 1929. Su postura hacia Primo y su entorno seguía siendo bastante clara: “el Consejo de Ministros de esta noche, último día del año, ha sido definitivo y las ratas han salido corriendo porque el barco se hunde”. CORRAL LÓPEZ, Antonio, *El duque de San Pedro de Galatino. Prócer de Granada*, Granada, 1980, p. 188-9.

Al caer Primo, el gobierno Berenguer contó con la participación del duque de Alba y el marqués de Guad el-Jelú. Se trataba del gobierno que, supuestamente, devolvería la situación a la normalidad constitucional –*normalización* era la palabra de moda-. Por una parte, esta aparición podía estar relacionada con los manejos atribuidos al duque. La presencia de Grandes –y, en general, de nobles- en los dos últimos gobiernos de la monarquía ha sido interpretada como una demostración de la incapacidad de la monarquía para establecer un régimen realmente democrático, una constatación de las alianzas entre las fuerzas que ostentaban el poder y que no querían entregarlo de ninguna manera⁸⁹. Sin embargo, la aparición tan repentina de un hombre como el duque de Alba –siempre cerca, siempre en la sombra- y del marqués de Guad el-Jelú –poco más que un técnico⁹⁰-, transmite ante todo que su presencia fue un recurso de último hora. Pabón habló de que el nombre de Alba en la cartera de Instrucción Pública fue una improvisación de Primo, aceptada por el duque en su intención de que el sustituto de Primo fuera Cambó⁹¹. A ese tono “improvisatorio” respondería el rápido cambio de cartera a Estado, apenas veinte días después de su nombramiento⁹². Fuera Alba una solución prevista o más bien repentina, tanto él como el marqués de Guad el-Jelú suponían algo completamente distinto de lo que se estaba pidiendo desde muchos sectores de la sociedad española. Por otra parte, es cierto que respondían a un perfil alejado de los partidos, algo que el Monarca procuró transmitir con su elección. Su nombramiento fue poco más que una anécdota, un añadido insignificante al concepto negativo que muchos tuvieron sobre la elección de Berenguer.

En esta situación tan convulsa se produjo una respuesta por parte de la Grandeza. El marqués de Santa Cruz, decano de la Diputación, participó en un mitin de

⁸⁹ "La nobleza se encontraba al final del largo periodo de la restauración monárquica en la cúspide del poder y en el plano inclinado del anacronismo y el aislamiento de las bases sociales del país a que le habían llevado tanto el absentismo como sus proverbiales carencias ante la innovación y el progreso tecnológico de la era contemporánea", MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel, *La burguesía conservadora (1874-1931)*, Madrid, 1973, p. 245.

⁹⁰ El marqués había heredado el título a la muerte de su hermano Gonzalo. No estaba vinculado al Ejército como su hermano y su familia. Fue jefe de sección de la Dirección General de legislación y acción social del Ministerio de Trabajo. También formó parte del Consejo Superior de protección de la infancia y supresión de la mendicidad. Todo un técnico. *Guía Oficial de España de 1922*, Madrid, 1922.

⁹¹ PABÓN, Jesús, *Cambó*, Barcelona, 1999, p. 1048-52. Según Pabón la respuesta del duque volvía a retomar los planteamientos históricos de la misión de los Grandes: "Son cientos de años de una conducta, que no puedo interrumpir". Pabón citó como fuente conversaciones con el propio duque. Según Berenguer, la elección de Alba se debió a sus conexiones en el ambiente intelectual, imprescindibles para acabar con el problema estudiantil, BERENGUER, Dámaso, *De la Dictadura a la República*, Madrid, 1946, p. 41.

⁹² Berenguer aseguraba que el paso de Alba a Estado se debió a su éxito en la pacificación del ambiente universitario. BERENGUER, Dámaso, *De la Dictadura a la República*, Madrid, 1946, p. 92.

“afirmación monárquica” celebrado en el mes de abril. Lo convocaba la *Revista Diplomática* y fue seguido con detalle por *ABC*. Antes de que llegara el turno al marqués intervino un “representante de los obreros”. Después de él, habló el conde de Bugallal, dando voz a la clase política. Santa Cruz participaba en nombre de la nobleza. La plaza se encontraba llena a rebosar –casi 30.000 personas-, había conexiones con distintos lugares a través de cables telefónicos, se lanzaron octavillas desde una avioneta: el contexto era muy distinto del que unos años antes había presenciado las propuestas del duque del Infantado. Desde un primer momento el marqués se presentó como portavoz de la nobleza, algo nada habitual tanto por lo escaso de los mítines en los que participaba la nobleza, como por los momentos en que alguien había manifestado representar a los nobles. Una vez subido a la tribuna, enseguida procuró refrescar la memoria de los oyentes que aún deberían recordar “la historia de un próximo pasado de ensayos dolorosos”. El miedo, igual que en 1918, era un recurso al que se acudía sin problema, se trataba de un argumento político como cualquier otro. Desde su punto de vista, a esas alturas no cabían muchas posibilidades y llegaba el momento de dar ejemplo:

"La nobleza española ha venido a decir aquí que los monárquicos españoles están dispuestos a cumplir con su deber, para que cesen de una vez equívocos y alarmas, que sólo conducen a la ruina de los pueblos. El servicio de la Patria no consiente, en las actuales circunstancias, abandonos ni indiferencias, y la nobleza española está resuelta a dar ejemplo"⁹³.

Su manifestación volvía a contener una defensa sin fisuras de la Monarquía. El marqués, como se ha visto, había ocupado un escaño en el Congreso durante unos cuantos años, al igual que el duque del Infantado, pero daba la impresión de que se iba a mojar más que éste. Sin embargo, su voz no se volvió a oír en la arena política (nunca mejor dicho) hasta la reunión anual de la Grandeza. Entre estos acontecimientos transcurrieron ocho meses que estuvieron cargados de acontecimientos, pero en los que no se oyó la voz de los Grandes. Ese diciembre, como todos los años, la Diputación celebró su reunión y el marqués quiso recoger su participación en aquel mitin en la memoria sometida a aprobación general:

“Creímos que los grandes de España no podían mostrarse agenos (sic) a una forma de expresar el modo de sentir de España que era natural se exteriorizase por

⁹³ *ABC*, 22-IV-1930.

medios proporcionados a las campañas encaminadas abiertamente a difundir equívocos y atribuir a los demás el pensamiento propio explotando la pasividad de unos y las aficiones de la baja crítica de otros”⁹⁴.

Después, el marqués aludía a lo bien organizado del mitin y el éxito de participación que tuvo. Santa Cruz añadía a esto que su intervención tuvo un valor añadido: la satisfacción del deber cumplido. En esas líneas también hacía patente su enhorabuena por el nombramiento de dos miembros de la Grandeza como ministros del Gobierno. Sin embargo, entre su intervención en abril y ese diciembre no se produjeron nuevas apariciones del mismo tipo o en un sentido más político si cabe. Al fin y al cabo, tampoco el año anterior, en el que tanto se elucubraba acerca del fin del gobierno de Primo –y con Santa Cruz también al frente de la Diputación-, se había producido ningún tipo de declaración ni toma de postura de la Grandeza⁹⁵. Por otra parte, la aparición de Santa Cruz no dejaba de ser una entre varias de un mitin organizado por una revista muy secundaria. Cualquier comparación con la actividad desplegada por los elementos partidarios de la república relativizaba aquella llamada de Santa Cruz a la unión de los monárquicos.

A pesar de los cargos ocupados en los ministerios hasta el último momento –el marqués de Hoyos fue ministro de Gobernación en el gabinete Aznar- o de lo que pudiera sugerir una aparición como la del decano de la Grandeza en un mitin ante 30.000 personas, el papel de los Grandes en política fue secundario hasta el final. En el caso de sus puestos en los ministerios, la fidelidad al Rey –más que la convicción o un proyecto- fue la explicación última. Su lealtad era un respuesta a una petición del propio Monarca, no tanto un compromiso con su visión de la monarquía que no supieron articular en el contexto de los años veinte más allá de su lealtad a la Corona. La participación de la Grandeza como grupo en política tuvo en el papel del marqués de Santa Cruz un ejemplo muy revelador: su propuesta fue muy genérica, su constancia a lo largo de esos meses, escasa. Antes de que se produjera ya llamaba la atención pues no era algo habitual. No deja de ser significativo que una de las candidaturas más cercanas

⁹⁴ *Memoria de la Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España, año 1930*. ADA, fondo don Jacobo, nº 5. La memoria llevaba por fecha el 12 de diciembre y la reunión tuvo lugar el 24 de ese mismo mes.

⁹⁵ En la memoria de ese 1929, solamente había una mención al Gobierno y era para manifestar que se había elevado a su consideración un proyecto sobre precedencias pero que entendían que: “no eran discretos ni oportunos mayores apremios al Gobierno, cuya labor absorben a diario perentorios problemas, y sucesos de gran importancia ocurridos en esos meses”. *Memoria de la Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España, año 1929*. ADA, fondo don Jacobo, nº 5.

al pensamiento de la Grandeza en las elecciones de abril, la Unión Monárquica Nacional, no llevara ni un solo candidato de la clase⁹⁶. Aunque la confusión no sólo era algo que les definiera a ellos en estos momentos, su forma de participar en política fue de las primeras en desaparecer ante el advenimiento de una política de masas. Lo interesante es que la misma dictadura de Primo colaboró a cortar de alguna forma la continuidad, quizá poco activa pero real, que los Grandes habían tenido en las instituciones parlamentarias. Aquel equilibrio entre la participación y el retraimiento del fin del régimen liberal ya fue barrido entonces en la dictadura. Esto no se produjo tanto por un cambio de actitud por parte de los Grandes, quienes siguieron demostrando su proverbial equilibrismo en su mezcla de aprobación y desapego hacia Primo. Sin embargo, la dictadura y la connivencia del Rey hacia ésta acabaron reduciendo los apoyos generales al régimen monárquico y, de paso, confundieron a muchos de sus partidarios. Los casi siete años transcurridos no introdujeron novedades asombrosas en el compromiso político de la Grandeza. La clave estuvo en que la sociedad sí que experimentó grandes transformaciones en su compromiso político. Los Grandes no dejaron de apoyar al Monarca sin embargo, seguro, la situación de abril les superó por completo.

Su definitiva desaparición de la política se puede contrastar y apreciar en profundidad estudiando la postura que la Grandeza sostuvo ante los ennoblecimientos durante esa década de los veinte, su papel menguante –hasta cierto punto– en la prensa de sociedad y, por último, su participación en las ceremonias de Palacio.

⁹⁶ AHN, fondo Leopoldo Matos, Pos. 6406, caja 3109. Sin embargo, algunos Grandes habían estado presentes en su fundación, en especial el marqués de Quintanar que iría cobrando una trascendencia política cada vez mayor. Sin embargo, la Unión fue un proyecto con muy poca cohesión. Vid. GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, 1998, p. 116.

TERCERA PARTE.

Capítulo 6. LA ESTRATEGIA FRACASADA: Grandes y ennoblecimientos 1921-1931.

El análisis económico y político sobre los Grandes conducía de una forma casi ‘inevitable’ hasta 1931. Aunque en estos ámbitos también hubo un cambio en los años veinte –aquel más frecuente involucrarse en empresas y la actitud ante la dictadura de Primo-, la división era menos palpable. Sin embargo, en las problemáticas sobre los nuevos títulos, la vida de sociedad y la imagen de la Grandeza, los años 1920 y 1921 fueron fechas clave. Quizá no supusieron un punto y aparte con respecto a la situación anterior, pero sí plantearon una serie de nuevos desafíos para los Grandes. Afrontarlos o ignorarlos, cualquier reacción tendría consecuencias. Si 1931 aparece como una fecha inexorable, como un final conocido, el estudio durante los veinte de los aspectos ya incoados en la primera parte aporta matices que hacen mucho menos trágico el final. Hablar de economía y política podía transmitir una visión de constante desplazamiento. Aunque se ha procurado insistir en el equilibrio que quisieron prolongar, los temas que se abordarán a partir de ahora perfilan ese desplazamiento haciéndolo menos lineal. Ante todo, demuestran como la decadencia de la Grandeza tuvo muchas idas y vueltas y supone un interesante ejemplo sobre los procesos de cambio social en las elites de esta época.

De lado

Desde aquella última petición de la Diputación de la Grandeza en 1920 las cosas cambiaron en los procesos de ennoblecimiento. La postura defendida por los Grandes y la línea mantenida por el Rey y su entorno parecían ser irreconciliables en la práctica. El desarrollo de las concesiones posteriores así lo confirmó. Poco después de aquella última propuesta de la Grandeza y de la contestación que le siguió, la aparición de dictámenes relacionados con la concesión de títulos se convirtió en una excepción. De hecho, esto no supuso un cambio en el Real Decreto de 1912 sobre concesiones y rehabilitaciones de títulos, pero en la práctica no se volvió a recurrir a esos dictámenes de los Grandes para las concesiones. Como ya se venía haciendo, la solución estuvo en que estas concesiones fueran otorgadas siguiendo la posibilidad planteada en aquel “acuerdo del Consejo de Ministros” que recogía el artículo 1º de dicho decreto. La opción prevista en el artículo 2º sobre la incoación de expediente con los dictámenes de distintas instancias quedó en el olvido.

Algunos de los títulos que se concedieron en la segunda mitad de 1920 así lo demuestran. El marquesado de Mac Mahon a Pedro Mac Mahon fue una concesión que

se puede situar entre aquellas que la Diputación no contemplaba apropiadas. Sus méritos eran de un evidente perfil económico. También su destacada posición en Vizcaya tenía importantes connotaciones políticas. Sin embargo, el acuerdo del Consejo de Ministros recogido en el Real Decreto de concesión hizo innecesaria la intervención de la Diputación de la Grandeza¹. Un caso similar fue el de la concesión de otro título para Alberto Aznar, también destacado industrial vasco. En este caso, la concesión se firmó en octubre y la fórmula fue la misma, “de acuerdo con mi Consejo de Ministros”².

El análisis de estas concesiones y de otras otorgadas durante 1921 plantea una cuestión importante. Ante la negativa a la Diputación a que ejerciera de juez en las concesiones de títulos, desde Palacio se comenzó a recurrir a una serie de personas que sirvieran de filtro a la hora de acreditar si los aspirantes merecían el título. La clave estuvo en que ese adecuarse a ciertas pautas que se pedía implícitamente, ya no tenía en cuenta el carácter histórico y la dimensión nacional, elementos principales del juicio de la Diputación en sus dictámenes. Este giro, aunque ya se había dado antes y los Grandes lo habían denunciado, tuvo sus implicaciones en los ennoblecimientos que se empezaron a dar por entonces.

Una de estas consecuencias indeseadas fue la inoportunidad –en todos los sentidos- de algunas de las concesiones. El mencionado marquesado de Mac Mahon representó una de estas concesiones “incómodas”. Enrique Ocharán, financiero de renombre, fue quien incoó esta petición ante Emilio de Torres. El título estaba muy avanzado tras unos donativos que había realizado al Hospital Obrero de París, cuando hubo quien hizo llegar a Palacio informaciones de que el tal Mac Mahon era un “separatista vizcaitarra”. Torres pidió explicaciones a Ocharán que defendió a su hombre a capa y espada. Visitas a Maura para que tomara partido a su favor como referencia de peso, cartas a Torres, más donativos: toda una estrategia para demostrar que el candidato era válido³. Finalmente, una visita a Palacio y una declaración explícita

¹ El Real Decreto de concesión es de 5 de julio de 1920. vid. Marquesado de Mac Mahon, AGMJ, leg. 117-2, exp. 1074. Este título se encuentra a caballo entre estas dos fases pues se inició antes del escrito de la Diputación pero se firmó un poco más tarde.

² Marquesado de Zuya, AGMJ, leg. 125-1, exp. 1128.

³ Muy interesante la carta de Mac Mahón a Torres defendiéndose de las acusaciones. Entre otras cosas decía: “Si se tratase sólo de mí, podría luchar. ¿Y mi familia? Y mi apellido por cuya sola conservación, pedí el título, ¿cómo queda? Hoy recibo carta de mi mujer y mis hijas que están en Andalucía en las que expresan su satisfacción por las felicitaciones y atenciones que continuamente reciben por este acontecimiento. Aún no saben que este júbilo y este noble orgullo, pretenden mis enemigos trocarlo por la mayor humillación y mi mujer puede pasar de Marquesa de Mac Mahón a mujer de separatista”, *carta*

de su adhesión a la Monarquía publicada por la prensa sirvieron para confirmar el juicio positivo que inicialmente se habían formado en Palacio.

Otro título bastante problemático fue el que se concedió el año siguiente a Luis Martí Olivares. En este caso, el aspirante era catalán y lo presentaron el marqués de san Román de Ayala y el “Sr. Fabié”. En distintos momentos, ambos habían escrito a Torres contándole el donativo que Martí hizo a favor del *Diario de Barcelona* y que permitió a este periódico monárquico salir adelante. En las cartas se hacían sutiles indicaciones sobre la conveniencia de otorgar el título en tal o cual fecha, ya que el interesado así lo había sugerido. El problema estuvo en que el Rey había decidido no conceder títulos mientras no mejoraran las cosas en África⁴. La situación se tensó definitivamente ya que Martí hizo saber que iba a retirar el donativo realizado ante el retraso en la concesión. Torres no salía de su asombro y su respuesta no quiso ocultar en ningún momento un malestar más que evidente:

“no se puede justificar en absoluto la actitud en que se ha colocado el Señor Martí Olivares, pues cuando se espera recibir un galardón o premio, no es el mejor camino para inclinar el Real ánimo el manifestar impaciencias y desconfianzas desprovistas de todo fundamento”⁵.

A pesar de todo, las gestiones de Torres no iban en la línea de negar la concesión del título y poco después se firmó el correspondiente Real Decreto. Las quejas del secretario del Rey tuvieron cierto efecto ya que el interesado escribió más de una vez lamentando lo que, para él, había sido un malentendido. Su principal temor era que le hubieran engañado ofreciéndole un título gente sin influencia en Palacio⁶. Tanto por las características de los aspirantes como por las circunstancias que envolvieron estas concesiones, es fácil entender que la Diputación se seguiría oponiendo a este perfil de concesiones. Sin embargo, su dictamen no aparecía por ninguna parte.

En el expediente del marquesado de Rebalso, se encuentra una anotación interesante. A lápiz, quizá escrito por el duque de Miranda –quien también trabajaba

de Pedro Mac Mahón a Emilio María de Torres, 28 de marzo de 1920, Marquesado de Mac Mahon, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/14.

⁴ En uno de los intercambios de correspondencia Torres le dice al llamado Sr. Fabié: “en las presentes circunstancias, el Augusto Soberano, embargado el ánimo con las preocupaciones del momento, tiene suspendidos este género de asuntos”, *nota de Emilio María de Torres*, s.f., marquesado de Rebalso, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/21.

⁵ *Carta de Emilio María de Torres al Sr. Fabié*, 10-X-1921, marquesado de Rebalso, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/21.

⁶ *Carta de Luis Martí Olivares a Emilio María de Torres*, 20-X-1921, marquesado de Rebalso, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/21.

junto al Rey-, se lee “que el asunto del *Diario de Barcelona* es un vivero de Títulos y no es posible acceder con tanta facilidad a otorgar una gracia a perpetuidad. Que más adelante en todo caso se le podría proponer para una condecoración”⁷. Sobre un aspecto concreto como los donativos a aquel periódico catalán, el juicio que se estaba formando en Palacio parecía muy cercano al que la Diputación mantuvo durante aquellas exposiciones de 1914, 1915 y 1920: limitar las concesiones de títulos, acudiendo con más frecuencia a las medallas. En esta ocasión, fueron el propio Rey y su entorno quienes hicieron suya aquella argumentación, más favorable a la limitación de las concesiones. A pesar de la apropiación del argumento, fue evidente que preferían hacerlo suyo a verse limitados por el dictamen de la Grandeza. Incluso, ante una presión grande por parte de los interesados, eran capaces de ceder aunque lo hicieran a disgusto. Al menos exigían una sumisión última por parte del principal beneficiado.

Un título como el marquesado de Rebalse da la impresión de subrayar la idea de que los ennoblecimientos se estaban convirtiendo en una simple cuestión de precio. La eliminación de instancias como la Diputación así parecían atestiguarlo. No obstante, ni siquiera en estos momentos se puede hablar de los títulos como un tema simplemente económico. Exactamente en las mismas fechas que Martí Olivares, otra petición llegó a Palacio. Era la de José Balet y Crous quien, hacía ya un año, había sido propuesto por el pueblo de Castellet como merecedor de un título por sus “continuos desvelos”. El 9 de noviembre escribió a Torres indignado por lo que entendía como una discriminación: “porque a buen seguro, de apoyar su señoría aquella petición, se hubiera ya satisfactoriamente resuelto el expediente, como acaba de suceder rápidamente con el de mi amigo en caso similar, Marqués de Rebalse”⁸. Balet percibió claramente la diferencia entre su petición y la de su “amigo”, pero Torres procuró insistir en que el rasero era el mismo para todos, a la vez que ponía en su sitio al peticionario: “por lo demás, advertir a V. que la concesión de títulos se restringe cada vez más y sólo se otorgan por méritos y servicios comprobados”⁹. El enfado o las expectativas defraudadas llevaron a Balet a no morderse la lengua, contestando al secretario a vuelta de correo con una respuesta, como poco, atrevida: “la concesión de Títulos no lo dudo

⁷ Nota manuscrita, s.f., marquesado de Rebalse, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/21. Parece que donativos al *Diario de Barcelona* también fueron el motivo de la concesión a Eusebio López y Díaz de Quijano del marquesado de Lamadrid, marquesado de Lamadrid, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/1.

⁸ Carta de José Balet y Crous a Emilio María de Torres, 9-XI-1921, marquesado de Castellet, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12433/34.

⁹ Carta de Emilio María de Torres a José Balet y Crous, 15-XI-1921, marquesado de Castellet, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12433/34.

será restringida, pero así y todo acaban de otorgar a mi querido amigo Martí Olivares el Marquesado de Rebalso, sólo por méritos de escaso valor”¹⁰.

Como se puede observar, el dinero no era lo único que contaba a la hora de conseguir un título nobiliario. Aunque los méritos y circunstancias de la petición de Balet le hubieran podido llevar a un título en otros momentos, en la coyuntura de 1921 no fueron suficientes. Las restricciones que él se encontró estuvieron presentes en el expediente de Martí Olivares, pero se vencieron con una buena dosis de insistencia. Más que con restricciones, Mac Mahon se topó con precauciones desde Palacio. Sin embargo, la clave en estos casos –tanto en los que concluyeron positivamente como en el que tuvo respuesta negativa- ni fue el dinero, ni tampoco la constancia. El factor decisivo fue la existencia o no de personas que hicieran de intercesores ante el Rey, en concreto, ante Torres. Mac Mahon llegó de la mano de Enrique Ocharán: él propuso la concesión del título y siguió muy de cerca la gestión del aspirante para limpiar su fama. Varias cartas de dicho expediente eran suyas, dirigidas a Torres con el objeto de esclarecer el asunto o consultar cuál debía ser el paso siguiente a dar. Martí Olivares, a parte de su perseverancia, se encontraba respaldado – y suavizado en ocasiones- por personas que debían tener cierta entrada en Palacio y que consiguieron que salvara una papeleta bastante complicada. Balet estaba solo. En su pretensión inicial fue apoyado por el municipio que iba a dar nombre a su título y, además, por alguna personalidad catalana bastante destacada¹¹. Sin embargo, en sus quejas de noviembre la iniciativa fue única y exclusivamente suya. Su soledad, más que cierta falta de respeto, fue lo que condujo a la negativa.

En 1921 se concedieron algunos títulos que siguieron esa ley no escrita que convertía en imprescindible una buena carta de presentación para acceder a un título. Y no valía sólo con presentar, también daba la impresión de que había que implicarse. Las concesiones del condado de los Moriles o el condado de Guadalhorce¹² respondieron a un esquema parecido al de Mac Mahon y Rebalso. No se omitían los méritos de muy diverso tipo, tampoco las donaciones, pero la aparición de apoyos señalados daba la impresión de ser lo que inclinaba la balanza. En el primer caso procedieron del coronel

¹⁰ *Carta de José Balet y Crous a Emilio María de Torres*, 17-XI-1921, marquesado de Castellet, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12433/34.

¹¹ Era el caso del conde de Figols, José de Caralt, que firmó la instancia en la que se pedía el marquesado de Castellet para Balet. Vid. *Instancia del municipio de Castellet a Emilio María de Torres*, mayo 1920, marquesado de Castellet, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12433/34.

¹² Condado de los Moriles, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/58; condado de Guadalhorce, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12438/23.

Saro y de Emilio Gamir. En el segundo, de Juan De La Cierva. Por lo tanto, el proceso de concesión de un título se había definido con independencia de los dictámenes, es decir, de la intervención de la Diputación. La prerrogativa regia estaba ahora menos condicionada por los juicios de instancias oficiales y elegía a los titulados basándose en su interés.

Quizá hasta 1924 no se pueda hablar de reacción de algún tipo por parte de la Grandeza. Los títulos concedidos durante 1922, 1923 y 1924 siguieron pautas similares a las del año 1921 que, como ya se ha apuntado, se habían ido anunciando con anterioridad. La desaparición del juicio de la Diputación fue algo más evidente con el paso de los años, mientras que desde Palacio se acudía a personas de confianza que corroboraran la idea que se tenía del aspirante. A veces estas personas podían estar relacionadas con algunas familias con Grandeza, si bien no pareció algo común. Este fue el caso del condado de Barbate, recomendado por un hijo del duque de la Seo de Urgel en diciembre de 1922. También la condesa de Gavia intervino en la concesión del marquesado de Mesada exactamente en las mismas fechas¹³. Sin embargo, su aparición no aportaba ninguna diferencia con respecto a otros “recomendantes”: su sensibilidad hacia el modelo de nobleza propugnado desde la Diputación pareció escasa. En otras ocasiones, la iniciativa del Rey quedó muy clara, independientemente de que hubiera otras personas interesadas. Esto ocurrió con la concesión del marquesado de Cabanes a José Garriga-Nogués. Aunque la iniciativa partió de Dato tras un viaje del Rey a Barcelona en 1920, fue Torres quien recuperó esta gestión a finales de 1921. La rapidez con que se realizaron todas las gestiones –el expediente se incoó el 15 de diciembre y el 24 el interesado ya agradeció el decreto- también fue una muestra más del interés del Rey¹⁴.

Los títulos que se concedían, por tanto, seguían una pauta al margen de la Grandeza sin consecuencia aparente. No obstante, este proceso estaba cambiando la idea de nobleza que se tenía en esos momentos. Obviamente los números influían mucho en este aspecto, pero la tendencia a la patrimonialización de las concesiones por parte del Rey actuaba más directamente en este sentido. Un caso significativo fue el de Jaime Quiroga. En su petición jugó claramente la baza de la cercanía con el Monarca,

¹³ Condado de Barbate, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12438/17; marquesado de Mesada, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/30.

¹⁴ *Cartas de Emilio María de Torres a Antonio Maura, José Francos Rodríguez y Severiano Martínez Anido*, 15-XII-1921 y *carta de José Garriga-Nogués a Emilio María de Torres*, 24-XII-1921, marquesado de Cabanes, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12433/1.

pero no le funcionó. Lo interesante estuvo en que, en su insistencia, dejó entrever como la nobleza era una posición que ya no saciaba a algunos. Quiroga era hijo de Emilia Pardo Bazán. A ella se le había otorgado el título de condesa de Pardo Bazán en 1908, hecho que agradeció profundamente. Además para ella tenía una especial importancia ya que

“Avalora, augusto Señor, la regia merced, su significación de alta recompensa a la tarea intelectual realizada por una persona de mi sexo. En mi ya larga carrera literaria he podido, Señor, comprobar los obstáculos y dificultades que se alzan al paso de la mujer, donde quiera, y quizás más especialmente en nuestro país, cuando cediendo a firme vocación sigue el camino del estudio y de la creación artística y con ser mayor el esfuerzo que una mujer necesita desplegar, es muy menor y muy regateado el premio al que aspira, por lo cual la noble resolución de V.M. en este caso reviste carácter de reparación y ejemplo, que si pudiese errar por exceso de indulgencia hacia mí, siempre acertaría en el propósito de alentar el trabajo intelectual de la mujer, en la patria de las Doctoras de Alcalá y de Santa Teresa de Jesús”¹⁵.

Aunque su condición de mujer y el valor que ella misma otorgaba a este hecho le dieran un carácter singular, un agradecimiento como éste respondía a una visión ejemplarizante de la nobleza que casaba con lo que la Diputación defendió especialmente entre 1914 y 1920. Poco después de fallecer doña Emilia, su hijo promovió que, a título póstumo, se le concediera a su madre la Grandeza de España. En primer lugar, Quiroga escribió a Palacio comentando que gentes muy variadas le habían animado a solicitar esa Grandeza pero que a él le daba cierta vergüenza¹⁶. Torres le contestó poco después comentando que le había entregado su petición al Rey. Nada más recibir aquella respuesta del secretario regio, Quiroga escribió una nueva misiva dándole a Torres todo tipo de detalles sobre los apoyos que había recibido. Mencionaba dos muy conscientemente: el nuncio, cardenal Ragonesi, y Juan Vázquez de Mella. Sin solución de continuidad, Quiroga asociaba rápidamente la gestión de su Grandeza con un acercamiento de Mella, el político tradicionalista, a posiciones monárquicas:

“mueve un sector de opinión española considerable, formado por hombres de bien a carta cabal. En estas condiciones, la incorporación de Mella a las huestes del Rey

¹⁵ *Carta de Emilia Pardo Bazán a Alfonso XIII*, 21-V-1908, condado de Pardo Bazán, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/19.

¹⁶ *Carta de Jaime Quiroga a Emilio María de Torres*, 6-VI-1921, conde de Pardo Bazán, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/19. En esta carta afirmaba que no era una iniciativa suya en su inicio pero, por como transcurrió la gestión, esto genera bastante dudas.

será un gran triunfo. Yo, que le conozco muy a fondo (...) no ceso de ponerle chinitas en su camino, esperando el momento de sustituirlas con una piedra que le haga dar tal tropezón que le permita caer de cabeza en plena Plaza de Oriente. Pues bien, puedo asegurarte que esta es la primera vez que Juan Mella se dirige al trono con una súplica. Puedes suponer lo que ello me halaga y el valor que atribuyo a este acto para lo sucesivo”¹⁷.

Quiroga tenía muy claro que debía jugar sus opciones y que esgrimir este tipo de réditos políticos era una de sus mejores bazas.

Sin una respuesta directa que lo motivara, el aspirante volvió a la carga pocos días después. Él sí tenía sus razones. Comenzaba su nueva carta insistiendo en la unanimidad y variedad de los elementos que solicitaban la concesión de dicha Grandeza. Ahora abría el abanico, sin centrarse especialmente en ningún recomendante¹⁸. Justo después añadía aquello que realmente le había movido a escribir de nuevo a Torres. Se había enterado de que el Consejo de Ministros había deliberado sobre su petición. Unos habían opinado una cosa y otros, otra, pero alguien propuso con bastante éxito que se podría conceder un título sin necesidad de que fuera una Grandeza. Esto no le gustaba nada. Su razonamiento era muy explícito en los motivos que le hacían sentirse defraudado: “un título más no me saca del lugar donde al Rey plugo ya colocarme”. Para Quiroga, acceder a la Grandeza de España tenía un contenido simbólico, de prestigio social más que evidente y lo dejaba claro:

“la Grandeza (...), si, sobre su insigne calidad, tiene para mí el supremo interés de realizar mi sueño dorado: el de acercarme a la Real Persona, el de permitirme frecuentarla; ahora, yendo en audiencia, sé de sobra que sólo voy a molestar, utilizando los privilegios que el Rey y sus gloriosos antecesores concedieron a los Grandes, ya es otra cosa”.

¹⁷ *Carta de Emilio María de Torres a Jaime Quiroga*, 8-VI-1921, y *Carta de Jaime Quiroga a Emilio María de Torres*, 8-VI-1921, condado de Pardo Bazán, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/19.

¹⁸ “Sólo te añadiré que, por noticias que de todas partes hasta mí llegan, ello constituye hoy una aspiración unánime y entusiasta. Las Diputaciones provinciales, los Municipios, la Universidad de Santiago, los centros, las entidades, todo bicho viviente en una palabra, caen sobre Allendesalazar expresando lo grato que sería a aquel antiguo Reino el que S.M. le dignase prestar benévola acogida a sus deseos”, *primera carta de Jaime Quiroga a Emilio María de Torres*, 14-VI-1921, condado de Pardo Bazán, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/19.

Por último, insistía en la importancia que suponía para Galicia una concesión de este tipo. También procuraba justificar ante Torres su petición de ayuda, afirmando que no se veía capacitado para acudir al Rey con estos argumentos¹⁹.

Algo debió pasar aquel 14 de junio porque, con esa misma fecha –quizá por la tarde-, Quiroga volvió a dirigirse a Torres. El tono de esta segunda carta tenía algo de derrotado, de último intento. En esta carta incluía otra carta más, dirigida esta vez al Rey, para que Torres se la hiciera llegar si lo veía conveniente. Su intención era la de dejar claro que, si se decidía concederle otro título –él ya poseía el de su madre-, prefería que no se le otorgara ninguna distinción. A Torres le decía: “de prosperar, me quedo como estaba o poco menos: Pardo Bazán por partida doble y con unos cuantos miles de duros fuera del bolsillo. Comprenderás que, como se dice ahora, “*no es plan*”²⁰. Al Rey le insistió en lo apropiado que sería la concesión de una Grandeza para Galicia y lo poco que tendrían en cuenta un título sin más. Después, se sinceró al respecto de una interesante cuestión: las tasas que conllevaban las concesiones. “El sacrificio pecuniario que la Grandeza representa, lo aceptaría con placer pero, puesto un título más o me saca de donde V.M. se dignó ya colocarme, el pagar las lanzas y medias annatas me causaría el efecto de lo que ocurrió a Lentejica: que lo mataron de un orsequio (sic)”²¹.

Al final de esas cartas, Quiroga reconocía que, en caso de que no se le concediera la Grandeza, prefería que no se le diera ningún título. No existió más respuesta que el hecho de no concederle ningún título nuevo. Esta petición, situada en el contexto de 1921, tuvo una especial relevancia. En primer lugar, manifestaba el significado que tenía para un personaje como Quiroga la Grandeza de España. Suponía estar cerca del Rey y utilizar esos privilegios que tenían los Grandes que él concretaba en cierta facilidad para tener audiencia con el Monarca. En la mente de Quiroga, la condición de Grande estaba íntimamente unida a la proximidad con el Rey, ésa era la principal diferencia. Ese distinguirse tenía un precio, las tasas, y para él merecían

¹⁹ “Me trabucaría, me armaría un lío y no sabría si tirarme por el balcón o meterme debajo de una mesa. La Majestad me impone un respeto y una cortedad invencibles. Y es que para mí el Rey, emblema viviente de la Patria, es un ser de diferente esencia que la mía”, *primera carta de Jaime Quiroga a Emilio María de Torres*, 14-VI-1921, condado de Pardo Bazán, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/19.

²⁰ *Segunda carta de Jaime Quiroga a Emilio María de Torres*, 14-VI-1921, condado de Pardo Bazán, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/19.

²¹ *Carta de Jaime Quiroga a S.M. Alfonso XIII*, 14-VI-1921, condado de Pardo Bazán, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/19. Subrayado en el original.

pagarse. Sin embargo, lo que no merecía la pena era ostentar un nuevo título nobiliario, pagando sus tasas correspondientes: no añadía nada ser otra vez noble.

El fracaso de Quiroga sirve para entender los límites que desde Palacio se estaban planteando. Un nuevo título no parecía algo descabellado y las informaciones que había ido recabando Jaime Quiroga daban la impresión de que se le iba a conceder. Para esto si servían la iniciativa de Ragonesi o las múltiples muestras de apoyo recogidas en Galicia. Para esto también contaba la utilidad de tender puentes con gente como Mella. Pero la Grandeza era otra cosa. En cierta medida, se puede entender esta limitación como una victoria de los Grandes en su empeño por preservar el ideal exclusivo de la nobleza. Por otra parte, fue una muestra más de que el Rey no necesitaba de ninguna Diputación para decidir sobre la concesión de títulos o, incluso, Grandezas. Sin ir más lejos, ese mismo mes de mayo la Diputación provincial de Valencia propuso la concesión de un título a Enrique Trenor por sus méritos como explotador agrícola²² y se le concedió el marquesado de Vallesa de Mandor con Grandeza de España. Aunque el parecer de la Diputación pudo haber coincidido con el del Monarca en esta ocasión, tampoco se acudió a ella en este expediente.

La diferencia entre Trenor y Quiroga fue evidente o al menos debieron tenerlo claro en Palacio. Sus expedientes permiten entender con mayor claridad los procesos de ennoblecimiento de ese año. Por una parte, aún se aspiraba con interés a recibir un título nobiliario. Sin embargo, comenzaba a ser algo menos valorado por quienes ya ostentaban otro con anterioridad. En segundo lugar, era Palacio quien llevaba la batuta, quien tenía la última palabra en las concesiones y, también, quien ejercía como juez sobre su oportunidad. Por último, esto no significaba que hubiera carta blanca y que los títulos se otorgaran sin pasar por un filtro. La clave estaba en que ahora el filtro dejaba pasar perfiles sin contenido histórico, sin esa continuidad en el tiempo que valoraba la Diputación de la Grandeza.

²² “La historia nos enseña, que los pueblos idearon un modo de premiar a estos hombres excepcionales que sacrifican su vida, con un heroísmo de un instante o de largos años en aras de su país, consistente en el reconocimiento, para su estirpe, de la nobleza que sus actos acreditan, mediante el otorgamiento de un Título alusivo a las causas de su concesión. No podría hallarse para este caso, otro más apropiado que el de la finca convertida por D. Enrique Trenor y Montesinos, en modelo insuperable de explotación agrícola y ordenamiento social; La Vallesa de Mandor, conocida y admirada por los agricultores españoles y extranjeros”, *instancia de la Diputación provincial de Valencia*, 31-V-1921, condado de Vallesa de Mandor, AGMJ, leg. 148-1, exp. 1276. Junto con esta instancia se incluyeron hasta cien cartas de diferentes ayuntamientos de la provincia uniéndose a dicha petición. El título se concedió en noviembre.

Leyes

Entre 1921 y 1922 se publicaron dos Reales Decretos sobre rehabilitación de títulos nobiliarios. Ambos estaban relacionados entre sí, ya que el segundo de ellos fue una corrección sobre algunos de los aspectos dispuestos por el primero. La explicación de esta rápida corrección, que ya de por sí tendría cierto interés en nuestro análisis, se debe sumar a los cambios en la dinámica de los ennoblecimientos. No hay que olvidar la preferencia que la Diputación había dado a las rehabilitaciones desde la publicación del decreto de 1912. Como se ha visto, la Diputación de la Grandeza había sido favorable, por lo general, a las rehabilitaciones. Sin embargo, algunas de estas rehabilitaciones tuvieron un carácter similar a las concesiones que ellos no compartían (si nos atenemos al perfil del solicitante) y su inicial apoyo empezó a cambiar.

En el resumen que la Diputación de la Grandeza publicó a finales de 1918 sobre sus trabajos como instancia asesora, planteó alguna cuestión interesante que iba a ser abordada en los decretos de 1921 y 1922. En aquel resumen, señalaron que había aumentado el número de rehabilitaciones en 1918 y que parecía una necesidad concretar los méritos exigibles para acceder a una rehabilitación²³. También habían manifestado que se debía establecer un criterio claro ante solicitudes de rehabilitación que suscitaran dudas, como las que se basaban en una línea maternal en el parentesco²⁴.

En este contexto se publicó un Real Decreto sobre rehabilitaciones de títulos que, en cierta medida, pudo estar influido por los juicios de la Diputación. En su brevedad este decreto abordaba el tema de la caducidad de los títulos, que se había dejado muy claro en el Real Decreto de 1912. Sin embargo, la principal novedad que introdujo era una limitación en el parentesco que se podía aducir a la hora de solicitar la rehabilitación. En el decreto del 12 se hablaba solamente de una relación consanguínea con el último y el primer poseedor²⁵. Ahora, el nuevo Real Decreto definía como límite una relación de parentesco bastante estricta: “ser descendiente en línea recta o colateral consanguíneo en el segundo grado del último poseedor de la merced caducada”²⁶. Esto suponía una exigencia que dejaba bastante mermadas las aspiraciones de muchos de los

²³ *Resumen de los trabajos realizados por la Diputación y Consejo de la Grandeza de España como cuerpo consultivo*, 9-XII-1918, SNAHN, Fernán Núñez, c. 1517, d.10.

²⁴ Ver por ejemplo, *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 19-IV-1916, condado de San Pedro de Ruiseñada, AGMJ, leg. 105-2, exp. 948.

²⁵ *Real decreto dictando reglas para la concesión y rehabilitación de Grandezas y títulos*, art. 8, 2º, 27-V-1912.

²⁶ *Real decreto sobre rehabilitación de títulos y Grandezas caducadas*, 10-I-1921.

que pretendían rehabilitar un título. Por ejemplo, en el caso de la rehabilitación del condado de Vallengano en 1916, la solicitante era “tercera nieta de la hermana del primer conde”²⁷. Muchas de las rehabilitaciones solicitadas respondían a parentescos similares de una forma inevitable al referirse a títulos que habían dejado de ostentarse hacía tiempo.

Este Real Decreto tuvo sus consecuencias. Durante 1921 y 1922 algunas de las consultas que se hicieron a Palacio para preguntar por la marcha de las rehabilitaciones correspondientes se encontraron con una negativa clara. Lo notable era que la justificación principal fue la necesidad de atenerse a la legislación recientemente aprobada. Otras de las rehabilitaciones salieron adelante. En unas y otras la Diputación volvió a reaparecer para actuar como implicada y, con bastante lógica, fue partidaria de un cumplimiento estricto de lo definido por el decreto de 1921.

En el caso de la rehabilitación del marquesado de Pineda, se puede observar cómo ya se aplicaron en su otorgamiento las disposiciones de dicho Real Decreto. El solicitante, Antonio Entero, preguntó en Palacio por la situación de los trámites de su petición. Cuando Torres acudió a Justicia para ver cómo avanzaba ese expediente, le contestaron que se encontraba en el Consejo de Estado a la vez que recordaban que debía cumplir lo previsto por el último Real Decreto²⁸. En esta ocasión se concedió la rehabilitación al considerarse que respondía a lo estipulado por el nuevo decreto.

En 1921 se otorgaron algunas rehabilitaciones más aunque con ciertos problemas. Durante los meses de verano el Rey decidió no firmar ninguna rehabilitación. La situación de la campaña en el norte de África fue el motivo de esta pausa más que las nuevas disposiciones²⁹. Este parón junto con el cambio en la legislación que regía las rehabilitaciones de títulos creó bastante inquietud entre los que aspiraban a conseguir un título por esta vía.

Además, las negativas se hicieron más frecuentes. En enero de 1922, la solicitud del conde de los Corbos sobre la rehabilitación del marquesado del Reino fue denegada.

²⁷ *Instancia de Fernando Suárez de Tangil a la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, 17-IV-1915, condado de Vallengano, AGMJ, leg. 65-3, exp. 488.

²⁸ *Carta de Antonio Entero a Emilio María de Torres*, 10-I-1921, y *carta de la sección del Ministerio de Gracia y Justicia a Emilio María de Torres*, 28-I-1921, condado de Pineda, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/35.

²⁹ Ésta fue la explicación que dio Torres a un irritado solicitante que se extrañaba de que “hubieran salido rehabilitaciones que estaban detrás de la mía”, *carta del marqués de Peñafuente a Emilio María de Torres*, 7 de noviembre de 1921, vizcondado de Tuy, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/30.

Desde la sección de Gracia y Justicia se comunicó a Torres – el conde de los Corbos le había preguntado sobre la situación del trámite- que todos los estamentos habían informado negativamente sobre la solicitud. La Diputación señalaba que era uno de los suspendidos por el aún reciente Real Decreto³⁰. En otro caso, la rehabilitación del marquesado de Aguilar, la Diputación no aludió al Real Decreto de 1921 en su negativa. Su argumento se centró en que, desde su punto de vista, no había materia suficiente que fundara la rehabilitación. Por una parte, “(no) puede decirse que este Marquesado de Aguilar que se pretende recayera en persona de extraordinario relieve histórico cuyo recuerdo sea útil perpetuar” y, además, “tampoco son esas condiciones excepcionales al menos por lo que el expediente resulta que por ellas solas aconsejen con un criterio de benevolencia rehabilitar en su favor un título del que no se tiene noticia completa”³¹. Los Grandes, apoyados en el Real Decreto de 1921, procuraban aumentar el nivel de exigencia sobre las rehabilitaciones incluso aplicando un criterio restrictivo al que antes no estaban tan acostumbrados.

La realidad fue que, pronto, la aplicación de este Real Decreto y las restricciones que traía consigo provocaron algún conflicto de importancia. La práctica de la rehabilitación durante los últimos años había seguido una línea muy alejada de un criterio tan restrictivo sobre el parentesco. De hecho, aunque este Real Decreto planteaba que sus disposiciones estarían vigentes sólo hasta que por una ley se regulara la solicitud y rehabilitación de títulos y grandezas, las rehabilitaciones quedaban suspendidas como tales. En la práctica sólo podrían tramitarse sucesiones que, por haber caducado según lo estipulado en el artículo 6º del Real Decreto de 1912 (como el condado de Pineda), se consideraran como rehabilitaciones³². La situación era aún más

³⁰ *Carta de Emilio María de Torres al conde de los Corbos*, 14-II-1922, marquesado del Reino, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/51. El conde lo solicitaba para un hijo suyo. Como principal problema aparecía el origen italiano del título, aunque el solicitante procuró enfatizar que fue absolutamente español en el momento de la concesión.

³¹ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 22-I-1922, marquesado de Aguilar de Vilahur, AGMJ, leg. 158-1, exp. 1349. La solicitud, realizada por Juan Fabra de Sentmenat, iba acompañada de una relación de méritos entregada hacía un tiempo. En ésta, se aludía a su condición de hijo del marqués de Alella, nieto del marqués de Sentmenat y sobrino de la condesa de Alcubierre. Se incluía una instancia del solicitante (de un tono patriótico e histórico claro) y una certificación de su condición de miembro del consejo de administración de Fabra y Coats así como de distintos valores empresariales en su poder. *Instancia de Juan de Fabra y Sentmenat a S.M. Alfonso XIII*, 28-IV-1921, marquesado de Aguilar de Vilahur, AGMJ, leg. 158-1, exp. 1349. El desequilibrio entre los méritos y el título parece que inclinaron la balanza de una forma clara para la Diputación.

³² Este artículo se refería a que, pasados tres años desde que hubiera fallecido el poseedor, o desde la publicación del decreto de 1912, el título se consideraba caducado. Vid. *Real Decreto dictando...*, 27-V-1912, art. 6.

compleja ya que también se incluía en esta suspensión a expedientes en curso o, incluso, a expedientes aprobados pero pendientes de la firma del Rey.

Desde el primer momento se opuso a este Real Decreto el conde de Vallengano, Fernando Suárez de Tangil. El conde no era una persona cualquiera. En 1914 había publicado su ejercicio a letrado del Consejo de Estado. En éste, como se ha visto, se trataban distintos aspectos sobre la nobleza, con referencias importantes al tema de las concesiones, rehabilitaciones y sucesiones en los títulos³³. Además, colaboraba periódicamente con la *Revista de Historia y Genealogía Española* y desde febrero de 1917 había pasado a formar parte de su redacción. Ese mismo 1917 había solicitado la rehabilitación del marquesado de Covarrubias de Leyva para su hermano Juan Ramiro. En 1918 le informaron desde Justicia que había dejado pasar el plazo previsto de un año sin presentar la documentación. Sin desalentarse, en 1920, Vallengano volvió a escribir a Justicia, comunicando que entregaría la documentación necesaria para solicitar la rehabilitación, en esta ocasión para él mismo³⁴.

La publicación del Real Decreto de 1921 debió caerle como un jarro de agua fría y poco tardó el conde en escribir quejándose de la situación en la que se encontraba. En dicha carta quería dejar constancia de su “enérgica protesta” ante la suspensión de las rehabilitaciones en trámite y pedir que se respetara el año preceptivo para entregar la documentación sobre su solicitud³⁵.

El 20 de septiembre de 1921 el conde presentó una instancia dirigida a Alfonso XIII junto con los distintos documentos que, para él, justificaban su postura. En primer lugar, Vallengano atacaba el Real Decreto de enero a la vez que introducía un tema interesante,

“habéis de permitirme Señor, más que por la verdadera necesidad de obedecer preceptos legales y reglamentarios, no precisos sino formularios, pues teniendo mucho de graciable tal modo de restaurar dicterios honoríficos en numerosos casos, suplió la bondadosa munificencia Real la falta relativa o absoluta de aquellos y aunque ahora, estoy seguro, no habría de faltar de nuevo en mi petición, más que por todo ello, repito,

³³ SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio histórico-político y sociológico legal sobre las grandezas de España y títulos del Reino*, Madrid, 1914.

³⁴ *Instancia del conde de Vallengano a la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, 10-III-1917; *carta de la sección del Ministerio de Gracia y Justicia al conde de Vallengano*, 7-X-1918; *instancia del conde de Vallengano a la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, 1-X-1920, marquesado de Covarrubias de Leyva, AGMJ, leg. 160-2, exp. 1375.

³⁵ *Carta del conde de Vallengano a la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, 14-I-1921, marquesado de Covarrubias de Leyva, AGMJ, leg. 160-2, exp. 1375.

mi imperativo categórico de conciencia háceme Señor que razone sumaria y concisamente los fundamentos que aspiro a merecer”³⁶.

Por un lado, el conde pretendía relativizar como formularia la legislación concerniente a las rehabilitaciones. Para él, las rehabilitaciones tenían un contenido importante de gracia real, la cual tenía que “suplir” en muchas ocasiones la ausencia de fundamentos para la rehabilitación. Por otra parte, el recurso de Vallellano a su conciencia anunciaba la estrategia que iba a desplegar: demostrar a través de sus méritos y parentesco su idoneidad, la injusticia que se cometía al no rehabilitarle. Sin embargo, pretendía que su exposición no se interpretara como una justificación, como un simple cumplir el expediente. Su insistencia en el papel de la gracia real en las rehabilitaciones no era casual.

Aún más interesante fue el criterio que eligió Vallellano para demostrar lo apropiado de su solicitud. Decidió que no se iba a referir tanto al Real Decreto de 1912 como a los planteamientos que la Diputación de la Grandeza introdujo en su resumen sobre los trabajos que había ido desarrollando hasta 1918. Según el decreto de 1912, se necesitaban cumplir tres requisitos para acceder a la rehabilitación. Primero, demostrar la existencia y supresión del título. En segundo lugar, como ya se ha apuntado, probar consanguinidad con el último y el primer poseedor, así como encontrarse dentro de los llamamientos de sucesión. Finalmente, se exigía reunir “méritos bastantes” y “rentas suficientes”³⁷. No obstante, para Vallellano, lo propuesto por la Diputación de la Grandeza era el camino “más estrecho y difícil” para acceder a una rehabilitación y él se quería atener a esta vía como prueba de lo procedente de su petición. En este sentido, y como ya señaló la Diputación, la propuesta de los Grandes era una forma de concretar el número 3 del artículo 8º del decreto de 1912, es decir, los merecimientos exigibles para rehabilitar títulos³⁸.

En primer lugar Vallellano procuró demostrar la importancia del linaje de los Covarrubias, al que pertenecía el único que había ostentado el título. Para el conde esta familia se ajustaba a los dos primeros factores propuestos por la Diputación: la

³⁶ *Instancia del conde de Vallellano a S.M. Alfonso XIII*, 20-IX-1921, marquesado de Covarrubias de Leyva, AGMJ, leg. 160-2, exp. 1375.

³⁷ *Real decreto dictando...*, 27-V-1912, art. 8º.

³⁸ *Resumen de los trabajos realizados...*, 9-XII-1918, SNAHN, Fernán Núñez, c. 1517, d.10. Este número tercero era el que mencionaba la necesidad de reunir “méritos bastantes y rentas suficientes para ostentar decorosamente la dignidad que pretende rehabilitar”. Esta excesiva generalización era la que quería evitar la Diputación con su propuesta.

conveniencia histórica o nacional de la rehabilitación. Desde su punto de vista, este apellido había reunido en su historia “los nombres de varones a los que tanto debe (el Estado) en los órdenes militar, artístico, legal, religioso, científico y literario”. En su instancia hablaba de algunos miembros de la familia, remontándose varios siglos.

En segundo lugar, se quiso referir a lo que la Diputación propuso al hablar de “circunstancias personales del solicitante que le otorguen relieve superior al que la posesión de la dignidad que pretende rehabilitar hubiera de darle”. Aunque luego no tuvo problema en atenerse a lo aquí planteado por los Grandes, Vallengano se cuidó de señalar que, en este aspecto, la Diputación estaba incurriendo en clara contradicción. Según su opinión, ellos mantenían que “la nobleza se adquiere en campo abierto por el escalamiento de sucesivos peldaños”. Esto no cuadraba con la nueva propuesta acerca de que las circunstancias estuvieran por encima de las que se iban a adquirir al recibir un título. Sin embargo, para el caso de las rehabilitaciones, esta pretensión de la Grandeza sí que era coherente con la idea general de que era bueno mantener los títulos, la cual llevaba a muchos nobles a solicitar esas rehabilitaciones. Obviamente, sí que existía contradicción si, tras las “circunstancias personales”, sólo había méritos de tipo económico o político. Hecho el matiz, Vallengano reconocía “sin jactancia vanidosa” pero, también, “sin hipócrita modestia” que él se encontraba en dicha situación. Para justificarlo hablaba del título que ya tenía, de los cargos que desempeñaba³⁹ y también de los cargos que ostentaban sus familiares.

Por último, Vallengano quiso referirse a aquellos méritos que estuvieran por encima del cumplimiento de su deber, como proponía la Diputación de la Grandeza. El conde sostenía que sus merecimientos “nobiliarios, administrativos, políticos, literarios, científicos, benéficos y culturales” respondían a ese concepto amplio del cumplimiento del deber: “ellos patentemente atestiguan que el que hoy se dirige a V.M. no ha omitido esfuerzo ni gasto en Vuestro Real servicio y por ende en el de la Patria y la Religión”. Para acabar este punto, reconocía su juventud –por entonces tenía 34 años- pero afirmaba que ya tenía “dilatada descendencia” y que les procuraría transmitir su amor a la Patria.

³⁹ Ya en su primera instancia, Vallengano se presentó como “doctor en derecho, abogado del ilustre Colegio de Madrid, oficial letrado del Consejo de Estado y de la Subsecretaría de Gracia y Justicia, Caballero de la Soberana orden de Malta y Dignidad de Secretario de su Sacra y Veneranda Asamblea en España”, *Instancia del conde de Vallengano a la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, 10-III-1917, marquesado de Covarrubias de Leyva, AGMJ, leg. 160-2, exp. 1375.

Junto con la instancia en la que desarrollaba todos estos argumentos, Vallengano entregó bastantes certificaciones que demostraban sus méritos en distintos campos: certificaciones de propiedad, otras que demostraban su condición de miembro de distintos consejos de administración, descripciones de las distintas acciones que se conservaban a su nombre en un par de bancos, copia notarial de los nombramientos en distintas instituciones, sus actas de elección como diputado y documentación muy antigua sobre la iglesia de Camarena en Toledo⁴⁰. Realmente toda esta documentación servía para justificar sus argumentos sobre el segundo y el tercer punto de los propuestos por la Grandeza de España. En cierta medida, su razonamiento era un tanto redundante. Con una lógica curiosa, estaba hablando de los mismos méritos tanto para hacer patente su relieve superior al que le proporcionaría el título y para demostrar un cumplimiento del deber por encima de lo que le correspondería por su cargo. Esta repetición de los méritos se debía a que la Diputación no pretendía que se cumplieran los tres argumentos que había propuesto, sino que al menos se diera uno de ellos que justificara el levantamiento de la caducidad. Vallengano quiso demostrar que en él se cumplían todos los requisitos.

Sin embargo, el Real Decreto impedía de todas formas la rehabilitación del marquesado de Covarrubias de Leyva. Los argumentos podían ser ciertos pero el grado de parentesco no se cumplía ni en lo más mínimo. La solución que tomó Vallengano fue la de acudir a los tribunales ordinarios presentando un recurso contencioso-administrativo. En enero del 22 obtuvo una primera sentencia a su favor que se confirmó en marzo cuando el Tribunal Supremo le dio la razón, poniendo en duda la suspensión que el Real Decreto del 21 había establecido.

Esta sentencia tuvo eco muy pronto. A finales de enero de ese mismo año el marqués de Bendaña envió a Palacio una solicitud de rehabilitación para una hija del marqués de Oliver. El problema estaba en que tal solicitud se encontraba claramente entre las suspendidas por el decreto del año anterior. Torres escribió a Justicia recomendando la solicitud. El marqués había perdido a tres hijos en África y quería que su hija recibiera uno de los títulos que había llevado uno de los difuntos. Sin embargo, desde Justicia le contestaron negativamente. Torres respondió al marqués de Oliver diciéndole que no podía hacer una excepción, “pues como podrá Vd. comprender no

⁴⁰ Documentación aportada junto con la instancia de solicitud, 20-IX-1921, marquesado de Covarrubias de Leyva, AGMJ, leg. 160-2, exp. 1375.

puede Su Majestad prescindir de lo establecido por las leyes”. Muy significativamente, el secretario del Rey añadía sin embargo que “no hay inconveniente alguno por parte de Su Majestad en que solicite le sea reconocido el derecho de hacer la transmisión del citado título, por la vía contenciosa”⁴¹. El apoyo a este tipo de soluciones no era algo frecuente desde Palacio, tampoco ese reconocimiento tan explícito de la necesidad que tenía el Rey de atenerse a las leyes. Más que un arranque de legalismo, daba la impresión de que el Real Decreto de 1921 no gustaba en Palacio.

Quizá sorprendido por esta recomendación, Oliver preguntó de nuevo buscando un consejo sobre su proceder. En esta carta el marqués volvió a barajar la posibilidad de interponer un recurso contencioso-administrativo “como el que acaba de ganar Vallengano”. Sin embargo, también quiso dejar patente que él estaba dispuesto a hacer lo que viera conveniente el Rey:

“si el deseo de S.M. es de que no se impugne ese R.D., entonces, yo desistiría en absoluto de ello, renunciando inclusive a todo derecho que pudiera creer tener el mencionado título, quedando suficientemente recompensado y reconocidísimo con el deseo manifestado por S.M. de que se atendiere mi súplica, en caso de poder accederse a ella”⁴².

La respuesta estaba ya en la carta anterior. Sin embargo, la misiva de Oliver no era un añadido superfluo. Desde su punto de vista, acudir a un tribunal para dirimir lo relacionado con una rehabilitación podía ir claramente en contra de la voluntad del Rey. Sin embargo, en esta ocasión no parecía que fuera así. Oliver no interpuso ningún recurso y hasta el año siguiente no rehabilitó este título. Las cosas iban a cambiar.

Por esas mismas fechas, Torres recibió una carta del recién nombrado ministro de Gracia y Justicia, José Bertrán y Musitu⁴³. Daba la sensación de que ambos habían intercambiado impresiones sobre el Real Decreto de 1921 y de que también el Rey estaba al corriente. Quizá el intercambio de opiniones se produjo tras una nueva negativa que desde Justicia habían enviado a Palacio. Se había preguntado por una

⁴¹ Carta del marqués de Oliver a Emilio María de Torres, 31-I-1922, carta de Emilio María de Torres a José Francos Rodríguez, 6-II-1922, carta de Emilio María de Torres al marqués de Oliver, 23-II-1922, marquesado de Vallcabra, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/47.

⁴² Carta del marqués de Oliver a Emilio María de Torres, 27-II-1922, marquesado de Vallcabra, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/47.

⁴³ Bertrán sustituyó a Francos Rodríguez el 8 de marzo al iniciarse el gabinete presidido por Sánchez Guerra, cfr. URQUIJO GOITIA, José Ramón, *Gobiernos y ministros españoles en la Edad Contemporánea*, Madrid, 2008, p. 105.

rehabilitación que la Diputación de la Grandeza denegó al estar suspendida según el Real Decreto del 21⁴⁴.

Bertrán sostenía que dicho decreto tenía cierto “peligro”. En carta de 28 de marzo, expuso su opinión. Para él, había dos aspectos principales que no respetaba el último decreto sobre las rehabilitaciones. Hasta entonces, el Real Decreto de 1912 dejaba claro con respecto a las rehabilitaciones que el Rey era quien tenía la última palabra. Esto lo había trastocado el de 1921 con sus suspensiones y caducidades. Para mantener ese libre arbitrio –que era claramente su intención principal-, “es absolutamente innecesario seguir manteniendo el Real Decreto de 1921”.

A parte, como motivo secundario, Bertrán reconocía que el Real Decreto había sido corregido por el Supremo con sentencias que contradecían las suspensiones (refiriéndose claramente a la dictada a favor del conde de Vallengano). En su carta introducía un claro alegato a favor de volver a lo definido por el decreto de 1912 con respecto a las rehabilitaciones: demostrar parentesco, méritos personales y rentas suficientes. Desde su punto de vista, esta opción salvaguardaba la libertad del Rey para levantar la caducidad de los títulos. En fin, proponía que se firmara un nuevo Real Decreto pues “resulta desairado, perturbador e inútil continuar en el actual estado de cosas”⁴⁵.

No existió una contestación en firme desde Palacio, aunque sí parece que Torres le comunicó al ministro que habían sido oídas sus sugerencias y se verían las modificaciones que podrían introducirse. Esta breve respuesta iba en la línea de la dada al marqués de Oliver, cuando no hubo oposición –incluso se animó- a que iniciara un recurso en los tribunales.

Hubo alguna queja más sobre las rehabilitaciones. En el caso de la solicitud de José María Sanchiz –marqués de Valderas y conde de Piedrabuena- sobre el marquesado del Vasto, entraba en juego un problema de difícil solución como eran los títulos concedidos en Italia durante la dominación española. Valderas ya había recibido

⁴⁴ Se trataba del marquesado de Obando. El conde de Coello de Portugal había escrito a Torres preguntando por la solicitud de un primo suyo, Eduardo de Quesada, *carta del conde de Coello de Portugal a Emilio María de Torres*, 22-III-1922. Torres preguntó a Bertrán cómo iba el expediente y éste le había trasladado el parecer de la Diputación haciéndose eco de lo dispuesto por el Real Decreto, *carta de Emilio María de Torres a José Bertrán y Musitu*, 22-III-1922, y *carta de José Bertrán y Musitu a Emilio María de Torres*, s.f., marquesado de Obando, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/3.

⁴⁵ *Carta de José Bertrán y Musitu a Emilio María de Torres*, 28 de marzo de 1922, Gestiones del año 1922 y consultas a Río Tová en 1926. AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/23.

un dictamen negativo de la Diputación en 1916 pero a la altura de 1922 preguntó de nuevo por su petición⁴⁶. De fondo aparecían unas posibles negociaciones con Italia que intentarían ordenar esta problemática pero que nunca se llevaban a cabo⁴⁷. Lo interesante fue que la solicitud de Valderas coincidió con la discusión sobre la posibilidad de revisar el Real Decreto de 1921. El solicitante, bastante contrariado, escribió a Torres el 17 de marzo de aquel 1922, en respuesta de una negativa que le debía haber llegado hacía poco (o, simplemente, al caer en la cuenta que pasaba el tiempo y su solicitud no avanzaba). Valderas argumentaba con algo ya conocido: “¿se consideraría Cubano el día de mañana el glorioso título de Marqués de la Habana, por el hecho tan sólo de haberse perdido Cuba?”. La condición extranjera de los títulos italianos era un tema complejo pero Valderas quería evitar

“que pueda quedar alguna duda sobre mi proceder y pudieras suponer por un momento siquiera, que yo he querido sorprender a S.M. el Rey contándole historias más o menos fantásticas o suplicándole una recomendación a sabiendas de que no la podía atender”.

Su crítica era, ante todo, contra la Diputación de la Grandeza que era la institución firmante del dictamen negativo a su solicitud. También Valderas se sentía un tanto frustrado, pues pensaba que siguiendo otra estrategia hubiera llegado a su objetivo, como “han puesto otros en juego para conseguir el mismo fin con análogas dificultades”⁴⁸.

Un tiempo más tarde, Torres contestó a su extensa carta. En primer lugar le aseguraba que se podía quedar tranquilo por el concepto que se hubieran formado de él en Palacio. Después le aseguraba que, en caso de que la Grandeza cambiara de parecer, se podría rehabilitar el marquesado que solicitaba. Por último, Torres acababa haciendo una nueva mención a la legislación sobre los títulos: “has de comprender que el Rey

⁴⁶ Sanchiz era marqués consorte de Valderas y conde de Piedrabuena por rehabilitación del título desde 1919. En el trámite de este título también preguntó por el marquesado del Vasto, “que hace varios años tengo pedido y justificado a suceder, pero que está detenido a causa de una supuesta negociación, que no existe, con el gobierno de Italia”, *carta del marqués de Valderas a Emilio María de Torres*, 26-VI-1919, condado de Piedrabuena, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/39.

⁴⁷ El conde de Atarés, secretario de la Diputación de la Grandeza durante un tiempo, hace referencia a un dictamen de la Diputación sobre los títulos italianos de 24 de octubre de 1914. Por entonces, la Diputación parece que ya ponía en tela de juicio los títulos a rehabilitar con ese origen. Cfr. Conde de ATARÉS, *Apuntes del Archivo 1815-1864*, Madrid, 1944, p. 201. Sin embargo el problema había empezado unos años antes cuando el embajador italiano solicitó que no se otorgaran títulos con denominaciones de ese país, vid. SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Caso curioso y moderno de derecho vincular*, Madrid, 1920, p. 323.

⁴⁸ *Carta del marqués de Valderas a Emilio María de Torres*, 17-III-1922, marquesado del Vasto, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/39.

tiene que ser el primero en hacer que las leyes del Reino se cumplan escrupulosamente”⁴⁹. De nuevo volvía a aparecer en boca del secretario del Rey la idea de atenerse a la legislación cuando, parece evidente, la intención era modificarla.

La propuesta del ministro de Gracia y Justicia, así como la postura ambigua mantenida ante el marqués de Oliver y el marqués de Valderas demostraban que el Monarca vería con buenos ojos un cambio en la legislación sobre las rehabilitaciones. La situación se aceleró como consecuencia del devenir de la sentencia dictada a favor del conde de Vallengano sobre su solicitud para rehabilitar el marquesado de Covarrubias de Leyva. Tras la intervención del Tribunal Supremo, su expediente se puso de nuevo en marcha. En primer lugar, pasó a la Diputación de la Grandeza que no se opuso, reconociendo que los tribunales le habían dado la razón y que tenía méritos y parentesco. Es llamativo que no hicieran referencia al grado de consanguinidad, lógicamente muy lejano, y que no respondía al decreto del 21. La sentencia del Supremo daba la impresión de pesar mucho más que la postura defendida para otros casos⁵⁰. No tardaron en sumarse al dictamen de los Grandes el de la sección del Ministerio y el del Consejo de Estado⁵¹. A pesar de la resolución a favor de Vallengano, la situación legal seguía siendo muy difícil para todos aquellos que pretendían conseguir una rehabilitación⁵².

Finalmente, el Real Decreto de 1921 fue modificado por uno nuevo. Los comentarios del ministro de Gracia y Justicia ya habían anunciado esta posibilidad y el 8 de julio de 1922 se concretó con la firma del “Real Decreto de rehabilitación de Grandezas de España y Títulos del Reino”. Curiosamente, el ministro que estampó su firma al final del decreto no fue Bertrán y Musitu quien había sido sustituido muy rápidamente. El firmante era Mariano Ordóñez, exactamente el mismo ministro que había firmado el anterior de 1921. Así, si a la escasa vigencia del Real Decreto más

⁴⁹ *Carta de Emilio María de Torres al marqués de Valderas*, 18-IV-1922, marquesado del Vasto, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/39.

⁵⁰ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza*, 13-V-1922, marquesado de Covarrubias de Leyva, AGMJ, leg. 160-2, exp. 1375.

⁵¹ *Dictamen de la sección del Ministerio de Gracia y Justicia*, 23-V-1922, y *dictamen del Consejo de Estado*, 9-VI-1922, marquesado de Covarrubias de Leyva, AGMJ, leg. 160-2, exp. 1375.

⁵² De hecho, aún en el mes de diciembre, al pagar las tasas correspondientes al marquesado de Covarrubias de Leyva, Vallengano lo hizo como una “rehabilitación de una sucesión transversal”. Aunque el objetivo fuera –probablemente– pagar menos, las complicaciones legales que afrontó también tendrían que ver en esta contradicción de términos. *Resguardo del pago de las tasas de Hacienda*, 22-XII-1922, marquesado de Covarrubias de Leyva, AGMJ, leg. 160-2, exp. 1375.

estricto se le suma esta coincidencia, todo indica que los cambios en los criterios que iban a regir las rehabilitaciones dependían de otras personas.

En la exposición previa del nuevo decreto se hacía un repaso a la legislación precedente sobre rehabilitaciones. En primer lugar, se dejaba claro que uno de los fines principales de las leyes sobre este tipo de ennoblecimientos era

“evitar que valiéndose del procedimiento, entonces poco exigente, de la rehabilitación acudieran a pretenderla personas cuyo remoto parentesco con los últimos poseedores produjese la apariencia de que la Grandeza o Título solicitados iban a recaer en extraños”⁵³.

Esta declaración de intenciones no debe pasar desapercibida. Por un lado, se reconocía claramente la función restrictiva de la legislación sobre rehabilitaciones. Por otra parte, se añadía que el peligro a evitar era la “sustracción” de esos títulos, que fueran a recaer en gente que les era ajena. Sin embargo se introducía un matiz importante, pues más que esa enajenación del título lo que se procuraba evitar era la apariencia de que los títulos pasaban a otras manos. Apariencia que se podría conseguir, por lo tanto, cumpliendo una serie de requisitos aunque no dejara de ser poco más que una imagen, alejada en la práctica de esa supuesta intención de que los títulos conservaran su origen familiar.

Después –y muy significativamente- se ofrecían algunos ejemplos de épocas en las que el principio de caducidad se había hecho más estricto... y otras en las que esa exigencia se había matizado⁵⁴. Se hablaba de la aparición de los dictámenes de cuerpos consultivos de la nación (en este caso, el Consejo de Estado) y del límite de parentesco introducido por los Reales Decretos de 1883, 1884 y 1885. Un poco más adelante se mencionaba la novedad introducida por el Real Decreto de 1912, que no exigía un parentesco concreto, pero sí que hubiera relación familiar con el último y el primer poseedor del título a rehabilitar. En este sentido, se planteaba una de las motivaciones explícitas del Real Decreto: permitir la rehabilitación a familiares de los primeros poseedores de títulos que, posteriormente, hubieran pasado a otra línea. Estos casos existían pero suponían una cantidad mínima.

No obstante, justo después de esta aclaración que pretendía justificar lo procedente de un nuevo Real Decreto, el ministro se retrataba. Comentaba que él ya se

⁵³ *Exposición*, Real Decreto de Rehabilitación de Grandezas de España y Títulos del Reino, 8-VII-1922.

⁵⁴ En concreto se hacía referencia a la prohibición de rehabilitación en 1858 y al fin de dicha prohibición en 1864: “se templaba ese extremado rigor al decidir que las caducidades podrían ser alzadas por nuevas y atendibles razones”, *Exposición*, Real Decreto..., 8-VII-1922.

había planteado la necesidad de modificar la legislación en torno a las rehabilitaciones. Sin embargo, por entonces, “Vuestra Majestad fue servido expedir su Real decreto del año 1921 suspendiendo la tramitación de los expedientes incoados para rehabilitar dignidades nobiliarias”. Ordóñez señalaba al Monarca quizá de una forma demasiado clara. Desde este punto de vista, valdría la pena preguntarse si la intención de limitar las rehabilitaciones vino del Rey y por qué fue así. Sin embargo, era el propio Ordóñez quien despejaba la incógnita al defender que aquella suspensión fue poco más que un paréntesis. Ese paréntesis se estaba alargando debido a “circunstancias bien notorias (que) embargan con gravísimas deliberaciones de inexcusable primacía la atención de ambas Cámaras y aconsejan aplazamiento de aquel designio”. Con esto se refería a su propio proyecto en redacción antes de 1921. Sin embargo, la firma del nuevo decreto no se explicaba por la situación política, sino por “la forzada espera en que por tal motivo se hallan numerosos solicitantes”. En este sentido, Ordóñez estaría señalando el itinerario recorrido: real decreto en proyecto, suspensión temporal de rehabilitaciones en curso, alargamiento de la suspensión motivada por el conflicto africano y, finalmente, firma del nuevo real decreto que afrontaba el problema desde la perspectiva correcta.

En esta explicación, él quedaba al margen de las dificultades planteadas por el decreto problemático de 1921, salvando su papel con la referencia al proyecto de decreto que había intentado desarrollar. Por otra parte, tras insinuar la posible inoportunidad del decreto del 21, acababa achacando a las circunstancias más que a la intervención del Rey –o de quien propusiera el decreto- la situación incómoda que produjo la suspensión de las rehabilitaciones. Por tanto, nadie de los posibles culpables salía mal parado de su crítica hacia lo dispuesto en 1921.

En este sentido, para acabar la exposición se enunciaban los que, según Ordóñez, eran los tres aspectos claves que justificaban el nuevo decreto. En primer lugar, el mantenimiento del plazo de tres años tras los cuales el título pasaría a considerarse caducado si no hubiera solicitudes al respecto. Este punto simplemente repetía lo definido en el artículo 6º del Real Decreto de 1912. Por un lado, estipulaba unos plazos exigentes pero, al mismo tiempo, también permitía a las rehabilitaciones que ya se habían puesto en marcha continuar su proceso, el cual se había detenido con el Real Decreto de 1921. En segundo lugar, Ordóñez planteaba que otra particularidad del nuevo decreto se refería al grado de parentesco. Se admitía un grado de consanguinidad amplio, “que habilita para instar el alzamiento de las caducidades sobrevenidas”.

Además sería un grado de consanguinidad jerarquizado, previendo circunstancias como un cambio en la línea de descendencia –como ya había advertido al principio de su exposición-. Para acabar, el ministro señalaba como una de las novedades principales la provisión sobre el modo de proceder en el caso de que hubiera “sentencias judiciales adversas a personas agraciadas con la rehabilitación de la dignidad litigada”⁵⁵.

Pero el decreto del año 22 introducía otro aspecto de mayor interés que no señalaba Ordóñez. Es dudoso que fuera una novedad pero, esto resulta evidente, se le dio un énfasis muy particular. Se trataba del papel concedido al Rey en los procesos de rehabilitación. En el artículo 1º del Real Decreto, la mención a su papel se remitía a los textos fundamentales: artículo 54 de la Constitución del 76 y artículos 2º y 8º del decreto de 1912. Por tanto, “corresponde al Rey acordar la rehabilitación de Grandezas de España y Títulos del Reino”. En este sentido, llama la atención la referencia al artículo 2º del decreto clave de 1912. Ese artículo hacía referencia a las concesiones de títulos y en ningún momento se hablaba de las rehabilitaciones. Sin embargo, era aquel que establecía que el Rey podía otorgar títulos de acuerdo con su Consejo de Ministros, para premiar servicios extraordinarios a la nación o a la Monarquía.

Aún más significativo fue el artículo 2º del nuevo decreto. En éste se decía, hablando de las condiciones exigidas en las rehabilitaciones:

“La alegación y probanza de las mismas no tendrá otra eficacia que la de colocar al interesado en situación de aptitud para que la rehabilitación sea decretada a favor suyo, pero sin que por ello deje de ser plenamente potestativa para la Corona la concesión o denegación de la merced solicitada”⁵⁶.

Se estaba dando una importancia a la prerrogativa regia sobre la que antes no se había insistido para las rehabilitaciones de títulos. Como se verá, en este decreto se aportaban unos criterios específicos para acceder con derecho a una rehabilitación. Ordóñez había señalado algunos de estos criterios como los cambios claves que introducía el decreto. Sin embargo, lo que quedaba patente era que el Rey pasaba ahora a tener una potestad sobre las rehabilitaciones que antes no tuvo o, sobre todo, no ejerció.

⁵⁵ Para las últimas citas, *Exposición*, Real Decreto..., 8-VII-1922. Para un ejemplo de las dificultades que generaban este tipo de problemas y la instancia a la que se debía recurrir: ducado de Pastrana, AGMJ, leg. 22-2, exp. 154. En este caso se trataba de una de esas sucesiones que se podía considerar muy próxima por su forma a una rehabilitación. Los implicados fueron la condesa-duquesa de Benavente y un hijo del marqués de la Corvera, Rafael, futuro duque de Pastrana.

⁵⁶ *Real Decreto*..., 8-VII-1922, art. 2º,

Esta idea de las rehabilitaciones como prerrogativa real había estado presente en el intercambio de cartas entre Torres y el ministro anterior a comienzos de año. Daba la impresión de que la limitación impuesta por el decreto de 1921 no había sentado bien en Palacio y se demandaba un mayor margen de actuación. En aquella carta se habló de lo innecesario que era ese decreto a la hora de salvaguardar “el libre arbitrio de S.M.”. Este fue también uno de los puntos principales sobre los que giró la contestación a la Diputación de la Grandeza allá por mayo de 1920. En aquel momento, se insistió mucho ante los argumentos de los Grandes en que, ante todo, la concesión de un título era una “merced regia”. Ahora, la rehabilitación de un título pasaba a estar considerada como algo “plenamente potestativo” de la decisión del Monarca. El Real Decreto de 1922 podía tener muy distintas explicaciones pero, era evidente, situaba al Monarca en una posición difícilmente discutible a la hora de otorgar cualquier ennoblecimiento, fuera una concesión o, a partir de ahora, una rehabilitación de un título. Más allá de los dictámenes de la Diputación, la legislación aprobada en 1921 y 1922 tuvo mucha importancia para entender el espacio que les estaba quedando a los Grandes en los procesos de ennoblecimiento.

El mayor poder real no quiere decir que desaparecieran criterios a la hora de justificar las solicitudes sobre rehabilitaciones. Estos estaban definidos en el artículo 3º del nuevo decreto. Realmente, éste no modificaba en nada sustancial lo expuesto en los artículos equiparables del Real Decreto de 1912⁵⁷. Es cierto que se introdujo una mención a la necesidad de demostrar la perpetuidad del título al que se aspiraba, lo cual suponía una exigencia añadida. Sin embargo, el parentesco que se establecía era amplio, como había apuntado Ordóñez, lo cual daba bastante margen a los peticionarios. Como en el decreto del 12, también se obligaba a los aspirantes a demostrar méritos “que les hacen dignos de obtener la gracia de la rehabilitación” y rentas suficientes “para ostentar con el debido decoro la distinción nobiliaria solicitada”. Los requisitos no variaban sustancialmente (tampoco la contradicción en que podía incurrir la Diputación de la Grandeza aprobando solicitudes que en el caso de las concesiones denegaba). La diferencia se encontraba –porque se subrayaba claramente- en quién tenía la batuta.

En este sentido, llama la atención cómo el decreto establecía que, para el caso de un parentesco bastante lejano, los méritos del solicitante debían tener carácter

⁵⁷ En especial los artículos 8º y 9º, *Real Decreto dictando reglas sobre para la concesión y rehabilitación de Grandezas y títulos*, 27-V-1912.

extraordinario, “debiendo reseñarse en la *Gaceta de Madrid* al tiempo de publicarse el Real decreto accediendo a tal rehabilitación”⁵⁸. No dejaba de ser paradójica esta referencia a la *Gaceta*. Para las concesiones, ya se vio como esta cláusula no se cumplió prácticamente nunca, ni siquiera en la década anterior. Además, el caso de parentesco al que se hacía mención era realmente marginal. Por tanto, parece que se estaba haciendo una especie de guiño a los partidarios de una mayor restricción en las rehabilitaciones con esta alusión a la *Gaceta*.

Durante 1922 se dictaron también una serie de extensas reales órdenes en las que se daban reglas muy concretas sobre el modo formal en el que se debían solicitar las rehabilitaciones, la ejecución de las sentencias de mejor derecho y el régimen de transición⁵⁹. En todas estas disposiciones la Diputación de la Grandeza brillaba por su ausencia. En ningún caso se decidió que sus dictámenes desaparecieran en las rehabilitaciones. Sin embargo, su papel parecía cada vez más difuminado. Tras el Real Decreto de 1922, que vino a ser el corolario de la coyuntura motivada por el decreto anterior sobre las rehabilitaciones, el escenario para la Grandeza acabó siendo muy similar al de las concesiones: cierto margen para emitir su juicio, nulas posibilidades de hacerlo valer en situaciones conflictivas.

De este Real Decreto se derivó una consecuencia importante para la Grandeza. Si tras el Real Decreto de 1912 hubo un recurso a las rehabilitaciones como antes no se había dado, tras el de 1922 la escena se repitió de nuevo. Las solicitudes aumentaron y, unidas a las que estaban suspensas, el número de rehabilitaciones fue el más elevado de todo el reinado junto con 1916⁶⁰. Algunas de las peticiones estaban firmadas por familiares de la Grandeza o por personas que ya tenían un título. No obstante, otros apellidos no eran tan conocidos. Las rehabilitaciones, defendidas por la Diputación como un elemento indispensable para que no se perdieran los hechos gloriosos del pasado, estaban sirviendo poco a poco como premio a aquellos que respondían a una

⁵⁸ *Real Decreto...*, 8-VII-1922, art. 11. El tipo de parentesco al que se refería correspondía a los “consanguíneos del primero o del último poseedor legal”, mencionado en el art. 4º, D. Los anteriores apartados de ese art. 4º aludían a un parentesco consanguíneo en cuarto grado del primero o del último poseedor, lo cual dice bastante de lo lejano que podía ser el parentesco aducido para solicitar una rehabilitación.

⁵⁹ *Real Orden dictando reglas para dar cumplimiento a lo prevenido en el artículo 18 del Real decreto anterior*, 21-X-1922. El citado artículo 18 remitía a una Real Orden posterior que permitiera la ejecución del Real Decreto de julio.

⁶⁰ En 1916 se otorgaron las rehabilitaciones solicitadas según los plazos previstos por el Real Decreto de 1912. El número de rehabilitaciones llegó a 34. Para 1923, el número de rehabilitaciones contrastando los datos del Instituto Salazar y Castro con los expedientes del Archivo de Palacio se sitúa entre 28 y 38. La diferencia se debe al número de sucesiones que se concedieron sobre títulos caducados.

serie de criterios muy poco históricos. De los títulos rehabilitados en 1923 hasta un 25% eran títulos que se ostentaban por segunda vez en toda su historia, cuando su origen estaba en los siglos XVII y XVIII, fundamentalmente. Este dato subraya, por un lado, la escasa repercusión de su concesión en el pasado y, por otro, el interés de los solicitantes por adquirir un título⁶¹.

El interés demostrado por los solicitantes tuvo que aumentar durante 1922 por otro motivo. Otra ley contribuyó a ello y tuvo su relevancia en la postura que los Grandes adoptaron ante las rehabilitaciones poco tiempo después. Se trataba de las nuevas tarifas sobre Grandezas y títulos aprobadas en julio de ese mismo año. Hasta entonces las tarifas vigentes se definieron en una instrucción de 1899 por la cual rehabilitaciones y concesiones de condados o marquesados sin Grandeza –los más frecuentes– pagaban 24.000 ptas. Según las nuevas tarifas, una concesión de este tipo alcanzaría las 54.000 ptas. y una rehabilitación llegaría a 58.500⁶². Ser noble se estaba poniendo muy caro. Este aumento radical de un 125 y un 140 por ciento respectivamente tuvo mucho que ver con las expectativas recaudatorias del ministro de Hacienda, Francisco Bergamín. Ante un intento similar en 1916, la Grandeza consiguió que el proyecto no saliera adelante pero a la altura de 1922, la situación había cambiado⁶³.

El motivo de este aumento tan elevado estaba en la necesidad de obtener ingresos que hicieran frente al déficit multiplicado por la campaña de Marruecos y así lo justificaba el propio ministro. Bergamín hablaba de la necesidad de “dar ejemplo” por parte de la nobleza⁶⁴. Los Grandes no pusieron muchos reparos a estas nuevas tarifas, aunque el duque del Infantado presentó una enmienda a la ley en la que se matizaban algunos aspectos y que se incluyó en su totalidad en la ley definitiva aprobada en julio⁶⁵.

⁶¹ Estos títulos eran el condado de Tobar, el marquesado de Vallcabra, el condado de Casa Angulo, el condado de Villamiranda, el marquesado de Guadarcorte, el marquesado de Bariñas y el condado de San Miguel del Castellar. Cfr. ATIENZA Y NAVAJAS, Julio, *Grandezas y títulos del reino concedidos por S.M. Alfonso XIII*, Madrid, 1963.

⁶² *Ley reguladora sobre Grandezas y Títulos nobiliarios, Condecoraciones y Honores, texto refundido de 1º de marzo de 1921, con las modificaciones introducidas en la misma por el artículo 10 de la de 26 de julio de 1922.*

⁶³ *Revista de Historia y Genealogía Española*, 15-IX-1916. Aquí se hacía mención de una reunión de los Grandes senadores para oponerse a un aumento en las tasas sobre sucesiones.

⁶⁴ Diario de Sesiones de Cortes, Senado,

⁶⁵ *Enmienda del Sr. Duque del Infantado y del Sr. Mateo Azpeitia al dictamen de la Comisión Permanente de Hacienda acerca del Proyecto de Ley de Reforma Tributaria*, Diario de Sesiones de Cortes, Senado, 22-VI-1922. El duque ya presentó una ponencia sobre este tema como representante de la

Lo interesante del relativo silencio de la Grandeza fue que, en las nuevas tarifas, su posición resultó bastante bien parada. Por un lado, la subida en los conceptos que a ellos más les afectaban era mucho menor: las sucesiones directas a una Grandeza llegaban a 18.400 ptas. cuando antes el impuesto era de 16.000 ptas., apenas un 12% de aumento. Las sucesiones de títulos sin Grandeza también experimentaron una subida similar (pasaban a costar 6.900 ptas. frente a las 6.000 ptas. que costaba anteriormente). Ni siquiera las sucesiones transversales sufrieron una subida comparable a la experimentada por concesiones y rehabilitaciones de títulos. La subida se situó en torno al 25%: de 12.000 a 15.000 ptas. si no tenía Grandeza y de 32.000 a 40.000 ptas. para sucesiones transversales con Grandeza.

Además, se establecieron una serie de reglas que definían distintas reducciones para casos en los que la Grandeza se sentía especialmente reflejada. En primer lugar se estimaba como directa la sucesión entre hermanos de Grandezas o títulos que hubieran sido ostentados por los padres. Cuando se transmitieran dos Grandezas o un título y una Grandeza, la cuota sería de dos tercios por cada uno de los títulos. En caso de que fueran más, pagarían la mitad por cada título. Si alguien que tuviera un título o Grandeza recibía un nuevo título –excepto cuando fuera de nueva creación–, la cuota sería también de dos tercios. Si una Grandeza o título se transmitiese más de una vez en un periodo de cinco años, el impuesto sería el 50% del fijado⁶⁶.

Al mismo tiempo, las enmiendas propuestas por el duque del Infantado se incluyeron prácticamente al pie de la letra. Hacían referencia a reducciones del impuesto en circunstancias que, en muchas ocasiones, respondían a problemáticas propias de la Grandeza. En el Senado no hubo ningún movimiento más que hiciera intuir una mayor contestación por parte de los Grandes. La salida relativamente airosa que les ofrecía el aumento de las tasas pudo ser clave para entender su discreta oposición a algunos de los puntos que contenía. Por otra parte, su silencio también suponía estar de acuerdo con los aumentos tan importantes a concesiones y rehabilitaciones en general. Tampoco parecía importarles que el impuesto para las rehabilitaciones fuera mayor, lo cual contrastaba con su percepción de uno y otro tipo de ennoblecimiento. El principal problema que se le podía haber planteado a los

Diputación de la Grandeza cuando en 1919 se planteó el problema. DIPUTACIÓN PERMANENTE Y CONSEJO DE LA GRANDEZA DE ESPAÑA, *Memoria correspondiente al curso 1919-20*, Madrid, 1920, p. 42.

⁶⁶ *Ley reguladora sobre Grandezas y Títulos nobiliarios...*, 26 de julio de 1922, art. 8º, A), B), C), D) y E).

Grandes se solucionó en el mes de abril cuando la propuesta inicial de cobrar un impuesto anual a los títulos no pasó al proyecto de ley que se debatiría en las cámaras⁶⁷. Quizá esta conquista calmó sus posibles objeciones

Pero también cabía otra lectura. A la altura de 1922 el parecer de la Diputación de la Grandeza parecía no contar en las concesiones. Tras el Real Decreto de 1922 su dictamen en las rehabilitaciones no se había suprimido pero, como ocurrió con las concesiones hasta desaparecer, quedaba supeditado a la decisión del Monarca. La diferencia que explica cómo en un caso desapareció y en el otro se siguió emitiendo estaba en el origen previo de la rehabilitación. Era necesario analizar los orígenes del título y no había un sustituto fácil para la Diputación en este sentido. Es difícil valorar en qué medida la Grandeza se sintió postergada con el cambio que supuso el criterio sobre las rehabilitaciones. Sin embargo, la connivencia con la subida de las tasas pudo ser una demostración de su descontento. La subida del impuesto a quien afectaba realmente era a aquellas personas que recibían un título nuevo quiénes, lo estaban confirmando los hechos, cada vez se adaptaban menos al ideal que desde la Diputación se había intentado mantener. En cuanto a las rehabilitaciones, aún más penalizadas, la subida de las tasas se cernía ante todo sobre los que no tenían ningún título, porque los que ya ostentaban alguno tenían las ventajas propuestas por el duque del Infantado. Fuera una protesta ante los ennoblecimientos que se estaban otorgando o simple demostración de un interés muy particular, lo cierto es que no existió una declaración de ningún tipo ni ante el nuevo decreto de rehabilitaciones ni ante el impuesto sobre Grandezas y títulos. El progresivo orillamiento de la Diputación en estos temas siguió su camino y los Grandes no se sintieron aludidos.

Intentos aislados

La postura de la Grandeza ante las titulaciones siguió teniendo un tono bastante pasivo tras los cambios de 1921 y 1922. Durante 1923, el número de rehabilitaciones creció portentosamente pero no se dio una reacción de ningún tipo hasta el año siguiente. En cuanto a las concesiones, en 1923 siguió la tónica iniciada anteriormente. Los títulos otorgados ya no eran sometidos a ningún dictamen de la Grandeza. El

⁶⁷ Como se ha visto en el capítulo anterior, su queja contra Bergamín no supuso una especie de “liga de aristócratas” contra el ministro. La petición de los Grandes se centró sobre estos impuestos y sólo coincidía con las quejas sobre los cambios en otras tributaciones. Esa otra oposición tuvo una importancia mucho mayor.

Monarca se servía de otras vías para asegurar la pertinencia de la concesión. En los casos del marquesado de Mesada, condado de Garvey y condado de Torres de Sánchez-Dalp llama la atención como estos títulos se concedieron siguiendo una tutela muy directa de la secretaria regia.

En el primer caso, el trámite se inició tras una solicitud de una persona cercana a la interesada, María de la Concepción Quijano, a la altura de abril de 1921. El proceso se quedó ahí detenido y fue el propio Torres quien reactivó la cuestión en julio de 1922 solicitando a la inicial propulsora de la concesión el apoyo de una institución que avalara la concesión⁶⁸. Torres llegó a pedir en diciembre una nueva relación de méritos pormenorizada para tramitar el título. Por fin a principios de año, se envió el traslado del título⁶⁹. El condado de Torres de Sánchez-Dalp fue quizá más llamativo. En febrero de ese año, Torres escribió a Justicia, que en ese momento encabezaba el conde de Romanones, pidiéndole que se iniciaran los trámites de la concesión⁷⁰. Ésta se otorgó en el mes de marzo. El caso del condado de Garvey fue también significativo. Patricio Garvey solicitó al propio Rey la concesión de un título para él mismo. A parte de unos cuantos méritos bastante notables relacionados casi todos con Jerez, Garvey reconocía que su intención era la de “perpetuar un apellido que en mí se extingue”. Su petición estaba fundada también en los méritos de su familia pero, tampoco en este caso, se entendió que debía ser motivo de dictamen por parte de las instituciones competentes. Torres metió prisa en Justicia y tras un mes escaso, se envió el traslado reconociendo la concesión del título⁷¹.

Lo interesante de estas concesiones fue que en ese 1923 no hubo ninguna más. Los dos años anteriores el número de éstas había disminuido después de la explosión de 1919 y 1920. Sin embargo, tres concesiones era un número muy escaso, un tanto inusual. Por un lado, parece que, desde Palacio, hubo una intención clara de aminorar el ritmo de los ennoblecimientos a esas alturas. También daba la impresión de que existía una sensibilidad mayor hacia los pasos a cumplir en el proceso de ennoblecimiento. En

⁶⁸ *Carta de Emilio María de Torres a Dolores Pidal*, 17-VII-1922, marquesado de la Mesada, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/30.

⁶⁹ *Carta de Emilio María de Torres a la condesa de Gavia*, 14-XII-1922, y *carta de la marquesa de Mesada a Emilio María de Torres*, 6-I-1923, marquesado de la Mesada, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/30.

⁷⁰ *Carta de Emilio María de Torres al conde de Romanones*, 9-II-1923, condado de Torres de Sánchez-Dalp, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12437/21.

⁷¹ *Carta de Patricio Garvey a Emilio María de Torres*, 9-III-1923 y *carta de la sección del ministerio de Gracia y Justicia a Emilio María de Torres*, 6-IV-1923, condado de Garvey, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/3.

marzo, Torres se lo hizo ver así al ministro de Justicia, al señalarle: “sabe Vd. el deseo que tiene Su Majestad de que en las rehabilitaciones y concesión de nuevos títulos se proceda con un criterio de equidad”⁷². La insistencia en la equidad ponía de relieve un interés renovado por ser justos en las concesiones y rehabilitaciones. Es inevitable no preguntarse por la parcialidad que habría estado presente anteriormente si ahora se hablaba de “equidad”. Lo que sí parece evidente es que en Palacio interesaba una mayor “delicadeza” a este respecto, que estaba muy relacionada con la importancia definitiva que se había arrogado a esas alturas de los años veinte.

En esa misma carta al ministro de Justicia, Torres hacía referencia a una novedad burocrática. El secretario le pedía a Romanones que, a partir de entonces, le enviara junto con los documentos propios de las rehabilitaciones, una breve y clara información: origen y fecha de creación del título, nombre del último poseedor y “fundamente razones que se invocan por los que aspiran a estos títulos para solicitar a su favor la rehabilitación”⁷³. En realidad estos aspectos se tenían que tratar incluso más pormenorizadamente, según la Real Orden que especificaba lo dispuesto en el Real Decreto de julio⁷⁴. La novedad estaba en que era Torres quien pedía los datos, convirtiéndose Palacio en una nueva instancia en el trámite de las titulaciones.

Otra explicación al escaso número de títulos otorgado en 1923 fue la decisión del Monarca de suspender su concesión en la coyuntura del golpe de estado de septiembre. Esta pausa se puso de manifiesto en el proceso de rehabilitación del marquesado de Valfuerte. En julio de 1923, el conde de Plasencia escribió a Torres comunicándole que todos los dictámenes eran positivos y pidiéndole que el Rey se dignara firmar la rehabilitación. Torres, por su parte, confirmó estos extremos pero dejó pasar el verano. A mediados de noviembre escribió al conde,

“ya sabe con el interés que toma todos los asuntos que a Vd. se refieren, pero que en este caso no podrá acceder, desde luego a su petición, por haberse propuesto no

⁷² *Carta de Emilio María de Torres al conde de Romanones*, 21-III-1923, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/29.

⁷³ *Carta de Emilio María de Torres al conde de Romanones*, 21-III-1923, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/29.

⁷⁴ Real Orden dictando reglas para dar cumplimiento a lo prevenido en el artículo 18 del Real decreto anterior, 21-X-1922.

ocuparse hasta más delante de nada que tenga referencia con rehabilitaciones o concesiones de Títulos”⁷⁵.

La suspensión no era algo nuevo, ya se había producido una durante la campaña de Marruecos de 1921. A pesar de esto, también suponía una demostración más de que era el Rey quien llevaba la batuta. Eso sí, el *impasse* no fue muy prolongado ya que, a mediados de diciembre, se escribió al ministro de Justicia para pedirle que se pasara a regía firma el Real Decreto que ansiaba el conde de Plasencia⁷⁶. Era difícil frenar el ritmo de las rehabilitaciones que seguían pidiéndose con insistencia.

La calma aparente se rompió a principios de 1924, no tanto por la actuación de la Diputación como por la intervención de algunos Grandes aislados. Este fue el caso del duque de San Pedro de Galatino. A principios de año, se había decidido la concesión de la Grandeza de España para el conde de los Moriles, Juan Vitórica y Casuso. El conde había recibido su título en 1921 “por acuerdo del Consejo de Ministros”. En este caso, Torres recomendó a Vitórica ante el presidente Dato, llamando su atención por su labor como diputado en Cáceres y distintas obras de carácter social⁷⁷. La concesión no parecía especialmente singular con respecto a otras que seguían esta vía. Sin embargo, el otorgamiento de la Grandeza de España sólo tres años después de la concesión sí era una excepción. El duque de San Pedro entendió esto como una auténtica afrenta. Aunque, está claro, debía haber algún motivo personal, su argumentación procuraba incidir en la improcedencia de esta concesión. Eso sí, sus métodos no fueron muy ortodoxos.

A finales de enero el duque escribió al coronel Saro una carta con membrete del Senado. En realidad, la firma era de los “Grandes senadores” convirtiendo su opinión en la de toda la clase. El tono era de una dureza inusitada contra el Directorio, acusándole de ser el principal impulsor de la concesión.

“No hemos podido comprender porque razón no ha recomendado V. al clown del circo para que el Directorio le hubiese hecho General de Brigada. Ni V. ni nadie tiene derecho de imponer a nadie un pobre tipo de la naturaleza y ridícula

⁷⁵ Carta de Emilio María de Torres al conde de Plasencia, 17-XI-1923, marquesado de Valfuerte, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/45.

⁷⁶ Carta de Emilio María de Torres a Fernando Cadalso, 18-XII-1923, marquesado de Valfuerte, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/45.

⁷⁷ Carta de Emilio María de Torres a Eduardo Dato, 8-III-1921, condado de Moriles, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/58. Por otra parte, Vitórica había intentado conseguir un título nobiliario a mediados de 1912. Su solicitud pretendía que se le otorgara el condado de Murga. Vid. *Revista de Historia y Genealogía Española*, 15-VII-1912.

insignificancia del tal Vitórica y Casuso (hijo de la tienda de calcetines de la calle Montera).

Ya fue sobrado escándalo haberle hecho Teniente del Ejército, porque sin otro mérito que el de haber hecho un viaje a Melilla y haber almorzado con V., era demasiado escándalo, pero por fin, bueno está que ustedes los Militares, hagan de lo suyo mangas y capirotos. Lo que no admitimos ni será posible aunque tengan Vds. la fuerza en la mano es imponer a una colectividad como la Grandeza de España (que representa la historia de España) un mamarracho del calibre del tal Vitórica (el tipejo de la valla de la calle Cedaceros) que hace media docena de años le hemos visto aun con la vela en la mano en las capillas de Palacio”⁷⁸.

Para el duque no había ninguna duda de que la iniciativa la había tenido el Directorio. Hasta entonces Primo no había intervenido en ennoblecimientos de ningún tipo, pero esto no era problema para atacarle. Lo interesante del argumento estaba en el ataque a la falta de sensibilidad por parte de Primo: “creíamos que el marquesado de Estella siendo grande de España tenía por lo menos (aunque a vista) el buen sentido de no herir ni despreciar a sus amigos”. Crítica sangrante hacia el agraciado, ataque furibundo contra el criterio de los militares y lamento ante la actitud del que suponía uno de los suyos: toda una estrategia para conseguir lo imposible pues el Real Decreto de concesión de la Grandeza a Moriles se había otorgado dos días antes⁷⁹. Sin embargo, la carta no acababa aquí. Por último, el duque se permitió de nuevo representar a toda la Grandeza aludiendo a su principal función en el proceso de ennoblecimiento,

“Aprovechamos la ocasión para que pueda Vd. ser el intérprete ante el Directorio de la renuncia que hará la Diputación de la Grandeza de todos los derechos y preeminencias que le dio la Corona como Cuerpo asesor del Rey para la concesión de Títulos y Grandezas. Quedan de V. atentos pero no admiradores, Grandes Senadores”⁸⁰.

La carta del duque acabó en Palacio por lo que, posiblemente, el coronel se la hizo llegar al Rey. Sin embargo, la cosa no quedó aquí. El duque de San Pedro hizo otro intento a la desesperada por evitar la concesión de la Grandeza. A principios de febrero, escribió un telegrama a Alfonso XIII. En éste, haciéndose pasar por el propio conde de

⁷⁸ *Carta de los Grandes senadores a Leopoldo Saro*, 25-I-1924, condado de los Moriles, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/58. Subrayado en el original. “Llevar la vela en la capilla” parece que hace referencia a los asistentes que iban a ver a los Grandes y otros protagonistas del acto.

⁷⁹ *Real Decreto de concesión de la Grandeza al condado de los Moriles*, 23-I-1924, condado de los Moriles, AGMJ, leg. 133-1, exp. 1181.

⁸⁰ *Carta de los Grandes senadores a Leopoldo Saro*, 25-I-1924, condado de los Moriles, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/58.

los Moriles, manifestaba que hacía renuncia del título concedido, “ante la oposición que hacía de ello la nobleza”⁸¹. Tampoco en esta ocasión tuvo éxito el duque y, finalmente, se envió el traslado al conde después de haber abonado las tasas que, tras la aplicación del nuevo impuesto, ascendieron a 70.000 ptas.⁸².

Los ataques del duque tuvieron un carácter muy singular. Era un personaje importante en Granada, promotor de iniciativas industriales, gran terrateniente y, como se ha visto, de un carácter fuerte. Su intento no tuvo éxito y tampoco causó un revuelo especial en Palacio. De hecho, tras las acusaciones y maniobras se pidió un informe sobre el conde y sus méritos. Éste no distaba en nada de otras informaciones solicitadas para evaluar la conveniencia de la concesión de un título⁸³. Ni las quejas ni la petición de un informe supusieron retraso alguno en los trámites, lo cual confirma que la opinión del duque no pesaba y, sobre todo, su modo de proceder se consideraba inapropiado.

En un arranque de ira, tras su fracaso, el duque parece que renunció a su condición de gentilhombre de Palacio, a su pertenencia a la Diputación de la Grandeza e, incluso, se planteó marcharse a vivir al extranjero⁸⁴. También estas renunciaciones pudieron ser una reacción lógica ante la situación en la que había quedado, desacreditado en su actuar ante la Grandeza y el propio Rey. Sin embargo, la invectiva de San Pedro de Galatino, aunque aislada, fue también una demostración de que las concesiones de títulos no siempre eran a gusto de todos. La Diputación no intervenía desde hacía un tiempo, pero eso no significaba que se encontrara de acuerdo con el devenir de los ennoblecimientos.

La llegada del Directorio no fue un factor importante que cambiara ni la situación en el proceso de los ennoblecimientos ni la opinión de la Grandeza sobre el mismo proceso. Es cierto que, como en el caso de los Moriles, el Directorio apoyó

⁸¹ *El Defensor de Granada*, 7-II-1924, cit. en CORRAL LÓPEZ, Antonio, *El duque de San Pedro de Galatino. Prócer de Granada*, Granada, 1980, p. 153.

⁸² *Resguardo del pago de las tasas sobre la Grandeza añadida al condado de los Moriles*, 4-II-1924, y *Traslado del Real Decreto de concesión de la Grandeza sobre el condado de los Moriles*, 12-II-1924, condado de los Moriles, 12-II-1924, AGMJ, leg. 133-1, exp. 1181.

⁸³ La relación de los méritos del conde fue extensa. Se aludía a su profesión, agente de cambio, y a su licenciatura en Derecho. También se traían a colación sus medallas –Carlos III e Isabel la Católica, entre otras- y sus méritos “benéfico-sociales”. Se volvía a hablar de su condición de diputado por Cáceres. Además se incluían sus frecuentes donativos al cuartel de un regimiento en esa misma ciudad, de un dinero puesto en manos del Rey para que hiciera la donación que considerara oportuna y de su condición de miembro de la junta directiva de la Cruz Roja. *Informe sobre los méritos del conde de los Moriles*, s.f., AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/58.

⁸⁴ *El Defensor de Granada*, 8-II-1924, cit. en CORRAL LÓPEZ, Antonio, *El duque de San Pedro de Galatino. Prócer de Granada*, Granada, 1980, p. 154. Finalmente, parece que el duque no salió de España.

algunas concesiones de manera bastante clara. También ocurrió en algunas rehabilitaciones como la del marquesado de Aguilar de Vilahur, denegada unos años antes. En este caso, los informes habían sido contrarios a la solicitud en un proceso largo, con dictámenes y documentaciones añadidas a posteriori entre 1922 y 1923. Finalmente, se otorgó la rehabilitación en mayo de 1924 sin que, aparentemente, hubiera cambios de entidad en el proceso⁸⁵. No obstante, este caso y el propio de los Moriles no fueron la tónica dominante, que siguió las pautas iniciadas anteriormente. El Directorio, en este sentido, no difería mucho de otros recomendantes que solicitaron de Palacio la concesión de un título, antes y después de la llegada al poder de Primo⁸⁶.

La referencia que hizo el duque de San Pedro de Galatino a la condición de asesor de la Diputación de la Grandeza pudo ser nada más que una amenaza pero tenía su sentido. Sin embargo, quizá el duque no era consciente de la posición cada vez más secundaria en que estaba quedando la Diputación a este respecto. Si de algo eran muestra tanto la concesión de la Grandeza al condado de los Moriles como la rehabilitación del marquesado de Aguilar de Vilahur, fue del papel decisivo que jugaba el Monarca en concesiones y rehabilitaciones. Más que del Directorio, ambos títulos hablaban de la consolidación de esta forma de actuar en circunstancias cambiantes.

La queja aislada contra el otorgamiento de una Grandeza quizá no fue el detonante pero, finalmente, la Diputación de la Grandeza reapareció como algo más que espectadora de los cambios producidos. En julio de 1924, elevó a la consideración del ministro de Gracia y Justicia y del Rey un nuevo proyecto sobre rehabilitaciones de títulos que, por sí mismo, manifestaba su desacuerdo con el aprobado dos años antes. En realidad, la Diputación se había asomado de nuevo ya unos meses antes. En abril, dictaminó sobre la rehabilitación del condado de Vilanova de una forma singular.

⁸⁵ Los dictámenes: *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 22-I-1922; *dictamen de la sección del ministerio de Gracia y Justicia*, 22-IV-1922; *dictamen del Consejo de Estado*, 13-VI-1923, *Real Decreto de rehabilitación*, 24-V-1924, marquesado de Aguilar de Vilahur, AGMJ, leg. 158-1, exp. 1349. Es especialmente llamativo que el interesado pagara sólo 6.900 ptas. por la rehabilitación, acogiéndose seguramente a las tasas anteriores al haber iniciado el proceso hacía tiempo. Aún así, hay que destacar que éstas eran tasas de sucesión.

⁸⁶ Tampoco es esto excusa para olvidar los títulos que se concedieron a personas muy cercanas al Directorio durante este periodo: Saro, Berenguer, Gómez Jordana y Sanjurjo accedieron a un título en estos años. También tuvieron su importancia estas concesiones desde otro punto de vista: con ellos el Ejército se convertía en una vía de acceso a la nobleza. No obstante, ni fueron muchos ni fueron todos. En mayo de 1926 se hizo una petición para concederle un título a una persona de la significación de Severiano Martínez Anido sin que acabara en nada. De hecho era un título que ya tenía un titular. Marquesado del Castillo de San Felipe, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12433/39.

Aunque en ningún momento se opuso a la petición, cargaba la mano de una forma insistente en que la decisión última sobre la solicitud corría a cargo de Su Majestad:

“a reserva del juicio que merezca en cuanto a este extremo la persona del solicitante al Gobierno que es a quien corresponde apreciarlo conforme a las disposiciones vigentes y por lo demás según lo consultado y resuelto en casos análogos opina que si S.M. el Rey (q.D.g.) lo tiene a bien puede accederse a lo solicitado. V.E. no obstante con S.M. acordará lo más oportuno”⁸⁷.

El solicitante era Ramón Roselló, quien había entregado la documentación antes de la problemática de los decretos de 1921 y 1922. Sin embargo, aunque demostraba con múltiples documentos su parentesco con el primer poseedor, probablemente sus méritos de tipo económico –aunque también tenía de otro orden- hicieron que el dictamen de la Diputación tuviera ese tono ambiguo. Daba la sensación de que los Grandes querían poner de relieve su condición de actor secundario en estos temas, subrayando una y otra vez que la decisión definitiva estaba en manos del Monarca.

Por otra parte, también en abril parece que se opusieron a otra rehabilitación. La petición de Juan Peche y Valle no les pareció apropiada, a lo que el solicitante respondió aludiendo a su parentesco con importantes personajes del XIX “para que sirva de factor moral que esclarezca por completo mis circunstancias personales, poco conocidas como es lógico dada la insignificancia de mi persona”⁸⁸. El interesado había recibido dictámenes positivos del Consejo de Estado y del ministerio y, finalmente, esto le hizo acreedor del título. Sin embargo, la negativa de la Diputación y el recurso al pasado del solicitante recuerdan la importancia que daban los Grandes a estos aspectos.

En este contexto, en el que la Diputación asomaba de nuevo, se situó el proyecto mencionado. Venía firmado por el duque de Fernán Núñez, decano de la Diputación, y constaba de un breve prólogo y 22 artículos. En dicho prólogo se hacía referencia a que el proyecto se les había encargado. No hay constancia de este encargo ni por parte del Ministerio, ni de Palacio. Comenzaban insistiendo en que las rehabilitaciones tenían como objeto principal que no se perdieran títulos obtenidos por motivos gloriosos de la Historia. Esto era un clásico. Sin embargo, el duque añadía una reflexión importante. Para él, el aumento de las tasas sobre las rehabilitaciones no había tenido éxito en su

⁸⁷ *Dictamen de la Diputación de la Grandeza de España*, 9-IV-1924, condado de Vilanova, AGMJ, leg. 147-3, exp. 1272.

⁸⁸ *Carta de Juan Peche y Valle a Emilio María de Torres*, 8-IV-1924, marquesado de Molesina, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/39.

principal cometido: “detener las acometidas de la vanidad insaciable”. De hecho, había sido contraproducente en muchos casos ya que algunos que deberían pedir las no podían por falta de medios económicos. En este sentido, su criterio era claro:

“es indispensable dejar expedito hasta el límite máximo el derecho sucesorio en favor de aquellos a quienes legítimamente corresponda para evitar hasta donde sea posible que lo costoso de las rehabilitaciones les obligue al abandono de sus derechos en beneficio de los poseedores de abundantes medios económicos”.

Esta pretensión se reflejaba en distintos artículos. En el artículo 2º de su proyecto planteaban que no se diera por supuesta la condición hereditaria de los títulos por el simple hecho de su concesión en el pasado. En el artículo 10, proponían que sólo se pudiera solicitar un título vacante tras 30 años, publicándose un decreto en la Gaceta acerca de la petición. Al mismo tiempo, en el artículo 18, exponían que, si un expediente no avanzaba tras dos años en curso, se daría por desestimado. Otros artículos se mostraban reacios a la rehabilitación de títulos procedentes del extranjero, estableciendo límites como la demostración de la desaparición del vínculo con el territorio de procedencia. En general, eran propuestas que tendían a una mayor exigencia en los criterios relacionados con las rehabilitaciones. Para el duque las rehabilitaciones tenían una función muy importante y en esto,

“le apoya el sentimiento de la nacionalidad de los recuerdos honrosos del pasado, que es innegable contribuyen a conservar presentes la distinción nobiliaria que los personifica y se fortalece ese sentimiento si continúa desenvolviéndose de acuerdo con principios de justicia”⁸⁹.

Fernán Núñez introducía así la interpretación clásica de la Grandeza sobre las rehabilitaciones frente a la dinámica propiciada por el decreto de 1922. Por una parte, su proyecto entendía como fracasado el intento de convertir las tasas en instrumento para limitar las rehabilitaciones. En segundo lugar, derivado de esto, se encontraba su principal propuesta: que fuera el linaje, el parentesco, el elemento clave en este tipo de ennoblecimientos. La elevada tasa iba en contra de esta posibilidad, estaba claro. Pero, también y sin que lo manifestara explícitamente, la excesiva atención a la prerrogativa regia, a su capacidad plenamente potestativa –como decía el decreto del 22- de rehabilitar títulos era un límite a la importancia de la sucesión. Los artículos tenían

⁸⁹ *Prólogo, Proyecto de Real Decreto sobre rehabilitaciones de la Diputación de la Grandeza*, 18-VII-1924. AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/22. La firma correspondía al duque de Fernán Núñez ya que, tras la muerte de su madre, el marqués de la Mina había pasado a ostentar ese título.

también un carácter claramente restrictivo que conducía a limitar el número de rehabilitaciones (como, por ejemplo, el que llamaba la atención sobre lo hereditario de los títulos). Era una restricción que cuadraba con el interés de la Grandeza por privilegiar el origen de los títulos. Aunque siguiera siendo discutible, su insistencia en poner en duda la condición española de títulos concedidos en territorios españoles en el extranjero seguía también esta pauta.

Este prólogo tenía su colofón en la frase final. Para el duque, estaban íntimamente ligadas la distinción nobiliaria y los recuerdos honrosos del pasado que se “personifican” en el título. La justicia era la única forma de mantener unidos esos recuerdos y el título en cuestión. Aunque en los escritos que la Diputación elevó al Rey en 1914, 1915 y 1920 no se habló en ningún momento de las rehabilitaciones, su problemática había estado presente junto con la de las concesiones. El criterio de la Diputación sobre las rehabilitaciones –más o menos claro-, encontró en el Real Decreto de 1921 un aliado y, finalmente, quedó en un plano secundario tras el de 1922. Lo interesante no era que ese criterio, esa insistencia en el parentesco y el hecho glorioso no perdurara, sino que desde entonces estaba supeditada a la gracia real. Eso supuso que el criterio de parentesco elegido fuera una consanguinidad amplia, lo cual aumentaba las posibilidades para acceder a una rehabilitación con un parentesco lejano⁹⁰.

El proyecto de 1924 intentaba recuperar lo perdido insistiendo en la importancia del derecho sucesorio. El problema estaba en que la legislación recientemente aprobada iba en otra dirección. Sin embargo, en esa fecha se estaba produciendo una demanda de títulos muy elevada y esto podía hacer cambiar la opinión de Palacio. El bombardeo al que se veía sometido el Rey era insistente pero no hubo una intención clara de frenarlo. Se prefería tener manos libres aunque esto tuviera su precio, traducido en el ingente número de rehabilitaciones solicitadas –y otorgadas-. La referencia del duque de Fernán Núñez a los “principios de justicia” en los que debían entenderse las rehabilitaciones parecía tener el objetivo claro de reintroducir el principio sucesorio como criterio principal. Su intención parecía la de querer discernir desde la Diputación quien pudiera ejercer el mejor derecho sobre los títulos solicitados, al menos esto hacía pensar su insistencia en la preponderancia del derecho sucesorio.

⁹⁰ Por ejemplo, en el caso de la rehabilitación del vizcondado de Salinas, el solicitante –José María de Unceta- se sorprendió del dictamen negativo que recibió de la Diputación. Quizá tuvo que ver el parentesco aducido pues era décimo nieto de los cuartos abuelos del primer solicitante. Este título se rehabilitó finalmente. *Carta del marqués de Casa Jara a Emilio María de Torres*, XI-1923, vizcondado de Salinas, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/74.

Sin embargo, su proyecto era también reflejo de la situación de la Grandeza con respecto a los ennoblecimientos a esas alturas de los años veinte. En todo el proyecto no había ninguna referencia al tema de las concesiones, su caballo de batalla en las exposiciones de la década anterior. Ahora, esta guerra se daba por perdida, ni se comentaba. A pesar de todo, aunque un prólogo a un proyecto de ley no permitía el mismo tono que una exposición, recordaba bastante a aquellas críticas a las “acometidas de la vanidad” y a la confusión entre “el marco dorado y el valor de la pintura”. Quizá los Grandes habían renunciado a su papel en las concesiones, pero luchaban por mantener la distinción nobiliaria en los procesos de rehabilitación. No obstante había algo que no podían evitar: su progresivo apartamiento de los procesos de ennoblecimiento les restaba fuerza, ya no pesaba lo mismo su opinión que unos años antes. De hecho, su proyecto no tuvo ninguna repercusión, ni en los expedientes ni en legislación posterior. Si las exposiciones del 14 y del 15 –incluso la de 1920– tuvieron cierto impacto en el ánimo del Rey y las instituciones, ahora su llamamiento caía en saco roto.

En conexión con estos cambios se encontraban las tasas. El reciente aumento de 1922 se estaba convirtiendo en un problema: en algunos casos, agraciados con un título no podían hacer frente al pago del impuesto. Sin embargo, no fue la queja de la Diputación contenida en el prólogo de su proyecto de 1924 lo que provocó cambios en esta materia, sino la insistencia de una mujer empeñada en conseguir que a su marido no le cobraran la cantidad dispuesta en la ley de julio de 1922. En concreto, se trataba de la esposa del embajador de España en Gran Bretaña, Alfonso Merry del Val. A este diplomático se le había anunciado la concesión de un título a finales de diciembre de 1924. Da la impresión de que no estaba enterado del impuesto y, al caer en la cuenta del importante desembolso que debían hacer, su mujer escribió a Torres intentando parar por todos los medios la concesión⁹¹. Tras varias cartas más, también de su marido, Torres elevó una propuesta de Real Decreto al Directorio por la que se rigieran las exenciones de pagos. En ésta, Torres planteaba el problema,

“acaso haya llegado el momento para hacer un detenido estudio y encontrar un medio de que para casos de comprobada lealtad al Rey y de servicios muy relevantes a

⁹¹ “Al decir yo a Alfonso que aceptara el título, estaba yo muy ajena de que los derechos que eran de 12000 ptas. hace un año, son ahora de 12000 duros, y al enterarme con horror de esto por Luis Miranda, me he decidido a escribir a V. para ver si hay manera de parar la cosa”. Subrayado en el original. *Carta de María Alzola y González de Castejón a Emilio María de Torres*, 6-I-1925, marquesado de Merry del Val, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/29.

la Patria, tanto en el orden civil como en militar, pudieran dictarse disposiciones estableciendo que en estos casos especialísimos pudiera fijarse, a imitación de lo que se hace en la concesión de condecoraciones y otros honores, una tarifa reducida procurando así conciliar los intereses de Hacienda por lo que a este ingreso fiscal se refiere, con el laudable deseo de Su Majestad de que no queden, por las causas citadas sin efecto una merced que se ha dignado otorgar”.

Torres buscaba ser muy sutil en su propuesta porque comprendía el riesgo que se corría si no se definía bien el tema de las exenciones de tasas:

“naturalmente que, dado el afán desmedido que hoy existe, incluso en aquellos sectores del país que alardean de espíritu democrático, de obtener esta clase de mercedes sobre todo si se hallan en posesión de grandes fortunas, habría de estudiarse esta medida, inspirada en un criterio de justicia y de equidad, muy detenidamente, y caso de que se tomase algún acuerdo acerca del particular, habrían de fijarse muy bien los casos en que deba aplicarse la tarifa reducida para los derechos determinando las condiciones para apreciar la importancia de los méritos y servicios que se han querido recompensar con Regias mercedes y atendiendo también a la situación de los agraciados”⁹².

Finalmente se concedió la exención de tasas aunque con bastante retraso y tras varias cartas del interesado recordando este punto⁹³. En toda la gestión no hubo intervención de la Grandeza que, sin embargo, había apuntado algo similar en su proyecto sobre las rehabilitaciones. De hecho, también era significativo que las exenciones fueran para concesiones de títulos y no para rehabilitaciones como se había pedido⁹⁴.

El proceso de concesión y rehabilitación de títulos no varió de una forma clara durante 1925. En cambio, cuantitativamente se dio un descenso notable. Las

⁹² *Carta de Emilio María de Torres al Presidente del Directorio*, 10-II-1925, marquesado de Merry del Val, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/29. La carta de Torres se conserva copiada en un expediente a parte sobre la redacción de un real decreto para la exención de pagos sin mención al trámite del marquesado de Merry del Val. Cfr. AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/21.

⁹³ *Cartas de Alfonso Merry del Val a Emilio María de Torres*, 19-V-1925, 25-VI-1925, 28-VII-1925, marquesado de Merry del Val, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/29.

⁹⁴ Otra exención de tasas se aprobó sobre la concesión del marquesado de Valenzuela de Tahuarda. Fue un título concedido al descendiente de un militar muerto en la campaña de Melilla. También en este caso hubo gran insistencia sobre Torres, esta vez por parte de la madre del agraciado: “Mi nuera ha hecho una solicitud a S.M. sobre el pago de los derechos del título del niño. Son realmente enormes - ¡pasan mucho de once mil duros!- ---Como en casos análogos ha habido exención de Derechos, ella tiene esperanza que la bondad de S. M. iguale al niño a los otros que merecieron idéntica recompensa---”, *carta de Joaquina de Urzaiz a Emilio María de Torres*, 31-I-1925, marquesado de Valenzuela de Tahuarda, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/42.

rehabilitaciones aminoraron un tanto su ritmo y las concesiones se redujeron notablemente. Sin embargo, este descenso no estuvo motivado por ningún interés manifiesto. Desde Palacio pudo seguir aumentando la sensibilidad hacia el proceso de ennoblecimiento y los preceptos legales que lo definían, pero poco más. No había una intención más profunda que la de ser más cuidadosos, sin mayor complicación. Esto condujo a que en ocasiones se negara la posibilidad a alguna persona para, más tarde, aceptar su petición. Juan Claudio Rialp fue un ejemplo de esta situación. Solicitó la concesión de un título en 1924 y, con más insistencia, en julio de 1925. Primo había intercedido por él pero se le respondió que “todos los dichos centros juzgan como desproporcionado a los servicios la pretensión del señor Rialp”. Al propio Rialp se le respondió diciendo que “los centros son completamente desfavorables”⁹⁵. Pocos días después, el interesado escribió a Torres quejándose de la apreciación de los centros sobre sus méritos. A pesar del parecer tan claro de la secretaría real, de poco valió su opinión ya que el día 25, diez días después de la contestación negativa al interesado, se le concedió el título que había pedido. Eso sí, el solicitante dejó claro que no había pretendido con su queja ofender al secretario real⁹⁶.

Una mayor exigencia no tenía por qué suponer un cambio en el fondo del asunto. Otra intento aislado –como lo fueron el del duque de San Pedro de Galatino y el proyecto de 1924– lo confirmaba. En julio 1925 Antonio de la Cierva, duque consorte de Terranova y conde de Ballobar, escribió a Palacio. Se encontraba realmente dolido por el recurso que se había interpuesto con el objeto de ejercer el mejor derecho sobre su título de duque. Éste lo había tramitado Ricardo Ortiz de Zugasti. Aunque los tribunales no le habían dado la razón, la *Gaceta* había publicado el año anterior un decreto que habría un plazo para oír las distintas reclamaciones⁹⁷. También el aspirante había realizado varias gestiones para conseguirlo⁹⁸. Desde su punto de vista, el

⁹⁵ *Carta de Emilio María de Torres al marqués de Estella*, 14-VII-1925, y *carta de Emilio María de Torres a Juan Claudio Rialp*, 14-VII-1925, baronía de Rialp, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/56.

⁹⁶ *Carta de Juan Claudio Rialp a Emilio María de Torres*, 18-VII-1925, *carta de Emilio María de Torres a Juan Claudio Rialp*, 24-VII-1925, y *carta de Juan Claudio Rialp a Emilio María de Torres*, 28-VII-1925, baronía de Rialp, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/56. En este caso pudo pesar la intervención de Primo pero también del propio Rey a favor del solicitante.

⁹⁷ *Gaceta de Madrid*, 18-VII-1924, aquí se habla de la suspensión del proceso de rehabilitación. *Gaceta de Madrid*, 19-VII-1924, por la cual se habría un plazo hasta noviembre para escuchar los distintos puntos de vista.

⁹⁸ *Carta de Ricardo Ortiz de Zugasti a Emilio María de Torres*, 25-V-1925, ducado de Terranova, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/7. En esta carta, Ortiz pretendía que se cerrara la rehabilitación a su favor. No está claro cómo se había resuelto el proceso abierto por la *Gaceta*, pero esta carta da a entender que se inclinaba a favor de Ortiz. Aquí quedaba reflejado como la rehabilitación era sobre el ducado de Terranova y que luego se quería cambiar la denominación a Tallavía de Aragón.

problema estaba claro ya que el aspirante hablaba de un mejor parentesco que no se podía probar, al mismo tiempo que les acusaba de haber falsificado una partida bautismal para mejorar sus opciones⁹⁹. La queja del duque tenía distintos tonos. Desde uno más calmado: “la campaña de ese señor (...) nos ocasiona disgustos, gastos y preocupaciones sin cuento”. Hasta la expresión pura y simple de su enfado: “tan descendiente del Taglavia de Aragón es el señor Zugasti como pueda serlo yo del Emperador de China”. A parte de la argumentación sobre el parentesco, la queja del duque incidía en un aspecto muy interesante. El aspirante —el duque lo tenía muy claro— estaba apoyado por gente de peso. En otros documentos se podía entrever cómo le habían recomendado el marqués de Villabrágima y el duque de Pastrana. Esto le hacía pensar al duque que

“ya verá Usted como sus protectores, que todo el mundo sabe quiénes son y por qué le protegen, consiguen que el día menos pensado aparezca en la Guía Oficial como duque de Terranova y puede ser que no consiga yo hacer rectificar ese error, pues conozco un caso parecido”.

Atacando a los “protectores” el duque salvaba de alguna forma la posición del Rey. Acusaba al sistema, a la forma de actuar que se había ido definiendo con el paso del tiempo. Este argumento también pretendía poner de su lado al Rey, para ofrecerle después otra explicación sobre lo erróneo que sería otorgarle la rehabilitación:

“Pero hay una cosa que me duele más todavía y es el comentario público. No me gusta adular a nadie, y menos a S.M. el Rey, a cuyo servicio sabe Vd. que he consagrado lo poco que valgo y puedo. Me tiene, pues, que doler, como monárquico entusiasta que soy, el ver que sabiendo todo el mundo quien es el señor Zugasti, se haya visto S.M. impelido, por circunstancias que desconozco, a elevarle nada menos que a la Grandeza de España. Puede Vd. comprender la difícil situación que a mí y a otros de la clase nos puede ocasionar el encontrarle en Palacio”¹⁰⁰.

Fuera o no realmente digno de la Grandeza, el duque de Terranova acudía con mucha intención a lo inapropiado que sería otorgarle la Grandeza “sabiendo todo el mundo quien es el señor Zugasti”. Esta queja recordaba bastante al argumento de otro

⁹⁹ Aunque las quejas del duque se situaban en julio, la problemática era anterior. No se debe perder de vista que el ducado de Terranova lo había rehabilitado el padre de la duquesa actual en 1893. También es interesante que su marido recibiera el título de conde de Ballobar de su madrastra a quien, a su vez, se le había concedido en 1889 pero hasta 1903 no se le había otorgado el Real Despacho. Cfr. ATIENZA Y NAVA JAS, Julio, *Grandezas y títulos del Reino concedidos por S.M. el Rey Alfonso XIII*, Madrid, 1963.

¹⁰⁰ *Carta del duque de Terranova a Emilio María de Torres*, 12-VII-1925, ducado de Terranova, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/7.

duque, el de San Pedro de Galatino, sobre lo improcedente de la concesión de la Grandeza al conde de los Moriles. Después de la carta a Torres, el duque de Terranova escribió otra a Primo. Adjunto a dicha carta incluía un memorando que servía de resumen a sus argumentos y contestaba los expuestos por el pretendiente. Hablaba de varias lagunas en el parentesco aducido y sugería que una de las partidas matrimoniales presentadas podía ser falsa. Acababa, eso sí, haciendo declaración de su buena fe: “librenos Dios de dejarnos llevar por el apasionamiento en asunto que sólo nos guía el amor a la tradición y la justicia”. En la carta que presentaba su memorando, el duque recogía un caso de rehabilitación injusta, desde su punto de vista, comparándolo con su situación. Se trataba de la otorgada sobre el vizcondado de Termens por intercesión – según él- de D. Antonio de Orleáns para su amiga Dña. Carmela Jiménez¹⁰¹.

Finalmente, el subsecretario de Gracia y Justicia firmó un informe denegando a Zugasti su derecho a rehabilitar. Un día después, fue Primo quien confirmó el dictamen desfavorable sobre dicha rehabilitación¹⁰². Por lo tanto, el asunto quedó definitivamente cerrado, excepto por la carta que Ortiz de Zugasti escribió en la prensa manifestando su disconformidad con lo decidido¹⁰³. La chispa había vuelto a saltar ante una polémica sobre un ennoblecimiento. La Grandeza de España parece que no participó en el proceso aunque desde Palacio se pidió un dictamen al barón de Río Tovia –asesor de la Diputación- de forma confidencial del que no se tiene constancia¹⁰⁴. En esta ocasión, la intervención del interesado en el último momento impidió que se actuara en su contra.

Aunque pueda parecer contradictorio, por esas mismas fechas en que todo indicaba que la opinión de la Grandeza era secundaria, desde Palacio se echó la vista atrás para alabar su papel. Esta especie de nostalgia se debió al expediente de rehabilitación sobre el marquesado del Valle Siciliana. Este título lo solicitaba un español residente en Cuba a través de una prima suya. Esta señora acudió a otro familiar, Pablo de Churruca, que trabajaba en el ministerio de Gracia y Justicia para que

¹⁰¹ *Carta del duque de Terranova y memorando adjunto a Miguel Primo de Rivera*, 20-VII-1925, ducado de Terranova, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/7.

¹⁰² *Minuta del subsecretario de Gracia y Justicia*, 24-VII-1925, e *Informe desfavorable del Presidente del Directorio*, 25-VII-1925, ducado de Terranova, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/7.

¹⁰³ “Lo que nadie podrá arrebatar me es mi condición de heredero directo del fundador, que ha llegado hasta mí por una ley inmutable de sangre que transmite sus fueros en el curso de nuestras venas y contra lo que nada pueden la pasión ni la vanidad de los hombres”, *carta de Ricardo Ortiz de Zugasti* en el periódico *El Universal*, 6-VIII-1925, ducado de Terranova, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/7.

¹⁰⁴ Así se recoge en la relación que acompañaba al expediente, aunque no se conserva ningún dictamen o información posterior al respecto, ducado de Terranova, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/7. Río Tovia era Juan Barriobero y Armas que, recientemente había rehabilitado ese título.

intercediera por la rehabilitación. Desde su primera carta preguntando por el devenir del expediente ya le comunicaron que el dictamen de la Grandeza había sido negativo¹⁰⁵. Sin embargo, la intercesora fue perseverante y consiguió que distintas personas recomendaran la rehabilitación del título.

En esa situación volvió a escribir a Torres el 17 de septiembre. En su carta decía que había hablado con ciertas personas en situación parecida: la marquesa de Camarasa, que había sucedido en el ducado de Mandas, o el marqués de Piedras Albas, que tenía un pariente que había conseguido recientemente la rehabilitación del condado de Biandrina. Además, señalaba que en la rehabilitación reciente del marquesado de Molesina había ocurrido algo similar. Aunque reconocía que ella ya conocía el dictamen negativo de la Diputación, insistía en los méritos de la familia, en las otras recomendaciones y en que –esto parece la razón de todas sus apresuradas gestiones- sus primos iban a estar en España próximamente¹⁰⁶.

El día 23 la interesada volvió a escribir a su contacto en el ministerio, lamentando la negativa con la que se habían encontrado. Su queja, por escrito, reflejaba la contrariedad de quien no encuentra explicación a un desaire,

“no se trata de un improvisado, sino de un aristócrata de verdadera cepa, que pedía lo que tenía derecho en justicia. Sé que tiene parte de gracia y esta debe concederla el Rey, también sé que otros con menos derecho, han obtenido esa suerte y que otros muchos después de haber sido tildados del mismo modo por la Diputación de la Grandeza hoy están en posesión de sus títulos podría citar varios. ¿Y por qué esta vez no han de usar de la misma manera con tanta benignidad que las anteriores?”¹⁰⁷

Su razonamiento no dejaba de ser bastante similar al que podían haber ofrecido cualquiera de los implicados en los procesos de ennoblecimiento durante esos años. La contestación a su queja no fue directa. El general Weyler era una de aquellas personas que había intercedido por la rehabilitación y a él contestó Torres en una carta firme que hacía hincapié en aquella necesidad de ser equitativos puesta de relieve el año anterior:

“El que haya habido alguna trasgresión de las leyes o reglamentos que rigen la materia de rehabilitaciones, no autoriza para que se repita la excepción hecha en esos

¹⁰⁵ *Carta de Francisco García Goyena a Emilio María de Torres*, 11-VIII-1925, marquesado del Valle Siciliana, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/50.

¹⁰⁶ *Carta de Pilar de Insausti a Emilio María de Torres*, 17-IX-1925, marquesado del Valle Siciliana, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/50.

¹⁰⁷ *Carta de Pilar de Insausti a Pablo de Churrua*, 23-IX-1925, marquesado del Valle Siciliana, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/50.

casos, que por cierto la mayoría de las veces ha sido origen de disgustos y ha provocado críticas y censuras que deben siempre evitarse sobre todo teniendo en cuenta la calidad de las personas que median en la concesión de estas mercedes”¹⁰⁸.

Torres manifestaba en la carta que “no puede negarse que debe darse más crédito al dictamen de la Diputación de la Grandeza que viene a tener mayor competencia técnica en estos asuntos”. Una declaración rotunda y, al mismo tiempo, singular por la toma de postura a favor del dictamen de los Grandes.

Por aquellas mismas fechas, para avanzar en el proceso los interesados recurrieron al conde de Vallengano, experto –e implicado- en la materia. El conde recurrió al argumento de que el título solicitado no tenía un origen italiano tan claro, pues éste fue el motivo del dictamen negativo de la Diputación. Aludía al caso del marquesado del Vasto como un ejemplo similar. A la misiva de Vallengano, Torres respondió de una forma breve pero muy interesante por la defensa que hacía del dictamen de los Grandes,

“no pueden invocarse los precedentes que se aducen para hacer una nueva excepción, pues ya sabe Vd los disgustos a que dieron lugar el haberse prescindido en algunos casos de seguir el informe del citado cuerpo consultivo”¹⁰⁹.

Por el momento, la rehabilitación del marquesado del Valle Siciliana quedó aparcada. Dos años más tarde, en 1927, su reapertura fue reflejo del interés insatisfecho del solicitante al que no le valieron los razonamientos del secretario real. Mientras tanto, la aceptación del dictamen y la apropiación de los argumentos de la Diputación llamaron la atención pues eran algo poco usual en Palacio. Aún más singular era, sin embargo, el lamento sobre el modo de proceder que se había seguido en algunos expedientes. En las ocasiones en las que no se había hecho caso a la Diputación el principal implicado había sido el Monarca y esto no dejaba de ser contradictorio con el parecer de su secretario en este caso. Quizá fuera un intento de reconducir la situación. A lo mejor se trataba de una queja ante el resultado que había producido la insistencia en privilegiar la prerrogativa regia sumada a la solicitud masiva de títulos. Fuera lo uno o lo otro, no hubo ninguna consecuencia que pudiera demostrar que lo apuntado en este expediente iba a suponer

¹⁰⁸ *Carta de Emilio María de Torres a Valeriano Weyler*, 24-IX-1925, marquesado del Valle Siciliana, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/50.

¹⁰⁹ *Carta del conde de Vallengano a Emilio María de Torres*, 25-IX-1925, y *carta de Emilio María de Torres al conde de Vallengano*, 29-IX-1925, marquesado del Valle Siciliana, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12436/50.

un cambio, como tampoco lo supuso el proyecto de los Grandes¹¹⁰. No obstante, el proyecto de la Grandeza de julio del 24 y las quejas que puntualmente se oyeron ante algunos títulos polémicos sí influyeron en el modo de hacer del secretario. Aún así, la actitud de Torres fue bastante excepcional en este caso de Valle Siciliana. Su recurso al criterio de la Diputación en esta ocasión era paradójico, como lo era también la mayor exigencia que se estaba dando en Palacio en un contexto en el que la decisión del Rey era la definitiva.

En conclusión, aislados. Así parecían ser los intentos de algunos Grandes por preservar el ideal de la nobleza ante algunos ennoblecimientos concedidos entre 1922 y 1925. Aislada parece que fue también la aportación de la Grandeza con su proyecto de 1924. Aunque existe la impresión de que en Palacio comenzaba a cuajar un interés por respetar con más cuidado las leyes sobre ennoblecimientos, lo importante fue que este interés no procedía sólo de las llamadas de atención que recibían desde la Diputación, ni por parte de algunos Grandes. Ese interés era propio al fin y al cabo, aunque a veces se camuflara en una intención de respetar los criterios legales. Estos mismos podían ser, si no obviados, sí dejados a un lado a través de la prerrogativa regia. Esa mezcla se manifestaba en las negativas a peticiones como la del ducado de Terranova o el marquesado de Valle Siciliana y otros casos que acabaron positivamente, como el condado de los Moriles o la baronía de Rialp.

Analizados en perspectiva, estos años apuntan también cierta saturación. Da la impresión de que esto le ocurrió a la Grandeza que no intentaba mediar en exceso aunque no desapareciera del todo. El cansancio pareció llegar al propio Torres. Él no decidía sobre los títulos pero su papel era importante y negativas, recomendaciones y situaciones incómodas daban la impresión de hacerle efecto. Se estaba estableciendo cierto equilibrio entre la adecuación del aspirante a los criterios legales, el parecer del Rey y lo que se entendería como el criterio de la Diputación (a veces preguntándoles y otras veces sin hacerlo). Ese equilibrio lo marcaba Palacio pero, significativamente, se estaba consolidando a la vez que se producía una tendencia general a la baja en los ennoblecimientos. Ambos factores marcaron el final del Reinado.

¹¹⁰ Otro expediente similar fue el de la rehabilitación del marquesado de Morbecq. La duquesa de T'Serclaes lo había solicitado para su hijo pero se le contestó desde la Diputación que no procedía, aludiendo a que no había méritos por encima de las obligaciones propias. Esto produjo que la rehabilitación se retrasara de agosto de 1924 a abril del año siguiente y que Torres tuviera que aguantar el considerable enfado de la duquesa. Vid. *carta de la duquesa de T'Serclaes a Emilio María de Torres*, 7-VIII-1924, marquesado de Morbecq, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/57.

Últimos coletazos y un Estatuto Nobiliario

Durante los últimos años del reinado de Alfonso XIII la situación se definió por dos hechos en lo que respecta a los nuevos títulos. Por una parte, existieron una serie de propuestas para cambiar la legislación sobre la nobleza. La mayoría tuvieron que ver con la creación de una Comisión Heráldica y la redacción de un Estatuto Nobiliario por parte de esta comisión. Otras respondieron a la opinión que se pidió desde Palacio o al propio interés de distintas personas, algo que no cambió sensiblemente en este tiempo. En segundo lugar, este periodo se definió también por un menor interés en la obtención de títulos. Es importante señalar que este interés fue menor y se puede observar cuantitativamente, pero nunca desapareció ni siquiera en los días finales del reinado. Junto con este proceso, notable ya en 1925, se siguió dando una exigencia que se pretendía mayor que en otros momentos, más fundada, pero que dependía al fin y al cabo de la decisión real y no de los institutos.

En marzo de 1926, el barón de Río Tovia, asesor desde tiempo atrás de la Diputación de la Grandeza, fue recibido en audiencia en Palacio. Se pudo hablar de muchas cosas, pero lo fundamental fue la entrega de un proyecto sobre rehabilitaciones de títulos. Mucho más breve que el presentado por la Diputación en 1924, el proyecto de Río Tovia tenía un objetivo principal: limitar la rehabilitación de Grandezas única y exclusivamente a aquellos que ya tuvieran otra. En dicho proyecto, mencionaba que esta restricción pretendía evitar la multiplicación de las senadurías por derecho propio¹¹¹. El proyecto era muy sencillo en cuanto dejaba de lado las rehabilitaciones mayoritarias, es decir, las que no se referían a la Grandeza. Olvidaba todas las apreciaciones sobre el parentesco en las que se había incidido otras veces para ofrecer un punto de vista muy interesante para la Diputación de la Grandeza. Más que un proyecto era una propuesta, una petición al Monarca. Sincera o no su intención de cuidar las rehabilitaciones por su relación con las cámaras, era evidente el interés que esta restricción tendría para los Grandes¹¹².

¹¹¹ *Propuesta de Río Tovia sobre rehabilitación de Grandezas*, entregada en audiencia de 22-III-1926, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/27. En ese momento el Senado llevaba tiempo sin reunirse.

¹¹² Desde la publicación del decreto de 1912, la referencia a la representación de los Grandes en el Senado y las consecuencias que tenían concesiones y rehabilitaciones en este sentido, había sido un tema olvidado para la Diputación de la Grandeza. Como se ha visto, en el caso de la rehabilitación del marquesado de Laconi fue el ministerio quien sacó el tema del Senado para justificar la prudencia en los dictámenes. Vid. marquesado de Laconi, AGMJ, leg. 85-2, exp. 740.

Sin tener una relación directa con la audiencia de marzo, desde Palacio se acudió a Río Tovía unos meses después. Daba la impresión de que se estaba recurriendo a él para que diera su opinión sobre una serie de solicitudes de rehabilitación¹¹³. El barón escribió a Palacio respondiendo que era el Consejo de Ministros quien debía valorar los méritos relacionados con las rehabilitaciones, “en castellano claro cuando se trata de parentesco de sifón”. Al mismo tiempo, señalaba que

“Excuso decir que ese dictamen previo del Consejo de Ministros hasta ahora fue una fórmula nada más pero claro que en esos preceptos que cito se dice que es el Consejo de Ministros quien ha de examinar si los pretendientes tienen o no méritos extraordinarios”¹¹⁴.

La necesidad de probar y juzgar sobre los méritos era algo que se había vuelto a sugerir en el Real Decreto de 1922 pero que no se había planteado en las rehabilitaciones posteriores. En los expedientes se hacía relación de algunos méritos pero éstos no se juzgaban nada más que en Palacio. Por otro lado, la ironía de Río Tovía sobre el parentesco aducido por algunos era un reflejo del sentir de la Grandeza e iba en la línea de los intentos por restringir los grados de consanguinidad que habían fracasado definitivamente en 1922.

La referencia a los méritos tenía algo de inoportuna en 1926, pues esta temática parecía que era algo ya cerrado tras el decreto del 22 y la práctica instituida posteriormente. También era curiosa la restricción solicitada sobre las rehabilitaciones de Grandezas apenas tres meses antes. Aunque quizá no estuvieran relacionadas las intervenciones del barón, los títulos de los que se hablaba en junio se solicitaban con Grandeza de España, lo cual conectaba enseguida la propuesta de marzo y la carta de Río Tovía. Sin embargo, lo singular –y ambiguo al mismo tiempo- fue que en este caso desde Palacio se había retrasado la rehabilitación de los títulos para cerciorarse de los méritos y, en cambio, el barón daba su visto bueno a las rehabilitaciones con mucha rapidez. Así lo manifestó en otra carta a mediados de julio. En ésta comentaba que “debo decir que dentro de lo dispuesto por las leyes y preceptos vigentes no hay

¹¹³ Dos días antes se había escrito al marqués de Montefuerte diciéndole que el título que había solicitado para su hija política debía ser estudiado por el Consejo de Ministros para valorar sus méritos. Se trataba del ducado de Grimaldi. *Carta de Emilio María de Torres al marqués de Montefuerte*, 28-VI-1926, ducado de Grimaldi, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/11.

¹¹⁴ *Carta del barón de Río Tovía a Emilio María de Torres*, 30-VI-1926, consultas a Río Tovía, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/23. Subrayado en el original. El recurso a Río Tovía es en sí mismo muy relevante. La Diputación fue obviada y se acudió directamente a su asesor.

inconveniente alguno si el Augusto Señor lo tiene a bien en firmar esas rehabilitaciones”¹¹⁵. Además las comparaba con otras rehabilitaciones similares y decía que, si fuera necesario, podría dar más ejemplos.

Tras esta especie de fogonazo no hubo ninguna continuidad sobre la propuesta de Río Tovia. Mientras tanto, en 1926 se concedieron una serie de títulos en los que la Diputación de la Grandeza brilló por su ausencia. En estos se podía intuir la mayor exigencia promovida desde Palacio que ya se había apuntado anteriormente. En el caso de la concesión del vizcondado de Moreaga de Icaza, se escribió a uno de los que le habían recomendado pidiéndole “depurar lo más posible los merecimientos citados”¹¹⁶. Dicha concesión se firmó en marzo. A finales de ese mismo año, en el proceso de concesión del condado de Rodríguez San Pedro, la situación se repitió. La propuesta se había puesto en marcha como una iniciativa del obispo de Oviedo. Sin embargo, en diciembre se acudió al marqués de la Vega de Anzó con la intención de conseguir un segundo parecer que contrastara lo expuesto por el obispo. En la carta al marqués se le decía que se conocían sus méritos económicos y la personalidad de su padre, pero que necesitaban algún mérito concreto, pues “hoy se exige mucho más que antes, no sólo para la concesión de nuevos Títulos, sino incluso para las rehabilitaciones”¹¹⁷. El marqués respondió hablando de méritos de muy diverso tipo como donaciones, construcciones realizadas en Gijón a su cuenta y otras contribuciones benéficas. El marqués, haciendo propia la opinión de Torres, acababa diciendo,

“conoce V. mi criterio restrictivo en la concesión de toda clase de mercedes, singularmente las hereditarias; pero en este caso, teniendo en cuenta sus antecedentes familiares (...) no creo quepa una gran cruz, que ya posee Carlos; ni una llave, hoy quizá demasiado prodigadas”¹¹⁸.

Para este marqués, la figura de Rodríguez San Pedro sobrepasaba con sus méritos y con su origen los requisitos para obtener un título. Lejos de otras recomendaciones que primero pedían la concesión y luego “creaban” los méritos, ahora parece que se volvía a una visión de la nobleza bastante de acuerdo con los postulados de los Grandes. El título

¹¹⁵ *Carta del barón de Río Tovia a Emilio María de Torres*, 11-VII-1926, consultas a Río Tovia, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/23. Subrayado en el original.

¹¹⁶ *Carta de Emilio María de Torres al gobernador civil de Vizcaya*, s.f. (probablemente IX-1925), vizcondado de Moreaga de Icaza, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/62.

¹¹⁷ *Carta de Emilio María de Torres al marqués de la Vega de Anzó*, 27-XII-1926, condado de Rodríguez San Pedro, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/65.

¹¹⁸ *Carta del marqués de la Vega de Anzó a Emilio María de Torres*, s.f. (XII-1926), condado de Rodríguez San Pedro, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12435/65.

del condado de Rodríguez San Pedro se le concedió pocos meses más tarde, en marzo de 1927.

La mayor exigencia que se estaba instaurando pesó de una u otra forma en la drástica disminución del número de rehabilitaciones. También tuvo que influir un menor número de solicitudes. Las tarifas estarían presentes en la mente de muchos. En 1926 se concedieron tres rehabilitaciones: el marquesado de Sobroso, el del Casal de los Griegos y la baronía de Canet de Berenguer¹¹⁹. Hasta el final del reinado el número de rehabilitaciones otorgadas por año no sobrepasó las diez, modificándose la tendencia iniciada en 1922. En esta línea se encontró una carta dirigida por el conde de Vallengano a Torres. La escribió en abril de 1927. El motivo próximo era un artículo aparecido en un periódico americano en el que se hablaba de la facilidad que había en España para conseguir un título nobiliario. Según éste, se decía que “durante los últimos doce años muchos ricos españoles han comprado títulos a granel para satisfacer sus aspiraciones de grandeza”. Ante esta afirmación, Vallengano elevaba una enérgica protesta, llamando la atención sobre la necesidad de ser más exigente en estos temas como, en realidad, parece que ya estaban actuando en Palacio:

“de su lectura podrá V. apreciar el peligro de ciertas informaciones y la facilidad con que son acogidas, y como consecuencia de ello el desprestigio que cae en general sobre todos los títulos españoles al figurarse los extranjeros que se venden al peso como los artículos alimenticios”¹²⁰.

Junto a esta carta se incluye un documento interesante. Se guarda actualmente sin referencia y, aunque podría ser atribuido al conde de Vallengano, no sigue su parecer previo sobre la materia. Se trataba de otro proyecto de rehabilitaciones, fechado en septiembre. Sin embargo, antes de analizar este proyecto, es necesario detenerse en otra iniciativa promovida desde el Directorio.

A primeros de julio de 1927, se publicó una Real Orden por la cual se creaba una Comisión Heráldica. En la justificación se hablaba de los motivos que hacían oportuna la creación de esta comisión y, significativamente, de los primeros ninguno tenía mucho que ver con los problemas relacionados con concesiones y rehabilitaciones de títulos. Parece que el tema había pasado a un segundo plano. Se hablaba de la creación de la

¹¹⁹ Cfr. ATIENZA Y NAVAJAS, Julio, *Grandezas y títulos del Reino concedidos por S.M. Alfonso XIII*, Madrid, 1963.

¹²⁰ El recorte de prensa procede de *Interocean Press*, 8-III-1927. Sus palabras: *carta del conde de Vallengano a Emilio María de Torres*, 2-IV-1927, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/20.

orden del Mérito Civil, de la reforma de la orden de Isabel la Católica y de lo preciadas que eran las medallas al mérito militar “por el contraste al que se someten en su concesión”, como ejemplo al que tender. Sin embargo, finalmente, se aludía implícitamente al tema al referirse a “la reorganización de los procedimientos y reglas” que afectaban “a toda clase de honores, gracias, mercedes y títulos”. El fin de dicha reorganización sería “el mayor realce y la exacta valorización” de todos ellos. Para facilitar este propósito el Gobierno se proponía la recopilación:

“en una especie de compendio de novísima y revisada legislación, considerando incluidas en ese concepto también cuantas puedan relacionarse con Maestranzas, Órdenes Militares, Colegiaciones Nobiliarias, Títulos, Escudos y, en general, cuanto abarque la Heráldica en su más pura y amplia acepción”¹²¹.

Para alcanzar este fin, la Real Orden disponía que de distintas instituciones se nombrara un representante que trabajara en el proyecto. Se hablaba de la Diputación de la Grandeza, por supuesto. Pero también se incluía un representante de cada los ministerios implicados, de la Academia de la Historia, del Consejo de las Órdenes Militares, de las Maestranzas, del Cuerpo colegiado de los Caballeros Hijosdalgo de la Nobleza de Madrid y de la Orden de San Juan de Jerusalén. El plazo que se establecía para estos trabajos era de seis meses. Al final, como una especie de corolario, se planteaba que, a parte de la recopilación, se podrían proponer “modificaciones y aclaraciones que se estimen pertinentes para proceder a la refundición en un solo texto o código de estas materias”.

La creación de esta comisión puede ser objeto de confusión. En Italia una institución con el mismo nombre era el principal órgano asesor en cuanto a las concesiones de títulos. Como se ha visto, no era éste el objeto principal de la comisión creada por Primo. Por otra parte, la Comisión Heráldica avanzó a otro ritmo del propuesto en un principio. A finales de agosto se pospuso a octubre la constitución y el inicio de los trabajos de la comisión, probablemente debido a que no se había nombrado aún el representante del consejo de las Órdenes Militares¹²².

Fue en ese contexto dónde se situó un nuevo proyecto sobre rehabilitaciones llegado a Palacio en septiembre. Era aquel que parecía estar relacionado con la queja del conde de Vellellano de abril. El proyecto se entendía ante la posibilidad planteada por la

¹²¹ *Real Orden Circular* n° 655, 3-VII-1927 (*Gaceta de Madrid*, n° 186, 5-VII-1927)

¹²² *Real Orden Circular*, n° 1031, 20-VIII-1927 (*Gaceta de Madrid*, n° 235, 23-VIII-1927).

Real Orden que creaba la Comisión Heráldica, la cual hablaba de proponer modificaciones. Bastante breve y directo, este proyecto se refería a las rehabilitaciones exclusivamente y el motivo estaba bien claro: “(para que) al cabo de más de un siglo de caducidad, ostente, mediante la rehabilitación del Título mayor antigüedad en la nobleza que quien posee otro Título transmitido directamente de padre a hijos durante siglos sin interrupción alguna”¹²³. El articulado seguía esta perspectiva restrictiva. En el primer artículo se hablaba de la necesidad de ser descendiente directo del primer o del último poseedor, algo que había sido motivo de polémica el año 21. Se mencionaba también la obligatoriedad de recibir una serie de informes y, en el artículo tercero, se decía que en el caso de haber recibido algún dictamen negativo por parte de los institutos, la rehabilitación se consideraría una concesión. En este sentido, también se hablaba de que cuando se concediera una rehabilitación se debería consignar la fecha en que se había otorgado¹²⁴. El proyecto no tuvo ningún eco público y quedó a buen recaudo en Palacio. Sin embargo, fue una muestra más de las propuestas restrictivas que se habían sucedido desde 1924 por parte de la Diputación, del barón de Río Tovia y, ahora, de un redactor anónimo. La tendencia parecía coherente pero los medios eran cada vez más difusos y, sobre todo, carecían de una respuesta oficial. No obstante, daba la impresión de que era un ambiente que calaba en Palacio de una manera informal, que conducía a una mayor exigencia o a las consultas a un hombre como Río Tovia. Se seguía la línea trazada pero se huía del compromiso.

A finales del mes de septiembre, las Órdenes Militares ya habían elegido a su representante, el duque del Infantado. El duque, junto con el marques de Rafal y el marqués de Velilla de Ebro, fueron los únicos representantes de la Grandeza que participaron en la Comisión. Para febrero del año 28, la Comisión había tenido dos sesiones plenarias y se había dividido en cuatro subcomisiones. En primer lugar estaba la de Grandezas y Títulos, cuyo presidente era Infantado y en la cual también estaba presente Rafal. La segunda subcomisión tenía por nombre “nobleza, blasones y emblemas”. En ésta no había ningún Grande representado. La tercera se encargaba de lo referente a condecoraciones, honores y ceremonias y, por último, se encontraba la dedicada a órdenes militares y maestranzas. Esta subcomisión estaba presidida de nuevo

¹²³ *Proyecto de Real Decreto sobre rehabilitaciones de Grandezas de España y Títulos del Reino*, IX-1927, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/20.

¹²⁴ *Proyecto de Real Decreto sobre rehabilitaciones...*, IX-1927, art. 1º, 3º y 4º. AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/20.

por el duque del Infantado y de ella también formaba parte el marqués de Velilla de Ebro¹²⁵. Parece ser que las subcomisiones segunda y tercera ya habían realizado su trabajo, pero aún estaba pendiente de discutirlo el pleno de la Comisión. En un principio, enero de ese 1928 había sido la fecha prevista para la finalización del compendio. En abril se concedió una ampliación del plazo de seis meses para que la Comisión presentara su proyecto¹²⁶.

Las distintas comisiones terminaron su trabajo en el mes de octubre y hasta el mes de diciembre estuvieron debatiendo plenariamente el resultado de lo propuesto por cada comisión. Finalmente, en el mes de junio de 1929 se realizó una sesión final en la que se decidió por unanimidad la entrega del proyecto al Consejo de Ministros¹²⁷. Según el marqués de Ciadoncha, uno de los principales implicados y representante de los Reyes de Armas en la Comisión Heráldica, el proyecto fue estudiado por el Consejo de Ministros pero, aunque había recibido el visto bueno, no se llegó a aprobar públicamente¹²⁸.

La propia composición de las comisiones evidenciaba el papel secundario concedido a los Grandes en la redacción del Estatuto. La Diputación de la Grandeza tenía los mismos representantes que el ministerio de Trabajo, algo bastante significativo. A pesar de su escasa representación, el hecho fue que tomaron parte. Como era lógico, algunos de los capítulos aprobados en el proyecto de Estatuto les tocaron de cerca. El primero de ellos trataba sobre la Diputación de Grandes y Títulos del Reino. En éste y en el segundo capítulo se recogían los aspectos estudiados por la primera subcomisión, aquella en la que estaban Infantado y Rafal¹²⁹. El primer artículo ya introducía una novedad importante, al decidir que la Diputación de la Grandeza "se llamará en lo sucesivo Diputación de Grandes y Títulos del Reino, a todos los cuales representará oficialmente". Este cambio en la denominación conllevaba que los vocales de la Diputación pasarían a ser dieciséis, ocho Grandes y ocho Títulos sin Grandeza. El

¹²⁵ En la primera subcomisión estaban también Vicente Castañeda, Gonzalo Álvarez Mallo, el conde de Vallengano, el marqués de Montesa, Francisco de Campos Munilla y Rafael Boulet que hacía de secretario. *Revista de Historia y Genealogía Española*, enero-febrero 1928.

¹²⁶ *Real Orden Circular*, nº 758, 15-IV-1928 (*Gaceta de Madrid*, 21-IV-1928).

¹²⁷ Marqués de CIADONCHA, "Prólogo" al *Estatuto Nobiliario*, Madrid, 1945, p. XIV.

¹²⁸ "Una vez terminado, pasó al Consejo de Ministros, presidido por el mismo Marqués de Estella, creador de la Comisión oficial de Heráldica, donde fue estudiado y con acuerdo favorable iba a ser sancionado y publicado en la Gaceta, pero las circunstancias políticas no lo permitieron", Marqués de CIADONCHA, "Prólogo" al *Estatuto Nobiliario*, Madrid, 1945, p. XV.

¹²⁹ Las citas sobre el Proyecto están sacadas de la publicación posterior llevada a cabo por el Instituto Jerónimo Zurita

decano se llamaría ahora presidente, pero seguiría siendo un Grande. Las competencias de la Diputación no se modificarían y los estatutos tampoco. El cambio era notable¹³⁰.

El capítulo segundo era el que se encargaba de las “condiciones para la concesión, y normas que deben sujetarse las sucesiones en Grandezas y Títulos del Reino”. En este capítulo se introducían novedades importantes. El artículo 4º era el que se refería al tema de las concesiones. Tenía una primera parte en la que casi calcaba el artículo 2º del Real Decreto de 1912. En la segunda parte de este artículo se hablaba de los casos que en los que no estuviera de acuerdo el Consejo de Ministros:

“Fuera de estos casos, no se otorgará concesión alguna de esta clase, sino en virtud de expediente en que se acredite la existencia de méritos o servicios, no tan sólo del pretendiente, sino de sus antepasados, y que no hubieren sido premiados anteriormente (...); poseer 25.000 ptas. de renta anual como mínimo para los títulos del Reino y 50.000 para las Grandezas de España; y no tener tacha alguna que desmerezca de la alta consideración social que deben tener estas Dignidades. En estos expedientes se oirá el informe de la Diputación de los Grandes y Títulos del Reino, debiendo consultarse en todos los casos a la Sección de Títulos del Ministerio de Justicia y Culto, y a la Comisión Permanente del Consejo de Estado”¹³¹.

Además se incluía una de las reclamaciones primeras de la Diputación, ya que se definía que una vez aprobada la concesión debían publicarse los méritos, servicios y condiciones personales que hubieran conducido a la concesión, “sin que por ninguna causa deje de cumplirse este precepto”.

En cuanto a las rehabilitaciones de títulos, el Estatuto Nobiliario también tenía novedades que ofrecer. En ese mismo capítulo, en el artículo 15, se decía que

"siendo los títulos mercedes perpetuas, no se considerarán jamás caducados, pero los que los soliciten tendrán que pagar por derechos a la Hacienda tantas sucesiones, como generaciones hubiesen transcurrido desde el fallecimiento del último poseedor; computándose a este efecto tres generaciones por siglo”¹³².

En este sentido, también se manifestaba que, en el caso de no ser descendiente directo en segundo grado, debía probarse la pertenencia a alguna maestranza, orden

¹³⁰ La participación de los Títulos en la Diputación de la Grandeza fue algo planteado por Fernando Suárez de Tangil en su obra de 1914. Su participación en las comisiones pudo influir en este sentido. Cfr. SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio histórico-político y sociológico legal sobre las grandezas de España y títulos del Reino*, Madrid, 1914, pp. 70-1.

¹³¹ *Estatuto Nobiliario*, art. 2º.

¹³² *Estatuto Nobiliario*, art. 15.

militar o cuerpo nobiliario. Este artículo era muy genérico y, aunque no está clara su inspiración en los criterios de la Diputación, sí reflejaba la importancia esencial del parentesco, último punto de insistencia de los Grandes en aquel proyecto de 1924.

Sin embargo, lo más interesante del Estatuto fue que la inclusión en sus páginas de los puntos de vista de la Grandeza terminaba aquí. Obviamente su participación pudo influir en otros aspectos. Sin embargo, el Estatuto acababa aquí su referencia a los títulos y pasaba a detenerse en aspectos relacionados con la Heráldica y sobre todo con una serie de novedades introducidas siguiendo las propuestas del marqués de Ciadoncha, Rey de Armas y una de las personas que, con frecuencia, participaba en los expedientes sobre ennoblecimientos. En concreto se trataba de la aparición de instituciones como el Consejo Nobiliario y la inclusión de unos nuevos cuerpos de nobleza denominados como nobleza de sangre, nobleza de privilegio y nobleza personal. Si se comparan, los capítulos I y II referidos a concesiones y rehabilitaciones ocupaban un espacio muy pequeño en el conjunto del Estatuto¹³³. No fue casualidad que en los artículos mencionados sobre los títulos se añadiera que para acceder a una concesión había que demostrar ante el Consejo Nobiliario estar en posesión de “nobleza heredada” (algo que no era fácil de distinguir de la nobleza de sangre y que se refería a la condición noble de los apellidos).

En el breve preámbulo que abría el Estatuto se hacía una encendida defensa de la nobleza en su relación con la Monarquía: “la Nobleza no es en su esencia más que aquella clase social que a través de los tiempos se ha ido formando alrededor de las Monarquías”. Después se detenía lamentándose del poco cuidado que se prestaba a la nobleza en España y acababa reconociendo que uno de los primeros objetivos del Estatuto era el reconocimiento oficial de la nobleza no titulada. Desde su punto de vista, “no hay pues medio legal para quien siendo noble, quiera hacer ostentación de su calidad, como no sea Título”¹³⁴ y esto se debía remediar. De hecho, el análisis del Estatuto en su conjunto refleja cómo el ordenamiento de la nobleza no titulada es, no uno de sus objetivos principales, sino su principal razón de ser.

¹³³ El resto de los capítulos eran: capítulo III, De la Nobleza de Sangre y Privilegio; capítulo IV, Cronistas Reyes de Armas de Su Majestad; capítulo V, Impuestos sobre Grandezas, Títulos y demás dignidades nobiliarias; capítulo VI, Corporaciones nobiliarias oficialmente reconocidas en España; capítulo VII, Condecoraciones; capítulo VIII, tratamientos. Quince páginas para los dos primeros y ochenta y una para el resto, siendo el más largo el tercero (cincuenta y dos páginas).

¹³⁴ *Estatuto Nobiliario*, Preámbulo.

En cierta medida esto suponía una renuncia de la Diputación de la Grandeza. El espacio que se les había reservado en la composición de la Comisión Heráldica era menor, eso fue evidente. La conformidad sobre esta participación minoritaria es relevante. Pero aún llama más la atención la inclusión en el Estatuto de todo lo referido a consejos nobiliarios y noblezas heredadas que poca relación tenían con ellos. En principio, la Grandeza no se oponía a este tipo de cuestiones pero la intervención de esos consejos en aspectos tan propios como las concesiones de títulos sonaba muy raro. De hecho, bien pudo ser un pacto para introducir su punto de vista en lo referido a las concesiones de títulos.

El Estatuto Nobiliario nunca vio la luz. Por otra parte, la única consecuencia directa de la creación de la Comisión Heráldica fue la organización de un congreso sobre genealogía, nobiliaria y heráldica durante 1929. Este congreso tuvo un carácter eminentemente científico, con la participación de algunos expertos extranjeros y otros nacionales. La presidencia recayó sobre el marqués de Foronda pero la participación de otros Grandes fue nula¹³⁵. Desde el punto de vista legal el congreso tampoco tuvo ninguna consecuencia. A la escasa trascendencia de la Comisión Heráldica se debe añadir la nula implicación del Gobierno en cuestiones como la financiación del mismo. Ni siquiera las reuniones de la Comisión tuvieron lugar en una institución pública ya que los miembros de ésta se reunían en el palacio del infante Fernando de Baviera, presidente honorífico de la misma¹³⁶. La suma infructuosa de iniciativas como la Comisión Heráldica y el congreso organizado desde ésta pueden dar una visión errónea de lo que supuso para la Grandeza el proyecto de Estatuto Nobiliario. Aunque nunca se aprobara y la participación de los Grandes fuera relativa, la redacción del Estatuto plantea que la progresiva marginación de los Grandes del proceso de ennoblecimiento les condujo a una cesión en otros aspectos. La creación e institucionalización de una nobleza no titulada muy extensa iría en esa línea. Un intento similar a éste se planteó en la década anterior desde el Centro de Acción Nobiliaria del conde de Torres Cabrera. Aunque ahora no tenía la dimensión social que estaba en la mente del conde, la

¹³⁵ *Revista de Historia y Genealogía Española*, enero-febrero 1929. En una información sobre el congreso se señalaba que quizá hubiera hecho falta más tiempo para prepararlo. En éste, el conde de Vallengano leyó una propuesta favorable a la promulgación del Estatuto Nobiliario. En la edición del Estatuto de 1945, el marqués de Ciadoncha dijo que él había sido el promotor de dicho congreso junto con Vicente Castañeda, miembro de una comisión. Cfr. *Estatuto Nobiliario*, Madrid, 1945, p. XIII. El barón de Río Tovia tomó parte en la comisión organizadora del Congreso tras la dimisión del conde de Sástago, sin que se sepan los motivos del cambio. Cfr. *La Época*, 9-II-1929.

¹³⁶ Así lo expone el marqués de Ciadoncha, cfr. *Estatuto Nobiliario*, Madrid, 1945, p. XIII.

propuesta incluida en el Estatuto tenía muchos puntos en común¹³⁷. La Grandeza nunca participó en bloque –ni siquiera mayoritariamente– de los postulados del Centro. Ahora, daban su visto bueno al Estatuto Nobiliario que evocaba gran parte de lo planteado por Torres Cabrera.

En definitiva, la redacción del Estatuto Nobiliario y la situación del final del reinado en lo que respecta a los ennoblecimientos señalaban cómo la Grandeza de España había sido desplazada y su punto de vista contaba para poco. Este desplazamiento provocó que la propia Grandeza perdiese el rumbo y cediera en algunos aspectos que antes habían sido cuidadosamente defendidos. El Estatuto fue un ejemplo de ello, algunos ennoblecimientos del final del reinado también.

En 1929 y 1930 las concesiones y rehabilitaciones de títulos siguieron la tónica de los últimos años: menos ennoblecimientos, exigencia mayor y postergación de la Grandeza como asesora. En las concesiones otorgadas durante 1929 del marquesado de Luca de Tena, de las Taironas o de Olivart la Diputación brilló por su ausencia una vez más¹³⁸. Incluso cuando hubo algún expediente rechazado, la iniciativa surgió de Palacio antes que de la Diputación. Esto ocurrió con la propuesta del marqués de Foronda de otorgar al marqués de Caldas de Montbuy la Grandeza de España. Foronda trató de convencer a Torres hablándole de toda una serie de importantes donativos que había realizado el marqués de Caldas¹³⁹. El secretario tardó un tiempo en contestar. Cuando lo hizo, transmitió a Foronda el parecer del Rey: “conviene evitar el que la concesión de mercedes privativas de la Regia iniciativa, sean solicitadas personalmente o por Corporaciones y Entidades”. Esto, que ya suponía una apreciación llamativa conociendo el actuar de Palacio en la materia, concordaba con lo que seguía –que también sorprendía en pluma del secretario–:

“Por otra reconociendo los méritos y servicios del Marqués de Caldas de Montbuy, no parece justificada por ahora la concesión de la Grandeza, ya que ostenta solamente desde 1917 el Título de Marqués y si se quisiera remunerar nuevas

¹³⁷ Sobre el Centro se ha insistido especialmente en su dimensión política, pero también hizo algunas propuestas sobre asociaciones nobiliarias.

¹³⁸ Vid. marquesado de Luca de Tena, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/2, marquesado de Olivart, ídem, 12435/4 y marquesado de las Taironas, ídem, 12436/4.

¹³⁹ *Carta del marqués de Foronda a Emilio María de Torres*, 11-VII-1929, marqués de Caldas de Montbuy (petición de Grandeza), AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12433/3. Foronda hablaba especialmente de los donativos de Caldas para la Cooperativa de Casas Baratas de Militares de Barcelona.

intervenciones generosas de este Señor, pudiera proponérsele para alguna de las condecoraciones creadas a estos efectos»¹⁴⁰.

Este párrafo lo podía haber rubricado cualquier miembro de la Diputación de la Grandeza en los años diez. Sin embargo, ahora quien lo redactaba era el secretario del Monarca y sin ningún tipo de intervención de los Grandes. Esta sustitución tiene una segunda lectura. Se había iniciado mucho antes (ya se podía adivinar en 1919) y se había ido inclinando hacia la exigencia. Aunque Palacio parecía haberse apropiado de los criterios de la Grandeza, no se puede olvidar que esto sólo se producía en algunos casos. Es cierto que durante estos años los ennoblecimientos siguieron dándose a un ritmo contenido. Sin embargo, lo importante —quizá el Estatuto fue el último intento por cambiarlo, a costa de alguna que otra renuncia— fue que la prerrogativa regia conservaba todas sus atribuciones. Esta situación se había ido definiendo especialmente desde 1922 y, a la altura de 1929, parecía bastante consolidada y de difícil retorno.

El progresivo orillamiento de la Diputación en las concesiones de títulos también tuvo sus consecuencias. En este sentido estaría el pacto o renuncia que supuso el proyecto de Estatuto. Por otra parte, la atención dedicada por los Grandes a los ennoblecimientos en esa última época del reinado de Alfonso XIII también reflejó un interés bastante secundario por el tema. En 1929, en la memoria que redactó el decano de la Grandeza —marqués de Santa Cruz— sobre el año transcurrido, hacía una referencia a la Comisión Heráldica. Se hablaba de que se había propuesto al Jefe de Gobierno que se incluyera un tratado sobre precedencias que contemplara lo expuesto por el duque del Infantado debido a una polémica suscitada ese año sobre este tema¹⁴¹. Es decir, nada que tuviera que ver con lo expuesto en el proyecto de Estatuto sobre concesiones (ni tampoco sobre los cambios planteados en la composición de la propia Diputación). La participación escasa de la Grandeza en los ennoblecimientos iba paralela a una atención también escasa. Ahora ya no existían ni los intentos aislados.

Prolongar el estudio de la influencia o de la opinión de la Grandeza sobre los ennoblecimientos hasta 1931 sería redundante. No volvió a aparecer como un actor

¹⁴⁰ *Carta de Emilio María de Torres al marqués de Foronda*, 8-VIII-1929, marqués de Caldas de Montbuy (petición de Grandeza), AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12433/3.

¹⁴¹ *Memoria de la Diputación de la Grandeza de España. Año 1929*, 11-XII-1929. ADA, fondo D. Jacobo, caja 5. La propuesta del duque del Infantado se debió a que un príncipe extranjero residente en España quiso situarse por delante que algunos Grandes en un acto oficial. El texto del duque: INFANTADO, Duque, *Honores y prerrogativas de los Grandes de España*, Madrid, 1928. En el Estatuto no se incluyó nada con referencia a las precedencias pero sí sobre los tratamientos.

interesado en la materia. Como se ha visto, hasta el final del reinado se siguieron concediendo y rehabilitando títulos nobiliarios. Su número fue mucho menor que en algunos años de la década de los diez y de principios de los veinte. Una mayor exigencia al respecto tuvo que influir de alguna forma, al igual que las tasas aumentadas considerablemente en 1922. Esta menor intervención de la Grandeza, junto con una menor demanda y oferta de títulos, se dio en un contexto en el que la nobleza estaba pasando a un segundo plano desde el punto de vista social.

La lógica de los ennoblecimientos no respondía ya a los criterios de la Diputación, sobre todo, no era ella quien los dictaba. Ante esta postergación, la Diputación se fue distanciando, incluso renunció a seguir reclamando su papel en los límites que le estaban reservados. En esto tuvo una responsabilidad clara la Monarquía. La distancia no era una actitud ideal para hacer frente al desafío que debía afrontar la Monarquía, y también la Grandeza, a esas alturas de siglo. Al fin y al cabo, la nobleza y su concesión era un instrumento configurador de la sociedad beneficioso para ambos. Los desencuentros en su otorgamiento no fueron un buen aliado, contribuyeron a hacer inoperante esta herramienta en un contexto en el que por sí misma había ido perdiendo su atractivo pero, también, en un momento en que la sociedad le concedía un peso menor. La Grandeza se fue difuminando en los procesos de ennoblecimiento, a la vez que el atractivo que tenía conseguir un título nobiliario se fue esfumando. Este proceso no se entiende sin acercarse al peso social que fue perdiendo la nobleza y, especialmente, la Grandeza en los años veinte. Por tanto, los ennoblecimientos se presentan como un indicador clave del papel que tuvo la nobleza en la sociedad española del periodo, al mismo tiempo que condicionaron a la propia nobleza.

El análisis realizado para el periodo 1914-1920 y 1921-1929 señala como el papel ejercido por la Grandeza como juez en los ennoblecimientos se puede considerar una estrategia de distinción en el sentido que utilizó Pierre Bourdieu¹⁴². Supuso un intento de definir un prestigio social que, para ellos, debía fundarse preferentemente en la Historia, en la familia, en la Patria. Al mismo tiempo, quiso señalar los ingredientes que no debía tener ese prestigio o, al menos, sobre los que no debía gravitar. Su estrategia fracasó, principalmente, por el conflicto con otra estrategia de distinción, la

¹⁴² “Orientación de la práctica que no es ni consciente y calculada, ni mecánicamente determinada, pero es que es el producto del sentido del honor”, BOURDIEU, Pierre, *Cosas dichas*, Barcelona, 1997, p. 33. En este sentido su noción de estrategia coincide bastante con la actitud de la Diputación, pues por su parte no hubo cálculo, no había baremo para negar a unos u otros el título. Eso sí, existió una orientación clara.

del Monarca. Ambas no tuvieron necesariamente por qué chocar. Tampoco se concretaron al mismo tiempo: la estrategia monárquica se insinuó antes, ya en 1913, pero se definió más tarde, explícitamente en 1922; la posición de los Grandes fue bastante clara desde 1914. Lo que sí fue evidente es que, al entrar en conflicto, una fue apartada por la otra aunque no renunciara a seguir reclamando su papel, aunque cada vez con menos fuerza y coherencia. Una tercera estrategia sería la desplegada por parte de los aspirantes “burgueses”. Este segundo periodo en el proceso de ennoblecimientos hace patente como, más que una estrategia, se podría hablar de iniciativas de cierta burguesía que buscó ennoblecerse. Las leyes tuvieron un protagonismo clave para entender los momentos en que hubo mayor número de ennoblecimientos, como a partir de 1912 y justo después de 1922. Muchos de los nombres que han ido apareciendo al recibir un título tuvieron una relevancia innegable en la economía y la política del momento. Sin embargo, su acceso a la nobleza no se debió tanto a una estrategia propia –que nunca fue de todo un grupo social- como a la prerrogativa regia.

El enfrentamiento entre la visión de los Grandes y la del Monarca acabó por afectar a ese mismo elemento de distinción, a la condición de nobleza. Sin embargo, ese elemento de prestigio también estaba sufriendo un desgaste que no se puede explicar simplemente por el desacuerdo de los Grandes y el Rey. El estudio del papel desempeñado por la Grandeza como referente en la sociedad del momento complementa y da respuesta al estudio sobre la estrategia del ennoblecimiento.

Capítulo 7. LA PÉRDIDA DE UN REFERENTE.

Monte Cristo, aquel famoso cronista de sociedad, cambió de chaqueta en 1922. Después de muchos años escribiendo en *El Imparcial*, en ese año comenzó a publicar en *Blanco y Negro*. Durante un tiempo, al menos hasta 1923, compaginó las publicaciones en el semanario con algunas crónicas en el periódico. Este cambio dice mucho.

Su primer artículo fue, probablemente, el publicado en junio sobre la casa de los marqueses de la Mina. El marqués era por entonces decano de la Diputación de la Grandeza y uno de los miembros más reconocidos entre los Grandes. Era un artículo bastante breve en el que se incluían varias fotos. Hasta ahí no dejaba de ser un texto convencional sobre la casa de un personaje señalado. Sin embargo, coincidieron dos factores que lo hacían singular. Por una parte, el artículo no estaba firmado más que con un misterioso “XX”. La temática, sin embargo, recordaba mucho los artículos publicados hacía unos cuantos años por Monte en forma de libro y también aquellos otros que aparecieron en la revista *Gran Mundo*¹. Quizá los años que llevaba escribiendo en *El Imparcial* le hicieran difícil la “traición” y por eso no estampaba su firma. No obstante, el diario madrileño había cambiado en los últimos años y, sobre todo, había caído enormemente su público. Significativamente, esto se concretó en una dependencia mayor hacia Monte, quien publicaba más crónicas en esos comienzos de la década de los veinte que en un año mucho más “de sociedad” como 1914. La marcha de Monte no era cualquier cosa para *El Imparcial*².

Pero Monte tampoco era un colaborador cualquiera para *Blanco y Negro* y este es el segundo aspecto importante que dejaba entrever aquel artículo sobre la casa del marqués de la Mina. Desde su fundación, el semanario no había tenido una sección específica sobre la vida de sociedad del tipo que se estilaba en la prensa diaria. En sus páginas se incluían de vez en cuando acontecimientos típicos de esas crónicas pero ni había un redactor habitual, ni aparecían en una sección concreta. La inclusión de Monte Cristo en su nómina significaba un giro evidente. Pocos cronistas simbolizaban mejor que él la vida de sociedad y, lógicamente, su aparición en las páginas de *Blanco y Negro*

¹ Dicho artículo se titulaba con un significativo “Casas aristocráticas”, *Blanco y Negro*, 11-VI-1922. Aunque la madre del marqués había fallecido en 1921 aún se le denominaba como marqués de la Mina y no como duque de Fernán Núñez, como le correspondería. El libro de Monte: MONTE CRISTO, *Los salones de Madrid*, Madrid, s.f. En todos los números que se publicaron de la revista *Gran Mundo* entre marzo y septiembre de 1914, Monte incluyó un artículo sobre alguna casa aristocrática. Vid. por ejemplo, “El palacio de los duques de Luna”, *Gran Mundo*, 15-III-1914.

² En el mes de enero de 1914, Monte publicó catorce crónicas de sociedad. En enero de 1920 publicó veinticinco. Vid. *El Imparcial*, I-1914, I-1920.

supondría la irrupción de ese mundo a partir de entonces. O, al menos, esto sería lo lógico.

Tras los cambios observados en los años anteriores, la Grandeza parecía estar abocada a su desaparición en la prensa, de la vida social. Sobre todo, su sustitución como referente social parecía asegurada. Cuando en 1931 la República se instauró en España, su presencia en la vida social estaba muy difuminada, un perfil muy distinto era lo que llenaba las páginas de la prensa. Tampoco las actividades que hasta esos años veinte habían protagonizado aparecían en 1931, ni el ritmo de vida que habían marcado era el mismo que se reflejaba. A parte de la prensa, otras publicaciones que buscaban definir esa sociedad evidenciaron ese disolverse de los Grandes. No obstante, este proceso se produjo de una forma concreta, muy alejada de cualquier determinación previa. La misma aparición de Monte Cristo en las páginas de un semanario de la importancia de *Blanco y Negro* hace pensar que ese diluirse no tuvo que producirse sin más. Hobsbawm señaló el peso que las elites tradicionales jugaron en distintos países mientras se configuraban otras nuevas y la década anterior lo confirmaba en España³. Incluso en los años veinte llamaba la atención la persistencia, la elasticidad de los Grandes para seguir amoldándose a nuevas situaciones. Los motivos, las circunstancias y las decisiones que condujeron a la disolución de la Grandeza como referente en la sociedad constituyen el contenido de este capítulo.

Casas en la ciudad, casas en el campo.

A mediados de 1922 Monte Cristo comenzó a escribir en *Blanco y Negro* con cierta frecuencia. Tras aquel artículo sobre la casa del marqués de la Mina, aparecieron unos cuantos más. Unos años antes, la revista *Vida aristocrática* había publicado noticias con cierta extensión sobre algunas casas de miembros de la Grandeza. Allí no constituyeron una sección fija pero siguieron un esquema bastante parecido al que adoptó Monte. Sin embargo ni los protagonistas del cronista fueron los mismos, ni las páginas de *Blanco y Negro* eran las de *Vida*⁴. Aunque pudo haber cierta imitación por

³ HOBSBAWM, Eric J., "La fabricación en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914" en HOBSBAWM, Eric J. y RANGER, Terence, *La invención de la tradición*, Barcelona, 2002, pp. 273-318.

⁴ En *Vida* se trató de algunas residencias de Grandes en provincias, en concreto, sobre la del conde del Asalto y la de los marqueses de Benemejís de Sistallo. En esa revista esos artículos ofrecían una perspectiva renovadora al extender a otras regiones ese influjo de la Grandeza. Sin embargo, el resto de informaciones tenían una orientación marcadamente "de sociedad". *Vida aristocrática*, 10-VIII-1920 y 20-IX-1920.

parte de Monte en el origen –aunque él iniciara el género años antes-, sus artículos planteaban algo muy diferente.

El primero que se publicó con su firma se refería al palacio del duque de Tamames en Carabanchel. En esas páginas se hablaba principalmente de aspectos relacionados con la historia de la familia. El recuerdo de los años de esplendor del palacio durante el reinado de Isabel II abría el artículo. Después se hacía referencia al último duque, “cuya memoria es venerada en aquella casa”. Tras referirse a varios objetos artísticos que se podían contemplar, el autor terminaba con una referencia al lema del escudo heráldico: *potius morir quam foedari*, antes morir que mancillarse. Poco se decía sobre las reuniones que pudieran tener lugar en el palacio en esos momentos. Como mucho Monte señalaba, comparando la situación actual con el reinado de Isabel II, que la sociedad madrileña por aquel entonces no sólo se reducía a la aristocracia, también la formaban literatos, artistas y diplomáticos⁵. Sin embargo, comparaciones a parte, se estaba hablando de una residencia de un Grande, ensalzando la historia de la familia, señalándolos de nuevo como una referencia.

El número siguiente también recogió un artículo similar. De hecho, durante ese verano, casi todos los números de *Blanco y Negro* incluyeron una crónica de Monte. Sin embargo, y bien pronto tras la incorporación del cronista, el artículo no se refería en esta ocasión a ningún miembro de la Grandeza. Era de nuevo sobre una vivienda, pero se trataba nada menos que de un palacete en la Castellana perteneciente a una familia mejicana, los Beistegui. Esta familia se había construido una casa procurando copiar el estilo andaluz en sus patios y decoración, incluso en las plantas esparcidas por toda la vivienda. La misma presentación de su artículo evidenciaba el gran número de diferencias con sus páginas de la semana anterior:

"oculta entre las frondas del jardín que circunda uno de esos modernos palacetes de la Castellana que albergan a los favorecidos de la fortuna, álzase esta pequeña joya del arte español, que unos opulentos mejicanos, muy amantes de nuestra nación, concibieron y ejecutaron con entusiasmo de artistas"⁶.

Aquí, lógicamente, no había referencias a la Historia pero sí muchas alabanzas al gusto de la dueña de la casa. También se repetía en varios momentos que Sus Majestades habían visitado en cierta ocasión el palacete de los Beistegui. La aparición de personas

⁵ *Blanco y Negro*, 2-VII-1922.

⁶ *Blanco y Negro*, 9-VII-1922.

que no pertenecían a la nobleza fue algo frecuente en las crónicas de sociedad y tampoco era raro que procedieran de América y tuvieran importantes fortunas. Sin embargo, no dejaba de ser sintomático que en un artículo de más peso –no se trataba de un comentario, ocupaba tres páginas- los Beistegui tuvieran su hueco. Casi veinticinco años antes, Monte habló de algunos salones de Madrid. Aunque había casos en los que el título era muy reciente, los únicos a los que se refirió cuyos dueños no eran nobles fueron los salones de las embajadas⁷. Las cosas habían cambiado en esos años de forma clara y la prensa lo había ido reflejando. Lo revelador en este caso fue que Monte reconociera los cambios y, aún así, escogiera un formato tan clásico para referirse a estos nuevos referentes. Tampoco había que olvidar dónde estaba escribiendo Monte. Un artículo con estos protagonistas no desentonaba nada en la revista de Luca de Tena. La Historia y los antepasados no aparecían por ninguna parte, pero cargando la mano en el arte y en el buen gusto de la dama se conseguía un resultado similar.

Una semana después un artículo de Monte volvió a ocupar las páginas de *Blanco y Negro*. En esta ocasión se refirió de nuevo a una residencia de un Grande de España, en concreto, la del duque de Santo Mauro en Las Fraguas, cerca de Santander. Definitivamente, Monte iba a dedicar sus artículos a hablar de residencias fueran o no de la nobleza. Este hecho apunta una novedad importante ya que Monte renunció desde un primer momento a hacer una crónica de sociedad al estilo de las que había escrito –y seguía escribiendo por el momento- para *El Imparcial*. La actualidad quedaba en un plano muy secundario, fuera de quien fuera la casa a visitar. Esto se acentuaba en el caso de algunos personajes como Santo Mauro. Poco o nada se decía del actual poseedor del título y casi todas las menciones al duque se hacían refiriéndose al anterior⁸. En el caso de estos miembros de la nobleza, como ya había ocurrido con Tamames, la atención se centraba claramente en los antepasados.

En esta ocasión, algunos detalles sobre la construcción de la casa ocupaban mucho espacio en la crónica. En estos artículos Monte volcaba todo su saber, cultivado en su larga trayectoria como cronista. En esta ocasión, subrayaba la novedad que supuso en el valle del Iguña una construcción de estilo italiano –a partir de planos de un arquitecto inglés- como la residencia que se construyó el duque. Un poco más adelante

⁷ MONTE CRISTO, *Los salones de Madrid*, Madrid, s.f. Se hablaba de la embajada de Francia, Austria-Hungría, Italia o Alemania.

⁸ Santo Mauro fue mayordomo y caballerizo mayor de la Reina, entre otros cargos de Palacio. También fue reconocido por su influencia en la tendencia del Rey a veranear en Santander.

afirmaba que Santo Mauro mandó levantar una capilla copiando la Magdalene de París con el fin de donarla al pueblo vecino. Para acabar, añadió algo interesante: “hubo su campo de golf, sus courts para el tenis, sus praderas para el polo; todo lo necesario, en fin, para el cultivo de los modernos deportes”⁹. En el caso de Santo Mauro, Monte señaló elementos de modernidad junto con otros que manifestaban el amor por la tierra o la cercanía con el pueblo. Por último –esto se comenzó a convertir en una especie de firma de sus artículos-, concluía alabando a la duquesa viuda y a sus hijos, por la continuidad que demostraban con el legado de su padre.

La semana siguiente, Monte Cristo se asomó de nuevo a las páginas de *Blanco y Negro*. Otra residencia más, otra familia con Grandeza. Se trataba de los condes de Torre Arias y, la casa mencionada, una finca en Canillejas. Al mismo tiempo que se hablaba de la familia y algunos de sus antepasados, Monte hacía la genealogía de la casa, según había ido cambiando de manos: de los marqueses de Bedmar pasó a los marqueses de la Torrecilla y, ya en esta familia, había acabado en manos de la última de las hijas, la condesa actual. Al igual que en el caso de Santo Mauro, Monte también se refirió a los campos de deporte. Sin embargo, otro factor le llamaba más la atención:

"No falta en la Quinta la parte práctica, pues el conde de Torre-Arias, a semejanza de los grandes propietarios ingleses, no se limita en sus fincas a lo puramente decorativo o de recreo, sino que cuida con muy buen sentido de cuanto redunde en beneficio de la agricultura, planteando todos los adelantos de cultivos, maquinaria, etcétera, que su fortuna le permiten"¹⁰.

Aunque Monte no lo comentara, el conde era uno de los Grandes con más tierras de toda España: esta referencia a sus ocupaciones, a su preocupación palpable por la agricultura no era casual¹¹. La referencia a la dedicación al campo, al fin y al cabo su fuente de ingresos, resultaba algo así como una rara excepción en comparación con las otras crónicas de Monte. De hecho, siguió siéndolo. Durante ese verano, el cronista publicó varios artículos más sobre residencias y tampoco hubo en ellos una especial atención hacia los trabajos u ocupaciones económicas de sus dueños. No se trataba de hacer una reivindicación del papel de la nobleza, Monte no tenía esto en mente. Más

⁹ *Blanco y Negro*, 16-VII-1922.

¹⁰ *Blanco y Negro*, 23-VII-1922.

¹¹ Como se ha visto, según el Instituto de Reforma Agraria, en el momento en que se plantearon las expropiaciones a la Grandeza, el conde era propietario de 13.624 hectáreas. INSTITUTO DE REFORMA AGRARIA, *La Reforma Agraria en España. Sus motivos, su esencia, su acción*, Madrid, 1937.

aún, si con sus artículos procuraba reivindicar, su opción era insistir en la Historia, en los antepasados, en el arte y el buen gusto desplegados por los dueños de las casas.

El artículo siguiente, también en el mes de julio, reveló otro elemento clave tras los trabajos de Monte. En esa ocasión, la residencia visitada era la de los condes de Finat en Toledo. La finca se llamaba “El Castañar” e impresionaba por sus dimensiones, pues se decía que llegaba a las 11.000 hectáreas. Sin embargo, lo que centraba la atención del cronista era la residencia en sí:

“Los actuales propietarios, condes de Finat mandaron edificar, hace algunos años, un magnífico palacio, bajo la dirección del arquitecto Saldaña, inspirado en sus similares de Inglaterra y Francia, y muy especialmente en el famoso de Walter Scott. Altas Torres y elevada mansarda forman el artístico conjunto de la gran mole arquitectónica que se alza en el centro de la finca; mas si el estilo exterior en nada recuerda nuestras clásicas construcciones, poco apropiadas, por otra parte, a la vida campestre moderna, todo en su decorado interno reproduce las bellezas del arte español”¹².

Su descripción no difería mucho de la dedicada a otras residencias estudiadas las semanas anteriores, recordando una vez más el buen gusto del dueño al disponer de una serie de obras de arte. Los condes de Finat no eran Grandes, tampoco lo eran –ni mucho menos- los señores de Beistegui. Sin embargo, su origen distraía quizá de lo singular de su presencia en una crónica de Monte. Ahora se refería a unos condes y resultaba un tanto extraño en ellos la copia de un castillo neomedieval, estilo Walter Scott decía directamente, por uno de los arquitectos de moda entre la nobleza y la burguesía de Madrid¹³. Monte alababa esa audacia, al igual que lo había hecho con la residencia de Santo Mauro en la Montaña. El Castañar no era la Quinta de Canillejas ni el palacio de de Tamames en Carabanchel. Sin embargo, tenía hueco en la crónica de Monte. La Historia había sido sustituida por otros factores. Estaba el tamaño de la finca, los objetos de arte que habían reunido, incluso la amabilidad de los condes. Cuestionarse la procedencia de su aparición en la crónica no tenía mucho sentido fijándose en el origen de su título. Tampoco en su enriquecimiento basado en la compraventa de inmuebles en

¹² *Blanco y Negro*, 23-VII-1922.

¹³ Entre la obra de Joaquín Saldaña no se encuentran otros ejemplos de arquitectura historicista de este tipo. Si algo frecuentaba era la arquitectura afrancesada, de inspiración barroca y fachadas armoniosas que tanta fama le dio en Madrid. GONZÁLEZ-VARAS IBÁÑEZ, Ignacio, *Palacios urbanos. La evolución urbana de Madrid a través de sus palacios*, Madrid, 2010.

el barrio de Salamanca¹⁴. A la altura de 1922, estos asuntos eran cosa del pasado, ni se mencionaban en el artículo. De alguna forma, se puede decir que los Grandes estaban siendo sustituidos como referente, aunque se mantuvieran algunos de los aspectos que, tomados de ellos, habían suscitado tanto interés la década anterior.

Algunas de las crónicas que Monte publicó después constataron esta tendencia. En agosto de ese mismo 1922 se refirió al palacio de los condes de Casa Puente en Carabanchel, que en esos momentos ocupaba la condesa viuda. En este caso volvió a aparecer la Historia, pues parece que fue una finca regalada por Carlos III a Godoy. Sin embargo Monte no dudaba en comentar que últimamente se conocía como “villa Larrinaga” ya que este era el apellido del marido de la condesa, “opulento caballero” que compró la finca a Salamanca¹⁵. De nuevo, Monte sustituía a los Grandes. Esto no significa que desaparecieran. De hecho, las dos crónicas que siguieron a ésta se referían al duque de Aveyro y al duque de Riánsares.

En el primer caso se hablaba de “El Retiro” una finca en Málaga cuya casa principal habían restaurado recientemente. Algunas de las piezas artísticas que tenían allí los duques de Aveyro se las habían traído a Madrid, según comentaba. Por último, volvía a alabar a la familia del dueño¹⁶. En la crónica que dedicó al palacio de los duques de Riánsares, la estructura fue muy similar. En esta ocasión había que sustituir Málaga por Asturias y poco más, hasta el nombre de la finca era muy parecido: “El Recuesto”. Monte, eso sí, matizaba las diferencias al señalar que la nobleza asturiana había sido especialmente cuidadosa con sus posesiones, “amor al terruño” fue la expresión utilizada. Su benevolencia era lógica, ya que durante una boda en aquella casa decidió dedicarse a su profesión¹⁷.

Los Grandes seguían ocupando un importante lugar en las crónicas de Monte. La importancia que les daban esos artículos planteaba algunos interrogantes. Ahora era acompañada –a la misma altura- por otros personajes que en algunos momentos copiaban las pautas en las que Monte se detenía al hablar de los Grandes. Sin embargo, ocupaban un lugar por sí mismos. La casa de los Beistegui, el Castañar o villa Larrinaga se describían como lugares de arte, belleza e Historia, aunque fuera en menor medida.

¹⁴ MAS HERNÁNDEZ, Rafael, *El barrio de Salamanca*, Madrid, 1982, p. 149.

¹⁵ *Blanco y Negro*, 13-VIII-1922.

¹⁶ “Los duques de Aveyro, acompañados de sus hijos, el bizarro oficial de la Escolta Real marqués de las Nieves, las condesas de Cabrillas, Arenales y Portalegre pasan temporadas en la hermosa finca”, *Blanco y Negro*, 3-IX-1922.

¹⁷ *Blanco y Negro*, 10-IX-1922.

La elección de Monte no parecía inconsciente. Estaba presentando un panorama diferente que el propuesto en las crónicas típicas de la prensa de la década anterior. Después de estos meses en *Blanco y Negro*, dos factores llamaban la atención. En primer lugar estaba la dedicación exclusiva de Monte hacia las residencias. Las fiestas de las cuales había anunciado su eclipse paulatino ya no tenían el más mínimo espacio. La referencia a algunas reuniones que celebraban los condes de Casa Puente en su casa resultó, por excepcional, bastante llamativa¹⁸. Y no hubo más fiestas, ni bailes que no se refirieran al pasado. Cuando Monte habló unos años atrás de los salones de Madrid describió los interiores de aquellas casas, habló de su arte, igual que ahora. Sin embargo, las casas eran entonces escenario de una vida de sociedad de la que no había rastro en estos momentos.

No había salones pero tampoco había Madrid. En sus crónicas, Monte sólo recogió propiamente una vivienda situada en Madrid, la que ocupaban los Beistegui en la Castellana. Algunas estaban situadas en el entorno de la capital, como en los casos de Canillejas y Carabanchel. Mucho más lejanos se encontraban Santander, Málaga o Asturias. En cierto sentido la aparición de las provincias en un artículo de un cronista, así como la ampliación de los referentes cuadraba mucho con la condición de “proyecto nacional” que había definido a *Blanco y Negro* desde su creación. Proyecto que abarcara todo el país, no sólo Madrid. Proyecto que llegara a grupos sociales variados, definidos ideológicamente en una serie de elementos claros. Esto también explicaba la inexistencia de una crónica social como tal hasta ese momento en el que, además, en la prensa diaria parecía estar en retirada. Según Bussy-Genevois, en *Blanco y Negro* la idea fue centrarse en la aristocracia del talento, ser vitrina de la burguesía nacional¹⁹. En este sentido, la aparición de Monte Cristo no era algo inaudito, seguía en gran medida el esquema del “proyecto nacional”. El contenido de sus artículos, expuestos en la vitrina que era la revista, podía ser contemplado por aquella burguesía. Lógicamente no estaban al alcance de casi ninguno pero quizá en el arte, en la variedad regional, en los orígenes burgueses de algunos protagonistas se identificaban de alguna forma.

¹⁸ "Los condes de Casa Puente, amantes de la tradición, reúnen algunas veces en aquella residencia a la sociedad aristocrática, y mientras la juventud baila o recorre bulliciosamente las cuidadas calles del jardín que las flores embalsaman, las personas graves visitan detenidamente las estancias del palacio que fueron escenario ideal de algunas interesantes páginas de nuestra historia contemporánea", *Blanco y Negro*, 13-VIII-1922.

¹⁹ BUSSY-GENEVOIS, Danièle, *Le projet national de Blanco y Negro (1891-1917)*, Saint Denis, 2001, p. 22. ERESCEC, Collectif, "Blanco y Negro (1891-1910): la vitrine d'une nouvelle élite?" en AUBERT, Paul y DESVOIS, Jean Michel (pr.), *Les élites et la presse en Espagne et en Amérique latine*, Madrid, 2002, pp. 283-302.

Mientras, la crónica desaparecía del *Heraldo de Madrid*. Propiamente, las noticias de sociedad no habían dejado las páginas del *Heraldo*, el que si las había abandonado era Leon Boyd, el otro gran cronista²⁰. Sin embargo, su proyecto –*Vida aristocrática*– continuaba su andadura. Pese a los cambios que estaban produciéndose en la prensa que recogía noticias similares, *Vida* no había cambiado prácticamente nada. En su primer número de ese año se hablaba de la cuestación promovida por la duquesa de Alba para erigir un monumento a la condesa de Pardo Bazán. La condesa de Torre Arias y las 1.000 pesetas que había aportado ocupaban un lugar preeminente²¹. Cacerías, fotos de algunas hijas de Grandes o comentarios sobre la participación en las elecciones municipales por parte del duque del Arco o el duque de Medina Sidonia ocupaban sus páginas. También se confirmaba que las fiestas brillaban por su ausencia²².

Sin embargo, en junio se publicó un artículo que guardaba muchas semejanzas con los que muy poco después iba a publicar Monte en *Blanco y Negro*. Se trataba de una noticia sobre la reforma del antiguo monasterio de la Sisle en Toledo que habían llevado a cabo los señores de Pelizaeus. Era un artículo algo aislado pues no se publicaba una sección fija sobre residencias de la nobleza. Desde un principio llamaba la atención que la familia no tuviera ningún título. Sin embargo, su inclusión se justificaba rápidamente, comparando su interés por recuperar el patrimonio con el de algunas familias significadas:

"a la Almoraima, de los duques de Medinaceli; el Castañar, de los condes de Finat; la Ventosilla, de los duques de Santoña; Guadamur, de los marqueses de Argüeso; Guadalupe, de los de la Romana; Llodio, de los de Urquijo; las Fraguas, de la duquesa de Santo Mauro, y otras muchas más, habrá que añadir, en adelante, la Sisle. La historia y el arte, en feliz unión, proclaman allí, frente a la legendaria Toledo, la cultura y el buen gusto de sus propietarios"²³.

Las referencias que se tomaban eran casi todas residencias de Grandes de España. Estaban los duques de Medinaceli o los marqueses de la Romana. Sin embargo,

²⁰ Con mucha menor frecuencia que antes durante 1922 aparecieron algunas crónicas de sociedad. No estaban firmadas por nadie en particular pero aún conservaban un tono claramente heredado de Boyd. *Heraldo de Madrid*, 1-I-1922, 27-II-1922. Fue a partir de 1923 cuando las noticias de sociedad desaparecieron definitivamente del periódico, en una fecha muy similar a *El Imparcial*.

²¹ *Vida aristocrática*, 15-I-1922. La marquesa de Aldama a la que acababan de otorgar la Grandeza aparecía con una aportación de 500 pesetas.

²² *Vida aristocrática*, 28-II-1922.

²³ *Vida aristocrática*, 30-VI-1922.

si se profundizaba un poco, se caía en la cuenta que Llodio y Ventosilla no tenían un perfil “histórico”. Por otra parte, la aparición del Castañar y las Fraguas remitía a los artículos de Monte, aunque aquí no se sugerían los matices que él aportaría muy poco tiempo después. Ante todo, aquí pesaba el contexto en el que aparecía el artículo. Estaba claro que Pelizaeus y su monasterio eran algo distinto e, incluso, algunos de los modelos con los que se comparaba. Al fin y al cabo, se trataba de 1922. Aún así, el papel que se otorgaba a la Grandeza no se veía modificado significativamente.

Unos meses después del verano en que Monte publicó sus noticias sobre residencias, en *Vida* aparecieron una serie de artículos que expresaron muy bien las diferencias entre las propuestas de una y otra revista. También eran artículos que se referían a casas, pero en esta ocasión lo que se estudiaban eran las casas nobiliarias: los orígenes, algunos antepasados especialmente notables y, también, detalles sobre distintas circunstancias de los poseedores actuales de los títulos. Cuando apareció el primero de estos artículos se anunciaron como una serie. La firma al pie no era conocida –Diego de Miranda–, quizá un pseudónimo. Lo que no dejaba lugar a dudas eran las familias elegidas en sus primeros trabajos: Villahermosa, Santa Cruz y Saavedra –uniendo los duques de Rivas y los marqueses de Viana-²⁴. No eran artículos con fotos o de una extensión llamativa. Solían ocupar una página e incluir el escudo de la familia en cuestión. No obstante, eran algo impensable en un semanario de información general como *Blanco y Negro*. En *Vida* tenían sitio informaciones de este tipo. No hay que olvidar que también lo tuvo el Sr. Pelizaeus y algunos más como él, no sólo se hablaba de los Grandes de España. Las dos publicaciones –*Blanco y Negro*, *Vida aristocrática*– podían contener elementos comunes pero, a pesar de ello, a nadie escapaba que en esos momentos, el modelo que transmitían no era el mismo y no sólo en los matices. Ambas publicaciones marcaban las distancias con sus contenidos. Algunos de sus autores, como Monte Cristo y Leon Boyd, hasta entonces tan próximos en la visión que ofrecían de la vida social, perfilaban las diferencias con sus noticias.

En otro espacio, próximo pero diferente como era *ABC*, Gil de Escalante volvió a firmar una crónica resumen de la vida de sociedad al acabar 1922. Si el año anterior se había confundido a la hora de señalar los actos que habían tenido lugar, ahora volvía a la carga con la idea recurrente de que la sociedad ya no se reunía más que para las

²⁴ *Vida aristocrática*, 30-X-1922, 15-XI-1922, 15-XII-1922.

bodas²⁵. Desde su punto de vista, poco o nada había cambiado la situación. Pero no estaba tan claro. A los cambios tan notables de los años anteriores en la vida de sociedad, esos que conducían a que “sólo se vieran en las bodas”, se añadían diferencias importantes en el papel de los cronistas. Sin duda, el debilitamiento de sus tribunas de opinión fue un factor clave. Ahora, sus tomas de posición ante esa nueva situación permitían enfocar el declive del modelo.

Contradicciones.

Durante los tres años siguientes la vida de sociedad que recogió la prensa vino marcada por una paradoja reveladora. Hasta 1923 casi todos los cambios que se habían producido en la prensa habían restado audiencia a la crónica de sociedad o habían ido en detrimento del modelo en que los Grandes eran referente. Curiosamente ese año ocurrió un hecho que parecía frenar la retirada imparable de ese modo de vida social. *Blanco y Negro*, el semanario de mayor tirada a nivel nacional, incluyó una sección fija directamente titulada como “La Vida Aristocrática”. La ocasión elegida para el estreno fue el nombramiento de nuevas damas de la Reina en enero de 1923. Todas ellas eran Grandes de España. Entre otras estaban la duquesa de Alba, la marquesa de Argüeso, la marquesa de Urquijo o la condesa de la Viñaza. De cada una se daba una breve información y de varias se incluía una foto²⁶.

Esta sección, sin embargo, no se consolidó en la línea que apuntaba, quedó en una simple llamada de atención al no pasar del mes de enero. La semana siguiente a aquel artículo sobre las damas de la Reina, “La Vida Aristocrática” volvió a aparecer. Ahora se hablaba sobre distintos retratos de las duquesas de Alba a lo largo de la Historia²⁷. El tono aristocrático se mantenía, pero no había actualidad por ninguna parte más que en la referencia a la duquesa actual. Su autor era Monte Cristo, quien se reafirmaba cada día como un cronista, no tanto de la vida de sociedad, como de sus casas y su pasado. El tercer artículo del mes de enero parecía recuperar el carácter propio de las tradicionales crónicas de sociedad al contar algo del momento. No obstante lo que se comentaba era una tarde de patinaje en el Palacio de Hielo, lugar

²⁵ *ABC*, 2-I-1923. En la misma línea, apuntaba que era muy difícil para un cronista en esos momentos escribir crónica de sociedad todos los días.

²⁶ *Blanco y Negro*, 7-I-1923.

²⁷ *Blanco y Negro*, 14-I-1923.

donde era difícil encontrar la exclusividad del modelo transmitido por las crónicas de unos años antes²⁸.

Finalmente, la sección que parecía haberse inaugurado con el año confluyó con los artículos que Monte Cristo había ido publicando en el verano anterior. De esta forma, Monte empezó a publicar casi semanalmente distintos artículos sobre “residencias aristocráticas”. En ocasiones se hablaba de la sede de alguna representación diplomática pero, casi siempre, el objeto eran casas particulares. Este esquema se consolidó durante ese año y continuó en 1924. A diferencia del verano del 22, las residencias que aparecían eran mayoritariamente madrileñas. Daba la impresión de que la intención de abarcar todo el territorio nacional había desaparecido. Sin embargo, la variedad sí se mantuvo a la hora de escoger a los protagonistas. Aparecían distintos personajes que no pertenecían a la Grandeza, ni siquiera a la nobleza, en compañía de otros que formaban parte de este grupo social. Nuevamente, tenían su lugar de una forma destacada y exclusiva. A diferencia de las crónicas en las que se asomaban o, muy raramente, encabezaban, aquí aparecían de igual a igual. Eso sí, lo destacado en unos y otros casos no coincidía.

Una de las primeras residencias de las que habló en el nuevo año fue la de los condes de Heredia-Spínola. Monte describía la residencia de estos Grandes hablando de las obras de arte que ocupaban sus estancias. También se detenía tranquilamente en su biblioteca. Por supuesto también había espacio para hablar de los antepasados de la familia. Una referencia singular se hizo a las distintas residencias que habían ocupado los condes. Se hablaba de una en la calle Hortaleza, otra posterior en la calle Fernando el Santo (se decía que ahora la ocupaban los marqueses de Casa Torres) hasta llegar a la actual en Marqués del Duero. En definitiva, se trataba de un artículo que resaltaba los elementos que mejor definían la casa de una familia de la Grandeza²⁹. Este artículo se parecía mucho al que un tiempo antes se había dedicado al duque de Tamames. Sin embargo, en este caso, llamaba la atención que no se hiciera ninguna referencia a la importancia empresarial de la familia de su mujer, los Zabálburu. La biblioteca ocupaba lugar, pero no el dinero con el que se habían comprado los libros.

²⁸ *Blanco y Negro*, 21-I-1923. Este artículo venía firmado al pie por un tal “M. de P.”, difícil identificar de quién se trataba.

²⁹ *Blanco y Negro*, 18-III-1923.

Muy parecido y, al mismo tiempo, bastante distinto fue el artículo que Monte dedicó a los marqueses de Urquijo. En éste, se volvía a hablar de una residencia en Madrid que pertenecía a un Grande de España. Había referencias al gusto de los dueños y, en concreto, a algunas importantes obras de arte que poseían —como una *Anunciación* de El Greco—. Por otra parte, lo que más espacio ocupaba en este artículo era la actualidad. Una actualidad que no era vida de sociedad, desterrada de los artículos de Monte desde que escribía en *Blanco y Negro*. Esa actualidad eran sus donativos a distintas obras de beneficencia y su relación cercana con Alfonso XIII, refrendada en las visitas a su finca en Llodio. Al fin y al cabo, Urquijo apenas contaba cinco años como Grande de España y no era tarea fácil remontarse mucho en el tiempo. Sin embargo, el autor podía haberse detenido comentando otro tipo de “actualidad”: su dedicación económica. En cierta medida lo hizo, pero para poco más que comentar el descanso que, ante tanta ocupación, encontraba en su amplia familia, después de volver a mencionar la extensa labor benéfica que desarrollaba³⁰.

Urquijo y Heredia-Spínola eran ambos Grandes de España. Estaba claro que el marqués de Urquijo lo era desde hacía muy poco tiempo, pero esto le daba también un interés particular. Monte hablaba de sus casas incidiendo en el arte, en el gusto. Aún más, se fijaba en ellas sin tener mucho en cuenta la importancia de sus dueños desde una perspectiva tan sugerente, tan “referencial” como podía ser la económica. Pero, ¿había alguien que desconociera su importancia en esos ámbitos? En ambos casos, el artículo definía sus viviendas con la palabra “hotel”. Fuera o no apropiada la denominación, daba un tono distinto a las páginas de Monte, más moderno. Pese a haber renunciado a una descripción explícita de la vida de sociedad, el cronista seguía ofreciendo modelos en sus páginas. Insistía en aspectos que venían de antes, está claro, pero los complementaba con otros factores diferentes. Otro caso paradigmático fue el del artículo sobre el hotel —otra vez se acudía a este término— de los marqueses de Villavieja. Una vez más, Monte se detenía especialmente en las obras de arte que había ido reuniendo la dueña de la casa y reconocía su valor de una forma singular, comparándolas con los trofeos que había ganado su marido jugando al polo: “no hay en estos tiempos un Bembenuto Cellini que cincele genialmente los premios del más noble de los modernos-deportes”³¹. Quizá omitiendo la mención a otros factores—como en el caso de Urquijo y Heredia-Spínola—, o comparando a peor —como en el de Villavieja— se

³⁰ *Blanco y Negro*, 15-IV-1923.

³¹ *Blanco y Negro*, 24-VI-1923.

resaltaba lo artístico o lo histórico del modelo. No obstante, todo iba unido en esos protagonistas de los que se hablaba, también el polo.

Un artículo a comienzos del mes de julio expresó muy claramente esa transformación. Se trataba del que Monte dedicó a otro hotel, el de Juan Manuel Urquijo, hermano del marqués. Curiosamente, en este caso se hablaba desde un primer momento de las importantes responsabilidades del aludido desde el punto de vista empresarial y bancario. Monte no dudaba en resaltar su dedicación a la banca con su retórica habitual: “este opulento D. Juan Manuel Urquijo, (...) muy de mañana abandona el hotel en su lujoso automóvil para trasladarse al Banco Urquijo”. En estas páginas también se llamaba la atención sobre su aportación a la industria del cine, produciendo algunas películas que incluso se grababan en su propia vivienda. Por otra parte, había arte del que hablar y se aludía también a la decoración cuidada del hotel³². Pero en esta ocasión jugaba un papel importante la tranquilidad. Este conocido personaje vivía en la calle María de Molina, “una calle lejana, casi escondida”. En los jardines de un lugar tan apartado encontraba una paz que no podía lograr en los consejos de administración. La ciudad se estaba expandiendo a una velocidad imparable y Monte lo reflejaba en su artículo. Antes se había hablado de algunas residencias en Carabanchel o Canillejas pero esas afueras no eran lo mismo que la prolongación de la calle Serrano. Los personajes de los que se hablaba transmitían cambios interesantes en la sociedad del momento. No era igual hablar de un duque que de Juan Manuel Urquijo.

En realidad Monte optaba por hablar de ambos incluso en 1923. Apenas quince días más tarde de la aparición de Urquijo, Monte se refirió a una residencia bien diferente: el palacio de la duquesa de San Carlos, en la calle San Bernardino. Desde el lugar donde estaba emplazado a la mención de los objetos que ocupaban la casa, todo correspondía a un modelo de vivienda en el que la Historia, el arte o los antepasados estaban muy presentes. Una buena parte del artículo la ocupaba una amplia descripción sobre alguna de las hazañas de Álvaro de Bazán, el primer titular del marquesado de Santa Cruz. El mismo hecho de escoger a la duquesa de San Carlos y no a alguno de sus dos hijos –el duque de Miranda y el marqués de Santa Cruz- ya decía mucho, pues sobre

³² *Blanco y Negro*, 1-VII-1923. Monte hablaba de un retrato de la señora de Urquijo realizado por Álvarez de Sotomayor y de un retablo de Churriguera que presidía su capilla.

ellos se podía haber hecho referencia a su trabajo, sus tierras o aspectos más relacionados con la actualidad³³.

En las páginas que estaba ocupando Monte Cristo en *Blanco y Negro* tenían sitio personajes tan distintos como estos, Juan Manuel Urquijo o la duquesa de San Carlos. De fondo se mantenían algunos elementos que daban cierta cohesión. Se trataba del arte, del buen gusto para decorar sus residencias. Al margen de esta referencia recurrente, la aparición de estos personajes podía parecer contradictoria ya que su relevancia se basaba en aspectos muy diferentes (y Monte cada vez lo reflejaba más claramente). En concreto, su expresión a partir de la vivienda planteaba directamente algunas de esas diferencias: entre el hotel de María de Molina y el palacio de San Bernardino había algo más que distancia. Incluso en los casos en que se trataba a algunos Grandes –marqués de Urquijo o conde de Heredia-Spínola- se estaban valorando en la misma persona elementos muy dispares, aunque fuera implícitamente, pues en estas situaciones se prefería la referencia a la Historia o los antepasados.

La paradoja de *Blanco y Negro* no surgió finalmente por la inclusión de una crónica de sociedad a la antigua usanza, como parecía apuntar a principios de 1923 con aquella noticia sobre las damas de la Reina. La conjetura la planteaba el propio Monte. El año anterior la había incoado en sus artículos del verano, pero el peso de la revista pudo influir en la visión “regional” de la condición de referencia que se otorgaba a los Grandes. Ya apuntaba algo distinto entonces de lo que había hecho en *El Imparcial*, pero no el mismo cambio del que hablaban los artículos de 1923. En estos momentos, Monte ofrecía una visión de la sociedad en que la Grandeza perdía su condición de referente incontestado. Seguía estando presente pero había una competencia. Ese rival antes también existía pero respetaba su posición. Sobre todo, se le situaba en un segundo plano o, como mucho, se le presentaba acompañando a la Grandeza, compartiendo –y quizá copiando- las actividades que definían su puesto de privilegio. El cambio que supuso el paso de *El Imparcial* a *Blanco y Negro* fue importante. También la elección de un tipo de artículo en el que se hacía referencia a las residencias más que a la vida de sociedad. No obstante, la elección de personajes como Juan Manuel Urquijo y la atención a su trabajo, su inquietud sobre el cine o la visión que se

³³ *Blanco y Negro*, 22-VII-1923. De hecho uno de los únicos comentarios sobre la “actualidad” de la familia fue nombrar a los distintos hijos de la duquesa, además de los antes mencionados, la condesa del Puerto y la princesa de Metternich.

daba de su residencia quebraba el modelo que había perdurado en las crónicas de sociedad que, entre otros, el propio Monte había escrito hasta hacía muy poco.

En 1924 no hubo grandes cambios en la colaboración que Monte ofrecía en *Blanco y Negro*. Ese año el cronista dejó de colaborar definitivamente con *El Imparcial*. Quizá una de sus últimas crónicas trató sobre la visita de los Reyes de España a Italia en noviembre de 1923. En esa crónica Monte centró su atención en el papel del Rey, pero también hubo espacio para las celebraciones y banquetes que se hicieron en su honor. Allí los Grandes que le acompañaban volvieron a ocupar un lugar preferente. Monte habló de los trajes de las damas en la recepción en el Vaticano, dio una enorme lista de asistentes a la recepción en la embajada española y también habló de los invitados a la comida que el duque del Arco organizó en el palacio Brancaccio³⁴. En estas crónicas la Grandeza reaparecía con fuerza. Pero reaparecía a destiempo. No sólo porque la crónica se publicara casi con una semana de retraso, lo cual anunciaba el escaso interés del propio periódico que sí había publicado una información diaria de tipo político sobre la visita³⁵. También porque parecía algo tarde para que recuperara su papel en la sociedad, que desempeñaba en esta ocasión sólo por su cercanía con el Rey. A parte de aparecer a destiempo, también parecía desubicada. *El Imparcial* había ido renunciando a sus crónicas de sociedad y ahora no tenía sentido recuperar terreno (algo que pareció confirmar el fin de la colaboración de Monte, consumado en esas fechas).

Ahora también parecía desubicado el mismo Monte, lejos de sus residencias aristocráticas de *Blanco y Negro*. De hecho, sobre ellas siguió escribiendo sin solución de continuidad³⁶. Aquellas crónicas sobre la visita a Italia parecieron un epílogo de su etapa anterior. En sus artículos del año siguiente confirmó la nueva perspectiva de la sociedad que estaba planteando en *Blanco y Negro*. Una de las residencias que presentó en 1924 fue la de la señora viuda de Muguiro. “Entre las nuevas residencias que a la continua se levantan en Madrid, poblando sus barrios extremos de elegantes y artísticos hoteles, éste de doña Carmen Herrera-Dávila, viuda de Muguiro, es digno de especial mención”. Debido a una caída de su hija, “aquello (...) ha sido como la Meca de la sociedad elegante; todo el mundo aristocrático ha desfilado por la alegre terraza”³⁷. La residencia en cuestión estaba en una calle que ya había ocupado las páginas de sus

³⁴ *El Imparcial*, 24-XI-1923, 27-XI-1923, 28-XI-1923.

³⁵ *El Imparcial*, 21-XI-1923, 22-XI-1923, 23-XI-1923, 25-XI-1923.

³⁶ Pocos días antes publicó un artículo sobre la residencia de los condes de la Viñaza en Biarritz. *Blanco y Negro*, 11-XI-1923.

³⁷ *Blanco y Negro*, 8-VI-1924.

crónicas: María de Molina. Sin embargo, ya no se decía nada de la tranquilidad, ni se hacía mucho hincapié en la lejanía de su situación, como cuando se habló de Juan Manuel Urquijo poco menos de un año antes. Tampoco importaba que no hubiera ni una sola referencia a los antepasados de la dueña de la casa. Referencia que, eso sí, era amplia en lo que respecta a la decoración y a los distintos objetos de arte que la ocupaban, como solía hacer Monte. En definitiva, se reafirmaba en su nuevo planteamiento. La aparición de Monte en *Blanco y Negro* no reintrodujo el papel de la nobleza, de los Grandes en especial. En sus páginas parecieron difuminarse ante el empuje de otro modelo que obviaba muchos de los aspectos que les caracterizaban y que cronistas como Monte habían subrayado hasta hacía poco tiempo.

Mientras Monte seguía un camino singular, paradójico quizá a la vista de su trayectoria anterior, en *Vida aristocrática* vivían sus propias contradicciones. La principal se debía a la sensación de que, en gran medida, el tiempo no pasaba para ellos. Cacerías o fiestas, la Grandeza seguía ocupando un puesto destacado en todas ellas. En *Vida* las noticias que recogían parecían repetición de otras anteriores. Era el caso de una cacería regia en Moratalla o de ciertas fiestas en los palacios de Fernán Núñez y Medinaceli³⁸. En esas actividades la Grandeza hacía acto de presencia junto con otras personas, pero siempre desempeñando un papel protagonista. Estos eran los artículos principales de la revista y, por entonces, no se observaba un desplazamiento de su puesto privilegiado. Sin embargo, si la referencia parecía intocable, también es cierto que se introducían otros elementos en sus informaciones.

Un caso interesante fue la boda del duque de Almenara Alta con la “señorita Floridablanca”, hermana del conde. Al enlace, que tuvo lugar en mayo del 23, se le dedicaron las páginas centrales de la revista, recordando por momentos aquellas grandes bodas de 1920. No obstante, como si fuera una especie de postdata, se recogían tres enlaces más que habían tenido lugar en fechas cercanas. Se trataba de las bodas entre la señorita de González. Estrada y D. Enrique Valenzuela; entre la señorita. García Lomas y Cossío y D. Felipe Abella; y entre la señorita Villalva y el señor Armada y Rivas. Eran hijos de un senador, de un militar, de un diplomático... ninguno de ellos pertenecía a casas nobiliarias de cierta tradición³⁹. En este sentido, esta crónica reflejó bien como *Vida aristocrática* no era un reducto exclusivo de la Grandeza, ni siquiera de

³⁸ La cacería en *Vida aristocrática*, 30-I-1923; las fiestas en *Vida aristocrática*, 15-II-1923.

³⁹ *Vida aristocrática*, 30-V-1923. Don Felipe Abella, así se decía, era sobrino del conde de Fontao quien fue testigo en la boda. Ésta es el único rastro de nobleza claro que se puede apreciar en estas bodas.

la nobleza. Leon Boyd nunca había tratado únicamente de este grupo en sus crónicas y, de hecho, siempre había sido un poco más “abierto” que Monte Cristo. Sin embargo, el puesto de los Grandes aún parecía incontestable mientras que en los artículos de *Blanco y Negro* los “rivales” los estaban superando y, sobre todo, ofrecían un modelo alternativo que parecía aceptado.

Este esquema se mantuvo de otra forma en las intermitentes noticias sobre algunas casas nobiliarias que habían empezado a publicarse en 1922. Durante 1923 siguieron apareciendo en la revista, aunque una nota comenzó a dominar en ellas. Según se referían a casas con menor tradición histórica, los aspectos que predominaban en el análisis mencionaban más la actualidad de la familia en cuestión. Cuando en febrero se publicó un artículo sobre el ducado de la Victoria, la mayoría de las referencias aludían a la labor benéfica que la duquesa llevaba a cabo entre los heridos en la guerra de África y a la condición de militar del duque actual⁴⁰. Cuando, al inicio del año, se dedicó un artículo a los condes de Sástago, la nota dominante también fue el presente de la casa, dedicando algo de la crónica a mencionar objetos artísticos que conservaban en su palacio⁴¹ —aunque no se tratara propiamente de una información sobre el Palacio de Luna—. Significativamente, el artículo que hablaba del marquesado de la Torrecilla se titulaba “los Salabert”, prefiriendo el apellido al título a la hora de hablar de la casa⁴². Otro de los artículos de Diego de Miranda se dedicó a la casa de Salamanca. Aunque el autor recogía muchos detalles del famoso banquero, la dimensión histórica del artículo quedaba matizada por la evidente escasa antigüedad del título en cuestión⁴³.

En esta línea también estuvo la página dedicada al marquesado de Estella en el número que siguió al golpe de septiembre. La postura de la revista hacia el dictador quedaba fuera de toda duda, pero no se abundó en cuestiones políticas. Prácticamente todo el artículo hablaba de sus hazañas militares, aunque también se hizo mención a algunas colaboraciones en la prensa⁴⁴. Sin embargo, igual que se escogió Estella en septiembre, la elección que se hizo en el primer número de diciembre fue el condado de la Viñaza. La visita del Rey a Roma y el papel que el embajador en la capital italiana desempeñó en ésta también era un acertijo de fácil solución para entender los motivos

⁴⁰ *Vida aristocrática*, 28-II-1923.

⁴¹ *Vida aristocrática*, 30-I-1923. Se hablaba, como casi siempre en estos casos, ahora con un toque más actual, sobre la familia que lo ostentaba, centrandó su atención en la condesa de Alcubierre.

⁴² *Vida aristocrática*, 15-II-1923. Con esto abarcaba desde el marqués de la Torrecilla al duque de Santo Mauro.

⁴³ *Vida aristocrática*, 15-IV-1923.

⁴⁴ *Vida aristocrática*, 30-IX-1923.

del artículo. No pesaba tanto lo político como la actualidad de la casa en cuestión. Eso sí, actualidad que venía matizada por la Grandeza que, vieja o nueva, siempre ostentaban los protagonistas de la sección⁴⁵.

En este sentido, la opción de Leon Boyd quizá no fue absolutamente inmovilista. Los protagonistas, salvo excepciones, seguían siendo en su mayoría nobles y, como gran referencia, los Grandes, pero también había cierto cambio en los temas que se trataban. La fiesta seguía presente cuando prácticamente se había extinguido en la prensa de cualquier otro tipo. Sin embargo, una atención un poco más detenida a los artículos de *Vida* permite percibir la intención de transmitir una visión de la nobleza que quería seguir siendo útil como modelo, que estaba presente en los acontecimientos “normales” de la sociedad del momento. Aunque no fuera lo habitual, la sección de “Nobleza Española” que solía firmar Diego de Miranda desde el año anterior se dedicó en el penúltimo número de 1923 a una sola persona. Se trataba de Narciso Pérez de Guzmán, hijo de los condes de Torre Arias. El motivo de su inusual protagonismo estaba en su reciente muerte. Ésta le había sorprendido en las posiciones de Melilla y, tomándolo como referencia, el artículo hacía un elogio del papel de la nobleza en los campos de batalla. Significativamente, no se prestaba tanta atención a las acciones de guerra o a las circunstancias de su muerte como a los orígenes de su familia⁴⁶. A pesar de lo paradójico que resultaba la falta de cambios cuando todo estaba patas arriba en la crónica de sociedad, la postura de Leon Boyd y su *Vida aristocrática* resultó bastante coherente. Su opción preferente fue mantener el modelo que transmitía con su publicación, al mismo tiempo que introducían cierta novedad pretendiendo que la nobleza estuviera al día en su condición de referente. En este papel, los Grandes resistían como pieza clave.

Desde su fundación en 1919 la apuesta de *Vida* había sido clara y su continuidad estaba quedando fuera de toda duda. 1924 no resultó diferente. El primer número del año ya lo sugería al tratar con detenimiento la ceremonia de cobertura de Grandes que tuvo lugar a mitad de enero. Cuatro años antes, en los inicios de la revista, se había celebrado la misma ceremonia. Por entonces, el espacio dedicado llamó la atención, se incluyeron algunos discursos íntegros y un artículo sobre las damas que habían tomado

⁴⁵ *Vida aristocrática*, 30-X-1923.

⁴⁶ *Vida aristocrática*, 15-XII-1923. Aunque la Grandeza a Torre Arias fuera bastante reciente, esto no era problema para recurrir a él como ejemplo del compromiso de los nobles en la campaña. Al acabar el artículo se incluían algunos nombres más de nobles –éstos sin relación con la Grandeza- que había caído en combate.

la almohada⁴⁷. Ahora la cobertura volvió a ocupar un lugar destacado con la lista de participantes, una referencia a su persona y la inclusión de los discursos pronunciados. De hecho, la noticia se recogió en dos números de la revista⁴⁸.

Durante 1924 siguieron apareciendo bodas y fiestas, auténticos clásicos. También tenían hueco algunos concursos de golf celebrados en el Puerta de Hierro pero, en estos, la nobleza jugaba insistentemente el papel protagonista. En los artículos de Diego de Miranda hubo cierta novedad, como había ocurrido el año anterior. El cronista no dedicaba su página a familias en concreto, sino a sus palacios. Aunque el recuerdo de Monte Cristo parece inevitable, la mención aquí era a palacios muy señalados como fueron los del duque de Medinaceli y el duque de Aliaga⁴⁹. También se dedicó un artículo al palacio de los marqueses de Amboage. Estaba claro que estos marqueses no formaban parte de la Grandeza, pero ellos mismos y su propio palacio eran un ejemplo inmejorable de la condición de referente que jugaban los Grandes⁵⁰. La variedad que Monte acogió en sus “residencias aristocráticas” de *Blanco y Negro* no aparecía por ninguna parte.

En la línea del intento por introducir una actualidad contenida que ya se pudo entrever el año anterior, durante 1924 se publicaron una serie de artículos como, por ejemplo, los que hablaron de “escritores aristocráticos”. Aunque la periodicidad no fue fija, se llegaron a publicar noticias sobre Mauricio López Roberts, Antonio de Hoyos y el duque de Amalfi, a quien se presentaba como poeta⁵¹. Otro artículo interesante se dedicó al marquesado de las Salinas, el cual se acababa de rehabilitar en fechas cercanas. Este título lo había solicitado María Auristela Guinea de Valdivieso basándose en un antiguo privilegio de su familia. En el artículo se insistía ampliamente en la antigüedad del título – “sus antepasados dieron días de gloria a su Patria y son orgullo de su familia”, “no se ha hecho, pues, sino reconocer un derecho y aprobar una legítima aspiración”-, así como en el desinterés por parte de la agraciada a la hora de hacer valer

⁴⁷ *Vida aristocrática*, 10-VII-1920 y 30-VII-1920.

⁴⁸ *Vida aristocrática*, 15-I-1924 y 30-I-1924. En el segundo se recogían los discursos de los protagonistas.

⁴⁹ *Vida aristocrática*, 29-II-1924 y 15-VIII-1924. El año anterior apareció un artículo sobre una familia con Grandeza en el que, en realidad, se hablaba de su palacio. Se trató del ocupado por los duques de Santa Lucía. Sin embargo, no tuvo la continuidad que sí se dio en 1924, aunque ya anunciara la atención que se les dedicó. *Vida aristocrática*, 30-X-1923.

⁵⁰ *Vida aristocrática*, 30-VIII-1924. El palacio de Amboage, construido a partir de un proyecto de Joaquín Rojí, reflejaba como pocos la intención de imitar el modelo de palacio que la nobleza representaba. Situado en el Ensanche, las referencias a su lejanía eran escasas en el artículo. GONZÁLEZ-VARAS IBÁÑEZ, Ignacio, *Palacios urbanos. La evolución urbana de Madrid a través de sus palacios*, Madrid, 2010, pp. 408-9.

⁵¹ *Vida aristocrática*, 15-VI-1924, 30-VI-1924.

su condición –“no habíamos contado con la modestia de la ilustre dama”-⁵². La actual marquesa se presentaba de una forma muy cercana al ideal que la Diputación de la Grandeza defendió durante bastante tiempo para justificar las rehabilitaciones que aprobaba, en especial, las que generaban algún tipo de dudas. También *Vida* daba la impresión de estar plenamente de acuerdo con estos puntos de vista, refrendados por el entusiasmo que transmitía el redactor en su trabajo. Quizá octubre de 1924 era tarde para dedicar unas páginas a la rehabilitación de un marquesado, ni siquiera la Diputación de la Grandeza las apoyaba tan claramente en esos momentos. Sin embargo, no cabe duda de que, en la revista, aparecía de una forma natural, guardando ese curioso equilibrio entre el mantenimiento de una visión de la nobleza como referente y la introducción de nuevos elementos en el modelo social que se planteaba.

La lectura de *Vida aristocrática* revela determinadas paradojas. Boyd apostaba por mantener un esquema cuando casi todos habían renunciado a seguir transmitiendo esa visión de la sociedad. Sin embargo, es necesario resaltar algo sencillo pero que no se debe olvidar. Monte hablaba desde *Blanco y Negro*, un semanario que llegaba por entonces a los cien mil ejemplares con toda seguridad. Mientras tanto, la difusión de la revista de Boyd era infinitamente menor. Claramente su revista debió ser una empresa muy minoritaria, quizá con mayor tirada que sus *Años aristocráticos* pero, por supuesto, alejada de las cifras de *Blanco y Negro*. La batalla estaba perdida.

Las cosas cambian.

Si 1923 y 1924 habían resultado años que marcaron un giro importante en la crónica de sociedad, los dos años siguientes trajeron cambios que continuaban demostrando cómo los Grandes ya no ocupaban el mismo lugar. Uno de esos cambios importantes ocurrió nuevamente en las páginas de *Blanco y Negro*. En los comienzos de 1923 hubo un conato de introducir en la revista de Prensa Española una sección propia sobre la vida de sociedad. Sin embargo, como se ha visto, acabó convirtiéndose en la sección donde escribía Monte, quien optó por hablar de residencias siguiendo una línea singular. Ahora, cuando comenzaba el año 1925, se introdujo finalmente una sección que pretendía relatar los acontecimientos de la semana en clave de sociedad.

⁵² *Vida aristocrática*, 30-X-1924.

Sin embargo, la firma que llevaba al pie no era la de Monte Cristo. El cronista elegido fue Mascarilla. Éste firmaba las crónicas de *La Época* desde mucho tiempo atrás y en ese periódico todavía mantenía el formato clásico de las noticias de sociedad. Ahora se le hacía hueco en *Blanco y Negro*. La nueva sección apareció con un nombre sugerente: “Gran Mundo”. No sólo era el mismo que el de aquella revista frustrada allá por 1914. También era una expresión que recordaba un ritmo de vida y una serie de familias determinadas que lo mantenían. Por si acaso, los subtítulos que acompañaban la cabecera eran muy significativos: crónica de la semana, ecos varios de sociedad. La sección abría con la fotografía de una mujer, que en esta primera ocasión era la esposa del embajador de Gran Bretaña⁵³. La foto venía acompañada de unas breves líneas que comentaban invariablemente su belleza, su bondad y, de vez en cuando, alguna actividad benéfica o intelectual en la que había destacado recientemente. El formato escogido llamaba la atención al ser exactamente el mismo que abría las páginas de *Vida aristocrática* desde seis años atrás.

En ese mismo número Monte también hacía acto de presencia. Sin embargo, tampoco en esta ocasión participó con una crónica de las que había popularizado en *El Imparcial*. Su texto trataba sobre residencias de la nobleza, aunque ahora iba demasiado lejos, literalmente. El artículo en cuestión hablaba del castillo de los duques de Doudeauville, en Francia. La elección, a parte de la importancia de esta casa nobiliaria, se debía a que el año anterior un hijo de ese duque se había casado con una hija del marqués de Viana lo cual, lógicamente, facilitaba el acceso. Durante ese año siguieron apareciendo algunas crónicas sobre distintas residencias aunque no tuvieron la periodicidad de los dos años anteriores. Sin embargo, sí mantuvo la variedad que había definido el cambio experimentado, así como la elección de los protagonistas centrándose en factores que no respondían exclusivamente a los que se identificaban con la nobleza. En este sentido, fue muy interesante un artículo de Monte dedicado a la casa del doctor García Tapia en la calle Hermosilla. Allí acudía “buceando en las riquezas de arte antiguo del público ignoradas” y lo titulaba con un significativo “casas de estilo español”, sin referirse a las residencias aristocráticas de otras ocasiones⁵⁴. Durante el año aparecieron artículos variados con su firma, un día sobre el

⁵³ *Blanco y Negro*, 4-I-1925.

⁵⁴ *Blanco y Negro*, 17-V-1925.

palacio de la marquesa de Argüelles, otro sobre la casa en Zarauz de la condesa de Santa Coloma o sobre una residencia diplomática en Madrid⁵⁵.

Sin embargo, lo más interesante del experto cronista de sociedad no fue esto. A esas alturas Monte dejó de ser Monte. Junto a la aparición de la crónica de Mascarilla, *Blanco y Negro* introdujo otras secciones novedosas. Una de ellas, que se incluía también en la sección “Gran Mundo”, se titulaba “La Vida Breve”. Al pie aparecía firmada por *Un ingenio de esta Corte*. Habitualmente hacía un repaso de los días de la semana que había terminado, centrándose en reuniones culturales, aspectos de la política comentados con ironía. Lo que resultaba evidente era que el tono de esta sección estaba muy alejado del habitual en una crónica de sociedad. Si bien no era algo conocido por el público general, aquel anónimo *Ingenio* no era otro que Eugenio Rodríguez Ruiz de la Escalera, Monte Cristo. Durante un tiempo, mantuvo sus dos personajes, escribiendo los dos tipos de artículos: Monte hablaba de las residencias y, el Ingenio, de la semana que había acabado, con ese estilo tan personal y tan distinto de lo que había hecho hasta entonces⁵⁶.

Monte parecía estar renunciando definitivamente a la vida de sociedad. Cuando apareció en *Blanco y Negro* en 1922 pudo sugerir un giro del semanario hacia una visión de la sociedad con la nobleza en la cúspide. Sin embargo, sus artículos representaron algo distinto y la transformación en el Ingenio iba un poco más allá. Pero, por otros motivos, en los comienzos de 1925 había indicios para pensar que el giro hacia la nobleza se estaba produciendo en *Blanco y Negro*. Mascarilla pasaba a firmar cada semana, la organización de la sección tenía un tono que recordaba a la revista más aristocrática de todas... Si la cosa no estaba clara, el desarrollo lo confirmaba. En enero Mascarilla dedicó su artículo a la boda de una hija del marqués de Castelar con el marqués de Oquendo. Entre otras cosas resaltaba la celebración en el palacio de los padres de la novia en la calle Zurbano y el número de invitados, en torno a los trescientos⁵⁷.

Un par de meses más tarde, Mascarilla publicó un artículo titulado “La sonrisa de la maternidad”. En él se hablaba de varias madres que habían tenido hijos

⁵⁵ *Blanco y Negro*, 12-VII-1925, 4-X-1925 y 20-XII-1925.

⁵⁶ “Publica casi todas las semanas el calendario y lunario que firma Un Ingenio (que se llama Eugenio)”, de esta forma parece corroborarlo el autor de una breve biografía sobre Monte, RODRÍGUEZ ALCALDE, Leopoldo (selección y notas), *Eugenio Rodríguez Ruiz de la Escalera*, Santander, 1958, p. LII.

⁵⁷ *Blanco y Negro*, 18-I-1925.

recientemente. Venía ilustrado por varias fotografías en las que se podía contemplar algunas de las madres mencionadas con sus hijos. Se trataba de la marquesa de Santa Cruz, de la duquesa de Medinaceli y de algún miembro más de la Grandeza⁵⁸. Casi como la otra cara de la moneda, un tiempo después Mascarilla dedicó otro artículo a algunos hijos de Grandes de España. En concreto, el cronista hablaba de los primogénitos de algunas casas como Infantado y Medinaceli. También en esta ocasión se incluían varias fotografías y llamaba la atención el número de páginas que ocupaba el artículo. Mascarilla tenía un estilo muy particular que mezclaba una buscada cercanía con un respeto que se convertía casi en reverencia. El final del artículo daba la impresión de ser una especie de manifiesto del autor a favor de la nobleza:

"la aristocracia española transmitirá sus timbres a esta joven generación de primogénitos, que llevan, sin duda, en el corazón la enseñanza que implica el viejo mote: "Nobleza obliga". Saben que los títulos se heredan pero también que es preciso revalidarlos con el merecimiento personal, y que en países de la grandeza, por ejemplo, de Inglaterra, los privilegiados de la sangre han estimulado con su ejemplo el público y común bienestar. La joven nobleza española está seguramente persuadida de que la incumbe una función social que ha de cumplir, si quiere comparecer sin rubor ante el tribunal que en la Historia forman los conquistadores, los prelados, los diplomáticos, los hombres de saber, que mencionan los nobiliarios y las crónicas generales de España"⁵⁹.

En estas líneas Mascarilla recordaba aquella visión de la nobleza que en 1914 habían defendido Suárez de Tangil y Fernández de Bethencourt. Quizá lo retórico era lo que más llamaba la atención. También importaba mucho a qué ejemplos recurría el autor. En su artículo sobre las madres habló de la marquesa de Santa Cruz y la duquesa de Medinaceli. Cuando hablaba de los hijos repetía con Medinaceli, pero también incluía al primogénito de Infantado. En su foto aparecía desfilando en la academia de militar de Guadalajara y se recordaba su condición de heredero de las empresas industriales de su padre. Los Grandes estaban de vuelta y, además, se les recordaba el sitio que se les tenía reservado por la tradición, su misión en la España del momento

⁵⁸ *Blanco y Negro*, 22-III-1925.

⁵⁹ *Blanco y Negro*, 26-IV-1925. En total el artículo ocupaba seis páginas e incluía fotos de: Ramón primogénito de los duques de la Vega; Francisco de los condes de Heredia-Spínola; Nicolás de los condes de San Vicente; conde de Villalba, primogénito de los condes de Aguilar de Inestrillas; duque del Arco, primogénito del duque de Fernán Núñez; vizconde de Mambblas, del ducado de Baena; marqués de la Coquilla, de los marqueses de Viana; duque de Francavilla, de los duques del Infantado; Fernando, hijo de los condes de Villagonzalo; Beltrán, de los duques de Albuquerque; Rafael de los duques de San Fernando de Quiroga; Pedro, heredero del ducado de Híjar; Juan, hijo mayor de los duques de T'serclaes; Victoria Eugenia, hija de los duques de Medinaceli; Ángela, hija recién nacida de los duques de Osuna; y Hernando, primogénito de los duques de Peñaranda. En total, fotos de dieciséis primogénitos.

juzgados nada menos que por la Historia. En ese papel nadie les podía sustituir. Por otra parte, acudir a la familia era una apuesta segura, no había nada más cercano que una madre y su hijo. En fin, todo apuntaba hacia una recuperación de su condición de referente.

No obstante, había algo que relativizaba la trascendencia de estos artículos. En las mismas fechas que se incluyó la sección de “Gran Mundo”, *Blanco y Negro* había experimentado un aumento en su número de páginas muy importante. De las apenas sesenta que solía traer hasta entonces, pasó a editarse con bastante más de cien páginas. Este cambio explicaba la aparición de la nueva sección pero también una mayor dedicación a la publicidad, al deporte y a la moda. La sección de “Gran Mundo” se situaba al final de la revista y, no se debe olvidar, contenía más artículos a parte del escrito por Mascarilla. La apuesta parecía fuerte pero se diluía ante tal variedad de temas y, más aún, de protagonistas. En ese contexto, más que referencia se convertían en decoración. En uno de los primeros números de 1925, se incluyó un artículo que lo expresaba de una forma singular. En forma de diario, se iba siguiendo una cacería que el duque de Medinaceli y el duque de Alba habían protagonizado en 1908. A parte del formato tan especial, resultaba muy llamativo el lugar de la cacería: la sabana africana. Se incluían fotos con los escopeteros, con las presas cobradas y, por supuesto, con el inevitable salacot⁶⁰. Era conocida la afición del duque de Medinaceli por la caza y sus aventuras en lugares bastante exóticos. De hecho su museo natural –compuesto de las piezas disecadas que se había ido cobrando- era una referencia constante cada vez que se hablaba de su palacio. También se había recogido la afición a las grandes cacerías en el extranjero de otros nobles, como el anterior marqués de Vallecerrato. En este sentido, el artículo resultaba muy llamativo y, por qué no decirlo, algo desconcertante. No se puede decir que fuera contradictorio pero, claramente, hablaba de algo muy distinto que las proclamas de Mascarilla sobre la misión de la nobleza. Y los protagonistas no eran muy diferentes.

Los contenidos de *Blanco y Negro* en 1925 parecían ir en la dirección de la pervivencia de la nobleza y, especialmente, de la Grandeza en la visión de la sociedad que se transmitía desde la prensa. Al margen de que esa visión estaba cada vez más localizada en una prensa concreta, su continuidad no era inmutable. En cierto modo, el semanario de Prensa Española no estaba mostrando un referente como se había hecho

⁶⁰ *Blanco y Negro*, 11-I-1925.

en muchos espacios hasta entonces. Parece que la Grandeza pasaba a ser más algo llamativo, un tanto inalcanzable, al fin y al cabo, un elemento de decoración. Curiosamente, los artículos “familiares” de Mascarilla iban en una línea completamente opuesta. La familia resultaba una opción muy acertada para rescatar el papel de la Grandeza. Sin embargo, fue un recurso que no se explotó. La falta de continuidad lo convirtió en lo contrario de lo que podía haber sido: la pervivencia que propiciaba cierta renovación del modelo acabó siendo algo anecdótico, en definitiva, decorativo.

A este proceso “decorativo” contribuía la progresiva excepcionalidad informativa que suponía una noticia sobre los Grandes. Pero también lo hacía el agotamiento de las fórmulas que habían mantenido aquella visión de referente. Monte había renunciado, como se ha visto. Boyd se puede decir que, más que renunciar, se extinguió. En 1925, *Vida aristocrática* dejó de publicarse definitivamente. Con esta revista desapareció el último reducto que otorgaba a la nobleza un papel protagonista⁶¹. Por una parte, durante ese año la presencia de este grupo había ido disminuyendo llamativamente. Los artículos sobre casas nobiliarias se dejaron de publicar, aparecieron con mucha más frecuencia noticias sobre lugares turísticos en el extranjero, teatro o relacionadas con la literatura del momento. Dos secciones (“Mundo, mundillo” y “Vida madrileña”) se convirtieron en las que más claramente recordaban la orientación inicial de la revista⁶². Allí seguían apareciendo los condes de Casa Valencia, de Paredes de Nava, el palacio de los Fernán Núñez. Tampoco sorprendía ver en una foto a la duquesa de Hornachuelos con sus hijos o que se reseñara la boda entre una hija del conde de Heredia-Spínola y el marqués de Valdesevilla, hijo del marqués de Rafal⁶³.

Con todo, de una forma bastante fulminante, la *Vida aristocrática* de Leon Boyd no se volvió a publicar a partir del 30 de octubre de ese año. Después de seis años exactos no hubo ni un aviso, ni una sencilla explicación de los motivos que condujeron al cierre. La firma de Boyd no volvió al *Heraldo* en el que, por otra parte, hubiera sido

⁶¹ En este punto es necesario resaltar que el periódico *La Época* siguió, durante todos estos años y hasta 1931, con sus crónicas de sociedad. Su director, Mascarilla, sería una explicación lógica de esa constancia. También lo fueron sus dimensiones, tanto en número de páginas como en tirada, que lo convertían en un periódico con pocos gastos. La pervivencia de estas crónicas fue reveladora pero su análisis sería un tanto monótono y aportaría poco al estudio de los cambios.

⁶² El índice del último número de *Vida* fue buena muestra de la rápida transformación que sufrió la revista durante ese último año: abría con una foto de una nieta de los condes de Torre Pando, noticia sobre “rincones valencianos”, un debate sobre los sastres y si podían o no participar en reuniones de sociedad, se hablaba de los castillos de Turena (en especial sobre el de Langeais), comentario sobre el san Lorenzo del Greco y sobre una novela castellana “Beatriz Pacheco”, *Mundo Mundillo*, notas de pésame y una crónica sobre teatros. *Vida aristocrática*, 30-X-1925.

⁶³ *Vida aristocrática*, 30-V-1925, 30-IX-1925 y 15-X-1925.

difícil hacerle sitio, pues el periódico no tenía ya crónica de sociedad. Hasta unos años después no se tuvo más noticia de este cronista. En 1929, sin ocupar mucho espacio pero con un titular amplio, el *Heraldo* anunció la muerte de Enrique Casal, más conocido como Leon Boyd. En la necrológica se hablaba de su carrera como redactor en distintos periódicos hasta llegar a ése. También mencionaba su condición de fundador de *Vida aristocrática*, "de excelente presentación y gran ascendiente en los salones". Por último se comentaba que llevaba unos años alejado de su profesión pero que había muerto "en la plenitud de la vida"⁶⁴. Aunque esto último sonaba a frase hecha, es revelador que Boyd no hubiera vuelto a escribir más en la prensa. Su renuncia a escribir quizá fue algo causado por la edad pero, sin duda, tuvo que ver con el final de su proyecto más personal junto con aquellos *Años aristocráticos* de los años diez. *Vida* había ido languideciendo el último año como exponente de la vida de sociedad que los cronistas frecuentaron y dieron vida en la década anterior. Su final no fue la única manifestación que señalaba el cambio, ni siquiera la última. Sin embargo, su director había sido uno de los grandes representantes de la crónica y su fundación, reflejo de su auge. Ahora, su cierre suponía algo más, al fin y al cabo moría la *Vida aristocrática*.

Mientras tanto, Monte Cristo mantuvo sus dos personajes en *Blanco y Negro*. Al margen de la creación del Ingenio, en 1926 siguió aportando novedades a las páginas del semanario. En ese año, con *Vida* extinguida y Mascarilla escribiendo en su revista, Monte comenzó a frecuentar la sociedad de París. Quizá estaba cansado de la realidad española —o no encontraba materia de la que hablar—. Después de su crónica sobre la residencia de los duques de Doudeauville, Monte siguió una línea parecida para aterrizar en Francia, principalmente recurriendo a españoles que vivían en París. Uno de sus primeros artículos trataba directamente sobre españolas residentes en la capital francesa. Hablaba de la duquesa de Dato, hija del político conservador, quien tenía una casa donde "cultiva preferentemente el trato de literatos y de artistas". También hacía referencia a la señora de Santos Suárez quien "está lo que allí se dice *très bien placé* en el sector aristocrático". Algunas damas más pasaban por su crónica, atento a la decoración de sus casas, su belleza y sus relaciones⁶⁵.

No fueron crónicas semanales, aunque abundaron en torno al verano. Quizá la explicación de la estancia de Monte en Francia estuvo en una visita de los Reyes, de la

⁶⁴ *Heraldo de Madrid*, 19-I-1929. También se recogió la noticia en la antigua tribuna de Monte Cristo, *El Imparcial*, 20-I-1929.

⁶⁵ *Blanco y Negro*, 9-V-1926.

cual también dejó constancia⁶⁶. Sin embargo, sólo dedicó una crónica a esta cuestión, centrándose después en familias y casas de la sociedad parisina. Justo la semana siguiente a la visita real, su crónica hablaba sobre varias fiestas en París. El comienzo del artículo no tenía desperdicio y recordaba el estilo que caracterizó a Monte desde tiempo atrás:

“Aunque se dice que después de las carreras del Grand Prix comienza el desfile para las playas y *chateaux*, es lo cierto que siguen celebrándose grandes fiestas, y los *restaurants* de moda –principalmente *Les Ambassadeurs*- se ven completamente llenos de una concurrencia muy elegante”⁶⁷.

El estilo era similar a sus crónicas pero los protagonistas eran muy diferentes y, además, desconocidos para el público general. Se trataba de la condesa de Clermont Tonerre, de Mme. Viengue, del duque y la duquesa de Bisaccia y también de algún Maharajá.

En otros artículos el esquema fue parecido a éste, hablando sobre una dama o una residencia a propósito de una fiesta o una recepción. La fiesta que organizaron los condes de Pecci-Blunt se celebró en honor del Sha de Persia y, probablemente, Monte tomó parte invitado por un familiar de los anfitriones de origen español⁶⁸. Si podía asombrar la aparición del Sha en la revista, también impresionaban los palacios y castillos de los que se hacía relación⁶⁹. Monte se trasladaba a Francia y allí se le veía cómodo. Durante 1926 esto no supuso que dejara de hacer crónicas sobre España. De hecho siguieron siendo mayoría, sin contar además las que escribía bajo el pseudónimo de Ingenio. No obstante su “exilio” ponía de manifiesto de otra forma la pérdida por parte de la Grandeza de su condición de referente social. Es cierto que las fiestas que frecuentaba allí y el tono utilizado remitían a escala española a la nobleza. Pero lo que más sobresalía de sus crónicas parisinas era el ambiente cosmopolita, la variedad de personajes, su mezcla y el lujo que desprendían. En España, en Madrid, eso no existía. En realidad podía darse en alguna ocasión pero no ocupaba la atención del cronista.

En 1926 lo más parecido a ese ambiente no lo protagonizaban los nobles. En un semanario como *Blanco y Negro* se relataba en la sección de “Actualidades”, no en la de “Gran Mundo”. Desde hace bastante tiempo, a una escala muy diferente, era la sociedad

⁶⁶ *Blanco y Negro*, 11-VII-1926. Monte describió aquella visita como “una jornada gloriosa”.

⁶⁷ *Blanco y Negro*, 18-VII-1926.

⁶⁸ *Blanco y Negro*, 25-VII-1926.

⁶⁹ *Blanco y Negro*, 1-VIII-1926. En esta crónica hablaba del castillo de la marquesa de Tanlay y de las reuniones de sociedad posteriores al 14 de julio, fecha que habitualmente suponía el fin de la temporada de sociedad en París.

que seguían otras revistas como *Nuevo Mundo*, *Mundo Gráfico* o *La Esfera*. También era la que ahora preferían *El Heraldo* o *El Imparcial*. Cuando algo similar aparecía en las páginas de *Blanco y Negro*, no lo firmaba Monte sino el Ingenio. Sus protagonistas no sonaban aún como aquellos nobles que Mascarilla introducía en sus crónicas. Quizá éstos no mantenían su posición en la vida de sociedad, pero en esta revista no tenían un sustituto claro. Monte en sus visitas a París estaba señalando el modelo a imitar aunque, al mismo tiempo, también reconocía que en España no había nada parecido. Las fiestas y recepciones que se trataban con un tono similar carecían del aura que despedían las de París. Quizá era porque no tenían un cronista que hablara de ellas. También porque no se celebraban en honor de ningún Sha de Persia.

El devenir de *Blanco y Negro* desde la aparición de Monte allá por el verano de 1922 refleja una opción concreta sobre el modo de hablar acerca de la sociedad del momento. Hasta entonces la revista se había centrado en una clase media y en las actividades que esa clase realizaba para su diversión. Si en algo se definía lo indefinible de esa clase media de *Blanco y Negro*, podía ser la autonomía de la nobleza, su estilo de vida y no estar limitada a Madrid. Durante estos cuatro años se ha visto como la nobleza, y muy en especial la Grandeza, irrumpió en la revista pero de una forma completamente distinta a como habían copado los periódicos en la década anterior. Muchas de estas diferencias se debieron a la propia evolución de Monte Cristo. En 1925 y 1926, la firma de Mascarilla anunciaba nuevos cambios. Sin embargo, no se dieron en el sentido directo de una vuelta de la Grandeza a la categoría de referencia. Cada vez más resultaban algo decorativo, relevante pero accesorio. Monte, mientras tanto, seguía a lo suyo, acudiendo a París en busca de una sociedad que le llenara. Sus crónicas revelaban como allí encontraba su sitio aunque no renunciara a España. Aquí no había nada igual. Este contraste tendría sus consecuencias.

Vuelven las guías.

Ocho años después y en este contexto de cambios en la crónica social de la prensa se volvieron a publicar varias guías de sociedad. En 1917 había salido a la luz la *Guía de la Grandeza* de Juan Moreno de Guerra y aquella otra, muy singular, que llevaba por título *Le Tout Madrid. Anuario aristocrático*. Por entonces, ambas guías habían ofrecido una visión sobre el papel de referente que jugaba la Grandeza. El título, la Historia, la familia eran los factores clave para Moreno. En el caso del *Anuario*, la

Grandeza ocupaba un puesto preeminente pero aparecía acompañada de un espectro variadísimo de personas. Allí la Grandeza contaba aunque surgieran otros referentes que, por el momento, parecían guardar un discreto segundo lugar.

En 1925 se publicó una segunda edición de la obra de Moreno de Guerra. En ese año ya no salía a la calle la *Revista de Historia y Genealogía Española*, donde colaboró en su momento y había despegado una sección de investigaciones históricas que dirigida por él había intervenido en la concesión y rehabilitación de varios títulos⁷⁰. Poco se sabe sobre los motivos que movieron a Moreno a plantearse esta nueva edición. Cuando, por primera vez, vio a la luz su *Guía*, se lamentó de que no la había acabado a su gusto. Su intención era incluir toda la nobleza y no sólo los Grandes. Para él, esto suponía incorporar también los cuerpos de nobleza, como maestranzas, órdenes militares y otros cuerpos colegiados. Este deseo era bastante coherente con su labor en la citada revista y con su papel en algunas rehabilitaciones de títulos. Cuando apareció la primera edición de la *Guía*, justificó que sólo estuvieran los Grandes por ciertas premuras de tiempo. Sin embargo, en 1925, tampoco tenían sitio aquellos otros nobles que no estuvieron en el 17. La nueva *Guía de la Grandeza* no presentaba más diferencia que las variaciones que se habían producido en las distintas casas nobiliarias durante ese periodo de tiempo. Eso sí, variaciones en las Grandezas, ya que por ninguna parte asomaban otras casas que no tuvieran esta categoría⁷¹.

El primer apartado del libro se dedicaba a esas “alteraciones más importantes ocurridas en las casas de la Grandeza desde la edición de 1917, que deben tenerse en cuenta al consultar la obra por estar aquí corregidas las erratas y omisiones del texto”⁷². Este inciso terminaba apenas veinte páginas más adelante. Se hablaba de bodas, fallecimientos y otras novedades en las distintas casas. Estas actualizaciones también se incluían en la descripción de las distintas Grandezas. El autor optaba en algunos

⁷⁰ La *Revista* editó su último número en julio-agosto de 1919. En enero de 1927 volvió a hacer acto de presencia siguiendo un esquema bastante similar. Su reaparición se tratará más adelante.

⁷¹ MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía de la Grandeza de España*, Madrid, 1925. No es del todo segura la fecha de edición de la primera *Guía*, como mantenía Moreno en una de las últimas páginas de la edición. En esta introducción volvía a incluir la dedicatoria y la aceptación de la Diputación de la Grandeza, firmada esta última en octubre de 1918. No obstante, había un prólogo firmado en abril del 17 y siempre se comenta “vid. edición 1917”. Pudieron darse dos ediciones en vez de una pero no es probable. Sobre la fecha de la segunda edición también existen dudas. Las distintas modificaciones que se incluyeron tenían una fecha tope en julio de 1924 (por ejemplo la boda del primogénito del marqués de Albaida el 2 de julio de 1924) lo que hace factible que la publicación se hiciera ese mismo año y no en 1925 (los ejemplares consultados no tienen fecha de edición, la referencia es la proporcionada por la Biblioteca Nacional de España).

⁷² MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía...*, Madrid, 1925, p. XXVII.

momentos por modificar la edición original y, en otros, prefería incluir los cambios al principio. Esta arbitrariedad se volvió a manifestar en el apéndice final.

En éste, Moreno incluyó una serie de Grandezas que se había otorgado entre la publicación de la primera edición y la actual. Iba precedido por un subtítulo – “personal”- que pretendía explicar que el orden fuera alfabético y no jerárquico como en el resto del libro. Los títulos incluidos en el apéndice eran: marquesado de Aldama, marquesado de Argüeso, marquesado de Castellbell, ducado de Dato, marquesado de Estella, ducado de Francavila, ducado de Montalto, ducado de Rubí, ducado de Santa Cristina, ducado de Villafranca de los Caballeros y ducado de Vista Alegre. Se hablaba de sus familias pero no se incluía en ningún caso su escudo nobiliario, como era habitual. Estos títulos tenían muy poco que ver entre sí. Unos habían sido rehabilitados, otros eran Grandezas recién concedidas, algunas directamente sin que existiera un título anterior y también había Grandezas vitalicias. Por otra parte, los titulares reflejaban una variedad equiparable al origen de sus títulos. Los duques de Francavila y Montalto eran descendientes de las casas de Infantado y Baena. El marquesado de Aldama procedía de finales del siglo anterior y la Grandeza se otorgó al conocido banquero en 1922⁷³.

Este apéndice no hubiera sido de mayor interés –más allá de que supusiera una opción “cómoda” para actualizar la *Guía*- si no hubiera otras adiciones. Los títulos que Moreno introdujo en el apéndice no fueron las únicas Grandezas otorgadas en ese periodo. El condado de Vallesa de Mandor, el de los Moriles, el del Asalto, el de Salvatierra de Álava, el de los Andes y el marquesado de Santa María de Silvela recibieron la Grandeza durante esos mismos años. Sin embargo, en estos casos se prefirió que aparecieran en la enumeración general de los títulos. Al margen de que no se incluyera su escudo nobiliario, quedaban perfectamente incorporadas al resto de Grandezas. En algunos casos como el condado de los Andes, llamaba la atención la rapidez de su inclusión, pues la Grandeza se había otorgado en 1924, muy próxima la fecha de edición de la obra. En el caso del condado de los Moriles las prisas se habían traducido en una referencia muy breve en la que faltaban algunos datos que se incluían habitualmente⁷⁴. Unos sí y otros no, es muy difícil intuir los motivos que condujeron a

⁷³ MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía...*, Madrid, 1925, pp. 733-744.

⁷⁴ MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía...*, Madrid, 1925, p. 626. En concreto no se incluían ni la fecha de concesión del condado ni la fecha de su boda. Estas carencias no eran insólitas pero en un título tan próximo llamaban un poco más la atención.

Moreno a preferir la aparición de unos en el desarrollo de la *Guía* y a otros en el apéndice.

Al fin y al cabo, la *Guía de la Grandeza* seguía siendo una publicación que miraba al pasado, la Historia en forma de genealogías seguía teniendo un peso indiscutible. Como en la primera edición, el peso de la Grandeza hablaba de una referencia social muy concreta. Obviamente la aparición de datos muy actuales – direcciones, hijos, esposas- enriquecía ese mensaje histórico, dotándole del carácter de referencia que ya había desempeñado en 1917. En un momento dado, en el prólogo a la primera edición, Moreno habló de la intención de publicar anualmente la *Guía*⁷⁵. Estaba claro que su deseo no se había cumplido, aunque esta nueva edición planteaba el interés que podía suscitar la *Guía* a esas alturas. La prensa estaba hablando de la pérdida de la condición de referente de la Grandeza. Sin embargo también se podían observar aspectos que mostraban como se seguía recurriendo a ellos aunque los factores que les hacían tan especiales ya no tuvieran el mismo peso. Incluso las arbitrariedades que Moreno demostraba en su trabajo –y que también transmitían una irrupción mayor del presente en la *Guía*-, se veían muy limitadas en el contexto general de la obra.

En 1926 se publicó otra guía que tuvo una orientación muy diferente. Se trataba de la *Guía de la Sociedad de Madrid y de la Grandeza de España*. En ésta no se hablaba de un autor concreto, solamente aparecía la firma de “los editores” al pie de un interesante preámbulo. Lo titulaban como “advertencias” y les servía para curarse en salud ante posibles errores en los datos que consignaban. También explicaban que habían incluido un formulario de rectificación con el fin de que las personas interesadas pudieran hacer los cambios oportunos. Por último, los autores añadían que, para realizar la *Guía de la Sociedad de Madrid*, “hemos puesto a contribución cuantos elementos ha podido reunir nuestro deseo de hacerla lo menos imperfecta posible”⁷⁶. También en el preámbulo se deslizaba un breve comentario que servía para entender un poco mejor el desarrollo de esta publicación. Se decía que los títulos que venían acompañados de dos

⁷⁵ MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía...*, Madrid, 1917, p. 8.

⁷⁶ *Guía de la Sociedad de Madrid y de la Grandeza de España*, Madrid, 1926, p. 7. “Es inevitable que en ella, como en cuantas publicaciones similares se puedan intentar, se deslicen errores u omisiones, aunque sólo fuese porque ningún censo es movable y cambiante como el conjunto vivo de las personas cuyos nombres y circunstancias trata de recoger”. También aprovechaban de antemano las sugerencias que se les enviaran. El formulario de rectificación se incluía al final del volumen. En él se solicitaban los datos que se incluían luego en la guía. Muy significativamente, cuando se pedían los títulos que ostentaban se añadía “los que se usen en la tarjeta de visita”.

asteriscos correspondían a Grandes de España y los que llevaban uno, a primogénitos de Grandes.

El título de esta guía ya planteaba varias cuestiones, al tratar por un lado “la sociedad de Madrid” –además, en primer lugar- y, por otro, “la Grandeza de España”. El preámbulo no resolvía la cuestión en un primer momento, sólo mencionaba la búsqueda de la exactitud y algo sobre unos asteriscos. El índice, incluido justo a continuación, aportaba algún dato más. Por una parte revelaba que su comienzo era muy similar que el de la *Guía* de Moreno. Se dedicaban unas cuantas páginas a hablar de la Familia Real y de los días en que la Corte vestía de gala. Como novedad, los autores incluían los nombres y cargos de los jefes de Palacio y, a continuación, los nombres y fechas de concesión de las damas de la Reina. Era un apartado que apenas ocupaba quince páginas pero, si por algo llamaba la atención, era por el predominio absoluto de la nobleza y, muy especialmente, de la Grandeza⁷⁷. Otra novedad era la inclusión de las casas reinantes y de los jefes de Estado, así como de los representantes diplomáticos en España⁷⁸.

Al acabar estos apartados iniciales, se daba paso al grueso de la publicación. Hasta este momento, la guía no ofrecía cambios importantes. De hecho en su conexión con la Monarquía, parecía reafirmar la condición de referencia que habían ostentado los Grandes. Era sólo una primera impresión. El apartado principal del libro tenía el mismo título que la propia guía, “Sociedad de Madrid y Grandeza de España”, y planteaba –ahora sí- algo muy diferente que la *Guía* de Moreno. Nada más comenzar la primera página llamaba la atención el primer nombre, “Abásolo y Zuazo, D. Félix”. En este caso, a continuación, se incluía su título nobiliario, conde de Abásolo, su dirección y su teléfono. También aparecía una fecha –25 de agosto- que recordaba su onomástica. Justo después se hacía referencia a Manuel Abella y Fuertes, de quien se incluía el nombre de su mujer y de sus hijos. En su caso no aparecía por ninguna parte el título nobiliario, pues no lo tenía⁷⁹. En la página siguiente se resolvía la duda de los asteriscos. Al hablar de “Acedo-Rico y Jarava, D. Rafael” se decía que era conde de la Cañada y se acompañaba al título de dos grandes asteriscos pues era Grande de España. En la misma

⁷⁷ *Guía de la Sociedad...*, Madrid, 1926, pp. 19-33.

⁷⁸ La relación de países incluidos era muy amplia. Es interesante como en algunos países el lugar que debía ocupar el jefe de Estado aparecía en blanco. Era el caso de Portugal, Rusia o Albania. El motivo parece claro. *Guía de la Sociedad...*, Madrid, 1926, pp. 41-52 y pp. 55-70.

⁷⁹ *Guía de la Sociedad...*, Madrid, 1926, pp. 73-4. Manuel Abella tenía diez hijos y aparecía relación de todos ellos, junto a su onomástica.

página se incluía un ejemplo de primogenitura, la marquesa viuda de la Cimada, acompañada de un solo asterisco⁸⁰. Sobre los títulos, otra peculiaridad de la *Guía de la Sociedad* era la ausencia de una intención exhaustiva a la hora de recogerlos. En el caso de las personas que ostentaban varios, únicamente se mencionaban uno o dos de ellos. Por ejemplo, sólo unas páginas más adelante, al hablar del conde de Casa-Valencia no se decía que era vizconde del Pontón. Cuando era manifiesta la gran cantidad de títulos del noble en cuestión, tampoco se hacía una excepción: del duque de Medinaceli se decía que era también duque de Santisteban, pero nada más⁸¹.

En este contexto se entiende la mayoría abrumadora que representaban las personas sin título nobiliario. La comparación con la *Guía* de Moreno resulta casi innecesaria: sus Grandes quedaban diluidos enormemente ante tal cantidad de miembros de la “sociedad de Madrid”. La inexistencia de una jerarquía más allá de la alfabética suponía un cambio claro con respecto incluso a aquel *Anuario aristocrático* del 17. Allí, por lo menos, los Grandes ocupaban el primer lugar. A pesar de todo, la Grandeza seguía ostentando un lugar señalado en el conjunto de esa sociedad que diseccionaban los editores de la guía. Se notaba al principio, al hablar de los cargos en Palacio y de las damas. También el asterisco se convertía en una seña de identidad, quizá pobre pero que señalaba una diferencia clara. El mismo título de la obra incluía una mención explícita a la Grandeza. Por otra parte, prácticamente todos los Grandes aparecían destacados, aunque no vivieran en Madrid. No dejaba de ser una curiosa contradicción que manifestaba su menguante pero aún vigente exclusividad cuando tocaba hablar de “sociedad”. Además, los autores, justo después de este largo apartado, aportaban un índice sobre los títulos que se incluían en la guía. No eran sólo los Grandes pero también es cierto que no existía tal índice del resto de las personas de las que se daba noticia.

A pesar de los factores que apuntaban aún cierta deferencia hacia ellos, la *Guía de la Sociedad de Madrid* supuso, ante todo, la expresión de un cambio claro en la configuración de la sociedad. De repente, en este sentido se parecía al *Anuario* del 17, hacían acto de presencia un número mucho mayor de personas. Sólo en el índice de títulos se hablaba de más de mil cien personas, un número mucho mayor que los doscientos ochenta Grandes que podían existir en esos momentos y que Moreno

⁸⁰ *Guía de la Sociedad...*, Madrid, 1926, p. 75.

⁸¹ *Guía de la Sociedad...*, Madrid, 1926, pp. 80 y 210.

recordaba en su Guía⁸². Pero no sólo era cuestión de número. La sociedad de Madrid de la que se hablaba no sólo era más numerosa, también era más variada. Algunos nombres llamaban la atención por su relevancia en campos muy distintos. Estaba Mariano Benlliure, también Gregorio Marañón, Ortega o Alcalá Zamora. Sin embargo, este perfil no era el que ocupaba preferentemente las páginas de la guía. Por ahí desfilaban en gran cantidad apellidos conocidos pero que carecían de título nobiliario, importantes empresarios o financieros y otros muchos que, sin ser personas de renombre, se les consideraba miembros de la sociedad de Madrid. Algo les había hecho merecedores de aparecer pero, estaba claro, no era la Historia que en la guía no tenía sitio por ninguna parte. La familia seguía importando aunque sólo en la medida que mostraba el apellido, no la genealogía.

Este cambio se expresaba de una forma muy singular en los últimos apartados de la guía. Uno de ellos consistía en una larga lista de los domicilios de las personas incluidas en la relación anterior de la sociedad madrileña. Ordenadas alfabéticamente, iban sucediéndose las calles de la ciudad. Al lado del número se incluían las personas que vivían allí. Un rápido hojear en esta lista permitía caer en la cuenta enseguida de que ciertas calles reunían una gran concentración de los protagonistas de la guía. El paseo de la Castellana, el de Recoletos, las calles de Serrano, Almagro, Claudio Coello, Mendizábal, Monte Esquinza, Velázquez o Zurbano eran probablemente las que más personas reunían. Esta lista servía, si se leía con detenimiento, para acercarse al tipo de vivienda que poseían estas personas, por ejemplo viendo si su vivienda era unifamiliar o quiénes eran sus vecinos. Ante todo, la lista se convertía en una radiografía de esa sociedad que se había elegido, ordenada a partir de su vivienda.

La segunda lista que se incluía se trataba de poco más que un calendario. Sin embargo, era un calendario especial. Éste se refería a la celebración de la onomástica de cada uno de los incluidos en la guía. Permitía felicitar –no faltar a esa cita, a ese momento para la relación- a toda la sociedad de Madrid. La lista de casas establecía ciertas diferencias entre las personas que aparecían en la guía. También había ocurrido esto cuando se mencionaban los títulos, en mayúscula, a veces con un asterisco. La onomástica, en cambio, era un elemento que facilitaba la relación y que se ponía en

⁸² En la *Guía* de Moreno no sólo aparecían los Grandes, también estaban sus hijos, hermanos, madres y, esto es clave, sus antepasados. Al hablar de Grandeza no sólo se refería a los titulares. No obstante también aparecían las familias en la *Guía de la Sociedad de Madrid*. Por mucho que se estirara el concepto de Grandeza siempre sería derrotado numéricamente.

juego según un criterio que se dejaba a elección de los lectores. En esta guía seguían existiendo las referencias, pero no sólo era un instrumento para la distinción. Las onomásticas y otros datos que se consignaban –por ejemplo, el número de teléfono– convertían a la *Guía de la Sociedad de Madrid* en una herramienta de relación. Por lo tanto, la diferencia con la *Guía* de Moreno no estaba sólo en la desaparición de la Historia como elemento de distinción, ni siquiera en la ampliación del objeto que se estudiaba, aunque ambos factores eran parte del cambio. La gran novedad estaba en que la publicación se presentaba como un medio para relacionarse entre sí. La inclusión de la nobleza y de la Grandeza de una forma destacada recordaba su importancia pero, al mismo tiempo, les incluía en esa dinámica de la relación en la cual la Historia no era lo más importante.

En el contexto de los cambios que estaba transmitiendo la prensa a la altura de 1925 y 1926, la publicación de estos dos guías en las que la Grandeza jugaba un papel tan distinto fue reveladora. La *Guía de la Grandeza* de Moreno seguía apostando por la Historia y la familia, los Grandes eran su único objeto de atención. Algunos factores, sin embargo, mostraban como también se tenía muy en cuenta su lugar en el momento presente. En el caso de la *Guía de la Sociedad de Madrid*, la Grandeza quedaba diluida en una sociedad que era más amplia y no se organizaba según su pertenencia o no a la nobleza, si bien ésta se reconociera. Se trataba de una herramienta que procuraba facilitar la relación y que, al mismo tiempo, ofrecía unos criterios que establecían una jerarquía diferente, organizada según unas pautas poco atentas al pasado. Algo que, inevitablemente, recordaba al proceso que se observaba en la prensa y los redactores que se dedicaban a tratar la vida de sociedad.

Confusión

Desde el punto de vista de la prensa, 1927 empezó de una forma muy similar a como había acabado el año anterior. En *Blanco y Negro*, el segundo número del año incluyó una crónica firmada por Monte en la que hablaba sobre una serie de fiestas que se habían celebrado en París. En una de ellas, tocó un pianista español, en la otra hacían acto de presencia los duques de Plasencia⁸³. El contenido y la motivación del artículo eran una continuación de los que venía escribiendo Monte desde un par de años atrás.

⁸³ *Blanco y Negro*, 9-I-1927.

Sin embargo, durante el mes de febrero, parece que el semanario vivió un repentino resurgir en su interés por la nobleza. Monte colaboró en ello al publicar un artículo sobre el palacio de los duques de Andría a poco de comenzar el mes. Esas páginas recordaban mucho a su serie sobre residencias aristocráticas que había tenido en los años 1922, 1923 y 1924 su auge. La estructura era la misma que se había elegido en su momento: se recogían fotos variadas y se utilizaba la casa para hablar de la familia. Si algo sonaba distinto era la insistencia de Monte en que ese palacio era una mezcla de lo antiguo y lo moderno. Lo señalaba contrastando la decoración de la fachada con la interior, los cuadros antiguos con unos retratos del duque firmados por Moreno Carbonero⁸⁴. También había una referencia a la duquesa, de soltera María Alzola y González de Castejón. Comentaba que pertenecía a “alta nobleza de Vizcaya” y que ocupaba un puesto preferente en la sociedad de Madrid. Curiosamente, no se decía nada de su padre, importante industrial vizcaíno, ni de su primer matrimonio con Juan de Gurtubay, fundador de Altos Hornos de Vizcaya⁸⁵. En 1927 para hablar de nobleza se volvía a insistir en aspectos como la Historia, la casa, el arte o la familia, omitiendo – aunque el lector los pudiera tener presentes- aquellos que distrajeran de esa línea argumental (quizá una dedicación a la industria). Sin duda, pasar a un segundo plano no significaba desaparecer abruptamente. Ser Grande suponía un prestigio indiscutible, aunque unas obras de arte y un buen palacio también fueran necesarios. Lo novedoso aquí no era ser duque ni que se hablara de tu palacio, sino lo excepcional que representaba una noticia de este estilo después de unos años con otras prioridades.

De nuevo, la semana siguiente se recurrió a la nobleza. Sin embargo, el modo en que se hizo resultó una manifestación patente del diferente lugar en que se le colocaba a esas alturas. Dos artículos lo demostraban por causas distintas. En primer lugar, un tal Santiago Camarasa firmó un largo artículo titulado “Mansiones señoriales toledanas”. En este texto, el autor comenzaba hablando de los cigarrales y sus palacios, “admirablemente restaurados y habilitados con todo lujo y confort”. Romanones, Gregorio Marañón o el marqués de la Vega de Retortillo, gobernador civil, eran algunos

⁸⁴ "Es a la vez muy antiguo y muy moderno, moderno en su construcción, en su arquitectura imitativa del estilo dieciochesco; antiguo en su interior, en la riqueza ornamental de sus tapices, de sus tallas policromadas, de sus magníficas literas, de sus viejos damascos, de sus estofas ricamente bordadas y de sus retratos de guerreros y de ricas hembras, en que parece revivir la noble historia de la insigne Casa de Altamira, a la que por línea materna pertenece el duque de Andría", *Blanco y Negro*, 6-II-1927. El palacio era un proyecto de Joaquín Saldaña, en esto también suponía una referencia habitual de la Grandeza.

⁸⁵ Cfr. Marquesado de Yurreta y Gamboa, AGMJ, leg. 116-3, exp. 1064. Por otra parte, la rehabilitación de este marquesado supuso ciertos problemas al tratarse de la conversión de un señorío, algo prohibido en el Real Decreto de 1912.

de sus dueños. Después se refería a una serie de castillos, “hermosos e históricos”, que poseían los marqueses de Argüeso, los duques de la Vega, los de Arión y “los descendientes de la emperatriz Eugenia”. Su siguiente parada era en los monasterios, convertidos en “exquisitos palacios”, que tenían los condes de Finat, los de Santa María de Sisla y los marqueses de Amurrio. Por último, se hacía descripción de los nuevos palacios y casas:

“El Sotillo, de los condes de Casal; la quinta de Mirabell, del duque de Bailén; Barcience, de D. Manuel Taramona; Aguanel, de los marqueses de Linares; El Molinillo, del duque de Veragua; Dehesa Vieja, del marqués de Berriz; Laraderos (sic), de la Casa Bornos; La Alberquilla, de la viuda de Novales; Bellas Vistas o Salchicha, de D. Miguel Gil Delgado, y Ventosilla, de los duques de Santoña, lugar predilecto de S.M. el Rey y el príncipe de Asturias, y otras varias fincas, así como también las casonas del conde de Casal, del marqués de Casa Pizarro, de la marquesa de Zugasti, del conde de Cedillo, de la viuda del general Hernando, del conde de Benacazón”⁸⁶.

En estas líneas aparecían de nuevo algunos de los palacios que Monte había descrito cuatro o cinco años antes. Ahora estaban acompañados por muchas otras casas, por muchos otros nombres. Algunos eran muy conocidos, incluso se puede decir que la mayoría ostentaban un título nobiliario. En definitiva, cabría preguntarse si, a diferencia de lo que el cronista empezó a proponer con sus artículos sobre mansiones, este artículo que hablaba de un sitio tan “señorial” como Toledo no volvía a aportar las referencias a escala Grande de España. De hecho, las fotos que se incluían eran casi todas de las residencias de los Grandes. No obstante, Camarasa incluía en el mismo repertorio a gente muy distinta e, incluso, los que llevaban un título lo ostentaban desde hacía llamativamente poco. Estaba claro que este artículo introducía otra vez un tema en el que los nobles se desenvolvían muy bien pero, a parte del mérito de la conservación de esos edificios, poco se añadía sobre los poseedores —excepto de los duques de Santoña y su cercanía al Rey—. La intención de ofrecer referencias se quedaba a medias, convirtiendo esas “mansiones señoriales” en poco más que algo anecdótico, decorativo. Los dueños de esas posesiones se contagiaban en cierta manera de la visión que se transmitía de sus mansiones.

En ese mismo número de *Blanco y Negro* había otro artículo dedicado a un tema relacionado con la nobleza. En este caso, el tema era la Grandeza misma y, en concreto,

⁸⁶ *Blanco y Negro*, 13-II-1927.

algunos niños que pertenecían a casas muy conocidas. El autor era Mascarilla quien llevaba un tiempo sin hacer mucho caso a los Grandes y ahora volvía a la carga. Hablaba, entre otros, de las hijas de los duques de Medinaceli, de los hijos de los condes de Villagonzalo, de la hija de los duques de Alba, de un hijo de los duques de Abrantes y de los hijos de los príncipes de Hohenlohe, nietos de la duquesa de Parcent. En un primer momento, el cronista se refería a que en esos niños se aseguraba la descendencia de los títulos. Un poco más adelante, los convertía en una constatación de que el problema de la natalidad no era tal en España, lo cual suponía una demostración de la “fe en el porvenir de la raza” por parte de las madres. Por último, Mascarilla hacía referencia a las responsabilidades que estos niños tendrían que enfrentarse en el futuro⁸⁷.

Mientras el artículo reunía muchas de las características de la crónica de sociedad que encumbraba a los Grandes, algo lo diferenciaba de aquellas. Las fotos que se ofrecían resultaban muy conmovedoras, algunas mostrando a niños casi recién nacidos, como la hija de Alba. También había fotos artísticas, por ejemplo, la de una hija de los príncipes de Hohenlohe disfrazada de menina. Quizá era un artículo demasiado tierno, apelaba demasiado al sentimiento de los lectores. Pero es que, además, también había otro tipo de fotos: las que estaban repetidas. Dos años antes Mascarilla ya había publicado un artículo sobre hijos de Grandes, en aquel momento, sobre los primogénitos. Uno de los que mencionaba era Fernando Maldonado, hijo mayor de los condes de Villagonzalo. La foto era exactamente la misma que se incluyó en aquel número. Difícilmente alguien se podía acordar de una foto publicada dos años atrás pero esta repetición, también la similitud del tema de los hijos, planteaba cierta saturación en la imaginación –y recursos– del cronista. La opción por mostrar de nuevo a los Grandes era obvia y con intención, pero la repetición y lo sentimental del argumento hablaban, desde otro punto de vista, del desplazamiento de los Grandes de la prensa motivado también por la desaparición y pérdida de imaginación del cronista, quien fuera durante una década su gran valedor.

En ese mismo número había un tercer artículo que no cuadraba con los anteriores. Lo firmaba Monte, que la semana anterior había apostado de nuevo por las mansiones aristocráticas. Trataba sobre una fiesta en el hotel Ritz que había organizado una dama británica y que Monte denominaba como “una fiesta de arte angloamericana”.

⁸⁷ *Blanco y Negro*, 13-II-1927.

Mezclaba el teatro con el baile y una cena. También se mezclaban las nacionalidades de los asistentes, miembros de algunas embajadas y extranjeros residentes en Madrid. El ambiente y el tipo de público recordaba mucho a las crónicas que Monte venía haciendo sobre la sociedad de París⁸⁸. En realidad, el artículo no desentonaba tanto con la variedad que se observaba en esa sección de “Gran Mundo” desde que apareció, pero cambiaba el ritmo con respecto a las aportaciones de Mascarilla y Santiago Camarasa.

Definitivamente, el año comenzaba confuso. La semana siguiente a aquella fiesta angloamericana, Monte volvió sobre sus pasos y escribió un artículo sobre dos hijas de Grandes de España. El motivo era su cercana presentación en sociedad. Lo titulaba “Han brotado las flores” y aprovechaba esas líneas para hablar de los orígenes de los títulos de sus padres, el ducado de Villahermosa y el de Miranda, así como de alguna anécdota sobre los salones que se formaron en sus palacios. Las chicas eran primas, como recordaba Monte, y aparecían posando vestidas muy a la moda⁸⁹. Otra vez se recurría a la Grandeza. Durante ese año, estos bandazos se produjeron en más de una ocasión pues tan pronto se hablaba del palacio de los marqueses de Hoyos en Jerez, como se hacía un artículo sobre una representación teatral en la embajada de Inglaterra⁹⁰. Este devenir de *Blanco y Negro*, también del propio Monte Cristo, reflejaba de una forma clara no sólo la pervivencia de la nobleza, también su resistencia a desaparecer. No se trataba de un simple aferramiento, también era la demostración de que su modo de vida no desentonaba en algunas circunstancias con la situación social del momento. Se puede decir que la Grandeza nunca desapareció del todo en la sociedad de esos años veinte. Por otra parte, las idas y venidas que protagonizaba en el semanario de Luca de Tena también reflejaban la condición decorativa que se les reservaba, sin ir más allá. La suma de niños, palacios y presentaciones de sociedad resultaba escasa y más cuando habían pasado a un plano secundario, tanto en la periodicidad como en el peso que tenían en el semanario. Además esta situación era algo bastante consolidado en 1927, herencia del desarrollo de la prensa durante esos años y, muy en concreto, de la apuesta por Monte y por una sección de sociedad –“Gran Mundo”- que no quería ofrecer lo mismo que la crónica de sociedad de la década anterior.

⁸⁸ *Blanco y Negro*, 13-II-1927. En ese mismo artículo, Monte concluía haciendo un “resumen de la semana”. Básicamente, hablaba de tres acontecimientos: comidas muy elegantes en los bares de moda, la inauguración de las comidas americanas en el Select Club y unos torneos de golf en el Puerta de Hierro a los que había acudido la princesa de Salm-Salm con la Reina. Nada más lejos que la vuelta de la Grandeza.

⁸⁹ *Blanco y Negro*, 20-II-1927.

⁹⁰ *Blanco y Negro*, 20-III-1927 y 10-IV-1927.

Otra publicación por estas mismas fechas transmitía este mismo proceso. A finales de 1927 se editó en Madrid una revista con el sugerente nombre de *Cosmópolis*. Su editor se llamaba Enrique Meneses y el producto se caracterizaba por su excelente presentación. Un vistazo al índice del primer número revelaba que el título de la revista no era una elección inconsciente. Una sección muy significativa en este sentido era el resumen de la revista en inglés, francés y alemán. En *Cosmópolis* se hablaba de literatura y deportes, se incluían dibujos de Penagos, la publicidad resultaba muy exclusiva, presentando casas que no tenían sede más que en París⁹¹. También había hueco para una sección que sonaba a viejo conocido: “Gran Mundo”. En el primer número esta sección incluía un artículo con el subtítulo “nuestros próceres y sus mansiones” que se dedicaba al palacio del duque de Veragua, en la calle San Mateo. El cronista –firmaba Galaor- recorría la casa con el dueño, ensalzando los objetos artísticos que reunía. Algo se hablaba de la genealogía del duque, pero se insistía mucho más en su trabajo como ganadero y en su sencillez como persona. En la misma sección de “Gran Mundo” aparecía una foto de la vizcondesa de Peñaparda – hija del marqués de Rafal- y alguna más sobre un par de cacerías organizadas por el conde de Romanones en Buenavista y por el duque de Santoña en Mazalabeas.

Este era el espacio máximo que se reservaba a los Grandes y también la temática que se les suponía: casas, cacerías y mujeres, eso sí, con cierto respeto y admiración por su persona. A diferencia de *Blanco y Negro*, lo singular de esta revista fueron los acompañantes de esa nobleza a la que aún se reservaba sitio ya que los contenidos no eran tan distintos. *Cosmópolis* se siguió publicando hasta 1931 pero, aunque mantuvo el mismo tono “exclusivo” de ese primer número, se centró en una dimensión cada vez más hispanoamericana en su atención al extranjero y en un interés mayor por la sección de literatura. Entre medias quedaba la nobleza, que casi siempre era también Grande de España. El palacio de Narros, una foto de la hija de los duques de Miranda –la misma que Monte había llevado a su artículo de *Blanco y Negro*-, una cacería de los condes de

⁹¹ *Cosmópolis*, 1-XII-1927. Aunque llevaba el mismo nombre que una revista promovida por Enrique Gómez Carrillo en 1919, entre ambas no había ninguna relación. Los dibujos de Penagos ilustraban una historia por entregas de Wenceslao Fernández Flórez. La publicidad podía ser de Hermes y de Channel número 5. Sobre la calidad de la revista, parecía fuera de toda duda: Seoane y Sáiz se refieren a ella como “un lujoso magazine mensual”. SEOANE, María Cruz y SÁIZ, María Dolores, *Historia del periodismo en España. III: el siglo XX: 1898-1936*, Madrid, 1996, p. 379. Su precio -1,75 pesetas- era más asequible que lo pedido por *Vida Aristocrática* unos años antes.

Floridablanca o el museo Cerralbo eran motivo de comentario en esta revista⁹². Era curioso que compartieran páginas un artículo de Ernesto Giménez Caballero sobre la vanguardia en España y unas fotos del duque de Alba inaugurando el campo de golf de Pedreña, en Santander⁹³. El editor no lo veía incompatible ya desde el primer número de su *Cosmópolis*. Sin embargo, este contexto en que los Grandes hacían acto de presencia resaltaba su condición de instrumento, tanto para atraer un público al que no le bastara sólo lo literario como para dotar a la propia revista de cierta atmósfera de exclusividad. En *Blanco y Negro* las apariciones y desapariciones que protagonizó en 1927 sugerían la condición decorativa que estaba adquiriendo. Aquella confusión que podía surgir al leer varios números de *Blanco y Negro* se traducía en *Cosmópolis* en cierta extrañeza por los compañeros de viaje que tenía la Grandeza. De otra forma, *Cosmópolis* también transmitió en sus páginas que la Grandeza se convertía en recurso más que modelo.

Ocaso.

El devenir de la prensa en esos años 20 y el papel que allí estaba jugando la Grandeza suponía una serie de cambios de importancia. El final de una época se había ido anunciando en distintos momentos –uno fue al morir Tamames en 1917, también el rigodón de Medinaceli en 1921 lo recordaba-. No obstante, las personas, la tradición o la existencia de rescoldos de su hegemonía en la vida de sociedad (en forma de fiestas, cacerías o palacios) hacían acto de presencia intermitentemente. Al igual que su papel en los ennoblecimientos fue cada vez menor durante esa década de los veinte, también en la sociedad que se proyectaba desde la prensa se iban difuminando. En este sentido, hubo una parte importante de ese peso decreciente que se debió a la pérdida de interés de aquellos que podían haber visto en la nobleza un referente, buscando en su condición el prestigio y tradición de los que carecían. Por otro lado, e íntimamente conectado, estaba la menor atención consciente u obligada por parte de la Grandeza a su tren de vida, como se decía en la época. La crónica se había fijado en ello, quizá lo había ido reflejando mejor que relatando. En enero de 1928, Álvaro Alcalá Galiano abordó esa disolución del papel de la Grandeza de una forma muy directa.

⁹² *Cosmópolis*, 1-X-1928 y 1-I-1929. Al museo Cerralbo se le llamaba “relicario de todas las aristocracias” con brillante expresión.

⁹³ *Cosmópolis*, 1-IX-1929.

Alcalá Galiano era colaborador de *ABC* desde tiempo atrás, había trabajado para periódicos diversos, había publicado algún libro con sus artículos y, no menos importante, era marqués de Castel Bravo y hermano del conde de Casa Valencia, Grande de España. No se dedicaba a la crónica social, ni mucho menos, más bien era crítico literario especializado en teatro⁹⁴. Sin embargo, a comienzos de ese año, poco después de que saliera el primer número de *Cosmópolis*, dedicó su columna a hablar de “Los palacios que se cierran a la vida de sociedad”. En primer lugar, se disculpaba ante los cronistas por usurparles el puesto y justificaba el título y el artículo de una forma poética:

“al morir el año pasado en un ocaso evocador de recuerdos melancólicos, antes de irradiar el alba del año venidero, cargado de interrogaciones, quiero echar la mirada hacia esos palacios aristocráticos, a esas suntuosas moradas que van cerrando sus puertas a la sociedad”⁹⁵.

El autor aludía a dos fallecimientos que conectaban simbólicamente el cierre de los palacios con el fin de la vida que allí tuvo lugar. Se trataba de la muerte del marqués de Viana y del duque de Fernán Núñez. Sobre el primero mantenía que su muerte “viene a clausurar toda una época de fiestas brillantes en honor de los Reyes y del Cuerpo diplomático extranjero”. Por otra parte, el recuerdo del duque de Fernán Núñez “equivale a describir todo un fastuoso periodo de nuestra vida social, en la que los bailes, los banquetes y hasta las reuniones íntimas tienen un tono inconfundible de elegancia y buen gusto”⁹⁶. Además señalaba que el luto no sólo afectaba a esas familias, sino que implicaba a algunas más. Por ello se entendía la menor actividad en el palacio de Montellano. También se refería a ese menor ritmo en el de los duques de Medinaceli, sin aclarar qué luto explicaba su cierre. El único que mantenía su palacio abierto era Alba –aunque hubiera cancelado la tradicional fiesta de disfraces-. Lo curioso era que Alcalá Galiano señalaba cómo su apertura se dirigía más bien a “altas personalidades del arte, de las letras y del mundo cosmopolita”, así como aquellos que querían consultar su archivo. De los actos de sociedad no hacía referencia.

⁹⁴ Alcalá Galiano también era colaborador del periódico argentino *La Nación*. Los artículos que allí publicaba demostraban su dedicación preferente a la literatura. *La Nación*, por ejemplo, 8-I-1928, “Los estilistas de la novela”. Anteriormente se puede ver en ALCALÁ GALIANO, Álvaro, *Conferencias y ensayos*, Madrid, 1919.

⁹⁵ *ABC*, 1-I-1928.

⁹⁶ *ABC*, 1-I-1928.

Para el autor, el cierre de los palacios tenía un significado muy claro ya que “se va con ellos toda una época de brillante historia social, que dio esplendor a aquel viejo Madrid señorial, familiar y pueblerino a un mismo tiempo, tan distinto de este otro Madrid bullicioso, moderno, acaudalado y cursi”⁹⁷. El cierre de los palacios, al igual que el gobierno de ese Madrid “bullicioso, moderno, acaudalado y cursi”, correspondía a la aristocracia del dinero, que él definía también como “los nuevos ricos”. Ellos ponían sus “rapaces garras” en todo y, cuando no lo hacían, la “piqueta demoledora” actuaba en su lugar. Alcalá Galiano se lamentaba de que Monte Cristo no hubiera escrito unas memorias que captaran el modo de vida que se estaba extinguiendo. Sin embargo, los ejemplos que ponía sobre lo que se había marchado eran del período de Regencia, prefigurado en las reuniones en la Huerta de los marqueses de Casa Puente o las que organizaba la duquesa de Bailén. También mencionaba las fiestas de la marquesa de Squilache. Era cierto que esos acontecimientos tuvieron en Monte a su cronista por antonomasia pero de eso hacía ya mucho tiempo. Desde que Squilache falleció ya habían transcurrido quince años, los cuales el autor pasaba por alto. Aquel Madrid tenía un algo diferente al actual. El autor lo definía como “un sello inconfundible de distinción”. Él veía una serie de causas que, sin ninguna duda, habían motivados esos cambios. Quizá no eran muy concretas, pero habían barrido con todo lo anterior: la posguerra, el progreso nivelador, las nuevas costumbres y —otra vez— los nuevos ricos. Acababa con una queja: “esos acaudalados burgueses, paseando hoy, triunfantes, en soberbios automóviles, por el Retiro o la Castellana, son, con relación a aquel viejo Madrid aristocrático, lo que las joyas falsas a las verdaderas”⁹⁸.

Lo que en un principio parecía un artículo sobre el fin de un modo de vida social se transformaba en una queja contra los nuevos protagonistas, los sustitutos de aquel sello de distinción. Alcalá Galiano veía una imitación en toda regla que venía precedida de un ansia por la sustitución. Estaba la garra, también la piqueta. Ante esto se había opuesto nada o casi nada y el luto había borrado lo último que quedaba. Era queja pero también alabanza a un modo de vida que había pasado. Entendía que Monte era su mejor relator. Las costumbres, el progreso, los nuevos ricos, la posguerra que los envolvía a todos, ahí estaban las causas Sin embargo en un artículo de periódico era difícil ir más allá del certificado de defunción y la queja ante lo que había venido. En otros foros, Alcalá Galiano siguió extendiéndose sobre el tema.

⁹⁷ *ABC*, 1-I-1928.

⁹⁸ *ABC*, 1-I-1928.

Durante ese mismo 1928 el autor publicó un libro que recogía alguno de los artículos que publicaba con cierta frecuencia en *La Nación* de Buenos Aires. La mayoría eran crítica literaria pero alguno analizaba la realidad española y las relaciones con Hispanoamérica. Una de estas colaboraciones, publicadas más o menos hacia la mitad del libro, llevaba por título “Vida mundana”. Al acercarse a sus páginas, se percibía rápidamente que se trataba de una continuación del texto que había aparecido en *ABC*. Las primeras líneas ya lo anunciaban: “Uno de los más característicos síntomas de la evolución social moderna es que va poco a poco desapareciendo la vida mundana, o sea la vida de sociedad, cuyos salones frecuentaba sólo la alta aristocracia”⁹⁹.

El hilo conductor era muy parecido, pero en algunos momentos había argumentos que variaban. Parece evidente que la diferencia de público pudo influir. Sin embargo, lo más interesante estaba –aunque suene a obviedad– en que el mayor espacio disponible en el libro le permitió expresar más ampliamente sus opiniones. El comienzo del artículo señalaba la diferencia entre España y otras naciones europeas, en cuanto que aquí seguían existiendo “palacios y mansiones aristocráticas”. En este punto se observaba algo distinto. Justo al comentar esa supervivencia, señaló una contradicción de la que no participaban los “nuevos ricos” (a quienes luego también trituraría, al igual que en *ABC*). La comparación en ese momento cambiaba los términos, ya no eran aristocracia de sangre vs. aristocracia del dinero: “por las calles de Madrid vemos el contraste pintoresco del flamante automóvil blasonado con *chauffeur* y lacayo de librea –vestigio del *Ancien régime*–, y el eterno carro de mulas”¹⁰⁰. El contraste en este caso era con el Madrid paleta. Inmediatamente después sí que introducía términos semejantes al artículo anterior de *ABC*: se refería a “los antiguos palacios de señorial fachada” en los cuales había tesoros artísticos, retratos, tapices “y muebles ya crujientes bajo el peso de pasadas generaciones” para contraponerlos con los barrios nuevos, “en los que lucen los blancos hoteles de nueva construcción”. Sin embargo, aparecía un tercer lugar: la Castellana, “nuestro *Park Lane*”. A ésta se refería como la avenida aristocrática y señalaba que en ella coincidían edificios de dudoso gusto y los jardines de las casas nobiliarias y opulentas¹⁰¹. Alcalá Galiano reconocía nuevamente que se estaba produciendo una importante transformación pero también otorgaba a la nobleza un

⁹⁹ ALCALÁ GALIANO, Álvaro, *Entre dos mundos*, Madrid, 1928, p. 123.

¹⁰⁰ ALCALÁ GALIANO, Álvaro, *Entre dos mundos*, Madrid, 1928, p. 123-5.

¹⁰¹ ALCALÁ GALIANO, Álvaro, *Entre dos mundos*, Madrid, 1928, p. 126.

papel destacado como protagonista de ese cambio: su automóvil contrastaba con el carro de mulas y estaba presente en la Castellana, su Park Lane.

Estas diferencias a la hora de desentrañar las causas del cambio revelaban ciertas dudas en la interpretación del periodista. De repente, la nobleza también jugaba un papel en esos cambios, no desaparecía sin más. Sin embargo, Alcalá Galiano pronto pasaba a adoptar la misma disposición quejosa que en *ABC*, lamentándose del fin de una vida de sociedad que volvía a identificar con La Huerta, la residencia de la duquesa de Bailén y las fiestas de la marquesa de Squilache. *Pequeñeces* constituía la referencia. Una vez más, entre la muerte de la marquesa y ese 1928 daba la impresión de que no había ocurrido nada. También mencionaba de nuevo a Monte Cristo, pero no para lamentarse de sus memorias no escritas. De él decía que “tiene que buscar horizontes nuevos fuera de su patria, en vista de este progresivo retraimiento de las casas por él descritas en otra época”. Para él, resultaba un síntoma más del desplazamiento de ese mundo que había descrito anteriormente. La Regencia y el primer momento del reinado eran de nuevo sus recuerdos más señalados y ponía a Monte por testigo. Entonces era cuando sacaba a relucir al duque de Alba. Le dedicaba varias páginas. Después volvía su atención al duque del Infantado y al de Medinaceli, verdaderos clásicos cuando tocaba defender el papel de la nobleza. Por una parte aludía a un pasado ya lejano, pero sin renunciar a ensalzar la figura de algunos Grandes del momento.

Alcalá Galiano insistía especialmente en Alba por motivos muy concretos. La apertura de su palacio a fiestas y recepciones era una de los primeros factores importantes que subrayaba. Más aún cuando muchos otros habían cerrado hacía tiempo: “a él (Alba) no le gustan los bailes, pero sabe que la posición social tiene sus deberes y que los palacios señoriales hallan su razón de ser en el esplendor decorativo”. En segundo lugar dedicaba grandes elogios al archivo de la familia. Para él era algo incomparable: “el dinero puede dar automóviles, yates y jacas de polo, pero sólo la herencia y la tradición son capaces de realizar este milagro”¹⁰². Aunque la queja sonara clara, lo importante para el autor era mantener los dos perfiles, el que se dedicaba a “cazar, jugar al polo, cultivar el sport y viajar por todo el orbe” y el que no olvidaba la cultura¹⁰³. Una expresión definía bien lo que intentaba defender y se la debía a Rubén

¹⁰² ALCALÁ GALIANO, Álvaro, *Entre dos mundos*, Madrid, 1928, p. 130.

¹⁰³ Estaba claro que el autor defendía un concepto de cultura expresado en el cuidado del archivo o la publicación del libro de Historia. Sin embargo, cuando se refirió al duque de Medinaceli, la cultura era algo más extensa: “el duque actual publica libros de viajes y de cetrería, pertenece a la Academia de

Darío: Alba –y el concepto de nobleza que Alcalá Galiano sostenía- era “muy antiguo y muy moderno”¹⁰⁴.

El contraste con una gran mayoría de la nobleza era, de tan patente, innecesario. Desde su punto de vista,

“habitualmente, los que han heredado un título histórico suelen creer cumplida su misión social con no faltar a las leyes del honor y de la caballeridad, lo cual les permite, según ellos, dormirse cómodamente sobre los laureles de sus antepasados”¹⁰⁵.

Sin embargo, a pesar de lo apuntado, la culpa de la situación no era de la nobleza. Otra vez señalaba los errores para acusar al extraño. La alta burguesía y la “juventud de otras clases que sólo aspira al dinero y al lujo” eran los culpables del reinado de la frivolidad. No se oponía a esa “democratización” de la sociedad en general, pero sí lo hacía cuando se producía en una ausencia total de cierto interés por la cultura. El deporte había sustituido a algunos actos culturales como espacio de relación social, lo cual era una manifestación más de un reinado nuevo, el de los nuevos ricos, el de los “nuevos pródigos”, como acababa denominándolos¹⁰⁶.

Este artículo, junto con la columna de *ABC*, era una especie de certificado de defunción de la vida mundana. En ambos se describía claramente la unión entre el “gran mundo” y la nobleza, la relación entre el fin de la sociedad que se calificaba de aristocrática y los cambios en las formas de relacionarse. Alcalá Galiano lo hacía con cierta acritud, auténtica animadversión hacia el culpable nuevo rico, la cual iba en aumento hacia el final de sus páginas. Quizá la columna del periódico madrileño no era de esa dureza, pero le faltaba claridad a la hora de exponer la idea principal de Alcalá Galiano: a la nueva “aristocracia” le faltaba interés por la cultura. Cultura que tenía definiciones muy variadas según se trataba de los nobles, pero que se fijaba como modelo en el duque de Alba. Incluso se podía disculpar a algunos si no se preocupaban mucho por ella. Sin embargo, el perdón no era posible en el caso de aquellos que estaban sustituyendo a la nobleza pues, aunque ocupaban su lugar en los espacios de

Ciencias y, en resumidas cuentas, revela preocupaciones culturales dignas de encomio en un ambiente social que suele rendir únicamente culto a la elegancia y a la frivolidad”, ALCALÁ GALIANO, Álvaro, *Entre dos mundos*, Madrid, 1928, p. 133.

¹⁰⁴ Exactamente la misma expresión que había utilizado un año antes Monte para hablar del palacio de los duques de Andía.

¹⁰⁵ ALCALÁ GALIANO, Álvaro, *Entre dos mundos*, Madrid, 1928, p. 132.

¹⁰⁶ ALCALÁ GALIANO, Álvaro, *Entre dos mundos*, Madrid, 1928, p. 136.

relación social, no lo hacían en su dedicación a la cultura. Eran joyas falsas para Alcalá Galiano.

En un momento dado, defendiendo a la nobleza, el autor explicaba su espíritu democrático y, al mismo tiempo, marcadamente jerárquico. Decía que “en altas esferas están marcadas las jerarquías, como en el cielo, alrededor del trono del Altísimo”. A continuación diseñaba un breve pero interesante esquema de esa jerarquía que ordenaba esas altas esferas:

“Empieza el mariscalato con la llave de Gentilhombre-grande, y el lazo rojo de Dama de honor. Luego desciende la escala jerárquica a Grandes de España, sin puesto palaciego, a los títulos de Castilla, a las Maestranzas, a las Órdenes militares y hasta los últimos comparsas que cierran la brillante procesión del señorío, sin excluir a los ‘nuevos nobles’ de la política y de la alta banca. Hay veces en que la elegancia sustituye con ventaja al abolengo y en que es preferible ser miembro de un club *chic* a pertenecer a una Maestranza”¹⁰⁷.

La sustitución del abolengo no sólo era posible, sino que se estaba produciendo. Sin embargo, el reemplazo no estaba a la altura pues le faltaba aquel interés por la cultura que sí había en la nobleza. Frivolidad y lujo eran las características del nuevo rico. Es interesante que hasta al mismo duque de Alba también se le aplicaban los adjetivos de *chic* y *snob*. Más que un contrasentido, era un reflejo muy acertado de la opción por el equilibrio que defendía Alcalá Galiano. Equilibrio entre las nuevas costumbres –con gran espacio para el *sport*- y la tradición, materializada en el archivo y la cultura. Aunque el autor no lo reconociera, la nobleza también salía mal parada en sus páginas. Al fin y al cabo, aquel cierre de los palacios, ese cambio en las costumbres se les podía achacar a ellos mismos y, aunque fuera de pasada, el autor lo denunciaba tanto en *ABC* como en el artículo más extenso de su libro. Por mucho que demonizara a las nuevas clases emergentes, su crítica se contagiaba a la nobleza: Alba representaba el equilibrio perfecto, pero era algo inalcanzable.

Alcalá Galiano diagnosticaba bien pero no repartía las culpas de forma equitativa. Sin embargo en sus páginas mostraba adecuadamente cómo el fin de la vida mundana y el ocaso de la jerarquía que se configuraba alrededor de los nobles estaban relacionados directamente. En las crónicas de Monte Cristo, en sus cambios de *Blanco* y *Negro*, esa relación también estaba presente pero no incluía una reflexión explícita al

¹⁰⁷ ALCALÁ GALIANO, Álvaro, *Entre dos mundos*, Madrid, 1928, p. 134.

respecto. El cierre de los palacios, el fin de sus fiestas le hacía dedicarse a otras cosas, “huir” a París. El cronista escribía sobre el fin de esa jerarquía pero sin proclamarla. Las guías de sociedad también hablaban de ese final, de ese cambio. En la *Guía de la Sociedad de Madrid y la Grandeza de España* se percibía ese giro en los fundamentos de la jerarquía. Quizá no vinculado al fin de la vida mundana –que no se podía percibir en una guía directamente-, pero sí en ese segundo paso que era la pérdida del orden en la jerarquía y que se hacía evidente en las nuevas personas que tenían su hueco y en la sustitución de la Historia por otros criterios para establecer un orden.

Casi al mismo tiempo que se publicaba el artículo de Alcalá Galiano una guía más salió a la luz. Se trataba del *Anuario aristocrático*, de mismo nombre pero muy diferente al publicado en 1917. Ésta guía tenía la peculiaridad de referirse a la sociedad de Barcelona. Se abría con unas páginas dedicadas a las “clases de etiqueta” en las que la Grandeza ocupaba el primer lugar. Justo después se daba paso al núcleo del libro, “Guía de la sociedad de Barcelona”, en el cual el orden se debía al apellido. Sin embargo, se hacía mención a los nobles según su título nobiliario en una mezcla muy sugerente. La sociedad de la que se hablaba era amplia, no se ceñía sólo a la nobleza, pero se respetaba su condición. Eso sí, esa sociedad de Barcelona que se mostraba no era algo que se fundara en la Historia, la cual se omitía en el sentido más estricto de la palabra. Significativamente, la guía reservaba un capítulo titulado “Guía de la nobleza de Cataluña”, en la cual se suponía que habría espacio para las genealogías y antepasados de los nobles. No obstante, el capítulo estaba absolutamente vacío y, en su defecto, el autor incluía una disculpa remitiendo al siguiente número de la guía en el que sí hablaría de la nobleza¹⁰⁸. Este *Anuario* expresaba de otra forma la nueva posición que pasó a ocupar la nobleza y que en 1928 parecía consolidada. Mientras Alcalá Galiano hablaba de cierre de los palacios y de fin de la vida mundana, en la guía de Barcelona la nobleza catalana desaparecía como grupo.

¹⁰⁸ GÉNOVA Y DE BOUYOSSE-MONTMORENCY, Enrique de, *Anuario aristocrático*, Barcelona, 1928. El autor era redactor del *Diario de Barcelona*. En el apartado titulado “Guía de la sociedad de Barcelona” aparecían las profesiones de los reseñados. Obviamente “propietario” era la más frecuente. Esta diferencia con la *Guía de la Sociedad de Madrid* –donde no aparecían las profesiones- es muy interesante. También se recoge otro dato que marca distancias entre ambas ciudades: la segunda residencia. La frase en la que el autor se disculpaba por no incluir nada sobre la nobleza era en su simplicidad un importante testimonio: “En la próxima edición de este anuario, correspondiente al año de 1929, aparecerá una sección titulada “Guía de la Nobleza Catalana”, y en ella se reseñará la historia de varias Casas de la Nobleza de Cataluña”, p. 281.

Ocaso, fin o desaparición: se podría titular de muchas formas, pero los artículos de este autor y las guías de sociedad aparecían como un punto final en la preponderancia de la Grandeza y la nobleza en la sociedad del momento. Sin embargo, como ocurría también en *Blanco y Negro*, no acababa de desaparecer. En el caso de Alcalá Galiano, pervivía en Alba y en su defensa de la nobleza en general. En el *Anuario* de Barcelona hacía acto de presencia en las “clases de etiqueta” y entremezclada en la larga lista de miembros de esa sociedad, de una forma muy parecida a la *Guía de la Sociedad de Madrid* de dos años antes. Su diferencia no era suficiente para reservarles un lugar distinto pero, demostrando una resistencia fuera de lo común, aún servían de alguna forma como elementos de prestigio.

Epílogo revelador

Durante 1929 la situación que estaba viviendo la Grandeza mantuvo una línea similar. Se asomaba para desaparecer, diluida en unas “altas esferas” –por utilizar la expresión de Alcalá Galiano- cuyos protagonistas representaban una sociedad que se estaba moviendo según criterios distintos. Realmente, era la tónica que se había apuntado desde los cambios planteados en la prensa entre 1919 y 1921 y que, desde entonces, las guías y las crónicas de Monte –también las revistas que cerraban y las que abrían- estaban demostrando. Los tres años que siguieron hasta la proclamación de la República ofrecieron una continuación muy interesante y, a la vez, aburrida ante la lenta disolución de la Grandeza como referente social. Era monótono pero revelador. Fueron algo así como un epílogo del papel que habían desempeñado anteriormente.

Una manifestación de esta disolución gradual siguieron siendo las crónicas de Monte Cristo en *Blanco y Negro*. En 1929 el cronista introdujo alguna novedad en sus artículos, las cuales parecían incidir en un alejamiento de sus crónicas clásicas y, por tanto, en un olvido de la Grandeza. Esta novedad no se refería al lugar desde donde las realizaba, pues repetía París. La ruptura venía porque su objeto de análisis eran tertulias de un marcado tono intelectual. La primera de este tipo que firmó tenía la excusa de que se realizaba en la vivienda de la duquesa de Dato, hija del político conservador. Su condición de noble –muy reciente, está claro- no ocultaba que su casa era algo muy diferente, como lo era el arte y la decoración que albergaba, como lo eran los invitados a sus tertulias. En algunos casos se trataba de nombres muy conocidos en la cultura europea: André Gide, Paul Valéry, François Mauriac y Tristán Tzara. También decía

que alguna vez acudían Le Corbusier, Milhaud y Miró. Según Monte, siempre que pasaban por París acudían a su casa Marañón, Ortega y D'Ors, así como los jóvenes escritores Marichalar y Agustín Figueroa¹⁰⁹. Obviamente, esto no tenía nada que ver con las mansiones aristocráticas que había descrito unos años antes en esas mismas páginas. En cambio, no estaba tan lejos de sus apariciones en fiestas de la nobleza cosmopolita francesa. La semana siguiente volvió a firmar una crónica similar. En esta ocasión ni la residencia pertenecía a un miembro de la nobleza española. Se trataba de la señora de Errázuriz que, sin embargo, sí representaba a la perfección ese toque cosmopolita que Monte solía cuidar en sus crónicas sobre París. De ella se hablaba, también de su decoración modernista y, sobre todo, se hacía referencia a su cercanía con Picasso¹¹⁰.

De todas formas, los nuevos horizontes que buscaba Monte en París, según la opinión de Alcalá Galiano, tenían más que ver con las casas y las fiestas que con los intelectuales. En *Blanco y Negro* aparecieron durante ese año y el siguiente una serie de crónicas sobre celebraciones varias en París. Una fiesta en honor de un Khan de Persia, otra para homenajear al sultán de Marruecos o un baile “todo de blanco” eran algunas sobre las que Monte escribió en ese tiempo¹¹¹. Las casas que visitaba en la capital de Francia –a parte de las tertulias de intelectuales- tenían un inconfundible sello característico: una casa en el barrio de la Estrella, un *atelier* de un artista aristocrático, la residencia de los embajadores de Colombia o una casa estilo chino¹¹².

Algo quedaba aún de su tradicional gusto por la nobleza pero ocupando un lugar bastante secundario. Por ejemplo, a comienzos de 1930 publicó una crónica sobre “mansiones hidalgas”. La familia que la poseía no representaba una casa de especial trascendencia pero algo hacía recordar sus artículos de años atrás. Quizá era el barniz histórico y su típica atención hacia los objetos artísticos¹¹³. También al comenzar 1931 escribió unas páginas sobre una residencia aristocrática. En esta ocasión se refería al palacio de la duquesa de Castro Enríquez que en esos momentos habitaba su hijo, el conde de la Revilla. En este texto Monte hacía una especie de resumen de los

¹⁰⁹ *Blanco y Negro*, 12-V-1929. Quizá esta última referencia presentaba a los únicos elementos de origen nobiliario del texto.

¹¹⁰ *Blanco y Negro*, 19-V-1929.

¹¹¹ *Blanco y Negro*, 26-V-1929, 18-VIII-1929, 13-VII-1930.

¹¹² *Blanco y Negro*, 22-IX-1929, 15-XII-1929, 15-VI-1930, 7-IX-1930.

¹¹³ *Blanco y Negro*, 12-I-1930. Se trataba de una mansión vizcaína llamada “Zubieta” que pertenecía a la familia de los Adán de Yarza. Sin ser nobles, Monte situaba su origen en el siglo XVIII, lo cual daba un aire histórico claro a su elección. Dedicaba mucha de su atención a tres retratos de Goya que conservaba esta familia.

principales personajes que habían poblado sus crónicas desde años atrás, pero todos se referían al período de la Regencia. El artículo lo iniciaba con un verso sintomático: “¡cuántas esperanzas muertas y cuántos recuerdos vivos!”. De alguna manera este artículo parecía una rápida necrológica de la vida de sociedad que había ido relatando durante tantos años. También resultaba una especie de respuesta a la petición de Alcalá Galiano sobre la necesidad de que escribiera sus memorias.

Era muy breve para todo lo que había que contar –ocupaba unas cuatro páginas– y, además, sonaba a algo anacrónico tras años sin atender a mansiones de ese tipo. Regresar desde una fiesta en pleno París a las residencias aristocráticas era un giro demasiado brusco a esas alturas. Sin embargo, en esas páginas, Monte introducía algo interesante. En un momento dado se refería a que, en su vida como cronista de sociedad, le había tocado vivir una época de transición. Realmente, como transmitían otros autores, se trató de un periodo de múltiples transiciones que tuvieron una manifestación clara en los importantes cambios en las costumbres de esa sociedad nobiliaria¹¹⁴. Sin embargo de esta idea de la “transición” destacaba también otro punto. Como en el caso de la columna y el artículo de Alcalá Galiano, Monte no hablaba en ningún momento del periodo que había transcurrido tras aquella primera parte del reinado de Alfonso XIII. El fin de las reuniones de sociedad en los salones o de las grandes fiestas en los palacios fueron durante un tiempo una constante en los resúmenes anuales de la vida de sociedad o lamentos espontáneos en alguna de sus crónicas. Sin embargo, Monte parecía haber olvidado esos años más que para mencionarlos como una transición. De algún modo, identificaba aquella “época romántica” anterior con una vida de sociedad aristocrática en todo su sentido y con su misma trayectoria como cronista.

El artículo sobre el palacio de Castro Enríquez fue uno de los últimos que publicó en *Blanco y Negro* antes de la proclamación de la República y, sin duda, el último que abordó una temática que recordaba a sus crónicas de sociedad de años atrás¹¹⁵. Su progresivo alejamiento de este mundo, de aquel Gran Mundo, reflejó –como ya había insistido– el fin de esa vida de sociedad, los intereses cambiantes del público y

¹¹⁴ *Blanco y Negro*, 4-I-1931. Este artículo tenía como subtítulo “De la vida romántica” y esto servía para justificar en parte la atención tan marcada de Monte hacia una época romántica que él identificaba con lo isabelino y la Regencia. Otro aspecto interesante del artículo era la identificación de una serie de mujeres que habían alcanzado una edad avanzada como “très d’union” entre esas épocas. Una era la duquesa de Fernán Núñez, otra la duquesa de Medinaceli (en ambos casos se refería a las duquesas antecesoras de las actuales).

¹¹⁵ El último artículo que se publicó con la firma de Monte trataba sobre la iluminación navideña de las calles de París, *Blanco y Negro*, 27-XII-1931.

su búsqueda de alternativas en un lugar como París. Sin embargo también condujo a que esa etapa de cambios y transiciones quedara marcada como un momento menor en esa vida de sociedad. Sin duda, la nobleza estaba jugando un papel secundario que no tenía ni punto de comparación con su predominio previo. No obstante, su difuminarse no fue instantáneo.

En este sentido, la etapa final de Monte tuvo dos lecturas. Por un lado, los Grandes nunca desaparecieron de una forma definitiva de sus páginas, incluso en un momento tan tardío como 1931¹¹⁶. Por otra parte, la nostalgia que suscitaba la etapa de la Regencia era muy fuerte y estaba íntimamente relacionada con sus comienzos en la profesión. De esta forma el paso a un segundo plano de la vida de sociedad que había protagonizado la Grandeza se veía condicionado por la importancia que había tenido en la época anterior. Aunque Monte no lo hubiera previsto, su énfasis en el auge provocó que la etapa de decadencia quedara demasiado oscurecida. Mientras tanto él, ante todo, había sido el gran relator de ese cambio.

Simbiosis, bloque, integración.

El devenir de la Grandeza de España en la prensa y otras publicaciones desde 1922 aporta interesantes cuestiones sobre la decadencia de la nobleza en este periodo. El declive de este grupo como referente y el modo en que se produjo se reflejó en los medios de una forma concreta. Principalmente fue el fin de un modo de vida el que acabó con la atención tan importante que se prestaba a los Grandes. Ese ocaso tuvo que ver con varios factores. En primer lugar, el empuje de los nuevos espacios de relación social y la preferencia por éstos de grupos sociales que no tenían hueco alguno en el Gran Mundo. Al mismo nivel estaba el progresivo cierre de los palacios de los Grandes a una vida social intensa. Este hecho tuvo una explicación generacional en la muerte de algunos de los nobles más involucrados en esta forma de relación social. A su vez, ese cierre se entendía a partir de los cambios de costumbres y preferencias en la propia nobleza y las exigencias económicas y de estilo de vida que suponían fiestas de gran magnitud (aunque éstas no eran la única manifestación de ese modo de vida).

¹¹⁶ Algo similar ocurrió también en la revista *Cosmópolis*, última heredera de la tradición de revistas de sociedad. Aunque desde un primer momento ya se observó el papel decorativo que parecía iba a jugar la nobleza, hasta su desaparición en 1931 –algo revelador– tuvieron hueco bodas y cacerías, también alguna que otra entrevista y, en línea con lo que manifestaba Monte en ese artículo sobre el palacio Castro Enríquez, un recuerdo sobre uno de los más famosos bailes realizados en el palacio de Cervellón al final del reinado de Alfonso XII. *Cosmópolis*, 1-III-1931.

Esta interpretación fue difundida por algunos cronistas de sociedad durante ese mismo proceso de decadencia. También el fracaso de proyectos periodísticos que giraban en torno a ese concepto de la vida social sugería esa visión que subrayaba el fin de una época. Algunos de los protagonistas de esa vida social también insistieron sobre este punto: se estaba produciendo el *Gran Cambiazo*¹¹⁷. Sin embargo, estos años ofrecen mucho más que una simple constatación de la disolución de un modelo social en que los Grandes ocupaban la cúspide como referencia –aunque esta aportación ya fuera significativa-. La atención a la figura de Monte Cristo y sus idas y venidas en *Blanco y Negro* no es algo obligado por la escasa existencia de otros ejemplos como él. Es cierto que Monte tuvo mucho de único, pues fue primero altavoz y después verdugo de esa vida de sociedad que se había instalado con éxito en la prensa al menos hasta la década de 1910. Sin embargo, la decadencia de este grupo social se trata de algo asumido por la historiografía, pero no está claro ni el cómo ni el cuándo. Lo interesante es analizar el propio proceso de decadencia. Seguir a Monte, a Boyd, a Alcalá Galiano o a las guías de sociedad del momento lo permite. La insistencia en forma de ‘persistencia’ que Arno Mayer introdujo sirvió de acicate en la historiografía para no pasar a toda prisa por encima de esa decadencia. En España Mayer tuvo brillantes precedentes en Vicens, Tuñón de Lara y, en menor medida, Jover. No obstante, esta investigación no pretende incidir solamente en la línea de señalar fechas y personajes que identifiquen los factores clave del proceso, si bien ya sería algo interesante. Poner en conexión la decadencia social de la Grandeza con interpretaciones generales sobre el proceso en otros contextos sugiere interesantes conclusiones¹¹⁸.

La decadencia de la nobleza española, especialmente de la Grandeza, fue un fenómeno que se prolongó en el tiempo. En otros países europeos, se señaló como ese mismo proceso de decadencia durante esos años caracterizó su experiencia, su devenir¹¹⁹. También en España su declive fue gradual, no siguió una línea recta, no fue

¹¹⁷ En primer lugar la referencia es obvia a Monte Cristo, también a Gil de Escalante, menos involucrado, pero rápido intérprete de la situación. Después, la cita ineludible es a Leon Boyd y su *Vida aristocrática*. Por último, fue protagonista en cierta medida Álvaro Alcalá Galiano y, espectadora de primera fila, la autora de esa expresión, Pilar de Yturbe. Vid. YTURBE, Piedad, *Érase una vez... Bocetos de mi juventud*, Madrid, 1954, p. 168. La autora utiliza ese término en el contexto de la Primera Guerra Mundial y los cambios sociales que conllevó.

¹¹⁸ En este sentido, cabe subrayar la idea de Juan Pro acerca de que insistir excesivamente en el fin rápido de la nobleza asociado al Antiguo Régimen resultaba un análisis superficial, mientras que una visión excesivamente continuista sería empobrecedora. Vid. PRO RUIZ, Juan, "Las elites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio social (1808-1931)" en *Historia Social*, 21, p. 49.

¹¹⁹ El profesor Godsey –hablando de la nobleza austriaca– comenta en este sentido: "la decadencia caracterizó la experiencia de la aristocracia, pero ésta fue gradual, nunca inexorable, lo que permitió a la

algo inevitable y acabó condicionando su misma identidad como grupo social. Durante el periodo 1914-1931, una atención muy extendida y el posterior paso a un segundo plano fueron parte de esa decadencia desde el punto de vista social. Este declive ha sido estudiado sobre todo teniendo en cuenta aspectos económicos y políticos que, para España, se pueden sintetizar hablando de una reordenación de su posición¹²⁰. Sin embargo, el prestigio –de carácter social, siempre se ha añadido- hacía el resto para explicar la supervivencia. La evolución de la visión que se tenía de la nobleza en la prensa y las guías de sociedad adquiere en este contexto una especial relevancia. El prestigio de la nobleza ya no actuaba de la misma forma en la sociedad y, aunque no desapareció abruptamente, se observaba con claridad que otros prestigios basados en pautas diferentes tenían un reconocimiento generalizado. Fue el caso de Juan Manuel de Urquijo y su hotel en la desconocida María de Molina allá por 1923. No sólo eran objeto de reconocimiento, además comenzaban a articular con más fuerza esa sociedad –limitada, por supuesto- en la que antes la nobleza quizá no era el eje, pero sí la cúspide. Esto se observó con gran fuerza en la *Guía de la Sociedad de Madrid y la Grandeza de España*. En este sentido, el desplazamiento de la Historia como un condicionante clave resultó decisivo para la sustitución de la nobleza como grupo referente. Las apariciones decorativas de algunos Grandes en prensa especialmente a partir de 1925 también hablan de esa sustitución. Hasta entonces familia y palacios sirvieron como apoyos insustituibles de la Historia. En los años veinte, ya no tuvieron el mismo efecto.

En este punto, las interpretaciones con un sentido más amplio entran en juego. Los dos análisis que han tenido mayor influencia en nuestra historiografía han sido el que hablaba de una simbiosis entre las clases emergentes y la nobleza y el que prefería referirse a la formación de un bloque de Poder entre esos grupos. En ambas visiones la decadencia pasaba a un segundo plano y esto conllevaba que la visión de la nobleza fuera limitada. Esto se debía a que, en ambos casos, el peso que había tenido la nobleza quedaba diluido en la mezcla aunque mantuviera una importancia incontestable. No obstante, las dos visiones tuvieron su mérito.

nobleza ejercer un poder e influencia enormes hasta, al menos 1914.", GODSEY, William D., "Quarterings and Kinship: the social composition of the Habsburg Aristocracy in the Dualist Era" en *Journal of Modern History*, vol. 71, n.º 1, Chicago, 1999. p. 57

¹²⁰ El concepto de reordenación asociado al patrimonio de la nobleza –a la que consiguió afrontar con éxito el fin del privilegio- fue el eje del trabajo de Bahamonde, como ya se ha visto. Vid. BAHAMONDE, Ángel, "Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)" en BAHAMONDE, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid, 1986, pp. 326-375.

Joseph Schumpeter fue el gran impulsor de la primera de ellas. Para él, existió una simbiosis activa entre dos estratos, a los que se refería como político y económico. Mutuamente se apoyaban. La palabra clave era “atavismo”. Para este autor uno de esos estratos tenía componentes atávicos, que denominaba como feudales y que, enseguida, conectaban con la nobleza. Su análisis hacía referencia al éxito de este proceso en el caso inglés, lo cual validaba su interpretación¹²¹. Lo feudal de Schumpeter estuvo después en Arno Mayer, quien influyó mucho en los estudios que, desde los ochenta, se hicieron sobre la nobleza¹²². El concepto de simbiosis activa se ha utilizado en la historiografía española con cierta frecuencia¹²³. Por una parte, solucionaba el problema de la continuidad de la nobleza. Sin embargo, resultaba menos apropiado al obviar la respuesta sobre si el producto social de esa mezcla dejó de tener éxito en algún momento o sus componentes sufrieron cambios. Uno de los problemas principales es que el análisis en otros países quedaba tremendamente condicionado por el resultado de la Primera Guerra Mundial desde el punto de vista social, muy en concreto, en lo que respecta a la nobleza. En España no era así y la misma respuesta simplemente quedaba postergada a la llegada de la II República¹²⁴. Sin embargo, los cambios en la vida social transmitidos por la prensa entre 1919 y 1921 y los cambios en la propia prensa y otras publicaciones dedicadas a la sociedad entre 1922 y 1927 demuestran que la nobleza dejó de ser reconocida ampliamente por su condición en esos momentos. La Historia dejó de contar a la hora de definir los condicionamientos de la elite. En parte hubo renuncia de la nobleza que no supo hacer prevalecer ese criterio que tenía en exclusiva.

¹²¹ La terminología del autor austriaco es muy sugerente. El capítulo en el que se trata este tema se titula “Los muros se desmoronan”. Otra denominación del grupo dominado por esos atavismos era la de “estratos protectores”. SCHUMPETER, Joseph, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, 1968, pp. 186-188. La primera edición es de 1942.

¹²² En algunos casos considerándose en gran medida una réplica a sus propuestas. Por ejemplo, CARDOZA, Anthony L., *Aristocrats in bourgeois Italy*, Cambridge, 1997, pp. 3-6.

¹²³ Es el caso de PÉREZ LEDESMA, Manuel, “Sociedad y conflicto social” en ARTOLA, Miguel *Enciclopedia de Historia de España*, vol. I, Madrid, 1988, p. 674. De todas formas, Pérez Ledesma no hizo suyo el concepto. En general, aquí triunfó más el de “pacto tácito”. No es superfluo el paso de lo activo a lo tácito. Gortázar planteó que la simbiosis activa es el mejor concepto para explicar el carácter ‘abierto’ que definió a la nobleza española. GORTÁZAR, Guillermo, “La nobleza en Madrid en la época de la Restauración” en BAHAMONDE, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid, 1986, p. 559. Su aceptación de estos conceptos, íntimamente vinculados a una visión ‘feudal’, Antiguo Régimen, de la nobleza no parecen ser coherentes con su visión innovadora de la nobleza desde el punto de vista económico, defendida en este artículo y sobre todo en GORTÁZAR, Guillermo, *Alfonso XIII. Hombre de negocios*, Madrid, 1986.

¹²⁴ De hecho Schumpeter entendía que sólo el fracaso del capitalismo provocó la crisis del modelo basado en esa simbiosis. En el caso español, habría que buscar el momento de ese fracaso para verificar la tesis de Schumpeter. Hablando de Inglaterra decía: “El elemento aristocrático continuó ejerciendo el mando precisamente hasta el final del periodo del capitalismo intacto y vital”, SCHUMPETER, Joseph, *Capitalismo...*, Madrid, 1968, pp. 187.

También hubo mucho de derrota de una Grandeza que no pudo perpetuarse como grupo de prestigio frente a las nuevas elites y sus nuevos elementos de distinción (aunque algunos habían sido de los Grandes antes). La simbiosis no contempla la renuncia y la derrota que, ante todo, se produjo durante los años veinte en España.

Bloque de Poder fue la propuesta que hizo Tuñón para explicar la mezcla y, sobre todo, la continuidad de unos y la aparición de nuevos grupos con clara intención hegemónica. En 1967, en su primera obra que trató el tema, hablaba más de ‘Poder’ que de ‘bloque’. Sin embargo, se refería a la interpenetración entre los grupos que se mezclaban, los cuales podían ser tres en un principio –nobleza, grandes propietarios y gran burguesía- para convertirse en uno solo, lo cual ya anunciaba la aparición del bloque como tal¹²⁵. En este mismo trabajo fue cuando hizo una llamada de atención hacia los Grandes, no sólo como importantes terratenientes o personas cercanas al poder político, también como sustento de una ideología que él extendía a todo ese “microcosmos”¹²⁶. Como tal, su bloque apareció en un libro posterior, con un apellido importante (“oligárquico”) y con unas fechas precisas de consolidación, 1875-1914. La “hegemonía ideológica” en ese contexto correspondía a la Grandeza, que conseguía imponerla a los otros grupos que conformaban el bloque. Lo interesante eran, además, las transformaciones y resultados de esa asimilación ideológica: género de vida, contactos con la corte y antigua nobleza, aceptación de los valores establecidos por el viejo orden y una separación cada vez mayor de la burguesía plebeya¹²⁷. Todo incorporado por la burguesía desde el horizonte de la nobleza.

Desde una perspectiva muy cercana, Miguel Martínez Cuadrado abordó el estudio de la Restauración no sólo hablando de conceptos –obviamente, los estudios de Tuñón no se limitaban a los conceptos-, sino también señalando números y formas de seguir el bloque que había señalado Tuñón. Sin embargo, Martínez Cuadrado no se refería a ese bloque y utilizaba mucho el concepto ‘integración’ y el de ‘asimilación’. No estaban lejanos uno del otro y, al mismo tiempo que había una diferencia conceptual importante, la interpretación sobre la preeminencia de la nobleza desde el punto de vista social era compartida sin más¹²⁸. Además de compartida, era repetida. Unos años más

¹²⁵ TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Historia y realidad del poder*, Madrid, 1967, p. 36.

¹²⁶ TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Historia...*, Madrid, 1967, p. 83.

¹²⁷ TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Estudios sobre el siglo XIX español*, Madrid, 1971, pp. 156 y 178.

¹²⁸ “La vieja y la nueva nobleza realizaban una fusión progresiva que tenía por objeto salvaguardar la prepotencia tradicional cuasi estamental de la aristocracia asimilando de hecho a la alta burguesía procedente de la vida política y profesional, de la milicia, de los negocios y, con la entrada en la era

tarde, en 1984, Tuñón volvió a abordar el análisis de la sociedad de esa época y el diagnóstico era similar: los valores, la mentalidad, el modo de vida... la nobleza imponía su “estilo y su gesto” entre las clases superiores. En su estudio sobre la estructura social del periodo intentó destacar las conexiones entre aquellos grupos que había señalado años atrás como miembros del bloque. Relaciones que tenían que ver con el campo, la política, la cercanía al Rey, etc.:

"En resumen, la sociedad española de comienzos de siglo era como una pirámide de amplia base, constituida todo por el sector agrario y de un sector medio relativamente importante, pero vinculado casi por entero a las formas de pequeña burguesía agraria, comercial y artesanal, residuales del antiguo modo de producción. Y con un vértice muy restringido, formado por un número limitado de familias, con tendencia a la integración en un solo bloque y con una influencia en el Poder rayana en lo oligárquico. Este sector superior estaba condicionado por las pautas culturales y axiológicas de la clase dominante en la sociedad precedente (feudal o señorial) que aún conservaban singular vigencia"¹²⁹.

Ese vértice era el bloque e, indudablemente, se definía desde el punto de vista de las mentalidades por la preponderancia de lo nobiliario. Era mentalidad, pero también se hablaba de ideología, escala de valores, estilo de vida o de rasgos dominantes. Incluso se incorporaba el adjetivo “feudal” y, en otras citas, varias referencias al antiguo régimen (en minúscula, se trataba de un concepto más que de una época). No había alusiones a Mayer –aunque ese fue el año de publicación en España de su libro- pero la coincidencia era evidente. En cierta medida, Tuñón y el bloque de Poder –ahora también se hablaba en alguna ocasión de “bloques de Poder”- acababan coincidiendo con las ideas de Mayer y, a partir de él, con las de Schumpeter. Simbiosis y bloque terminaban siendo interpretaciones coincidentes en lo feudal como característica propia de esa persistencia¹³⁰. Coincidían en distintos puntos, aunque estaba claro que Tuñón se fijaba mucho más en lo económico. Por eso señalaba a Alba, Villahermosa, Fernán

industrial, de industriales y financieros", "no era de extrañar que la fusión tomase el carácter de una integración en la nobleza", MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel, *La burguesía conservadora (1874-1931)*, Madrid, 1973, p. 241. A la hora de definir el grupo dominante, Martínez Cuadrado ofrecía algunas formas a partir de las cuales se podía abordar el estudio de la elite de la Restauración. Por ejemplo, la redención de cuota o las cédulas personales, algo que también le servía para señalar la regresividad del régimen fiscal.

¹²⁹ TUÑÓN DE LARA, Manuel, "Estructuras sociales" en *Hª de España Menéndez Pidal*, vol. XXXVII, Madrid, 1984, pp.442-3.

¹³⁰ También se observaba claramente esta visión en TUÑÓN DE LARA, Manuel, “Prólogo”, *Hª de España Menéndez Pidal*, vol. XXXVII, Madrid, 1984, p. XI-LXIX. Aunque en Mayer está presente recurrentemente, MAYER, Arno, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1984, p. 128-30.

Núñez, Medinaceli, Infantado: cada uno de estos Grandes tenía importantísimas extensiones de tierra. En este sentido Tuñón tenía razón: esos Grandes seguían estando muy presentes. Pero, poco a poco, acabaron siendo los únicos, como bien supo ver Álvaro Alcalá Galiano.

En los años 20 contaron mucho más por su persona que por su condición de Grandes. Eran grandes entre los Grandes. Su triunfo no escondía que otros Grandes se quedaran por el camino en comparación al prestigio que ellos siguieron teniendo, lo cual se convirtió en una manifestación más de que los criterios de exclusividad social no se regían tanto por la Historia: el pasado había dejado de definir la deferencia. Entonces su papel respondía a otros condicionantes, en los cuales –esto sí lo vio Tuñón en gran medida- se supieron mover con gran habilidad. No obstante, la infatigable supervivencia de algunos de estos Grandes y, especialmente, hasta el momento en que continuaron como referente era algo que no cuadraba. Realmente donde no cuadraba era en el esquema analítico del “bloque de Poder” como tampoco lo hacía su decadencia, que no tenía una explicación evidente si era la mentalidad del bloque.

Unos años más tarde, en la misma enciclopedia en la que Tuñón publicó su último estudio relacionado con la nobleza, apareció una visión muy distinta. Fernández García y Rueda Laffond dedicaron bastante espacio a la nobleza en su trabajo sobre los grupos sociales en el siglo XIX, introduciéndose ampliamente en el siglo XX. En esas páginas los autores señalaban que el estudio de la nobleza en esos momentos no era simplemente un encuentro entre lo viejo y lo nuevo, era algo más que una simbiosis simbólica (concepto que Schumpeter no había utilizado)¹³¹. Aquí los autores aportaban una interpretación muy sugerente, alrededor de la sintonía de un grupo como la nobleza con el esquema social del canovismo.

En estos capítulos sobre la vida de sociedad que los Grandes desplegaron, fue relatada y dejaron de liderar, las interpretaciones tienen más que ver con la propia decadencia de la Grandeza como grupo social, los motivos y consecuencias que tuvo ese cambio en el resto de la sociedad y con un estudio de los grupos sociales de prestigio en los que la Historia jugaba un papel, como fueron casi todas las noblezas en Europa. Al

¹³¹ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y RUEDA LAFFOND, José Carlos, "Los grupos sociales" en *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XXXIII, Madrid, 1997, p. 106. Schumpeter no habló se simbiosis simbólica. No parece casual que esta aportación se publicara en esta enciclopedia, teniendo un carácter de contrapunto a la visión de Tuñón y, también, reflejando los cambios experimentados en la historiografía española durante esos años.

igual que el trabajo de Fernández y Rueda, aunque con distintos intereses y conclusiones, queda claro que acercarse a la nobleza en el XX es más que hablar de lo viejo y lo nuevo. Olvidando las simbiosis y los bloques, la Grandeza aporta –y mucho– al estudio de la sociedad española en esos momentos. Ante todo es parte del cambio social que se vivió en España durante esos años.

Capítulo 8. AFERRÁNDOSE A LA HISTORIA.

El comienzo de siglo, de la mano del inicio del reinado, trajo la consolidación de la ceremonia de cobertura. El prestigio y la distinción eran uno de los motivos fundamentales que llevaba a los asistentes a participar en ella. También la tradición, la continuidad de la casa a la hora de cubrirse, era una forma de distinguirse lo cual conducía a otros a tomar parte en esta. La toma de almohada, la ceremonia paralela que celebraban las mujeres, tenía un objetivo equiparable aunque durante la primera década no tuvo un seguimiento similar a la cobertura. Entre 1914 y 1920 fue consolidándose de nuevo como un espacio de diferenciación también para las mujeres. El análisis de los discursos que, durante esos años, los Grandes pronunciaron en su cobertura transmitió una visión de la Grandeza muy centrada en la Historia. Sólo en 1920 algunos pusieron en duda esa interpretación planteando otra, fundada con más fuerza en el presente. Las coberturas y tomas de almohada celebradas en 1924, 1926 y 1928 continuaron ese proceso de actualización de la Grandeza. Especialmente en los discursos se pudo captar la forma peculiar que adquiría esa puesta al día del concepto de Grandeza, que no fue una simple modernización. Vista en perspectiva, su opción por la Historia fue la que acabó prevaleciendo sobre las distintas posibilidades que se fueron ofreciendo como alternativas. Otros factores –el perfil de los asistentes, los padrinos- sugieren interesantes análisis para el estudio de la Grandeza en los años finales del reinado de Alfonso XIII.

Nuevos invitados

Agustín Figueroa, marqués de Santo Floro, era el hijo menor del conde de Romanones. Apasionado del teatro, estuvo un tanto al margen de los intereses políticos y económicos del resto de su familia. En los años cincuenta escribió unas memorias, “Dentro y fuera de mi vida”, que procuraron ser un relato sobre los primeros años del siglo –había nacido en 1901-, centrado en Madrid y con el telón de fondo de la carrera de su padre. Curiosamente, en esas páginas Figueroa dedicó algunos de sus recuerdos a la ceremonia de la toma de almohada. En el tono entre distendido e irónico que le caracterizaba, comentó que cada vez que se anunciaba la concesión de una nueva Grandeza se formaba un revuelo considerable. “Casi ninguna confiesa su secreto afán, pero sueñan... no sobre la almohada, sino con la almohada”¹.

¹ FIGUEROA Y ALONSO-MARTÍNEZ, Eduardo, *Dentro y fuera de mi vida*, Madrid, 1955, p. 58.

La ceremonia de 1924 fue la que, con mayor motivo, se pueda analizar a la luz de lo escrito por Figueroa. No tanto por el número de mujeres que al acceder a una Grandeza acudieron a la ceremonia, sino por el éxito que la ceremonia en sí seguía teniendo. Urquijo, Aldama, Santa María de Silvela, Casa Pontejos... eran casas que se cubrían por primera vez tras acceder a la Grandeza. El resto de las participantes representaban a familias con mayor tradición, como la duquesa de Béjar o la condesa de Montijo –duquesa de Peñaranda-. Ese año tomaron la almohada veinte Grandes, la celebración más numerosa de todo el reinado. Ser Grande, tomar la almohada en Palacio era algo que se buscaba con interés, se hubiera recibido recientemente la Grandeza o hacía más tiempo. Como diría Figueroa, era algo con lo que se soñaba. Unos años antes, en 1917, la toma congregó a un número mayor de Grandes que la cobertura por primera vez en muchos años, lo cual transmitía de alguna forma la importancia que la ceremonia de las mujeres había adquirido. Coberturas y tomas, ambas seguían muy vinculadas. Lo interesante a la altura de 1924 era su continuidad a lo largo de los años, los cambios que experimentaron y las interpretaciones sobre éstos.

Ese 1924 las cosas habían cambiado bastante en España desde que tuvo lugar la última toma en 1920. También habían cambiado para los Grandes, como se ha podido ver en su actitud hacia los ennoblecimientos o en el papel que ocupaban por entonces en la prensa de sociedad. Sin embargo, el ceremonial se mantenía inalterado: las reverencias, el orden, las madrinas... nada había sufrido la más ligera modificación. No obstante, hubo un pequeño cambio en este sentido: la toma se realizó un par de días antes que la cobertura, algo que no era habitual. Realmente, la fecha no era de una gran trascendencia, pero suponía que las mujeres en esa ocasión daban primero. A la hora convenida, las seis y media de la tarde, todas estaban presentes en la antecámara. Todas menos la duquesa de Hernani que no pudo acudir como hubiera querido por encontrarse enferma. A parte de las asistentes y sus madrinas², estaban presentes unas cuantas Grandes que iban sólo a presenciar la ceremonia, congregándose unas cincuenta Grandes en total. La prensa estuvo bastante atenta a los trajes y joyas de las participantes y al día siguiente recogió algunas de ellas. En primer lugar, se hizo alusión al “magnífico collar de enormes perlas que llevaba la bella marquesa de Urquijo”. El

² En el caso de las tomas de almohada la madrina jugaba un papel menos destacado que los padrinos en la cobertura. Su variedad era mucho menor y las que tenían cargo en Palacio solían ser madrinas de varias en cada toma. En 1924 hubo diez madrinas diferentes: la duquesa de San Carlos lo fue de cinco Grandes, la duquesa de Sessa de cuatro y las duquesas de la Victoria y de T'Serclaes de dos. *La Época*, 13-I-1924.

blanco vestido y las joyas de la duquesa de Santa Cristina, el traje color rosa de la condesa de Villagonzalo, o el blanco con cola de piel de la condesa de Floridablanca eran algunos de los descritos en las páginas de *La Época*. La duquesa de Andría, la de Doudeauville, la de Peñaranda, la de Santangelo, la condesa de los Llanos y la de la Mora también tenían su hueco donde se hacían alusiones a sus diademas de brillantes y perlas o a los vestidos de raso blanco³.

Este tipo de descripciones marcaban las diferencias. Lo habían hecho durante un tiempo en las crónicas de sociedad –no sólo en *La Época*- y eran uno de los elementos de distinción principales en la toma. En este caso revelaban algo más. La primera Grande a la que hacían referencia era la marquesa de Urquijo con aquel “magnífico collar de perlas”. Le seguía la duquesa de Santa Cristina, de la familia de los Medina Sidonia, pero luego se citaba a dos condesas, la de Villagonzalo y la de Floridablanca. La primera era Esperanza Chávarri y Aldecoa, hija de Benigno Chávarri, marqués de Chávarri desde 1914 y, sobre todo, industrial vizcaíno. La segunda era María del Pilar Ussía quien se había casado con Floridablanca dos años antes y aún no llegaba a los veinte. Era hija del marqués de Aldama, por lo tanto tomó la almohada el mismo día que su madre. La duquesa de Andría también procedía de una importante familia industrial del País Vasco como Villagonzalo –los Alzola- y la condesa de los Llanos era la primera argentina en participar en una toma de almohada –procedía de una acaudalada familia, los Martínez de Hoz-. Obviamente no todas las participantes tuvieron un perfil tan marcado, aunque su presencia, subrayada además en la prensa, evidenciaba la incorporación de algunas de esas familias a la Grandeza, el interés que suscitaba la ceremonia para ellas y la distinción que les aportaba. Y todo esto, no se puede olvidar, en 1924.

La cobertura de Grandes también siguió suscitando un interés amplio. Se celebró en Palacio dos días después de la toma de almohada, participando en esa ocasión veinticinco Grandes⁴. El número de asistentes a la ceremonia fue superior a ochenta Grandes, dando un gran realce al ritual. La variedad de los padrinos también aportó un relieve mayor –había diecinueve distintos- si bien algunos excusaron su presencia. Este

³ *La Época*, 13-I-1924. No se citaba el atuendo de todas las asistentes. Curiosamente, se hablaba del que vestía la duquesa de Doudeauville pero no se le había nombrado entre las que tomaban la almohada ese día. No está claro si se cubrió o no.

⁴ En un principio también iba a participar el duque de Montalto pero, finalmente, no acudió. De hecho ya se había anunciado su padrino, que iba a ser su padre, el marqués de la Corvera. *Señores grandes de España que deben cubrirse el día 15 de enero del 1924*, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8934-8.

fue el caso del duque de Alba que, en el último momento, no apadrinó al duque de Béjar a causa de un viaje imprevisto⁵.

Los cambios que habían evidenciado los discursos pronunciados en 1920 volvieron a hacer acto de presencia en esta ocasión, incluso con alguna novedad de importancia. Es cierto que se seguía suponiendo que dicho discurso presentaba méritos históricos haciendo una especie de genealogía familiar, al mismo tiempo que se ensalzaba la figura del Rey. Sin embargo, cada vez iban adquiriendo más peso los factores que justificaban su Grandeza en el presente. Algunas veces esto ocurrió según vías trazadas con anterioridad. En este sentido, el discurso del marqués de Aldama se puede considerar casi una prolongación del que pronunció cuatro años antes el marqués de Urquijo. Aldama fue el último en cubrirse aquel día, ya que había accedido a la Grandeza en 1922. Su padrino no fue Alba, como en el caso de Urquijo. En su caso fue el duque de Fernán Núñez, quien poco tenía que envidiar a su sobrino en cuanto a reputación. De hecho, como se sabe, en esos momentos era el decano de la Diputación de la Grandeza. Una de las primeras frases del marqués en su discurso era especialmente elocuente: “es práctica en estos solemnes momentos rememorar el abolengo. Asíéntase el mío en el trabajo; en él están mi solar y mis cuarteles”. Aldama resumía su inexistente abolengo en el sincero reconocimiento de su inexistencia, algo que no se había hecho en muchas otras ocasiones. Es cierto que reconocía los méritos de su padre y que él, en vez de la capacidad de su progenitor, “pondrá íntegras resueltas las energías de mi voluntad al servicio de empresas capaces de prosperar y enaltecer al país”. El marqués era breve y directo. Acababa con unas palabras que recordaban a las de Urquijo y mucho también a las que el marqués de Fontalba pronunció en 1911:

“Tiempos hubo en que vinculábase la nobleza en el impulso bélico; hoy los pueblos mantienen incesantes, enconadas luchas de trabajo. No he de restarle a éste, un solo esfuerzo, manera, a mi juicio, de acercarme a merecer la honrosísima y preclara distinción de que V.M. me hizo merced”⁶.

⁵ *ABC*, 15-I-1924. Aunque su ausencia no restó solemnidad a la ceremonia está claro que sí le hizo perder algo de su prestigio. Tampoco están muy claros los motivos de su ausencia, que pudo tener causas segundas.

⁶ Discurso del marqués de Aldama, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-1. En la concesión de la Grandeza a Aldama no se hizo mención de sus empresas aunque hubieran ocupado el mismo espacio que las de Urquijo. Vid. Marquesado de Aldama, AGMJ, leg. 249-1, exp. 2287

La llamada del trabajo volvía a repetirse en la antecámara. Aunque se hubiera hecho en otras ocasiones no dejaba de sonar como algo distinto, más aún cuando se sustituía por el abolengo.

A pesar de todo, las referencias a la Historia siguieron muy presentes en gran parte de los discursos. Algunas de ellas eran especialmente significativas de la visión que asociaba esa Historia con los antepasados del título. Este fue el caso del marqués de Casa Pontejos. Manuel Álvarez de Toledo y Samaniego, se cubría al haber recibido su madre la Grandeza en 1916. Aunque la novedad de la concesión pudiera despistar, el marqués procedía de una familia con cierta historia lo que le llevaba a mencionar a Fernando el Santo, la carrera de Indias, los tercios de Flandes y África, la lucha contra las galeras francesas y a un familiar retratado por Goya. Al referirse a su apellido, Álvarez de Toledo, decía que no merecía la pena hablar de los méritos que lo adornaban, pues su "amplitud es tal que no caben en los límites de este discurso: narrarlos equivaldría a repetir la Historia de toda España"⁷. El marqués también habló de la implicación de su abuela en la Restauración alfonsina a la hora de manifestar su adhesión al Rey. Esta mención era bastante reciente pero quedaba un tanto difuminada entre tanta insistencia sobre los méritos ancestrales de la familia. Casa Pontejos no fue el único que fundó toda su intervención en las referencias a la Historia: este argumento seguía estando presente, sino en todos, en la gran mayoría de los discursos⁸.

El duque de Maqueda representó esa insistencia en la Historia, aunque acabó dándole un nuevo giro. Fue el cuarto en intervenir en la cobertura. Era un título consorte, emparentado con los marqueses de San Miguel de Grox, título sin Grandeza concedido en el XVIII. En su discurso comenzó hablando de los méritos de su mujer, los propios del ducado de Maqueda que ahora ostentaba. Sin embargo, después de comentar algunas de las casas con las que estaba emparentada su esposa, omitía hablar de su pasado pues "labios más autorizados que los míos y en ocasiones como ésta recordaron su historia". Entonces aprovechaba para sacar a relucir algunos de sus propios ascendientes: Zea Bermúdez era su abuelo, su bisabuelo había mandado un barco en la batalla de Trafalgar. Más próximo era su padre, quien había combatido con

⁷ Discurso del marqués de Casa Pontejos, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-7.

⁸ El marqués de Ayerbe hizo girar todo su discurso alrededor de los méritos de sus antepasados, que estuvieron junto a Carlomagno y a Fernando VII. Discurso del marqués de Ayerbe, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-4. El marqués de Laconi, que había rehabilitado el título en 1920, aunque hizo alguna referencia a méritos en el presente, insistió en aspectos sobre la historia de su familia en conexión especialmente con la historia de Valencia y Cataluña. Discurso del marqués de Laconi, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-13.

Méndez Núñez en el Callao “comenzando así la brillante hoja de sus servicios en la Armada”⁹. Maqueda acudía a la Historia para subrayar su adecuación al ideal de Grandeza. En su caso, sin embargo, no lo hacía a partir de los méritos propios del título sino de los de su familia. Copiaba completamente el esquema habitual que solían utilizar para aludir a esos méritos: su mención a su padre no podía quedar más lejos que la realizada por el marqués de Aldama y el ejemplo de trabajo que recibió de él. En su padre, en Méndez Núñez, en el Callao, Maqueda ligaba su título con la Historia, no con el trabajo. Sin embargo, esta mirada atrás era diferente a otras que se remontaban en el pasado. Aunque seguía el esquema habitual, sus alusiones correspondían a los ascendientes del consorte, no del título con Grandeza. En ese sentido, el duque de Maqueda, Leopoldo Barón y Torres, se apropiaba del título, lo convertía en algo personal. Estaba claro que hablaba de Historia pero lo hacía siguiendo otro camino. Quizá todos los caminos que ofrecía la Historia, el mérito en el pasado, conducían al mismo lugar: hacer digno al sucesor en el título por su condición de heredero y nada más. En este caso, el duque la utilizaba para situarse a la altura de lo que se suponía debían ser los méritos históricos de un Grande de España. La Historia se convertía en una herramienta para diferenciarse del resto pero también a la que se acudía para situarse a la altura de aquellos especialmente distinguidos.

Algunos, como el duque de Huete, también hicieron amplia referencia a acontecimientos de la Historia de España. En su caso –ocurría de vez en cuando-, destacó su mención a una dinastía mozárabe que había combatido durante muchos años a los cristianos, hasta su conversión. En otras ocasiones, aparecían menciones en los discursos a los Comuneros o a Carlos VI¹⁰. Quizá no lo hacían entre grandes alabanzas, pero no dejaba de llamar la atención ese recurso a la Historia pese a referirse a personajes o acontecimientos contrarios a la dinastía actual o a una visión clásica de la Historia de España. Todo valía de cara a situarse en el pasado. Sin embargo, el discurso del duque de Huete fue interesante por algo más. Era el cuarto hijo del marqués de la Corvera que se cubría –quizá algo tarde, el título lo recibió en 1909- y no era fácil darle un toque diferente a su intervención. Quizá por este motivo, el duque quiso unir su pasado con la actualidad nacional, comentando que, al recordar sus ascendientes, “me conmueven, Señor, profundamente, al pensar en los destinos de nuestra España y en

⁹ Discurso del duque de Maqueda, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-16.

¹⁰ Así lo hicieron el duque de las Torres en 1908, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8934/1-11, y el conde de Eril, *La Época*, 11-III-1917.

glorias de Vuestra Majestad cuando la obra de concordia asegure en el Mediterráneo nuestra influencia en el mundo”¹¹. Ni las glorias ni la concordia estaban ni mucho menos aseguradas por entonces, pero era una forma muy lógica de reflejar su adhesión al Monarca.

El Mediterráneo al que aludió el duque de Huete se coló en otras intervenciones. En ellas, lo principal era recordar a algún familiar caído en la campaña del Norte de África. Tanto el conde del Asalto como el marqués de Laconi lamentaron la pérdida de algún ser querido, bien en la campaña o en acto de servicio¹². El ejército entró en la cobertura en algunos de los discursos de los años precedentes. En ese contexto, hizo acto de presencia como modo de servir a la Patria por parte de algunos Grandes que lucían el uniforme militar¹³. Sin embargo, en estos momentos se convertía en un mérito más de carácter glorioso, al haber dado la vida en batalla. A pesar de ello, no fue una referencia constante y podía haberlo sido en un contexto tan propicio como las campañas de África. No hubo más Grandes que se refirieran a ello en esa ocasión y quedó como un recuerdo y un recurso por parte del conde del Asalto y el marqués de Laconi, ambos recién engrandecidos, que acrecentaban sus méritos de esta forma.

Pero el conde del Asalto también tocó otro tema interesante en su discurso. Al conde se le había otorgado la Grandeza en 1920, él entendía que “en atención a los servicios prestados por mis ascendientes y por mí a España y al Trono en el Principado de Cataluña”. Es cierto que tenía grandes posesiones en Tarragona y también que se había presentado a diputado en varias elecciones, en especial desde que surgió la candidatura de Solidaritat¹⁴. Su origen catalán estaba muy presente y quiso subrayarlo: “El amor a España y a sus Reyes encarna en el alma de todo buen catalán, ¡qué son los

¹¹ Discurso del duque de Huete, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-12.

¹² El conde del Asalto recordaba a uno de sus hijos: “El mayor fue aquel hijo tan querido ¡Carlos!, teniente de Caballería, piloto de Aviación, que a los veinticinco años supo crearse un nombre, y que el 24 del pasado junio hizo un año, dio su vida por la Patria, en cumplimiento del deber, en catástrofe de aviación ocurrida en Melilla, dejándonos sumidos en el mayor desconsuelo”, discurso del conde del Asalto, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-3. En el caso del marqués de Laconi, se refirió a un hermano suyo, también piloto, que no falleció en campaña sino en un accidente en Cuatro Vientos. Discurso del marqués de Laconi, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-13.

¹³ En esta cobertura también hubo una referencia de este tipo por parte del duque de Vista Alegre, dedicando a la Patria “mi agradecimiento más profundo y el deseo ferviente que me anima de ser útil, hoy más que nunca que me encuentro cumpliendo mis deberes militares en África”. Discurso del duque de Vista Alegre, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-25.

¹⁴ *Vida aristocrática*, 20-IX-1920.

más los que así piensan; los menos y dignos de lástima los que así no sienten!”¹⁵. Pocas veces entraban en la antecámara manifestaciones de este tipo. Aunque no dejaba de ser una exclamación de adhesión al Monarca, Cataluña era un tema sensible, mucho en esos años veinte. No se hacía alusión a ello en Palacio desde un punto de vista que no fuera del agrado de los presentes, pero al mismo tiempo introducía de alguna forma la política en la cobertura, algo a lo que no se estaba acostumbrado. No era un discurso político el del conde del Asalto pero sus afirmaciones como catalán monárquico suponían una toma de posición bastante evidente en ese contexto. Algo similar fue lo que hizo el conde de Villadarias. Realmente tampoco se puede hablar en su caso de que hiciera un discurso de cobertura de carácter político. Pero había que leer entre líneas. Su familia era de las pocas entre la Grandeza que se consideraba carlista¹⁶ y, en ese contexto, sus palabras adquirirían un nuevo sentido. Cuando manifestó su intención de servir a Alfonso XIII, lo hacía refiriéndose: “Vos, que la personificáis [refiriéndose a la Patria] tan egregiamente, restaurando la gloriosa Monarquía de los Reyes Católicos”. También hablaba del reciente viaje a Roma del Rey para visitar al Pontífice, recordando algunas de las palabras dichas por Alfonso. En otro momento hacía una explícita alusión a la cruz y el cetro, trasuntos de las referencias al trono y al altar:

“Vivificado por los rayos esplendorosos que irradian la cruz y el cetro, a cuyo amparo nació, seguro estoy no ha de marchitarse, mantenido por mi fe inquebrantable como caballero y por mi entusiasta y rendida obediencia a Vuestra Majestad”¹⁷.

El conde de Villadarias y el del Asalto, sin ser muy prolijos, introducían la política en la cobertura. En un caso, en torno a una defensa de la Cataluña monárquica y, en otro, con tintes carlistas. Sin embargo, la política estaba invitada desde un primer momento en la cobertura. Ese día se cubrió también el marqués de Estella, Miguel Primo de Rivera. Primo accedió a la Grandeza al suceder a su tío, quien a su vez había recibido la Grandeza unos años antes¹⁸. El padrino de Estella fue el duque de Tetuán, Grande que se implicó en buena medida en los gobiernos de la dictadura pero que no

¹⁵ Discurso del conde del Asalto, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-3. La concesión de la Grandeza en 1920 no tuvo un motivo aparente, al menos que se hiciera constar en la documentación sobre ésta. Condado del Asalto, AGMJ, leg. 11-1, exp. 76.

¹⁶ HOYOS Y VINENT, Antonio de, *El Primer Estado (Actuación de la aristocracia antes de la Revolución, en la Revolución y después de ella)*, Madrid, 1931, p. 146.

¹⁷ Discurso del conde de Villadarias, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-23. Al final, recordaba el lema de su casa: “De mi fortuna triunfará, tal vez, la injusticia; de mi honor, jamás”.

¹⁸ Según la publicación *Hojas Libres*, rotundamente anti-dictadura, Primo pidió recibir la Grandeza exenta de impuestos, a lo cual le animó Cambó. El duque de Bivona intentó oponerse a este privilegio pero Maura le hizo desistir ante la inutilidad de su queja. *Hojas Libres*, marzo 1927.

tenía la tradición que otros Grandes –su título le fue otorgado a O’Donell en 1860-. Se cubría de los últimos, justo después del conde del Asalto. A pesar de lo que se hubiera supuesto, en su discurso hubo mucha menos política de la que se podía esperar. Fue un discurso largo, cargado de retórica. Al principio, comenzó hablando de su tío, señalando que era un título que ya tenía cincuenta años de antigüedad. Después, recordaba los méritos de antepasados suyos en distintos campos de batalla de todo el mundo y también los méritos de su padrino –algo bastante infrecuente-. Agradecía de distintas formas la concesión de la Grandeza y el honor de cubrirse y esto le llevaba a mencionar títulos con los que tenía parentesco: ducado de Almodóvar del Valle, marquesado del Duero, de la Habana los cuales estaban a su vez entroncados con Fernán Núñez, Távara, Bivona y Abrantes. Eso por parte paterna. En cuanto a su madre, se refería a vínculos con los títulos de Montemar, Mortara, Villapanés, Osuna, Villamarta y, otra vez, Abrantes. En ese recorrido mencionaba a un antepasado suyo, Gutierre de Orbaneja, que había tomado parte en la reconquista de Jerez. Al final, sólo al final, Estella aludió a su condición de Presidente del Directorio. Tras una introducción como la que había hecho, era lógico que su puesto adquiriera sentido en ese contexto cargado de Historia:

“Ahora, Señor, yo vengo a tener la honra de cubrirme y hablar ante Vuestra Majestad en el más difícil y decisivo momento de mi vida. Ni el preclaro abolengo consignado, ni el altísimo puesto con que me habéis honrado en la gobernación del país me desvanecen ni me envanecen, que para lo primero fuera preciso no ver claramente que la responsabilidad es enorme y muy superior a todo mundano halago; y para lo segundo, habría de olvidar mi pequeñez de ser humano y pecador, átomo mísero ante la magnificencia de Dios, al que pido protección para realizar la gran empresa en la que Pueblo, Rey y Ejército pusieron en mí su confianza”¹⁹.

La intervención de Primo tuvo un poco de todo. Quizá esas menciones a su parentesco con conocidas casas de la Grandeza llamaban la atención, pero era algo que seguía muy claramente la tradición de fundar históricamente los orígenes de la familia. Tampoco el final llamaba especialmente la atención. De alguna forma incorporaba esa modestia que se había puesto en juego en tantas ocasiones. Tampoco el contenido político de su discurso tuvo un peso exagerado. Quizá la respuesta que pudo dar la Grandeza ante su presencia sea la única duda que quede con respecto a su

¹⁹ Discurso del marqués de Estella, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-9.

participación²⁰. Desde la perspectiva general de las coberturas, no dejó de ser una más, obviamente con esa dimensión política singular –en su caso con un peso muy especial-, pero no muy distinta de la novedad que ya habían planteado las intervenciones del conde de Villadarias y del conde del Asalto.

No suponía una novedad como la aparición de la política, pero el campo hizo acto de presencia en la cobertura del 24 de una forma distinta. El segundo en cubrirse, el duque de Béjar, se refirió a su condición de propietario de tierras, haciendo una encendida defensa de esta labor²¹. Sin embargo, no era algo muy distinto de lo aportado por el conde de Guadiana o el marqués de la Rambla unos años antes, cuando insistieron en la importancia de esta misión para la Grandeza. El conde de Vallesa de Mandor representaba algo diferente. El conde, antes más conocido como conde de Montornés, pertenecía a la destacada familia valenciana de los Trenor. Se le había concedido el título con Grandeza en 1921 a petición de distintos ayuntamientos de la zona y, en especial, de la Diputación de Valencia. En aquella petición, satisfecha con bastante rapidez, todos los solicitantes insistieron en su ejemplaridad como propietario agrícola²². Con sus 53 años, acudió a la cobertura apadrinado por el conde de Sástago, gran propietario. Brevemente, hizo alguna alusión a la intervención de sus abuelos en la Guerra de Independencia y a ciertos méritos de la familia de su mujer. Enseguida pasó a hablar del campo, pero de una forma muy diferente a la escuchada en otras ocasiones:

“Mis aficiones a la Agricultura y la coincidencia feliz de que a mi regreso a España conociese al insigne sociólogo agrario Padre Vicent, determinaron mis inclinaciones principales estudiando la aplicación en mi Patria de todos los

²⁰ La participación de veinticinco Grandes refleja que no hubo desagrado ni rechazo a la hora de cubrirse junto con el marqués de Estella. Además, la Dictadura había empezado cuatro meses antes y los Grandes no habían planteado problemas al respecto. Queda la duda de si la ausencia del duque de Alba y del duque de Montalto se pudo deber a su presencia, pero no parece probable. Diez días después de la cobertura será cuando se produzca la queja del duque de San Pedro de Galatino acerca del condado de los Moriles y la posible intervención de Primo a su favor. Por entonces, aún no había surgido el conflicto.

²¹ “Aficionado a la Agricultura, base de la prosperidad y riqueza de las naciones, hice en mi juventud, los estudios agronómicos y desde que llegué a la mayor edad, me dediqué con afán y entusiasmo a la noble profesión del cultivo de la tierra, para enseñar a mis hijos que a la Patria hay que servirla, manteniéndola produciendo, o defendiéndola con la espada”, discurso del duque de Béjar, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-5. El Instituto de Reforma Agraria contabilizó sus tierras en torno a las 2.700 hectáreas, situadas en Alicante, Sevilla y Murcia, entre otras provincias. INSTITUTO DE REFORMA AGRARIA, *La Reforma Agraria en España. Sus motivos, su esencia, su acción*, Valencia, 1937, pp. 47-8. La procedencia se puede ver en: Declaración de rentas del duque de Béjar, Archivo Histórico del Senado, HIS-0057-003.

²² El conde, ingeniero agrónomo, introdujo en su finca de Vallesa algunos adelantos como la fumigación con ácido cianhídrico para el combate de plagas de todo tipo en naranjos y frutales. La petición de la Diputación de Valencia calificaba su finca “como modelo insuperable de explotación agrícola y ordenamiento social”. *Solicitud de la Diputación provincial de Valencia sobre la concesión del condado de Vallesa de Mandor*, 31-V-1921. Condado de Vallesa de Mandor, AGMJ, leg. 148-1, exp. 1276.

conocimientos de organización de asociaciones obreras adquiridos en las demás naciones y especialmente en Bélgica y prestando mi modesta cooperación a aquel insigne sociólogo para echar las primeras semillas de Acción Social Católica Obrera en España, que ya produce positivos resultados y que ha de ser fuente de ricas enseñanzas para lo sucesivo, si aquí tenemos la suerte de que sus orientaciones no sean sacadas de sus verdaderos cauces”.

Tras esta defensa del asociacionismo católico agrario, el conde de Vallesa acababa alabando la obligación que contraía a la hora de transmitir su amor al trabajo y la adhesión a la Corona²³. Esta despedida recordaba otras de aquellos Grandes con una sensibilidad especial hacia el campo. Pero aquella referencia al asociacionismo era algo completamente nuevo. Podía estar en la mente de muchos que incluso lo apoyaban y subvencionaban pero resultaba extraño que fuera parte del discurso de cobertura. Su entrada iba en la línea de esas otras incorporaciones –la política, el conflicto del Norte de África, el trabajo una vez más- que ocupaban el sitio que la Historia se había reservado sin contestación hasta 1920.

La cobertura de 1924 trajo cosas nuevas y, en otros casos, respetó el espacio habitualmente reservado a una visión de la Grandeza basada en los méritos en el pasado. Tanto en la toma celebrada unos días antes, como en la elevada participación de la cobertura se pudo observar que el prestigio de la ceremonia no había decaído, se quería participar en ella. A pesar de esto, era una cobertura diferente. Si en 1920 algunos de los Grandes asistentes sugerían con sus discursos una renovación del papel de la Grandeza, en 1924 la variedad fue la nota dominante. No sólo se daba una alternativa a la Historia, sino que se ofrecían muchas. El trabajo del marqués de Aldama, el sacrificio en el campo de batalla del que hablaron el conde del Asalto y el marqués de Laconi, la política con matices de varios tintes –los que aportaban Asalto, Villadarias y Estella-, un campo que era explotación ejemplar pero también organización social para el conde de Vallesa de Mandor: las posibilidades se multiplicaban. Incluso la Historia se podía usar de otra manera, como hizo el duque de Maqueda. Estos discursos, estas diferencias hacían que la Grandeza cada vez fuera más una cuestión actual, del momento presente y no del pasado.

Algo extraño.

²³ Discurso del conde de Vallesa de Mandor, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8936/2-22.

La cobertura de 1926 tuvo algo diferente que la precedente, pero también que el resto de las celebradas durante el siglo. La primera peculiaridad estuvo en la fecha. Mayo de 1926 suponía poco más de un año y medio desde la última cobertura. A comienzos de siglo tuvieron lugar varias ceremonias el mismo año y, un tiempo después, se celebraron dos muy próximas, una en mayo de 1906 y otra en marzo de 1908. Este era el precedente inmediato de ceremonias tan cercanas en el tiempo. Sobre las causas reales que condujeron al cambio en la periodicidad habitual no se conserva ningún dato. Hasta entonces tres y cuatro años había sido el término medio entre una y otra ceremonia de cobertura. Alrededor de esa fecha, 1926, no hubo nada especial que sugiriera un interés por parte de los Grandes a la hora de participar en la ceremonia²⁴.

A parte de la voluntad del Rey, quizá fue la cobertura en sí lo que movió a los participantes a procurar que se adelantara su celebración. Lo cierto es que tampoco los Grandes que se cubrían parecían decir mucho a simple vista. De hecho fue, con diferencia, la cobertura en la que menos Grandes ejercieron su prerrogativa, solamente once²⁵. Un vistazo por sus nombres decía algo más: marqués de Castel Rodrigo, conde de Santa Cruz de los Manueles, duque de Rivas, marqués de Casa Ferrandell, duque de Bailén, marqués de Molins, conde de Superunda, marqués de Sentmenat, duque de Rubí, conde de los Moriles, conde de los Andes. Ninguno de ellos representaba casas con una antigüedad notable y, desde el duque de Bailén, todas eran posteriores al XIX²⁶. También se daba la situación de que varios de ellos podían haberse cubierto antes de esa fecha. El marqués de Castel Rodrigo había excusado no haberlo hecho antes a causa del luto que en enero del 24 llevaba por su padre²⁷. El marqués de Casa Ferrandell ostentaba el título desde 1917 y el duque de Rubí desde 1920, pero no habían manifestado interés hasta entonces. En cambio, uno de los últimos en cubrirse, el conde de los Moriles, mostró ya desde el momento de la concesión de la Grandeza su intención de participar en la cobertura²⁸. En el caso de la toma de almohada celebrada también por esos días, la participación no fue mucho mayor, aunque las diez Grandes que tomaron parte ese día eran un número más habitual para la toma. La respuesta a los motivos que condujeron al

²⁴ En 1906, la proximidad de la cobertura con la Boda Real sugería claramente una vinculación entre una y otra. En 1926, no había relación con nada parecido.

²⁵ El conde de Montenegro no se cubrió finalmente debido a una enfermedad aunque se había anunciado su presencia. *La Época*, 4-V-1926.

²⁶ El marquesado de Casa Ferrandell aunque fue concedido en 1790, se rehabilitó en 1917 tras varias peticiones previas que fueron denegadas. Vid. *Revista de Historia y Genealogía Española*, 15-I-1916.

²⁷ Discurso del marqués de Castel Rodrigo, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/1-4.

²⁸ *Carta del conde de los Moriles a la Mayordomía de Palacio*, 20-IV-1924, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/1-6.

adelanto de la ceremonia no es fácil de encontrar, pero ¿estaba decayendo el interés por la ceremonia?

A parte del número escaso de participantes, aquel día los padrinos tampoco fueron especialmente numerosos. Era evidente que sólo podían llegar a once pero aquella tarde repitieron varios, con lo cual sólo hubo siete padrinos. El duque de Fernán Núñez fue padrino de Castell Rodrigo y de Molins, el conde de Sástago de Casa Ferrandell y de Sentmenat y el marqués de Estella del conde de los Moriles y del conde de los Andes. Entre los padrinos también estaba el duque de Villahermosa y el marqués de Viana lo que suponía un prestigio notable para el conde de Superunda y el duque de Rivas. No eran muchos ni muy variados pero eran algunos de los Grandes más importantes del momento. En cambio los asistentes siguieron siendo un grupo bastante similar, algo menos numeroso que en 1920 y 1924 pero con representantes de las casas principales. Allí estaban los duques de Híjar, Aliaga, Alba, Parcent, o el marqués de la Romana²⁹. En total fueron 34 Grandes los espectadores lo cual suponía una buena representación de la Grandeza. En definitiva, pese a lo extraño de la fecha y el escaso número de Grandes a cubrirse, el resto siguieron tomando parte en ella con atención y no se dio una menor importancia a esta ceremonia en concreto.

En cuanto a los discursos, la cobertura de 1926 pareció recuperar la supremacía de la Historia como fundamento exclusivo de la Grandeza frente a lo que habían apuntado las coberturas de 1920 y, sobre todo, la de 1924. El marqués de Castel Rodrigo y el marqués de Sentmenat centraron toda su intervención en la referencia a los méritos de sus familias en el pasado, pero también el duque de Bailén y el de Rubí hacían lo propio. Si el marqués de Castel Rodrigo se refería a sus antepasados en el siglo XIII y su fidelidad en el XVII a la Corona frente a Portugal, o el marqués de Sentmenat hablaba de una serie continuada de servicios constantes durante novecientos años³⁰, los duques de Bailén y Rubí procuraban encontrar méritos en sus familias anteriores a las fechas de concesión de sus títulos. El de Bailén lo hacía señalando los orígenes de su familia paterna –era consorte–, remontándose al siglo XVII y el de Rubí,

²⁹ También estuvieron el marqués de Urquijo y el marqués de Aldama, Grandes más recientes pero de gran relevancia social. *La Época*, 4-V-1926. Ese mismo día se recogía la noticia de que el duque de Miranda y el marqués de Santa Cruz, hermanos y dos habituales en las coberturas, estaban en una finca del primero atendiendo la convalecencia de alguna de sus hijas. Quedaba justificada la ausencia.

³⁰ Discurso del marqués de Castel Rodrigo, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/1-4. Discurso del marqués de Sentmenat, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/1-10. El marqués hizo también una demostración de modestia: “Yo, Señor, solo por los merecimientos de mis abuelos y la bondad de V.M., alcanzo ahora tan preciada elevación”.

Weyler, encontró parientes entre la guardia walona en el XVIII y también en la Guerra de Independencia³¹. En este sentido, el marqués de Molins y el duque de Rivas coincidían a la hora de mencionar los hechos que hicieron gloriosos a sus antepasados y la escasez de sus méritos. Molins resumía su posición a la hora de recibir la Grandeza de una forma muy clara: “Yo, Señor, sin méritos ni servicios que alegar, sólo a la triste ley de herencia y a la benevolencia de V.M. debo el honor que hoy recibo”³².

La modestia, que había ido quedando olvidada, reaparecía de nuevo con fuerza. Realmente nunca había dejado de jugar un papel clave. Esa referencia a la indignidad tenía mucho de educación y de saber estar en la presencia del Rey. En otros casos reflejaba una sincera sensación de que no se estaba a la altura de algún hecho memorable llevado a cabo por los ascendientes familiares. También la modestia supuso una forma de entender la Grandeza y ésta se había puesto en entredicho hablando del presente, de las intenciones de unos y otros para llevar a cabo el ideal de la Grandeza en su vida. En el caso del duque de Rubí, aunque la modestia seguía ocupando su lugar –y era algo notable a sus 88 años-, cambiaba un tanto sus fundamentos:

“Si algún servicio me ha sido dable prestar en la noble profesión de las armas, si he sentido por ella la vocación más decidida, si la disciplina ha sido mi norma y el patriotismo el propulsor de mis actos, a nuestro Ejército lo debo”³³.

Weyler hablaba de su familia –ya se ha visto- y de la Historia pero, como dejaba bien claro, él se lo debía todo al ejército. No era extraña esta referencia en una persona como el duque. También hubo otro caso en el que se rompía el esquema clásico basado en la Historia, articulado en la familia y justificado por la modestia. Se trataba de la intervención del conde de Superunda. Aunque al principio hacía un acto de modestia totalmente ejemplar³⁴, su conclusión era completamente presentista:

“procuro SEÑOR, por mi parte contribuir al desarrollo industrial de España ejerciendo la honrosa carrera de Ingeniero de Minas y, recordando los nobles ejemplos

³¹ Discurso del duque de Bailén, AGP, Reinados-Alfonso XIII 8937/1-2. Discurso del duque de Rubí, AGP, Reinados-Alfonso XIII 8937/1-8.

³² Discurso del marqués de Molins, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/1-5.

³³ Discurso del duque de Rubí, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/1-8.

³⁴ “Muy sinceramente lamento, SEÑOR, que la falta de méritos propios no me permita ofrecer a V.M. una personalidad comparable con las de mis ilustres antecesores”, discurso del conde de Superunda, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/1-11.

de mis antepasados, pondré en todo momento mi voluntad más firme y decidida al servicio de mi Patria y de mi Rey”³⁵.

Era la guinda a un discurso en el cual el peso había estado en la Historia, pero recordaba aquellos –especialmente el del marqués de Quintanar en 1920- que situaban la misión de la Grandeza en el día de hoy y en una actividad supuestamente poco nobiliaria³⁶. A pesar de estas dos variaciones, la de Weyler y la de Superunda, los discursos de 1926 seguían por completo el esquema que se había respetado en 1914 y 1917, al que en 1920 se planteó una reformulación clara y que en 1924 había hecho aguas en muchos puntos. El “reconocimiento a las regias bondades” y el resumen de la procedencia histórica de los títulos parecía asentarse de nuevo con fuerza³⁷. Pero 1926 era algo diferente y los dos últimos Grandes en cubrirse lo hicieron evidente.

El conde de los Moriles, Juan Vitórica, había recibido el título en 1921 y la Grandeza tres años más tarde. Fue aquella concesión que soliviantó al duque de San Pedro de Galatino hasta hacerle falsificar algunas cartas pidiendo que no se otorgara³⁸. Acudió a la cobertura apadrinado por el marqués de Estella. Como se ha visto, nada más recibir la Grandeza ya había manifestado su intención de participar: su interés estaba fuera de toda duda. Quizá esta sea una de las personas donde mejor se observe el atractivo que desprendía acceder a un título y, mucho más, una Grandeza. Al mismo tiempo, fue un ejemplo de la visión que gentes recién llegadas al título tenían sobre la condición nobiliaria. Su discurso de cobertura fue un resumen de este punto de vista y, a la vez, una manifestación de lo difícil que era seguir manteniendo la Historia como único fundamento de la Grandeza. Moriles, sin extenderse mucho, decía:

“Costumbre es en estos casos, recordar hechos gloriosos de ascendientes que merecieron el favor de Vuestros Antecesores, mas yo, primer Conde de los Moriles y primero en mi casa con Grandeza de España, únicamente he de significar en este acto la historia de lealtad de mis antepasados al Trono de España y, he de manifestar mi agradecimiento a Vuestra Majestad por haberme honrado nombrándome el fundador de una Grandeza, cuyos lemas tendrán por recuerdo, aparte del honor del uniforme que

³⁵ Discurso del conde de Superunda, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/1-11.

³⁶ En aquella ocasión *El Sol* también recogió la noticia de la cobertura pero dedicándole mucho menos espacio que en 1920. Si aquel año recogió algunos párrafos del discurso de Quintanar, bien podía haberlo hecho en 1926 con estas últimas palabras de Superunda. A esas alturas, sin embargo, *El Sol* no parecía estar ya interesado en lo que pudiera decir la Grandeza. *El Sol*, 4-V-1926.

³⁷ De esta forma resumía *La Época* el contenido –y el sentido- de los discursos en 1917. *La Época*, 10-III-1917

³⁸ Condado de los Moriles, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/58.

ostento y una lealtad acrisolada, la devoción personal a mi querido Monarca y el amor por mi Patria unido al recuerdo de las campañas africanas de 921-922-923-924 y 925, con los gloriosos nombres de Sidi-Musa, Restinga, Ras-Quiviana, Pozos de Aograz, Nador, Sebt, Segangan, Zeluan, Tikermin, Laucien, R'Gaia, Hainguenen, Biban, Melusa, evacuaciones de Xauen y Uad-Lau, sumisión de Anyera y otros, terminando con los de Morro Nuevo, Aixdir, Malmusin y Las Palomas en la inolvidable toma de Alhucemas”.

De alguna manera, también acudía a la Historia pero de una forma que le colocaba claramente como protagonista de los actos que estaba narrando. Tenía su lógica, era el primer poseedor del título y de la Grandeza. Sin embargo, muchos otros antes que él, en especial en la década anterior, habían encontrado ascendientes que le concedían un lugar en el pasado. Él, reconocía con sinceridad, sólo había encontrado lealtad por parte de sus antepasados. Por otro lado, sus referencias a la campaña de Marruecos podían sugerir alguna connotación política o sobre su visión de la nación. Por supuesto que las tendrían. Sin embargo, sobre todo eran importantes porque servían como actualización de lo que Moriles entendía como propio de la Grandeza, “los hechos gloriosos”. Las últimas palabras de su discurso dejaban esto especialmente claro: “Señor, al cubrirme ante Vuestra Majestad, le ruego acepte con la lealtad de este primer conde de los Moriles la de sus antepasados y de sus descendientes, a quienes garantiza mi honor”³⁹. Era en él, Juan Vitórica, conde de los Moriles, cuando su honor aseguraba la lealtad de toda su familia, su nobleza, su Grandeza⁴⁰.

³⁹ Discurso del conde de los Moriles, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/1-6. El papel “glorioso” de las evacuaciones que menciona resulta un ejercicio interesante de reinterpretación histórica.

⁴⁰ En este sentido, y en conexión absoluta con el tema de las concesiones y la visión que la Grandeza tuvo sobre éstas, es muy significativa la lista de méritos que se hizo llegar a Palacio en torno a febrero de 1924 con la intención de contrarrestar las quejas del duque de San Pedro de Galatino. “Don Juan Vitórica y Casuso tiene aprobadas todas las asignaturas de la licenciatura de la facultad de Derecho, es Agente de Cambio y Bolsa de la de Madrid”. En cuanto a sus condecoraciones, se hablaba de las siguientes: Carlos III, Isabel La Católica, Santo Sepulcro y Cruz Roja. También se hacía mención a alguna extranjera. Seguía, “es presidente del Real Moto Club y ha sido Presidente del Aero Club de España habiendo sido el organizador del Raid Roma-San Sebastián con el fin de donar un aparato a la aviación española y si no pudo realizarse obedeció al estado de volchevismo (sic) existente a la sazón en Italia. Viene ostentando durante tres legislaturas la representación en Cortes el distrito de Cáceres contrarrestando con su conducta el gran movimiento socialista que de otra suerte saldría triunfante”. Hablaba también de sus obras “sociales y de beneficencia”: “a su iniciativa y gestiones, se debe la creación y destino a Cáceres del regimiento 75 de Infantería, y que S.A.R. la Infanta Doña Isabel, aceptase el ser Madrina en nombre de Su Majestad la Reina, en el acto de la bendición y entrega de la Bandera, colaborando a las fiestas que con ese motivo se celebraron en dicha ciudad”. Además pagó el acondicionamiento del cuartel que usaban e hizo un donativo cuando la jura del Príncipe de Asturias “para la suscripción abierta en el Regimiento a favor de los soldados y Clases”. También pagaba la exposición de cintas cinematográficas en el cuartel y organizó una función de honor para el Príncipe de Asturias. “Viene fomentando la industria madrileña sosteniendo a cerca de más de un centenar de obreros, y habiéndose realizado en los

El último en cubrirse ese día fue el conde de los Andes, Francisco Moreno y Zulueta. También en esta ocasión su padrino fue el marqués de Estella. En su caso, el título procedía del XIX, aunque la Grandeza no se le otorgó hasta mayo de 1924. El conde también ostentaba el título de marqués de Mortara, con Grandeza, desde 1920. Sin embargo no se cubrió con este título de mayor antigüedad sino con el de los Andes, probablemente por problemas relacionados con la rehabilitación del marquesado⁴¹. Una vez que el conde comenzó el discurso, enseguida se notó que su intervención no iba en la línea del conde de los Moriles. En un primer momento hizo alusión a varios antepasados, señalando como algunas de esas ascendencias ya las habían mencionado otros Grandes cubiertos –uno era el propio marqués de Estella, el otro el duque de Abrantes-. Justo después resaltó la característica fundamental que, desde su punto de vista, le transmitía su familia: un encendido amor por lo local⁴². Sin embargo, fue en el final de su discurso cuando, a pesar de que no siguió la argumentación del conde de los Moriles, se demostró que también planteaba una visión actual de la Grandeza. Con el mismo estilo con el que había comenzado, continuaba:

“Herencia y ambiente inculcaron en mí, irresistible aversión acrecentada por la experiencia, al absentismo social, más funesto y cruel que el extrañamiento egoísta del territorio; porque constituye un trágala, aunque a veces afecte formas refinadas que depaupera la conciencia, y corroe la entraña misma moral del pueblo. Por ello sin duda, y ayudado por circunstancias tan felices como inmerecidas, logré dirigir un

talleres la construcción de un aeroplano modelo, de un Ingeniero español, y cuyo importe de más de cien mil pesetas, constituyó un quebranto para el cual las varias revistas técnicas indicaron la conveniencia de una recompensa. Ha sostenido por el fuero y en defensa del derecho de propiedad, dilatados expedientes y pleitos, habiendo puesto a disposición de S.M. el Rey para que lo destine a la obra benéfica que conceptúe más adecuada el importe de la expropiación y de la indemnización con motivo de la misma que le correspondan. En la actualidad existe en el Banco Hispano Americano, abierta una cuenta corriente a disposición de S.M. el Rey, que importa en más de setenta y cinco mil pesetas. Suma que ha de ser considerablemente aumentada cuando en el Ministerio de la Gobernación en fecha próxima se resuelva por el Sr. Ministro, el recurso pendiente y en el cual se solicita justificadamente la entrega de 400.000 ptas.”. Condado de los Moriles, AGP, Reinados-Alfonso XIII 12434/58.

⁴¹ En 1918 hay constancia de una denegación de la rehabilitación de este título al duque de T'Serclaes, al propio conde de los Andes, a Ignacio Manuel de Figueroa, a Fernando Márquez de la Plata y al marqués de Sandín. *Revista de Historia y Genealogía Española*, septiembre-octubre 1918. En 1920, el conde de los Andes rehabilitó finalmente el título pero, curiosamente, en la *Guía Oficial* no figuró ni la fecha de su creación ni la de la concesión de la Grandeza, que se incluyó no antes de 1925. *Guía Oficial de España*, Madrid, 1925. Este título volvió a generarle problemas al conde. En Palacio se conserva correspondencia suya con el secretario real sobre la reclamación que otra persona sobre este título parece que en 1930. Marquesado de Mortara, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12434/60.

⁴² “Es mi propósito, hoy, dar relieve al conjunto, recordando que de la Cristiana representación de la conquista y repartimiento que los heroicos ganadores de Jerez tuvieron, emanó un sentido tradicional de clase directora, que por familias y generaciones, sin una falla en todo el tegido (sic) de la caballeresca historia de la Ciudad, nos han transmitido en forma de sano, fraternal y exaltado localismo, que imprime a nuestro pueblo, notorio carácter, dentro y fuera de su región”. Discurso del conde de los Andes, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/1-1.

renacimiento, de nuestra buena tradición local que representa, un periodo de más de tres lustros y cuyos hechos resultantes cifran la medida de mi vocación en el cumplimiento de mis deberes representativos que V.M. cuya providencia remuneradora atisba diligente por igual a todos, sin duda para estimular por comparación, empresas mayores, premió magnánimo concediendo al título que llevo, la Grandeza de España”⁴³.

El conde de los Andes sustituyó las referencias de Moriles a las hazañas en Melilla por sus hazañas en Jerez. En su caso iban acompañadas por un encendido alegato en contra de aquellos que no afrontaban esas cargas “locales”, lo cual tenía unas implicaciones políticas muy directas. Él se había hecho merecedor de la Grandeza en su atención por el pueblo, completamente contraria a un olvido de lo local que denunciaba como gran amenaza. Quizá el recuerdo de sus antecesores pesaba, aunque mucho menos que para otros Grandes cubiertos ese mismo día. Los méritos eran suyos y debían ser reconocidos por el resto.

Las coberturas del conde de los Moriles y del conde de los Andes suponían un frenazo bastante claro ante la posible recuperación de la Historia en los discursos como único fundamento de las Grandezas. Por otra parte, ambos representaban algo diferente a otras “actualizaciones” que se habían podido escuchar en años anteriores. No sólo era cuestión de retórica: “la inolvidable toma de Alhucemas” o la queja contra el *absentismo social* respondían a la pregunta sobre el origen de sus Grandezas. Quizá fueron concedidas más o menos directamente por su cercanía con Primo, pero lo más importante es que en su argumentación utilizaban motivos y temas propios de ese gobierno. Eran, al fin y al cabo, coberturas de 1926.

Las tomas de almohada de ese año también reflejaron la cercanía desde la última cobertura y sólo se cubrieron nueve Grandes. Algunas de ellas eran las consortes de los recién cubiertos, como era habitual. Entre otras, estaban la condesa de los Moriles y la condesa de los Andes. Sin embargo en ella participaron otras Grandes como la duquesa de Lerma, la de Sanlúcar la Mayor o la condesa de Santa Isabel. Ésta última era hija del duque de Arión, las dos anteriores, consortes de los titulares. Otra de las participantes fue la marquesa del Generalife. Ésta había accedido recientemente a la Grandeza, con carácter vitalicio. Si algo añadían a la ceremonia de cobertura era su constancia a la hora de participar en la toma. Muchas de ellas no procedían de familias con ascendencia

⁴³ Discurso del conde de los Andes, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/1-1. Acabó haciendo la clásica muestra de adhesión al Monarca, “con solemnidad inmediata a las promesas del bautismo”.

nobiliaria –la duquesa de Lerma era hija de un senador, conocido abogado de Madrid- y seguían buscando en ese día una distinción difícil de conseguir en otro lugar.

Hasta el final.

La última ceremonia de cobertura del reinado se celebró en febrero de 1928. Nuevamente se trataba de una fecha mucho más próxima a la anterior que en las primeras ceremonias del periodo. A parte de este dato, la cobertura y la toma de almohada llamaron la atención por continuar las notas dominantes que habían caracterizado estas ceremonias durante años previos. Una vez más, aquella frase casi mágica, “cubríos y hablad” o el más breve “sentaos” para las mujeres, volvía a congrega a toda una serie de Grandes ante el Rey y la Reina. El número de Grandes en cubrirse aumentó notablemente en comparación a 1926, llegando a diecinueve. También las mujeres asistieron en mayor número: participaron diecisiete.

A simple vista, los asistentes no apuntaban grandes novedades, como había sugerido en 1926 la participación del conde de los Moriles y del conde de los Andes. Una mirada más detenida aportaba algún dato interesante. En el caso de la cobertura, tres de los participantes habían rehabilitado su título el año anterior. Se trataba del duque de Montealegre, el marqués de Lede y el duque de Grimaldi. En los tres casos se trataba de familiares de Grandes de España: Montealegre era hermano del conde de Floridablanca, el marqués de Lede era hijo del duque de T'serclaes y el duque de Grimaldi, consorte, era pariente del marqués de Castelar por parte de su mujer. En los tres casos habían planteado ciertas dudas en Palacio, si bien después de hacer algunas consultas se aprobó la rehabilitación⁴⁴. Los tres tomaron parte en la primera cobertura que se les presentó. En el caso de Montealegre, llamaba la atención como siendo Floridablanca una casa que nunca se había cubierto ante el Rey, en 1920 se cubriera el titular, en 1924 tomara la almohada su esposa y en 1928 participara un hermano, tras acceder a la Grandeza a partir de una rehabilitación. La Grandeza y su prestigio seguían gustando.

⁴⁴ Las consultas eran aquellas que se hicieron al barón del Río Tovia, quien no las consideraba distintas que las otorgadas a otros títulos de origen italiano. *Carta del barón de Río Tovia a Emilio María de Torres*, 30-VI-1926, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/23. Ver también, Ducado de Grimaldi, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 12439/11. En este se pudo ver como se había retrasado momentáneamente la rehabilitación cuando los interesados ya la habían dado por hecha.

Otro análisis lo sugieren tres de los últimos participantes. Los tres eran de sobra conocidos por sus actividades económicas. Se trataba del marqués de Foronda, el marqués de Riscal y, el de mayor relieve, el conde de Güell⁴⁵. Sus padrinos fueron el duque del Infantado, el marqués de Estella y el duque de Miranda. Estella demostraba que tenía un interés claro en la ceremonia, aunque su posición no era la misma en 1928 que en su cobertura allá por 1924. Los padrinos de Foronda y Güell suponían un reconocimiento por parte de algunos de los Grandes con mayor prestigio. En sus discursos cada uno expresó distintas visiones que se podían dar sobre la Grandeza cuando se accedía por primera vez a ella. Lo interesante fue que, siendo los tres perfiles muy parecidos, no eligieran el mismo camino. El discurso del marqués de Foronda expresó muy bien la duda que podía surgir en la mente de estos Grandes recientes a la hora de elaborar su discurso:

“Bien siquiera siguiendo las prácticas tradicionales en tan solemnes actos, poder exponer a V.M. los servicios y merecimientos en que pudo fundar la Gracia Real el otorgamiento del honor de cubrirme ante mi Rey, pero la circunstancia de ser mi grandeza de España de creación tan reciente y el haber sido concedida al más modesto de vuestros servidores, anula mi deseo; pues por más que he puesto todo mi empeño en buscar y reunir los actos de mi vida que pudieran hacerme acreedor a tan alta merced, no he sabido encontrar otra razón que la de vuestra generosidad”.

A pesar de reconocer su condición de iniciador de la Grandeza, Foronda no se detenía ahí y mencionaba –durante un buen rato- distintos parientes que habían dado muestra de su lealtad con la Corona. “Ved, Señor, que mi carencia de méritos es tal que para presentarme honrosamente ante Vuestra Majestad en este solemne acto he tenido que recurrir al valimiento de mis antepasados”⁴⁶, y con esto concluía. Desde su punto de vista, la Historia era lo que contaba. A pesar de la aparente contradicción entre el principio de su discurso y el desarrollo, adquiriría sentido con el fin de justificar su indignidad. Como, por otra parte, había ocurrido en tantas ocasiones antes que él.

El caso del conde de Güell fue distinto y no sólo por sus orígenes. Se cubría tras la concesión de la Grandeza que se hizo a su madre en homenaje póstumo a su padre. Lo que no estaba tan claro era por qué había esperado hasta 1928 y por qué no lo hacía

⁴⁵ El marqués de Riscal era propietario de las bodegas herederos marqués de Riscal y el marqués de Foronda, presidente de la Sevillana de Electricidad. No es necesario subrayar la relevancia económica de Güell y su familia. *Anuario Financiero*, Madrid, 1927.

⁴⁶ Discurso del marqués de Foronda, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/2-18.

como marqués de Comillas, Grandeza anterior y que también ostentaba desde 1926. En un primer momento de su discurso, el conde procuró resaltar lo corta que era la historia de su familia comparada con la de otros Grandes que se cubrían en circunstancias parecidas “cuyos ascendientes han seguido la gloriosa historia de España desde sus comienzos hasta nuestros días”. Por un lado era una alabanza bastante evidente hacia otras casas con tradición y no era algo muy diferente a lo expresado por Foronda y otros antes que él. Pero también podía tener otra lectura. A continuación, Güell señaló los méritos que le parecían más notables en su familia. En el caso de su abuelo, le bastaba recordar que en su condición de publicista y senador había sido uno de los principales impulsores del proteccionismo –“que ahora impera en todo el mundo”- como política económica a seguir, “gracias a la cual, la riqueza desarrollada en el Norte y el Levante, ha dado a la España de nuestros días la independencia económica que equivale a la independencia política”. En cuanto a su padre, para él había sido un ciudadano modelo: “propulsó con esplendidez las artes, las letras, las ciencias y las fuentes de riqueza del renacimiento catalán con el noble objeto de hacer de Cataluña el florón sobresaliente de la Corona de España”. Por último, y aunque reconocía que no era lo propio, se refería a su abuelo materno, el marqués de Comillas. Su vida la resumía en sus últimos dos días: uno rezando el Cerro de los Ángeles, el otro “a la puerta de este Palacio con el fusil al hombro al frente de los Somatenes por él organizados, en defensa del orden, que para él equivalía a la defensa del Rey”⁴⁷.

Según avanzaba el discurso estaba claro que el conde de Güell iba señalando los motivos que explicaban su Grandeza: la defensa de una concreta política económica, el despegue de Cataluña en lo cultural y lo económico, la fidelidad a la religión y, sobre todo, a la Monarquía, siguiendo unos principios claros representados por el somatén. En su caso, no manifestó su visión de la Grandeza de una forma tan directa como habían hecho el marqués de Urquijo o el marqués de Aldama, comparables a Güell en cuanto a su posición económica. Aquellos se centraron en el trabajo, en el desarrollo del país. Güell transmitió su visión gradualmente, fijándose en los ejemplos de sus abuelos y de su padre. Eran referencias a los antepasados pero, en su contenido, se situaban completamente en el presente. Podía asegurar que su casa no tenía la Historia que otras, sin embargo, y aunque en su modestia se considerara indigno del título, sí lo aceptaba como homenaje a sus ascendientes. Ellos podían estar lejanos en el tiempo –aunque no

⁴⁷ Discurso del conde de Güell, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/2-17.

mucho-. Sin embargo, los problemas a los que buscaron solución seguían muy presentes en 1928. De esta forma aportaba toda una serie de nuevas temáticas como parte de la idea de Grandeza.

El último en cubrirse esa tarde, por detrás de Güell y Foronda, fue el marqués de Riscal. Se puede decir que el marqués eligió algo de sus dos predecesores. En su discurso se mezclaban referencias al siglo XI y a Felipe V con alabanzas a la labor de su abuelo y su padre en el desarrollo del cultivo vinícola. Tampoco se echaba en falta una mención a la labor de su padre como promotor de un periódico –“todo un programa político liberal sin partido”-. Aún siguió un poco más con referencias a antepasados de su familia materna, relacionados con el ejército y con la casa de Oñate, de la que “no necesito hacer mayor mención por ser de todos en el mundo entero conocida”⁴⁸. Sin negar los méritos de sus antecesores más cercanos, que también estaban cargados de implicaciones en el presente, procuraba recordar el pasado de su linaje muy anterior a la concesión de su título en el comienzo del XVIII. Riscal prefería el equilibrio.

Ninguno de estos tres personajes conseguía nada con la Grandeza, al menos aparentemente. Todos habían pasado los cincuenta años y tenían una relevancia más que notable en sus distintos campos de acción. Si se compara con otros tres Grandes que se cubrieron ese día, aquellos que habían rehabilitado el título recientemente – Montealegre, Ledesma y Grimaldi-, sus circunstancias eran completamente distintas. Estos eran mucho más jóvenes y parecían buscar en la Grandeza una fuente de un prestigio que no tendrían por ningún otro motivo. A pesar de las diferencias, unos y otros se encontraron en la antecámara. Los discursos fueron distintos. En el caso de Montealegre, Ledesma y Grimaldi, todo giró en torno a la Historia, justificación única de su Grandeza⁴⁹. Pese a tener unos orígenes tan distintos a los anteriores, ni el marqués de Foronda ni el de Riscal renunciaron a la Historia en sus intervenciones. El conde de Güell planteó algo diferente, mucho más centrado en lo que debía ser la Grandeza en el presente, incluso en el futuro. A pesar de las distancias entre unos y otros, no faltaron a

⁴⁸ En cuanto a la labor en la industria vinícola decía: “enseñaron a los españoles cómo se cultivan con mejores resultados las viñas y cómo se elaboran bien los vinos tintos, sentando así los cimientos y la base de lo que hoy constituye una de las grandes riquezas de la Península”. Sobre el periódico, se trataba de *El Día*, también se extendió: “busca(ba) y predica(ba) la sinceridad de las elecciones, la rapidez, la eficacia y la independencia en los Tribunales de Justicia, y en todo presupuesto los gastos siempre y por completo ajustados a los ingresos”, discurso del marqués de Riscal, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/2-19. No deja de extrañar esta mención siendo su padrino el marqués de Estella.

⁴⁹ Discurso del duque de Montealegre, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/2-4, discurso del marqués de Ledesma, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/2-8, discurso del duque de Grimaldi, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/2-10.

la cita. Buscaban un reconocimiento que encontraban en la Grandeza rubricada por la cobertura.

La Historia, como se ha visto, seguía en buena forma como fundamento de la Grandeza y ocupó otros muchos discursos ese día. El duque de Soma, el marqués del Vasto, el duque de Lécer, el marqués de Camarasa, el de Bedmar, el duque de Almazán y el marqués de Torres de la Pressa: cada uno de ellos insistió con fuerza recordando la historia de sus antepasados en su relación con la Historia de España. Entre ellos se podían entrever algunos de los apuntes “actuales” que se habían aportado a la Grandeza en otras ocasiones. El marqués de Camarasa se enorgullecía de su condición de soldado de infantería, el de Torres de la Pressa comentaba que “siguiendo las corrientes modernas me afano en las explotaciones agrícolas a las que consagro mi actividad como una de las más fecundas de nuestro acervo común”⁵⁰. A pesar de estas consideraciones su mirada se fijaba en otras cosas a la hora de explicar su Grandeza. El mismo marqués de Camarasa señalaba:

“El número de nuestros Señoríos es considerable. Tenemos palacios seculares y Castillos en varias regiones en estos reinos y también está en mi poder el Archivo de la Casa, donde se conservan con veneración importantes documentos. Pero lo que más estimo, porque prueba que mis abuelos no sólo fueron servidores leales y fidelísimos de sus Reyes, sino que fueron al mismo tiempo piadosísimos y devotos Cristianos, son los numerosos Patronatos y otros muy apreciados privilegios eclesiásticos de que disfruto”⁵¹

La Historia que tanto pesaba en su discurso tenía consecuencias claras: cuidar los señoríos, el archivo y los privilegios eclesiásticos. Eran actividades en el presente pero que miraban con mucha fuerza al pasado.

Otros dos títulos de los que se cubrieron ese día tuvieron elementos en común. No eran rehabilitaciones recientes ni Grandezas concedidas desde la última cobertura. Tampoco se trataba de títulos con una tradición secular. El duque de Santo Mauro y el marqués de Viana eran dos Grandezas concedidas durante la Regencia. A parte de esto, lo principal es que los padres de ambos fueron personajes con un papel muy destacado hasta el momento de su muerte, una acaecida en 1919, la otra en 1927. Cuando les tocó

⁵⁰ Discurso del marqués de Torres de la Pressa, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/2-12. El marqués volvió a hacer referencia al Rey como el “primer agricultor de España”, algo que también recordó el marqués de la Rambla en 1917.

⁵¹ Discurso del marqués de Camarasa, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/2-5.

el turno de cubrirse –lo hicieron consecutivamente-, coincidieron en sus recuerdos. Por una parte estaban sus padres, por otra, la Marina española. Para Santo Mauro ésta era claramente el motor de su vida:

“Sólo pido a Dios que en el ejercicio de esta carrera de oficial de marina, que es y ha sido siempre toda la ilusión de mi vida me depare muchas ocasiones en que demostrar aún más que en las obligaciones cotidianas que le son inherentes el espíritu de sacrificio y buena voluntad que me animan al servicio de mi Patria y de mi Rey”⁵²

En el caso de Viana, también pesaba mucho el uniforme: “me enorgullezco perteneciendo a la Marina de Guerra Española, con el grado de Teniente de Navío de la Armada, habiendo tomado parte en las principales acciones de la campaña de Marruecos de los años 1924-1925 y 1926”⁵³. El recuerdo de sus padres estaba presente pero parecía contar menos que el uniforme. Esto era muy llamativo cuando la figura de sus padres hubiera servido para llenar varios discursos con el fin de justificar su condición de Grandes de España. Su alusión al ejército era distinta en su caso que en otras ocasiones en que había aparecido en la cobertura. Mucho más que una actualización de su posición, en ellos se convertía en una escapatoria, en un intento de reivindicarse ante el peso de sus progenitores. No renunciaban a su figura, ni mucho menos, pero querían tener su propio nombre.

Por unos motivos o por otros, la cobertura de 1928 adquiría matices muy interesantes cuando se contemplaba a través de los discursos. La Historia pesaba mucho, de una forma difícil de explicar si las novedades introducidas años antes se hubieran ido multiplicando con el tiempo. Algunos se aferraban a la Historia como único motivo de su Grandeza, otros encontraban en ella su única justificación. Había quienes la investigaban para unirse a esa forma de entender la Grandeza. También hubo algunos que señalaron factores distintos a la hora de explicar su título e interpretarlo de cara a los demás. El conde de Güell fue quien mejor lo hizo, aunque no con una claridad meridiana. Santo Mauro y Viana no eran actualizaciones del concepto pero también aportaban algo nuevo, la necesidad de verse reconocidos personalmente no sólo en sus antecesores. Muy singular resultó en este contexto el discurso del duque de Canalejas.

La concesión de Grandezas a políticos eminentes era algo común. Sin embargo, sus discursos no tenían por qué girar en torno a una temática de ese estilo. En 1924 el

⁵² Discurso del duque de Santo Mauro, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/2-14.

⁵³ Discurso del marqués de Viana, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/2-15.

marqués de Santa María de Silvela hizo poco más que una entrañable mención, el marqués de Estella no insistió sobre el tema más que para hacer un alegato de fidelidad al Rey –aunque su presencia tuviera de por sí un alto contenido político-. Romanones en 1911 fue quien más relación procuró establecer entre la Grandeza concedida y su papel en la política española. En el caso de Canalejas el contenido político estuvo en todas partes. Un contenido que también tenía una dimensión social, quizá poco más que retórica pero interesante. El duque comenzaba reconociendo algo absolutamente evidente:

“No adornaron las paredes de la casa donde nací severos retratos de caballeros armados o de grandes señores vestidos con galas cortesanas. Ni el tan corriente retrato del tatarabuelo de peluca empolvada forma parte de mis recuerdos de la infancia. Nada sé de mis antepasados”.

Este hecho le llevaba a recordar a un tío suyo, principal apoyo de su padre, y la incredulidad con que hubiera recibido la noticia de la concesión de una Grandeza a un miembro de su familia. El recurso le servía para alabar la figura del Rey y su intención de señalar con Grandezas las carreras abiertas al talento, lo cual era todo un avance desde su punto de vista. La consecuencia sería un necesario cambio de mentalidad en la gente:

“Ojalá los españoles recojan esta enseñanza y aprendan que la aristocracia no es inútil supervivencia de algo que en otros tiempos se asociaba a odiosos privilegios y gabelas, sino consagración del talento, del heroísmo y del sacrificio de todos los tiempos”.

Aquí es donde adquiriría sentido la Grandeza concedida a su padre. El futuro sería el encargado de juzgar si su interpretación sobre la nobleza era correcta. Por su parte sólo podía desear una cosa:

“Yo pido a Dios con toda mi alma que cuantos Canalejas existan no olviden nunca que son hijos del pueblo, de ese pueblo que lloró la muerte de mi padre y aún pronuncia su nombre con emoción y que posean las virtudes que les enseñó quien fue origen de su nobleza: lealtad, saber morir por su Patria y por sus ideas”⁵⁴.

Muy pocos podían hacer un discurso como éste en la antecámara de Palacio. De hecho, nadie lo hizo similar en todos estos años.

⁵⁴ Discurso del duque de Canalejas, AGP, Reinados-Alfonso XIII, 8937/2-16.

Una vez más la toma de almohada se celebró un día después de la cobertura. Las damas que participaron volvían a reflejar un interés notable por parte de las consortes o Grandes que no tenía gran tradición en el título. Quizá la duquesa de Soma y la de Terranova fueran las excepciones a este punto. La duquesa de Nájera, primera en tomar la almohada ese día, era Carmen Martínez Lejarza de las Rivas quien no tenía ningún tipo de ascendencia nobiliaria. También participó la duquesa de Dato, aquella de la que Monte Cristo hablaría en sus crónicas sobre salones intelectuales en París un año más tarde. La duquesa de Montealegre y la duquesa de Grimaldi asistieron como habían hecho sus maridos, confirmando el interés de estas familias por el prestigio que conllevaba la Grandeza⁵⁵. En cambio ni la esposa del marqués de Foronda ni la del conde de Güell participaron, algo que sí hizo la del marqués de Riscal, lo cual podía reflejar cierta distancia con la ceremonia. Se acudía y seguía interesando pero no todas las que podían participar asistían, reflejando cierta subordinación con respecto a la cobertura. Los trajes, una vez más fueron el gran objeto de interés para la prensa, subrayando la elegancia y el lujo como un elemento de distinción⁵⁶. Sin embargo, era en el contexto de la ceremonia donde se hacían estas referencias, eran las Grandes que participaban de las que se decía si su vestido era de tisú blanco o bordado, si llevaban perlas o esmeraldas. Oportunidad de distinguirse que se basaba en el título pero no dependía sólo de él, la toma siguió reflejando algunas de las contradicciones que contenía el prestigio de los Grandes, a caballo entre lo heredado y lo que se actualizaba aprovechando ocasiones como esta. A veces la actualización suponía renuncia a que primaran los aspectos más históricos. Si se analizan las asistentes sin origen nobiliario que últimamente acudían a la toma, se puede decir que esta ceremonia fue una de esas “renuncias” que los Grandes consintieron. La Historia, aún en 1928, seguía sólidamente instalada en la cobertura, la toma... era otra cosa.

Símbolos que perduran.

Sin duda, la ceremonia de cobertura de Grandes y la toma de almohada tuvieron una importancia notable por su perduración en el tiempo y por su exclusividad. En este sentido, las divisiones temporales se presentan como algo secundario pues tanto la

⁵⁵ El marqués de Lede parece que no estaba casado en esos momentos lo cual explica que nadie tomara la almohada por su parte. MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía de la Grandeza de España*, Madrid, 1925.

⁵⁶ *La Época*, 17-II-1928.

cobertura como la toma de almohada siguieron manteniendo su ritual y su organización a lo largo de todo el reinado de Alfonso XIII. Ambas ceremonias representaron un ejemplo claro de “actos de institución”, en el sentido dado por Pierre Bourdieu. La participación en cualquiera de ellas suponía una distinción inalcanzable para los que no cumplieran la condición necesaria en su participación, en este caso, la posesión de una Grandeza. Siguiendo a otros autores como Van Gennep, Bourdieu señaló la gran eficacia de este tipo de actos como diferenciadores sociales. No obstante, la diferencia creada no se explicaba por sí misma, conducía a un conocimiento por parte de los interesados y a un reconocimiento por parte del resto⁵⁷. Desde un punto de vista simbólico, ese reconocimiento se manifestaba en esa parte del ritual que era el paseo de los Grandes ante los alabarderos nada más acabar la cobertura. A mayor escala, ese reconocimiento se podía rastrear en gran medida en la prensa. No sólo en cuanto comentaba las ceremonias en sí. Al fin y al cabo, el periódico más fiel a la narración de estas ceremonias, *La Época*, fue un medio muy minoritario a esas alturas del siglo XX. Aquí volvía a tener importancia la desaparición gradual de los Grandes de la prensa y sus secciones de sociedad. Era, por tanto, un reconocimiento que estaba en entredicho durante esos años en los que la presencia de la Grandeza en la sociedad estaba pasando a un segundo plano, lo cual confiere a las coberturas posteriores a 1920 un carácter diferente a las que se realizaron al comienzo del reinado.

La cobertura, igual que la toma, seguía ejerciendo su papel y la inmovilidad del ritual y los criterios de participación lo constataban. Sin embargo, la pérdida de una parte de ese reconocimiento no dependía del ritual. Es cierto que su misma celebración implicaba el reconocimiento por parte de los Grandes que acudían a la ceremonia, por los que se ‘asomaban’ desde la sala contigua y por la presencia del Rey. No era poca cosa. Sin embargo, la pérdida de reconocimiento ‘público’ era incuestionable. Hubiera podido afrontarse de alguna forma, por ejemplo, haciendo pública la ceremonia. La asistencia del pueblo, igual que en la capilla pública, hubiera dado mayor valor a la cobertura, también a la misma Grandeza. Sin embargo, no hubo nada que sugiriera este cambio. En este sentido, la distinción tenía su principal objetivo en los grupos sociales cercanos a Palacio y, en definitiva, en aquellos que se veían reflejados en los ideales que suponía la Grandeza.

⁵⁷ BOURDIEU, Pierre, "Los ritos como actos de institución" en PITT-RIVERS, Julian y PERISTANY, John G. (eds.), *Honor y gracia*, Madrid, 1993, p. 113.

Sobre este punto es de gran importancia el conocimiento de la propia dignidad, que Bourdieu definía como ingrediente de la distinción. En el caso de la cobertura y de la toma, ese conocimiento no sólo estaba en el ritual que conllevaba –no muy complicado- y que se repetía escrupulosamente⁵⁸. Ese conocimiento estaba también, y de una forma muy especial, en el discurso de cobertura. Era el conocimiento de la dignidad a través del repaso de la Historia, de la adhesión a la Monarquía y también de la modestia, que parecía contradecir los méritos del pasado, pero en realidad servía para refrendar la propia dignidad adquirida al ser continuador de la familia. Salirse de esta pauta suponía buscar otras raíces a la Grandeza, es decir, un conocimiento distinto de la dignidad. En las coberturas de 1924, 1926 y 1928 se planteó de alguna forma, pero nunca llegó a establecerse una alternativa clara. Lo que en 1920 dio la impresión de ser un comienzo no se consolidó. A pesar de las fechas, de las nuevas incorporaciones a la Grandeza, el contenido del discurso, la justificación de la misma se continuaba situando en el pasado. Esto no era algo inevitable, algunos ya habían demostrado cómo se podía situar en el presente, incluso se hubiera podido plantear una justificación en el futuro, más allá de la adhesión al Rey.

La opción de la mayoría de los Grandes estuvo en el pasado, pues era allí donde encontraban sus mayores glorias. De alguna forma, era la misma atención que se había dado a la Historia en el juicio sobre algunos ennoblecimientos o en las crónicas de sociedad cuando se les prestaba una atención preferente. En ambos casos, la Grandeza fue desplazada, en los años veinte su postura más o menos firme fue cada vez menos tenida en cuenta. También se dio algún tipo de renuncia a seguir ejerciendo –o al menos pretenderlo- ese papel que había tenido. Además, muchos de los Grandes cubiertos, sin tener una ascendencia familiar directa, se conectaban con otras tradiciones o resaltaban elementos no muy conocidos pero sí empapados de Historia. La cobertura hubiera podido servir de empuje al papel de la Grandeza en la sociedad si los discursos hubieran incorporado un componente más actual en su desarrollo. No se quiso hacer, manifestando que era el poder sobre el tiempo lo que más les interesaba. Ese poder, que era también poder social, seguía jugando un papel y lo demostraba la constante participación e incorporación de gentes nuevas a la Grandeza y, consecuentemente, a la ceremonia de cobertura. Sin embargo estaba completamente abocado a ser secundario,

⁵⁸ No es extraño encontrar en los expedientes sobre las coberturas una especie de instrucciones sobre las distintas partes de la cobertura que, parece, se enviaba a los interesados para que cumplieran bien todo lo previsto. Vid. Cobertura de Grandes 1926, 8937/1. En ese sentido, el conocimiento estaba asegurado.

lo que parecían primar eran las propuestas con otros contenidos que se habían ido sugiriendo de vez en cuando. Esos contenidos, que no tuvieron arraigo, hablaban de política, de mérito personal, de desarrollo económico. No estaban mal, tenían sitio también en la antecámara, pero no eran lo principal para muchos Grandes. También en este caso, parecían haber apostado por el perdedor⁵⁹.

Almagro de San Martín insistió mucho en sus libros de recuerdos sobre la decadencia de las ceremonias de Palacio. Aunque se puede comprobar como siguieron perdurando, su apreciación señalaba de alguna manera la figura del Rey. La mayor atención hacia las ceremonias de Corte, su ‘nacionalización’ hubiera podido ser una vía posible hacia la popularización de la Monarquía. Se podían haber hecho con mayor periodicidad, atrayendo más público, variando el lugar de realización y enriqueciéndolo. Nunca entró un fotógrafo en la antecámara, se primaba lo exclusivo, incluso con cierto halo de misterio. El Rey exploró, en cambio, otras posibilidades como los viajes y, en ese sentido, la dictadura de Primo estuvo plagada de intentos por nacionalizar a las masas⁶⁰. Pero las ceremonias cortesanas no tuvieron nunca ese objetivo de incorporar al pueblo. Alfonso XIII no quiso ampliar el impacto que éstas tenían y lo demostró con la cobertura. En el contexto europeo, las ceremonias alrededor del Monarca tuvieron un papel muy destacado en la mejora –y creación- de su imagen⁶¹. Sin embargo, allí eran ceremonias que giraban en torno al Rey. La cobertura lo tenía como referente, en cierto modo, le daba sentido, pero no era el protagonista. Una mayor atención a la cobertura quizá le hubiera restado importancia ante una Grandeza demasiado enaltecida. Por otra parte, podría haber reafirmado su posición a través de las adhesiones y promesas de fidelidad a la monarquía. No se quiso tentar la suerte. Esa falta de cambio transmitió de otra manera la idea de Almagro sobre la decadencia de la etiqueta aunque, probablemente, él estuviera bastante de acuerdo con su desaparición.

⁵⁹ Bourdieu señaló el “capital simbólico” –algo que no era sólo prestigio- como intrínsecamente vinculado al reconocimiento por parte del resto. En el caso de la nobleza lo situaba en la memoria de las genealogías, que lo convertía en algo completamente distinto al “capital burocrático”, basado en la función en el presente. Se podía seguir conservando ese capital pero, ante un menor reconocimiento, dejaba de ser valorado por el resto. BOURDIEU, Pierre, "Postface" en LANCIEN, Didier et SAINT MARTIN, Monique de, *Anciennes et nouvelles aristocraties de 1880 a nos jours*, Paris, 2007, p. 392.

⁶⁰ QUIROGA, Alejandro, *Making Spaniards. Primo de Rivera and the Nationalization of the Masses, 1923-30*, London, 2007.

⁶¹ Cannadine definió los cambios en el ceremonial propio de la monarquía como el paso de lo inepto, privado y de un gusto dudoso a lo espléndido, público y popular. CANNADINE, David, "Contexto, representación y significado del ritual: la monarquía británica y la invención de la tradición (1820-1977)" en HOBSBAWM, Eric y RANGER, Terence, *La invención de la tradición*, Barcelona, 2002, pp. 111-167.

La toma de almohada representó algo un tanto distinto. No cambiaba nada de la ceremonia en cuanto a su sentido exclusivo, constitutivo: la diferencia estaba en la Grandeza. Sin embargo, la mayor presencia de consortes y sus procedencias no nobiliarias, en muchos casos vinculadas a la política o a grandes familias industriales, podían transmitir cierta actualización del modelo. Ceremonias de carácter similar eran celebradas en otros países con un sentido claramente inclusivo hacia nuevos grupos sociales, aunque respetaran la jerarquía marcada por la nobleza, como en la toma de almohada⁶². La atención a los vestidos y a las joyas también sugería un campo más abierto a la sociedad en general, no eran tan inaccesibles como los orígenes familiares. Sin embargo, las mujeres no hablaban y su idea de la Grandeza quedó para siempre reducida a su origen, a sus vestidos y al prestigio que supuso ese acto de diferenciación.

La cobertura y la toma de almohada fueron durante el reinado de Alfonso XIII un instrumento de prestigio que señalaba a la Grandeza como un grupo social exclusivo de difícil comparación. Su ritual, los asistentes, la frecuencia fueron elementos que configuraron ese prestigio. Los discursos que se pronunciaron en la cobertura se convirtieron en grandes reivindicaciones de la Historia y la familia como el factor que les diferenciaba como grupo social. Otros elementos, aunque también se plantearon, quedaron finalmente a un lado y sirvieron más para observar la cierta variedad existente en la Grandeza. Lo interesante es que nunca sustituyeron a la Historia como fundamento. Si en 1920 ésta había parecido la línea que se iba a consolidar –dar un toque presentista a la Grandeza–, en 1928 las referencias a la Historia seguían siendo las más frecuentes. Es cierto que aquí también se dio cierto ‘equilibrismo’ para compaginar algunas referencias actuales. No obstante, el pasado siguió pesando. Aunque en los ennoblecimientos podían haber renunciado a hacer valer su visión de la nobleza, en las ceremonias de Palacio procuraron mantenerla. Probablemente, y la prensa de sociedad lo reafirmaba, cada vez fueron ceremonias que tuvieron menos importancia para el conjunto de la sociedad. Aún así, se celebraron hasta el final del reinado y conservaron su carácter exclusivo –y atractivo– para una parte del país.

⁶² RUNDQUIST, Angela, "Pompe en noir et blanc: présentation officielle des dames à la cour de Suède" en LANCIEN, Didier et SAINT MARTIN, Monique de, *Anciennes et nouvelles aristocraties de 1880 à nos jours*, Paris, 2007, pp. 203-220. En Suecia se celebraba una ceremonia de presentación ante los Reyes de las damas de familias más notables en el país. La principal diferencia con la toma estribaba en el número y la frecuencia de las participantes.

CONCLUSIÓN.

A lo largo de estas páginas se ha ofrecido una interpretación sobre la Grandeza de España entre 1914 y 1931 centrada en el papel cambiante que desempeñaron en la sociedad española de esos años y su disolución como grupo social de prestigio. Para ello se ha acudido a temáticas poco transitadas pero que han ofrecido perspectivas y resultados de gran interés. También se ha estudiado su dimensión política y económica, si bien su peso en la sociedad parecía señalar otros ámbitos donde era necesario hacer un mayor esfuerzo por definir su atractivo, una serie de factores que les distinguían en la mente de muchos. Al poner en relación esos aspectos político-económicos con aquellos de carácter social, se captaba con más profundidad el fondo de unos elementos definidos como signos de distinción social. Se trataba de la Historia y del nacimiento, entendido éste como continuidad y pertenencia a una familia, los cuales pasaban a un segundo plano poco a poco, demostrando ser de una adaptabilidad asombrosa a situaciones distintas.

En este esfuerzo por abordar un objeto de investigación poco tratado, la atención al cambio se ha convertido en una obsesión. Muchos entendían la Grandeza de España como la personificación de la tradición, de lo antiguo, del pasado. Otros insistían en que era todo lo contrario, una mezcla camuflada de las nuevas elites que se estaban instalando. Estas percepciones sugeridas desde la historiografía apuntaban la necesidad de seguir investigando¹. El desacuerdo y la confusión sobre los Grandes también estuvieron presentes durante el mismo periodo estudiado. Había quienes les daban una importancia desmedida a la altura de 1931. Para otros eran ya poco menos que invisibles y, lo que es más interesante, no habían hecho nada digno de mención en esos años.

Tras la proclamación de la II República, el marqués de Vinent escribió un libro que pretendía ser una especie de análisis del devenir de la nobleza durante la Restauración. El marqués era aquel Antonio de Hoyos bastante cercano a la vida de sociedad que la prensa describía con tanta frecuencia a comienzos del XX. En su libro mantenía un tono crítico en algunos pasajes pero, cuando se planteaba las conclusiones,

¹ En la visión de la nobleza como personificación de la tradición insistía mucho Mayer en MAYER, Arno, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1984. La idea de la mezcla se puede observar para España especialmente en las obras de Tuñón de Lara, si bien con el tiempo fue matizando sus planteamientos. TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Historia y realidad del poder*, Madrid, 1967.

resultaba bastante benévolo en su juicio sobre los nobles. De hecho, sus palabras eran una especie de absolución:

“al realizar el balance imparcial me encuentro con que no es adverso para la aristocracia, en su verdadera acepción, que si de algo pecó fue de inconsciencia y de imprevisión, ya que, con altos ideales, no supo poner a su servicio ni la voluntad, ni la energía, ni la resolución”².

Al margen de perdonar sus posibles responsabilidades en el fin de la Monarquía, Hoyos aportaba su visión sobre lo que deberían haber hecho: “si la nobleza lo hubiese querido (como algunos de sus miembros lo intentaron de buena fe), hubiesen podido evitar la revolución..., haciéndola ellos”. Sus palabras traían a la memoria aquellos debates de 1914 y 1915 sobre lo que debía o no debía ser la nobleza³. Sobre todo, su visión resultaba completamente anacrónica: ¿realmente pensaba que la nobleza podía haber encabezado una revolución social y política? Su interpretación era equivocada, como también lo estaban algunos hombres de la República que vieron en la nobleza, especialmente en la Grandeza, uno de los principales enemigos del nuevo régimen. Ganar su apoyo, obviamente, iba a ser más que complicado pero los Grandes como grupo social no tenían ninguna posibilidad de socavar los fundamentos de la República⁴. El error de cálculo a la altura de 1931 era de unos y otros, en ambos casos magnificando el poder de la Grandeza

En el lado opuesto, probablemente sin quererlo, estaba Álvaro Alcalá Galiano. Cuando en 1928 escribió un artículo sobre la vida de Madrid y el cierre de los palacios, daba la impresión de que en los últimos quince años no había ocurrido nada en esas mansiones, ni tampoco gran cosa en la vida de sus dueños. Alcalá Galiano, aunque lo hiciera con cierta nostalgia, certificaba el final de su época y poco más. Abordaba

² HOYOS Y VINENT, Antonio, *El Primer Estado (Actuación de la aristocracia antes de la Revolución, en la Revolución y después de ella)*, Madrid, 1931, p. 252.

³ Vid. FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, “Las letras y los Grandes”, Madrid, 1914, SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio histórico-político y sociológico legal sobre las grandezas de España y títulos del Reino*, Madrid, 1914, MAEZTU, Ramiro de, “Blasones y talegas” en *Gran Mundo*, 15-VI-1914 y BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia. Notas y observaciones relativas a su significación*, Madrid, 1915.

⁴ Al margen de las expropiaciones tras el levantamiento de Sanjurjo, la Grandeza fue vista como un desafío para la instauración del régimen republicano. Casi siempre aparecía asociada a la Monarquía y, de hecho, se convertía en su personificación una vez que ésta había desaparecido. Sin embargo, un análisis de la nobleza durante la República se convertiría en otra –interesante– investigación. Azaña definió a la nobleza como sustento de la Monarquía en más de una ocasión.

muchas de las transformaciones en la vida social que había rodeado a esos Grandes, pero no trataba apenas los cambios que habían experimentado ellos mismos⁵.

Tanto por aquello que se percibía en el momento como por lo que algunos observaron justo después, se ha procurado atender al cambio y los elementos que lo motivaron sin olvidar que el grupo social estudiado estaba siempre pendiente del pasado, resaltando justo aquello que no cambiaba. Los equilibrios que muchos Grandes tuvieron que hacer para no quedar relegados en su influencia y poder se han tenido que repetir en la misma investigación para percibir el cuándo y el cómo de esas transformaciones. Los focos de estudio han procurado situarse en aspectos que permitieran afrontar el determinante peso social que tuvo el grupo.

En primer lugar se ha estudiado el papel de los Grandes ante los ennoblecimientos concedidos en el reinado de Alfonso XIII, especialmente desde 1914. A partir de ese año, los cambios en la legislación al respecto tuvieron consecuencias notables. Desde la Diputación de la Grandeza de España, su órgano representativo, hubo una oposición clara ante la concesión de determinados títulos que entendían como exclusivamente basados en méritos políticos o económicos. La Diputación no aprobaba el otorgamiento de títulos sin una continuidad en los méritos aducidos por los aspirantes. Sin embargo, esos mismos Grandes apoyaron las rehabilitaciones solicitadas en gran número durante esos mismos años. Para ellos, la rehabilitación respondía –en general, pues hubo excepciones- a un intento por evitar que la Historia recordada por esos títulos se perdiera. Al mismo tiempo, el estudio de la posición de la Grandeza transmitía que el título nobiliario se deseaba con fruición. Se confirmaba así la insistencia de algunos historiadores que ya habían subrayado el proceso de ennoblecimiento de esa época como una manifestación de la pervivencia de los valores nobiliarios⁶. Ahora, sin embargo, se observaba que los Grandes no estuvieron de acuerdo con bastantes de esos nuevos títulos y que se quejaron repetidamente al Rey por este motivo. Su consciente incoherencia al apoyar unos títulos y no otros cuando, en algunos casos, eran bastante parecidos y el fracaso de su visión, certificado en 1920 al ser rechazada de plano su propuesta de limitar esas concesiones, son aspectos que dan una nueva perspectiva sobre este grupo. Los Grandes tuvieron conciencia de la

⁵ “Los palacios que se cierran a la vida de sociedad”, *ABC*, 1-I-1928; ALCALÁ GALIANO, Álvaro, “Vida Mundana” en *Entre dos mundos. Seguido de un ensayo sobre la decadencia de Europa*, Madrid, 1928.

⁶ La inflación de títulos ya se observó hace tiempo. Por ejemplo, vid. VICENS VIVES, Jaume, *Historia social de España y América*, Barcelona, 1961.

necesidad de distinguirse como grupo social de prestigio fundado en la Historia. La reflexión de la Grandeza abarcaba a la nobleza en general pero ellos mismos se sentían especialmente implicados. En fin, se comprendía la necesidad de incorporar nuevos miembros pero no a cualquier precio.

El descubrimiento de esta polémica conducía a un tema complejo y que ya se había planteado al comprobar el número de títulos otorgados en el reinado de Alfonso XIII: el atractivo del rango nobiliario en una época, supuestamente, tan tardía. En conexión con las propuestas de Hobsbawm sobre la necesidad que tuvieron las sociedades europeas del momento de establecer límites de distinción social, la Grandeza se descubrió por entonces como un referente social muy válido⁷. La crónica social en la prensa diaria fue el lugar donde más se difundió su condición ‘distinta’. Instrumentos de esa difusión fueron los cronistas de sociedad, que poblaban gran parte de los periódicos del momento, abarcando un abanico amplio en su adscripción político-social. Otro espacio donde se insistió en la excepcionalidad de la Grandeza fueron las guías de sociedad. En ellas la Historia, sus familias, pesaban mucho como factores de distinción tras toda una serie de acontecimientos de los que eran protagonistas: la fiesta, la boda, incluso la muerte. Al mismo tiempo, en las crónicas y en las guías se observaba que la Grandeza no era la única elite en esa sociedad, no estaban solos y cada vez parecían estarlo menos. Sin embargo, hasta una fecha que iría entre 1919 y 1921, su puesto no fue contestado ni se ofreció una alternativa que sustituyera los componentes de su status⁸. En estrecha relación con este proceso, hubo personas cercanas al grupo que reflexionaron sobre el papel que debía desempeñar la Grandeza en la sociedad del momento tomando pie de las concesiones de títulos. Su opinión, hecha desde fuera, reflejaba los ingredientes que explicaban su peso en esa sociedad. El desacuerdo al respecto no se debía al diagnóstico, sino más bien a lo apropiado que parecía a unos y otros una relevancia social fundada en su vida social.

La corte se convertía en otra cuestión muy relevante para la Grandeza. Su cercanía al Rey se había subrayado como una de las bases de su poder en la sociedad. Sin embargo, acercarse a las ceremonias que tenían lugar en Palacio era algo más que

⁷ Hobsbawm apuntó esta idea en HOBSBAWM, Eric J., "La fabricación en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914" en idem, *La invención de la tradición*, Barcelona, 2002, pp. 273-318.

⁸ La idea de status y el enfoque que se ha dado al estudio del atractivo de la Grandeza deben mucho a las conceptualizaciones de Pierre Bourdieu sobre los procesos de distinción social y a las implicaciones que tienen en lo que ha llamado “capital nobiliario”. BOURDIEU, Pierre, *La distinción*, Madrid, 1988 y “Postface” en LANCIEN, Didier et SAINT MARTIN, Monique de, *Anciennes et nouvelles aristocraties de 1880 a nous jours*, Paris, 2007, pp. 385-397.

tratar las conexiones de los Grandes con el Rey. En primer lugar, los actos principales dejaban claro que en ellos jugaban un papel protagonista aunque fuera derivado del que desempeñaba el propio Rey. La capilla pública o la cobertura y la toma de almohada se convertían en espacios de distinción social. En segundo lugar y debido a la estructura de la ceremonia de cobertura, en estos rituales se ofrecía una interpretación de lo que significaba su título. El discurso giraba en torno a la Historia vinculada a su familia y la fidelidad al Monarca. Incluso aquellos que no tenían en su título un origen lejano, se cuidaban de elaborarlo. Sin embargo, durante esos años se empezaron a ofrecer alternativas a esa visión de la Grandeza. Aparecía la explotación de la tierra o su carrera militar. En algunos casos, y ya más avanzada la década de 1910, se empezó a plantear una justificación del título que miraba más al futuro que al pasado y que no sólo atendía a aspectos que se asociaban con una tradición extensamente reconocida: se sugerían temas como el trabajo y el esfuerzo como fundamento de la Grandeza. La ceremonia de cobertura en sus mismos ingredientes (orden en la intervención, padrino, discurso) subrayó el interés de los Grandes por mantener y prolongar instrumentos de distinción exclusivos. También planteó ese dilema sobre la actualización del concepto de Grandeza, señalando los veinte como una década decisiva sobre este punto.

La intervención de los Grandes en política y sus actividades económicas completan la visión sobre el grupo entre 1914 y 1931. Desde esta perspectiva, está claro que no iniciaron el periodo analizado en la misma posición que desde un punto de vista social⁹. Aún así, en su participación en las instituciones parlamentarias hasta 1923 destacó su limitada pero perseverante presencia en el Congreso. Allí, en su discreta variedad, ofrecían un perfil distinto y a la vez muy propio de la política en el último momento de la Restauración. Sus asientos en el Senado eran también un lugar muy característico de ese régimen, así como su muda presencia, alterada sólo en ocasiones muy especiales. Las personalidades que en algunos momentos se salieron de ese perfil contemplativo, como el conde de Torres Cabrera o el duque del Infantado, no tuvieron una trascendencia mayor. A veces fueron ignorados por aquellos a los que interpelaban para actuar, otras salieron escaldados de un ambiente político que no entendía de jerarquías sociales nobiliarias —o que de hecho, las atacaba—. La dictadura de Primo se

⁹ Vid. por ejemplo, VARELA ORTEGA, José (dir.), *El poder de la influencia*, Madrid, 2001; BAHAMONDE, Ángel, “Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)” en BAHAMONDE, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid, 1986, pp. 326-375.

recibió sin ninguna queja. No obstante, sólo se involucraron en sus instituciones y gobiernos algunos Grandes y en ningún caso aquellos más destacados. Lo más relevante del periodo fue como aquel permanecer al margen se demostró insuficiente. El fin de la dictadura presencié la participación de algunos Grandes en los últimos gobiernos del reinado. Sin embargo, lo hicieron por fidelidad al Monarca más que por un compromiso político adquirido. Esos últimos momentos del reinado contemplaron como, desde el punto de vista político, se trataba de un grupo completamente desbordado en gran medida como consecuencia de su vivir en permanente equilibrio entre la participación y el desapego.

En cuanto a sus actividades económicas, durante esos años experimentaron una situación contradictoria. Por una parte, el reordenamiento de sus fortunas acometido por muchos en la segunda mitad del XIX les proporcionó cierta tranquilidad económica. También les permitió asomarse a las inversiones en distintas empresas. Cuando se produjo comenzó siendo una participación bastante prudente por el tipo empresas o por su querencia hacia la deuda del Estado. Poco a poco fue algo más ambiciosa pero, cuando esto se produjo, se explicaba por estar al amparo familiar o de relación de grupos económicos de gran peso en el país –quizá el caso paradigmático sea el del marqués de Casteldosrius y su vinculación con los Güell/Comillas-. Al mismo tiempo, en los consejos de administración en los que participaron tuvieron un papel propio por la relevancia de su patrimonio, excepto en el caso de aquellos que representaron inversiones del Monarca, que sí jugaron un papel exclusivamente decorativo. Sus posesiones agrarias siguieron siendo su fuente principal de riqueza. Algunos Grandes tenían inmensas propiedades pero ni era algo generalizado en la Grandeza ni exclusivo de este grupo social. Su absentismo, casi dado por descontado en una élite que era ampliamente urbana, debe ser entendido desde otro punto de vista: el de su relación con los administradores y el papel que éstos jugaban en sus posesiones. Al margen de su fortuna y de los cambios que ésta experimentaba, durante esos años algo era evidente: el peso social de los Grandes estaba vinculado a su riqueza –aquellos que ‘pesaban’ estaban bien situados económicamente-, pero sus fortunas ya no eran las más importantes del país. Tanto en política como en cuestión de su poder económico su decadencia era muy europea¹⁰.

¹⁰ En este sentido, su recorrido es el mismo que el de otras noblezas europeas, si bien en algunos países el poder de los nobles en el inicio del periodo era mucho mayor comparativamente. En cambio la

Como una de las principales conclusiones de la tesis se puede señalar que, entre 1920 y 1922, la posición que los Grandes habían desempeñado en la sociedad y los fundamentos que habían sustentado su puesto se vieron modificados. Este giro no es explicable sin dedicar una atención amplia al periodo 1914-1920 en el que aún mantuvieron su posición privilegiada. Sin embargo no sería acertado entender la década de los veinte como una continua línea descendente. Nada fue inevitable. Durante esos años, en los distintos campos estudiados, tuvieron oportunidades de recuperar su posición que fueron desaprovechadas. En los ennoblecimientos, la vida de sociedad y las ceremonias de Palacio se observó como la Grandeza dejó de ser un grupo social de prestigio reconocido, tanto por gran parte de la sociedad como por ellos mismos.

En primer lugar, su oposición hacia los ennoblecimientos decayó bastante. Algunos Grandes se quejaron amargamente en casos concretos pero sólo hubo una nueva propuesta al Monarca en el año 24 y fue poco sólida –aunque planteara novedades interesantes-. El Rey, en la persona de su secretario, pretendió adoptar la política exigente que había caracterizado la opinión de la Diputación. Aunque de alguna manera se trataba de un triunfo para los Grandes, lo que se estableció realmente fue la decisiva y, ésta era la “novedad”, única validez del criterio del Monarca. Al mismo tiempo, según concluía el reinado se produjo una importante descenso en las concesiones y rehabilitaciones de títulos lo cual no sólo hablaba de una mayor exigencia, también tenía que ver con un menor interés por acceder al título. Las deliberaciones en torno a la redacción de un Estatuto Nobiliario reflejaron también un menor interés por parte de los Grandes. Si bien algunos miembros de la Grandeza participaron en las comisiones que lo redactaron, tanto en éstas como en el conjunto de la iniciativa el peso lo llevaban otras personas, cuyas inquietudes giraban en torno al reconocimiento de la nobleza no titulada. En la postura de los Grandes hacia los ennoblecimientos durante estos años se observó una mayor distancia, la renuncia a defender su exclusividad a través de los criterios que permitían acceder a un título.

La crónica y las guías de sociedad seguían diciendo mucho de los Grandes, aunque hablaran menos de ellos y, sobre todo, les concedieran un papel secundario. Los cambios en la prensa –cada vez más política, cada vez más ‘moderna’- habían empezado antes y afectaron mucho a ese tipo de artículos que quedaron confinados tal y

decadencia fue muy similar. Así se observa en las obras de David Cannadine sobre Gran Bretaña, Anthony Cardoza sobre el Piamonte y Seymour Becker sobre Rusia.

como habían existido antes a un reducido número de periódicos. Por el contrario, uno de los cronistas de mayor renombre, Monte Cristo, pasó a un semanario de gran tirada, *Blanco y Negro*. Sin embargo allí no continuó su trabajo como hasta entonces. Tampoco hizo desaparecer a los Grandes de un plumazo. En sus artículos, muy atentos a las residencias y no tanto a las fiestas, se estaban perfilando unos elementos de distinción en los que no era imprescindible la Historia. A partir de 1926, sus intereses cambiantes se observaron con más fuerza al utilizar un seudónimo diferente en otra clase de artículos y al escribir frecuentemente desde París, hablando de una elite completamente diferente. Otro de los cronistas principales evidenció el cambio que se producía. Leon Boyd y la desaparición de su *Vida aristocrática* fueron una muestra clara del paso a un segundo plano de los Grandes como referente en la vida de sociedad. En las guías de sociedad el cambio se tradujo en el debilitamiento de la categoría como elemento de distinción: se buscaban otros criterios, la Grandeza se mezclaba con el apellido y se prefería conocer calles y santos que genealogías. Hablar de simbiosis, adaptaciones o ‘bloques de Poder’ eran intentos respetables de conceptualizar el proceso, pero distraían ante el cambio de aquellos elementos que hicieron de la Grandeza como grupo social un referente hasta los años veinte.

La cobertura y la toma de almohada siguieron celebrándose hasta el final del reinado. En primer lugar, su continuidad expresa una oportunidad buscada por los participantes como instrumento de distinción social. El reconocimiento de esa distinción por parte de la sociedad y la validez de los elementos de distinción que allí se ponían en juego era otra cosa. Hacia 1920 en los discursos pronunciados por los Grandes cubiertos se había sugerido una visión diferente de la Grandeza que no sólo se fijaba en el pasado. Aunque en las tres coberturas de esa década -1924, 1926 y 1928- hubo quiénes insistieron en esos y otros nuevos planteamientos, nunca se renunció a la Historia como argumento clave para explicar su condición. El espacio y la ceremonia no bastaban para justificar la inmutabilidad de un discurso que se había demostrado que podía cambiar. Pese a las diferentes propuestas –campo, ejército, trabajo-, se optó por mantener la distinción en los mismos elementos que se habían repetido en tantas ocasiones. La alternativa hubiera podido dotar de elementos de distinción diferentes a un grupo como la Grandeza que estaba perdiendo su posición privilegiada. Sin embargo, eran factores mucho menos exclusivos que aquella Historia enraizada en la familia. La opción tenía

un punto de trágica pero no por eso aporta menos acerca de los cambios vividos por una elite social como la Grandeza de España en la década de los veinte.

Como una de las conclusiones más amplias del trabajo se puede observar que, en conexión con todas las apreciaciones anteriores, el nacimiento había dejado de ser en España la principal herramienta de distinción social a la altura de 1931. Para Jonathan Powis, la utilidad del nacimiento como elemento diferenciador era la clave que resumía la importancia y perdurabilidad de las aristocracias a lo largo de la Historia¹¹. Durante estos quince años en que se ha estudiado la Grandeza de España se ha asistido a la decadencia de un concepto de nobleza. En él, el nacimiento no era el único elemento de deferencia, venía acompañado de la continuidad –la familia- y de la Historia, muy relacionadas entre sí. Cada vez más, los Grandes que se apoyaban únicamente en estas categorías para basar su prestigio se veían abocados a un segundo plano. Sólo unos pocos, grandes entre los Grandes, conseguían aferrarse a una posición privilegiada. Para esto no sólo valía el nacimiento. Sin embargo, cada vez eran menos, cada vez se les tenía menos en cuenta cuando hasta hacía poco algo habían contado. Al mismo tiempo, aquellos que no atendían al nacimiento, ni a la continuidad, ni a la Historia como elementos de distinción se encontraban más a gusto, más firmes en su condición de elite social allá por 1931. Ellos –esas elites ‘diferentes’- han ido apareciendo en estas páginas aunque no se les ha prestado una atención destacada. Quizá para otra ocasión. A estas nuevas elites, los desafíos que se les planteaban se presentaban inmensos. Mientras, los Grandes de España durante este periodo constataban aquella intuición de Pareto: la Historia, una vez más, era un cementerio de aristocracias.

Síndrome del Gatopardo.

Los factores analizados –ennoblecimientos, vida de sociedad, ceremonias, política y economía- subrayan la procedencia del estudio de un grupo social como los Grandes, ante todo, destacando las decisiones concretas que perfilan mejor un proceso de decadencia como cambio social. El declive que vivió la Grandeza de España durante estos años tiene implicaciones de carácter general para el estudio de grupos sociales distinguidos por su origen. Una de las conclusiones principales ha sido constatar que la

¹¹ POWIS, Jonathan, *Aristocracia*, Madrid, 2007, pp. 1-37. Sobre este punto son muy interesantes las referencias sobre la nobleza británica en la época victoriana que hace Walter L. Arnstein en ARNSTEIN, Walter L., "The survival of the Victorian Aristocracy" en JAHNER, Frederic Cople (ed.), *The Rich, the Well Born and the Powerful*, Chicago, 1973, pp. 203-257.

idea de que la nobleza extendió su influencia hasta el siglo XX no debe reducirse simplemente a hablar de una serie de ‘persistencias’. En este sentido, el error no es exclusivo de Mayer. La laguna se debe más bien a quienes nos contentamos con un estudio que sugería una interpretación general del periodo y del grupo, sin plantear en las investigaciones posteriores una crítica a esta interpretación. La nobleza en España, la Grandeza para lo que aquí se ha trabajado, ha sufrido desde nuestro punto de vista el ‘síndrome del Gatopardo’. Ese animal dio nombre a la famosa novela que recorría la vida de una familia de la nobleza italiana desde la unificación hasta comienzos del XX. En el texto de Lampedusa, el argumento principal del autor al analizar la vida del príncipe cabeza de dicha familia se podía resumir en un *ritornello* que aparecía en varios momentos: “es preciso que todo cambie para que siga como está”¹². Este ‘síndrome del Gatopardo’ –el cambio sin el cambio- se acababa contagiando a la investigación histórica, observándose en conceptos como el de la persistencia o en interpretaciones de carácter más global como la ‘simbiosis’ propuesta por Schumpeter. Podían ser análisis más o menos acertados, pero se debían abordar desde una perspectiva crítica solamente ofrecida por la investigación histórica en distintos contextos nacionales. Esto es lo que se ha procurado realizar en este trabajo, dejando a un lado gatopardos y otros animales del estilo.

Jesús Cruz expresó esta idea de otra forma al hablar de la dificultad que suponía abordar el estudio del XIX en espacios donde pervivían elementos procedentes de la vieja sociedad que se solapaban con las nuevas realidades sociales. Este autor extendía esa dificultad hasta comienzos del XX y destacaba como gran arma para captar esa realidad histórica “un análisis de estas complicadas superposiciones entre los desarrollos sociales, políticos y económicos” y no “modelos teóricos unidimensionales que tan poco han ayudado al entendimiento histórico”¹³. El modelo es tremendamente necesario. Anclarse a él, reverenciarlo, puede resultar contraproducente.

Estas páginas no han pretendido ser una etapa más del péndulo que tantas veces guía la historiografía. No son un bandazo desde la desaparición de los Grandes a una supuesta posición decisiva que, definitivamente, no tuvieron en esos momentos. Abordar la

¹² La misma vida del príncipe Salina de la novela parece constatar que no todo seguía tan igual en la familia, ni su prestigio tenía los mismos fundamentos ni su poder los mismos ingredientes. La frase la pronuncia por primera vez el sobrino de Salina, Tancredi, y luego el tío va asumiéndola como la interpretación de lo que está viviendo. LAMPEDUSA, Giuseppe Tomasi di, *El Gatopardo*, Madrid, 2001, p. 67.

¹³ CRUZ, Jesús, "Lealtad y meritocracia: discurso público y práctica privada de las élites españolas", *Historia social*, nº 23, Valencia, 1995, pp. 119.

Grandeza como objeto de investigación no ha pretendido ensalzarla a base de subrayar la importancia de su estudio. Más bien, y como siempre procuramos en nuestro trabajo de investigación, he querido sacarla del mausoleo para introducirla en la Historia. Este traslado no ha sido sencillo, especialmente a causa de muchos prejuicios –en todos los sentidos- que rodean el objeto de nuestro estudio. Me gustaría haberlo logrado.

BIBLIOGRAFÍA.

Fuentes archivísticas.

Archivo Duque de Alba, ADA.

Archivo General del Ministerio de Justicia, AGMJ.

Archivo General de Palacio, AGP.

Archivo Histórico Nacional, AHN.

Arxiu Nacional de Catalunya, ANC.

Archivo Santa Cruz, ASC.

Archivo Viana, AV.

Sección Nobleza Archivo Histórico Nacional, SNAHN.

Fuentes Periódicas.

ABC.

Blanco y Negro.

Cosmópolis.

El Heraldo de Madrid.

El Imparcial.

El Sol.

Gran Mundo.

La Época.

La Vanguardia.

Revista de Historia y Genealogía Española.

Vida Aristocrática.

Bibliografía época.

- ALCALÁ GALIANO, Álvaro, *Entre dos mundos. Seguido de un ensayo sobre la decadencia de Europa*, Madrid, 1928.

- ALMAGRO DE SAN MARTÍN, Melchor, *Biografía del 1900*, Madrid, 1944.
- ALMAGRO DE SAN MARTÍN, Melchor, *La pequeña historia. Cincuenta años de vida española (1880-1930)*, Madrid, 1944.
- ALMAGRO DE SAN MARTÍN, Melchor, *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, Madrid, 1946.
- *Almanach de Gotha*, Gotha, 1921.
- *Anuario aristocrático. Le tout Madrid*, Madrid, 1917.
- ARTEAGA, Cristina, *Vida plural y dinámica del marqués de Santillana, duque del Infantado*, Sevilla, 1948.
- Conde de ATARÉS, *Apuntes del Archivo 1815-1864*, Madrid, 1944.
- BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *La Nobleza Española. Su estado legal*, Madrid, 1902.
- BARRIOBERO Y ARMAS, Juan, *Aristocracia. Notas y observaciones relativas a su significación*, Madrid, 1915.
- *Boletín de Reforma Agraria*, Madrid, 1934.
- BORBÓN, Eulalia, *Memorias*, Barcelona, 1935.
- BURKE, sir Bernard, *A genealogical and heraldic History of the Landed Gentry*, London, 1894.
- CALVO SOTELO, José, *Mis servicios al Estado*, Madrid, 1933.
- Condesa de CAMPO ALANGE, *Mi niñez y su mundo (1906-1917)*, Madrid, 1956.
- CASAL, Enrique, *Fiestas Aristocráticas*, Madrid, 1914.
- CASAL, Enrique, *El Año aristocrático*, Madrid, 1916.
- CASAL, Enrique, *El Año aristocrático*, Madrid, 1917.
- CASAL, Enrique, *El Año aristocrático*, Madrid, 1918.
- Marqués de CORTINA, *Andanzas y remembranzas*, Madrid, 1929.
- DIPUTACIÓN PERMANENTE DE LA GRANDEZA DE ESPAÑA, *Grandeza de España*, Madrid, 1919.
- DIPUTACIÓN PERMANENTE Y CONSEJO DE LA GRANDEZA DE ESPAÑA, *Memoria correspondiente al año 1919-1920*, Madrid, 1920.
- ESCOBAR, Alfredo, marqués de Valdeiglesias, *Setenta años de periodismo*, Madrid, 1949.
- *Estatuto nobiliario*, Madrid, 1945.
- FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, *Historia Genealógica y Heráldica de la Monarquía Española Casa Real y Grandes de España*, tomo II, Madrid, 1900.
- FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, “Las letras y los Grandes”. Discurso leído en el acto de su solemne recepción el día 10 de mayo de 1914, Madrid, 1914.

- FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, Francisco, *Anuario de la Nobleza*, Madrid, 1915-6.
- FIGUEROA Y ALONSO-MARTÍNEZ, Agustín de, *Dentro y fuera de mi vida*, Madrid, 1955.
- FIGUEROA Y MELGAR, Alfonso, *Estudio histórico sobre algunas familias españolas*, Madrid, 1964.
- GÉNOVA Y DE BOUYOSSE-MONTMORENCY, Enrique de, *Anuario aristocrático*, Barcelona, 1928.
- *Guía de la sociedad de Madrid y de la Grandeza de España 1926-1927*, Madrid, 1926.
- Conde de GÜELL, *Apuntes de recuerdos*, 1929.
- HOYOS Y VINENT, Antonio de, *El Primer Estado (Actuación de la aristocracia antes de la Revolución, en la Revolución y después de ella)*, Madrid, 1931.
- Marqués de HOYOS, *Reflexiones. De la Restauración a la Dictadura*, Madrid, 1963.
- Duque del INFANTADO, “Por el Rey y por la Patria”, discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, 13-11-1918, Madrid, 1918.
- Duque del INFANTADO, *Honores y prerrogativas de los Grandes de España*, Madrid, 1929.
- MONTE CRISTO, *Los salones de Madrid*, Madrid, 1898.
- MORENO DE GUERRA, Juan, *Guía de la Grandeza*, Madrid, 1925.
- MORENO MORRISON, Roberto, *Guía Nobiliaria de España*, Madrid, 1932.
- MORENO MORRISON, Roberto, *Guía nobiliaria de España*, Madrid, 1941.
- OTERO ENRÍQUEZ, Santiago, *La sucesión en los Títulos y Grandezas. Apuntes históricos y genealógicos sobre la forma de suceder tradicional en España, en las dignidades nobiliarias*, Madrid, 1915.
- PEREDA, JOSÉ MARÍA, *Blasones y talegas*, 1903.
- PONSONBY, Arthur, *The decline of aristocracy*, London, 1912.
- PUJOL DE PLANES, Barón, *Monitorio Áulico (de etiquetas, tratamientos y dignidades)*, Madrid, 1908.
- Condesa de RIUDOMS, *Sociedad de Madrid, 1930*, Madrid, 1930.
- RODRÍGUEZ ALCALDE, LEOPOLDO (selección y estudio), *E. Rodríguez R. de la Escalera*, Santander, 1958.
- Duque de SANTO MAURO, *Unos días de los meses de abril y mayo de 1915*, Madrid, 1915.
- SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Breve estudio histórico-político y sociológico legal sobre las grandezas de España y títulos del Reino*, Madrid, 1914.
- SUÁREZ DE TANGIL, Fernando, *Caso curioso y moderno de derecho vincular*, Madrid, 1920.

- Conde de los VILLARES, *Estudios del Reinado de Alfonso XIII*, Madrid, 1948.
- Marqués de VILLAVIEJA, *Life has been good*, London, 1938.
- YTURBE, Piedad, *Érase una vez... Bocetos de mi juventud*, Madrid, 1954.

Bibliografía secundaria.

- ACOSTA RAMÍREZ, Francisco, "La cámara alta en el reinado de Alfonso XIII" en PÉREZ LEDESMA, Manuel (coord.), *El Senado en la Historia*, pp. 351-418, Madrid, 1998.
- ALONSO PEREIRA, José Ramón, *Madrid: 1898-1931 de corte a metrópoli*, Madrid, 1985.
- ATIENZA MEDINA, Rafael, "Heredar el mérito. Los cuerpos de nobleza", *Discurso leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, Sevilla, 2003.
- ATIENZA Y NAVAJAS, Julio, *Grandezas y títulos del reino concedidos por S.M. el Rey D. Alfonso XIII*, Madrid, 1963.
- BAHAMONDE, Ángel, "La vieja nobleza y el mundo de los negocios: las causas de un alejamiento" en Tuñón de Lara, Manuel (dir.), *España entre dos siglos (1875-1931)*, Madrid, 1991.
- BAHAMONDE, Ángel, "Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)" en BAHAMONDE, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid, 1986, pp. 326-375.
- BAHAMONDE, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, "La reproducción patrimonial de la elite burguesa madrileña en la Restauración. El caso de Francisco de las Rivas y Ubieta, Marqués de Mudela. 1834-1882" en ídem, *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, 1989.
- BALDELLOU, Miguel Ángel, *Arquitectos madrileños*, Madrid, 2005.
- BARRIO ALONSO, Ángeles, *La Modernización de España (1917-1939)*, Madrid, 2004.
- BAYLY, Christopher A., *El nacimiento del mundo moderno*, Madrid, 2010.
- BECARUD, Jean, "La nobleza española desde Alfonso XII hasta 1931: presentación de conjunto y comparación con otras aristocracias europeas" en EXTRAMIANA, José (ed.), *Les elites espagnoles a l'epoque contemporaine*, Pau, 1984, pp. 59-82.
- BECKER, Seymour, *Nobility and privilege in late Imperial Russia*, Dekalb, 1985.
- BEN AMI, Shlomo, *La dictadura de Primo de Rivera*, Barcelona, 1984.
- BEN AMI, Shlomo, *Los orígenes de la Segunda República española: anatomía de una transición*, Madrid, 1990.
- BERNAL, Antonio Miguel, *La lucha por la tierra en la crisis del Antiguo Régimen*, Madrid, 1979.

- BLINKHORN, Martin, "Land and power in Arcadia: Navarre in the early twentieth century"" en GIBSON, Ralph and BLINKHORN, Martin, *Landownership and power in Modern Europe*, London-New York, 1991, pp. 216-234.
- BOURDIEU, Pierre, *La distinción*, Madrid, 1988.
- BOURDIEU, Pierre, *Cosas dichas*, Barcelona, 1996.
- BOURDIEU, Pierre, "Los ritos como actos de institución" en PITT-RIVERS, Julian y PERISTANY, John G. (eds.), Madrid, 1993, pp. 111-123.
- BOURDIEU, Pierre, "Postface" en LANCIEN, Didier et SAINT MARTIN, Monique de, *Anciennes et nouvelles aristocraties de 1880 a nous jours*, Paris, 2007, pp. 385-397.
- BRENAN, Gerald, *El laberinto español*, París, 1975.
- BURDIEL, Isabel, "New perspectives on Nineteenth-Century Spanish Liberalism" in *Journal of Modern History*, vol 70, n. 4, Chicago, 1998, pp. 892-912.
- BUSSY-GENEVOIS, Danièle, *Le projet national de Blanco y Negro (1891-1917)*, Saint Denis, 2001.
- CABRERA, Mercedes (dir.), *Con luz y taquígrafos. El parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, 1998.
- CABRERA, Mercedes y DEL REY, Fernando, *El poder de los empresarios*, Madrid, 2002.
- CANNADINE, David, "Introduction: divine rites of kings" en idem, *Rituals of Royalty*, London, 1987.
- CANNADINE, David, "Contexto, representación y significado del ritual: la monarquía británica y la invención de la tradición (1820-1977)" en HOBSBAWM, Eric y RANGER, Terence, *La invención de la tradición*, Barcelona, 2002, pp. 111-167.
- CANNADINE, David, *The Decline and Fall of the British Aristocracy*, London, 1990.
- CANNADINE, David, *Lands and Landlords: the aristocracy and the towns. 1774-1967*, Leicester, 1980.
- CANNADINE, David, "Lord Curzon as Ceremonial Impresario" en idem, *Aspects of aristocracy*, New Haven and London, 1994, pp. 77-108.
- CARBALLO, Borja, PALLOL, Rubén y VICENTE, Fernando, *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, 2008.
- CARDOZA, Anthony L., *Aristocrats in bourgeois Italy*, Cambridge, 1997.
- CARDOZA, Anthony L., "The enduring power of aristocracy: ennoblement in liberal Italy, 1861-1914" en *Les Noblesses Européennes au XIXe siècle*, Roma, 1988, pp. 595-605.
- CARMONA PIDAL, Juan, *Aristocracia terrateniente y cambio agrario en la España del siglo XIX. La casa de Alcañices (1790-1910)*, Ávila, 2001.
- CARMONA PIDAL, Juan y FERNÁNDEZ DELGADO, Javier, "La tradición moderna: la política matrimonial de los Grandes de España (1800-1923)" en

BAHAMONDE, Ángel y OTERO, Luis Enrique, *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, 1989, pp. 596-619.

- CARR, Raymond, *El rostro cambiante de Clío*, Madrid, 2005.
- CASADO, Hilario y ROBLEDO, Ricardo, *Fortuna y negocios: formación y gestión de los grandes patrimonios (siglos XVI-XX)*, Valladolid, 2002.
- CENCILLO DE PINEDA, Manuel, *La rehabilitación de títulos nobiliarios (contradicciones en su legislación y efectos que producen)*, Madrid, 1951.
- CHARTIER, Roger, "Formación social y economía psíquica: la sociedad cortesana en el proceso de civilización" en ídem, *El mundo como representación*, Barcelona, 1992, pp. 81-104.
- CORRAL LÓPEZ, Antonio, *El duque de San Pedro de Galatino. Prócer de Granada*, Granada, 1980.
- CRUZ, Jesús, "Lealtad y meritocracia: discurso público y práctica privada de las élites españolas", *Historia social*, nº 23, Valencia, 1995, pp. 101-120.
- DESVOIS, Jean Michel, *La prensa en España (1900-1931)*, Madrid, 1977.
- DÍAZ HERNÁNDEZ, Onésimo, *Los marqueses de Urquijo. El apogeo de una saga poderosa y los inicios del Banco Urquijo, 1870-1931*, Pamplona, 1998.
- DÍAZ MORLÁN, Pablo, *Los Ybarra*, Madrid, 2004.
- DOYLE, William, *Aristocracy. A very short Introduction*, Oxford, 2010.
- ELIAS, Norbert, *La sociedad cortesana*, Madrid, 1993.
- ERESCEC, Collectif, "Blanco y Negro (1891-1910): la vitrine d'une nouvelle elite?" en AUBERT, Paul y DESVOIS, Jean Michel (pr.), *Les élites et la presse en Espagne et en Amérique latine*, Madrid, 2002, pp. 283-302.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y RUEDA LAFFOND, José Carlos, "Los grupos sociales" en *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XXXIII, Madrid, 1997.
- GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.), *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, 1992.
- GARCÍA DELGADO, José Luis, FUSI, Juan Pablo y SÁNCHEZ RON, José Manuel, *Historia de España. España y Europa*, vol. 11, Barcelona, 2008.
- GARRABOU, Ramón y SAGUER, Enric, y SALA, Pere, "Formas de gestión patrimonial y evolución de la renta a partir del análisis de contabilidades agrarias: los patrimonios del marqués de Sentmenat en el Vallés y Urgell (1820-1917)" en *Noticiario de Hª agraria*, 1993, pp. 97-125.
- GARRIDO MEDINA, Luis y GIL CALVO, Enrique, "El concepto de estrategias familiares" en ídem (eds.), *Estrategias familiares*, Madrid, 1993, pp. 13-34.
- GIL PECHARROMÁN, Julio, *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid, 1994.
- GODSEY, William D., "Quarterings and Kinship: the social composition of the Habsburg Aristocracy in the Dualist Era" en *Journal of Modern History*, vol. 71, n. 1. Chicago, 1999, pp. 56-104.

- GÓMEZ-NAVARRO, José Luis, *El régimen de Primo de Rivera*, Madrid, 1991.
- GONZÁLEZ CALBET, María Teresa, *La dictadura de Primo de Rivera. El Directorio Militar*, Madrid, 1987.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, 1998.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, "Nobleza y contrarrevolución: el Centro de Acción Nobiliaria (aproximación nobiliaria a un grupo de élite)" en TUSELL, Javier, GIL PECHARROMÁN, Julio y MONTERO, Feliciano, *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, 1993, pp. 225-267.
- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús, *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, 1990.
- GONZÁLEZ-VARAS IBÁÑEZ, Ignacio, *Los palacios de la Castellana. Historia arquitectura y sociedad*, Madrid, 2010.
- GONZÁLEZ-VARAS IBÁÑEZ, Ignacio, *Palacios urbanos. La evolución urbana de Madrid a través de sus palacios*, Madrid, 2010.
- GORTÁZAR, Guillermo, *Alfonso XIII. Hombre de negocios*, Madrid, 1986.
- GORTÁZAR, Guillermo, "La nobleza en Madrid en la época de la Restauración" en BAHAMONDE, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid, 1986, pp. 558-566.
- HALL, Morgan C., *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal*, Madrid, 2005.
- HOBBSBAWM, Eric, "La fabricación en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914" en idem y RANGER, Terence, *La invención de la tradición*, Barcelona, 2002, pp. 273-318.
- INSTITUTO DE REFORMA AGRARIA, *La Reforma Agraria en España. Sus motivos, su esencia, su acción*, Valencia, 1937.
- JAHNER, Frederic Cople (ed.), *The Rich, the Well Born and the Powerful*, Chicago, 1973.
- JOVER ZAMORA, José María, *Política, diplomacia y humanismo popular*, Madrid, 1976.
- KIERNAN, Victor G., *El duelo en la Historia de Europa. Honor y privilegio de la aristocracia*, Madrid, 1992.
- LIEVEN, Dominic, *The Aristocracy in Europe, 1815-1914*, London, 1992.
- LÓPEZ VILAS, Ramón, *Régimen jurídico de los títulos nobiliarios*, Madrid, 1974.
- MAIER, Charles, *La refundación de la Europa burguesa*, Madrid, 1989.
- MALEFAKIS, Edward, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, 2001.
- MANN, Michael, *Sources of social power*, Cambridge, 1986.
- MANN, Michael, *Sources of social power*, vol. II, Cambridge, 1993.
- MARTÍN ACEÑA, Pablo, "Réquiem por el bloque de poder" en *Revista de Occidente*, nº 113, Madrid, 1990, pp. 151-4.

- MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel, *La burguesía conservadora (1874-1931)*, Madrid, 1973.
- MAS HERNÁNDEZ, Rafael, *El Barrio de Salamanca*, Madrid, 1982.
- MAURA, Miguel, *Así cayó Alfonso XIII. De una dictadura a otra*, Madrid, 2007.
- MAURICE, Jacques, *La reforma agraria en España en el siglo XX (1900-1936)*, Madrid, 1975.
- MAYER, Arno, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1984.
- MCDONOGH, Gary Wray, *Las buenas familias de Barcelona. Historia social de poder en la era industrial*, Barcelona, 1989.
- MENÉNDEZ PIDAL, Faustino, *La nobleza en España: ideas, estructuras, historia*, Madrid, 2008.
- MENNELL, Stephen, *Norbert Elias. Civilization and the Human Self-Image*, Oxford & New York, 1989.
- MORALES MOYA, Antonio, "Consideraciones sobre las elites. Bibliografía extranjera", CARASA, Pedro (ed.), *Elites. Prosopografía Contemporánea*, Valladolid, 1994, pp. 73-94.
- MORALES MOYA, Antonio y LUIS MARTÍN, Francisco de, "¿Los valores nobiliarios en retirada?" *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XXXIII, Madrid, 1997.
- MORALES, Antonio, "Nobleza y sociedad liberal: la obra del Padre Coloma" en *Nobleza y Sociedad en la España Moderna*, Oviedo, 1996, pp.
- MORENO LUZÓN, Javier, *Romanones. Caciquismo y política liberal*, Madrid, 1998.
- MORENO LUZÓN, Javier, "De agravios, pactos y símbolos. El nacionalismo español ante la autonomía de Cataluña (1918-1919)", en *AYER*, 63/2006 (3), Madrid, 2006, pp. 119-151.
- MORENO LUZÓN, Javier, "La historiografía de las elites de la España liberal" en ZURITA, Rafael y CAMURRI, Renato (ed.), *Las elites en Italia y en España (1850-1922)*, Valencia, 2008.
- MORENO LUZÓN, Javier (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, 2003.
- NAVASCUÉS PALACIO, Pedro, "La residencia aristocrática de la burguesía madrileña" en VV.AA., *Palacios de Madrid*, Madrid, 2010, pp. 275-283.
- OLÁBARRI, Ignacio, "Actores políticos y actores sociales en la crisis de la Restauración (1914-1931). II. Los actores sociales" en *Investigaciones Históricas*, 1995, vol. 15, Valladolid, 1995, pp. 251-267.
- OYÓN, José Luis, *La quiebra de la ciudad popular*, Barcelona, 2008.
- OYÓN, José Luis, MALDONADO, José y GRIFUL, Eulalia, *Barcelona 1930: un atlas de historia social*, Barcelona, 2001.
- PABÓN, Jesús, *Cambó*, Barcelona, 1999.

- PALLOL TRIGUEROS, Rubén, *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Madrid, 2009. Tesis inédita.
- PAREJO BARRANCO, Antonio y SÁNCHEZ PICÓN, Andrés, *La Modernización de España (1914-1931). Economía*, Madrid, 2007.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel, *Estabilidad y conflicto social*, Madrid, 1990.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel, "Clases sociales e historia. Algunas precisiones en torno a un concepto" en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.), *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, Madrid, 1986.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel, "Sociedad y conflicto social" en ARTOLA, Miguel *Enciclopedia de Historia de España*, vol. I, Madrid, 1988.
- PIQUERAS, José A., "De la biografía tradicional a la historia individual, grupal y masiva" en CARASA, Pedro, *Elites. Prosopografía Contemporánea*, Valladolid, 1994, pp. 53-62.
- PIQUERAS, José A., "El dilema de Robinson y las tribulaciones de los historiadores sociales", en *Historia Social*, Valencia, 2008, p.59-89.
- POWIS, Jonathan, *Aristocracia*, Madrid, 2007.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro, *De Imperio a Nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)*, Madrid, 1988.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro, *El progreso económico de España (1850-2000)*, Madrid, 2003.
- PRO RUIZ, Juan, "Las elites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio social (1808-1931)" en *Historia Social*, nº 21, Valencia, 1995, pp. 47-75.
- PRO RUIZ, Juan, "Aristócratas en tiempos de Constitución" en DONÉZAR, Javier y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.), *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola. 2. Economía y sociedad*, Madrid, 1995, pp. 615-30.
- RIESCO ROCHE, Sergio, *La lucha por la tierra: reformismo agrario y cuestión yuntera en la provincia de Cáceres (1907-1940)*, Madrid, 2005. Tesis inédita.
- ROBLEDO, Ricardo y GALLO, Teresa, "El ojo del administrador: política económica de una aristocracia en la Segunda República" en *AYER*, 73, Madrid, 2009, pp. 161-194.
- ROBLEDO, Ricardo y LÓPEZ, Santiago (eds.), *¿Interés particular, bienestar público? Grandes patrimonios y reformas agrarias*, Zaragoza, 2007.
- RODRIGO Y ALHARILLA, Martín, "Hegemonía, consenso y conflicto: una historia social del poder en la Restauración" en *Historia Social*, nº 36, Valencia, 2000, pp. 35-56.
- ROIG ROSICH, Josep M., *La dictadura de Primo de Rivera a Catalunya. Un assaig de repressió cultural*, Barcelona, 1992.
- ROLDÁN, Santiago y GARCÍA DELGADO, José Luis, *La consolidación del capitalismo en España*, Madrid, 1973.

- ROLDÁN, Santiago y GARCÍA DELGADO, José Luis, *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920*, Madrid, 1973.
- ROMERO SALVADÓ, Francisco J., *España 1914-1918*, Barcelona, 2002.
- ROMERO SALVADÓ, Francisco J., "The Catalan Employers' Dirty War" en ídem y SMITH, Angel, *The agony of Spanish Liberalism, from Revolution to Dictatorship, 1913-1923*, London, 2010, pp. 175-201.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos, "El eje Prado-Recoletos-Castellana. Espacio social de prestigio de las elites urbanas y espacio de manifestación pública en el Madrid de inicios de siglo" en *Anales de Estudios Madrileños*, tomo XXX, Madrid, 1991.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos, *Madrid, 1900. Proyectos de reforma y debate sobre la ciudad, 1898-1914*, Madrid, 1993.
- RUIZ TORRES, Pedro, "La aristocracia en el País Valenciano: la evolución dispar de un grupo privilegiado en la España del siglo XIX" en *Les Noblesses Européennes au XIXe siècle*, Roma, 1988, pp. 137-163.
- RUNDQUIST, Angela, "Pompe en noir et blanc: presentation officielle des dames à la cour de Suède" en LANCIEN, Didier et SAINT MARTIN, Monique de, *Anciennes et nouvelles aristocraties de 1880 à nos jours*, Paris, 2007, pp. 203-220.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José, "El campo: los problemas para el desarrollo de la agricultura y las etapas en la afirmación del campesinado", *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XXXVIII, Madrid, 1984, pp. 303-389.
- SANZ CUESTA, Miriam, RUBIO LINIERS, María Cruz, GARCÍA-HERNÁN, David, *Bibliografías de Historia de España, nº 11. La Nobleza en España*, Madrid, 2001.
- SCHUMPETER, Joseph A., *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, 1968.
- SECO SERRANO, Carlos, *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*, Madrid, 1979.
- SECO SERRANO, Carlos, "Restauración y nueva aristocracia" en *Nobleza y sociedad en la España moderna*, Oviedo, 1996, pp. 351-366.
- SEOANE, María Cruz y SÁIZ, María Dolores, *Historia del periodismo en España. III: el siglo XX: 1898-1936*, Madrid, 1996.
- SERRANO, Carlos y SALAÜN, Serge (eds.), *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*, Madrid, 2006.
- SHUBERT, Adrian, *Historia social de España (1800-1990)*, Madrid, 1991.
- SPRING, David (ed.), *European landed elites in the nineteenth century*, Baltimore, 1977.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel, *El reformismo en España*, Madrid, 1986.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Historia y realidad del poder*, Madrid, 1967.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Estudios sobre el siglo XIX español*, Madrid, 1971.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, "Prólogo" en *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XXXVII, Madrid, 1984.

- TUÑÓN DE LARA, Manuel, "Estructuras sociales" en *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XXXVII, Madrid, 1984, pp. 437-675.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, "Crisis de estado y crisis del bloque de poder, 1923-1931" en BAHAMONDE, Ángel y OTERO CARVAJA, Luis Enrique, *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, 1989.
- TUSELL, Javier, *Oligarquía y caciquismo en Andalucía (1890-1923)*, Barcelona, 1976.
- TUSELL, Javier y QUEIPO DE LLANO, Genoveva, *Alfonso XIII. El rey polémico*, Madrid, 2001.
- URQUIJO GOITIA, José Ramón, *Gobiernos y ministros españoles en la Edad Contemporánea*, Madrid, 2008.
- VALDALISO, Jesús María, *La familia Aznar y sus negocios, (1830-1983). Cuatro generaciones de empresarios en la España contemporánea*, Madrid, 2006.
- VALTERRA FERNÁNDEZ, Luis, *Derecho nobiliario español*, Granada, 1995.
- VARELA ORTEGA, José (dir.), *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, 2001.
- VEIGA ALONSO, Xosé Ramón, "Elites en la Europa meridional" en *AYER*, 75, 2009, Madrid, 2009, pp. 327-338.
- VICENS VIVES, Jaume, *Historia social de España y América*, Barcelona, 1961.
- VILLACORTA, Francisco, "La vida social y sus espacios" en *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XXXIII, Madrid, 1997, pp. 663-725.
- VV.AA., *Los Palacios de Madrid*, Madrid, 2010.
- WASSON, Ellis, *Aristocracy and the Modern World*, New York, 2006.
- WIENER, Martin, *English culture and the decline of the industrial spirit, 1850-1980*, Cambridge, 1981.
- ZURITA, Rafael, *El Marqués del Bosch y el conservadurismo alicantino*, Alicante, 1994. Tesis inédita.
- ZURITA, Rafael y CAMURRI, Renato (ed.), *Las elites en Italia y en España (1850-1922)*, Valencia, 2008.